

FRANCISCO FELIPE YOFRE

# VIVIR EN LOS '70

*Un tiempo para recordar*



*Ediciones del Boulevard*

VIVIR EN LOS SETENTA  
UN TIEMPO PARA RECORDAR

Yofre, Francisco Felipe  
Vivir en los setenta. Un tiempo para recordar. - 1ª ed.-  
Córdoba: Ediciones del Boulevard, 2016.  
580 p.; il.; 23x15 cm.

ISBN 978-987-556-

1. Historia de la Argentina. I. Título  
CDD 982

### Edición Impresa

© 2016, Francisco Felipe Yofre

© 2016, Compañía de Libros S.R.L.  
Ediciones del Boulevard  
Rosario de Santa Fe 535  
X5000ACK - Córdoba - Argentina  
Tel./fax: (54 351) 425 8687  
E-mail: ediciones@delboulevard.com.ar  
www.delboulevard.com.ar

ISBN 978-987-556-

**Tapa:** Juan Domingo Perón regresa a la Argentina el 17 de noviembre de 1972 a bordo de un DC-8 de Alitalia junto a Héctor J Cámpora cuando este era su delegado personal.  
CDA - Archivo Fílmico - UNC. Canal 10.

### Edición Digital

Obra bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - NoComercial -  
CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND)



Hecho el depósito que indica la ley 11.723  
Impreso en Argentina

FRANCISCO FELIPE YOFRE

VIVIR EN LOS SETENTA  
UN TIEMPO PARA RECORDAR

*Ediciones del Boulevard*



*A mi esposa y compañera Susana,  
a mis hijos Pablo y Mónica,  
Gustavo y Agustina  
y a mis adorados nietos  
Salvador y Guadalupe*



## EL TIEMPO NECESARIO

Cuando llegué a México en octubre de 1976, después de que me concedieran asilo político, nació en mí la necesidad de relatar las experiencias que viviera durante mi militancia a fines de la década de los '60 y comienzos de los '70.

Así, a mediados de 1978 terminé de escribir una novela a la que titulé «*Recuerdos de la Juventud Maravillosa*», que aún permanece inédita y a cuya azarosa historia me referiré más adelante.

Tiempo después, y durante los años del exilio, participé intensamente en las actividades políticas desarrolladas por la comunidad de argentinos que buscaron refugio en México, y que, por razones cronológicas, no habían podido quedar reflejadas en la novela.

A mi regreso al país, en 1984, y a partir de los numerosos libros publicados desde ese año en adelante, así como por relatos de ex compañeros con los que volví a encontrarme después de mucho tiempo, tomé conocimiento de diversas situaciones que no llegué a vivir, pero que, teniendo una clara direccionalidad política, me involucraban y que incluso habían llegado a poner en riesgo mi vida.

Tomé entonces la decisión de retomar aquellos textos referidos a los años setenta, que sirvieran de base a la novela, y completarlos con el relato de las experiencias vividas en el exilio mexicano, sumándoles los nuevos testimonios, escritos y orales, a los que, aún sin saberlo, aparecía directa o indirectamente vinculado.

Fue necesario que transcurrieran más de treinta años para poder poner los hechos por escrito y darlos a conocer públicamente, ya que sólo el paso del tiempo ha permitido abrir el necesario espacio de reflexión y autocritica que los alejara de interpretaciones interesadas y, sobre todo, de la manipulación de aquellos contra quienes combatí toda mi vida y que siempre pretendieron descalificar las legítimas luchas que, durante casi seis décadas llevó adelante el peronismo para recuperar el poder político del que fuera despojado por los golpes militares o por las proscripciones.



Hoy considero que están dadas las condiciones para que estos textos cumplan el rol que he pretendido darles, y que no es otro que el de transmitir a las nuevas generaciones una aproximación a los acontecimientos políticos que definieron el rumbo que habría de tomar nuestra Argentina.

## AGRADECIMIENTOS

En primer término, quiero expresar mi gratitud a Daniel Geisser, con quien, a comienzos de los setenta, estudiamos Derecho en la Universidad Católica, compartiendo la militancia estudiantil en la Agrupación de Estudios Sociales y con el que volvimos a encontrarnos a mi regreso del exilio, prolongando y acrecentando nuestra vieja amistad.

Durante el último año y medio, Daniel me ayudó colaborando en el proceso de investigación de los hechos relatados, consultando múltiples fuentes de información y aportando sus ideas y sus críticas y haciéndose cargo de la corrección final de estos textos.

Deseo también agradecer a mi esposa, Susana, que durante todos estos años soportó la permanente y obsesiva reiteración de mis dudas y que siempre estuvo a mi lado para aportar su propia visión de mis recuerdos, proporcionándome la invaluable colaboración de su memoria que, por lo general, suele ser más poderosa y fidedigna que la mía, ya que, como podrá comprobarse, ella también fue protagonista de muchos de los hechos que se relatan en este libro.

Por último, vaya mi agradecimiento para mis hijos, Pablo y Gustavo, que tuvieron la misma paciencia que Susana para escuchar una y otra vez la lectura de los borradores y la narración de las vivencias que componen el texto.



## EL REGRESO

—¡Usted firma mi sentencia de muerte...! —dije a los gritos apoyando mi dedo índice en el pecho del cónsul López Lira.

—¡Yo no firmo ninguna sentencia de muerte! —me contestó también gritando el cónsul, quien acababa de comunicarme su decisión de no otorgarnos asilo.

Con el rostro demudado por la gravedad de mi imputación, el hombre dio un paso atrás. Mi dedo repiqueteaba en su pecho y por un instante el silencio se apoderó del recinto. Todas las miradas se concentraron en nosotros. Los cuatro federales de la custodia, que presenciaban la escena desde el palier que daba acceso al consulado, sólo esperaban una señal para caer sobre nosotros y detenernos.

Insistí en mi acusación y volvió a negarlo, aún con más énfasis, como si quisiera convencerse a sí mismo de que su rechazo a concedernos asilo era sólo una cuestión administrativa.

Entonces, más sereno pero con igual determinación, le dije:

—¡Usted firma mi sentencia de muerte y la de todos los que estamos en esta sala de espera!

El cónsul pareció salir de su empecinamiento y reflexionar sobre las consecuencias de su decisión.

La muerte rondaba en pleno centro de Buenos Aires. Apenas dos cuadras nos separaban de la plaza San Martín. Dos familias con sus hijos estaban a punto de ser trasladadas a las catacumbas del terrorismo de Estado.

Era la vida o la muerte. La balanza estaba en manos de un oscuro funcionario que debía poner en un platillo su poca disposición para alterar la burocrática monotonía en que se desarrollaba su carrera diplomática, y en el otro su responsabilidad de proteger a cuatro personas con dos niños que invocaban el derecho de asilo. Si elegía la primera opción cargaría en su conciencia el destino irremediable que nos esperaba a los perseguidos y, si se inclinaba por la segunda, su rutina se vería perturbada por las arduas negociaciones que la embajada mexicana debería emprender para sacarnos del país, pero su conciencia no le repro-

charía su proceder, y quizá algún día podría contar con orgullo a sus colegas y amigos cómo había salvado de una muerte segura a dos jóvenes familias argentinas.

López Lira me miró fijamente. Después, y sin poder disimular su contrariedad, ordenó que cerraran la puerta.

Cuando el portero colocó la cadena que trababa el ingreso al consulado, sentí que mi cuerpo se aflojaba y que la muerte que nos acechaba no había podido alcanzarnos.

Así había comenzado nuestro exilio, el lunes 5 de julio de 1976, cuando, sin el consentimiento diplomático, y junto a otra pareja de amigos y militantes, entramos con Susana y Pablo al consulado mexicano en Buenos Aires.

En 1982, cuando en una suerte de desesperada huída hacia adelante, la dictadura cívico militar presidida por el étlico y «majestuoso»<sup>1</sup> teniente general Leopoldo Fortunato Galtieri decidió ocupar militarmente las Islas Malvinas, yo ya llevaba más de cinco años exiliado en México junto a mi esposa Susana y mi hijo Pablo, quien había nacido mientras estábamos en la clandestinidad y que, cuando salimos del país, tenía poco más de un año de edad. Unos meses antes, en octubre del '81, nuestra familia había aumentado con el nacimiento de Gustavo Alejandro, lo que reforzó los vínculos afectivos y de gratitud que me ligaron para siempre a la generosa tierra mexicana.

Terminada la guerra con la preanunciada e inevitable derrota militar, casi todos los miembros de la colonia de argentinos que residían en México, iniciaron el tan esperado regreso a la patria. Así, todos aquellos que habían tenido que abandonar el país en forma preventiva ante las amenazas, atentados y crímenes desatados a mediados de 1974 por la siniestra Triple A; entre los que

---

1 Según lo definiera un alto funcionario estadounidense, miembro del gobierno republicano de Ronald Reagan, impresionado por la apostura y el rostro pétreo de Galtieri que contrastaba vivamente con el nerviosismo y los numerosos tics que evidenciaban el carácter inseguro de Videla. NOTA DEL AUTOR: Todas las notas son mías, aunque muchos de los datos biográficos de las personalidades y militantes que aparecen incluidos en el Anexo nº 2 (señalados en el texto con números romanos), han sido tomados del «Blog» del conocido sociólogo y periodista Roberto Baschetti «*Los militantes del peronismo revolucionario uno por uno*», a quien agradezco profundamente su valiosa contribución a la causa de la Verdad y la Memoria, sin las cuales no puede haber Justicia. (F.F.Yofre).

se encontraban destacados políticos, artistas, intelectuales, periodistas, profesores universitarios, líderes sindicales, empresarios, o simplemente familiares de quienes fueran señalados como subversivos y enemigos del régimen militar; pudieron finalmente retornar a la Argentina.

La dictadura, debilitada en extremo por la guerra perdida, se debatía en sus últimos estertores y sus objetivos finales se limitaban a preparar la retirada mediante el dictado de leyes que garantizaran su propia impunidad, por lo que ya no estaba en condiciones de hostigar a ciudadanos que no habían cometido otro delito que el de expresar sus ideas progresistas y que, por ende, no tenían abierta ninguna causa judicial en su contra.

En nuestro caso, juzgamos que lo más sensato era permanecer en México, hasta que el repliegue militar se hiciera efectivo tras la realización de las ya anunciadas elecciones. En ese momento, el triunfo de Raúl Alfonsín reavivó nuestro deseo de volver al país. Sin embargo, y de común acuerdo con Susana, decidimos que pondríamos fin a nuestro exilio después de que Alfonsín hubiera asumido la presidencia. Pensábamos que, al fin y tras la larga noche de terror que nos llevara hasta México, en la Argentina habría un gobierno democrático capaz de garantizar el respeto a las instituciones republicanas bajo el cual podríamos reconstruir nuestras vidas en libertad, y sin sentirnos amenazados por nuestra activa militancia política ya que, como a tantos otros compatriotas, ni durante el gobierno de Isabel Martínez ni en el de las Fuerzas Armadas, se había impulsado ninguna instancia judicial contra nosotros.

La segunda condición que nos habíamos autoimpuesto era que Susana hubiera concluido y aprobado la tesis de Licenciatura en Antropología, que comenzara a cursar en 1977, lo que la habilitaría para iniciar la carrera docente en la Universidad Nacional de Córdoba.

A fines de 1983, y después de presentar su tesis, recibió el título de Licenciada en Antropología Social otorgado por la Escuela Nacional de Antropología de la Universidad Autónoma de México.

La tercera condición era que estuviéramos razonablemente seguros de encontrar sendos trabajos que nos permitieran hacer pie en Córdoba. Mi intención era que apenas llegara a nuestra ciudad retomaría mis estudios de abogacía, y en ese sentido Mario Cámpora<sup>1</sup> me había dado cierta seguridad de que, una vez

que me hubiera inscripto en la Universidad Nacional, se me concedería una beca del Sistema Universitario Mundial (SUM) un organismo internacional que tenía su sede en Suecia, gracias a la cual pude concluir mi carrera en 1987.

Una vez tomada la decisión de poner fin al exilio, se la comuniqué a la licenciada Eva Cecilia Solís Arroyo, funcionaria del Gobierno mexicano, de quien dependía el Departamento de Relaciones con la Comunidad Informática, que estaba a mi cargo y que formaba parte de la Secretaría de Programación y Presupuesto. Posteriormente realicé gestiones ante la oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) para que me facilitase el retorno a la Argentina, y logré conseguir los cuatro pasajes aéreos que necesitábamos.

La fecha fijada para la partida fue el 15 de enero de 1984, y al día siguiente el avión de Aerolíneas Argentinas aterrizaba en el aeropuerto de Ezeiza.

Regresé al país con una idea que había ido madurando durante los últimos meses del exilio: pensaba, acaso en un exceso de idealismo, que para cerrar el círculo debería retomar mi vida en el mismo punto en que la dejé cuando partimos.

Así fue como nos instalamos en la quinta que mi abuela materna, la Mema, poseía en el partido de Merlo, pues en ese viejo casco de estancia, y gracias a su generosidad y valentía, habíamos vivido de manera clandestina durante dieciséis meses, cuando logramos escapar a la persecución del Departamento de Informaciones de la policía cordobesa y del Comando Libertadores de América quienes, durante la intervención del brigadier retirado Raúl Lacabanne, sembraban la muerte y el terror en la ciudad de Córdoba. Después del golpe cívico militar del 24 de marzo, y a falta de otras posibilidades, decidimos continuar en nuestro refugio pese a que corríamos el riesgo de ser detectados por la inteligencia militar o, lo que quizá resultaba aún más peligroso, por los grupos de tareas de la Armada, quienes habían tomado a su cargo la tarea de exterminar a los militantes montoneros.

Ahora, mientras recorría el vasto terreno de la quinta, o cuando me instalaba tranquilamente a leer o a conversar en la amplia galería, no podía dejar de pensar en la angustiada opresión que había sentido en aquella época cuando, en el momento menos pensado, un comando paramilitar podía irrumpir en la propiedad para secuestrarnos, como efectivamente ocurrió en

noviembre del '76, poco más de un mes después de nuestro viaje a México, cuando entraron a viva fuerza y, al no encontrar a nadie en la propiedad, se dedicaron a robar, a destruir todo lo que hallaban a su paso, y a dejar constancia de que habían estado en el lugar, pintando con aerosoles leyendas ofensivas en las paredes del comedor y del frente de la casa.

El primer aviso de que mi intención de recuperar la vida tal como la había dejado en 1976 era una ilusión imposible de alcanzar, lo sentí en el mismo aeropuerto al no encontrar a mi padre entre los familiares que nos esperaban, pues pese a saber que había fallecido en septiembre de 1979, creo que recién allí tomé cabal conciencia de que ya no volvería a verlo. Esa sensación se volvió más intensa cuando llegué a la quinta y, apenas entrar al comedor, vi, ahora vacío, el sillón de mimbre en el que, desde que recuerdo, se mecía lentamente la abuela Mema. Era desde ese mismo sillón, ubicado en la galería, que nos contaba a mí y mis hermanos las trágicas historias que afectaran a la familia durante el siglo XIX y que me hubiese encantado volver a escuchar, aunque ahora, con dolorosa nostalgia, comprobaba personalmente que ya no volverían a ser contadas pues, en 1982, mi querida Mema también había muerto.

Finalmente, en el mes de febrero, nueve años después de nuestra partida me decidí a viajar a Córdoba con el ánimo de recuperar la ciudad que añoraba y que durante todos los años del exilio había permanecido grabada profundamente en mi memoria, pues sentía que allí tenía mi lugar en el mundo.

Fue en Córdoba donde viví el período más intenso de mi vida, signado por el comienzo de la militancia universitaria; las interminables asambleas en el comedor universitario; las reuniones de los grupos de estudio de la Agrupación de Estudios Sociales, donde nos formábamos como cuadros políticos; las protestas estudiantiles en las calles desbordadas de manifestantes que luchaban contra la dictadura; la solidaridad de los compañeros; el compromiso político; la alegría interminable que nos embargó con el triunfo del *Luche y Vuelve* concretado con el primer regreso de Perón, el 17 de noviembre de 1972; la masiva votación del 11 de marzo que consagró presidente a Héctor J. Cámpora; el gobierno popular inaugurado el 25 de mayo del '73; el prematuro fin de la primavera camporista; el terror desatado durante el Navarrazo y profundizado bajo la intervención de Lacabanne;



la trágica desaparición de los líderes sindicales que encabezaron la rebeldía de los trabajadores cordobeses; y, por sobre todo, el amor a Susana que no sólo se mantiene sino que se ha ido renovando con el tiempo.

Todos esos acontecimientos eran parte inseparable de aquella Córdoba que extrañaba y, sin embargo, a fuerza de continuos y dolorosos choques con la nueva realidad que poco a poco descubría, fui comprendiendo que la ciudad que yo amaba había desaparecido.

¿Dónde estarían ahora esos miles de jóvenes que habían participado en el Cordobazo y que, apenas un mes antes del Viorazo, frecuentaban los corsos de carnaval y transitaban de un extremo al otro las avenidas Chacabuco y Maipú para detenerse en algún punto, en medio de la celebración, y comenzar a reclamar por la libertad y contra la dictadura gobernante que pomposamente se autodenominaba «Revolución Argentina»? ¿Adónde se realizarían ahora los famosos recitales de Radio Universidad, organizados por el locutor peruano Percy Llanos; quien también conducía el programa «*El discotecario de la noche*»; a los que asistían miles de estudiantes, cuyos aplausos y aclamaciones hacían temblar las paredes del enorme galpón del club Atenas cada vez que Mercedes Sosa o Daniel Viglietti terminaban una canción, o cuando el gran Vinicius de Moraes comenzó su actuación diciendo: «*Salud a los cordobeses y a los cordobazos*»?<sup>2</sup> ¿Qué habría sido de las muchas compañías de teatro que, como la tan reconocida «*Libre Teatro Libre*» presentaban casi semanalmente sus obras en el pequeño Teatrino de la Ciudad Universitaria? ¿Y cuándo volverían a organizarse festivales como los que hacíamos a fines de los sesenta y comienzos de los setenta para juntar fondos desti-

---

2 Creo necesario agregar que por el famoso ciclo de Recitales Populares de Radio Universidad, también pasaron otras figuras de renombre mundial, como el gran guitarrista Narciso Yepes, un casi desconocido Joan Manuel Serrat, Paco de Lucía, Alfredo Zitarrosa, Facundo Cabral, Víctor Heredia, Alberto Cortez, Cecilia Todd, Chabuca Granda, Soledad Bravo, Paxti Andión, el Cuarteto Zupay, Los Andariegos, José Carbajal «El Sabalero», Antonio Tarragó Ros, Cacho Tirao que debutó allí como guitarrista después de separarse de la orquesta de Astor Piazzolla, el cantante catalán Raymond que en 1974 vino a presentar su disco «*A Víctor Jara*», con la colaboración de músicos franceses de vanguardia como Michel Portal, así como Ariel Ramírez que presentó su «*Misa Criolla*», entre otros muchos artistas argentinos e internacionales, lo que constituye una muestra de la importancia cultural alcanzada por la Córdoba de esa época.

nados a mejorar las condiciones de vida de los presos políticos y a uno de los cuales, que resultaría inolvidable, asistió el propio Agustín Tosco, recién liberado por la fuerza del reclamo de las luchas populares de la cárcel del sur en la que estaba detenido?

Además de estas preguntas, que daban vueltas en mi cabeza sin encontrar respuestas, se iban sumando otras, quizá más lacerantes y que tenían que ver con la suerte corrida por tantos compañeros de militancia de los que nada sabía y de los que acaso nada volvería a saber. ¿Qué habría sido de ellos? ¿Cuántos habrían sobrevivido a la masacre y cuántos habrían desaparecido, tragados por la vorágine de los campos de exterminio? ¿Cuántos habrían bajado los brazos y se habrían readaptado a las nuevas y terribles condiciones impuestas por la dictadura y sus acólitos? Y, finalmente, ¿cuántos más, sin renegar de su pasado militante pese a haberlo perdido todo, se habrían tenido que sumir en la autoimpuesta oscuridad de un exilio interior, y vivirían como parias, expulsados de una sociedad en la que quizá ya nunca encontrarían cabida?

También me dolían, como si fuera en carne propia, las numerosas y no siempre acertadas transformaciones que sufriera el paisaje urbanístico de la ciudad. La mayoría de las viejas y tradicionales casonas habían sido reemplazadas por un enjambre de edificios de propiedad horizontal. Nueva Córdoba ya no era la misma. En el centro ya no estaban los emblemáticos bares y restaurantes en los que nos juntábamos a tomar un café, discutir de política o comentar las películas a la salida de los cines. Incluso esas grandes salas habían desaparecido, convertidas en microcines o en pretenciosas galerías plagadas de negocios. Tampoco existían ya el *Sombras* y *El Ángel Azul*, los dos tradicionales cineclubes donde se exhibían las obras de prestigiosos directores que no se podían ver en el circuito comercial, y las películas, consideradas subversivas, que ayudaban a pensar en los movimientos revolucionarios de liberación nacional y social, como «*El acorazado Potemkin*», «*Octubre*», «*La Batalla de Argel*», «*La hora de los hornos*», «*Los compañeros*» o «*Queimada*» por mencionar sólo algunas.

Cuando caminaba por las peatonales, que no habían cesado de extenderse desde que se inauguraran a fines de los '60 y comienzos de los '70, descubría con nostalgia la ausencia de confiterías, comercios, sastrerías, y de las grandes tiendas, como *Gath & Chávez*, *A la ciudad de Buenos Aires*, *El Guipur* y tantas otras, que

a lo largo de los años habían impreso su sello en la fisonomía de la ciudad.

Todas esas imágenes de aquella Córdoba ya desaparecida que yo aún llevaba en mis retinas, se habían desvanecido como un sueño del que me costaba despertar.

La sociedad cordobesa había cambiado por completo y sólo se percibía la pesada herencia del Proceso, expresada en la mediocridad y la abulia de la mayoría de sus habitantes, y en una juventud temerosa de participar en política y de cuestionar la falta de ideas y de compromiso con los intereses del país de la clase dirigente que ahora gobernaba. El terrorismo de Estado no sólo había sometido al cuerpo social a una suerte de «lavado de cerebro» —que se profundizaría aún más durante la década de los '90—, degradando la cultura, banalizando el pensamiento y demonizando la política, sino que también había logrado destruir los cimientos mismos que dieran vida a la Córdoba rebelde y luchadora. Así, la que una vez fuera una importante ciudad industrial había retrocedido treinta años. La fábrica de aviones, orgullo de la industria peronista, se había transformado en un mero taller de reparaciones, mientras que las automotrices ya no producían la cantidad de vehículos que se fabricaban en los setenta, y cientos de proveedores y autopartistas habían tenido que cerrar sus puertas, con el consiguiente aumento del desempleo y la reducción del número de los obreros industriales, desplazados por la crisis y por la incorporación de nuevas tecnologías, en tanto que la represión y el miedo habían destruido la capacidad de la protesta activa y extendida de los trabajadores, que una vez fuera conducida por los grandes sindicatos y los gremios clasistas, fragmentando la unidad alcanzada al calor de las luchas callejeras y aislando a los distintos sectores populares con la complicidad de dirigentes colaboracionistas y traidores.

Muchas veces, durante los largos años de ostracismo, imaginé cómo sería la alegría que sentiría el día que me reencontrara con esa Córdoba a la que tanto quería. Pensaba que sólo pisar la tierra cordobesa bastaría para terminar con las heridas y las profundas secuelas provocadas por el exilio; porque la recuperación de mi ciudad, de ese territorio que sentía como propio, significaba la recuperación de mi historia personal, de mi singularidad como individuo, de mi identidad, en suma. Entonces dejaría de andar errante por el mundo con un hueco en el corazón; ya no

tendría añoranzas, el exilio se convertiría en un lejano recuerdo y me abandonaría para siempre esa sensación insoportable de no pertenecer a ninguna parte, de ser ajeno a todo.

Qué ingenuidad la mía. La vida nos otorgaba treguas y alegrías de las que, individualmente y como familia, podíamos disfrutar, pero yo había cometido el pecado de creer en la existencia de una felicidad plena e irrestricta, en la posibilidad de recuperar un espacio que, a mí, como a tantos de mi generación, nos había sido arrebatado por el miedo y destruido por la irracionalidad del odio y la violencia. Había regresado a Córdoba y sin embargo sentía que ya nada me pertenecía, que todo me era extraño. Sólo con el paso de los años fue disminuyendo, aunque sólo en parte, la conciencia de que el tiempo que añoraba ya no habría de volver, y que la Córdoba rebelde, la Córdoba del Cordobazo, con ese barrio Clínicas que conocí, convertido en trinchera de la rebeldía estudiantil, había quedado para siempre en el dominio más o menos nebuloso de mis propios recuerdos.

Ahora comprendía, dolorosamente, la profunda significación que, entre griegos y romanos, implicaba la condena al destierro que pronunciaban contra quienes se oponían al poder omnímodo de las aristocracias gobernantes, experimentando personalmente que, muchas veces, el ostracismo hace sufrir más al hombre que los más crueles castigos físicos.

Así, reflexionaba amargamente que si uno se pasa años de su vida pensando que un día el destierro ha de concluir y que al volver recuperará la sensación de pertenecer a esa sociedad de la que ha sido expulsado, pero al regresar a su ciudad no logra recobrar el sentido de lo propio, comenzará a sentir que el extrañamiento ya no tendrá fin, y entonces no hay consuelo posible, porque el individuo, aún viviendo en el país que lo vio nacer, se ha convertido en un paria que vaga desnortado por un mundo que, más allá de las explicaciones racionales, sólo está habitado por infinidad de preguntas sin respuesta.

Quizá por eso, y citando a Patrick Modiano, premio nobel de literatura 2014:

*«...si toda esa época sigue aún muy viva en mi recuerdo se debe a las preguntas que se quedaron sin respuesta»<sup>3</sup>.*

---

3 Patrick Modiano. *«En el café de la juventud perdida»*. página 108. Ediciones Anagrama. Barcelona, 2008. Quinta edición, 136 páginas.

Así nació la necesidad de escribir este libro, de analizar los hechos ocurridos entre las décadas de los sesenta y los setenta y, en ese contexto, relatar y compartir mis experiencias personales, los recuerdos dispersos en cada rincón de mi memoria, poblados por la angustia y la nostalgia, por la pérdida definitiva de tantos compañeros y de los seres queridos que ya nos han dejado.

A medida que pasaba el tiempo sentía una pulsión cada vez más intensa por contar cómo fueron aquellos años de mi militancia universitaria y sindical; cómo logré evadir la persecución de los grupos parapoliciales; la manera en que pudimos asilarnos en la embajada mexicana; cómo transcurrió nuestro exilio y los desafíos que Susana y yo debimos enfrentar; mi colaboración como miembro del equipo de asesores del ex presidente Cárpora y la actividad política que desplegara durante los últimos meses de su vida.

También tenía que honrar un compromiso personal con todos aquellos compañeros que lucharon contra las sucesivas dictaduras militares, y que contribuyeron a posibilitar el retorno de la democracia en 1973. Muchos de ellos habrían de perder la vida a manos de la Triple A y del terrorismo de Estado, otros debieron pagar la militancia con la pérdida de su libertad, otros lograron exiliarse, y muchos, muchos más, sufrieron la opresión asfixiante que imperó en el país durante el Proceso militar, viviendo bajo la amenaza constante de ser detenidos por cualquier motivo o de ser despedidos de sus trabajos. Esos compañeros que tuvieron que permanecer en el país, se vieron obligados a reprimir el deseo y la voluntad de expresar sus ideas, y, muchas veces, debieron presenciar en silencio cómo eran despojados de todas sus conquistas laborales, viendo cómo las bandas armadas sacaban con violencia a sus compañeros de sus lugares de trabajo, de las fábricas o de las oficinas.

Baste como ejemplo lo que ocurrió en el Banco Social, donde yo había trabajado hasta fines de 1974.

Un día, a poco de iniciado el proceso militar, varios camiones del ejército llegaron al Banco y, siguiendo una lista que traían y en la que figuraban los nombres de muchos empleados de todas las edades, los hicieron salir del edificio y subir a los vehículos de transporte. Una vez que los hubieron reunido, los llevaron al parque Sarmiento, donde los obligaron a tirarse cuerpo a tierra y los amenazaron con fusilarlos allí mismo.

De esta manera, a puro terror, se quebró la rebeldía de los cordobeses y del conjunto del pueblo argentino, que no tenía a quién recurrir para pedir protección. Ni al Estado, que aplicaba ese terror desde todos sus organismos, ni a la Iglesia, donde la mayor parte de su jerarquía era cómplice de la dictadura, ni siquiera a las Naciones Unidas o a la Organización de Estados Americanos, que tardó tres años en descubrir e investigar cómo en la Argentina se violaban sistemáticamente los más elementales Derechos Humanos.

Sentía que, como sobreviviente, tenía un compromiso con la historia que me había tocado vivir, la de los '60 y los 70, y que debía sumarme a otros muchos testigos de ese tiempo, que eligieron dar su voz a todos aquellos que ya no hablarían, y que tampoco habían podido hablar en su momento.

Por eso me propuse relatar, desde mi propia experiencia militante, las luchas, los dolores, las frustraciones, los momentos de felicidad y de miedo; pero, sobre todo, resaltando la manera en que se manifestaban los trabajadores, los estudiantes, los intelectuales y el pueblo argentino en general, destacando el valor de la resistencia, la creatividad, la imaginación y la voluntad para vencer.

Cuando regresé al país traje conmigo los archivos que testimonian el tiempo de mi exilio en México, la lucha de Cámpora durante su último año de vida, documentos políticos y declaraciones de varias personalidades y jefes de Estado de distintos países latinoamericanos, actas de reuniones y encuentros de trabajo, fotografías, artículos de diarios y periódicos, y hasta cientos de cartas de compañeros exiliados en otros países. De todos estos documentos —muchos ellos incluidos en el Anexo que acompaña a estos textos—, me he servido para redactar este libro.

También he utilizado gran cantidad de notas personales manuscritas, en las que fui recopilando el contenido y mis impresiones sobre distintos acontecimientos que viví o conocí durante mi estadía en el país azteca, así como los resúmenes de las conversaciones que mantuve con políticos mexicanos, ex militantes, o representantes de las diferentes organizaciones que nucleaban a los argentinos en el exilio, y que han resultado de gran valor para reconstruir hechos y situaciones de los que fui protagonista, ya que:

*«A veces nos acordamos de algunos episodios de nuestras vidas y necesitamos pruebas para tener la completa seguridad de que no los hemos soñado»<sup>4</sup>.*

Ahora, una vez que considero que, al menos en parte, he cumplido con el objetivo que me propusiera, sé que muchas preguntas aún siguen sin respuesta y que nunca más podré reunir todos los afectos que, irremisiblemente, han quedado dispersos por el mundo.

---

4 Patrick Modiano. *Ibidem*. Página 24.

## DESCUBRIENDO EL PERONISMO

Acababa de cumplir siete años. Vivía en Paraná, donde había nacido, y desde la ventana de mi habitación ubicada en el segundo piso de la casa podía ver como los barcos cargueros, las balsas y las lanchas navegaban por el río Paraná, transportando mercancías y pasajeros.

El tráfico fluvial era muy intenso pues aún faltaba más de una década para que se construyera el túnel subfluvial que une Paraná y Santa Fe, comunicando el litoral con el resto del territorio del país.

Frente a mi casa de la calle Mitre, en el Parque Urquiza, había una plazoleta con muchos árboles y flores de todos los colores. Las había rojas, amarillas, violetas y blancas, entre otras. Cruzando la calle estaban las barrancas, donde me sentaba a ver cómo la estela de espuma blanca que dejaban los barcos se iba diluyendo en el marrón leonado de la poderosa corriente

Mi infancia era de plena libertad. Formaba parte de una barra de chicos que después de dormir la siesta, hábito que nos imponían nuestros padres, nos juntábamos para jugar a «las escondidas» o a «la mancha», nos divertíamos remontando barriletes contruidos con las cañas que crecían en las barrancas, y nos prendíamos con ganas en infaltables desafíos para ver quién dominaba mejor la pelota.

La mayor parte del año el clima invitaba a pasar los días en el parque. El colegio Centenario donde comencé la primaria estaba ubicado a una cuadra de mi casa por lo que me iba caminando solo, sin necesidad de que me acompañaran mis hermanos mayores. A la tarde, salía de mi casa a eso de las cinco y me encontraba con mi grupo de amigos, casi todos vecinos del barrio, para recién regresar cuando oscurecía.

Esa infancia feliz se vio abruptamente interrumpida cuando se produjo la autodenominada «Revolución Libertadora».

Recuerdo que una de las noches en que el golpe estaba en pleno desarrollo y su desenlace era aún incierto, mi familia y la de los Iturriza, que eran nuestros vecinos y amigos de mis padres, se habían reunido en el comedor de su casa. Los mayores escuchaban la radio con el volumen muy bajito, pasando de esta-



ción en estación para enterarse de cómo evolucionaban los acontecimientos, aunque las informaciones de las distintas emisoras eran, por lo general, parciales y contradictorias.

Cada tanto mi padre decía:

— Ya se los dije, la noticia no era cierta. Acá dicen que Campo de Mayo responde a Perón.

La tensión y el temor que reinaba en la sala era indisimulable y llegó a su máxima intensidad cuando me asomé a la ventana, desde donde se apreciaba el paso de los barcos que, según decían, transportaban tropas del ejército enviadas desde Buenos Aires para apoyar al gobierno, y, como si diera una voz de alarma, grité:

— ¡Papi! ¡Papi!

Inmediatamente, alguien apagó la lámpara del velador, única luz que habían dejado encendida, y quedamos sumidos en total oscuridad.

— ¿Qué pasa? — preguntó mi padre.

— Hay otro barco — respondí, a lo que mi padre, enojado por el sofocón que les causara me dijo:

— ¡Mocoso estúpido!

Ya era la medianoche y nos mandaron a dormir pese a la protesta de mi hermano mayor que pretendía seguir escuchando las noticias.

Después, y a medida que avanzaba ese mes de septiembre del cincuenta y cinco, la casa de Parque Urquiza se vio invadida por la tristeza. Yo era apenas un niño, pero al enterarme de las novedades que afectaban a mi familia, comencé a sentir un fuerte rechazo por los «libertadores» y contra todo lo que representaban.

Mi padre fue expulsado del cargo de secretario del Juzgado Federal que ocupaba desde el año '43, y otro tanto había ocurrido con mi madre, que era profesora en el Colegio Nacional y a los pocos días recibió la noticia de su cesantía.

En julio de 1956 llegamos a Bahía Blanca. Por contactos familiares, mis padres habían recuperado sus cargos pero bien lejos de Paraná, de sus afectos y de sus amigos y yo, por mi parte, perdí la libertad y la tranquilidad del Parque Urquiza, las barrancas, la vista del río, el clima caluroso y húmedo, el perfume intenso de las plantas florecidas, para llegar a la ciudad de los vientos y el frío e instalarnos en una casa cuyo frente daba a la avenida Alem, saturada por el intenso tránsito.

Tardé un año en volver a tener una barra de amigos, lo que recién ocurrió cuando nos fuimos a vivir a la calle Belgrano, a una cuadra del Teatro Municipal, y mis padres decidieron que continuara mis estudios primarios en el colegio Don Bosco, situado entre las calles Güemes y Vieytes, a unas diez cuadras de nuestra casa, y cuyo director era Jaime De Nevares.

Años después el papa Juan xxiii lo convertiría en el primer obispo argentino proveniente de la congregación salesiana. Cuando se conoció la noticia, el colegio se llenó de alegría. La primera vez que llegó con su flamante vestimenta de obispo la emoción nos embargó a todos, especialmente por la humildad y sencillez con que desempeñaba su alta investidura.

A la altura de Alsina al 400, frente al Teatro Municipal; ubicado junto a una hermosa plaza que hoy se abre hacia las calles Alsina, Zeballos y Portugal, ocupando una extensión de casi dos manzanas; comenzaba la avenida Alem lo que le daba al lugar una característica especial para ser el espacio elegido por los partidos políticos para organizar sus actos. Sobre la amplia explanada que había frente al teatro se levantaba el palco desde el cual los distintos dirigentes se dirigían a la multitud.

Como los otros partidos, también el peronismo elegía ese lugar para realizar sus actos y desarrollar sus campañas políticas. Desde el principio, y en gran parte debido al amargo recuerdo de las consecuencias que «la Libertadora» habían tenido para mi familia, me sentí atraído por esa corriente política, cuyos fogosos oradores reclamaban el regreso de Perón al país, el fin de la proscripción que pesaba sobre el General, y, a la vez que denunciaban la irregularidad de un proceso electoral que tendría lugar prescindiendo de la principal fuerza política y popular del país, demandaban el voto en blanco a una multitud enardecida que cantaba una y otra vez la marcha peronista.

A esos recuerdos se une el de las marchas multitudinarias de ciudadanos y estudiantes, en su mayoría universitarios, que, llevando en las solapas las características cintas de color morado, se manifestaban en favor de la enseñanza laica, y las también numerosas, pero compuestas por los más tradicionalistas, que bregaban por la enseñanza libre y se identificaban por sus cintas verdes, conflicto que finalmente se resolvería con la creación de las universidades privadas. De esa época, también recuerdo las tomas de los colegios, los enfrentamientos militares entre los «azules», que en ese entonces pasaban por ser los más demo-

cráticos y eran encabezados por los generales Onganía y López Aufranc, y los «colorados», donde se alineaban los antiperonistas más furiosos y los católicos más fundamentalistas, cuyas cabezas visibles eran los hermanos Toranzo Montero, que jugaron un papel fundamental en el derrocamiento de Arturo Frondizi.

En la ciudad era muy importante la influencia derechista de la Marina de Guerra, alineada tras las directivas ideológicas que aún impartía el almirante Isaac Rojas, uno de las principales cabezas del golpe de Estado del '55; cuya fuerza principal se concentraba en el apostadero de la flota en Puerto Belgrano, situado a sólo veinte kilómetros de la ciudad; y que, en el campo civil, eran apoyadas por el diario conservador *La Nueva Provincia*, y por otros medios de comunicación que se dedicaban a criticar a la Universidad del Sur, a la que acusaban de dar cabida a profesores y estudiantes comunistas.

Fue precisamente en el Don Bosco, donde me integré a un grupo de estudios que el padre Barazutti, nuestro profesor de literatura, creó y organizó para nuclear y encauzar a los alumnos que demostraban mayores inquietudes sociales. El objetivo declarado de la Agrupación de Estudiantes Renovadores, (AER), era formar a los estudiantes en los principios teológicos del cristianismo, embanderándolos tras las consignas políticas que en esa época levantaba la Iglesia argentina, para así contrarrestar la influencia de los «comunistas» que, según él, habían copado la Universidad del Sur.

El cura nos organizó en grupos dirigidos por un coordinador, y, entre los textos recomendados como objeto de estudios, además de la obligada lectura de las obras de San Agustín y de Santo Tomás de Aquino, estaban las encíclicas «*Rerum Novarum*», promulgada en el siglo XIX por el papa León XIII, y «*Mater et Magistra*», emitida por Juan XXIII en 1961, poco antes de la apertura del Concilio Vaticano II, en las que ambos papas tratan la situación de la clase trabajadora, siendo piezas claves en la Doctrina Social de la Iglesia, mientras que, en materia de derecho y filosofía política, las ideas más avanzadas que nos daban a conocer eran las del jurista y teólogo jesuita Francisco Suárez, uno de los más grandes representantes de la filosofía escolástica del Siglo de Oro español.

Otro de los profesores del colegio era el padre José Menestrina, quien, con el correr del tiempo, llegó a ocupar el cargo de

capellán mayor del Ejército y fue el confesor personal del dictador Jorge Rafael Videla. Menestrina era oriundo de Bahía Blanca y había sido párroco de Rawson y capellán de la cárcel durante la prisión de sus amigos Lanusse, Cacciatore, Alzogaray, y otros que, en 1952, estuvieron detenidos allí por haber participado en el intento de golpe de Estado contra Perón comandado por el general Benjamín Menéndez y que fuera sofocado por el general Juan José Valle.

Conspicuo representante de la hoy llamada «Teología de la muerte», contribuyó, como miembro del Opus Dei y junto a su cofrade, el obispo Victorio Bonamín, a que los miembros de la orden salesiana fueran activos colaboradores de todas las dictaduras y tiranías militares. También asesoró espiritualmente a los militares de Onganía en el golpe de 1966 y, como admirador personal de Galtieri, participó entre los que dieron su ferviente apoyo a la aventura de la guerra de Malvinas.

Su contracara la constituye Jaime de Nevaes y su prédica en favor de los Derechos Humanos, ya que desde sus comienzos como sacerdote, y sobre todo durante su trabajo episcopal, una de sus preocupaciones esenciales fue la defensa de la justicia y de los derechos establecidos en la Constitución. Bastan unos pocos hitos destacados de su vida para dar una idea de la personalidad de un hombre íntegro y honesto, cuya trayectoria ha dejado una impronta que trascendió su época.

En 1961, a poco de ser nombrado obispo por el papa Juan XXIII, De Nevaes participó como uno de los padres conciliares en el Concilio Vaticano II; a fines de esa década, y siendo titular de la diócesis de Neuquén, se pronunció a favor de las huelgas de los trabajadores que conmovieron el país; en ese marco, defendió la huelga de los miles de obreros de la construcción que trabajaban en las excavaciones de la represa del Chocón, disponiendo que ninguno de los sacerdotes a su cargo oficiara misa cuando la obra fue visitada por las autoridades nacionales, por lo que el general Lanusse debió recurrir al vicario general del Ejército, Victorio Bonamín, para que le enviara un capellán militar. Unos años antes, en 1968, tomó parte de la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que se realizó en Medellín, Colombia, y marcó un hito en la historia pastoral de América Latina. Más adelante, y ya en pleno gobierno procesista, fue uno de los fundadores de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos y del Movimiento Ecuménico por los Derechos Hu-

manos; y, tras la caída de la dictadura militar, fue miembro de la CONADEP durante 1983 y 1984, y convencional constituyente para la Reforma de la Constitución Argentina de 1994, aunque, a poco de iniciada la convención, renunció a la misma haciendo graves críticas a la reforma que estaba por aprobarse. A su muerte, en 1995, una verdadera multitud desfiló durante dos días frente a su cuerpo, expuesto en la catedral de Neuquén, donde luego sería sepultado.

En mi memoria, la de un chico que en ese momento aún no había terminado la primaria, tengo grabada la imagen de un hombre que impresionaba por su natural sencillez. Cuando llegó al colegio, vestido por primera vez con sus ropas de obispo, muchos de nosotros notamos que se sentía incómodo y que extremaba la característica amabilidad de su trato, lo que no hacía más que resaltar su humildad e infundir respeto, afecto y admiración en quienes tuvimos la suerte de tratarlo.

Por dar sólo un breve ejemplo de su pensamiento, me gustaría citar un párrafo de una homilía que, contra el posible indulto de los genocidas, pronunció en 1989, donde sostuvo que:

*«...no hay paz sin justicia y no hay justicia en la impunidad. La impunidad trae el debilitamiento de las instituciones y abre las puertas a la dictadura. De donde se deduce claramente, hermanos, que es nuestro deber de cristianos y de argentinos, de patriotas, convocarnos para luchar contra una infame claudicación llamada indulto...».*

Mis dificultades en el colegio Don Bosco se iniciaron mientras cursaba el cuarto año del secundario y, siendo miembro de la Agrupación de Estudiantes Renovadores, me declaré peronista y sostuve que la prohibición que pesaba sobre el general Perón y que le impedía regresar al país, era un verdadero atentado contra la Constitución Nacional.

Fácil es imaginar que, en una sociedad dominada por el conservadurismo, y cuando la quema de las iglesias, ocurrida en Buenos Aires en 1955, aún estaba fresca en la memoria de la jerarquía eclesíástica, un pronunciamiento como el mío no podía ser bien recibido.

A modo de represalia, el padre Barazutti me mandó a rendir Literatura y me aplazó en el examen de diciembre, pese a la oposición de uno de los sacerdotes que integraba el tribunal y

que se negó a firmar el acta, denunciando ante mi padre, que era profesor del colegio, que se había cometido una gran injusticia conmigo.

Al día siguiente, y ante el enfrentamiento de mi padre con el orientador del AER, conflicto que podía haber llegado al escándalo, decidí que ya no podía continuar en el Don Bosco, y pedí mi pase al Colegio Nacional de Bahía Blanca donde cursé el quinto año del Bachillerato.

De esta manera, a los dieciséis años, me vi obligado a separarme de quienes fueran mis compañeros de estudios durante los últimos ocho períodos escolares, lo que significó una pérdida importante en mis afectos, la primera que tuve que enfrentar como consecuencia de mis ideas y de mi opción por el peronismo.



## CÓRDOBA: EL COMIENZO DE LA MILITANCIA

En enero de 1967, cuando ya hacía nueve meses que Juan Carlos Onganía era el primer presidente de la autodenominada «Revolución Argentina», que había derrocado al gobierno constitucional de Arturo Illia, llegué a Córdoba para iniciar mis estudios universitarios. En marzo aprobé el curso de ingreso a la Facultad de Abogacía de la Universidad Católica de Córdoba, que por entonces funcionaba en el viejo edificio de la calle Burchardo.

Durante mi paso por la Católica me incorporé activamente a un movimiento estudiantil que en ese momento vivía una etapa de alta politización, caracterizada por el progresivo abandono de las ideas liberales y elitistas que predominaran en la década anterior y, por ende, una aproximación cada vez mayor a la izquierda, al peronismo proscrito, y a las luchas que los trabajadores venían desarrollando contra la dictadura militar.

Era también el tiempo en que las juventudes argentinas, como las de otros países latinoamericanos, enmarcaban su accionar en un contexto internacional signado por las profundas transformaciones que, tanto en Europa como en América del Norte, se estaban produciendo en los paradigmas culturales imperantes en Occidente desde el fin de la Segunda Guerra Mundial.

En nuestro país, la democracia no sólo aparecía completamente desvirtuada por la sucesión de golpes militares que se habían venido produciendo desde 1930 en adelante, sino que, desde el punto de vista de la izquierda militante se presentaba como cada vez más desprestigiada e inviable como forma de organización de la sociedad. En esta apreciación no sólo jugaban los precedentes de la Revolución Cubana y de las experiencias nacionalistas, populistas y revolucionarios encabezadas por militares, como los de Perú y Bolivia, sino también la innegable ilegitimidad que pesaba como una condena sobre los gobiernos democráticos que, desde el '55, habían resultado elegidos en las urnas gracias a la proscripción del peronismo.

Esta medida, equiparable al fraude patriótico que dominara la escena política argentina durante la década del '30, no era sino otra maniobra de las elites económicas vernáculas para



conservar el poder, dejando de lado a las grandes mayorías populares y vetando abiertamente la candidatura de su líder natural. La prueba más fehaciente de que, si «aflojaban la mano», el movimiento proscrito volvería al gobierno, fue el bochornoso desconocimiento del triunfo de los candidatos peronistas en las elecciones provinciales de marzo del '62, cuando, bajo diferentes nombres partidarios, se impusieron en dieciocho provincias, entre ellas la de Buenos Aires, donde resultó electo el dirigente textil Andrés Framini. Ante ese resultado, el presidente Frondizi en un vano intento de recomponer su propia situación, dispuso la intervención de todas esas provincias, aunque no pudo evitar que, tan sólo once días más tarde, un nuevo golpe militar acabara por derrocarlo y poner en su lugar al presidente provisional del Senado, el también radical intransigente José María Guido.

Durante su breve mandato, Guido anuló las elecciones provinciales, decretó una nueva proscripción del peronismo, disolvió el Congreso y convocó a nuevos comicios, aunque limitados y controlados por las Fuerzas Armadas, para julio de 1963. Arturo Illia, quien había resultado electo gobernador de Córdoba, cargo que no llegara a asumir debido al golpe de Estado, fue elegido presidente, pero con un muy limitado respaldo electoral.

El 28 de junio del '66, tras haber arrastrado lastimosamente un gobierno débil y sujeto a las múltiples presiones provenientes del peronismo, de la mayoría de los partidos opositores, de las organizaciones sindicales y, sobre todo, de los «dueños del país» y de los militares que, una vez más, actuaron como su brazo armado, el gobierno radical fue, en palabras del propio Illia, «... derrocado por las 20 manzanas que rodean a la casa de gobierno».

La «Revolución Argentina», que entronizó al bando militar de los «azules», en la persona de su principal referente, teniente general Juan Carlos Onganía, pretendía despolitizar el país y modificar la estructura de los partidos políticos tradicionales a los que se consideraba corruptos y caducos. El país que pretendía construir, de la mano del establishment, expresado en la oligarquía, las grandes corporaciones nacionales y multinacionales era una «Argentina moderna integrada al mundo conforme a los valores occidentales».

Por eso, el gobierno de Onganía no tenía plazos y necesitaba tiempo, que, siguiendo el modelo del *Generalísimo* Francisco Franco, se estimaba en alrededor de treinta años. La primera eta-

pa sería la del denominado «tiempo económico», a la que seguiría la del «tiempo social», para recién culminar en la del «tiempo político», es decir, cuando no ya quedara vivo ningún dirigente político de los que acababan de ser desplazados y, por sobre todo, cuando hubiera muerto el general Perón, líder y creador del mayor movimiento político que conociera la historia del país y que, como lo definiera John William Cooke, se había constituido en «*el hecho maldito del país burgués*».

En cuanto al aspecto cultural, el nuevo gobierno era profundamente conservador y tradicionalista, fuertemente influenciado por los sectores integristas de la Iglesia argentina, cuya cabeza, el cardenal Antonio Caggiano; Presidente de la Conferencia Episcopal, Vicario General Castrense y Cardenal Primado de la Argentina; había sido un notorio colaborador de la red internacional que facilitó y protegió la fuga de destacados personajes del nazi-fascismo después de la Segunda Guerra Mundial. En 1962, el cardenal había inaugurado los primeros cursos de guerra contrarrevolucionaria que se dictaron en el Ejército Argentino, y el año anterior prologó la edición del manual «*Marxismo Leninismo*», en el que se proporcionaban orientaciones y directivas a los soldados católicos en su «lucha a muerte» contra el comunismo.

Así, en el centro del debate sobre el modelo de país que la «Revolución Argentina» aspiraba a construir, y siguiendo los imperativos de la Guerra Fría, se agitaba permanentemente la amenaza de las «fuerzas oscuras del comunismo que conspiraban para destruir nuestro estilo de vida occidental y cristiano» y, como consecuencia, su mirada sobre los cambios en los comportamientos sociales que se estaban operando en todo el mundo, era tan retrógrada que se parecía a la de las sociedades más fundamentalistas del mundo islámico.

En este contexto, y en aras de defender y conservar las virtudes y la moral del mundo «occidental y cristiano», se condenaban y cercenaban los derechos de la mujer a participar en la vida laboral y política de la sociedad, se criticaba a las que fumaban y, como una forma de combatir el cada vez más generalizado uso de la minifalda, hasta llegó a reglamentarse el largo que deberían tener las polleras de las mujeres «decentes». De la misma manera, los jóvenes que, siguiendo la moda impuesta por los Beatles y las juventudes europeas y norteamericanas, se dejaban crecer el pelo o la barba eran sospechosos de comulgar con el comunismo,

y muchos, entre ellos el reconocido pintor Ernesto Deira, fueron detenidos en la calle y rapados en las comisarías, para que sirvieran de ejemplo de cómo debería ser la apariencia física de los «varones» argentinos.

También, y como forma de regular y encauzar el modo de pensar de la sociedad, se elaboró un índice que prohibía la edición y difusión de gran cantidad de obras literarias de reconocidos autores nacionales e internacionales, se estableció la censura cinematográfica y se impidió la representación de obras teatrales y musicales; como *«La consagración de la primavera»*, de Igor Stravinsky y, en lo que fue el caso más sonado, la puesta en escena de la ópera *«Bomarzo»*, del compositor argentino Alberto Ginastera sobre el libro homónimo de Manuel Mujica Láinez, que venía de estrenarse exitosamente en Washington, con la excusa de que *«el argumento de la pieza y su puesta en escena revelan hallarse reñidos con elementales principios morales en materia de pudor sexual»*. El tema del sexo era una de las preocupaciones centrales de los funcionarios del onganiato, que, por idénticos motivos, ya habían prohibido la representación del ballet *«El mandarín maravilloso»*, del compositor húngaro Bela Bartók.

En el ámbito universitario, el gobierno decretó la intervención de todas las casas de altos estudios que hasta entonces se venían rigiendo según los principios de la Reforma Universitaria de 1918, que establecía la autonomía universitaria y el cogobierno tripartito de docentes, estudiantes y graduados, normas que a partir de ese momento quedaban anuladas por el Poder Ejecutivo que consideraba a la politización de las universidades como un avance del comunismo que debía ser erradicado a cualquier precio.

Las protestas contra estas medidas arbitrarias se extendieron de inmediato a todas las universidades del país, donde muchas facultades fueron tomadas y, en respuesta, la dictadura ordenó su desalojo, que se expresó de manera particularmente violenta en la noche del 29 de julio del '66, cuando la Dirección General de Orden Urbano de la Policía Federal Argentina ingresó a viva fuerza en cinco facultades de la Universidad Nacional de Buenos Aires, en lo que luego se conocería como *«La noche de los bastones largos»*, en alusión a los bastones largos que utilizaron los efectivos policiales para golpear con verdadero salvajismo a las autoridades universitarias, los estudiantes, los profesores y

los graduados, cuando, luego de proceder a detenerlos, los hicieron salir de los edificios y pasar entre una doble fila de policías, que tenían instrucciones de actuar con la mayor dureza. Esa noche, además de las masivas detenciones, también se destruyeron equipos, laboratorios y bibliotecas.

Durante los meses siguientes, más de cuatrocientos profesores de las distintas universidades argentinas fueron despedidos, debieron renunciar u optaron por exiliarse en el extranjero. Luego se sabría que la cifra de emigrados llegó exactamente a trescientos uno, que, por su capacidad y su prestigio, muy pronto encontraron cabida en universidades de Latinoamérica, Europa, Estados Unidos, Canadá y Puerto Rico, en la que habría de ser la mayor sangría de «cerebros» que hasta ese momento se había conocido en nuestro país. Uno de los más notorios expulsados fue César Milstein a quien, en 1984 y ya nacionalizado británico, le fue otorgado el Premio Nobel de Medicina por sus investigaciones en el campo de la biología molecular. Otro caso emblemático lo constituyó el desmantelamiento del equipo del Instituto de Cálculo de la facultad de Ciencias Exactas, que operaba la primera computadora de América Latina, cuyos setenta miembros se vieron obligados a salir del país.

Así, «la noche de los bastones largos» debe ser tomada como la primera manifestación de gran ofensiva destinada a terminar con el modelo de una universidad comprometida con su medio social. Por contraste, nuestra generación imaginaba una democracia sin restricciones y sin proscripciones, aunque sólo la consideraba como un paso previo y necesario hacia la construcción de una sociedad socialista, y las universidades constituían el ámbito natural en el que pretendíamos debatir el proyecto de país que deseábamos, y que era percibido como una amenaza contra el sistema y un ataque directo a las instituciones y a la autoridad.

En aquellos años, nuestra lucha estaba impregnada de optimismo y todos nosotros teníamos la esperanza de alcanzar una sociedad más justa y equitativa. Sentíamos que el triunfo era posible y que estaba al alcance de la mano.

Era la época en que los movimientos que representaban al nacionalismo revolucionario, avanzaban en todo el mundo; en América Latina con el Perú de Velazco Alvarado y la insurrección de los mineros y campesinos bolivianos que llevaría al poder al general Juan José Torres; en los países árabes los movimientos

nacionalistas se radicalizaban bajo el liderazgo del presidente egipcio Abdel Gamal Nasser, que había enfrentado triunfalmente al debilitado imperialismo inglés, recuperando el control del canal de Suez. En África, y pese a la represión gaullista, triunfaba la revolución argelina y, en Asia, la resistencia vietnamita, liderada por Ho Chi Min y por uno de los mayores estrategas militares del siglo pasado, el general Vo Nguyen Giap, le ponía freno a la desmedida expansión norteamericana.

Podría afirmar que el período de la militancia universitaria, que se extendió durante los años de la lucha contra la dictadura de la «Revolución Argentina» hasta la asunción del gobierno popular de Héctor J. Cámpora, constituyó para la juventud el tiempo de la épica, de la esperanza y de la militancia romántica, aun no contaminada por escalada de violencia política que pocos años después se desataría en toda la Argentina.

Esa militancia también era impulsada por los vientos libertarios del Mayo Francés. Día a día seguíamos las noticias que nos traían el relato de lo que iba aconteciendo en la capital francesa. Un día nos enterábamos de que la ciudad había sido prácticamente tomada por columnas de estudiantes que recorrían el boulevard Saint Germain coreando consignas contra la guerra de Vietnam. Otro día leíamos que, desde su departamento parisino, Julio Cortázar había dado su apoyo a los estudiantes que ocuparan el Pabellón Argentina de la ciudad universitaria y lo rebautizan con el nombre del Che Guevara. Simultáneamente tres de las principales centrales obreras controladas respectivamente por comunistas, socialistas y católicos de izquierda decretaron una huelga general con movilización reuniendo medio millón de personas que conmovieron a París. Las banderas que instaban al paro y a la movilización ondeaban en las fábricas, en los trenes, en los aeropuertos, en los bancos, en las oficinas de correos, en todo París y en toda Francia, que quedó paralizada por la huelga.

El poder político representado por el primer ministro Georges Pompidou condenó la huelga acusando a los agitadores de «*intentar destruir las mismas bases de nuestra civilización*». La rebelión del Barrio Latino, ya extendida al conjunto del movimiento estudiantil francés, y acompañada por las centrales obreras que convocaron a la huelga al conjunto de los trabajadores, para que se movilaran por sus propias reivindicaciones, nos demostró que la unidad obrero estudiantil era algo posible de alcanzar, y

así su lucha era asumida por nosotros como un acontecimiento político inspirador del camino que debíamos recorrer.

Me gustaría señalar que en ese momento, y bajo el entusiasmo que generaba en nosotros el papel protagónico asumido por los estudiantes franceses, no tuvimos en cuenta que los sucesos de mayo del '68 fueron, en su esencia, más un cuestionamiento contracultural de la juventud que un movimiento revolucionario contra el sistema capitalista en su conjunto y que muy pronto las centrales obreras dieron marcha atrás y dejaron sin su apoyo las reivindicaciones reclamadas por el movimiento estudiantil.

En palabras del gran escritor mexicano Carlos Fuentes:

*«...la juventud parisina representó la insatisfacción con el orden conservador, capitalista y consumidor que había olvidado la promesa humanista de la lucha contra el fascismo y del pensamiento radical de Sartre en un extremo, de Camus en el otro y, en el centro de un renacimiento religioso, de Mauriac, Bernanos y Emmanuel Mounier. Pero en el corazón mismo del Mayo parisino había, a la vez, una fiesta y una demanda. Marx y Rimbaud, la imaginación al poder, prohibido prohibir, eran palabras de fiesta, pero también de crítica a la autosatisfacción del orden establecido y de afirmación radical, es decir, de retorno a las raíces de la promesa social, cultural y humana de una modernidad pervertida, por no decir enajenada»<sup>5</sup>.*

Otro destacado intelectual, escritor y político francés, André Malraux, ex combatiente de la aviación republicana durante la Guerra Civil Española devenido en ministro de Cultura del gobierno conservador y colonialista de Charles De Gaulle, afirmará que el Mayo Francés:

*« (...) anuncia la gran crisis de la civilización occidental»<sup>6</sup>.*

Lo que, en otras palabras, contribuye a abonar la tesis de que lo que estaba en cuestión, más allá de los componentes ideológicos y políticos que imprimieron al movimiento los distintos sectores marxistas, socialistas, o anarquistas, no eran las estructuras económicas y productivas del sistema, sino las formas políticas,

5 Carlos Fuentes. «68: Modelo para armar», artículo publicado en el suplemento «Radar», *Página 12*, Buenos Aires, 27 de noviembre de 2005.

6 Carlos Fuentes. «Los 68». Editorial Debate. Barcelona, 2005. 177 páginas.

sociales y culturales con las que, en ese momento histórico, se expresaba el capitalismo francés.

Según lo plantea Nicolás Casullo<sup>7</sup>:

*«Desde esa perspectiva, el movimiento fue una manifestación del desacople existente entre, por un lado, el avance que definía desde lo técnico la producción y la vida material a escala y, por el otro, la lentitud con que se seguía cotidianamente viviendo en materia de valores y costumbres en el campo de las relaciones sociales, familiares... el mundo de los vínculos, toda una cultura que no se removía, se aceptaba de hecho, sin cuestionar. Todo un espacio que incluso hacía al ejercicio de jerarquías, del poder concreto»<sup>7</sup>.*

También en 1968 ocurrieron otros dos movimientos políticos que dejaron una huella profunda en nuestro espíritu militante. Me refiero a los trágicos sucesos que enlutaron a México y a Praga.

El 1° de agosto de ese año, el rector Javier Barrios Sierra, de la Universidad Autónoma de México, ordenó que la bandera fuera izada a media asta en el mástil de esa casa de estudios en señal de duelo por el avasallamiento de la autonomía universitaria. En un comunicado afirmó que:

*«La ciudad universitaria goza de estatuto de autonomía desde hace más de treinta años y forma un recinto inviolable para toda clase de fuerzas armadas».*

La revuelta estudiantil estalló cuando la Escuela Nacional Preparatoria dependiente de la UNAM (N°1), ubicada a pocas cuadras del Zócalo, fue tomada por los estudiantes y soldados del cuerpo de paracaidistas la retomaron después de derribar la puerta principal con un proyectil disparado por una bazuca.

El 1° de agosto cuarenta mil estudiantes marcharon desde la ciudad universitaria al Zócalo bajo la consigna: *«Responderemos con la razón a la violencia».*

La manifestación fue reprimida violentamente y el comité de lucha estudiantil denunció la muerte de veinte estudiantes. En la marcha las columnas enarbolaban la fotografía del Che Guevara,

---

<sup>7</sup> Nicolás Casullo. Entrevista publicada por *Río Negro/On line* el 18 de mayo de 2008, bajo el título: *«En las calles de París '68 'me di un baño de todo'».*

y en los carteles y pancartas que portaban, el presidente mexicano Gustavo Díaz Ordaz aparecía con el aspecto de un gorila y llevando un casco de acero en la cabeza.

Las movilizaciones continuaron durante los dos meses siguientes hasta que llegó la tarde del 2 de octubre cuando más de cien mil estudiantes marcharon sobre la Plaza de las Tres Culturas, situada en el antiguo emplazamiento del centro ceremonial azteca de Tlatelolco, y donde ahora se encontraba el moderno edificio de la Secretaría de Relaciones Exteriores, ubicado frente a la Iglesia de Santiago, el convento de los franciscanos, y gran número de edificios que albergaban departamentos particulares, muchos de los cuales resultaron destruidos durante el terremoto que castigó a la ciudad de México en 1985, provocando una enorme cantidad de muertos.

Efectivos del ejército los esperaban emboscados para perpetrar la gran matanza. Poco después de las seis de la tarde, desde la Torre de Tlatelolco y desde un helicóptero que sobrevolaba la zona, se lanzaron varias bengalas de colores, en lo que fue la señal para que los militares comenzaran a disparar sobre la multitud desprevenida. Los miembros del Batallón Olimpia tiraron a matar y muy pronto por la plaza corrieron ríos de sangre joven. Muchos manifestantes que escaparon al tiroteo y que se habían refugiado en los departamentos cercanos, fueron sacados por la fuerza y engrosaron el número de detenidos, tres mil de los cuales fueron concentrados en el convento de Santiago. El espanto de la escena, en la que cientos de jóvenes heridos clamaban por ayuda, se coló en el alma de los sobrevivientes para perpetuarse en la memoria del pueblo mexicano como una de las grandes tragedias del siglo xx\*.

El poeta, escritor y ensayista Octavio Paz, quien en ese entonces se desempeñaba como embajador de su país en la India, renunció a su cargo en señal de protesta contra la matanza, dejando sentadas sus diferencias con el gobierno de su país. Cabe destacar que fue el único funcionario que se animó a hacerlo.

Al respecto, Carlos Fuentes acota que:

*«El movimiento del '68 mexicano no iba dirigido, sino de la manera más implícita, contra la potencia hegemónica y*

---

8 Si bien las cifras varían según las distintas fuentes, podría afirmarse que los muertos fueron más de doscientos cincuenta mientras que la cifra de heridos rondó los mil trescientos.



*vecina, los Estados Unidos de América. Demanda democrática, como la describió Octavio Paz, o demanda revolucionaria, como la describe Joel Ortega, el movimiento mexicano proviene de una matriz más nacional que internacional. Representa una ruptura flagrante entre la legitimidad revolucionaria reclamada como fundamento por todos los gobiernos a partir de (Venustiano) Carranza<sup>9</sup>, y la evidencia contrarrevolucionaria de las prácticas represivas, antidemocráticas y antipopulares cada vez más acentuadas de los gobiernos “emanados de la revolución”»<sup>10</sup>.*

Cruzando el Atlántico, allá en la Europa del Este, en la cumbre que tuviera lugar el 31 de julio entre la Unión Soviética y Checoslovaquia, en la localidad de Cierna Nad Tisou; un pueblo situado cerca de la frontera que entonces separaba a los dos países y que hoy pertenece a Eslovaquia; se trataron las Reformas democráticas implantadas por el régimen progresista de Alexander Dubcek. Mientras tanto, gran cantidad de efectivos militares soviéticos continuaron con las maniobras que estaban desarrollando, en zonas cercanas a las fronteras checas, en Polonia y Alemania Oriental.

Alexander Dubcek propuso la democratización de todo el sistema social y político de la sociedad socialista checa para así unir a la nación y liberar sus energías creadoras. El régimen soviético conducido por Leonid Brézhnev; secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), y uno de los más notorios dinosaurios que lograron sobrevivir tras la muerte de Stalin siguiendo la estela de Nikita Krushev; consideró que las innovaciones de Dubcek expresaban un mezquino reformismo burgués que en su momento ya había sido advertido por Lenin, mientras que los checoslovacos aclamaron a su líder después de su participación en la cumbre, por entender que había defendido cabalmente la soberanía de su país y las reformas democráticas que se venían realizando.

El 21 de agosto las tropas del Pacto de Varsovia, lideradas por la Unión Soviética, invadieron Checoslovaquia, detuvieron a Dubcek y a otros cuatro integrantes de su gobierno, y pusieron

---

9 José Venustiano Carranza Garza. Presidente constitucional de México desde 1917 hasta su asesinato en 1920.

10 Carlos Fuentes. *Ibidem*. en *Página 12*, Buenos Aires, 27 de noviembre de 2005.

fin a la Primavera de Praga, que el gran intelectual y novelista checo Milan Kundera definió como:

*«Un intento de crear un socialismo sin una policía secreta omnipotente; con libertad para la palabra dicha y escrita; con una opinión pública cuya existencia es reconocida y tomada en cuenta; con una cultura moderna desarrollándose libremente y con ciudadanos que han dejado de tener miedo»<sup>11</sup>.*

Citando nuevamente a Carlos Fuentes, podemos agregar que:

*«...el “socialismo con rostro humano” propuesto por Dubcek era un intento de conciliación entre las razones estratégicas del imperio soviético y las razones humanas de los ciudadanos capturados dentro del Pacto de Varsovia».*

*«La burocracia comunista, nos explicó el gran escritor húngaro Jorge Konrad, no había logrado aplastar a la sociedad civil. De múltiples maneras, la volvió resistente.*

*La Primavera de Praga no combatía el sistema comunista. Lo humanizaba, lo democratizaba y lo socializaba. Todo ello, capítulo por capítulo y en su conjunto, era anatema para los gobernantes del Kremlin, empeñados, simultáneamente, en mantener los dogmas del totalitarismo estalinista y la unidad, bajo la dirección de Moscú, de los países satélites del Pacto de Varsovia»<sup>12</sup>.*

Cuando ocurrieron los sucesos de 1968, el Che ya era un mito que invocaban los estudiantes y trabajadores de un lado y del otro de la frontera ideológica del Oeste y del Este. En México, en Francia, en Alemania, en Checoslovaquia. Lo invocaban allí donde hubiera una rebeldía que expresaba la necesidad de cambiar la sociedad.

En ese tiempo de la militancia romántica nos mirábamos en el espejo del Mayo Francés. Estábamos conmocionados por la matanza de los estudiantes mexicanos en Tlatelolco. Impactados por la muerte del Che y abrazados a su proyecto de un «hombre nuevo». Esperanzados en que la experiencia frustrada de la Primavera de Praga y su lucha por un socialismo de rostro humano

---

11 Carlos Fuentes. Op.Cit. «Los 68». Editorial Debate. Barcelona, 2005. 177 páginas.

12 Carlos Fuentes. Ibídem. en *Página 12*, Buenos Aires, 27 de noviembre de 2005.

terminara por derribar los muros del estalinismo soviético y se hiciera realidad en Europa del Este.

La militancia y la revolución eran casi una imposición absoluta, ineludible, definitiva, y los jóvenes que la encarnábamos nos sentíamos los mensajeros del absoluto y que simbolizábamos una visión completa y única del mundo. Teníamos la certeza de contar con un proyecto ideológico y político, que se cumpliría fatalmente sin que nadie pudiera impedirlo y sin que importara cuánto tardara. Estaba escrito que un día los vientos de revolución soplarían por todo el planeta, y que el sistema capitalista desaparecería de la faz de la tierra para convertirse en un lejano recuerdo, que apenas sería estudiado como una etapa histórica más de la evolución de la Humanidad.

Era el tiempo de la utopía expresada en aquellas consignas pintadas en las paredes del Barrio Latino de París —en las que se mezclaban las ideas anarquistas, con las socialistas y con otras que eran meras expresiones de deseos—, y que serían reproducidas en los muros de tantos países que luchaban contra el capitalismo deshumanizado: «*Prohibido prohibir. La libertad comienza por una prohibición*», «*Seamos realistas, pidamos lo imposible*», «*La imaginación al poder*», «*Camarada, una revolución no se vota, se hace*», «*La cultura es la inversión de la vida*», «*Los que hacen las revoluciones a medias no hacen más que cavar sus propias tumbas*», «*Esto no es más que el principio, continuemos el combate*», «*La barricada cierra la calle, pero abre la vía*», o la siempre vigente: «*Prensa. No consumir*», que expresaba una advertencia sobre la manipulación mediática del pensamiento colectivo.

Después llegaría el tiempo de la militancia mesiánica, dominada por la violencia política en la que la exigencia revolucionaria obligaba a la entrega total de cada uno de los militantes. Si durante el período romántico existía el riesgo de perder la libertad y la idea de perder la vida era aún algo lejano, en la etapa mesiánica existiría la convicción de que la muerte era una posibilidad cierta y cada vez más cercana.

En este nuevo período, quienes se incorporaban a una organización política cuyo objetivo era la revolución anticapitalista, ingresaban a un círculo hermético, completo y sin fisuras, en el que sólo se podía discutir la táctica del día a día, sin cuestionar el todo, la estrategia, las medidas a largo plazo.

Con el retroceso popular, iniciado el 20 de junio del '73 a partir de la masacre de Ezeiza, dio comienzo esa otra militancia,

impuesta por la ola de terror inaugurada por la Triple A y continuada por el terrorismo de Estado ejercido abiertamente desde el golpe cívico militar de marzo de 1976, cuyo denominador común era el pesimismo, al punto de que los militantes tenían que llevar siempre consigo una pastilla de cianuro para suicidarse y no caer vivos en manos de los represores.

Fue la época de una militancia aislada de las masas, en donde la derrota se avizoraba como inevitable, tanto como producto de nuestros propios errores, como de las contradicciones existentes en el campo popular y de una correlación de fuerzas cada vez más adversa para los movimientos de liberación nacional de América Latina y de los países del Tercer Mundo.

### *La Agrupación de Estudios Sociales*<sup>13</sup>

En nuestra ciudad y después del golpe militar del '66 que decretó la intervención a las universidades nacionales, despidió a profesores y ordenó la clausura de los centros de estudiantes, la única casa de altos estudios donde, de manera un tanto paradójica, aún seguían vigentes las asociaciones estudiantiles era una institución católica y conservadora que, al menos en teoría, procuraba desalentar la actividad política.

Fue también en la Universidad Católica donde encontraron cabida muchos de los catedráticos, de pensamiento liberal y progresista, que fueran expulsados de la Nacional. Por otro lado, y desde su creación en 1959, la composición social del alumnado de la ucc, originalmente de conformación más elitista, había ido cambiando y admitiendo a representantes de distintos sectores de clase, lo que se debía, en parte, a las políticas de mayor inclusión y distribución de la riqueza puestas en práctica por el

---

13 Casi no existen estudios locales sobre la historia de la AES, aunque tengo noticias de que en nuestra ciudad hay varios en preparación, de modo que para el análisis de su origen y desarrollo, además de mi conocimiento personal y el de otros compañeros, me he permitido recurrir, en parte, a un texto de Juan Ignacio González, que constituye su trabajo de doctorado, presentado en el XVIII Simposio Nacional de Historia, realizado en la ciudad de Florianópolis, Brasil, entre el 27 y el 31 de julio de 2015. (*La Agrupación de Estudios Sociales y su resistencia a la Dictadura Militar en Córdoba, 1967/1969* - XVIII Simpósio Nacional de História. Lugares dos historiadores: velhos e novos desafios. Universidade Federal Fluminense. Doutorando, Programa de Pós-Graduação em História. Bolsista PAEC-OEA-GCUB. [ignacio\\_gonzalez@id.uff.br](mailto:ignacio_gonzalez@id.uff.br)).

peronismo, así como al desarrollo cultural experimentado por el país a comienzos de los '60.

A esto deberían agregarse las brisas renovadoras que, para el mundo del catolicismo, significaron el Concilio Vaticano II y la Doctrina Social de la Iglesia, que habrían de cristalizar en la Teología de la Liberación, replanteando la relación entre la misión pastoral de la Iglesia y la práctica política revolucionaria. En nuestro país, estas posiciones se vieron reflejadas en la revista *Cristianismo y Revolución*, dirigida por el ex seminarista Juan García Elorrio y cuyo secretario de redacción era Jorge Luis Bernetti<sup>3</sup>.

La publicación, de carácter mensual, apareció entre septiembre de 1966 y septiembre de 1971, y contó entre sus columnistas a prestigiosas figuras como Eduardo Galeano, John William Cooke, Carlos Raimundo Ongaro y el destacado teólogo Rubén Dri, por citar sólo a unos pocos, y publicó artículos de o sobre Regis Debray, Fidel Castro, Ho Chi Minh o Camilo Torres, así como reportajes y comunicados de diversas organizaciones armadas.

En este contexto, y en 1967, surge en la Católica un grupo de estudio y discusión; que pronto adoptará el nombre de Agrupación de Estudios Sociales<sup>14</sup>; conformado por entre cincuenta y sesenta estudiantes procedentes de varias facultades de la universidad, y que se reunía semanalmente en aulas del edificio central ubicado en calle Obispo Trejo 323, para reflexionar y debatir sobre temas de interés político y social, y para analizar los textos de diversos autores cuyo pensamiento ocupaba, en esa época, el centro de la escena política e ideológica a nivel nacional e internacional, haciendo particular hincapié en los que, desde Latinoamérica y los países del Tercer Mundo, sostenían posturas de corte humanista, nacionalista y antiimperialista, sobre todo los que provenían del campo del movimiento de sacerdotes tercermundistas.

A lo largo de ese año, la agrupación comenzó a actuar gremial y políticamente movilizándolo al estudiantado de la universidad en procura de obtener reivindicaciones específicas, como la modificación de los planes de estudio, la disminución de las cuotas mensuales, el aumento de becas y la implantación del cogobierno junto a profesores y no docentes, a la vez que radicalizaba sus posiciones de neta oposición a la dictadura militar. Al mismo

---

14 Tanto a nivel estudiantil como político, la agrupación siempre fue conocida como «el AES», de manera que así me referiré a ella de ahora en adelante.

tiempo, inició relaciones con centros vecinales, sacerdotes tercermundistas, asociaciones estudiantiles de otras universidades y también con algunas conducciones gremiales, sobre todo con las que respondían a la línea de la CGT de los Argentinos (CGTA), que lideraba Raimundo Ongaro, secretario general del gremio de los trabajadores de la industria gráfica.

Como resultaba evidente, estas actividades fueron abriendo una brecha cada vez más significativa con las autoridades de la Universidad Católica, a la vez que trajeron aparejado un endurecimiento de las posiciones de la agrupación, que, progresivamente, se fueron volviendo más homogéneas y volcándose hacia las de la izquierda nacional, antiimperialista y revolucionaria.

En 1968, y como una manera de lograr una mayor inserción en la realidad nacional y de estimular la conciencia y el compromiso social de sus militantes, el AES organizó un viaje de estudios a la provincia de Tucumán; que se realizó bajo la modalidad de un campamento de trabajo; para conocer de primera mano las consecuencias que las políticas de ajuste de la dictadura militar estaban teniendo sobre la población norteña, y comprobar, y en lo posible compartir, las duras condiciones de desnutrición y marginación en que vivían los peones rurales y los cañeros que participaban en la zafra tucumana.

Al volver, se elaboró un documento que se dio a conocer mediante una conferencia de prensa obteniendo gran repercusión en la comunidad académica, y que, posteriormente, fue publicado en la revista *Cristianismo y Revolución*. El extenso documento, resultado de un concienzudo trabajo de campo, donde se analizan minuciosamente las condiciones de producción y de vida de los trabajadores tucumanos, y se incluyen gran cantidad de datos estadísticos sobre las condiciones económicas y sociales de la provincia, así como sobre las formas de producción regionales y la situación de miseria y explotación de los cañeros, concluye declarando que:

*«Frente a esta situación, nosotros, universitarios, asumimos el compromiso que significa incorporarnos a la lucha que librará el pueblo. Esta será sin duda violenta, como reacción a la violencia opresora del sistema que hoy soportamos»<sup>15</sup>.*

---

15 *«Tucumán. Informe de la Agrupación de Estudios Sociales de Córdoba».* Ver completo en *Cristianismo y Revolución* n° 10, octubre de 1968. Reeditado en 2013 por la Editorial de la Universidad Católica de

A partir de la publicación del minucioso y detallado estudio, el AES cobró cada vez más notoriedad y ascendiente político en la comunidad universitaria cordobesa y amplió sus relaciones a nivel nacional, estableciendo firmes canales de diálogo con García Elorrio, y con el semanario de la CGTA, que esa época era dirigido por Rodolfo Walsh.

Si bien, en sus comienzos, el AES compartió un origen ideológico común con el Integralismo, agrupación de corte social-cristiano que surgiera a fines de la década anterior en la Universidad Nacional de Córdoba, muy pronto se diferenciaría por su radicalización y su viraje hacia la izquierda; que incluye la reivindicación de la lucha armada; bajo el influjo de la Revolución Cubana, la Teología de la Liberación y la vertiente revolucionaria del peronismo, encabezada por John William Cooke, cuyas ideas representaban una síntesis entre el nacionalismo revolucionario y el socialismo.

Así, y tal como lo expresa este reportaje a Miguel Ángel Bustos<sup>4</sup>, uno de sus principales dirigentes, la agrupación:

*«...levanta las banderas del sacerdote colombiano Camilo Torres y afirma que el pueblo en armas debe enfrentar la violencia invisible del régimen, esa violencia que anida en el hambre, el analfabetismo y la explotación del hombre»<sup>16</sup>.*

A lo que podríamos agregar la contundente declaración expuesta en el documento *«Iglesia y educación libertadora<sup>17</sup>»*, también aparecido en la revista *Cristianismo y revolución*:

*«(...) O se asume el compromiso histórico que hoy se nos exige siguiendo el ejemplo de los curas de Tucumán y Santa Fe, y se opta por los pobres rompiendo definitivamente con el sistema capitalista, los dictadores y la oligarquía; o se continúa en la adhesión pública a un gobierno que explota a su pueblo en beneficio de unos pocos. Nadie que reflexione con sinceridad*

---

Córdoba, con motivo del homenaje realizado por la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales a los militantes del AES víctimas del terrorismo de Estado. El acto, que estuvo presidido por el rector de la UCC, Lic. Rafael Velasco, contó con varios oradores y concluyó con el descubrimiento de una placa en el edificio central de la universidad, donde la agrupación solía realizar sus reuniones y plenarios.

16 Revista *Jerónimo*, n° 10, Córdoba, 1969.

17 Revista *Cristianismo y Revolución*, n° 15, Buenos Aires, 1969.

*el Documento de Medellín puede dejar de escuchar “el clamor de los pobres” que exigen justicia y enrolarse en las filas de los que luchan por su causa. Creemos que la “hora de la acción” supone la hora de las definiciones».*

Por su parte, la cercana relación que el AES mantenía con la CGTA queda de manifiesto en la invitación que la agrupación hizo al secretario del gremio de Luz y Fuerza, Agustín Tosco, para que, el 25 de mayo del '69, dictara una conferencia en la ucc, lo que llevó a un enfrentamiento con las autoridades universitarias, provocando el repudio de los estudiantes, que se expresó a través de un comunicado que criticaba al rectorado y respaldaba al dirigente sindical, generándose un conflicto que acabó con la suspensión de los firmantes y sanciones para quienes encabezaron la protesta contra esas suspensiones.

Cuatro días después el AES, liderando la Federación de Asociaciones Estudiantiles de la Universidad Católica de Córdoba (FAEUCC), participaría activamente en el Cordobazo, a partir del cual el panorama político y social de la Argentina habría de cambiar sustancialmente.

También para la agrupación se abría un nuevo período, marcado por la discusión interna que giró en torno a la validez de reivindicar y asumir la lucha armada como camino para derrotar a la dictadura. Así, y bajo la influencia de la Revolución Cubana y tras los fracasos experimentados por los grupos guerrilleros de distinto signo ideológico y político que habían intentado establecerse en el norte argentino, los ejes del debate se centrarían en cuál de sus distintas modalidades; la guerrilla rural o la urbana; era más aplicable en el país, y sobre la implementación del foco guerrillero o la insurrección masiva de los sectores populares.

Esta discusión marcaría una divisoria de aguas en el seno del AES, pues muchos de sus integrantes, sin dejar de lado la militancia universitaria, se incorporaron al Peronismo de Base, que impulsaba el trabajo político en barrios y fábricas, mientras que otros, formarían parte del grupo que fundó la rama cordobesa de Montoneros, participando en el copamiento de la localidad de La Calera.

Dos años después, en 1972, se produjo una nueva división interna, a raíz de las diferencias entre un sector, que apoyaba la metodología de lucha armada de Montoneros y otro que sostenía posiciones más afines a las de las Fuerzas Armadas Peronistas y



el Peronismo de Base, haciendo eje en la necesidad de priorizar el trabajo político sobre el accionar guerrillero.

Este enfoque es el que acabará por hacerse con la conducción de la agrupación, aunque luego de los conflictos ideológicos y políticos que se produjeron en el seno de las FAP, algunos ex militantes del AES se incorporaron a Montoneros mientras que otros optaron por abandonar las banderas del peronismo y, tras un progresivo acercamiento a la izquierda, terminarán; después del 1º de mayo del '74; uniéndose con otras organizaciones para componer el núcleo fundador de la Organización Comunista Poder Obrero (OCPO).

Según los relevamientos, aún incompletos, realizados a partir del año 2003, aproximadamente la mitad de los militantes del AES perdieron la vida a manos del terrorismo de Estado.

El 29 de octubre de 2013, en patio central de la Universidad Católica y por iniciativa de la Facultad de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales se llevó a cabo una ceremonia presidida por el rector, licenciado Rafael Velasco, que culminó con el descubrimiento de una placa en homenaje a los integrantes del Agrupación de Estudios Sociales, cuyo texto dice:

*«La Universidad Católica de Córdoba, con motivo del 30º Aniversario de la reinstauración de la democracia en nuestro país, en reconocimiento a los miembros de la comunidad universitaria e integrantes de la Agrupación de Estudios Sociales, quienes por haber aunado reflexión política y ciencia universitaria para hacerse cargo de su realidad fueron perseguidos y resultaron víctimas del terrorismo de Estado en la Argentina».*

### **Cómo viví el Cordobazo**

En marzo de 1969, después de rendir Obligaciones y Derecho Penal, las dos materias con las que completé el segundo año de los cinco que contemplaba el plan de estudios de Abogacía, tuve que interrumpir mi asistencia a la Facultad para cumplir con el servicio militar obligatorio.

Un día viernes a las siete de la mañana, y conforme a las indicaciones recibidas por telegrama, debí presentarme en el Batallón de Comunicaciones 141, ubicado en el Parque Sarmiento, donde finalmente, y por ser estudiante universitario, resulté destinado.

En los días previos al Cordobazo, el país se vio sacudido por generalizadas manifestaciones populares que evidenciaban la disconformidad de los distintos sectores de la población ante las políticas que venía desarrollando el gobierno del general Onganía. Las principales revueltas ocurrieron en Resistencia, Corrientes, La Plata y Rosario.

El 15 de mayo, en Corrientes, durante la violenta represión con que la policía desarticuló una manifestación estudiantil, perdió la vida el estudiante de medicina Juan José Cabral. Dos días después, en Rosario, una multitud de estudiantes que repudiaban el crimen, fueron dispersados por los uniformados y un oficial dio muerte al estudiante Adolfo Bello. El pueblo de Rosario, respondió con una marcha de silencio, pero el 21, en el transcurso de otra manifestación, se produjo una nueva muerte, en este caso la del aprendiz metalúrgico Norberto Blanco, de tan sólo quince años.

Según relata Felipe Pigna:

*«Las calles de Rosario fueron ocupadas por obreros y estudiantes que levantaron barricadas y encendieron fogatas para contrarrestar los efectos de los gases lacrimógenos, las que alimentaron con mesas, sillas, cajones, cartones y papeles arrojados por los vecinos desde sus balcones para colaborar con los manifestantes. Era el Rosariazo, el primer estallido de una larga lista que expresaba el descontento popular con la dictadura de Onganía, quien decretó la ocupación militar de Rosario y otros puntos de la provincia de Santa Fe»<sup>18</sup>.*

Pocas horas después, el general de división Aníbal Fonseca, comandante del Segundo Cuerpo de Ejército, comunicó a la población que se había hecho cargo del gobierno de la ciudad.

En Córdoba, el 22 de mayo, el movimiento estudiantil expresó en un comunicado que *«nuestra sangre es el precio de la libertad por la que luchamos»*.

Ese mismo día, el comandante del Tercer Cuerpo de Ejército dispuso el inmediato acuartelamiento de todos los efectivos bajo su mando.

El batallón tenía una decena de radios, ya bastante anticuadas que, estimo, databan de la década de los cincuenta, y que fueron apostadas en lugares neurálgicos de la ciudad. Recuerdo que la que estaba al mando del sargento primero Alfieri se ubicó

18 Felipe Pigna. *«El mayo rosarino y cordobés»*. En el blog *«El historiador»*, [www.elhistoriador.com.ar](http://www.elhistoriador.com.ar)

en el Cabildo, sede de la jefatura de la policía cordobesa, mientras que a la nuestra, montada en un camión con su respectivo grupo electrógeno, se le asignó como destino la residencia de la gobernación, que en ese momento ocupaba Carlos Caballero, un cursillista de corte nacionalista, ideológicamente afín al presidente Onganía. El responsable de la radio era el cabo primero Ríos, y yo me desempeñaba como radio operador, mientras que otro soldado conducía el camión, y un tercero realizaba tareas de apoyo.

Ese viernes se produjeron serios desórdenes en el barrio Clínicas, que se prolongaron hasta bien entrada la noche. También en nuestra ciudad, en la estación del ferrocarril Mitre, a donde acababa de llegar procedente de Buenos Aires, fue detenido Raimundo Ongaro, líder de la CGT de los Argentinos.

El 25 de Mayo, cerca de las diez de la mañana, el camión cocina del batallón nos trajo chocolate caliente y facturas recién hechas para festejar un nuevo aniversario del primer gobierno patrio. Al día siguiente nuestra radio recibió la orden de trasladarse a la Escuela de Suboficiales de la Gendarmería Nacional, ubicada en la ciudad de Jesús María, a unos cincuenta kilómetros de la capital cordobesa.

Ya instalados allí, el miércoles 28, pude ver la partida de la mitad de los efectivos de la Gendarmería. Se trasladaban en camiones, carros de asalto y tanquetas blindadas traccionadas por orugas y dotadas de ametralladoras pesadas. Mientras tanto, el gobierno militar denunció la existencia de un vasto plan subversivo que, según dijo, abarcaba todo el territorio del país por lo que decidió dictar una ley estableciendo la formación de Consejos de Guerra Especiales, que tendrían a su cargo el juzgamiento de quienes fueran detenidos participando de manifestaciones populares y disturbios.

Mientras tanto, más de seis mil estudiantes reunidos en asamblea en la ciudad universitaria declararon su apoyo al paro activo convocado por la seccional Córdoba de la Confederación Nacional del Trabajo, al que habrían de sumarse bajo la consigna de «*Una universidad nueva abierta al pueblo*».

Así estaba la situación en la provincia de Córdoba cuando a las 18:00, el director de la Escuela hizo formar a los gendarmes que aún permanecían en el cuartel y, dirigiéndose a sus subordinados, les dijo:

—El país vive horas difíciles. No quiero alarmarlos pero no

puedo ocultarles lo que está ocurriendo. Despidanse de sus familiares pues no descarto que mañana seamos convocados.

El 29 de mayo, día en que se celebraba un nuevo aniversario de la creación del Ejército Argentino por un decreto emanado de la Primera Junta de Gobierno Patrio, comenzó sin que tuviéramos noticias de cómo se desenvolvía el paro activo. Por descuido, había dejado en casa mi pequeña radio a transistores, y no podía seguir los acontecimientos a través de los informativos.

Nuestro camión permanecía estacionado en una calle interna del cuartel, alejado de los edificios donde se alojaban los gendarmes.

Después de almorzar en el comedor de la Escuela, el cabo primero Ríos me anunció que se iría a dormir la siesta, por lo que yo debía cubrir la guardia de comunicaciones.

Alrededor de las tres de la tarde escuché una voz firme, serena pero enérgica, que trasuntaba autoridad, y que repetía el código en clave que identificaba a nuestra radio:

— ¡Atención...! ¡*Ala pico ala...*! ¡Atención...! ¡*Ala pico ala...*!

A lo que de inmediato respondí:

— ¡Aquí *Ala pico ala...*! Repito ¡Aquí *Ala pico ala...*!

— ¿Quién está respondiendo a mi llamado?

— El soldado clase 48 Yofre Francisco, radio operador de la compañía.

— Mire soldado habla el general Carcagno. ¿A qué distancia se encuentra usted del puesto de guardia?

— Mi general, estimo que desde aquí hasta el puesto de guardia habrá unos cien metros.

— Bien soldado. Diríjase a toda carrera al puesto de guardia y le dice al oficial de guardia, o al oficial más antiguo que encuentre, que el general Carcagno ordena que se presente en la radio.

— En este momento me dirijo a cumplir la orden, mi general.

— Dije. Después dejé el micrófono y salí corriendo hasta el puesto de guardia.

Cuando entré a la edificación del cuartel en la que tenía su oficina el jefe de guardia y transmití la orden de Carcagno, utilizando los mismos términos con que él se expresara, el jefe de guardia, acaso intimidado por el rango de quien lo llamaba, tra-

tó de que otro oficial de mayor antigüedad, con el que en ese momento estaba conversando, fuera quien acudiera a atender el llamado. Eso dio lugar a una breve discusión sobre cuál de los dos se pondría en contacto radial con el general que disponía del mayor poder de fuego en todo el Tercer Cuerpo, ya que estaba al mando de la IV Brigada de Infantería Aerotransportada, entredicho que se interrumpió cuando decidí intervenir:

—Mi general Carcagno me ordenó venir a la carrera y ahora espera que yo cumpla con su orden. Ahora debo regresar a informarle que ya la he cumplido porque les aseguro que el general tiene prisa por comunicarse con el director de la Escuela.

Mis palabras pusieron punto final a la discusión cuando el jefe de guardia me dijo:

—Lléveme hasta la radio.

Salimos de la guardia e hicimos el trayecto a la carrera.

—¡Aquí *Ala pico ala...*! Mi general, el jefe de guardia está presente en la radio.

Antes de que el general pudiera hablar, el oficial de gendarmería dio su nombre y rango.

Entonces escuché que Carcagno decía:

—Infórmele al director de la Escuela que debe partir ya mismo con la totalidad de los efectivos disponibles hasta alcanzar el Liceo Militar General Paz.

—Mi general, ya mismo le transmito su orden al director de la Escuela.

Cuando desperté de su siesta al cabo primero Ríos para darle las novedades, se lamentó por no haber podido hablar con el general.

A las seis de la tarde, y acompañando a la columna de gendarmería, llegamos al Liceo Militar General Paz.

Esa noche, el cabo primero Ríos, me ordenó que fuera a buscar un bidón de nafta para el grupo electrógeno, porque nos quedaba poco combustible. Como desconocía por completo las instalaciones del Liceo, no tuve mejor idea que dirigirme al edificio principal, que era el que quedaba más cerca del lugar donde teníamos estacionada la radio, pensando que allí encontraría a alguien a quien preguntar dónde podría conseguir la nafta. Atravesé el salón de entrada, que estaba desierto y, sin que nadie me lo impidiera, subí dos pisos por las escaleras hasta dar con una gran puerta de madera de doble hoja.

Al abrirla, me encontré en un amplio salón llevando en una de mis manos el bidón de plástico verde con capacidad para diez litros. Al fondo de la sala, y sentados alrededor de una gran mesa, se encontraban reunidos una docena de oficiales de alta graduación. Sin saberlo había irrumpido en el centro de gravedad del poder militar en Córdoba. Allí estaba instalado el comando de represión del Cordobazo.

Lo ridículo de la situación hizo ostensible la falta de medidas de seguridad en que transcurría la reunión. Un coronel se levantó de golpe y me preguntó a los gritos:

— ¿Quién es usted y qué hace aquí, soldado?

— Soldado clase 48 Yofre Francisco, mi coronel, estoy buscando nafta para el grupo electrógeno de la radio.

Antes de que el coronel me mandara a arrestar por interrumpir una reunión de la alta oficialidad, el general Carcagno acudió en mi ayuda diciendo:

— Soldado regrese por donde vino. Busque en otro lugar la nafta que necesita porque seguro que acá no la va a encontrar.

— A la orden mi general — dije, mientras juntaba con fuerza los tacos de mis botines.

Por una décima de segundo había escapado a un severo castigo que el coronel se aprestaba a imponerme, quizá para disimular su parte de responsabilidad por no disponer una guardia especial en el lugar en que deliberaban los altos mandos del Tercer Cuerpo de Ejército.

Al día siguiente, el comunicado N°9 del Tercer Cuerpo expresaba:

*«Se comunica a la población que en razón de persistir la acción de grupos que perturban el orden en la zona del Barrio Clínicas se ha dispuesto efectuar la ocupación de la zona mencionada – alrededor de 40 manzanas – Toda resistencia que se oponga en cualquier forma por los mencionados grupos, inclusive como francotiradores, será reprimido por el fuego. Los responsables serán sometidos a Consejos de Guerra».*

Una semana después regresamos al Batallón de Comunicaciones 141, en el Parque Sarmiento. Allí, el soldado asistente del jefe de la Compañía de Combate A, me contó la actuación que le cupo a su unidad en la recuperación del barrio Clínicas:

— A las 20:00, el capitán reunió a la compañía y nos informó que debíamos alistarnos para partir en treinta minutos. Des-

pués anunció que íbamos a entrar al barrio de los estudiantes, y nos previno que en los techos se habían apostado francotiradores, por lo que debíamos actuar con la máxima precaución y violencia, avanzando en fila india y derribando a patadas, si fuera necesario, las puertas de las casas que teníamos que allanar.

»La zona estaba completamente a oscuras y a medida que nos acercábamos a las barricadas que eran arrasadas por los carros de asalto y las tanquetas de la gendarmería, escuchábamos pasar por sobre nuestras cabezas el silbido de los disparos que nos hacían los francotiradores. Había barricadas en todas las esquinas y las fogatas resaltaban en medio de la noche. Con las primeras luces del día pudimos avanzar en firme y recién al atardecer del viernes treinta, recuperamos el Clínicas.

Cuando se acercaba el 9 de julio, y nos estábamos preparando para el tradicional desfile con que se conmemoraba la proclamación de nuestra Independencia, un subteniente me preguntó si mi familia me iría a ver mientras marchábamos por la avenida Hipólito Yrigoyen. La pregunta, al parecer inocente, reflejaba la preocupación de los militares, ya que después del Cordobazo sabían muy bien que la mayoría de la población no apoyaba al régimen y temían que pocos ciudadanos participaran en la celebración.

Por supuesto, y tal como él lo esperaba, mi respuesta fue afirmativa, y le dije que mis padres y mis hermanos habían prometido ir a verme, pues no quería ganarme su animadversión cuando aún faltaban seis meses para que me dieran la baja.

En diciembre de 1969, en uno de sus últimos actos como jefe del Batallón, ya que al día siguiente partiría hacia otro destino, el entonces teniente coronel Horacio Tomás Liendo, firmó mi libreta de enrolamiento, haciendo constar que había cumplido con el servicio militar.

### *Militando en la Agrupación de Estudios Sociales*

Tres meses más tarde, en marzo de 1970, regresé a la universidad para continuar con mis estudios de abogacía, y retomé la militancia que había interrumpido a principios del año anterior.

Mis primeros acercamientos a la actividad política estudiantil se produjeron el mismo año en que ingresé a la Católica, cuan-

do la Asociación de Estudiantes de Derecho era presidida por Alberto Luis Bustos, y llevaba adelante el reclamo por diversas reivindicaciones relacionadas con los planes de estudio, el aumento de los aranceles y otras, más medulosas, que implicaban la participación de los estudiantes en el manejo de la universidad.

A fines del '67 concurrí a mi primera asamblea masiva de la universidad, realizada en el aula magna del edificio de la calle Trejo. El relato de cómo se desarrolló y los personajes que intervinieron en ella ayudan a pintar la situación que se vivía en esa época.

En esos días, el clima de agitación se había incrementado con motivo de los actos realizados para recordar el primer aniversario de la muerte del estudiante de ingeniería y trabajador de IKA-Renault, Santiago Pampillón, ocurrida en septiembre de 1966.

En el estrado, y a cargo de la dirección de la asamblea, estaba Claudio Ehrenfeld<sup>5</sup> quien era miembro del AES y presidente de la FAEUCC. Apenas comenzada la asamblea se produjo el primer incidente, que ya presagiaba que los debates no habrían llegar a buen puerto. En ese momento, Boneto, quien era el vocero de una agrupación alineada con la ortodoxia peronista, se puso frente al auditorio y, subiéndose a una silla para que todos lo pudieran ver, levantó su brazo derecho, haciendo el saludo nazi, lo que inmediatamente generó un masivo griterío de repudio. Cuando al fin se logró que, poco a poco, los cientos de voces indignadas se fueran acallando, Boneto, utilizando un tono provocativo dijo:

—Me acusan de ser lo que no soy. Yo sólo hice el saludo de los romanos cuando se encontraban con el César.

Era evidente que, al saberse en minoría, pues la mayoría de los centros estudiantiles estaban en manos de militantes del AES, los miembros de la derecha peronista, quienes se oponían a los objetivos de la presidencia, pretendían obstruir el normal desarrollo de los debates.

Superado ese primer trance, pidió la palabra Sofanor Novillo Corvalán, en representación de la agrupación estudiantil conservadora, quién acusó a la presidencia de incorporar a la agenda bajo la que fue convocada la asamblea otros temas no contemplados por la misma. Sobre esa base, y a grandes voces, cuestionó la legitimidad del encuentro, y propuso su inmediato levantamiento.



to pues, al no respetarse el temario anunciado, todos los asistentes habían concurrido bajo engaño.

Alberto «Momo» Molinas<sup>6</sup>, quien era por entonces el principal dirigente del AES, tomó la palabra para responder a la propuesta de Sofanor. La forma en que lo hizo, imitando el acento característico de los «niños bien» de la sociedad cordobesa, pretendía evidenciar que detrás del cuestionamiento de índole formal se escondía un interés político de neto cuño conservador.

—¡Voy a contestar a Soo...faa...nor... Noo...vi...llo...  
Coor...va...lááán...!

De esta forma, y sin decirlo expresamente, destacaba el hecho de que Sofanor pertenecía a una de las familias más tradicionales de Córdoba, portadoras de los principios seculares de una elite conservadora que resistía a pie firme el espíritu de cambio que encarnaban los trabajadores industriales y amplias franjas de la clase media.

Las ansias de democracia y libertad que impulsaban los intelectuales progresistas, a través de su oposición a la dictadura, confrontaban abiertamente con la Córdoba clerical y pretendidamente aristocrática, que se resistía a los cambios y defendía con todas sus fuerzas la posición dominante que había detentado durante siglos.

La asamblea continuó en medio de los nutridos abucheos que se prodigaban los simpatizantes de los distintos sectores en pugna. Recuerdo que Cecilio Salguero<sup>7</sup>, militante del AES, que luego se integraría a Montoneros, y participaría en la toma de la localidad de La Calera, inició la lectura de un largo documento siendo interrumpido en reiteradas oportunidades por la rechifla persistente de los que saboteaban la continuidad del debate, por lo que se vio obligado a sintetizarlo, y no pudo continuar con la lectura del texto que había preparado.

La asamblea se había iniciado a las nueve de la noche y concluyó en las primeras horas de la madrugada siguiente.

Al año siguiente me incorporé a la filial de Derecho de los Grupos Independientes, una agrupación de superficie que operaba en todas las facultades, y estaba integrada por estudiantes de diversa extracción política pero que coincidían en posiciones básicas relacionadas con la salvaguardia de los derechos gremia-

les estudiantiles, la ampliación de la democracia y de la libertad de expresión en el ámbito de la universidad y otras reivindicaciones internas, pero también comprometidos en la lucha contra la dictadura militar, la recuperación de la soberanía nacional, la puesta en vigencia de las avasalladas instituciones republicanas, y, en consonancia con los postulados del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, preocupados por subsanar las enormes desigualdades sociales y por la defensa de los sectores más necesitados de la sociedad.

En los Grupos Independientes y, de manera más o menos encubierta; sobre todo a partir de la segunda mitad de 1970 cuando, después de la toma de La Calera, debieron pasar a un estado de semiclandestinidad; también actuaban militantes de la Agrupación de Estudios Sociales, quienes, por lo general, eran quienes marcaban los lineamientos de las acciones a emprender y, al mismo tiempo, se ocupaban de evaluar los avances políticos, la actuación pública y la sensibilidad social de los diversos integrantes del grupo y, de acuerdo a eso, procuraban interesarlos para que participaran en una suerte de intensivo curso de desarrollo tras el cual se convertirían en miembros orgánicos del AES.

Como ya he señalado, durante el año '69 debí abandonar la universidad para cumplir con el servicio militar, pero a mi regreso, retomé la militancia en el Grupo Independiente.

El mes de mayo de 1970 fue de intensa actividad en el movimiento estudiantil de Córdoba, signado por una creciente politización de los claustros de ambas universidades.

Los estudiantes de la Nacional habían constituido la Coordinadora de Interfacultades y nos invitaron a los de la Católica para que formáramos parte de ella. La ucc en su conjunto sería considerada como una facultad más y, por decisión del Grupo, recayó en mí la responsabilidad de ser el vocero de mis compañeros. La Coordinadora fijó un plan de lucha que debía ir incrementándose a medida que se acercaba el 29 de mayo, fecha en que se cumplía el primer aniversario del Cordobazo, y que, entre otras medidas, contemplaba la toma de varias facultades. Después de participar en la reunión de la Coordinadora, llamamos a una asamblea en la Católica y expusimos la propuesta del plan de lucha, que recibió un contundente apoyo de la gran mayoría de los compañeros.

Cumpliendo con lo acordado, el jueves 14 fue ocupada la Facultad de Arquitectura de la Nacional, ubicada en la avenida Vélez Sarsfield, mientras que al día siguiente, el viernes 15, al cumplirse el primer aniversario de la muerte del estudiante correntino Juan José Cabral, durante la represión de una manifestación popular, convocamos a una asamblea general en la Facultad de Derecho de la UCC, en la sede de Bucharcho 360, en barrio Pueyrredón.

La asamblea comenzó a las 19:00, y, después de escuchar encendidos discursos en los que se denunciaba y repudiaba el rostro represivo y dictatorial del gobierno de Onganía, se decidió tomar la facultad. Inmediatamente se cerraron las puertas de acceso y se inició una tensa espera, aguardando la respuesta de las autoridades. Ya era cerca de la medianoche cuando llegaron los carros de asalto transportando a los efectivos de la infantería policial. En un instante abrieron las puertas, que no habían sido trabadas con muebles para impedir su entrada y minutos después, a paso marcial y exhibiendo sus bastones y pistolas lanza gases comenzaron a desplazarse por las galerías que rodeaban el claustro. En ese momento nos dimos cuenta de que los policías no eran de la provincia de Córdoba, sino que pertenecían a la Federal, quienes tenían fama de ser mucho más violentos y brutales que los de la provincia.

Estimo que seríamos unos trescientos estudiantes los que permanecíamos sentados en uno de los amplios patios a los que daban las aulas. La distancia que nos separaba de los federales era de menos de veinte metros. El oficial que los dirigía, megáfono en mano, nos dio un minuto para desalojar la Facultad. Nadie se movió. Recién cuando los infantes iniciaron su marcha hacia nosotros, amenazándonos con los bastones que empuñaban con las dos manos, comenzamos a cantar el Himno Nacional e iniciamos el abandono de las instalaciones universitarias. Al salir y observar la cantidad de policías y carros de asalto que nos aguardaban, comprendimos que habíamos estado a pocos segundos de ser detenidos y, peor aún, de ser víctimas de la indiscriminada violencia de las fuerzas represivas.

No tendrían la misma suerte los compañeros de la UNC que una semana después, el 22 de mayo, ocuparon la Facultad de Ingeniería y cuya represión por parte de los federales fue uno de los hechos más ignominiosos que se vivieron en esa época, al

punto de quedar incorporado como uno de los días más tristes de la historia de la UNC.

Así, de la misma manera en que cuando uno recuerda la intervención de Onganía al sistema universitario nacional inmediatamente la asocia con «La noche de los bastones largos», la represión al movimiento estudiantil de Córdoba quedó indisolublemente ligada al feroz accionar de los federales en la recuperación de la Facultad de Ingeniería.

Sin embargo, y a pesar de la violencia con que actuaron las fuerzas policiales, el movimiento estudiantil continuó con el plan de lucha que se acordara en la Coordinadora. Por nuestra parte, tanto el AES como los Grupos Independientes participamos activamente de los preparativos para recordar el Cordobazo y, durante esa semana, organizamos decenas de actos relámpagos en el centro de la ciudad y, casi todas las noches, salíamos a pintar en las paredes de toda Córdoba una sola consigna que sintetizaba el sentir del movimiento popular: «Córdoba se mueve por otro veintinueve».

El 29, y pese a que el paro activo convocado por la CGT contó con un alto nivel de acatamiento por parte de los trabajadores y del conjunto de los gremios que, junto a los estudiantes, levantaron barricadas en diversos puntos del centro y de la periferia, la pueblada del año anterior no pudo repetirse, ya que tanto la policía como los gendarmes se habían movido con rapidez, y ocuparon en forma anticipada los lugares más estratégicos de la ciudad.

Durante los meses siguientes, Córdoba siguió luchando y, antes de que transcurrieran dos años del Cordobazo, un nuevo estallido popular terminaría con la presidencia del general Levingston.

Cuando varios integrantes del Grupo Independiente, nos encontrábamos a punto de ser considerados aptos para integrarnos a los grupos de estudio del AES se produjo un hecho político y militar que conmovió al país.

El 1º de julio del '70, poco más de un mes después de que Montoneros hiciera su aparición pública asumiendo su responsabilidad en el secuestro y ejecución del teniente general (RE) Pedro Eugenio Aramburu, presidente de facto de la Argentina durante el período de la «Revolución Libertadora», un comando de montoneros cordobeses, estimado en alrededor de veinticinco

guerrilleros, llegó en varios vehículos a La Calera, a veinte kilómetros de la ciudad de Córdoba y procedió a copar el pueblo, tomando bajo su control la sucursal local del Banco de Córdoba, la comisaría, el correo y la Municipalidad, y apoderándose de armas y dinero.

Después de la operación, que duró menos de una hora, los guerrilleros se retiraron hacia la localidad de Saldán, pero, por problemas en uno de los vehículos, Luis Losada y José Antonio Fierro debieron descender en Villa Rivera Indarte, donde fueron detenidos tras un intercambio de disparos en el que Losada resultó levemente herido. A raíz de sus confesiones, obtenidas bajo tortura, la policía allanó una casa en barrio Los Naranjos, donde, en horas de la siesta, se produjo un nuevo enfrentamiento armado, en que fueron heridos Ignacio Vélez<sup>8</sup> y Emilio Ángel Maza. Finalmente, y tras nuevos allanamientos, las fuerzas represivas lograron detener a Carlos Soratti Martínez, Cristina Liprandi de Vélez, José María Breganti, Felipe Nicolás Defrancesco y Heber Albornoz. Una semana después, y como consecuencia de sus graves heridas, Emilio Maza falleció en el Hospital San Roque.

En la casa operativa de Los Naranjos que, por un elemental error de seguridad, era conocida por todos los participantes en el copamiento, se encontraba un archivo en el que, además de figurar los nombres de casi todos los integrantes cordobeses de Montoneros, aparecían los de muchos de sus simpatizantes y los de quienes estaban señalados como posibles candidatos a integrar sus filas. Entre ellos se encontraban los de muchos militantes del AES y de Integralismo, que, durante varios meses, tuvieron que pasar a la clandestinidad para escapar a las órdenes de detención dispuestas por la justicia.

En la Católica se produjo una verdadera dispersión, y varios integrantes del AES tuvieron que abandonar definitivamente sus estudios, aunque, finalmente y después de tomar muchas precauciones, debido a que en la universidad aparecieron varios estudiantes «nuevos», que en realidad eran miembros de la inteligencia de las fuerzas de seguridad que pretendían infiltrarse en las organizaciones estudiantiles, la agrupación pudo ser reconstruida.

Así, y como consecuencia de los hechos de La Calera, recién a fines del año '70 pudimos constituir un grupo de estudios vinculado al AES, conformado por Luis Prol<sup>9</sup>; que era quien actuaba

como coordinador; su novia y futura esposa Rosa Cancio, Luis Manrique<sup>10</sup>, Daniel Geisser<sup>11</sup>, Ricardo Biazzi<sup>12</sup>, Fabián Ramallo<sup>13</sup> y yo.

La formación de los cuadros políticos del AES era intensa, sistemática y acelerada: durante seis meses debíamos estudiar, analizar y discutir diversos textos, cuya definición política común se inscribía claramente en la línea del peronismo revolucionario, según los términos conceptuales expuestos por John William Cooke, en su «*Informe a las Bases*» que, tanto para nosotros como para el Integralismo, constituía una suerte de «libro de cabecera».

En los grupos de desarrollo también se fomentaba la lectura de diversos autores que nos ayudaban a comprender e interpretar las luchas por la emancipación nacional y la conquista de la soberanía económica y política, como Arturo Jauretche, Juan José Hernández Arregui, Abelardo Ramos, Raúl Scalabrini Ortiz, o Rodolfo Puiggrós<sup>14</sup>. Junto a ellos leíamos a los grandes intelectuales europeos que tanto influyeran en el pensamiento de la generación de los cincuenta y los sesenta como Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Albert Camus, y Herbert Marcuse, aunque algunos de nosotros, que ya poseían una formación teórica adquirida de manera independiente o por haber militado en otras agrupaciones, también aportaban análisis e ideas provenientes de autores como Louis Althusser, Marta Harnecker, Nicos Poulantzas, Antonio Gramsci y los clásicos del marxismo, sobre todo a través de la lectura de textos de Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburgo o Mao Tsé Tung, o las interpretaciones históricas de Milcíades Peña sobre el proceso de formación de la Nación Argentina.

Dos libros que me sensibilizaron especialmente sobre las implicancias del colonialismo fueron «*Los condenados de la tierra*» de Frantz Fanon, pensador, filósofo y revolucionario martiniqués, que perteneció al Frente de Liberación Nacional argelino, y «*El libro negro del hambre*» donde el teórico brasileño Josué De Castro, critica la falta de planificación de la economía mundial y la desigual distribución de la riqueza.

Al mismo tiempo, aprendíamos las nociones más elementales de seguridad, como lo que significaba el funcionamiento de una organización de estructura «celular», la manera de esconder documentación o de «tabicar» las casas operativas; como el lugar donde se guardaba el mimeógrafo y la biblioteca de la agrupación; la importancia de la puntualidad y de respetar los horarios

y el uso de «retenes» o controles o la forma de preparar una bomba *molotov*.

El programa también contemplaba una progresiva introducción en las prácticas de la militancia, que consistía en la concurrencia a actos políticos, la asistencia a movilizaciones que habitualmente terminaban siendo reprimidas por la policía, las «volanteadas» en ómnibus y en las puertas de las fábricas, la participación en la toma de facultades o de otros recintos universitarios, las pintadas de consignas en las paredes de la ciudad y, poco antes de la incorporación al AES, y como una forma de mostrar nuestro compromiso, debíamos tomar parte en alguna acción violenta, como podía ser la intervención en actos relámpago, la colocación de bombas que lanzaban panfletos, o arrojar una *molotov* contra edificios emblemáticos relacionados con empresas multinacionales, contra el *Jockey Club*, reducto tradicional de la oligarquía cordobesa, o contra edificios o vehículos públicos, en tanto expresiones del gobierno provincial como apéndice de la dictadura de la «Revolución Argentina».

Un fin de semana a comienzos del '71, cuando aún pertenecíamos a los Grupos Independientes y varios de nosotros estábamos en vías de integrarnos al AES, el padre de María Inés «la Yaya» Assales<sup>15</sup>; una compañera que estaba en el grupo de desarrollo que funcionaba en la Escuela de Ciencias Políticas; nos invitó a participar de un acto político que, como dirigente del peronismo de Balnearia, había organizado en esa localidad del noroeste de la provincia.

Assales pertenecía a la Mesa Redonda Peronista una agrupación de cuño nacionalista que presidía el Turco Julio Antún, de quien la izquierda peronista sospechaba que mantenía vínculos con la Inteligencia del Tercer Cuerpo de Ejército. Furibundo anticomunista, estaba enfrentado a la corriente que lideraba Ricardo Obregón Cano, quien terminaría imponiéndose en las elecciones internas para finalmente ser elegido gobernador de Córdoba.

En un ómnibus contratado por Assales, alrededor de cuarenta compañeros del AES y de los Grupos Independientes, nos trasladamos a Balnearia. Nuestra entrada a la ciudad no pasó desapercibida, ya que lo hicimos coreando consignas en favor de las organizaciones armadas peronistas, y, en particular, voceando el nombre de Montoneros.

El salón del club donde se llevó a cabo el acto estaba completamente lleno. Tras escuchar a varios oradores, uno de nuestros compañeros, el Flaco Raúl Ojeda, que en ese tiempo sostenía una posición cercana a la del AES, aunque era crítico con la línea de Montoneros, reivindicó abiertamente en su intervención las acciones que las organizaciones guerrilleras peronistas realizaban con el objetivo de lograr el retorno del General al país.

El Turco Antún y parte de su comitiva, molestos por el discurso de Ojeda, abandonaron el salón manifestando su disconformidad de manera ostensible, aunque, después de ingentes esfuerzos, Assales logró convencerlos para que regresaran al acto.

El Turco, que tenía una voz potente y era un buen orador, más allá de la ideología derechista que profesaba, tomó el micrófono y descalificó las palabras de Ojeda, reivindicando la clásica postura de la ortodoxia peronista que sostenía la continuidad histórica de la línea «San Martín-Rosas-Perón».

Paradójicamente, pocos meses después, Antún, en un plenario peronista que organizó en Santa Rosa de Calamuchita donde se proclamó el derecho de Perón a ser candidato a la presidencia, tuvo como uno de sus invitados principales a Rodolfo Galimberti quien, en esa época, era el principal dirigente de la Juventud Argentina para la Emancipación Nacional (JAEN), y recorría el país con un mensaje grabado de Mario Firmenich, buscando relacionar a Montoneros con las estructuras peronistas de superficie y, sobre todo, como una forma de «hacer mérito» parara ser admitido en la organización guerrillera, donde, sobre todo por su voluble personalidad, no contaba con la confianza de la conducción nacional.

Recuerdo que antes de entrar al salón me encontraba en el estacionamiento de vehículos, tomando un café que me habían ofrecido los organizadores del acto. En ese momento llegó una vieja *Estanciera* ocupada por dos militantes jóvenes y una mujer que aparentaba tener cincuenta años, de ojos grandes, mirada fuerte, tez blanca y pelo oscuro desgreñado. La mujer me invitó a subir al asiento de atrás, donde estaba ella y, comenzó a hablarme como si fuera una ferviente partidaria de la juventud y de la guerrilla peronista.

Después, en un momento de la charla, y con el evidente afán de «tirarme la lengua», me preguntó:



— ¿Compañero usted también es del grupo de los Montoneros?

— Mire compañera, como ya le dije, pertenezco al grupo que vino de Córdoba, pero no somos Montoneros, aunque apoyamos su lucha como también la apoya el general Perón.

Después de hablar un rato con ella, como buenos compañeros peronistas, me bajé de la *Estanciera* para dirigirme al acto.

Ya en el salón, uno de los militantes del AES se me acercó para advertirme en voz muy baja, y como para que sólo yo pudiera oírlo:

— Pero Pelado ¿acaso no sabés que esa mina es la Tía Pereyra, una torturadora hija de puta que trabaja en el D<sub>2</sub>?

Tiempo después el destino me salvó de caer en sus manos cuando, por una serie de afortunadas casualidades, la patota del D<sub>2</sub> no logró atraparme.

Muchos años más tarde me enteré de que la Tía había muerto en un atentado realizado por una de las organizaciones armadas y que ese fue el motivo por el que su hijo, Saúl Aquiles Pereyra, ingresara como agente civil a los servicios de inteligencia del ejército revistando en el Destacamento de Inteligencia 141. El Negro Pereyra fue identificado por varios testigos como integrante del Comando Libertadores de América y también como uno de los torturadores que actuaban en el campo clandestino de La Perla.

En aquellos años, y cuando las condiciones de seguridad lo permitían, después de participar en los actos políticos convocados por el peronismo, nuestra agrupación, junto al Integralismo y el Peronismo de Base; que, como nosotros integraban la corriente política interna que apoyaba el accionar de las organizaciones armadas peronistas y a la que se conocía como Tendencia Revolucionaria; realizábamos marchas que terminaban su recorrido en la Cárcel de Encausados, como una manera de solidarizarnos con los compañeros presos y escuchar sus discursos, pronunciados a través de las rejas de las celdas que ocupaban en los pabellones destinados a los detenidos políticos, ubicados en el piso superior del edificio.

Esas arengas nos transmitían la fortaleza anímica y la absoluta convicción en el triunfo de las luchas populares que, a pesar del encierro, mantenían los compañeros detenidos. Recuerdo, sobre todo, las intervenciones del Nacho Ignacio Vélez, de Luis Rodeiro<sup>16</sup>, Cacho Soratti Martínez, y, ya en el período final de la dicta-

dura lanussista, la del Negro Miguel Ángel Bustos, a cuya gran capacidad oratoria se sumaban sus lúcidos análisis, lo que hacía de él un gran agitador, pero también un hábil propagandista.

Poco después de transcurrido un año de mi integración al AES, pasé a formar parte de su dirección, conformada por tres estudiantes, a la vez que me convertía en su frente político, es decir en su cara visible, o sea en el encargado de hacer conocer la posición de la agrupación en los actos públicos y en los encuentros con otras agrupaciones estudiantiles o sindicatos, debido a que los demás compañeros mantenían en reserva su pertenencia a la organización.

Mi acceso a la conducción se produjo para reemplazar a Julia Brocca<sup>17</sup> que dejaba la ciudad para trasladarse a vivir a Buenos Aires con su marido Mario Herrero, quien estudiaba cine y se dedicaba a la fotografía. Ambos eran muy amigos míos, y los visitaba con frecuencia cuando vivían en casa de los padres de Julia.

Guardo un cariño especial a la inolvidable Julia. Dueña de una alegría contagiosa, recuerdo sus ojos claros y vivaces, y su rostro, casi siempre sonriente, es uno de los que llevo más profundamente grabado en la memoria. Muy buena militante, que vivía intensamente cada una de las acciones en las que tomaba parte, era también una perfecta «celestina», a la que le encantaba andar por el mundo tratando de formar parejas, y muchos de nosotros recurríamos a ella para pedirle que se encargara de crear las condiciones «fortuitas» para encontrarnos con alguna de las compañeras por la que nos sentíamos atraídos.

Así como el AES captaba sus militantes en los Grupos Independientes, varios miembros de la agrupación mantenían contactos individuales con alguna de las organizaciones armadas peronistas, que buscaban incorporarnos como cuadros orgánicos. En el momento en que me sumé a la conducción, dos de sus integrantes estaban en conversaciones con las Fuerzas Armadas Peronistas, mientras que yo me encontraba más cerca de las posiciones de Montoneros.

La primera vez que me encontré con Roberto Pirlés, a quien le decíamos Anselmo o el Palometa, fue en el verano del '71 al '72 y después de mantener varias reuniones con él me incorporé a Montoneros.

Cuando se acercaba la campaña del *Luche y Vuelve*, Anselmo llegó a una cita acompañado de la Petisa María Graciela Doldán, y estuvimos debatiendo cuál debía ser la participación de Montoneros en el proceso electoral que se avecinaba. Aquella tarde calurosa, mientras tomábamos una cerveza en un bar de La Cañada, aparecieron dos visiones enfrentadas, la «movimientista» que expresaba Anselmo, y a la que yo adhería, y la de la Petisa que insistía en la necesidad de priorizar un peronismo de las bases y la construcción de una alternativa independiente de la clase obrera, diferencias que meses más tarde darían lugar a una fractura, y a la constitución de una nueva organización, la «Columna Sabino Navarro», que si bien no alcanzó a tener proyección nacional contó con muchos adherentes en Córdoba, Tucumán, Santa Fe y Buenos Aires, y logró una fuerte influencia en el pensamiento de los viejos cuadros del peronismo que pasaran por la resistencia y se incorporaran a las FAP, y su posición era muy cercana a la que expresaba la revista *Militancia* que dirigían los abogados Rodolfo Ortega Peña<sup>18</sup> y Eduardo Luis Duhalde<sup>19</sup>.

Uno de los ex militantes del AES que estaba encuadrado en la Columna Sabino Navarro, era mi amigo Claudio Ehrenfeld, con quien sabíamos encontrarnos en el bar *Los Troncos* ubicado en la calle San Jerónimo a pocas cuadras de la terminal de ómnibus. El Ruso cuestionaba el autoritarismo interno que imperaba en Montoneros, y su militarismo de corte foquista que reemplazaba la práctica política por la lucha armada, así como el apoyo del peronismo a la salida electoral imaginada por Lanusse bajo el engañoso marco del Gran Acuerdo Nacional.

Claudio era un analista excepcional del escenario internacional y supo anticipar que los Estados Unidos lanzarían una ofensiva contra América Latina, especialmente en el sur, donde varios países ensayaban diversas experiencias políticas y diferentes modelos económicos, pero con el denominador común de que todos se oponían expresamente a la influencia del imperialismo norteamericano.

Otro de los temas que atraían su atención era el análisis de los medios de dominación cultural a los que recurría Estados Unidos. Recuerdo que un día llevó a uno de nuestros encuentros en el bar *Los Troncos* un texto del sociólogo e investigador argentino-chileno Ariel Dorfman, en el que desmenuzaba la ideología

capitalista que proyectaba el pato Donald en sus fascículos<sup>19</sup> y la manera en que los *comics* contribuían a sostener y difundir los postulados del imperialismo norteamericano.

Al regreso de mis cortos viajes a Buenos Aires, Claudio sabía esperarme mientras desayunaba. Siempre se mostraba ansioso por conocer las decisiones que se aprestaba a tomar Montoneros. Enterado de la reunión que mantendríamos con Perón, a fines del mes de abril del '74, me hizo prometer que antes de dirigirme al local de la JTP pasaría por *Los Troncos* para que le contara todos los detalles de la entrevista.

La última vez que estuve con él, a fines de ese mismo año, me advirtió que el pase a la clandestinidad condenaría a Montoneros al aislamiento. A pesar de lo acertado de su diagnóstico, a principios de 1976 terminó incorporándose a Montoneros para morir en un enfrentamiento con la policía en la ciudad de La Plata.

En aquellos años el AES, junto a Integralismo, invitó al historiador y politólogo Rodolfo Puiggrós para que pronunciara una conferencia en el auditorio de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Córdoba, que se realizó ante una masiva concurrencia que colmó la capacidad del recinto.

Después de la conferencia, las conducciones de ambas agrupaciones nos reunimos con Puiggrós en la terraza del estudio jurídico de Martín Federico y Carlos Vanella, y sostuvimos una conversación a fondo con él, que, en ese momento, alentaba la alianza del peronismo con un sector nacionalista revolucionario del ejército, imaginando que en la Argentina podían surgir líderes militares del tipo del general Velazco Alvarado en Perú o del general Juan José Torres en Bolivia.

---

19 Ariel Dorfman. «*Para leer al pato Donald*», en colaboración con [Armand Mattelart](#). Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1971. El libro es uno de los más importantes en la [literatura](#) política de los [años setenta](#). Es un ensayo —o un «manual de descolonización», tal como lo describen sus autores— que analiza desde un punto de vista [marxista](#) la literatura de masas, concretamente las [historietas cómicas](#) publicadas por [Walt Disney](#) para el mercado [latinoamericano](#) y la forma en que influían en la cultura popular.

## *En el frente sindical*

En noviembre de 1971 el interventor federal de la provincia en ejercicio de la gobernación, contraalmirante (RE) Elvio Nicolás Guozden, dictó la Ley nº 5.292, por la que se creaba el Banco Social de Córdoba, fusionando dos instituciones tradicionales cordobesas como lo eran la Caja Popular de Ahorros de la Provincia y el Banco de Préstamos de la Provincia, ofreciendo a los empleados de las cajas de jubilaciones de la provincia y de la municipalidad la posibilidad de formar parte del personal de la nueva institución. De la Caja de Jubilaciones Municipal, donde yo trabajaba, sólo siete compañeros, entre los que se encontraba Luis Acosta<sup>20</sup>, también miembro de la JTP, optamos por integrarnos al nuevo Banco.

Así, durante esos años del '71 y '72 amplié el ámbito de mi militancia al campo sindical promoviendo la creación de la Agrupación Sindical Bancaria Peronista, dependiente de la JTP, cuyos tres puntos más fuertes eran el Banco Social, el Banco Provincia de Córdoba y el Banco Nación, a los que se agregaba la Caja de Jubilaciones Provincial.

Integraban la agrupación bancaria de la jtp, cuadros de larga militancia en la Asociación Bancaria de Córdoba como Ana María Medina de Peña a quien todos llamábamos Nené. En el Banco Provincia de Córdoba el máximo referente fue el inolvidable Navor Gómez desaparecido por la dictadura, siempre acompañado por Gustavo Gentile. En el Banco Nación se destacaban los más jóvenes, como el Gordo Luis Verón, Raúl Cravero o el Gringo Bardach.

Desde que llegué al Banco me acerqué a Nené Peña, una mujer joven, decidida, con una capacidad de liderazgo sin igual en el sindicato bancario y, me atrevo a afirmar, en el conjunto del movimiento obrero y sindical cordobés.

Una de las fotos más emblemáticas del Cordobazo registra el momento en que, en pleno centro de Córdoba, un dirigente sindical encabeza una columna de trabajadores agitando una bandera argentina y a su lado, con los brazos extendidos, avanza Nené Peña como símbolo de las mujeres trabajadoras que actuaron a la par de los hombres en la mayor rebelión popular que produjera Córdoba durante el siglo xx.

La participación de Nené en la revuelta del 29 y 30 de mayo terminaría con su detención en los cuarteles del ejército, en el

camino a la Calera, para ser juzgada y condenada a seis meses de prisión por los Consejos de Guerra creados por la dictadura, aunque por ser madre de dos hijas no debió cumplir la pena en la cárcel, sino que se le prohibió abandonar la ciudad imponiéndole la obligación de presentarse una vez a la semana en la comisaría del barrio.

En 1973 nuestra agrupación la postuló para integrar el directorio del Banco Social en representación de los trabajadores, obteniendo un triunfo contundente. En noviembre de 1975 fue nuevamente detenida y puesta a disposición del Poder Ejecutivo por un decreto firmado por Isabel Martínez, siendo encarcelada en la Unidad Penitenciaria 1, de barrio San Martín donde permaneció hasta el 29 de marzo de 1979 ya que los militares procesistas decidieron mantenerla en prisión durante tres años más.

Mientras tanto en el AES comenzaba a cobrar fuerza un sector que cuestionaba al peronismo por las negociaciones emprendidas por Perón con Lanusse, acercando sus posiciones a las del Peronismo de Base y a las Fuerzas Armadas Peronistas.

La última reunión que mantuve como miembro del AES fue cuando al regresar de Buenos Aires transmití el análisis de la coyuntura política nacional elaborado y aprobado por la Mesa Nacional de Unión Nacional de Estudiantes de la cual formábamos parte. Allí Eduardo Renedo, en representación de la corriente interna que cuestionaba al peronismo, manifestó su completo desacuerdo con la estrategia que impulsaba la UNE.

En ese momento anuncié mi alejamiento del AES. Simultáneamente, abandoné mis estudios universitarios para dedicarme por completo a la militancia sindical, que para ese entonces había adquirido vital importancia para Montoneros, al reconocer que otros sectores de la Tendencia Revolucionaria del Peronismo tenían una mayor representatividad entre los trabajadores, como era el caso del Peronismo de Base.

Después del 25 de mayo de 1973, durante la breve primavera camporista, la agrupación fue incorporando compañeros como resultado de una negociación que se llevó a cabo en la casa de Luis Acosta con el flamante presidente del Banco, el abogado radical Raúl Faure, en la que con Nené le entregamos una lista de militantes de los frentes sindicales de la JUP y de la JP, que ya estaban encuadrados orgánicamente en las FAR y en Montoneros.

Los nombres ya habían sido acordados previamente por las dos organizaciones, cuando les informamos que teníamos posibilidad de designar compañeros para que ocuparan puestos de trabajo en el Banco. Entre los que fueron nombrados, recuerdo que estaban Roberto Lanuscou y Daniel Juez.

Otra de las militantes más activas de la JPT en el Banco Social era Susana Auerbach que se había incorporado un año antes. Estando embarazada, Susana fue detenida en febrero de 1975 y puesta a disposición del Poder Ejecutivo. Pocos meses antes del golpe militar pudo hacer uso de la opción de salir del país y se exilió en Venezuela, donde ya estaban asilados su hermano y su cuñada, para recién regresar al país en 1984, una vez que Raúl Alfonsín asumió la presidencia de la República.

En el capítulo siguiente, *Córdoba Rebelde*, presento una serie de crónicas acerca de hechos que conmovieron a Córdoba ocurridos durante el período de la militancia romántica, como lo fueran la toma de la Facultad de Ingeniería y el Viborazo, mientras que en el que le sigue, titulado *Del Luche y Vuelve a la muerte de Rucci*, describo lo que habría de ser la última etapa de la militancia romántica y el inicio del período de la militancia practicada desde el aislamiento y la soberbia, a la que denomino militancia mesiánica.

## CÓRDOBA REBELDE

A diferencia de lo que me había ocurrido en mayo del '69, cuando la revuelta popular que estalló en Córdoba me encontró cumpliendo con el servicio militar en el Batallón 141 de Comunicaciones y, por eso, obligado a ser parte de las fuerzas represivas que la dictadura militar desplegó para sofocar el Cordobazo, en marzo del '71, casi dos años después y ya siendo miembro del combativo movimiento estudiantil, pude participar activamente del segundo gran levantamiento de los cordobeses contra el gobierno de la «Revolución Argentina».

La rebelión terminó expulsando de la presidencia al general Roberto Marcelo Levingston, quien la ejercía en nombre de las Fuerzas Armadas desde mediados del '70, cuando la Junta Militar lo convocó apresuradamente para reemplazar a Juan Carlos Onganía, haciéndolo regresar desde Washington, donde se desempeñaba como representante del Ejército ante la Junta Interamericana de Defensa.

En los meses que llevaba en la presidencia, había intentado cambiar la orientación económica del país, dándole un tinte superficialmente nacionalista con el que esperaba crear una cierta expectativa en la ciudadanía y, al mismo tiempo, ampliar la escasa base de apoyo con que contaba en el seno de las Fuerzas Armadas. Sin embargo, las medidas adoptadas no lograron su objetivo y, a la postre, se revelaron insuficientes para contener el descontento popular ya que, pese a la concesión de aumentos salariales, y el estímulo a la industria mediante el famoso «compre nacional» y los préstamos a bajo costo, el resultado fue una creciente espiral inflacionaria que agudizó el ya precario equilibrio social. Por otra parte, los partidos políticos rechazaron su tentativa de acercamiento y, encabezados por el Radicalismo y el proscrito Peronismo —enrolados junto a otras fuerzas en la coalición conocida como «*La Hora del Pueblo*»—, comenzaron a exigir una salida electoral mientras que las centrales obreras lanzaron una serie de paros generales que afectaron a la industria, el transporte y los servicios.



En Córdoba, el verano del '71 se había iniciado con fuertes tensiones sociales que tenían preocupado al gobernador de facto, Bernardo Bas, cuya agenda estaba, casi por completo, ocupada por dos temas excluyentes. En primer lugar, necesitaba obtener las nuevas remesas de fondos que venía gestionando ante la administración nacional, para engrosar el alicaído presupuesto de la provincia, pero el ministro de economía, Aldo Ferrer, se negaba a concedérselas para no salirse de las pautas del plan económico que se había fijado para todo el año. Ese aporte extra a las finanzas de Córdoba era de importancia capital para distender los conflictos sociales, pues así se podrían satisfacer las demandas salariales de los empleados públicos, conducidos por el combativo secretario general del Sindicato de Empleados Públicos (SEP), Raúl Ferreyra.

El segundo eje de la agenda provincial venía impuesto por el reclamo de que se incrementaran los salarios y se mejoraran las condiciones laborales de los obreros cordobeses. Encabezaban las acciones el Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA) liderado por René Salamanca, y los llamados sindicatos clasistas del SITRAC y el SITRAM (Sindicato de Trabajadores de Concord y SiTraM: Sindicato de Trabajadores de Materfer); que nucleaban a trabajadores de la industria automotriz; a los que se sumaban los sindicatos de Luz y Fuerza, liderado por Agustín Tosco, y de la Unión Tranviarios Automotor (UTA), encabezado por Atilio López.

La regional Córdoba de la Confederación General del Trabajo (CGT) había comenzado a debatir un plan de lucha que incluía los tan temidos paros activos, donde era lógico prever fuertes enfrentamientos con el régimen militar, que ya se encontraba en pleno retroceso ante la pérdida de algunos de los aliados que lo acompañaran en sus inicios, fundamentalmente los sectores participacionistas del movimiento obrero, que en un primer momento habían pactado con los militares y que ahora, ante el fracaso de sus planes económicos y políticos, decidían poner distancia y, acicateados por la presión de sus bases, asumir posiciones más combativas.

A este cuadro conflictivo debía agregarse las demandas estudiantiles para que se eliminara el examen de ingreso que, a comienzos de enero del '70, el Rector de la universidad cordobesa había decidido imponer, sumándose a la medida que ya regía en

las otras universidades del país. Desde ese momento, el rechazo a esta prueba de admisión, establecida tras el Cordobazo por el gobierno militar, y cuyo objetivo era disminuir la concentración de estudiantes, se convirtió en una de las banderas más sentidas del movimiento estudiantil, tras la que no sólo se aglutinaban los miles de postulantes, sino que también había merecido la repulsa de los sindicatos y originado la formación de una Comisión de Padres del Ingreso, provocando incluso la alarma del interventor Roberto Huerta, quien no la aprobaba y que, por éste y otros motivos, renunciaría pocos meses después.

En las filas del movimiento estudiantil, la decisión del rector Rogelio Nores Martínez; un viejo empresario conservador, dueño del diario *Los Principios* y de rancia prosapia cordobesa; había provocado fuertes divisiones de opinión, ya que las agrupaciones reformistas nucleadas en la Federación Universitaria Cordobesa (FUC), entre ellas el Movimiento Nacional Reformista (MNR) y los radicales de Franja Morada, propusieron realizar cursos de apoyo a los ingresantes, lo que implicaba una tácita aceptación de la medida, mientras que las organizaciones socialcristianas y peronistas, con Integralismo a la cabeza, pugnaban por continuar la lucha por el ingreso irrestricto y sostenían que ese objetivo sólo podía lograrse con el advenimiento de un gobierno democrático y popular.

Como el examen se tomaba en marzo, desde mediados de enero cientos de jóvenes, provenientes de otras provincias y de países vecinos, arribaban a Córdoba con tiempo suficiente para preparar su ingreso y conseguir la bibliografía recomendada por cada facultad.

En aquellos años, la mayoría de las residencias estudiantiles se repartían entre el centro de la ciudad y los barrios Güemes, Observatorio, Iponá, y Alberdi, en cuyo corazón está emplazado el Hospital de Clínicas. La zona de Nueva Córdoba recién empezaba a dar sus primeros pasos para captar a la población estudiantil, adecuando para eso algunas de las viejas casonas señoriales y convirtiéndolas en colegios mayores. Años más tarde se levantarían los edificios de departamentos de uno y dos dormitorios que hoy han cambiado por completo la fisonomía del que antes fuera uno de los barrios más representativos de la ciudad.

Pero, entonces, la mayor concentración de estudiantes se observaba en barrio Clínicas donde los pensionados, casas de

familia y modestas viviendas de alquiler, abarrotadas de jóvenes universitarios, convertían a sus calles en grandes espacios de solidaridad y rebeldía. Así ocurría desde el '66 cuando, con el advenimiento del gobierno militar y su nefasta intervención en las universidades, el barrio se transformó en una fortaleza inexpugnable donde, en los días de paro y movilización, los militantes que luchaban contra la dictadura solían replegarse desde el centro para buscar refugio y resistir el vano intento de ocupación por parte de la caballería montada, hasta que ésta dejó de actuar como fuerza represiva, después de los reveses que sufriera durante el Cordobazo y de la aparición de la poderosa guardia de infantería de la policía provincial.

En realidad, el Clínicas era una suerte de Barrio Latino desde donde se fogueaba la rebeldía contra la dictadura, se exigía el regreso a la autonomía universitaria y se lanzaban consignas que luego eran adoptadas en las manifestaciones populares. A los estudiantes del interior de la provincia que poblaban el barrio, se les sumaba un número significativo que procedía del noroeste argentino y, en menor medida, de quienes llegaban desde Perú, Bolivia, y otros países latinoamericanos. Esta diversidad de orígenes se expresaba en las peñas, donde, siempre acompañados de su guitarra, entonaban canciones folklóricas llenas de nostalgia por el terruño lejano, mientras que, en los bares, se podía escuchar las distintas formas de hablar de los estudiantes. Así, en las conversaciones se mezclaban los modismos, la entonación y la riqueza de los modos de expresión que caracterizaban a las diferentes regiones, y todo contribuía a que el barrio tuviera en aquellos años una identidad bohemia y contestataria que atrapaba de inmediato a quien lo visitara.

Así, a fines de la década de los sesenta, y sobre todo durante la resistencia al examen de ingreso que, en enero del '70, condujo a la toma del Hospital y a la extensión de los enfrentamientos por las calles de todo el barrio, incluso con el levantamiento de barricadas en las esquinas y policías tomados como rehenes, el Clínicas, como le decíamos a secas, se transformó en un espacio de participación y protagonismo estudiantil de tal relevancia que terminó por configurar una identidad propia, pues con la lucha incansable de los estudiantes que allí vivían, se creó una cultura de la resistencia a las formas autoritarias del militarismo que lo convirtió en una experiencia única, logrando trascender su limitada frontera, al punto de erigirlo en el máximo símbolo de la

generalizada oposición al régimen antidemocrático que se había instaurado en las universidades argentinas.

Fue en aquellos años cuando; avivado por la situación del país y por la influencia renovadora del Mayo Francés, la Primavera de Praga, y de los movimientos antirracistas y antibelicistas que, al resplandor siniestro del napalm arrojado en Vietnam, florecían en Estados Unidos; se encendió el aire libertario de una generación, mientras la intelectualidad y la legión universitaria del Clínicas se iban radicalizando hasta proclamarse revolucionarias y adherir a alguna de las diversas corrientes ideológicas que, en casi toda Latinoamérica, postulaban la necesidad de acabar con el capitalismo e instaurar una sociedad socialista.

Como había ocurrido con la Reforma del '18, la juventud cordobesa quería trascender su tiempo histórico y llevar su mensaje transformador a toda América Latina.

Fue allí donde aprendimos a movernos en la semiclandestinidad a la que nos arrojó el gobierno militar cuando intervino la universidad, suprimió la autonomía universitaria y prohibió todas las organizaciones políticas estudiantiles. Así, en las casas del barrio existía un clima de conspiración permanente, donde se discutía sobre la revolución hasta el amanecer y desde donde, a la tardecita, antes de que se hiciera de noche, los estudiantes partíamos al centro de la ciudad donde haríamos «actos relámpago», con bombas *molotov* incluidas, para reclamar la vuelta del país a la democracia.

El otro lugar emblemático de la lucha estudiantil era el comedor universitario, donde casi a diario se realizaban asambleas y se presenciaban agitados debates, que podían extenderse por horas, en los que los oradores rivalizaban por exhibir su elocuencia citando las ideas de los más destacados filósofos y pensadores de la revolución mundial, como Marx, Engels, Bakunin, Sartre, Marcuse, Althusser, o de los grandes líderes revolucionarios del siglo, Lenin, Trotsky, Mao, Fidel Castro y el Che Guevara, el preferido de casi todos los que adherían a la lucha armada. A esa lista de símbolos revolucionarios, en los últimos años de la década se había sumado el nombre del general Perón.

Es que, como consecuencia del golpe de Onganía y del desembozado giro antipopular que habían tomado la política y la economía argentinas, se produjo un hecho político inesperado, y tal vez el menos deseado por las Fuerzas Armadas, como fue el acercamiento al peronismo de sectores de la clase media y de una

parte de la juventud universitaria que, aún sin haber vivido la experiencia de su primer gobierno, empezó a considerar a Perón como un líder revolucionario al que, por el temor que despertaba en los sectores dominantes, se mantenía proscripto y se le impedía regresar al país.

En ese tiempo, el ex presidente dedicaba largas horas de los reportajes que le hacían los corresponsales nacionales y extranjeros a explicar lo que llamaba la «actualización doctrinaria» del peronismo en la que proponía el socialismo nacional. En esas entrevistas, Perón, a la vez que presionaba al gobierno a través de su aparato político, también se refería a la guerrilla urbana de origen peronista —que el año anterior había hecho irrupción en el espectro político argentino con la toma de destacamentos policiales, el secuestro y ejecución del ex presidente Aramburu, la ocupación de La Calera llevados a cabo por Montoneros, la quema de los supermercados *Minimax* propiedad de Nelson Rockefeller o la audaz y espectacular toma de Garín, por obra de las Fuerzas Armadas Revolucionarias—, como las «formaciones especiales», y daba a entender que las consideraba parte del dispositivo político que él conducía en su lucha contra la dictadura, así como señalaba la importancia del movimiento de Países No Alineados en el mundo bipolar de la época y, a manera de slogan, afirmaba que el año 2000 encontraría a América Latina unida o dominada, definiciones que, junto a otras que preanunciaban un adecuamiento de sus ideas a la nueva situación nacional e internacional, concitaban la adhesión al liderazgo de Perón por parte de un sector importante de la militancia universitaria.

Por lo general, las asambleas en el comedor universitario eran multitudinarias y en los días de gran agitación, en los que la comunidad se conmovía por hechos o situaciones críticas, allí se podían dar cita varios miles de estudiantes. En ellas se discutían acaloradamente las medidas que se debían adoptar ante hechos atroces, como el asesinato del estudiante obrero Santiago Pampillón; que cayera bajo las balas policiales mientras participaba de una manifestación que recorría la Avenida Colón; la muerte del estudiante Cabral, en Corrientes o, poco tiempo después, la toma de la Facultad de Ingeniería, que marcó un punto álgido en la lucha universitaria y se convertiría en un hecho difícil de olvidar, por la ferocidad con que fue reprimida y las respuestas generadas por la sociedad cordobesa de la época.

Uno de los voceros de Integralismo era el propio Juan Schiaretto, mientras que el Peronismo de Base era representado por Carlos Azócar, y el AES por el Negro Bustos, ya que la Universidad Católica se había integrado a la Coordinadora Interfacultades organizada por el movimiento estudiantil de la Nacional.

En otras oportunidades, la representación del Integralismo recaía en el Flaco Esteban Dómina<sup>22</sup>, a quien recuerdo llegando al comedor en su vieja motoneta. Desde esa época, con Tito hemos compartido una larga amistad que aún se mantiene hasta hoy y que se ha ido incrementando al calor de la lucha política y por nuestro interés por la Historia, la economía y otras inquietudes comunes.

Siempre he considerado a Tito como uno de los mejores cuadros políticos que ha dado el peronismo de Córdoba, pues reúne una serie de atributos difíciles de encontrar en un dirigente político, ya que además de una gran inteligencia siempre ha mantenido una trayectoria personal intachable.

También el Turco Obeid alternaba con Tito la representación pública de Integralismo. Durante muchos años, y sobre todo después de regresar del exilio, coincidimos en distintos ámbitos de militancia, prolongando en el tiempo una amistad surgida en la época de la lucha contra la dictadura de la «Revolución Argentina».

### *La toma de la Facultad de Ingeniería*

Ese día, recuerdo que hacía frío y me preparaba para ir a trabajar a la Caja de Jubilaciones, escuché por la radio una noticia que me alarmó. El informe indicaba que la Facultad de Ingeniería, tomada desde la tarde anterior por los estudiantes, acababa de ser recuperada por fuerzas combinadas de la Policía Federal y provincial. Sin dar muchas precisiones se referían a heridos que habían sido trasladados al Hospital de Urgencias.

Apenas llegué a la oficina, le solicité al jefe de personal que me permitiera retirarme de la Caja, para realizar trámites urgentes ante la bedelía de la universidad y así —pretexté— inscribirme en el último turno de exámenes. El funcionario, un hombre de edad madura y medio cascarrabias, cuya mayor preocupación era que el tiempo pasara con rapidez para poder jubilarse a fin de año, sospechaba de la autenticidad de mi pedido por lo que se negaba a concederme la autorización. Tuve que apelar a toda

mi capacidad de persuasión para que finalmente me la otorgara, no sin antes advertirme que debía regresar antes del mediodía, para sacar sin postergación posible la liquidación de los tres expedientes de jubilación que esperaban en mi escritorio.

Después de abrigarme con mi infaltable bufanda de lana gris, para protegerme del viento helado que soplabá desde la mañana, me fui caminando, pues estaba a sólo seis cuadras de la Facultad. Caminaba rápido, a veces trotaba y por momentos corría entre la gente con tal de llegar cuanto antes al lugar de los acontecimientos. En el corto trayecto alcancé a escuchar las primeras discusiones, las primeras voces airadas contra la brutalidad empleada por las fuerzas de seguridad. Al llegar a la esquina de Vélez Sarsfield y Duarte Quiros me encontré con la vereda manchada por la sangre de los estudiantes que habían sido castigados sin contemplaciones por la barbarie policial.

La escena me causó una fuerte impresión, que se profundizó cuando vi la manera en que, a golpes de hacha, habían destruido la puerta principal de la Facultad, cuyas hojas medían más de cuatro metros de altura y ya eran centenarias, pues databan de la época en que se construyó el hermoso edificio.

Buscando obtener más información, me sumé a un grupo de personas que, ubicadas frente a las escalinatas de la Facultad, gesticulaban y protestaban indignadas al escuchar el relato que hacía un joven de pelo largo y barba descuidada. El asalto a la Facultad convertida en fortaleza se había iniciado en la madrugada, después que los ocupantes agotaran los objetos con los que habían intentado demorar el ataque de los policías, esperando que se hiciera de día y de esa forma evitar que los represores pudieran excederse en el uso de la fuerza.

Así llegué a saber que el muchacho había llegado a principios de año desde Salta para cursar la carrera de Arquitectura, y vivía en un departamento justo enfrente de la Facultad de Ingeniería, desde donde pudo ser un testigo privilegiado de la violencia policial, al dominar, desde el octavo piso, todo el edificio universitario.

—Un rato antes del amanecer —relataba—, me desperté sobresaltado por gritos e imperativas voces de mando, acompañadas por insultos y golpes muy fuertes que no supe a qué atribuir. Por un momento pensé que era una cuadrilla de obreros municipales que aprovechaban la noche y la falta de tránsito para podar o cortar los árboles de la avenida. Pero después,

al asomarme a la ventana de mi cuarto, me di cuenta de que se trataba de los hachazos que los policías descargaban con furia sobre la puerta para abrir ese gran boquete que todos pueden ver.

Mientras hablaba, se acercó a la puerta y señaló la gruesa madera centenaria desgarrada por las hachas, y luego siguió explicando, ahora con voz firme, propia de quien denuncia:

—¿Ven?, por ahí se metieron los policías para castigar a los chicos con una saña que no he visto nunca. Les pegaban con bastones y cadenazos porque, aunque no se crea, al igual que los barras bravas llevaban cadenas que descargaban sobre los cuerpos de los compañeros y compañeras. Las bestias no hacían distinción de sexos y a todos les esperaba un castigo intencionalmente despiadado, como para que sirviera de escarmiento. Querían que supiéramos hasta dónde están dispuestos a llegar si seguimos tomando las facultades. También había policías de civil... —agregó, para después hacernos una de las revelaciones más importantes de la mañana: —Los de civil, que seguramente eran de Inteligencia, golpeaban con manoplas de hierro ensañándose con los estudiantes que tenían individualizados como dirigentes de las agrupaciones, y puedo decirles que al menos uno perdió un ojo, como me contó hace un rato un dirigente de la Coordinadora de Interfacultades que venía del Hospital de Urgencias, poco antes de irse a Santa Isabel.

El estudiante nos anticipaba así una acción que estaba desarrollándose en ese instante en el cordón industrial automotriz. Efectivamente, aquella mañana, ni bien se conoció la dimensión alcanzada por la actuación policial, los dirigentes estudiantiles se reunieron con los delegados obreros de las comisiones internas, a fin de obtener el respaldo de los trabajadores para liberar a los detenidos.

—Era conmovedor —me contaba después un compañero del AES que estuvo presente en Santa Isabel—, constatar cómo la indignación de los trabajadores estallaba de inmediato al enterarse de la gravedad de los hechos que habían tenido lugar en la madrugada.

Las líneas de montaje se habían ido deteniendo de una en una, hasta que la planta cesó su actividad por completo. De pronto el silencio se había apoderado de todo el complejo fabril para erigirse en el símbolo de la lucha de los trabajadores contra la barbarie del régimen. Era el mismo silencio que en ese momento



reinaba en la Facultad de Ingeniería con sus paredes teñidas de sangre joven.

Al mediodía regresé a la Caja de Jubilaciones para cumplir con el compromiso de realizar el cálculo financiero de las tres jubilaciones pendientes. Acabada mi tarea, me llegué hasta la Jefatura de Policía, que en aquellos años tenía su sede en el Cabildo, intentando recabar noticias sobre la situación legal en que se hallaban los estudiantes detenidos. Allí me encontré con los numerosos manifestantes que a viva voz exigían la libertad de los presos.

El arribo de familiares y conocidos de los detenidos era constante, y se incrementaba de hora en hora. A las tres de la tarde, grupos dispersos de trabajadores pertenecientes a los talleres metalúrgicos y a las fábricas autopartistas se concentraron en la Ruta 9 y, junto a los del turno de la mañana de Santa Isabel, comenzaron a marchar hacia el centro de la ciudad. Cuando las columnas obreras entraron a la plaza San Martín se encontraron con cientos de universitarios que los vivaban y otros cientos de simpatizantes o familiares de los mil quinientos estudiantes detenidos que los aplaudían expresando su agradecimiento por el apoyo recibido.

Después de escuchar a distintos oradores que denunciaron la brutalidad policial, los trabajadores marcharon a sus respectivas sedes sindicales para analizar con sus dirigentes el plan de lucha que pondrían en práctica para obtener la libertad de los estudiantes.

Todos los actores sociales que intervenían en el conflicto, incluido el gobierno, estaban conscientes del poder que otorgaba al movimiento popular la movilización conjunta de trabajadores y estudiantes. Las manifestaciones obreras de la media tarde, la gente reunida en la plaza San Martín que empezaba a impacientarse, el hartazgo y la indignación que eran palpables en vastos sectores de la sociedad ante los atropellos del régimen, presagiaban un nuevo estallido social quizás tan grave como el que se produjera en mayo del '69.

Ya empezaban a vislumbrarse las primeras sombras sobre la cúpula de la Catedral bajo un manto violáceo que pronto dejaría ver las estrellas, cuando la plaza fue ganada por un rumor que se transmitía de boca en boca: El SMATA había decidido que tanto el turno saliente de la tarde como el entrante de la noche abandonarían la planta industrial de Santa Isabel para concentrarse

frente al Cabildo y liberar por cualquier medio a los estudiantes presos. A eso se añadía una información que afirmaba que las comisiones internas de los trabajadores de Fiat y Materfer harían otro tanto.

La multitud permaneció expectante, aguardando a que alguien con suficiente autoridad confirmara la veracidad del rumor. Hasta que, poco después, la incertidumbre sobre la actitud que tomarían los trabajadores se despejó cuando un conocido dirigente estudiantil trepó al pedestal del monumento a San Martín y nos dirigió la palabra:

— Puedo asegurarles — dijo — que los obreros de los dos turnos de IKA-Renault se aprestan a abandonar el complejo industrial para marchar juntos hacia el centro de la ciudad.

Fue entonces que la plaza se pobló de cantos, consignas y promesas de acabar con la dictadura. La gente, envalentonada, coreaba al unísono: «*Con la lucha popular a los presos liberar*», mientras agitaban los brazos amenazando a la guardia policial del Cabildo que, desde la mañana, había sido reforzada por la infantería.

Mientras la tensión crecía minuto a minuto — varios edificios universitarios ya habían sido tomados y grupos de trabajadores erigían barricadas junto a los estudiantes —, otra especie llegó hasta nosotros para exacerbar aún más el ya caldeado ánimo de los manifestantes: es que, según se decía, el gobierno habría decidido poner a disposición del Poder Ejecutivo a los máximos dirigentes del movimiento estudiantil, medida que se concretaría de un momento a otro. Así, todo parecía presagiar un enfrentamiento de grandes proporciones. El menor incidente desataría la tormenta, sin que nadie estuviera en condiciones de saber hasta dónde llegaría la confrontación y cuáles serían sus consecuencias. Finalmente, pareció que primaba la razón ya que, poco antes de la hora en que habitualmente se cumplen los turnos de entrada y salida de los trabajadores mecánicos, llegó la orden del gobierno de otorgar la libertad a la mayoría de los estudiantes.

Ya era de noche cuando los detenidos comenzaron a salir del Cabildo, siendo recibidos como héroes por quienes estábamos en la plaza. En ese momento, todos, en mayor o menor medida, nos sentíamos partícipes de una jornada histórica del movimiento estudiantil y de un triunfo memorable que nadie nos podría arrebatarnos. Sin embargo, la victoria no había sido completa, pues cerca de cien dirigentes y activistas quedaron alojados en el Ca-

bildo, donde algunos permanecerían varios meses aunque, por otra parte, el salvajismo del desalojo —que dejó cientos de heridos y muchas estudiantes agredidas sexualmente por los policías—, mereció el repudio de casi toda la sociedad cordobesa, así como la solidaridad del Consejo Superior de la Universidad y del conjunto de los partidos políticos.

### *Un carnaval violento*

Volviendo al verano del '71, época en que la resistencia al gobierno militar crecía día a día, se produjo en Córdoba un hecho determinante que, una vez más, habría de modificar la situación general del país.

El gobernador Bas, de fluido contacto con el movimiento obrero por haber sido asesor jurídico de distintos sindicatos no desconocía el malestar reinante en el sector y, por eso, cuando tuvo la certeza de que el Poder Ejecutivo Nacional no accedería a incrementar el presupuesto de la provincia, ni tampoco concedería los beneficios que trabajadores y estudiantes venían reclamando, decidió presentar su renuncia.

Sorprendido, el gobierno nacional designó un interventor provincial interino, al radical intransigente Carlos Gigena Parker, mientras se avocaba a seleccionar un interventor que, a su juicio, tuviera suficiente experiencia política y la habilidad necesaria para manejar una de las provincias más importantes del país y a su vez la más complicada y rebelde de la Argentina. La prensa y los observadores porteños seguían con atención la evolución del escenario político de Córdoba ante la evidencia de que la tensión social acumulada estallaría de un momento a otro. Sólo había que esperar el paso de las semanas para conocer cuál sería el incidente que desataría la tempestad.

La semana anterior había deparado un verdadero triunfo al movimiento estudiantil, ya que el día 17, tras la ocupación de varias facultades, las autoridades de la facultad de Ciencias Económicas eliminaron el examen de ingreso y, dos días, más tarde, Olsen Ghirardi, el rector que sucediera a Nores Martínez, fiel al accionar «dialoguista» de que hiciera gala desde su asunción, hizo lo propio en todo el ámbito de la Universidad, aunque en la Universidad Tecnológica la lucha continuó con gran virulencia ya que su dirección decidió continuar con su política discriminatoria.

El anticipo de lo que ocurriría a fines de aquel verano se produjo durante el festejo de los carnavales. El último domingo de febrero concluía el tradicional corso organizado por la Dirección Municipal de Turismo y los centros vecinales. Esa noche, cincuenta mil cordobeses se agolparon a la vera de las avenidas Chacabuco y Maipú, lugar por el que desfilarían las murgas y comparsas, seguidas de carrozas que representaban a diferentes barrios y organizaciones sociales de la ciudad.

La conducción del AES había tomado la decisión de participar, junto a algunos miembros de los Grupos Independientes, en toda movilización popular, aunque no revistieran un carácter político o reivindicativo. La idea de estar presente en las expresiones masivas, aun si estas tuvieran un carácter festivo como el de ese domingo de febrero, encontraba su razón de ser en que de esa forma podríamos captar de primera mano el estado de ánimo de la población, lo que nos permitiría a su vez intervenir inmediatamente cuando la revuelta estallara.

Recuerdo que ese día Luis Prol me pasó a buscar por mi casa cerca de las 22:00, para que fuéramos al corso, cuyo palco oficial se levantaba a pocas cuadras del departamento donde yo vivía con mis padres.

Era una noche calurosa y húmeda. El aire espeso y sofocante se había instalado desde la mañana sobre la ciudad sin que en todo el día se levantara la más mínima brisa que contribuyera a hacer más soportable la jornada. Sólo el agua que se arrojaban entre sí los más entusiastas servía para aligerar en algo el agobio reinante.

A lo largo de la noche recorrimos varias veces la avenida Chacabuco. Íbamos de una punta a la otra, deteniéndonos cada tanto para contemplar el paso de alguna carroza que transportaba mujeres hermosas. Siendo ya tarde, y cuando nos aprestábamos a dejar el corso para ir a cenar al restaurante *El Nacional*, en Colón y Cañada, célebre en aquellos años porque a toda hora, incluso bien entrada la madrugada, uno podía encontrarse con la dirigencia estudiantil de las más diversas tendencias, se produjo una gran avalancha entre la multitud que nos puso en alerta.

La imprevista corrida, que pronto se convirtió en un grave enfrentamiento entre ciudadanos y policías, se desencadenó a raíz de una desinteligencia entre los que conducían el desfile de carrozas y los inspectores municipales que abrieron el tránsito de la avenida Olmos antes de la finalización de los festejos.

Al levantarse la prohibición de circular, los choferes de los ómnibus que esperaban desde hacía rato la autorización para avanzar, lanzaron irresponsablemente los vehículos sobre la gente sin darle tiempo a que despejara la calzada. El primer reflejo de los asistentes fue intentar ponerse a salvo, generándose atropellos, empujones y corridas, para después reaccionar airadamente arrojando todo tipo de objetos sobre los vehículos de transporte, e inclusive un grupo de exaltados intentó prender fuego a algunas unidades, aunque afortunadamente no pudieron hacerlo por la oportuna intervención de aquellos, más sensatos, que vieron en esa acción un riesgo cierto para los cientos de familias que habían concurrido con sus pequeños hijos para disfrutar del corso.

Ante el sesgo que tomaban los acontecimientos, el cuerpo de bomberos sintió que había llegado su hora y entraron en acción los camiones hidrantes, tirando chorros de agua sobre la concentración. Enseguida el desorden se generalizó, iniciándose el desbande tumultuoso de miles de personas. Minutos más tarde llegó la policía con sus carros de asalto y comenzó la represión a gran escala, arrojando bombas de gases y en ocasiones haciendo uso de sus armas de fuego, sin reparar en que la mayor parte de las concurrencia estaba formada por familias con hijos de corta edad. Los choques entre los vecinos y la policía se prolongaron durante horas y recién bien entrada la madrugada renació la calma. Al día siguiente se informó que veinte personas heridas estaban hospitalizadas, seis de ellas por heridas de bala.

### *La cruzada de Uriburu*

La tensión social existente era ya inocultable. El gobierno nacional no quiso demorar más el nombramiento del nuevo interventor y ese lunes, primero de marzo, se anunció que José Camilo Uriburu, un dirigente conservador de cincuenta y siete años, asumiría la gobernación.

El régimen tenía plena conciencia de la creciente oposición de los trabajadores y de las dificultades que, para sostener posiciones conciliadoras, enfrentaban los dirigentes sindicales más afines a su proyecto, con los que había pactado en el sesenta y seis, y que ahora veían cada vez más erosionado su liderazgo y la ya escasa credibilidad que conservaban ante sus representados. Además, con el paso de los años y la ineficacia de sus medidas políticas y económicas, el gobierno había profundizado su aisla-

miento pues vastos sectores de la clase media, que en su momento acompañaron el golpe de Estado, comenzaron a distanciarse y cuestionaban el creciente autoritarismo, y la visión extremadamente conservadora ante los profundos cambios sociales que se derivaban de una sociedad industrial en plena expansión, convertida ahora en una sociedad de masas que estaba interesada en consumir todo cuanto el mercado le ofreciera.

Sin embargo, como el gobierno reclutaba sus hombres, tanto civiles como militares, entre los que comulgaban con el pensamiento de los sectores más tradicionalistas de la Iglesia argentina, resultaba lógico que mostrara escasa comprensión y tolerancia frente a la evolución de las costumbres, particularmente en el caso de la llamada revolución sexual. No se entendía su indiferencia, cuando no su rechazo, a la incorporación plena de la mujer al trabajo y a la vida social, y a muchas otras expresiones liberales propias de una nueva configuración de la sociedad que se extendía aceleradamente entre las naciones avanzadas de occidente y que eran imitadas por las sociedades de los países en vías de desarrollo como el nuestro.

Así, en muchos hogares de clase media se generaron discusiones y se tuvieron que enfrentar inesperados conflictos que giraban acerca de las diversas maneras en que se asimilaban y aceptaban —o no— todos estos cambios que, de una u otra forma, iban afectando y modificando las relaciones familiares, y que no eran sino derivaciones de las transformaciones ocurridas en la década de los '60 en los países más desarrollados del nuevo modelo económico y social, en el que imperaba el alineamiento de Latinoamérica tras las directivas emanadas de los Estados Unidos, caracterizado, a nivel económico, por la importación masiva de bienes de consumo, la dictadura de la publicidad y de la moda, y la subsiguiente avidez de un mercado consumidor que, paulatinamente, se iba ampliando hasta abarcar amplias capas de la población, independientemente de su poder adquisitivo.

También, y entre otros temas, se discutía el rol del Estado frente al proceso de cambio social; el papel de los partidos políticos —que los militares cuestionaban por corruptos y que la izquierda calificaba de burgueses, o en el mejor de los casos de reformistas e incapaces de comprender y llevar adelante las tareas de la revolución social— y el alcance de la reforma de la Iglesia Católica, promovida por el Concilio Vaticano II y en las instrucciones sobre la implicación de la Iglesia en la acción so-

cial contenidas en la encíclica *Populorum Progressio* emitida por el papa Pablo VI. En América Latina sus consecuencias inmediatas se vieron plasmadas en la perspectiva teológica del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo y su compromiso con los pobres y desposeídos, enunciado en el Documento de Medellín —que resumía las conclusiones de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano realizada en 1968 en esa ciudad colombiana— y materializado en la prédica y la acción de varios obispos tercermundistas, encabezados por Dom Helder Cámara, arzobispo de Olinda y Recife.

En nuestro país, el movimiento llegó a nuclear a más de cuatrocientos sacerdotes, entre los que se destacaban Miguel Ramondetti, Rodolfo Ricciardelli, Carlos Mugica; quien sería asesinado en 1974; Rubén Dri, Jerónimo Podestá, Alberto Carbone, Luis Farinello, Miguel E. Hesayne y Jorge Vernazza, por citar sólo algunos.<sup>1</sup>

En este contexto, recuerdo una anécdota familiar que resulta muy ilustrativa de la mirada conservadora que tenía el gobierno militar sobre la sociedad y que, además, sirve para describir en cierta medida algunas de las contradicciones existentes en los sectores medios de la Argentina de aquellos tiempos.

El día que el general Levingston convocó a Uriburu para ofrecerle el gobierno de Córdoba, éste estaba reunido en el Jockey Club de Buenos Aires con un grupo de amigos entre los que se encontraba mi padre. Antes de retirarse para acudir al llamado presidencial, Uriburu les pidió a sus amigos que esperaran su regreso, pues así tendrían la oportunidad de conocer el objeto de la convocatoria, por lo que los presentes se comprometieron a no retirarse hasta su retorno. Después de almorzar en la casa Rosada con el primer mandatario, y aceptar el cargo de interventor federal que se le ofreciera, volvió al Jockey Club para cumplir su compromiso e invitar a los amigos más cercanos a que lo acompañaran en su viaje a la provincia, que tendría lugar al día siguiente en un avión de la Fuerza Aérea.

La pequeña comitiva llegó a Córdoba el 2 de marzo en momentos de gran tensión, marcada por el anuncio de los sindicatos cordobeses de la realización de una «Semana de agitación y lucha», que tendría lugar a partir del 8 de marzo, a lo que se sumaba la lucha del movimiento estudiantil —fortalecido tras la derogación de examen de ingreso—, por la reapertura del comedor

universitario, las fechas de examen en la Facultad de Medicina y otras reivindicaciones académicas. No menos preocupante para el flamante interventor era la oposición de las cámaras empresariales locales y, sobre todo, el estado de las finanzas provinciales que se encontraban al borde de la quiebra.

Mientras tanto, en el país se discutía abiertamente la necesidad de promover una salida política, aunque los depositarios del poder no tenían una visión única de cómo habrían de implementar la manera de conseguirla.

El proyecto más viable era el impulsado por el teniente general Alejandro Agustín Lanusse, Comandante en Jefe del Ejército y principal referente de las Fuerzas Armadas, quien quería acordar con los partidos políticos la forma en que se llevaría adelante la entrega del gobierno a los civiles. Lanusse pensaba en una estrategia de salida rápida para evitar que se siguiera profundizando el deterioro del gobierno militar y que eso terminara por restarle capacidad de condicionar el proceso político, que debía transitarse sin la presencia de Perón —a quien en 1951 el propio Lanusse intentara derrocar sumándose al golpe fallido orquestado por el general Benjamín Menéndez, lo que le costó cuatro años de prisión en los penales de Rawson y Río Gallegos—, ya que, si bien habían pasado casi dos décadas desde la «Revolución Libertadora», a pesar del tiempo transcurrido, una parte de la Argentina, más precisamente los grandes grupos de poder, seguían desconfiando de las intenciones democráticas expresadas por el general Perón y oponiéndose a que pudiera ser candidato a presidente en elecciones libres. Esos sectores del campo y de la industria, nucleados alrededor de la Sociedad Rural Argentina y de los principales referentes de la Unión Industrial Argentina, eran los mismos que aún seguían manejando la economía del país, ya que todavía faltaban varios años para que el capital financiero irrumpiera como factor determinante en la economía nacional.

Por su parte, el presidente Levingston, que representaba a un sector minoritario de las Fuerzas Armadas y se presentaba como un general industrialista con vocación nacional, planteaba una alternativa diferente a la auspiciada por Lanusse, pues consideraba que el gobierno contaba aún con margen suficiente para intentar retomar los objetivos políticos que se había fijado la «Revolución Argentina», que, entre otras metas, aspiraba a renovar sustancialmente la forma de hacer política en el país, dejan-



do de lado los partidos políticos, proscriptos por los militares, y terminar con el peronismo, al que calificaban de antidemocrático y acusaban de profesar un ideario decadente y populista. Así, Levingston se proponía en un tiempo razonable —no mayor a los cinco años, según decía—, crear una nueva fuerza política de cuño nacionalista, similar a la corporativista que auspiciara sin éxito Onganía y a la que era tan afecto el nuevo interventor Uriburu. En el futuro, la nueva fuerza debía ocupar el espacio político vacante que dejaría la desaparición de los partidos tradicionales que el régimen militar pensaba concretar mediante la manipulación de la legislación electoral.

Este era el escenario de la Argentina cuando Uriburu —con quien mi padre mantenía una vieja amistad nacida muchos años antes durante la militancia que compartieran en el Partido Demócrata de Córdoba— llegó a la provincia y juró como interventor

Mi padre todavía conservaba aquella vocación política que demostrara antes de incorporarse a la carrera judicial, cuando presidiera el comité de la juventud del Partido Demócrata, en tiempos en que Uriburu lograba ocupar una banca en la Legislatura como candidato demócrata. Retirado de la justicia, había recobrado la libertad para incorporarse nuevamente al Partido del cual sería su secretario a partir del año siguiente en que se levantaría la veda política.

Un par de días después de arribar juntos a Córdoba, Uriburu lo invitó a desayunar en la casa de gobierno. Mi padre salió temprano rumbo a la Casa de las Tejas. Era una mañana soleada de la primera semana de marzo, cuando todavía se suelen sentir los calores de verano y los cordobeses se refugian en las confiterías y bares de la ciudad, para comentar la suerte de su equipo en los campeonatos de fútbol, algún hecho policial o la marcha de los sucesos políticos.

Ese día, los diarios anunciaban que el presidente Levingston podría viajar a la provincia para asistir a la Fiesta Nacional del Trigo que se celebraría, como se venía haciendo desde hacía tiempo, en la ciudad de Leones.

Cerca del mediodía mi padre regresó a casa. Estaba exultante. Enseguida le pidió a la empleada que preparara café. Siguiendo una vieja costumbre de los Yofre, nos reunió en la sala principal, cuyo balcón se abría hacia la esquina de avenida Olmos y calle Alvear, y que era el lugar preferido por la familia para

tratar los asuntos trascendentes que involucraban a alguno de sus miembros.

Después de que, con mi madre y mis hermanos, estuvimos acomodados en los antiguos sillones de pana, Manuela; la empleada norteña que llevaba años trabajando en casa, y a la que apreciábamos mucho por su noble carácter y sobre todo por las sabrosas empanadas tucumanas que solía preparar los sábados; entró a la sala haciendo equilibrio con su pulso ya inestable y tembloroso que siempre parecía estar a punto de quebrarse, y nos fue sirviendo a cada uno una taza de café muy caliente, conforme al hábito heredado de la abuela Dalmira, a la que siempre le gustó tomarlo hirviendo, sin importarle el calor que pudiera estar haciendo en el momento de servirlo.

Mi madre, que era una apasionada en cuestiones políticas y ferviente partidaria de Perón hasta que se produjo su ruptura con la Iglesia Católica, estaba impaciente por conocer cuanto antes los pormenores de lo conversado durante el desayuno. Desbordada por la ansiedad que la dominaba, comenzó a interrogar a mi padre sin esperar a que la tucumana, cuyo mayor defecto era la indiscreción, se retirara del salón.

—¿Y... cómo te fue? —le preguntó a boca de jarro, sin dar tiempo a que mi padre terminara de saborear el café.

—Muy bien —respondió él, mientras apoyaba parsimoniosamente la tasa humeante sobre la mesa ratona y esperaba a que Manuela se alejara arrastrando los pies, como era habitual en ella y volviera a la cocina a terminar los preparativos para el almuerzo.

Después de aflojarse la corbata, un gesto característico en él cuando regresaba a casa y quería distenderse, lo que en el momento aumentó nuestras expectativas, comentó con la voz llena de entusiasmo que Uriburu le había ratificado que lo designaría en el gabinete, que terminaría de conformar durante la semana siguiente.

—¿Te adelantó qué planes tiene con respecto a la situación social de Córdoba? —pregunté yo.

—No, no hubo tiempo para profundizar ningún tema de los que tenía pensado abordar, porque cuando llevábamos pocos minutos de conversación, Camilo debió atender una llamada telefónica del ministro del Interior, quien le aseguró la presencia de Levingston en Leones.

La confirmación de que el presidente viajaría a la provincia para asistir a la tradicional Fiesta Nacional del Trigo, que se rea-

lizaría el lunes 8 en la localidad de Leones, serenó el ánimo de Uriburu y lo puso de muy buen humor, pues sería una fuerte señal de respaldo a la gestión recién iniciada.

Uriburu había estado inquieto en esos días —y así se lo había hecho saber a mi padre—, pues conocía que algunos hombres del entorno presidencial le habían aconsejado al general que desistiera de su viaje a Córdoba.

—Cuando concluyó la prolongada comunicación —siguió contando mi padre—, Camilo tomó del escritorio unas hojas que tenía a medio escribir y las empezó a agitar con cierta excitación mientras se paseaba por el amplio despacho sin detenerse un solo instante. Así estuvo por varios minutos. Después se acercó hasta donde estaba yo para darme una palmada amistosa y decirme con afecto: «Ahora si me disculpas Carlitos, tengo que seguir redactando el discurso que pronunciaré ante el presidente».

En ese momento mi padre debió interrumpir su relato pues el timbre empezó a sonar insistentemente, a una hora desusada para recibir visitas. Manuela acudió presurosa a atender el llamado franqueándole la puerta a alguien con quien intercambiaba saludos sin que nosotros pudiéramos identificar de quién se trataba, pues las voces se perdían en medio del ruido infernal del tráfico y los bocinazos intermitentes que llegaban desde la calle.

—¿¡Qué está pasando!? ¿Por qué no me avisaron que se reunirían antes del almuerzo? —Dijo en tono de reproche mi hermana Beatriz de las Mercedes que acababa de entrar a la sala con evidente cara de fastidio.

Le hice una seña indicándole que no debía interrumpirnos, dejándole a su vez espacio suficiente para que se sentara junto a mí. Sin disimular su molestia, Beatriz desechó mi ofrecimiento, permaneciendo de pie junto al sillón. Entonces mi padre prefirió pasar por alto su injustificado reproche y retomó su relato:

—Después de la palmada, Camilo me tomó del brazo para acompañarme hasta la puerta del despacho mientras me decía: « ¡Mirá Carlitos el discurso me está saliendo así...!» —y en ese instante, según nos dijo, Uriburu acompañó sus palabras con el gesto clásico de llevarse la mano cerrada a la boca para expresar que aprueba el sabor de una comida o, como en este caso, la satisfacción que se siente por la acción realizada.

Han pasado más de cuarenta años desde aquel sábado de marzo del '71, y sin embargo, todavía guardo muy fresca en mi memoria esa escena en la sala familiar, cuando mi padre nos con-

tara su entrevista con Uriburu, mientras éste redactaba el famoso discurso en el que afirmaba que «*cortaría de un solo tajo la cabeza de la víbora*».

Ese día también me enteré de que Uriburu, como auténtico representante de la elite más conservadora de la «alta sociedad» cordobesa, aprovecharía la oportunidad para pronunciar una alocución que bien podría haber salido de boca de su tío —el general golpista que derrocará a Yrigoyen, inaugurando la «década infame»—, así como para exponer su pensamiento integrista y preconiliar, fiel expresión de los sectores más retrógrados e influyentes de la Iglesia argentina de aquellos años.

Aún no sabíamos que cuando el discurso se hiciera público pasaría a la Historia como el «discurso de la víbora» y se convertiría en el detonante de un segundo levantamiento de los cordobeses, que pondría punto final a la presidencia de Levingston y al efímero mandato de Uriburu, dando lugar también a que, con una mezcla de humor y de ironía, la rebelión fuera desde entonces conocida como «El Viburazo».

### *El Viburazo*

Es que el altisonante y anacrónico mensaje del nuevo interventor, el octavo nombrado desde los tiempos de Onganía, abundaba en conceptos propios de la época del absolutismo, cuando los gobernantes sostenían que su ejercicio del poder emanaba del derecho divino, y así lo proclamaba al decir que:

*«...Conferida por Dios, la palabra del gobernante tiene la virtud de llegar donde no llega ninguna otra palabra, intérprete como es del principio de autoridad que representa de manera indelegable y viviente. Hablando entonces como tal, os digo, en una hora solemne al par que promisoria de nuestra historia, que saludo en vos al poder legítimo...».*

Más adelante, al referirse a la situación del país y a la que consideraba su misión al frente del ejecutivo provincial agregaba:

*« (...) Creo de mi deber salir al paso de la conjura conceptual, de la contrarrevolución que procuran orquestar la avaricia contenida, la ineficacia desplazada y la bandera roja por medio de un intento fratricida*

*(...) Esas poderosas fuerzas contrarias al país saben que ésta es la última oportunidad que tienen para librar el combate*

*(...) La conjura que denunció desde Córdoba enraíza su triste filiación en el recuento de las trabas que la Nación debió vencer desde sus mismos orígenes*

*(...) Nadie ignora que la siniestra organización anti argentina que dirige a los que quieren dirigir la contrarrevolución, ha elegido a Córdoba, epicentro nacional, para su cobarde y traicionera maniobra. Por ello es que en estas circunstancias no puedo limitarme a una académica o lírica enunciación de principios o de números. Declaro sí que confundidas entre la múltiple masa de valores morales que es Córdoba, por definición, se anida una venenosa serpiente, cuya cabeza quizá Dios me depare el honor histórico de cortar de un solo tajo...».*

A mí, como a muchos de mis compañeros, me habría gustado ver la cara de Levingston al escuchar semejante discurso. Si bien en su decisión de nombrar a José Camilo influyó el hecho de que perteneciera a un conspicuo linaje cordobés, lo suyo no sólo fue un error político, sino una verdadera torpeza pues los cordobeses lo tomaron como una afrenta y una provocación a su larga historia de lucha por la libertad de expresión y a su compromiso profundo con la democracia, la Ley y las instituciones de la República. Era evidente que Uriburu había desafiado la paciencia del movimiento popular y que este preparaba su respuesta. En los días siguientes la inventiva de los cordobeses no encontraría límites para expresar su rechazo al mensaje del interventor, y la víbora que utilizara como metáfora deslegitimadora de la resistencia al régimen, sería apropiada por el pueblo e instalada en el imaginario colectivo como símbolo de la lucha legítima de los cordobeses contra la dictadura. Así, los muros de las calles céntricas, de los barrios, de los edificios públicos, de las escuelas, de las fábricas y de las universidades, se cubrieron de leyendas contrarias al gobierno y, junto a ellas y a manera de firma, aparecía pintada la famosa víbora.

Para colmo de males, el momento en que el autoproclamado émulo de San Jorge tocó tierra en Córdoba no podría haber sido menos oportuno, ya que desde principios de mes, y a propuesta de Agustín Tosco —quien se encontraba en la clandestinidad y con su gremio intervenido—, se venía gestando la formación de un Comité de Huelga, integrado por todos los sindicatos cordobeses, donde se decidió el lanzamiento de una «Semana de agita-

ción y lucha» que, justamente, se iniciaría ese lunes 8, medida a la que también se sumó el movimiento estudiantil.

A media mañana del martes, columnas de trabajadores y estudiantes se lanzaron al centro de la ciudad para manifestar su repulsa al discurso del interventor, mientras que, a lo largo de la semana que siguió a la arenga antiofídica, se realizaron numerosas asambleas en los lugares de trabajo y los obreros exigieron a sus dirigentes que declararan una huelga general bajo la modalidad de paro activo.

Durante una de esas manifestaciones el AES, junto a muchos integrantes de los Grupos Independientes, se sumó a una densa columna de operarios de la planta de Santa Isabel que avanzaba de manera tumultuosa. Al pasar por la avenida Vélez Sarsfield alcancé a distinguir a mi padre que, ubicado en el balcón de un cuarto piso y rodeado de amigos, seguía con preocupación la marcha agitada de los manifestantes. Nos reconocimos con la mirada sin que ninguno de los dos se animara a hacer un gesto que pudiera incomodarnos ante nuestros acompañantes. Ambos éramos parte de una sociedad dividida que tenía distintas visiones sobre la Argentina. Pronto esas visiones ideológicas enfrentadas se profundizarían y alcanzarían una intensidad que estábamos lejos de imaginar.

Fue en ese marco que, el día 12, con las plantas automotrices de Fiat Concord y Materfer ocupadas como protesta por el despido de varios operarios; algunos de los cuales eran delegados gremiales; se produjeron fuertes choques con la policía en las cercanías de Ferreyra, durante los cuales murió el trabajador Adolfo Cepeda. Este fue el catalizador para que la CGT peronista y los sindicatos más combativos — a los que, respectivamente, se catalogaba de «entreguistas» y «clasistas» —, se unieran y convocaran a un paro general para el 15 de marzo, con abandono de tareas a media mañana, tal como había sucedido en el Cordobazo.

El entierro de Cepeda, el domingo 14, fue un acto masivo, en el que estuvieron presentes todas las agrupaciones y tendencias universitarias que, a su vez, emitieron comunicados adhiriendo al paro activo declarado para el día siguiente, actitud que también fue imitada por numerosos sectores de la pequeña burguesía —empleados públicos y de comercio, bancarios, judiciales y de instituciones privadas—, así como algunas agrupaciones pro-

fesionales, como la de abogados, así como por las organizaciones que habían optado por la lucha armada —cuyas banderas ondearían por primera vez en las manifestaciones populares—. Esa misma tarde, y como prelude de lo que vendría, la capital cordobesa fue testigo de una serie de episodios aislados en los que sucedieron los actos relámpago y los enfrentamientos entre manifestantes y policías. La tensión se respiraba en el aire y las probabilidades de un nuevo estallido habían llegado a un punto sin retorno.

Finalmente llegó el lunes 15 de marzo, día elegido por la CGT, Luz y Fuerza y los sindicatos más combativos para concretar el programado paro activo. Los primeros indicadores del clima que se vivía en la ciudad fueron la ausencia casi total del transporte de pasajeros, la suspensión de la atención por parte de las instituciones públicas y privadas, y el cierre de colegios, facultades y comercios, todo lo cual presagiaba el comienzo de una dura jornada.

Las acciones se iniciaron muy temprano, con la toma de Villa Revol por los operarios lucifuercistas nucleados tras la conducción de Agustín Tosco que, poco después ocupaban también el edificio central de la EPEC (Empresa Provincial de Energía de Córdoba), al que rodearon de barricadas, mientras, a media mañana, los empleados públicos, judiciales, bancarios y de comercio se dirigían a sus respectivos sindicatos donde se realizaron asambleas. Por su parte, varios centros de estudiantes habían llamado a una reunión previa en la plaza Colón, para luego marchar a la ex plaza Vélez Sarsfield donde tendría lugar el acto principal y hacia donde, desde alrededor de las 10:00 ya estaban convergiendo los trabajadores del cordón industrial que, tras abandonar sus respectivas plantas, se dirigían en nutridas columnas hacia el centro de la ciudad, sembrando de barricadas los lugares por los que iban pasando. Al mismo tiempo, numerosos grupos de estudiantes tomaban posiciones en el barrio Clínicas y acumulaban obstáculos en todas las esquinas, para convertirlo en una verdadera fortaleza, mientras otros hacían lo propio en la Ciudad Universitaria, donde apedrearon algunos carros de asalto de la policía y destruyeron los vidrios de varios edificios.

El grupo más activo de nuestra agrupación se reunió en una casa de calle Lavalleja, ubicada entre Deán Funes y 27 de Abril,

frente a la Cañada, que habitualmente hacía las veces de cuartel general. Era una casa de altos en la que vivían cuatro compañeros provenientes de otras provincias. La ausencia de un núcleo familiar en la vivienda favorecía su condición de centro de actividades políticas, porque podíamos reunirnos a horas desusadas para mantener prolongadas reuniones de análisis y formación política.

Allí nos dimos cita a las nueve de la mañana, justo una hora antes de que se iniciara el paro. Fuimos llegando de uno en uno para no despertar las sospechas de los vecinos, especialmente las de una pareja que vivía casa de por medio y de la que desconfiábamos porque tenían toda la apariencia de pertenecer a los «servicios».

Cuando todos los convocados estuvimos en la casa, el principal referente del AES, a quien le decíamos el Soga, nos informó que la Coordinadora de Lucha de la Universidad Nacional de Córdoba, con la que interactuábamos, nos había asignado la toma del barrio Güemes. Las instrucciones decían que también debíamos conducir el repliegue de aquellos sectores estudiantiles que no hubieran recibido la indicación de marchar a un barrio predeterminado.

El Soga era un muchacho tranquilo, venido de un pueblo del interior de la provincia, y estudiaba Ciencias Políticas en la Universidad Católica. Flaco, algo desgarbado, medía casi dos metros y a pesar de su sencillez era dueño de un gran carisma que lo había llevado a encabezar el grupo. Su oratoria no era la mejor, ni se la podía comparar con la de otros grandes líderes que tuviera la agrupación, como en su momento fuera el Negro Bustos, que con sus vibrantes discursos era capaz de movilizar a cientos de estudiantes. Sin embargo, su voz era clara, y sus argumentos sólidos y creíbles eran muy escuchados en los momentos de crisis.

En aquel tiempo los medios gráficos solían acompañar las crónicas de las luchas estudiantiles con fotografías en las que el primero al que se podía distinguir era justamente el Soga, inculcable para la lente de la cámara, pues su figura espigada se alzaba por encima de todos los que lo rodeaban otorgándole una no deseada popularidad y, entre otras, esa fue una de las razones para que, ese mismo año, el régimen lanzara una orden de captura contra él acusándolo de estar vinculado a Montoneros. Su padre, después de recorrer miles de kilómetros por rutas in-



teriores para evitar los controles policiales, logró sacarlo del país escondido en el baúl del auto.

Desde aquel episodio le perdí el rastro, no tuve más noticias tuyas, ni pude enterarme cuál fue su destino. Sólo sé que el Soga nunca volvió a la universidad para concluir sus estudios.

Para el mediodía, la plaza Vélez Sarsfield ya estaba colmada de manifestantes que coreaban diversas consignas contrarias al gobierno y proclamaban su voluntad de prolongar el plan de lucha hasta lograr la caída del interventor, aunque, por sobre todas, sobresalía una: «¡¡¡...Córdoba se mueve... por otro veintinueve...!!!», lanzada por los sectores más combativos y que expresaba cabalmente el estado de ánimo de las casi quince mil personas que atestaban el lugar.

Mientras nos dirigíamos al punto de concentración, nos llamó la atención que en las calles céntricas hubiera poca presencia de la policía, que tampoco intentaba bloquear los accesos por los que deberían llegar los obreros. Así, los trabajadores pudieron marchar desde las fábricas sin ser hostigados o reprimidos y, a pesar de que en muchos casos tuvieron que recorrer varios kilómetros para arribar al centro, no debieron enfrentar a ninguna fuerza de seguridad, ya fueran federales o provinciales.

Sin embargo, todos conocían que si finalmente la concentración se realizaba, era inevitable que a su término se habrían de producir serios desórdenes, y el primero en saber que Córdoba estallaría si no se evitaba la llegada de los trabajadores del cordón industrial, era el general Alcides López Aufranc, comandante del Tercer Cuerpo de Ejército con asiento en Córdoba.

El propio López Aufranc había sido quien, durante el mandato del anterior interventor, impusiera como jefe de policía de la provincia al mayor retirado Julio Ricardo San Martino que, como él, estaba convencido de la eficacia de la doctrina de terrorismo antiguerrillero creada por los franceses y puesta en práctica durante la guerra de liberación argelina. San Martino continuó en sus funciones con Uriburu, por la sencilla razón de que la elección del jefe de policía —una posición clave para el sostenimiento del régimen—, era una atribución exclusiva del comandante del Tercer Cuerpo, pues el ejército daba máxima importancia a la tarea de controlar la oposición que ejercían trabajadores y estudiantes.

Por eso, y teniendo en cuenta que las Fuerzas Armadas tenían entre sus prioridades mantener el orden y contener las expresiones de rechazo al régimen, no se explicaba que un día clave, como el de la huelga general, la policía no actuara tempranamente para detener la movilización. Luego se diría que San Martino, cumpliendo órdenes del comandante del Tercer Cuerpo, había demorado la entrada en acción de las fuerzas bajo su mando para facilitar la llegada al centro de trabajadores y estudiantes y permitir que los desórdenes se generalizaran, ya que si los desmanes resultaban de una magnitud comparable a la del Cordobazo, los días de Levingston estarían contados, tal como efectivamente ocurrió, y tal como lo quería el propio Lanusse, a quien respondía López Aufranc. De esta forma, pocos días después, Lanusse llegaba a la presidencia para imponer su estrategia de salida política condicionada a la que denominaría Gran Acuerdo Nacional.

Una vez que las distintas columnas terminaron de llegar a la ex plaza Vélez Sarsfield, convertida desde aquellos años en el espacio público preferido de los cordobeses para expresar su oposición al régimen, los principales dirigentes obreros pronunciaron los discursos más duros y radicalizados que se habían escuchado desde el comienzo de la dictadura militar.

Las importantes contradicciones políticas e ideológicas que existían entre los componentes de la máxima dirigencia sindical se podían apreciar en el contenido de sus mensajes y en la confrontación de las consignas coreadas por sus partidarios, ya que cada sector no sólo tenía sus propias reivindicaciones y objetivos inmediatos, sino también una idea distinta de cómo debería hacerse la revolución pero, a pesar de las profundas diferencias existentes entre los sindicatos clasistas y los ortodoxos, entre los que se definían como peronistas y los que se declaraban no peronistas, la voluntad de enfrentar a la dictadura y permanecer unidos en la lucha era más fuerte que cualquier antagonismo que pudiera separarlos.

Cuando finalizó el acto, y a pesar de que yo formaba parte de esa multitud y no podía ver todo lo que sucedía, tuve, al repensar la escena, la misma impresión que tenía cuando era chico y se me ocurría patear un hormiguero para observar cómo los insectos salían disparados frenéticamente en todas direcciones.

Sin embargo, y pese a las apariencias, la desconcentración de los manifestantes se realizó con gran coordinación y de acuerdo a lo que se había programado: una gran columna —integrada por obreros de SMATA, de Industrias Mecánicas del Estado (IME), y de algunas fábricas autopartistas, junto a agrupaciones estudiantiles y sectores de empleados— se dirigió hacia barrio Güemes, mientras que otra, de similar tamaño, marchó hacia la Bajada del Pucará, conformada esencialmente por operarios de Luz y Fuerza y trabajadores de Fiat y Materfer. Por su parte, otros grupos menores, compuestos por estudiantes, empleados públicos y de comercio, jóvenes simpatizantes y personas sin un encuadre determinado, bajaron al centro por la avenida General Paz, y, por último, nutridos contingentes de estudiantes partieron rumbo a la Ciudad Universitaria.

De manera inmediata, y a medida que marchaban, los manifestantes levantaban pequeñas barricadas en casi todas las esquinas por las que pasaban, mientras grupos de activistas, siguiendo la consigna de ocupar cuanto antes la ciudad, comenzaban a quemar los ómnibus que — pese a que el transporte público casi no circulaba desde hora muy temprana — habían quedado varados en las calles adyacentes a la plaza.

El primero en caer bajo las llamas fue un viejo *Ford Wayne* al que arrastraron hacia la Cañada. El «loro» — como lo llamaba la gente por su color verde —, se sacudía de un lado a otro como si fuera de papel y, cuando quedó cruzado sobre la bocacalle de Belgrano y boulevard San Juan, alguien le arrojó una bomba *molotov* y el fuego se extendió con rapidez por toda su estructura. Una densa columna de humo negro buscó las alturas, anunciando que a partir de ese momento la ciudad era tierra de nadie.

Enseguida, los incidentes se generalizaron sin que la fuerza pública intentara impedirlo pues hasta ese momento la ausencia de policías era notoria y los pocos que estaban en el casco céntrico se replegaron a la plaza San Martín y se mantenían cerca del Cabildo en completa pasividad. A las dos de la tarde las radios informaron que muchos barrios, entre los que estaban los de Alberdi, Clínicas, Güemes, Observatorio, Jardín y Villa Revol, ya se encontraban bajo control de los huelguistas, y se esperaba que en las próximas horas también se tomarían los que circundaban las plantas automotrices.

Desde donde estábamos podíamos ver cómo se levantaban las primeras humaredas negras surgidas de la quema de neu-

máticos, y después, más allá, en dirección a la plaza Colón, unas enormes fumarolas grisáceas a las que algún elemento químico hacía cambiar continuamente de color. Velozmente, las llamas se apoderaron de algunas dependencias oficiales, los locales del banco de Galicia y del Interior, la sede del Jockey Club en la avenida General Paz, supermercados, sedes de empresas multinacionales y de grandes monopolios de capitales nacionales, diversos comercios, el edificio del Instituto de Intercambio Cultural Argentino Norteamericano (IICANA), y de cuantos automóviles encontrarán a su paso; las lenguas de fuego, empujadas por el viento, crecieron en intensidad al punto de consumir con rapidez toda clase de objetos que manifestantes y activistas les arrojaban para volverlas más poderosas, más intensas, más amenazantes.

El fuego y las barricadas ya se extendían por toda la ciudad, destacándose las que se levantaban en Bajada Pucará, la nueva Terminal de Ómnibus, la plaza Colón y el barrio Clínicas, en cuyas inmediaciones se encontraba entonces el cuartel de bomberos, que había sido rodeado de barricadas para obstaculizar la salida de las autobombas e impedir que pudieran extinguir los focos de incendio que se agitaban en los distintos barrios. Ya en horas de la tarde, y cuando finalmente la policía decidió intervenir y los carros de asalto de la guardia de infantería comenzaron a recorrer las calles del centro, los manifestantes iniciaron el repliegue hacia el cinturón que conformaban los barrios periféricos de la ciudad, donde contaban con el apoyo decidido de la mayoría de los vecinos.

Cuando nuestro grupo, durante la desconcentración y cumpliendo el plan de acción establecido previamente por la Coordinadora de Interfacultades, llegó a barrio Güemes, las columnas de humo ya se elevaban en todo el centro de la ciudad y el cielo azul del mediodía empalidecía hasta perder su brillo.

Minutos más tarde comenzamos a levantar la primera de las muchas barricadas que haríamos ese día. Los vecinos contribuían con diferentes elementos en desuso que guardaban en el fondo de sus casas, algunos traían sillas destartaladas, muebles viejos, cajones de embalajes, colchones desventrados, cartones, un lavatorio oxidado o una bañera, como la que nos acercara una pareja mayor y en la que aún se podían adivinar vestigios de una hermosa loza blanca. Todo servía para reforzar la barrera que impediría el paso de las fuerzas represivas.

Con el correr de la tarde, el trajín se hizo más intenso y cada uno aportaba lo que estaba a su alcance, mientras la quema se generalizaba en el barrio, el viento traía el olor penetrante del caucho quemado y el aire se iba enrareciendo por las bombas de gases que, desde lejos, nos arrojaba la guardia de infantería, que sólo se limitaba a tareas de patrulla y aún no se animaba a aventurarse por sus calles, por temor a quedar aislada en medio de cientos de manifestantes exaltados y furiosos que no se amilanaban con su presencia, y permanecía a la espera de refuerzos para poder lanzarse al ataque.

Pronto una cortina de cenizas nos llovió del cielo y enseguida empezamos a escuchar el sobrevuelo de los helicópteros militares que dirigían desde el aire las tareas represivas.

En medio de esa tensión, una mujer de mediana edad que seguía nuestro accionar desde la puerta de su vivienda, dio la voz de alerta:

—¡Oigan... rápido... métanse en mi casa que viene la policía!

Antes de aceptar el refugio que ofrecía, nos detuvimos a observar el avance de una caravana de carros de asalto que transportaban a los temidos infantes de la Policía Federal. Las sirenas atronaban en toda su intensidad avisando la llegada de la represión, y pudimos ver a los federales que venían colgados de los estribos, con medio cuerpo fuera del vehículo mientras sus armas apuntaban a las personas que corrían, listas para ser disparadas ni bien estuvieran a su alcance.

Sin embargo, y para nuestra sorpresa, no enfilaron hacia donde estábamos nosotros, a pesar de que nos habían visto levantar una barricada, pues tenían un objetivo mucho más trascendente que ocupar nuestro barrio. Iban rumbo al principal baluarte de la resistencia estudiantil, iban al barrio Clínicas, el mismo que durante el Cordobazo resistiera todo un día y toda una noche el embate de las tropas combinadas del ejército y la gendarmería. Ahora, el Clínicas volvería a rechazar durante todo el día y buena parte de la noche cada una de las ofensivas que intentarían los agentes del régimen para recuperar el dominio de la situación.

Cuando Uriburu ya no tuvo dudas de que la ciudad estaba fuera de control y comprendió que, inexplicablemente, el ejército no entraba en acción, solicitó con urgencia al poder ejecutivo

nacional que enviara a Córdoba todas las fuerzas de seguridad que pudiera reunir.

Durante esas horas, decisivas para la suerte de su gobierno, Uriburu, que era un hombre de máxima confianza de Levingston, se sintió traicionado por el general López Aufranc quien, como era notorio, estaba plenamente identificado con las posturas de Lanusse, e informó al presidente que el Tercer Cuerpo de Ejército mostraba una sospechosa reticencia a intervenir con sus efectivos para sofocar los desórdenes, apremiándolo para que lo socorriera cuanto antes porque la rebelión continuaba expandiéndose con el correr de las horas.

Levingston no desconocía que Lanusse se negaba a actuar con celeridad para desgastarlo y tener un argumento de peso para desplazarlo de la presidencia. Sin embargo, su capacidad de maniobra era limitada, pues al no contar con el apoyo de sus compañeros de armas, carecía de autoridad para ordenar al ejército la inmediata represión de los desórdenes y recurrió a la única fuerza de seguridad que estaba bajo su mando directo que era la Policía Federal. Sin pérdida de tiempo, ordenó al ministro del Interior que fletara un avión Hércules para desplazar a la provincia mediterránea las unidades de élite de la Brigada Antiguerrillera, conformada especialmente para reprimir las movilizaciones.

Poco antes de la medianoche, un batallón completo de la infantería federal equipado con el mejor armamento antimotines, reforzado por vehículos de desplazamiento rápido, entró en operaciones en la ciudad de Córdoba. Tenían como primer objetivo recuperar el barrio Clínicas que permanecía en manos de los estudiantes desde el mismo momento en que se inició la huelga.

Las unidades de élite arribadas desde la Capital Federal estaban al mando del comisario Alberto Villar, que esa madrugada empezaría a ganarse la fama de ser uno de los represores más sanguinarios al servicio del régimen militar. Así, en la Córdoba del Viborazo se iniciaba la carrera del señor de la noche y de la muerte.

Días más tarde, un sanjuanino que estudiaba medicina y militaba en Integralismo, me contó lo que sucediera en el Clínicas una vez que los federales de Villar lograron doblegar la resistencia estudiantil, haciendo volar con explosivos las barricadas que obstruían el avance de los carros de asalto.

Despejadas las vías de acceso al barrio, la infantería comenzó una violenta represión. En plena madrugada, entró indiscriminadamente en las casas, volteando las puertas a patadas para sacar a los estudiantes, a la rastra y en calzoncillos, y apalearlos en plena calle. Después los hacían correr descalzos sobre una verdadera alfombra de vidrios; provenientes de las numerosas bombas *molotov* que, durante todo el día y hasta bien entrada la noche, se habían arrojado contra los efectivos policiales; que se les clavaban en los pies provocándoles profundas heridas.

—Tenías que ver cómo nos apalearon —me contaba el sanjuanino—. Los federales avanzaban en formación de combate protegidos por los carros de asalto, mientras el ulular de las sirenas atravesaba la noche y metía terror en cada una de las casas. Cuando los infantes tomaban un inmueble, subían a la azotea para emplazar ametralladoras que no dejaban de disparar, por temor a los francotiradores; también tiraban con sus fusiles *FAL* y, como fondo, se escuchaba el estruendo de las bombas con las que destruían las barricadas, de modo que uno tenía la impresión de estar en medio de una verdadera guerra.

»En muchas de las casas asaltadas vivían familias que no se habían involucrado en los desórdenes, pero eso no les importaba, ni tampoco atendían sus súplicas desesperadas para que no los maltrataran. Parecían estar alcoholizados o drogados, y sus rostros desencajados y llenos de odio hacían que uno presagara lo peor. La golpiza fue despiadada. Se ensañaban con los más jóvenes sin hacer distinciones entre mujeres y varones. Muchos terminamos en el hospital y algunos compañeros con lesiones internas o alguna costilla rota. Creo que tuve suerte, porque a pesar de recibir una lluvia de patadas y bastonazos, sólo alcanzaron a dislocarme el hombro sin afectar ningún órgano interno. Por precaución, los médicos del Clínicas me obligaron a permanecer internado hasta el medio día. Con tantos bastonazos que me dieron todavía me duele todo el cuerpo.

El sanjuanino, un tipo alto y de complexión robusta, dio media vuelta y se levantó la camisa enseñándome la espalda mientras, con voz bronca, llena de resentimiento e indignación, me dijo:

—¡Mirá como me dejaron estos hijos de puta!... —Y pude ver unas rayas violáceas y todavía inflamadas, que le cruzaban el cuerpo de lado a lado.

Aquella noche el comisario Villar reprimió el levantamiento del Clínicas con una ferocidad que hacía mucho no se veía en el país. A fin de infundir el terror en la población y evitar que la revuelta se extendiera a sectores sociales que hasta entonces habían permanecido al margen, procedió con violencia inaudita contra estudiantes y vecinos, sin hacer ningún tipo de diferencia entre los que estaban comprometidos en la revuelta y los que no tenían otra culpa que la de vivir en el barrio.

De esta forma, y por primera vez, se insinuaba la verdadera dimensión de lo que ocurriría en la Argentina cuando se profundizara la puesta en práctica de la doctrina terrorista francesa de guerra contrarrevolucionaria que Villar había aprendido cuando, en el año '63 fue becado por las Naciones Unidas para seguir cursos de entrenamiento en Francia, bajo la dirección de la Sureté, de la Gendarmería Nacional y los Cuerpos Republicanos y, a su regreso, en 1966, fue nombrado jefe del Segundo Batallón del Cuerpo de Guardia de Infantería.

Por si esto fuera poco, en su nutrida foja de servicios también consta que asistió —como muchos oficiales y suboficiales de las policías de más de treinta países—, a los cursos de instrucción dictados en Centroamérica por miembros de la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID), un organismo del Departamento de Estado Norteamericano, cuyos programas de «seguridad pública» habían sido puestos en marcha durante la presidencia del demócrata John Fitzgerald Kennedy y abarcaban áreas como la investigación, patrullaje, técnicas de interrogatorio y de contrainsurgencia, control de disturbios y tácticas antimotines, utilización de helicópteros y carros blindados, uso de armas y desactivación de bombas y, a la vez, establecían conexiones con las policías locales que servían para suministrar información a la CIA y a la Inteligencia Militar estadounidense.

En enero del '74 Villar fue designado subjefe de la Policía Federal, a instancias de José López Rega y apenas tres meses más tarde era nombrado jefe de la misma, desplazando de su puesto al histórico general Iñíguez. Desde su nuevo cargo conformó una unidad clandestina que, según se decía, contaba con cien efectivos especialmente seleccionados por su ideología ultra nacionalista y por el adiestramiento antisubversivo recibido.

Durante el gobierno de Isabel Martínez, los hombres de Villar —que se hacían llamar «Los Centuriones»— operaron conjuntamente con los miembros de la Alianza Anticomunista Argentina



—la sanguinaria Triple A—, fundada y dirigida por el propio López Rega, la Concentración Nacional Universitaria (CNU), la Juventud Sindical Peronista (JSP), las patotas sindicales y otros grupos menores, constituyendo en la práctica una sola organización parapolicial que, de manera indiscriminada, se encargaba de infundir el terror entre los argentinos.

Llevaban su guerra terrorista contra los opositores al gobierno, asesinándolos a la vista de todos. Mataban sin piedad. Mataban a toda hora, en todo momento. Mataban impunemente sin que el Estado hiciera nada para detenerlos. Mataban a la madrugada en la puerta de las fábricas. Mataban a la noche en los barrios alejados y mataban de día en pleno centro de Buenos Aires, como una muestra impúdica de la muerte que comenzaba a enseñorearse en la Argentina de aquellos años.

En noviembre del '74, el comisario Alberto Villar no pudo escapar al destino de violencia que había asumido durante su vida. Murió violentamente junto a su esposa, poco después de zarpar para una excursión en el Tigre, al explotar una bomba montonera, colocada durante la noche bajo el asiento del conductor, que destruyó por completo su embarcación.

### *Atardecer en barrio Güemes*

Volvamos ahora a lo que sucedía al caer la tarde del 15 de marzo cuando la revuelta de los cordobeses se había extendido a numerosos barrios de la ciudad.

Como ya ocurriera en mayo del '69 las fuerzas de la represión actuaban con la obsesión de destruir lo antes posible toda barricada que encontraran a su paso. Ninguna podía quedar indemne pues, como entonces, se habían convertido en un símbolo inequívoco de la persistencia de la situación insurreccional y del fracaso del gobierno en retomar el control de la ciudad.

Si una barricada se mantenía en pie, si aún había alguna que no hubiera sido arrasada por las fuerzas del régimen, eso significaba que la resistencia continuaba y que la lucha se sostenía a pesar de todo. Por eso aquella noche la infantería del comisario Villar se había empeñado a fondo, inclusive utilizando explosivos para destruir hasta el último vestigio de lo que, en su momento, había sido una barricada.

La noche aún no había llegado, y mientras el sol no se ocultara la ciudad seguiría estando en manos de miles de manifestan-

tes, apoyados por vastos sectores de la población. Nuestra agrupación se había hecho fuerte en un sector de barrio Güemes, al oeste de la Cañada, de la que nos separaban unas pocas cuadras; desde allí salimos a recorrer la zona, y pudimos ver cómo algunos grupos de militantes se encargaban de pintar en las paredes diversas consignas revolucionarias. También se escuchaban arengas que eran seguidas con curiosidad por los vecinos que rodeaban al orador. Junto a esas verdaderas asambleas vecinales se formaban pequeños círculos de militantes que debatían sobre el incierto futuro de la Argentina y auguraban la inminente caída del interventor Uriburu.

En honor a la verdad, no todo transitaba por el camino de la lucha contra la dictadura porque, como suele suceder en toda revuelta, grupos de personas del propio barrio y otras que provenían de los llamados «sectores marginales» de la periferia de la ciudad, aprovecharon el caos para dedicarse a saquear los comercios que encontraban a su paso. A pesar de los reiterados llamados de la dirigencia para impedir que estos actos de rapiña pudieran concretarse, la necesidad, la pobreza, o la simple avidez de poseer lo que no podían comprar, fueron más fuertes que cualquier apelación a la honestidad y a la ética revolucionaria, y los robos continuaron sucediéndose, si bien a menor escala que lo que ocurriera durante el Cordobazo.

Así ocurrió con el supermercado «*El Tábano*» ubicado sobre la avenida Julio A. Roca, no muy lejos del lugar en el que estábamos. Desde una lomada pudimos observar cómo, a lo lejos, largas hileras de personas se llevaban todo tipo de artículos y minutos más tarde vimos cómo se prendía fuego el edificio. Una vez más las llamas se confundieron con el cielo del atardecer y densas columnas de humo negro se elevaron buscando las alturas. Poco después los helicópteros empezaron a sobrevolar la zona en semicírculos y desde ese privilegiado puesto de observación les indicaban a bomberos y policías las calles que se encontraban sin obstáculos, para que circularan por ellas y pudieran acudir a sofocar el incendio que amenazaba propagarse a las viviendas contiguas al supermercado. Oscurecía cuando policías y bomberos lograron llegar hasta el edificio en llamas, comenzando a reprimir a los saqueadores que, en su apuro por escapar, abandonaban en medio de la calle los carritos de compra cargados con todo tipo de productos. Mientras tanto, los bomberos seguían sin poder combatir el fuego, esperando que se despejara

la zona de algunos activistas hostiles que les arrojaban piedras para dificultar su accionar.

Los vecinos que, con justa razón, no querían ser confundidos con los salteadores se retiraron presurosos a sus hogares y nosotros, anticipándonos al movimiento de la policía, emprendimos el regreso a la casa que desde el mediodía habíamos adoptado como cuartel general.

Apenas la dueña nos vio llegar, y se enteró de que para volver a nuestros domicilios debíamos atravesar buena parte de la ciudad en medio de la oscuridad, no dudó en advertirnos:

—¡De aquí no se van! ¡Esta noche se quedan en casa!

Ante las objeciones que el Soga intentó oponer, alegando que éramos demasiadas personas para pasar la noche en su casa, la mujer puso cara de ofendida e insistió en su ofrecimiento, diciéndonos:

—Ustedes no se pueden ir porque saben muy bien que si los agarra la «cana» no cuentan el cuento.

El argumento era tan concluyente que no insistimos y aceptamos su generosa invitación. Un largo pasillo nos condujo a un patio, al que daba la cocina, centro de la vida familiar y el lugar elegido para escuchar las noticias. Allí nos sentamos alrededor de una mesa redonda, adornada con una canasta de mimbre que contenía frutas de plástico. Sobre un armario no muy alto, donde se guardaba la escasa vajilla de la casa, había una antigua radio de madera que permanecía encendida y que cada tanto carraspeaba, dificultando la recepción. Así alcanzamos a escuchar que el locutor anunciaba que la Junta de Comandantes en Jefe se hallaba reunida para tratar los graves sucesos de Córdoba. También informaba que gran parte de la ciudad permanecía a oscuras por la acción de los trabajadores de Luz y Fuerza que habían cortado la energía que alimentaba el alumbrado público.

Ese fue el momento elegido por la tía de la dueña de casa, una mujer anciana pero fuerte y bien conservada, para expresar su admiración por el líder del sindicato de Luz y Fuerza.

—Sepan jovencitos que soy una socialista de toda la vida. Socialista de Alfredo Palacios ¿eh...? porque él sí defendía a los trabajadores como ahora lo hace Tosco. Los militares siempre creen que vienen a gobernar por décadas y terminan yéndose a las apuradas, repudiados por el pueblo y dejándonos en medio de una crisis mayor a la que según ellos venían a solucionar. Esta vez no será una excepción. Se van a tener que ir. Yo no me

equivoco ¿eh...? Ya van a ver, ya van a ver... —nos dijo, con la seguridad que le daba el haber presenciado los numerosos golpes de Estado que durante tantos años asolaron el país—. Espero que no tomen a mal lo que les voy a decir, pero hoy los vi pintar consignas que afirman que el peronismo es revolucionario y que Perón Vuelve, y yo creo que ustedes por ser jóvenes se equivocan de lado a lado. Para empezar, Perón es el mismo autoritario de siempre... ¿O ustedes creen que cambió su forma de pensar, eh...? Para nada. Nunca cambió. Por más que diga que si fuera joven él también andaría poniendo bombas. Nada de eso es cierto y tampoco es cierto que se vaya a animar a volver al país. Saben cuántos años hace que escucho las pavadas del avión negro y todos esos cuentos, ¿eh...? No le crean, porque se va a quedar en España para siempre. Eso es lo que pienso. Pero claro, cada uno tiene sus ideas y hay que respetarlas.

La dueña de casa, que había permanecido callada, se puso de pie y, después de mirarnos uno por uno, dijo:

—Seguro que ustedes están sin probar bocado desde la mañana. Mejor les preparo algo de comer—. Mientras hablaba, la mujer encendió una hornalla y puso a calentar una sartén con aceite para freír las milanesas que serían la cena de la noche. El ambiente se fue impregnando de un fuerte olor a fritura que sólo se alcanzó a disipar cuando abrieron una ventana que daba al patio interno, en cuyos fondos había un galponcito donde varios compañeros se ocupaban de preparar varias docenas de bombas *Molotov*.

### *Detenidos en la 10ª*

Después de cenar decidimos volver a la calle con la idea de reforzar una de las barricadas que levantáramos durante la tarde. El grupo; compuesto por el Soga, Luis Prol y su novia Rosa Cancio, Eduardo Renedo, Daniel Geisser, un muchacho de Arquitectura al que llamábamos el Gnomo, otra chica de la que no recuerdo el nombre y yo; fue saliendo de la casa en silencio, pero sin tomar ninguna otra precaución, pues desde hacía rato habíamos dejado de oír el ulular de las sirenas policiales. Como el alumbrado público permanecía apagado por la acción de sabotaje concretada horas antes por los trabajadores de Luz y Fuerza, y la mayoría de las casas tenían las persianas bajas y las luces apagadas, la oscuridad que nos rodeaba era prácticamente total.

El cielo sin nubes dejaba ver millares de estrellas que titilaban sin cesar. Ausente, la luna se hacía desear más que nunca, pues era la única que nos hubiera podido rescatar de la negrura que nos envolvía en esas horas de rebeldía y de tensión.

Las casas, aún las más cercanas, permanecían ocultas bajo un manto azulado. Las calles eran gargantas interminables que se perdían en la noche. A la distancia se insinuaban las sombras de los edificios altos, ubicados en el centro de la ciudad, cuyos departamentos estaban sin luz y con las persianas bajas, para evitar ser confundidos con refugios desde donde los francotiradores podrían disparar contra las fuerzas de seguridad.

Nos llevó un tiempo habituarnos a la falta de luz, al punto de que por varios minutos nos resultaba difícil reconocernos entre nosotros. Apenas nos alejábamos de la barricada éramos tragados por la oscuridad hasta convertirnos en siluetas imposibles de identificar. Desafiando las circunstancias adversas, pusimos manos a la obra. La idea que nos animaba era poder mostrar a propios y extraños, que la rebeldía seguiría en pie durante toda la noche y que el nuevo día nos encontraría con la voluntad intacta para resistir y sostener el territorio conquistado.

De una casa en construcción, ubicada a media cuadra de distancia, logramos sacar enormes tablones, tan pesados apenas podíamos trasladarlos entre dos compañeros. Con esfuerzo los íbamos cruzando a lo largo de la calle hasta construir con ellos una sólida muralla. Encima de los tablones arrojamos más neumáticos a los que pensábamos prender fuego más tarde. Como habíamos encontrado gran cantidad de materiales y algunos eran pesados y difíciles de transportar, nos demoramos más de lo previsto en reforzar la barricada.

En uno de mis viajes a la obra sentí una brisa fresca proveniente del sur que me hizo estornudar. Recuerdo que, en ese momento, lamenté no contar con un abrigo que me pusiera a salvo de la baja temperatura que ya empezaba a hacerse notar.

Casi a la medianoche, y en medio del silencio que nos rodeaba, escuchamos con extrañeza que un grupo de personas vivaba indistintamente al Che Guevara, a Perón, al ERP y a los Montoneros, lo que nos hizo creer que los activistas que a grandes voces expresaban sus diferentes consignas estaban actuando en conjunto, más allá de las diferencias ideológicas que los separaban. No era común, por no decir casi imposible, que sectores ideológicamente enfrentados actuaran unidos, pero en aquel momen-

to atribuimos ese hecho a las excepcionales circunstancias que atravesaba Córdoba.

A cada consigna que escuchábamos, y mientras seguíamos trabajando, respondíamos con vivas, especialmente cuando éstas se referían a las organizaciones peronistas. Poco a poco, empezamos a oírlas más cercanas, como si el grupo de militantes pretendiera tomar contacto con nosotros. Parecía que los activistas intentaban ubicar la procedencia de nuestras voces para poder identificar la posición que guardábamos.

Las consignas resonaban con fuerza y se escuchaban cada vez más cerca, hasta que llegó el momento en que un grupo de personas apareció corriendo por la esquina más próxima, mientras disparaban sus armas como locos y gritaban:

—¡Nadie se mueva, carajo...!

Yo sólo veía en medio de la oscuridad los fogonazos de las pistolas al ser disparadas contra nosotros, y me costaba entender lo que estaba ocurriendo.

Cumplimos las órdenes con presteza, sin ofrecer ningún tipo de reparo, ante la evidencia de que nuestros atacantes se disponían a matarnos si no lo hacíamos con la celeridad que se desprendía de las cada vez más apremiantes voces de mando.

—¡Todos contra la pared...! ¡Rápido carajo...! ¡Levanten las manos, mierda...!

Los hombres recién dejaron de tirar cuando comprobaron que no ofreceríamos resistencia alguna, aunque hasta el día de hoy no me explico, cómo ninguno de nosotros fue alcanzado por aquella balacera descargada sin contemplaciones y desde tan corta distancia.

Recién caímos en la cuenta de que los atacantes pertenecían a una fuerza policial, cuando vimos aparecer desde la sombra un carro de asalto de la guardia de infantería que, con los faros apagados y su dotación completa, avanzaba silenciosamente para respaldar a sus camaradas. Los infantes cordobeses vestían uniformes de combate y tenían sus armas largas listas para disparar. Comandaba la operación un comisario de gruesos bigotes, más bien gordo y algo pelado, que llevaba puesto un gamulán azul y empuñaba una pistola con la que nos apuntaba. Lo rodeaban cuatro policías de civil, también con sus armas en la mano, que, según me pareció, estaban deseosos de descargarlas sobre nosotros.

Cuando el comisario se acercó y quedó frente a mí, me dirigió una mirada de furia y en ese instante temí que se aprovechara

de nuestra indefensión para dar rienda suelta a sus peores intenciones. Pero nada de eso ocurrió. Prefirió desahogar su bronca gritándonos con tono amenazante:

—¡Ahora les voy a quitar las ganas de andar viviendo al Che...! ¡Zurdos de mierda! ¡Cuando los tenga en la comisaría voy a saber si son capaces de aguantar la calentada que le vamos a dar!

La voz gruesa del comisario sonaba intimidante y ninguno de nosotros abrió la boca pues sabíamos que, si le dábamos el menor pretexto para que reaccionara, terminaría fusilándonos a quemarropa.

Esa noche la suerte acompañó al Soga y a la otra compañera, quienes pudieron evitar la detención pegando sus cuerpos contra el paredón de la obra en construcción a la que se habían dirigido apenas unos minutos antes de que irrumpieran los policías, para buscar elementos con qué engrosar la barricada.

Después de ser palpados con violencia y constatar que no estábamos armados, el comisario nos ordenó tomar posición frente al carro de asalto y mantener las manos cruzadas sobre la cabeza. El operativo se hacía bajo una gran tensión y el evidente nerviosismo de los policías, que temían ser sorprendidos por un ataque proveniente de alguna de las organizaciones guerrilleras que, según se afirmaba, estaban actuando desde el inicio de la huelga y habían ubicado francotiradores en lugares estratégicos de la ciudad. Por eso, durante la marcha hasta la comisaría Décima, que por entonces ocupaba una vieja casona en la calle Belgrano, y que era la que estaba más cerca de barrio Güemes, nos utilizaron como escudos humanos, situándonos entre ellos y los hipotéticos tiradores.

Avanzábamos al trote en medio de la noche que se hacía cada vez más impenetrable por el apagón generalizado que dominaba la ciudad. A veces, al cruzar las bocacalles, divisábamos a lo lejos las fogatas de las barricadas que aún no habían sido tomadas por las fuerzas de seguridad. El temor se nos hacía carne al escuchar los disparos aislados de los francotiradores que impactaban cerca nuestro y la respuesta alocada de los policías que, al no tener un blanco al que apuntar, disparaban al azar y en todas direcciones. A medida que nos acercábamos a la comisaría íbamos encontrando un panorama desolador. En las calles cubiertas de escombros no se veía un alma, tan sólo los despojos humeantes de varios vehículos que el fuego había convertido en

montones de hierros retorcidos e irreconocibles y, en más de una oportunidad, tuvimos que desviar la marcha para sortear los restos de alguna barricada que aún se mantenía en pie y dificultaba el paso de los vehículos policiales.

Al llegar a la Cañada debimos cruzarla a la carrera, bajo la presión permanente del comisario que hacía correr a sus hombres a la par nuestra para evitar convertirlos en blanco de los tiradores ocultos. En esas circunstancias, un hombre que lucía ropas claras apareció por una de las bocacalles para enfrentarse de súbito con la partida policial. La distancia que nos separaba del desconocido no era mayor a los cincuenta metros. Ni bien escuchó la orden de detención que con voz enérgica le impartió el comisario, el hombre emprendió una rápida carrera en zigzag para evitar los disparos que efectuaba el grupo de policías vestidos de civil, hasta que logró doblar en una de las esquinas y escapar de la intensa balacera.

Al fin, y sin que se produjeran nuevos incidentes, llegamos a la comisaría donde nos ficharon y nos sometieron a una nueva requisita, matizada por algunos golpes que, sin demasiada convicción, nos lanzaron un par de policías excedidos de peso y con fuerte aliento alcohólico. Estos tipos, acostumbrados a tratar con delincuentes comunes y por lo general de poca monta, resultaban infinitamente menos peligrosos para nuestro físico que la guardia de infantería, que nos había capturado una hora antes y que ahora se lanzaba a nuevas incursiones por barrios más alejados del centro, donde esperaban poder detener a los militantes que, todavía a esas horas, seguían resistiendo y levantando barricadas.

El responsable de la comisaría, un hombre bonachón que había hecho toda su carrera policial en pueblos del interior cordobés, era, a todas luces, un personaje diametralmente opuesto al comisario de la infantería que nos había detenido. Por eso no nos extrañó que dispensara un trato preferencial a la única mujer del grupo que había sido aprehendida y trasladada a la vieja casona que por esos años albergaba a la comisaría.

Rosa, a la que todos llamábamos Kitty, estudiaba Derecho y despertaba la admiración de todos los que la conocían por su belleza e inteligencia. Casi nunca pasaba desapercibida pues era desenvuelta y tenía gran facilidad para relacionarse con la gente.

Tampoco el comisario pudo sustraerse a la impresión de estar frente a una mujer que, a su entender, era demasiado joven



para estar involucrada por decisión propia en los graves sucesos de ese día.

—Deduzco que si estaba allí era por acompañar a su novio, que en todo caso —le dijo— es el único responsable de la situación en la que ahora usted se encuentra.

Después la hizo pasar a su despacho y le habló como si fuera su padre:

—Usted que es tan joven y bonita debería ocupar su tiempo en estudiar y no en andar quemando la ciudad.

—No comisario... si sólo estábamos esperando que regresara la calma para ir a nuestras casas —respondió Kitty con ese tono de estudiada inocencia que sabía adoptar cuando se hallaba en dificultades.

El comisario debió esforzarse para no mostrarse excesivamente considerado pues no quería perder autoridad ante la detenida. Entonces endureció la voz para decirle a modo de advertencia:

—Mire jovencita, mejor no me diga qué estaba haciendo porque no quiero enterarme de nada que la pueda perjudicar. Ahora la enviaré en un móvil hasta su casa siempre que usted me prometa no volver a involucrarse en estas huelgas organizadas por los comunistas.

—¿Y a mis compañeros también les dará la libertad? —preguntó Kitty, buscando que la buena disposición del comisario se extendiera a todo el grupo.

—No. Ellos van a quedar detenidos a disposición de la justicia, a no ser que se creen tribunales militares, como en el '69, porque en ese caso, será el ejército el encargado de juzgarlos —explicó el comisario de manera cortante y evidentemente molesto por la pregunta, que más que una pregunta, era un pedido de libertad para todo el grupo.

—¡Entonces yo me quedo! —dijo ella con absoluta decisión mientras cruzaba sus brazos y asumía una posición desafiante.

A pesar de su enojo, el comisario decidió darle una nueva oportunidad:

—Vea señorita, su situación podría agravarse. Mejor piénselo bien porque no debería descartar que siga detenida por mucho tiempo.

—No me iré sin mis compañeros —insistió Kitty, que cuando quería podía ser muy empecinada.

—Lo lamento por usted. Espero que después no se arrepienta de su decisión —dijo el comisario mientras llamaba al cabo de guardia para que la trasladara al calabozo de mujeres, cuyas únicas ocupantes era un grupo de prostitutas que estaban encerradas desde el día anterior.

Recién cuando vimos entre las sombras cómo Rosa era llevada por un policía a uno de los dos calabozos que tenía la comisaría, pudimos recobrar la calma, pues hasta ese momento no supimos qué había sido de ella.

Al frente de la celda de mujeres estaba la nuestra que se encontraba repleta de presos que habían sido detenidos a lo largo del día en distintos puntos de la ciudad. Apenas había lugar para sentarse por lo que tuvimos que pasar la noche y todo el día siguiente sin poder acostarnos en el piso.

Por la mañana, la irracionalidad de los represores se manifestó una vez más, en un hecho que nos llenó de indignación: cerca del medio día la pesada puerta de hierro de nuestra celda se abrió dejando oír ese ruido tan característico de las cárceles, para dar paso a dos chicos que difícilmente superaran los diez años de edad. El mayorcito contó que eran primos y que los habían sorprendido al intentar entrar al edificio del supermercado asaltado y quemado la tarde anterior.

Si ya resultaba inadmisibles que se encerrara en una celda a dos criaturas, más lo era el que se les obligara a compartir el mismo espacio con personas mayores y peligrosas que podían poner en riesgo su salud.

Así, no demoramos en hacer oír nuestra protesta, que fue ignorada por la guardia con la excusa de que el comisario no se hallaba en la dependencia y nada se podía hacer sin su autorización, pero, como pasaba el tiempo y los menores seguían en el calabozo, volvimos a quejarnos, de manera cada vez más airada e indignada hasta que finalmente el oficial de guardia consintió en retirarlos y ubicarlos en la sala que se usaba para receptar denuncias e instruir sumarios. Allí estuvieron hasta bien entrada la tarde, momento en que llegaron sus padres, gente de condición humilde que al ver pasar las horas y desesperados por la ausencia de sus hijos, los habían buscado hasta saber su paradero y, con súplicas y ruegos, consiguieron ablandar el corazón del comisario, que los autorizó a llevárselos a sus casas.

Poco después de que los chicos fueran retirados, la puerta de hierro volvió a abrirse para dejar entrar a un nuevo detenido

que, de no muy buenas maneras y a los empujones, fue arrojado al interior de la celda. El hombre cayó pesadamente sobre un preso corpulento que lo increpó y de malas maneras le exigió que tuviera más cuidado, ante lo que el desconocido se disculpó y acusó a los policías de haberlo empujado con la intención de provocar el incidente. Aparentaba tener unos treinta años y vestía prolijamente aunque con ropas no muy caras. Lucía un bigote recortado y su cabello abundante aún estaba húmedo como si acabara de ducharse. Recuerdo que tenía la manía de frotarse constantemente las manos y usaba un perfume de dudosa calidad cuya desagradable fragancia era difícil de soportar.

El tipo se abrió paso entre los presos, se acercó a nosotros y, sin que nadie le preguntara nada sobre las circunstancias en que había sido detenido, comenzó a contar con lujo de detalles cómo la policía lo había sorprendido, levantando una barricada en Bella Vista. Sostenía con énfasis que todos los manifestantes que lo acompañaban pudieron escapar menos él, que se retrasó al caerse después de tropezar con unas tablas de la barricada que dejaban tiradas en la calle cuando huían de la infantería.

El primero en sospechar que el individuo era un «soplón» introducido al calabozo con el fin de espiarnos fue Luis Prol, que decidió contestar con evasivas a su torpe interrogatorio hecho «como al pasar». Con disimulo, nos fuimos pasando boca en boca la recomendación de no entablar ninguna conversación con el desconocido, quien afirmaba pertenecer a una agrupación barrial vinculada a la organización guerrillera ERP.

Cuando, después de permanecer varias horas encerrado, el supuesto espía comprendió que desconfiábamos de él y que sería imposible extraernos la información que buscaba, llamó a la guardia para que lo dejaran ir al baño. Enseguida el carcelero de turno le franqueó la puerta y ya no lo volvimos a ver.

Nunca pensamos que poco tiempo después confirmaríamos la sospecha de que el hombre era en realidad un policía de Inteligencia al que habían intentado infiltrar entre los presos. Un par de días más tarde, encontrándonos ya en libertad, compramos varias revistas de circulación nacional que traían una profusa cobertura de los sucesos de Córdoba y, al mirar una de las fotos más destacadas que aparecían en la principal revista de actualidad, reconocimos al sospechoso que compartiera el calabozo con nosotros. En ella se lo retrataba en pleno accionar represivo,

vestido de civil y apuntando con su arma a un manifestante al que acababa de detener.

Mientras estábamos presos se produjo un episodio que, una vez recuperada la libertad, sería motivo de innumerables chanzas entre los compañeros de la agrupación: tiempo después, y por comentarios de Kitty, nos enteramos que la mañana siguiente de nuestra detención, en ocasión de obtener una autorización para salir al patio por media hora, las prostitutas tuvieron la feliz idea de organizar una votación que les ayudaría a pasar el tiempo de encierro. Debían elegir entre los cinco estudiantes cuál de ellos les agradaba más. La decisión favoreció a Luis Prol, que en ese tiempo aún no se había casado con Rosa, y que tenía mucho éxito entre las compañeras de la universidad.

Las horas fueron pasando matizadas por distintos sucesos y algunas versiones que empezaron a circular en los medios, en las que se afirmaba que el gobierno se aprestaba a poner todos los detenidos a disposición del Poder Ejecutivo y remitirlos a las rigurosas cárceles del sur, pero nuestros abogados nos informaron que los sumarios existentes en la comisaría no establecían imputaciones contra nosotros. Esta situación legal que nos favorecía se debía a gestiones realizadas por altos funcionarios y militares que habían sido contactados por nuestras familias.

Finalmente el régimen dispuso que aquellos que no habían sido sorprendidos in fraganti destruyendo o quemando bienes, deberían ser liberados antes de las 22:00 de ese mismo día. Los demás quedaban presos a disposición del Poder Ejecutivo. Dos horas antes de que se cumpliera el plazo, fuimos puestos en libertad. Ya era de noche. La calma renacía en la ciudad y José Camilo Uriburu había dejado de ser interventor de Córdoba y volvía a sumirse en la anodina oscuridad desde la que, y por sólo una quincena, había saltado a las primeras planas de todos los diarios.

En la renuncia que el interventor elevó al presidente dejaba al descubierto el grave conflicto político existente en el seno del régimen militar; denunciaba la inacción premeditada de la policía provincial durante la huelga; elogiaba sin pudor la feroz represión de Villar y sus hombres en el barrio Clínicas y, una vez más, exhibía el empecinamiento ideológico de quien creía estar librando una guerra santa contra el comunismo, que en Córdoba, y a su entender, anidaba en dos lugares: el barrio Clínicas y los sindicatos obreros.

Entre otros conceptos Uriburu dirá en su renuncia:

*«He cumplido con mi compromiso de combatir al comunismo que hiciera en Leones...*

*(...) La conducción de la policía provincial incumplió mis órdenes de reprimir la movilización de los huelguistas».*

Hay una última consideración que no necesita ninguna interpretación ya que en ella lo dice todo:

*«El operativo Clínicas cumplido por Villar y sus hombres, con ahorro de vidas, ha degollado al reptil, cuyo cuerpo aún veo estremecerse en los gremios donde quiso anidarse».*

Peor suerte le cupo a su jefe de policía, el mayor San Martino, quien, tras ejercer las funciones de director de prisiones durante la siguiente intervención, fue «ejecutado», en la puerta de su domicilio, situado en calle Isabel la Católica, a metros de la plaza de Alta Córdoba, por un comando integrado por miembros de tres las organizaciones armadas peronistas, quienes, en el comunicado en que se hacían cargo del atentado, destacaban, entre otras «heroicidades» de su foja de servicios, su participación en las salvajes torturas a las que fueron sometidos durante más de una semana cuatro militantes de las FAR y el nefasto papel que había jugado en la represión de los trabajadores de Ferreyra —donde murió Cepeda, y él fue fotografiado, vestido con un poncho y empuñando una metralleta, mientras participaba activamente en los enfrentamientos—, así como el hecho de que, el 22 de abril, una asamblea de los estudiantes de Ciencias Políticas de la Universidad Católica, exigió su expulsión «por falta de autoridad moral» de la cátedra de Geopolítica y Defensa Nacional, ya que «no puede ser profesor universitario quien empuñe sus armas contra el pueblo».

El 17, al día siguiente de la renuncia de Uriburu, Levingston designó como nuevo interventor al contralmirante Elvio Nicolás Guozden, quien hasta ese momento ejercía las mismas funciones en la provincia de La Pampa, y que, tras asumir el 22, tomaría el carácter de gobernador a partir del 15 de julio. Al mismo tiempo, el debilitado presidente intentó destituir a Lanusse como comandante en jefe y reemplazarlo por el general Cáceres Monié. Sin embargo, ni el ejército ni la Junta de Comandantes acató la reso-

lución, Levingston tuvo que declinar su cargo y, el 26 de marzo, Lanusse asumía la presidencia para iniciar el último tramo de la llamada «Revolución Argentina».

Culminaba así un proceso de desgaste de la dictadura en el que Córdoba había jugado un papel determinante, contribuyendo de manera decisiva al fracaso de la teoría, acuñada por el Onganiato, de dar prioridad al «tiempo económico» por sobre el «tiempo político» y el «tiempo social», puesta en práctica por su ministro Adalbert Krieger Vasena quien, a través de medidas de corte liberal —como fueron, entre otras, el congelamiento de los salarios y una feroz devaluación que depreció el valor adquisitivo de la moneda—, provocó un generalizado descontento social que se habría de expresar en las numerosas manifestaciones y protestas populares que sacudieron el país y culminaron en el Cordobazo. Fue precisamente este estallido insurreccional el que terminó de erosionar la figura de un general autoritario como Juan Carlos Onganía, un confeso admirador de Franco que, emulando al Caudillo, planeaba quedarse treinta años en el poder y terminaría por irse tras apenas cuatro años de mandato.

Córdoba, con su ejemplo de rebeldía que habría de extenderse por todo el país, fue también la que —con sus paros activos conducidos por el movimiento obrero más combativo del país; con sus trabajadores de la industria automotriz liderando la resistencia a la dictadura y arrastrando consigo a los de otras ramas de la producción y los servicios; con su insobornable dirigencia obrera, heredera de aquella que una década antes elaborara en la clandestinidad los programas de Huerta Grande y La Falda, en los que se proponían las bases de un futuro gobierno nacional y revolucionario; con su movimiento estudiantil expresándose masivamente a favor de las grandes transformaciones sociales; con su extendida clase media, deseosa de recuperar la libertad perdida— seguiría arrinconando al régimen hasta obligarlo a buscar una salida política, tras terminar con los sueños corporativos de Levingston, ese general ignoto que un día mandó a su fiel amigo e intérprete a «cortar de un solo tajo la cabeza de la víbora» que anidaba en Córdoba y se encontró con la resistencia de los cordobeses, que respondieron con una histórica pueblada que pasaría a la Historia con el sugestivo nombre de El Viborazo.



## DEL «LUCHE Y VUELVE» A LA MUERTE DE RUCCI

A partir del 26 de marzo del '71, día en que asumió la presidencia de facto, el teniente general Alejandro Agustín Lanusse se dedicó a construir una salida electoral que, a la vez que facilitara un repliegue «honorable» de las Fuerzas Armadas dejando lo mejor parado posible al desprestigiado régimen de la «Revolución Argentina», contara con el aval de las clases dirigentes vernáculas y el apoyo internacional de Estados Unidos y de los capitales multinacionales, condicionando el retorno a la democracia mediante mecanismos que garantizaran el control militar sobre el futuro gobierno.

A mediados de ese año, Lanusse anunció que la fecha de las elecciones y de la entrega del poder recién serían fijadas una vez que las fuerzas políticas, sobre todo las que se oponían a la libre participación del peronismo, cerraran el pacto político al que denominó «Gran Acuerdo Nacional», cuyo principal operador era su ministro del Interior, el radical Arturo Mor Roig. En este marco, el eje político de la estrategia lanussista consistía en aislar al sector más leal del peronismo que respondía a la conducción de Perón y sumar a su propuesta electoral a los sectores participacionistas del Movimiento, nucleados tras la figura de Jorge Daniel Paladino, quien para esa época era el delegado del viejo general, y al que había tentado para que lo acompañara en la fórmula presidencial que tenía pensado encabezar el propio jefe del Ejecutivo.

Mientras tanto, y tratando de obtener el apoyo de los sindicatos, negociaba con aquellos dirigentes que estaban dispuestos a traicionar a Perón entre los que destacaba Rogelio Coria, secretario general de la Unión Obrera de la Construcción e integrante de la Mesa Nacional de las 62 Organizaciones, dominada por la corriente vandorista que desde la década anterior venía impulsando la integración de un peronismo dócil, amansado y colaboracionista, es decir sin la participación de Perón y los trabajadores, en una nueva, reiterada, y siempre mentirosa, propuesta de «unidad nacional» encabezada por la partidocracia tradicional aliada al empresariado local y al imperialismo.

Sin embargo, y para contrarrestar las maniobras del gobierno, el 9 de noviembre de 1971 Perón convocó a su residencia de



Puerta de Hierro al Consejo Superior Peronista para dar a conocer que aceptaba la renuncia de Paladino y designaba a Héctor José Cámpora como nuevo delegado del Comando Superior. El Tío, a quien todavía no llamábamos por ese cariñoso apelativo, anunció premonitoriamente que sería el último delegado del general Perón porque se acercaba el momento en que el líder del Movimiento regresaría definitivamente al país, haciendo superflua la necesidad de operar a través de un delegado.

Desde ese día hubo un cambio en la dinámica política que venía desarrollando el Partido Justicialista, que en ese momento participaba junto a otros partidos políticos en un acuerdo democrático denominado *La Hora del Pueblo*, cuya principal figura era la del presidente del comité nacional del Radicalismo, Ricardo Balbín, quien ocupaba ese cargo desde 1959 y cuya larga trayectoria política se remontaba a los tiempos de la campaña electoral que desembocó en el segundo gobierno yrigoyenista. Durante la primera presidencia de Perón, Balbín, que por entonces había sido elegido diputado nacional, se transformó en un acérrimo opositor lo que le valió varios períodos de encarcelamiento.

En los últimos años, el dirigente radical había moderado su acendrado antiperonismo, aceptando formar parte de *La Hora del Pueblo* con el Partido Justicialista, el Partido Demócrata Progresista, los Demócratas Cristianos, el Movimiento de Integración y Desarrollo que lideraba Arturo Frondizi y la Alianza Popular Revolucionaria que presidía el legendario dirigente Oscar Allende. La coincidencia política se había construido para exigir a la Junta Militar la convocatoria a elecciones sin proscripciones.

El reemplazo de Jorge Daniel Paladino por Héctor Cámpora en el núcleo de dirigentes que integraba la conducción de *La Hora del Pueblo* fue un obstáculo insalvable para continuar afianzando la aún no proclamada candidatura de Agustín Lanusse que había venido cobrando vuelo de la mano de Paladino y del propio Ricardo Balbín.

La tensión política fue aumentando a lo largo de 1972 hasta explotar el 27 de julio de ese año cuando, en el salón de actos del Colegio Militar y ante cientos de oficiales superiores del ejército, Lanusse, refiriéndose a Perón, dirá que:

«No le da el cuero para venir».

La respuesta no se hizo esperar y Perón declaró:

*«Comienzo a pensar que si Lanusse y sus agentes dicen que debo volver es porque no me conviene hacerlo. Como soy yo el que debe viajar, pienso que no es Lanusse el que debe decidirlo. Este asunto queda en manos de la conducción táctica y cuando ésta diga que regrese lo haré sin dilación».*

Cámpora viajó a Madrid para informar al General sobre la situación del país y recibir sus instrucciones. A su regreso de España, el delegado de Perón convocó a una reunión general de los órganos de conducción del peronismo: el Consejo Superior, el Consejo Nacional, la Mesa Congreso Nacional y a los presidentes de las regionales del Partido de todas las provincias.

Así consta en el télex que, el 22 de agosto de 1972, Cámpora remitió a Puerta de Hierro y en el que, entre otras cuestiones, informa:

*«Se dispuso movilización en todo el país bajo el lema “Luche y Vuelve”, que se inicia el 25 en Tucumán. Se estimó con responsabilidad que su regreso podrá efectivizarse el mes de octubre...»<sup>20</sup>.*

El télex hacía referencia al nuevo escenario político que Perón; a través de su delegado; estaba en vías de construir para acorralar a la Junta Militar, haciendo hincapié en la progresiva peronización de los sectores medios de la sociedad, proceso que se iría consolidando hasta repercutir de lleno en el movimiento estudiantil universitario que, junto a los trabajadores industriales, venía movilizándose de manera cada vez más contundente a lo largo y a lo ancho de todo el país.

En ese breve texto se menciona por primera vez la consigna *«Luche y Vuelve»*, que presidirá la campaña en pro del retorno y que pasará a la historia por su poder convocante al sintetizar en dos palabras una de las más caras aspiraciones del movimiento peronista, y que poco tiempo después, ya concretado el regreso del General, dejará su lugar a otra que será coreada en cientos de actos multitudinarios promovidos por el comando de campaña y aparecerá plasmada hasta en los muros de los pueblos más recónditos de la Argentina profunda. Así, en el alto Jujuy, en Formosa, en Misiones, en la Patagonia, como en todo el territorio argentino, se pintará la consigna: *«Cámpora al gobierno, Perón al poder»*.

---

20 Miguel Bonasso. *«El presidente que no fue»*. Editorial Planeta. Col. *Espejo de la Argentina*. 1ª. Edición, 1997.

Cámpora había elegido el 22 de agosto para convocar a sesionar a los máximos organismos de la conducción del Movimiento, ya que se trataba de una fecha cargada de simbolismo para la militancia peronista, pues ese día, en 1952, Eva Perón había pronunciado el discurso en que renunciaba a su candidatura a la vicepresidencia de la Nación. Veinte años después, el 22 de agosto de 1972, Cámpora llamaba a las masas a movilizarse bajo el lema *Luche y Vuelve* para lograr el regreso de Perón al país, y marcar así una nueva fecha emblemática en la historia del Peronismo.

Debido a los retrasos producidos en las arduas negociaciones sostenidas con el gobierno de Lanusse, Perón no regresó en octubre como lo había decidido la conducción táctica, sino que recién lo hizo un mes más tarde, el 17 de noviembre de 1972, que así se convertirá en el día que habría de marcar el fin de sus dieciocho años de exilio.

Sin embargo, el 22 de agosto de 1972; que estaba destinado a ser el día en que el pueblo peronista renovarían su voluntad de lucha por el retorno de su conductor y la certeza del triunfo contra la dictadura militar; quedaría marcado como una jornada trágica, como una nueva expresión de la violencia política que las clases dominantes están siempre dispuestas a descargar sobre los sectores populares, y pasaría a la historia de nuestro país como la Masacre de Trelew.

Una semana antes, 15 de ese mes, un grupo de guerrilleros que pertenecían a distintas organizaciones, concretó una fuga masiva en el penal de máxima seguridad de Rawson. Una vez reducido el personal de guardia cárceles, tomaron el control del penal y veinticinco presos escogidos por su capacidad y su compromiso con la militancia, entre los que se encontraban seis de los máximos dirigentes de distintas organizaciones, salieron a esperar los vehículos que debían trasladarlos al aeropuerto de Trelew.

Los seis jefes guerrilleros que lograron fugarse fueron Mario Roberto Santucho, Enrique Gorriarán Merlo y Domingo Menna, del PRT-ERP; Marcos Osatinsky y Roberto Quieto, de las FAR; y Fernando Vaca Narvaja, de Montoneros, quienes, al llegar a la estación aérea abordaron un avión de la compañía Austral, que ya había sido secuestrado por otros compañeros, y volaron hasta Chile, donde el gobierno de Salvador Allende les concedió asilo temporario. Los otros diecinueve; que, por un error en la co-

ordinación de la fuga, aguardaron en vano el arribo de los dos camiones que habrían de llevarlos al aeropuerto, se subieron a varios taxis en el penal y nunca llegaron a tiempo para tomar el avión; fueron recapturados y, pese a las garantías que se les habían dado de que volverían al penal, se los trasladó a la base aeronaval Almirante Zar de la Marina de Guerra, en Trelew. A las tres y media de la madrugada del martes 22 se les dio la orden de salir de sus celdas y, mientras estaban formados y obligados a mirar el piso, fueron ametrallados por una patrulla a cargo del capitán de corbeta Luis Emilio Sosa y del teniente Roberto Bravo. La mayoría murió en el acto, y algunos heridos fueron rematados con disparos de armas cortas.

El país quedó conmocionado ante la ejecución de quienes se habían rendido bajo la condición de que se le respetaría la vida, promesa que no fue cumplida por la Marina de Guerra, y que el gobierno pretendió justificar a través de un comunicado leído por el contraalmirante Hermes Quijada, jefe del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas, en el que se pergeñaba el insostenible relato de que los marinos habían tenido que repeler un intento de fuga de los guerrilleros, pretexto al que, con harta frecuencia, se volvería a recurrir durante la dictadura cívico militar presidida por Videla.

Así, y haciéndose eco de la gravedad de la situación, el télex enviado por Cámpora también mencionaba que:

*«Noticias de Chubut informaron que los presos recapturados en Rawson fueron muertos 13 y 6 heridos graves. Espero instrucciones...»<sup>21</sup>*

El télex habla de trece muertos, tal como lo anunciara en primera instancia el vocero de la Marina, aunque pocas horas después se conocería que sólo tres de los fusilados habían sobrevivido y que eran atendidos en la base de Puerto Belgrano.

En ese momento, la Masacre de Trelew fue considerada por nosotros como un manotazo de ahogado por parte del régimen frente al avance incontenible de la lucha popular, pensando que, en todo caso, se trataba de un hecho aislado, provocado por el ridículo al que habían quedado expuestas las Fuerzas Armadas y que no podría repetirse por el generalizado repudio que había suscitado en la sociedad argentina.

Sin duda, pasamos por alto lo que era capaz de producir el

---

21 Ibídem. Miguel Bonasso. *«El presidente que no fue»*.

odio que animaba a la oligarquía y a las Fuerzas Armadas —y muy en particular a la Marina de Guerra— contra el peronismo y los demás sectores populares. No tuvimos presente que en junio del '55 al comando de sus *Gloster Meteor*, que llevaban pintada una cruz y la leyenda «*Cristo vence*», habían sido capaces de bombardear a los trabajadores indefensos que concurrían a Plaza de Mayo ni que, el 9 de junio del '56, el gobierno de la «Libertadora», azuzado por el almirante Rojas, dispuso el fusilamiento público del general Valle y otros diecisiete oficiales peronistas que se habían sublevado y el asesinato clandestino de dieciocho civiles que fueron muertos en Lanús y en los basurales de José León Suárez.

Así, los crímenes de Trelew no fueron realmente vistos como lo que eran, el huevo de la serpiente del que cuatro años después nacería el terrorismo de Estado que cubriría de luto a la Argentina.

Lanusse, cuyo principal objetivo para esta etapa política del país era el mismo que en 1952 le costara la cárcel y el apartamiento temporario de las filas del Ejército, maniobraba para impedir que Perón fuera elegido presidente de la Nación a través de elecciones libres, y ya había tenido que enfrentar a una corriente nacionalista del Ejército que propiciaba el modelo seguido por Velazco Alvarado en Perú, aunque los tibios intentos de sublevación de este sector habían sido sofocados sin mayores costos políticos.

Ahora, la fuga de los guerrilleros incorporaba al escenario político nacional, y con un rol verdaderamente protagónico, al sector más duro de las Fuerzas Armadas, que se oponía a la salida electoral por entender que entrañaba el riesgo de que Perón terminara ocupando el sillón presidencial. Es en ese marco de fuertes disidencias internas que debe interpretarse la matanza a sangre fría ocurrida en la base de la Armada, que siempre fuera la enemiga más acérrima del peronismo.

En este sentido resulta esclarecedor un párrafo del discurso que el capitán de navío Horacio Mayorga pronunció ante la dotación completa de la base Almirante Zar, a pocos días de concretados los fusilamientos, donde reivindica la brutal actuación de los marinos:

*«No es necesario explicar nada. Debemos dejar de lado estúpidas discusiones que la Armada no tiene que esforzarse en*

*explicar. Lo hecho bien hecho está. Se hizo lo que se tenía que hacer. No hay que disculparse porque no hay culpa. La muerte está en el plan de Dios no para castigo sino para la reflexión de muchos».*

El propio Lanusse, en su libro *«Mi testimonio»*<sup>22</sup>, señala que al día siguiente de la fuga del penal había dado la orden de que los prisioneros fueran devueltos a ese establecimiento carcelario, ya que la base de la Armada carecía de instalaciones adecuadas y de personal especializado para garantizar su vigilancia. Agrega que su orden no fue cumplida y que los sucesos del día 22 confirmaron los temores que abrigaba acerca de lo que podría suceder. Estas afirmaciones coinciden con los análisis mejor documentados que sostienen que la decisión de ejecutar a los guerrilleros fue tomada por la Marina, sin el consentimiento del presidente Lanusse, a quien, para no resquebrajar su frente interno, no le quedó más remedio que asumir la responsabilidad gubernamental por lo ocurrido.

La Masacre de Trelew permanece grabada en mi memoria como uno de los hechos más trágicos entre todos los que me tocó vivir de muy cerca. La madrugada siguiente a los fusilamientos me llegué hasta la casa de los Lesgart, que estaba en barrio General Paz, en el n° 877 de la avenida 24 de Septiembre. Su hija Susana, una de las guerrilleras asesinadas, había estado casada con Alejandro Yofre, y al momento de morir era la pareja de Fernando Vaca Narvaja, ambos primos míos.

Al llegar, cerca de la medianoche, todas las luces de la casa estaban encendidas y, además del dolor, la sensación que predominaba en los miembros de las tres familias era el estupor ante la magnitud de lo ocurrido. En la vivienda no había más de tres o cuatro compañeros que, como yo, habían ido para acompañar a los familiares, ya que todavía no se había hecho público que los militares devolverían el cadáver esa misma noche, pues los fusiladores retaceaban la información todo lo posible, tratando de evitar que el sepelio se convirtiera en una movilización popular. Mis tíos, Hugo Vaca Narvaja<sup>23</sup> y Ricardo Yofre, sostuvieron febriles negociaciones durante toda la noche para agilizar los trámites y lograr la entrega del cuerpo de Susana. Alrededor de las tres de

---

22 Alejandro Agustín Lanusse. *«Mi testimonio»*, Ed. Laserre, Buenos Aires, 1977.

la mañana, cuando finalmente me retiré, aún no se habían producido novedades, aunque poco después el cajón llegó a la casa, pero cerrado y ya soldado, como para que no se pudieran ver sus heridas ni, sobre todo, el tiro de gracia que le habían disparado desde corta distancia.

La regional Córdoba de la Confederación Nacional del Trabajo había ofrecido su sede para que allí se realizara el velatorio de Susana y de los otros cordobeses asesinados, pero el general López Aufranc, comandante del Tercer Cuerpo de Ejército, ordenó cerrar la central sindical, por lo que las respectivas familias se hicieron cargo de los cuerpos de Susana Lesgart, Mariano Pujadas, Humberto Toschi, y de Miguel Ángel Polti.

Sin embargo, para las familias Lesgart y Pujadas<sup>24</sup>, éste fue sólo el primer episodio del calvario por el que deberían atravesar. Así, el 25 de abril del '76, un grupo comando, al mando del capitán Vergez, secuestró de su domicilio y en presencia de su hermana María Amelia, a Rogelio Lesgart (h), que era médico y militante de Montoneros. Llevados por la desesperación, su padre y María Amelia concurren ese mismo día a la seccional sexta de la policía provincial, donde se produjo un encuentro fortuito con la patota que aún estaba en el barrio, y Mariela reconoció a Vergez y se lo dijo a su padre, siendo inmediatamente detenida y llevada con su hermano al campo clandestino de La Perla, donde ambos fueron ejecutados. Tres años después, el 21 de septiembre de 1979, en Buenos Aires, sería secuestrada otra de las hermanas Lesgart, Adriana, quien en ese momento era Primer Secretaria de la Rama Femenina del Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero y preparaba una denuncia conjunta de familiares de las víctimas del terrorismo de Estado para ser presentada ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA, que estaba por llegar a la Argentina.

Mientras tanto, en Buenos Aires el comisario Villar movilizó las tanquetas de la Policía Federal, lanzando un violento asalto sobre el local del Partido Justicialista donde estaban siendo velados los restos de María Angélica Sabelli, Eduardo Capello y Ana María Villareal de Santucho y se llevó los cajones, en medio de un escándalo que no reconoce antecedentes en el país, con el fin de impedir que se siguieran incrementando las columnas de jóvenes que se acercaban al local para rendir homenaje a los guerrilleros muertos y acompañar a sus familiares.

Perón, rápido de reflejos no dudó en calificar a los crímenes como «una masacre de jóvenes argentinos» y un «verdadero genocidio» para concluir sosteniendo que hay una sola violencia que estaba encarnada por la dictadura. «No hay más violencia que la de arriba, ejercida por el propio gobierno».

La salida electoral en los términos que propusiera el régimen encabezado por Lanusse no era posible. Ya no habría un Gran Acuerdo Nacional.

Ahora, con el respaldo de Perón, nos lanzaríamos a exigir elecciones con una consigna que exasperaba a los sectores más duros y antiperonistas de las Fuerzas Armadas: «*Cámpora al gobierno, Perón al poder*». Faltaba apenas tres meses para el regreso de Perón bajo la consigna del *Luche y Vuelve* y poco más de seis meses para el triunfo electoral del 11 de marzo con el que se pondría fin a la dictadura más prolongada que conociéramos hasta entonces.

Finalmente, Perón impondrá su estrategia electoral, y así lo explicaba en un reportaje concedido al desaparecido diario *Mayoría*:

«Nosotros no podemos desear otra cosa que elecciones por que ahí ganamos nosotros. Se lo he dicho a los muchachos y los muchachos se han parado porque estaban para más. Yo les dije: muchachos, no; esperemos. Ganemos las elecciones porque ahí somos fuertes nosotros. No llevemos esto a una cosa violenta porque ahí estamos dudosos»<sup>23</sup>.

La vía democrática que plantea Perón es la ratificación de su preferencia en recuperar el significado profundo del peronismo como planteo democrático popular capaz de poner en jaque por la vía electoral, al sistema y al modelo neoliberal hegemonizado por la oligarquía.

El proceso electoral culminó con el triunfo del 11 de marzo de 1973 que llevó a la presidencia a Héctor J. Cámpora y a la vicepresidencia a Vicente Solano Lima, mientras que en Córdoba, la fórmula peronista para la gobernación, integrada por Ricardo Obregón Cano y Atilio López, debió esperar hasta abril para imponerse en segunda vuelta a la fórmula radical encabezada por el ex intendente y futuro vicepresidente Víctor Martínez.

---

23 Miguel Bonasso. «*El presidente que no fue*». Op.Cit. Editorial Planeta. Col. *Espejo de la Argentina*. 1ª. Edición, 1997.



En el seno de la Tendencia Revolucionaria, la discusión en torno a la estrategia eleccionaria seguida por el peronismo, habría de derivar en marcadas diferencias políticas que acabaron concretándose en divisiones y rupturas que preanunciaban las posiciones irreconciliables que estallarían más adelante, a lo largo de los años '73 y '74.

Ya en agosto de 1972 había dos posiciones bien diferenciadas: los que, por una parte sosteníamos que debíamos exigir la salida electoral tal como lo definiera el líder del peronismo, y la que propugnaban otros compañeros, que aseguraban que la salida electoral era un camino errado, por lo que levantaban la consigna «*Trampa electoral o guerra popular*».

En los primeros meses de 1974, la discusión sobre las definiciones políticas adoptadas por la conducción nacional montonera, que apuntaban a plantearse como alternativa al liderazgo de Perón e incrementar la actividad interna de entrenamiento militar, provoca una sensación cada vez mayor de insatisfacción ante la inminencia de una ruptura definitiva con el General, lo que no puede expresarse ni dirimirse en un debate político interno ante el autoritarismo existente, justificado en el acatamiento a la «cadena de mandos de la Organización Político Militar».

Pocos textos expresan con tanta lucidez lo que ocurría en ese período como la carta que Nicolás Casullo le dirige a Enrique «Jarito» Walker, director de la revista *Nuevo Hombre* en abril de 1974, donde dice que hay que:

*«Regresar a una herencia política popular. Guardar por lapso importante el fusil. Oír a los frentes y sus argumentos. Dejar de creer que con ejercicio de tiro y con arme y desarme heredamos al Movimiento. Escuchar al que hace política. No al que piensa en pólvora. Responder con gente en las calles. No con operaciones comando. Volver a ser los muchachos peronistas. Y menos soldaditos a la intemperie. En fin. Regresar a las fuentes del Movimiento»<sup>24</sup>.*

Unos días antes de las elecciones del 11 de marzo, en el local del Partido Justicialista ubicado en el cruce de la avenida Hipólito Yrigoyen con la calle Independencia, vi por primera vez a Susana, quien, junto a otras chicas y chicos estaba pintando un gran

---

24 Nicolás Casullo. «*Peronismo, militancia y crítica (1973-2008)*». Editorial Colihue, Buenos Aires, 2008. Pág. 94.

cartel con la consigna «*Cámpora al Gobierno, Perón al Poder*» firmado con la sigla de la Juventud Universitaria Peronista. Intenté llamar su atención convocando en voz alta a los compañeros de la JTP pero no logré que me dedicara ni una sola mirada.

Enseguida averigüé entre los compañeros si alguien conocía a esa rubia de cabellos largos y ojos claros.

—¿Cuál de las dos? —quiso saber Mario.

—La más bajita.

—Ah... ésa es la Mini... Es la responsable de la JUP..., se llama Susana Ferrucci.

—¿Tiene algo que ver con los Ferrucci que viven en Villa Warcalde? —le pregunté, con la esperanza de que sus padres fueran vecinos de mis primos Vaca Narvaja.

—No sé si son parientes. Yo he ido a su casa, que queda en Santa Rosa, cerca de La Cañada.

Me quedé más tranquilo porque con los datos que me había dado Mario no tendría dificultad para encontrarla.

Corría el mes de abril cuando la vi por segunda vez. Estábamos en plena campaña para la elección a gobernador de Córdoba. Esa tarde nos preparábamos para ir a un acto que se realizaría en la plaza Colón y los militantes más activos de JP, JUP y JTP nos habíamos reunido unas horas antes en el local del Sindicato del Personal de Casas de Familia (SINPECAF) situado en la calle 9 de julio al 900, para preparar la cartelería y las pancartas con que concurriríamos a la plaza. Ella estaba allí. Con un motivo cualquiera me le acerqué y conseguí que intercambiáramos unas pocas palabras intrascendentes. La audacia con las mujeres no era mi fuerte.

Al mes siguiente, coincidimos una vez más en el local partidario de la avenida Yrigoyen, donde los miembros de las distintas conducciones de las agrupaciones que nucleaban a las juventudes peronistas nos autoconvocamos para organizar nuestra participación en el acto del 25 de mayo, en el que Obregón Cano y Atilio López asumirían sus cargos de gobernador y vice, por lo que, cuando la vi, decidí abordarla para hacerle una propuesta que había madurado antes de dirigirme a la central del Partido. Le dije que me preparara una lista de diez compañeros de la JUP para intentar que fueran nombrados en el Banco Social y que, si ella estaba de acuerdo, nos encontraríamos dos días después, a las diez de la noche, en el bar *Los Barrilitos* que estaba ubicado en avenida Colón, frente a la sala de Cinerama.

Siguiendo la costumbre adquirida en la militancia, ambos llegamos puntualmente y sólo dejamos el bar cuando, bien pasada la medianoche y después de dar vuelta las sillas para depositarlas sobre las mesas y de pasar el trapo dos veces por todo el local, un mozo, impaciente porque no nos habíamos percatado de sus indirectas, se nos acercó para decirnos que debíamos dejar el bar pues ya hacía media hora que debería estar cerrado.

Días después de nuestro encuentro, tres estudiantes de la JUP que formaban parte de la lista que me entregara Susana fueron designados en el Banco Social, y así llegué a la conclusión de que el amor también puede convertirse en la impensada puerta de acceso a un trabajo por demás deseado.

### *Ezeiza*

El 18 de junio de 1973 Montoneros decidió tomar la estación del ferrocarril General Mitre y así asegurar el traslado de la militancia juvenil a Buenos Aires para recibir al general Perón que, dos días después, concretaría su regreso definitivo a la Argentina.

Un compañero designado por la organización se instaló en las oficinas del jefe de estación y asumió la dirección del operativo, disponiendo el alistamiento de locomotoras y vagones para que la formación partiera al día siguiente a media mañana.

Con el Gordo Julio Rojo llegamos cerca de las 23:00 para gestionar la cesión de lugares para los militantes de la JTP. El compañero nos dijo que no era posible acceder a nuestra petición pues el tren sólo podría trasladar al treinta por ciento de los convocados por la Juventud Peronista. En ese instante entró el jefe de la policía ferroviaria, un hombre de alrededor de cincuenta años que se cuadró ante el compañero para decirle en tono marcial:

— Señor jefe de estación, cumpliendo sus órdenes acabo de entregar las doce pistolas '45 a quien usted me indicara.

Después de que el policía se retirara el compañero nos comentó:

— A éste lo tuve que apretar porque se negaba a darme el armamento. Nosotros llegamos como a las seis de la tarde. Éramos diez compañeros armados. Dos de ellos, están ahora en los techos por si la derecha intenta atacarnos.

Frente a esa inesperada contrariedad, al Gordo Rojo se le ocurrió que debíamos repetir el operativo en la estación del fe-

roccarril Belgrano ubicada en Alta Córdoba.

A las 11:00 del día siguiente, Julio y yo solicitamos hablar con el jefe de la estación del Belgrano. Un empleado nos llevó al primer piso donde estaba instalada la amplia sala desde donde se controlaba el funcionamiento de la estación.

Al hablar con el funcionario, el Gordo no se anduvo con vueltas. Utilizando un lenguaje propio de los miembros de una fuerza militar o de seguridad, le dijo:

—Quiero informarle que esta estación pasa a estar bajo control operacional de Montoneros y desde ahora queda bajo mi autoridad.

Sin salir de su asombro, el hombre respondió:

—Señores yo soy un funcionario nacional con responsabilidades. No puedo entregar estas instalaciones porque ustedes me digan que pertenecen a una organización política... ¿Con qué autoridad ustedes...?

El Gordo no lo dejó seguir hablando. Abriéndose la campera de lona verde, dejó ver la pistola cuarenta y cinco que llevaba en la cintura.

—Esta es mi autoridad —dijo secamente, mientras bajaba la vista hacia el arma.

No hizo falta seguir argumentando. El jefe de estación se puso a nuestra disposición y nos informó que a las 16:00 el tren que venía de Salta tenía previsto hacer una parada y que él podía enganchar otros dos vagones a la formación.

El Gordo Rojo le comunicó que yo volvería a las 14:00, y que la policía ferroviaria debía entregarme todo su armamento.

Una vez que acordamos los términos del transporte, me dirigí a la sede de la CGT, en la avenida Vélez Sarsfield, pues allí habíamos convocado a los compañeros que militaban en la JTP. Seis viejos ómnibus de color verde claro, que aún se usaban en el transporte urbano, serían utilizados para transportar a los militantes hasta Buenos Aires.

Hablé con los compañeros de la agrupación que pertenecían al SMATA y les dije que los esperaba en la estación Belgrano a las 14:00, y que seguramente tendríamos unos doscientos lugares libres.

Cuando por la tarde llegamos a la estación, se repitió la escena que el día anterior había podido presenciar en el Mitre, ya que en un momento dado el jefe de la policía ferroviaria se

cuadró frente a mí para decirme que venía a ponerse a mis órdenes.

—Aquí estoy señor —dijo—. Quiero informarle que los dos vagones han sido acondicionados y están listos para ser enganchados a la formación que viene de Salta y que está adelantada, estando previsto que llegue alrededor de las 15:00. Ahora, si usted me permite, quiero pedirle un favor: no me obligue a entregarle el armamento porque en ese caso me harán un sumario, y lo más seguro es que me despidan y que me quede sin trabajo.

—Está bien —le dije, pensando que mi principal objetivo era asegurar el traslado de los militantes y no perjudicar a un trabajador—. No es necesario que me entregue el armamento.

Inmediatamente organicé un grupo de unos diez compañeros, la mayoría pertenecientes al SMATA, que se destacaban por su presencia y su fortaleza física. Les dije que no debían apartarse de mí porque seríamos los encargados de mantener el orden y garantizar la seguridad de todos los compañeros que viajarían en el tren.

Esa noche no pude dormir porque tuvimos mucho trabajo y debí mantener el orden aplicando mano firme. El principal problema se originaba en el consumo de alcohol, lo que ocasionaba discusiones y peleas en toda la formación, compuesta por quince vagones y dos locomotoras. Con los compañeros del SMATA, nos la pasamos recorriendo los vagones, calmando a los más exaltados y bajando por la fuerza en la siguiente estación a los que no atendían razones y se empeñaban en provocar desórdenes.

Antes de partir para Buenos Aires decidí permanecer unos días en la Capital, y por eso había quedado de acuerdo con Julia Brocca y su marido, Mario Herrero, para alojarme en la casa que alquilaban en Villa Devoto, por lo que el Gordo Rojo se haría cargo de conducir el viaje de regreso de la JTP.

A las seis de la mañana arribamos a Retiro, donde me encontré con Fernando Vaca Narvaja, a quien no veía desde hacía tres años, y acordamos que al día siguiente, al mediodía, nos juntaríamos en una conocida cafetería de la avenida Santa Fe.

Desde Retiro, y en varios ómnibus que ya nos esperaban, partimos por la autopista que lleva a Ezeiza hasta llegar al kilómetro que había sido asignado para que nos concentráramos todos los cordobeses.

Una vez reorganizados, avanzamos en una columna compacta que, calculo, debía reunir a cerca de diez mil militantes. A

medida que nos acercábamos, coreando la consigna « ¡Paso, paso, paso, que viene el Cordobazo! », la muchedumbre se iba abriendo para que pudiéramos continuar marchando, mientras nos saludaban con vítores y aplausos, en un reconocimiento a la Córdoba luchadora y rebelde que nos conmovía y nos llenaba de orgullo.

Después de caminar cerca de veinte cuadras, ya no pudimos seguir progresando pues el lugar estaba ocupado por cientos de miles de manifestantes y nuestra columna quedó detenida a unos quinientos metros del palco oficial, ubicado en las inmediaciones del puente El Trébol, a tres kilómetros del aeropuerto internacional.

Mientras pasaban las horas, matizadas por el entusiasmo que nos embargaba al saber que Perón regresaba en forma definitiva a la patria, nos encontramos con Julia y Mario. Poco después, me puse a recorrer el sector donde se agolpaban los cordobeses tratando de para ubicar la columna de la JUP, hasta que logré identificar un gran cartel en el que se leía: « *Juventud Universitaria Peronista – Córdoba Presente mi General* ».

Allí, junto a un grupo de militantes de la Juventud, estaba Susana a quien saludé y aproveché para contarle que el presidente del Banco Social, el abogado radical Raúl Faure, había aceptado nombrar a varios compañeros entre los que figuraban varios nombres de los que ella había sugerido, por lo que en los próximos días se habrían de producir algunas novedades.

Al regresar junto a los Herrero le pedí a Julia que invitara a Susana a su casa de Villa Devoto. La Petisa, como buena casamentera, partió rápidamente para cumplir con mi pedido. Al volver, un rato después, me dijo, en medio de risas, que Susana le había contestado que no podía aceptar la invitación pues tenía la responsabilidad de conducir el regreso de los compañeros de la JUP que habían venido en la formación del Mitre. Además, Julia me contó que, antes de proponerle que se quedara en su casa, le había comentado que yo también lo haría.

Un poco más tarde, alrededor de las catorce y treinta, escuchamos los primeros disparos, las ráfagas de las ametralladoras, y los reiterados pedidos de que nadie se subiera a los árboles y que los que ya estaban arriba debían bajarse de inmediato, antes de que los custodios del palco abrieran fuego sobre ellos.

Cuando cayó la tarde comenzamos la desconcentración sin conocer aún la verdadera dimensión de los hechos criminales

que acababan de ocurrir. Habíamos estado allí a sólo quinientos metros del palco y todavía no sabíamos que se había producido una tragedia a la que historia habría de conocer como la Masacre de Ezeiza.

Con Ezeiza se inició el final de la etapa de la militancia romántica. El 20 de junio el uso de la violencia política por parte de la derecha peronista, profundamente maccartista se expresó en toda su magnitud ante la presencia de cientos de miles de peronistas que se habían movilizado coreando consignas revolucionarias para recibir al líder.

Ezeiza es la escenificación del terror al que apelan las bandas armadas dominadas por la ideología fascista y lideradas por López Rega, las que construirán una alianza poderosa con el sindicalismo ortodoxo que se ve amenazado por el espíritu democratizador de la práctica sindical, manifestado en la presión ejercida por las bases trabajadoras.

También ese 20 de junio comenzó la cuenta regresiva para desplazar a Cámpora de la presidencia y a todos los gobiernos provinciales que adherían a las banderas impulsadas por el Peronismo Revolucionario.

La renuncia de Cámpora adquiere una significación especial porque con el Tío entró al gobierno la lucha emprendida por la juventud en el *Luche y Vuelve*. Cámpora es el símbolo que expresa sin ambigüedad los objetivos inmediatos que se propone alcanzar la militancia de los setenta. Cámpora inicia su gobierno dando claras señales de cuál ha de ser su alineación en el campo internacional. Sus primeras medidas políticas y económicas lo ponen en la senda de las transformaciones sociales prometidas por Perón en la actualización doctrinaria que el General denominara «Socialismo Nacional».

Por eso, cuando Cámpora, que es el hombre que mejor expresa la alianza entre el peronismo tradicional y el peronismo de las nuevas generaciones, es desplazado de la presidencia, se produce una ruptura terminal con el proceso político iniciado con el *Luche y Vuelve*. De ahí en más todo será frustración y ya nada habrá de ser igual. Pocos meses después, con la muerte de Rucci, se iniciaría la etapa de la militancia mesiánica.

A partir de ese momento, Montoneros comienza a transitar un camino que llevará a la radicalización del proceso político, animado por la idea, que ya se expresaba abiertamente, de com-

partir el liderazgo con Perón para aspirar a convertirse en el corto plazo en sus herederos y acelerar la construcción de una nación socialista.

Así, entre la propia militancia comienza a difundirse la creencia de que la organización era una alternativa revolucionaria que sería aceptada y asumida como vanguardia por el movimiento peronista, presunción que se fundamentaba en la capacidad que, por esa época, tenía para movilizar a vastos sectores de la clase trabajadora y de la pequeña burguesía. En consonancia con esa posición se proclamaba la necesidad de profundizar la construcción de una organización político militar hegemónica, lo que quedaba expresado a través de una consigna que se coreaba con entusiasmo en todos los actos en los que participábamos: «*Ni sectarios ni excluyentes, Montoneros solamente*».

La consigna habla por sí misma y no admite interpretaciones equívocas; en otras palabras, Montoneros «se cortaba solo» y se deslizaba a grandes pasos hacia la orfandad del foquismo, lo que equivale a decir que la soberbia política se había adueñado del espíritu de la conducción liderada por Mario Firmenich.

Era evidente que el camino elegido llevaba directamente hacia una confrontación desigual cuyo final ya todos conocemos.

Traigo ahora a colación un texto de Nicolás Casullo, fechado en diciembre de 1979 e incluido en la obra ya citada, y que se titula «*Walsh y su pensamiento político en 1976*»<sup>25</sup>, donde analiza cinco documentos internos escritos por Rodolfo Walsh entre agosto de 1976 y enero de 1977 que, como se desprende de su contenido, están dirigidos a la conducción de Montoneros.

La lectura que hace Casullo de los textos de Walsh, con la que coincido plenamente, lo lleva inferir que en esos documentos no sólo se anticipaba la derrota militar de la organización, sino que ésta llegaría como una consecuencia inevitable de su anterior derrota política.

No es mi intención reproducir en toda su extensión la interpretación de Nicolás Casullo, sino la de mencionar los aspectos que, a mi juicio, resultan más trascendentes. Sostiene Nicolás que los cinco documentos de Walsh que se dispone a analizar:

«...tuvieron un carácter orgánico, formaron parte de la

---

25 Nicolás Casullo. «*Peronismo, militancia y crítica (1973-2008)*». Ed. Colihue, Buenos Aires, 2008. Pág. 131.



*vida de la organización guerrillera Montoneros (...) son textos resultantes de discusiones, planteos asumidos por Walsh y redactados de su particular manera de sentir la lucha de un pueblo e integrar la palabra racionalizadora a ese sentimiento.*

*Una de las importancias de esos textos es que exponen las gruesas equivocaciones cometidas por una política y desde esa mirada, de muchas maneras vislumbran su disolución.*

*(...) Lo que critica Walsh no son equivocaciones de "ejecución", sino de concepción para la etapa. Lo que denuncia del proyecto es "omitir" la singularidad nacional en sus decisiones. Lo que define es "la derrota" en pleno apogeo de documentos que hablan de próximas victorias. Lo que reclama es la "preservación de cuadros" para cuando el pueblo produzca sus alzas en la lucha. Lo que propone es "la paz" frente a los insensatos declamadores de la guerra. Lo que exige es "hacer política" desde las masas y el "abandono del terror individual". Lo que postula es alentar "las vías democráticas". Lo que plantea, para retener los sueños estratégicos, es reencontrarse con el pueblo peronista: con un nuevo tiempo, de esa extensa resistencia en la cual el propio Walsh aprendió casi todo»<sup>26</sup>.*

Considero que en esta última frase está la médula del pensamiento de Walsh, o sea, «reencontrarse con el pueblo peronista», dejando de lado la noción fantasiosa del «pueblo montonero», esgrimida por la conducción guerrillera en un discurso que intentaba justificar el papel de liderazgo que la organización se había otorgado a sí misma a mediados de los '70.

### ***La muerte de Rucci: divergencias y dudas***

Durante 1973 se produjeron una serie de cambios bruscos e inesperados que alteraron completamente el escenario político nacional y que, además de conmocionar a la sociedad, habrían de generar reacciones contradictorias y a veces desconcertantes en el estado de ánimo y en las decisiones políticas de la militancia peronista.

---

26 El texto sobre Walsh que aquí reproduzco ya había sido publicado en la revista *Controversia*, año 1, n° 4, México, febrero de 1980, página 19.

En apenas seis meses se sucedieron episodios épicos, como lo fuera el triunfo electoral del 11 de marzo, que puso fin a dieciocho años de proscripción del peronismo, así como la histórica asunción de Cámpora que tuviera lugar el 25 de mayo; episodios trágicos, como la masacre de Ezeiza acaecida el 20 de junio; hechos imprevistos que modificaron sustancialmente el rumbo político, provocando en nosotros un sentimiento de profunda frustración, como fue la forzada renuncia de Cámpora anunciada el 13 de julio; acontecimientos largamente esperados por el pueblo argentino como la contundente victoria de Perón, alcanzada con el 61% de los votos, que daba lugar a la esperanza de recuperar un espacio de protagonismo popular para la reconstrucción y liberación del país; y, finalmente, actos de provocación como el crimen político de José Ignacio Rucci cometido el 25 de septiembre.

La muerte de Rucci causó gran conmoción en los argentinos. La confusión acerca del signo ideológico de los autores y los móviles políticos perseguidos con el crimen, incrementaron la alarma y el desasosiego de un pueblo que se aprestaba a acompañar activamente el programa de gobierno votado apenas cuarenta y ocho horas antes. Después del abrumador apoyo electoral obtenido por Perón, el atentado que le costara la vida al secretario general de la CGT y principal intermediario entre el General y la rama sindical del Movimiento, no podía tener otro sentido que no fuera el de interpretarlo como una acción provocadora que pretendía desestabilizar el proceso político que conducía Perón.

El veinticinco de septiembre era un día soleado de primavera en el que se podía disfrutar el calor anticipado del verano. A las dos de la tarde nos juntamos con el Zapa Piotti y el Rodilla Baretta en la conocida confitería *El Ruedo*, ubicada en la esquina de 27 de Abril y Obispo Trejo, a una cuadra de las oficinas del Banco Social donde yo trabajaba. Mientras tomábamos una cerveza y acordábamos la distribución de las diversas tareas de militancia correspondientes a cada uno de los frentes políticos en los que actuábamos, Jorge «el Vinchuca» García llegó retrasado a la cita. Por la expresión de su rostro se lo notaba muy perturbado.

—   Ya se enteraron? —nos pregunt  a boca de jarro.

—No s  a qué te referí —respondió el Zapa, sorprendido por la agitación que traslucía el Vinchuca, un tipo habitualmente poco expresivo.

—¡Lo mataron a Rucci...!

Mi reacción fue inmediata. Sin poder contener la indignación que sentía manifesté:

—Lo mató la CIA. Quieren desestabilizar a Perón. Derrocado Allende, el único país de América que resiste la ofensiva yanqui es Argentina.

—No creo, Pelado, que lo haya matado la CIA porque...

Antes de que el Zapa pudiera terminar su explicación di un golpe en la mesa para dar mayor fuerza a mis palabras.

—Entonces lo mató la Fracción Roja del ERP. Quieren provocar a Perón para que reaccione y así pueden seguir acusándolo de ser autoritario y represor.

—No... Pelado —dijo con cautela el Zapa Piotti al ver mi reacción.

—¿Cómo que no?... ¿Y entonces quién fue?

—Creo que fuimos nosotros porque la semana pasada estuve reunido con un compañero de la conducción nacional quien me advirtió que me preparara porque en estos días íbamos a hacer algo grande.

Tan grande fue la provocación que un Perón afectado por la muerte de Rucci, a quien consideraba un actor clave para el desarrollo de su estrategia política, al enterarse del atentado manifestó: «*Es como si me hubieran cortado una pata*», aludiendo a las famosas «tres patas», o ramas, en que estaba organizado el Movimiento.

Según me enteraría algún tiempo después, la primera reacción del General fue la misma que yo experimenté, pues, en un principio, pensó que el atentado había sido ejecutado por la CIA, en un intento de desequilibrar a su gobierno y, al mismo tiempo, atizar la discordia ya existente entre los diferentes sectores del peronismo.

Los días que siguieron fueron de gran desconcierto, de muchos debates y acusaciones cruzadas entre militantes. Sobre todo porque se corría la voz de que el atentado había sido realizado «por la libre» por un sector de la organización que provenía de las FAR que el mismo domingo 23, día en que se realizaron las elecciones que elevaron a Perón a su tercera presidencia, habían concretado su unificación con Montoneros, y que recién se haría pública el 12 de octubre cuando el General asumió la primera magistratura nacional.

Para mí fue el inicio de una brecha con Montoneros, que se iría profundizando con el correr del tiempo. Desde que me incorporé a Montoneros, a fines del setenta y uno, era la primera vez que sentía que la organización ejercía la violencia política vulnerando los sentimientos del pueblo y del líder del Movimiento. Y, peor aún, que se la practicaba en un contexto de plena vigencia de la Constitución Nacional y de las instituciones de la República, las que debían conservarse a toda costa pues, en caso de perderse, las consecuencias serían desastrosas para el conjunto de la sociedad argentina.

Desde mi punto de vista político, el asesinato del líder de la CGT se me hizo inexplicable e injustificable. En ese momento comenzaría un doloroso proceso personal en el que sentí que toda una percepción política que construyera desde que, con dieciséis años recién cumplidos, me reconocí peronista frente a mis compañeros de la Agrupación de Estudiantes Renovadores; pasando por la militancia en la Agrupación de Estudios Sociales de la Universidad Católica de Córdoba, de la que tuve que alejarme por el hostigamiento de los sectores conservadores de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales; hasta mi pertenencia a la Juventud Trabajadora Peronista, que integré desde su creación y de la que, por designación de Montoneros, formé parte del ejecutivo nacional como responsable de la regional Córdoba, entraba en una crisis que me parecía irreversible.

De esta manera se iniciaba una nueva etapa de mi vida política, marcada por grandes interrogantes a los que intentaría dar respuesta a lo largo los meses siguientes. Pensaba, entre otras cosas, si se podía mantener la lealtad al líder del Movimiento Peronista y al mismo tiempo a Montoneros; también me preguntaba cuál era el camino que debería seguir para no echar en saco roto tantos años de sacrificios, de luchas, de victorias y derrotas, sin tergiversar mi absoluto compromiso con el peronismo que, para mí, seguía siendo el único y genuino intérprete del sentimiento mayoritario del pueblo argentino.

Había mucho en juego, me sabía agitado por sentimientos muy profundos y contradictorios, de los que no podría dar cuenta ni en cuestión de horas ni de días. Sería necesario analizar paso a paso la situación mientras continuaba militando, aunque muchas veces, y cada vez con más frecuencia, me asaltaran dudas acerca de cuán acertadas eran las políticas que con el correr del tiempo iba adoptando Montoneros.

El primer interrogante al que debía responder consistía en saber si los compañeros de la conducción estaban dispuestos a abrir el debate y a escuchar las críticas y, para eso, tenía que contrastar mis propias ideas con las actitudes y las resoluciones que la organización iría asumiendo frente a las distintas alternativas de la política nacional.

Pronto descubrí que en Montoneros no estaba permitido cuestionar las directivas estratégico-políticas impartidas verticalmente por la conducción nacional y que quien se animara a hacerlo corría el riesgo de ser acusado y juzgado por insubordinación o, lo que era aún peor, ser procesado por traición.

El mes anterior a la muerte de Rucci, y durante el interinato de Raúl Lastiri, se había conmemorado el primer aniversario de la masacre de Trelew con una gran concentración, calculada, según los organizadores, en alrededor de cincuenta mil personas, que se realizó en la cancha de Atlanta.

Después de que distintos oradores se sucedieron en el uso de la palabra, Firmenich cerró el acto con un largo discurso en el que cuestionó la vigencia del Pacto Social, contradiciendo así la principal estrategia económica diseñada por Perón para transitar la etapa inicial de su gobierno. Allí se expresó en los siguientes términos:

*«No hay ninguna unidad posible sin la participación del pueblo organizado. Hay un segundo elemento que está en estrecha relación con esto que estamos diciendo; se trata del pacto social. El Pacto Social podemos decir que es un acuerdo, o debería ser, un acuerdo que formaliza la alianza de clases, pero regido y gobernado por la clase trabajadora, así debería ser. Pero en la actualidad el Pacto Social no refleja eso porque en la constitución de esa alianza los trabajadores no tienen representantes. Porque tienen allí, en la CGT, una burocracia con cuatro burócratas que no representan ni a su abuela».*

En este punto, fue interrumpido por la multitud que coreaba las consignas:

*« ¡Se va a acabar... Se va a acabar... la burocracia sindical!»*

y

*« ¡Rucci traidor a vos te va a pasar lo que le pasó a Vador!».*

*«Compañeros: Esa consigna... refleja verdaderamente lo que estamos diciendo... no existe la más mínima posibilidad. El tiempo...*

La frase que seguía se perdió en medio de la ovación.

*«Es decir, no es que nosotros estemos en contra de la existencia de un pacto social sino que creemos que éste no refleja los intereses de los trabajadores y por lo tanto deberá ser modificado, porque sino no hay ningún proceso de liberación posible»<sup>27</sup>.*

En ese tiempo el secretariado ejecutivo de la Juventud Trabajadora Peronista era recibido una vez al mes por el ejecutivo de Montoneros, integrado por Firmenich, Cirilo Perdía y Roberto Quieto.

En una de esas reuniones Firmenich nos comentó una entrevista que había tenido el día anterior con José Ber Gelbard, ministro de Economía, ex presidente de la Confederación General Empresaria (CGE) y aliado estratégico de Perón.

Durante esa reunión Firmenich le exigió a Gelbard que pusiera fin al Pacto Social porque a juicio de Montoneros, y según lo que expresara en Atlanta, perjudicaba a los trabajadores. El ministro respondió que no podía acceder a la petición del jefe montonero pues no sólo era el principal fundamento de la estrategia económica consensuada con Perón sino que contaba con el apoyo de las principales entidades empresarias y de la Confederación General del Trabajo. Agregó que él estaba dispuesto a revisar su estrategia económica si alguno de esos sectores representativos de la vida nacional se lo solicitaba y ofrecía a su vez otro camino viable, pero que no podía romper el Pacto Social sólo porque la organización se lo pidiera, a pesar de que, según aclaró, compartía la lucha de la juventud y de Montoneros por la emancipación nacional.

La respuesta de Gelbard contenía un cuestionamiento a la representatividad desde la que hablaba Montoneros, a lo que Firmenich replicó con una metáfora que deja al desnudo la práctica extorsiva a la que sabía apelar el jefe guerrillero:

—«La Argentina —dijo— es un barco que navega en alta mar. Montoneros no tiene el poder para conducirlo pero sí posee

---

27 Discurso completo en: Revista *«El Descamisado»*, n° 15. 28 de agosto de 1973.

un pico y una pala que puede utilizar para hacer un agujero en la proa. Entonces empezará a entrar agua hasta que el barco terminará yéndose a pique».

Éstas fueron las expresiones que el jefe montonero utilizó para con el ministro de economía de Perón y que, a mi juicio, merecen algunas reflexiones.

Desde que fuera obligado a vivir en el exilio, el general Perón se preparó para retomar el gobierno. A lo largo de dieciocho años fue madurando una estrategia para recuperar el gobierno y, sobre todo, imaginó el rumbo que a partir de allí habría de tomar la Argentina.

Perón regresó al país sabiendo que se encontraba transitando los últimos años de su vida. Tenía conciencia de que era el creador del movimiento de masas más grande de América Latina y de que, como tal, había cambiado profundamente la estructura política, económica y social de la Argentina. Cuando, en septiembre de 1973, accedió por tercera vez al gobierno, el viejo general ya tenía resuelto tomar una decisión que lo ratificaría como uno de los grandes líderes de la Historia contemporánea.

Perón se miraba en el espejo de aquellos hombres que habían trascendido los límites de su país para ser reconocidos mundialmente por la repercusión de sus acciones y la impronta que dejaron en la historia del pasado siglo. Pensaba en Abdel Gamal Nasser, en el mariscal Tito, en Mao Tsé Tung, Ho Chi Min, Fidel Castro, Lázaro Cárdenas y otros, que destacaron por su lucha por la autodeterminación nacional y su férrea oposición al imperialismo norteamericano o a la hegemonía soviética en los países del Este.

En el '45, uno de los valores fundacionales del peronismo, el concepto de soberanía política que se expresara en la consigna «*Braden o Perón*», marcó la orientación que habría de seguir la política exterior de la Argentina durante la década siguiente, y ahora, en el '73, esa idea regresaba a los primeros planos para conmover el escenario político internacional.

Así, el 28 de mayo de ese año, apenas tres días después de su asunción como presidente, Cámpora, siguiendo la línea trazada por Perón, reanudó las relaciones diplomáticas y comerciales con Cuba, interrumpidas por los gobiernos anteriores y comenzó a proveer a ese país de productos alimenticios e industriales para romper el bloqueo estadounidense.

Esas medidas equivalían a cien batallas ganadas, a mil gestos políticos de independencia. En plena guerra fría, mientras medio millón de soldados norteamericanos no podía detener el avance de las tropas comunistas de Vietnam del Norte, mientras la tensión mundial entre las dos superpotencias, los Estados Unidos y la Unión Soviética, amenazaba terminar con el planeta, Perón daba el gran golpe que lo posicionaba como una referencia ineludible en la política internacional.

Una vez concluida la Segunda Guerra Mundial; y sobre todo por las posturas belicistas y anticomunistas del presidente norteamericano Dwight Eisenhower, impulsor de la carrera armamentista que se desató en la década de los '50; el mundo había estado en varias ocasiones al borde de una confrontación nuclear. La primera fue la fuerte disputa por el control de Berlín, en junio del '48, solucionada en última instancia por el puente aéreo organizado por la recientemente constituida Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), y la última, durante los meses de octubre y noviembre del '62, por el bloqueo aeronaval a Cuba decretado por los Estados Unidos, a raíz del despliegue en la isla de misiles nucleares soviéticos.

Para esa época, más de diez años después de que se estableciera el bloqueo diplomático y económico, ningún país de Occidente había osado desafiar la imposición estadounidense. Ahora, cuando ya han pasado más de cincuenta años, y se han restablecido las relaciones entre los dos países, el bloqueo todavía no ha sido levantado. Y si el gobierno norteamericano aún no lo ha hecho, quizá sea por el valor simbólico que tiene para el pueblo norteamericano, constituyendo el último vestigio de aquella guerra fría que tuvo en vilo al mundo entero.

José Ber Gelbard fue el encargado de instrumentar la decisión de Perón, y contra ese gobierno de Perón y contra ese ministro de Economía, el *Supremo* Firmenich amenazaba con echar a pique «el barco que navegaba en alta mar».





## LA RUPTURA CON MONTONEROS

Mientras tanto y contando con la anuencia de Perón, el hostigamiento de la derecha del Movimiento contra la tendencia revolucionaria se iba intensificando, y en ese marco, durante una reunión realizada el 1º de octubre del '73, a la que asistió Perón como presidente electo, el Consejo Superior del peronismo emitió un documento reservado en el que se declaraba en «*estado de guerra*» contra los «infiltrados marxistas en el Movimiento».

Después del intento de copamiento del Regimiento c-10 de Caballería Blindada, con asiento en Azul, realizado el 19 de enero de 1974 por cerca de cien guerrilleros del Ejército Revolucionario del Pueblo, Perón pronunció un duro discurso por cadena nacional en el que expresó que:

*«Hechos de esta naturaleza evidencian elocuentemente el grado de peligrosidad y audacia de los grupos terroristas que vienen operando en la provincia de Buenos Aires ante la evidente desaprensión de sus autoridades. El gobierno del pueblo, respetuoso de la Constitución y la ley, hasta hoy ha venido observando una conducta retenida frente a esos desbordes guerrilleros que nada puede justificar en la situación que vive la Republica.*

*»No fue por casualidad que estas acciones se produzcan en determinadas jurisdicciones. Fue indudable que ellas obedecen a una impunidad en la que la desaprensión e incapacidad lo hacen posible, o lo que sería aún peor, si mediara, como se sospecha, una tolerancia culposa.*

*»En consecuencia, el Gobierno Nacional, en cumplimiento de su deber indeclinable, tomará de hoy en más las medidas pertinentes para atacar al mal en sus raíces, echando mano a todo el poder de su autoridad y movilizandando todos los medios necesarios.*

*»El Movimiento Nacional Justicialista movilizará, asimismo, sus efectivos para ponerlos decididamente al servicio del orden y colaborar estrechamente con las autoridades empeñadas en mantenerlo».*

Ante semejantes expresiones que involucraban una acusación directa, el gobernador de Buenos Aires, Oscar Bidegain renunció a su cargo siendo reemplazado por el vicegobernador Victorio Calabró, dirigente de la Unión Obrera Metalúrgica con quien estuvo enfrentado desde que asumieran su mandato el año anterior. De esta manera, la ortodoxia peronista se hizo con el control político de la provincia más importante del país.

En el marco de la ofensiva contra la izquierda peronista, encuadrada en la Tendencia, y los mandatarios provinciales que la apoyaban, en junio de ese mismo año sería destituido el gobernador de Mendoza, Alberto Martínez Baca, y, ya durante el gobierno de Isabel Martínez, el de Santa Cruz, Jorge Cepernic, en el mes de octubre, y Miguel Ragone, de Salta, quien fuera removido en noviembre del '74 y secuestrado en 1976, siendo el único ex gobernador que aún permanece en calidad de desaparecido.

### *El «Navarrazo»*

Un mes después de la renuncia de Bidegain, el 27 de febrero de 1974, el gobernador de Córdoba, Ricardo Obregón Cano, ordenó la remoción del jefe de la Policía Provincial, teniente coronel Antonio Domingo Navarro, quien había llegado a ocupar ese cargo con el aval del comandante en jefe del Ejército, teniente general Jorge Raúl Carcagno y, aunque parezca paradójico, de los mismos Montoneros. Las diferencias con el militar venían agudizándose a partir del mes de octubre, cuando el mandatario provincial introdujo modificaciones a la Ley Orgánica de la policía, provocando un pico de tensión y un amago de sublevación de la fuerza, y llegaron a un punto sin retorno a raíz del asesinato de cinco cooperativistas a manos de agentes policiales que, según adujeron los uniformados, fueron confundidos con guerrilleros.

En lugar de renunciar, Navarro, ex jefe de de la Policía Militar del Tercer Cuerpo del Ejército, desconoció la medida y fue exonerado, ante lo que ordenó el acuartelamiento de los cerca de siete mil efectivos que tenía bajo su mando en la ciudad capital, aduciendo una «infiltración marxista» en el gobierno de la provincia.

La rebelión de Navarro estuvo lejos de ser una acción espontánea y, si bien fue disparada a partir de circunstancias puntuales, había sido orquestada desde tiempo atrás y, entre otros personajes de la derecha peronista, contaba con el beneplácito y

la logística del ministro López Rega y del gremialismo ortodoxo, por lo que, unos días antes había llegado a Córdoba un contingente de esbirros del loperreguismo y de las patotas sindicales bonaerenses y, a nivel local, era apoyada por la ortodoxia vernácula, la Juventud Sindical Peronista y varios grupos de empresarios, entre los que se destacaban los de la Federación de Empresarios del Transporte Automotor de Pasajeros (FETAP), cuyo principal objetivo era desplazar a Atilio López, vicegobernador y secretario de la UTA, y así los ómnibus del transporte urbano acabarían siendo utilizados en las barricadas montadas por los grupos parapoliciales.

Esa misma tarde, grupos de civiles armados habían tomado varias reparticiones públicas y las emisoras LV<sub>2</sub>, *La Voz del Pueblo* y LV<sub>3</sub>, *Radio Córdoba*, comenzando a emitir comunicados en apoyo al jefe de la insurrección. En respuesta, el gobernador difundió la siguiente declaración:

*«Antonio Navarro, en franca actitud de rebeldía, lejos de acatar la orden recibida, engaña a sabiendas a parte del personal policial y, con el apoyo de pequeños grupos repudiados por la ciudadanía, se rebela, pretendiendo ser fiscal del gobierno electo por todo el pueblo de la provincia».*

A pesar de la gravedad de la situación, la actitud de Obregón Cano se caracterizó por su pasividad, ya que aún desconocía que el golpe era apadrinado desde las altas esferas del poder nacional. Por lo tanto, se limitó a mantenerse en contacto con el ministro del Interior, el acomodaticio Benito Llambí, quien también apoyaba la conjura, y no convocó a ninguna movilización popular que lo apoyara, a la vez que persuadía a los Montoneros para que no intervinieran en su favor, pues estaba convencido de que podría mantener el conflicto dentro del ámbito de la legalidad.

Apenas trascendió que el jefe de policía se había sublevado, los dirigentes de los distintos frentes de masas concurrimos al local del Partido Justicialista ubicado en la avenida Hipólito Yrigoyen. Pocos minutos después de las 22:00, escuchamos el ulular de las sirenas de los patrulleros policiales que se acercaban. Creyendo que venían por nosotros, nos preparamos para defendernos, a pesar de que sólo unos pocos compañeros estaban armados. Sin embargo, el Negro Bustos, que era el oficial montonero de mayor jerarquía de los que en ese momento se encontraban en la sede

partidaria, decidió que no debíamos ofrecer resistencia armada para no dar pretexto a que se produjera una matanza.

Para nuestra sorpresa, la caravana policial compuesta por dos carros de asalto y cinco patrulleros pasó frente al Partido y continuó su marcha, pues su objetivo era la Casa de las Tejas, donde, cerca de las 23:00, detuvieron a Obregón Cano y al Negro Atilio López, que estaban reunidos con el gabinete, funcionarios de distintas dependencias, legisladores y dirigentes sindicales. Entre las ochenta y seis personas apresadas por los sediciosos se encontraban los ministros de Bienestar Social y de Gobierno, Antonio Lombardich y Elio Alfredo Bonetto; los diputados Luis Bruno y Blas García; el presidente del Banco de la Provincia de Córdoba, Julio Aliciardi; el Fiscal de Estado, Juan Carlos Bruera; el director de Prensa, Alejo Díaz Tillard; y el hijo y secretario personal del gobernador, Horacio Obregón Cano.

Las fuerzas de la Policía Federal destinadas en la capital cordobesa no intervinieron para socorrer a las autoridades legítimamente constituidas, por lo que el gobernador y su vice fueron llevados al Comando Radioeléctrico de la Policía provincial, donde permanecerían cautivos hasta las 17:30 del viernes 1º de marzo.

El derrocamiento del gobierno constitucional por parte de quien fuera jefe de policía, pasó a formar parte de la historia de Córdoba con el nombre de «Navarrazo».

El jueves 28, pocas horas después de que se produjeran las detenciones, Mario Dante Agodino, representante del departamento San Justo y presidente de la Cámara de Diputados de la provincia, asumió en forma interina la gobernación. A la misma hora se produjo un atentado contra el domicilio particular del gobernador depuesto.

A la mañana siguiente, desde temprano, las bandas de la derecha y los grupos de choque de los sindicatos, identificados con brazaletes blancos, ocuparon las otras radios y los canales de televisión, continuando con la emisión de comunicados donde exhortaban a apoyar la rebelión y acusando al gobierno depuesto de estar infiltrado por los «enemigos marxistas». Mientras tanto, otros escuadrones; también integrados por miembros de la Juventud Sindical Peronista; recorrían las calles de Córdoba exhibiendo todo tipo de armas, para impedir mediante el terror la movilización de los cordobeses y afianzar la sedición liderada por Navarro.

El viernes, la conducción de nuestra columna montonera se reunió en la confitería *La Mundial*, con el fin de intercambiar in-

formación y planificar acciones de apoyo al gobierno constitucional. El Zapa Piotti, que era el oficial responsable, nos había convocado a un lugar que consideró seguro, pues si bien se trataba de un espacio público, Alta Córdoba era en aquellos años un barrio tranquilo de clase media y estaba lo suficientemente alejado del centro, que permanecía ocupado por los comandos de la derecha y por la guardia de infantería.

Uno de los compañeros al que apodábamos el Salteño, pese a ser originario de Santa Fe, se dirigió al baño y al salir pasó cerca del mostrador donde se hallaba el dueño hablando por teléfono al que, sin que el otro se diera cuenta, le escuchó decir:

—...Vengan rápido porque aquí están los guerrilleros. Son como diez.

Apenas nos alertó del inminente arribo de la policía iniciamos la desconcentración.

El Zapa Piotti, apremiado por el tiempo y casi sin pensar, lanzó la cita:

—Mañana a las doce nos vemos en el *Iberia*.

Antes de que transcurrieran dos minutos de haber sido alertada la policía, ninguno se hallaba a menos de cinco cuadras de *La Mundial*.

El sábado primero de marzo amaneció lluvioso y frío. Cuando me dirigí a la cita dejé el auto en la calle Rioja cerca de la Cañada, pues calculé que las diez cuadras que debía caminar me insumirían cerca de quince minutos, con lo que llegaría puntualmente dado que ese era un aspecto que nos acostumbramos a respetar por cuestiones relacionadas con la seguridad.

Tomé por la avenida Colón, que a pesar de la hora se encontraba desierta. No había transporte público porque la UTA había llamado al paro y la gente tenía temor de salir a la calle, pues durante la noche se habían escuchado disparos en distintos puntos de la ciudad. A pesar de estos indicios de que Córdoba se encontraba en manos de la derecha concurrí a la cita sin la prevención que exigían las circunstancias. Todavía dominaba en nuestro espíritu la sensación de los meses de libertad que nos embargara durante la primavera camporista que en Córdoba se había extendido hasta el día en que los sediciosos decidieron acabar con el gobierno de Obregón.

Al llegar a la cuadra en que estaba el bar *Iberia*, sobre la avenida Olmos, me crucé con el Extenso Martínez, que simuló no

conocerme y ser un transeúnte más. Enseguida apareció el Rodilla Baretta quien imitó el comportamiento del Extenso. En ese momento, pude ver que Baretta era seguido de cerca por un ex compañero del frente territorial de quien yo había sido jefe. Pedro era hijo único de un matrimonio mayor de origen muy humilde, vivía en una villa al norte de la ciudad y era obrero de la construcción. Yo había estado algunas tardes en su casa de piso de tierra, techo de chapa, y con un excusado detrás de la precaria construcción. Sus padres me apreciaban y cuando yo iba preparaban tortas fritas para acompañar el mate.

Hacía varios meses que no lo veía y al pasar a mi lado me guiñó el ojo, lo que en ese momento interpreté como un saludo, sin entender el verdadero sentido de lo que consideré un gesto de amistad.

Instantes después vi al Zapa Piotti que venía caminando rápido, tratando de alcanzar a Pedro.

—Seguime Pelado que hay un tipo que lo quiere apretar al Rodilla —me dijo el Zapa.

El tipo era Pedro, que al llegar a la esquina sacó una pistola calibre '22 del bolsillo de su viejo pilotín manchado con salpicaduras de cal seca. El Zapa, de textura física pequeña se abalanzó sobre Pedro, mientras a los gritos repetía una y otra vez

—¡Corré Rodilla!... ¡Corré Rodilla!...

Antes de que yo pudiera intervenir, Pedro se liberó de las manos del Zapa que le impedían apuntar con su pistola y disparó a quemarropa contra Piotti, quien volvió a gritar esta vez para decirme:

—Corramos Pelado.

Emprendimos una veloz carrera en dirección contraria a la que había tomado Baretta, o sea en dirección al bar *Iberia*. Entonces se descargó sobre nosotros una balacera infernal. Una banda constituida en comando civil que se encontraba apostada en la vereda de enfrente, sobre el costado de la iglesia del Pilar, nos estaba tirando a matar. Las vidrieras de los locales comerciales estallaban en pedazos arrojando sobre nuestros cuerpos pequeños cristales que por suerte no alcanzaron a herirnos.

La sensación que nos dominaba ante la inminencia de la muerte era tan intensa que se la podía respirar. Dos fascistas se plantaron delante de nosotros y nos cortaron el paso mientras nos apuntaban con sus pistolas automáticas de grueso calibre. El que mandaba nos advirtió:

—¡Si no se detienen los quemamos...!

Dejamos de correr y levantamos los brazos en señal de rendición. Nos hicieron apoyar las manos en la pared de una de las casas. El comando que nos había tiroteado cruzó la calle para apoyar la detención. Eran al menos diez civiles que se identificaban con un brazalete blanco. Todos formaban parte del dispositivo de seguridad que tenía como objetivo custodiar los estudios de LV<sub>2</sub>, *Radio La Voz del Pueblo*, ubicada apenas a media cuadra, sobre la avenida Maipú.

Antes de que los comandos civiles descargaran una golpiza cargada de odio sobre nuestra indefensa humanidad escuché que el Zapa, con voz desfalleciente, me decía:

—Me dieron hermano, me dieron... — a la vez que con una de sus manos apartaba la campera que llevaba puesta para dejar al descubierto la camisa blanca, teñida por la abundante sangre que manaba de las heridas que tenía en el pecho, provocadas por los dos disparos de calibre veintidós efectuados por Pedro.

El que mandaba ordenó:

—Paren un auto así trasladamos al herido al de Urgencias.

Un *Rastrojero* que circulaba por la calle desierta fue detenido a punta de pistola. Antes de que el Zapa perdiera el conocimiento fue cargado en la caja del vehículo. Custodiado por dos miembros de la banda, el *Rastrojero* partió velozmente haciendo sonar la bocina de forma ininterrumpida.

Mientras tanto, el cabecilla de la patota volvió a ordenar:

—A éste —dijo mientras me señalaba con la pistola que sostenía en su mano derecha—, lo llevan detenido a la radio.

Cuando cruzaba la avenida rodeado por la banda, un exaltado militante fascista llegó a toda carrera hasta donde estábamos, preguntando a los gritos si había algún herido, a lo que uno del grupo contestó:

—Sí, hubo heridos —lo que motivó que el tipo descargara una lluvia de golpes sobre mí, a la vez que me insultaba tratándome de «hijo de puta». Otro de la banda le advirtió:

—El herido es de ellos.

—Ah... muy bien... Así aprenden estos hijos de puta —dijo el recién llegado, mientras continuaba golpeándome.

Mi temor por lo que pudieran hacerme mis agresores era tan grande que no sentía dolor por los golpes que recibía. A mi mente acudían las imágenes terroríficas de la masacre de Ezeiza, cuando los fascistas izaron hasta el palco a un joven militante



de la Juventud Peronista tomándolo de su abundante cabellera, para después llevarlo a las habitaciones del hotel del aeropuerto y, como a muchos otros, torturarlo a cadenzas.

De pronto percibí una oportunidad para evadirme de mis captores. A pocos metros de donde yo estaba, una mujer de mediana edad observaba la escena desde la puerta de su casa que había dejado abierta. Me preparé para soltarme de los que me sostenían. La mujer, con el miedo dibujado en su rostro, adivinó mis intenciones y en un instante, antes que yo pudiera hacer nada, se refugió en su casa cerrando rápidamente la puerta. Ahora no me quedaba otra opción que la de resignarme a mi suerte.

Siempre custodiado, ingresé a la radio que estaba al mando de un oficial de la policía sublevada. A manera de saludo, uno de los infantes que se encontraba de guardia montó el *FAL* dirigiéndolo hacia mí. Después lo desvió hacia un costado para indicarme que debía subir una escalera que conducía al piso superior, donde se encontraba el estudio desde el que se transmitían los programas de la emisora. Obedecí y subí lentamente, evitando hacer cualquier movimiento brusco que pudiera ser mal interpretado por mi custodio, pues había percibido su nerviosismo. Posiblemente el cercano e intenso tiroteo que escuchara lo indujera a creer que estaban a punto de recibir el ataque de grupos armados que se proponían retomar la radio.

El infante me entregó a un oficial de policía que tenía más aspecto de responsable de la oficina de una comisaría que de jefe de tropas de infantería. Permanecía en una sala no muy amplia acompañado por otros uniformados. Al comprobar que en el grupo no había ninguno de los civiles exaltados que actuaban al margen de cualquier autoridad estatal, sentí una cierta seguridad sobre lo que me esperaba. El oficial me dejó bajo la vigilancia del infante, que en ningún momento cesó de apuntarme, mientras él se comunicaba con el Comando Radioeléctrico. Pocos minutos más tarde se hizo presente un patrullero que llegó haciendo sonar su sirena. Cuando el oficial enviado por el jefe del Comando Radioeléctrico fue informado de las circunstancias en las que me habían detenido dijo:

— Este zurdo no es para nosotros. Hay que avisarle a los de Informaciones. Ellos sabrán cómo tratarlo.

Dicho esto se retiró abandonando la sala no sin expresar cierto fastidio ante la pérdida de tiempo que le habían ocasionado.

Cuando llegó la patota del D<sub>2</sub> lo hizo silenciosamente, sus

cuatro integrantes vestían ropas informales y no exhibían sus armas. No hacía falta. La radio *LV<sub>2</sub>* tenía tantos infantes y policías armados que parecía una comisaría más. Enseguida me esposaron. No hubo gritos, ni insultos, ni golpes. Eso sí, la soberbia con que actuaban y el odio que trasuntaban sus rostros desencajados bastó para redoblar todos mis temores.

Salimos de la radio y me hicieron subir a un flamante *Torino* celeste que parecía que acababa de entrar en servicio. Fuimos directo al Cabildo. El automóvil estacionó en el pasaje Santa Catalina y yo fui introducido al despacho del subjefe de la Policía de Córdoba al que hasta ese día nunca había visto y del que tampoco conocía su identidad. Me sorprendí al descubrir que el Rodilla Baretta estaba sentado en un banco frente al escritorio del subjefe, sin mostrar señales de estar herido o de haber sido golpeado. El subjefe se expresaba correctamente. De hablar pausado, aparentaba tener alrededor de cuarenta y cinco años. Tenía ojos celestes, la tez colorada y el cabello blanco ceniza. Con un gesto me indicó que debía tomar asiento.

—¿Estaba armado? —Preguntó dirigiéndose al jefe del grupo que me había trasladado hasta el Cabildo y que era el único de ellos que permanecía en el despacho, parado a mis espaldas.

—No señor, no estaba armado pero pertenece a un grupo organizado. ¡Son zurdos señor...! —dijo el tipo masticando rabia.

—¿Ustedes dos se conocen? —Continuó interrogándonos el hombre de ojos celestes y cabello ceniciento, a la vez que ignoraba el comentario de su subordinado.

Sin dar tiempo a que Baretta respondiera, me adelanté para afirmar con mucha convicción:

—Nunca lo vi.

El subjefe tenía un cuaderno sobre su escritorio. Tomó una lapicera y me preguntó:

—¿Cómo se llama? —Al escuchar mi apellido dijo: — ¿Y qué es de la Yofre que mató al general Sánchez?<sup>28</sup>

---

28 En Rosario, el 10 de abril de 1972, un comando conjunto de las FAR y el ERP emboscó y dio muerte al jefe del II Cuerpo de Ejército, general Juan Carlos Sánchez, acusado de torturar personalmente a los presos políticos. Según se dijo entonces, el comando estaba dirigido por Julio Roqué, uno de los miembros más destacados de la conducción de las FAR y, entre otros, lo habría integrado mi prima Gabriela, hija de un hermano de mi padre. Siempre he supuesto que la pregunta que me hiciera Choux estaba basada en esos rumores.

— Soy primo, aunque hace mucho que no tengo vínculos con ellos — mentí, para ocultar la estrecha relación que siempre mantuve con todos mis primos hermanos, y que iba más allá de cómo pensarán políticamente aunque en este caso pertenecíamos al mismo signo político.

Cuando escuchó mi respuesta abrió el cuaderno de tapas amarillas donde escribió mi nombre y apellido; después, y tras haberme preguntado dónde vivía, agregó mi domicilio, junto a otras anotaciones que no pude ver.

Un prolongado silencio se adueñó del despacho. El subjefe pareció meditar cuál sería la decisión que habría de tomar para con los dos detenidos ¿Autorizaría a los hombres del D<sub>2</sub> a que nos sometieran a un riguroso interrogatorio bajo tortura, o cumpliría con las instrucciones telefónicas que recibiera esa mañana de parte del ministro del Interior Benito Llambi?

Finalmente, habló para ordenar al oficial que comandaba la patrulla que me había trasladado al Cabildo:

— Averigüe si estos dos tienen antecedentes. En caso de que no tengan los dejan ir.

El tipo que permanecía de pie detrás de nosotros era un hombre robusto y de grandes bigotes, que nunca se quitó los anteojos oscuros y no disimuló su malestar, manifestando su disconformidad con la orden de su superior:

— Pero jefe — dijo —, estos dos son guerrilleros... No los podemos dejar ir así porque sí.

Entonces y por primera vez la voz del subjefe se alteró para proyectar otra personalidad, sin duda más acorde con el cargo que detentaba:

— Si digo que en caso de no tener antecedentes los dejan ir, los dejan ir... ¡Carajo!

No hubo más discusión. Diez minutos después, sorprendentemente y sin sufrir ningún rasguño, abandonamos la tenebrosa sede del D<sub>2</sub>.

Cuando por la tarde y desconociendo quién había sido mi interlocutor, le comenté a un compañero de la conducción que el subjefe de policía parecía ser un policía profesional que había sido arrastrado a la sedición por Navarro, se largó a reír y me lanzó una mirada de incredulidad mientras me decía:

— Sólo vos, Pelado, podés ignorar que estuviste sentado frente a Alberto Choux, uno de los integrantes más temibles de la patota del D<sub>2</sub> y que es nada menos que el jefe de todos ellos.

Después, el compañero me explicó el motivo de nuestra rápida puesta en libertad:

—Sabemos de muy buena fuente que, siguiendo indicaciones de Perón, el ministro del Interior Benito Llambi trató de comunicarse telefónicamente con Navarro, y como no pudo localizarlo de inmediato, lo llamó a Choux para ordenarle que como ya se había alcanzado el objetivo fijado, que era el desplazamiento de Obregón Cano y Atilio López, la ciudad de Córdoba debía recobrar cuanto antes la normalidad.

La normalidad significaba, entre otros aspectos, impedir la circulación de civiles que portaran armas, que las radios dejaran de transmitir proclamas de cualquier signo político y que se liberara a todas las personas que habían sido detenidas por razones políticas durante los últimos días.

Esa misma noche, un comando montonero fuertemente armado ingresó al Hospital de Urgencias para llevarse al Zapa Piotti a una clínica amiga y así ponerlo a resguardo de un posible atentado contra su vida.

Más tarde, Baretta me contó que Pedro, que fuera mi subordinado en tiempos del *Luche y Vuelve*, se había pasado a la derecha seis meses antes, cuando fue contratado como ayudante por el dueño de un almacén de barrio Mariano Fragueiro, que era el presidente de una Unidad Básica Peronista que pertenecía a la ortodoxia partidaria y que estaba considerada como la más importante de la seccional.

El episodio que acabo de relatar forma parte de la crónica que realizó el diario «*La Voz del Interior*» en su edición del domingo tres de marzo de 1974 bajo el título: «*La ciudad y el rigor de la fuerza*»:

«*Por nuestra parte pudimos saber que un grupo de civiles armados que se conducía en un Rastrojero, sobre el mediodía detuvo en el bar Iberia, a Jorge Piotti, Hugo Baretta y Luis Yofre (el periodista confunde mi nombre) quienes son respectivamente secretarios privados de los diputados Bissi y Bruno y empleado del Banco Social y delegado sindical de la Asociación Bancaria*».

En otra columna de la larga crónica periodística y sin relacionar los dos hechos mencionados se informaba que:

*«Otro enfrentamiento con profusión de disparos tuvo por escenario la segunda cuadra de Maipú, vale decir donde se encuentran los estudios centrales de LV<sub>2</sub> Radio La Voz del Pueblo».*

Por su parte, el gobernador depuesto se quejó de que el gobierno nacional no había respondido como debía hacerlo de acuerdo a lo establecido en la Constitución, y acompañado por su vice, Atilio López, viajó a Buenos Aires para entrevistarse con Perón y tratar de que fueran repuestos en sus cargos, aunque la misión fracasó y volvieron con las manos vacías. Hasta el 5 de marzo, Córdoba estuvo prácticamente paralizada por un lock-out patronal, lo que impidió que la clase trabajadora peronista pudiera concentrarse en sus lugares de trabajo para responder de manera contundente al levantamiento policial.

El 8 de marzo, pocos días después de su regreso de la Capital Federal, Obregón Cano y Atilio López, faltos de apoyo nacional, se resignaron y presentaron sus renunciaciones.

Finalmente, cabe decir que el gobierno nacional había adoptado una actitud de prescindencia, lo que en la práctica se traduciría en un aval explícito a la sedición de Navarro. Este comportamiento puede sintetizarse en la frase de Perón: *«Los problemas de Córdoba deben resolverlos los cordobeses»*, quien estaba disgustado por el accionar de la izquierda peronista y, el 2 de marzo, anunció que había decidido la intervención federal al poder Ejecutivo de la provincia.

El primer interventor fue el catamarqueño Duilio Antonio Brunello, que en ese momento, y hasta 1976, era secretario de Estado de Previsión Social y viceministro de Bienestar Social y, por lo tanto, un hombre muy cercano a López Rega; también, y desde el retorno de Perón a la Argentina, ocupaba el cargo de vicepresidente del Partido Justicialista. Brunello se mantuvo como interventor entre el 15 de marzo y el 7 de septiembre de 1974, cuando fue reemplazado por el brigadier Raúl Oscar Lacabanne, perteneciente a la rama más dura del loperreguismo quien desató la represión ilegal en la provincia y organizó el aparato del terrorismo de Estado, preanunciando lo que vendría tras el golpe del '76.

## *Con Perón en Olivos*

Los meses que siguieron a la destitución de Obregón Cano y Atilio López mostraron un agravamiento de los enfrentamientos entre los distintos sectores del peronismo que preanunciaban la ruptura definitiva de la Tendencia Revolucionaria, hegemonizada por Montoneros, con el general Perón. En ese contexto la conducción nacional de Montoneros convocó a todos los referentes de los frentes políticos del país que expresaban a las agrupaciones sectoriales, a una reunión que se realizaría en Buenos Aires.

Así, el 24 de abril nos dimos cita en el local partidario de la calle Chile, una amplia casona con múltiples salas y patios en la que funcionaba la conducción de la Juventud Peronista. La dirigencia de las provincias del país fue llegando a partir de las tres de la tarde. Pertenecíamos a la Juventud Peronista Regionales (JPR), Juventud Trabajadora Peronista (JTP), Juventud Universitaria Peronista (JUP), Movimiento Villero Peronista (MVP), y a la Unión de Estudiantes Secundarios (UES).

Cuando llegaron todos los dirigentes, calculo que éramos unas cincuenta personas, comenzamos a discutir el tema para el que habíamos sido convocados. El coronel Damasco, secretario de la Presidencia había obtenido la autorización de Perón para intentar un acercamiento entre las distintas facciones de la juventud que se expresaban en el peronismo y, para eso, organizó una reunión en la quinta de Olivos, a las 11:00 del día siguiente, en la que escucharíamos un mensaje del presidente.

Fue una larga noche de tensas negociaciones sostenidas en dos frentes. Una, dirigida hacia el interior de nuestra propia fuerza, en la que el punto central del debate estaba dado por la exigencia de Rodolfo Galimberti que sostenía que él asistiría a Olivos sólo si se lo investía nuevamente como jefe de la Juventud Peronista Regionales, desplazando a Juan Carlos Dante Gullo, quien, junto a otros dirigentes, se encontraba realizando una gira por Europa Oriental.

El otro frente sostenía negociaciones con Damasco y la cuestión giraba en torno al número de asistentes que representaría a nuestro sector en Olivos, y que según nuestra percepción y teniendo en cuenta la capacidad de inserción y movilización en el Movimiento no podía ser menor al cincuenta por ciento.

El Momo Molinas, miembro de la conducción nacional montonera, y a quien no veía desde aquella asamblea universitaria de

1967 en la Universidad Católica, era el responsable de conducir las negociaciones en los dos frentes. En esta ocasión Firmenich había decidido que no asistiría a la reunión con el General como sí lo había hecho a un encuentro anterior sostenido unos meses antes.

El argumento que se esgrimió para explicar la negativa de Firmenich a encabezar nuestra delegación consistió en sostener que debía preservarse la conducción estratégica de Montoneros, la que no podía confundirse ni ser relegada a una simple «representación juvenil». Una «representación juvenil» que ya no movilizaba a grandes masas, como resultante de los errores políticos cometidos por la conducción y por el hostigamiento desembozado de la derecha más recalcitrante del Movimiento.

Sin embargo, la ausencia de Firmenich, tanto en el local de la calle Chile como en la quinta de Olivos, no significaba que se desentendía de las negociaciones, pues en los hechos el Momo Molinas se comunicaba permanentemente con él vía telefónica para transmitirle las condiciones que exponían los negociadores y recibir sus instrucciones.

Firmenich alcanzó a imponer su condición a Damasco de que el 50% de los asistentes serían aportados por Montoneros y sus distintos frentes de masas, compromiso que recién se logró a las ocho de la mañana. En la otra negociación no tuvo éxito, pues Galimberti no cedió y fue repuesto como jefe de las regionales de la Juventud Peronista.

Firmenich sabía que si la Juventud Peronista Lealtad conseguía la adhesión de Rodolfo Galimberti como cabeza de la agrupación recién creada, el hecho se convertiría para Montoneros en un duro golpe que sería difícil de remontar. Para los planes que tenía en mente ejecutar, el jefe montonero necesitaba mostrar una imagen de unidad y de fuerza. En este sentido, Galimberti era un símbolo irremplazable. Galimberti lo sabía y así obtuvo su victoria. Unas horas después, en Olivos, Perón sometería al dirigente juvenil a la peor vergüenza que puede soportar un líder político como es la de ser ignorado públicamente, a pesar de que intentó vanamente llamar la atención del viejo general.

El carismático líder de la Juventud se había acostumbrado a la popularidad, alcanzada a fuerza de protagonizar acciones resonantes como el aterrizaje de una avioneta en las islas Malvinas para desplegar la bandera argentina en esa tierra nuestra, lo que logró instalarlo en las primeras planas de los diarios. Después

afianzaría su protagonismo político al desempeñarse como representante de las juventudes peronistas en el Consejo Superior del Movimiento durante la época del *Luche y Vuelve*. Fue el dirigente juvenil más distinguido y apreciado por Perón, con cuyos designios políticos habría de chocar cuando, tras el triunfo electoral de Cámpora, y aún bajo la presidencia de facto de Lanusse, llam  a la creación de milicias armadas para defender la recién recuperada democracia, lo que levant  una ola de críticas provenientes de todos los sectores. En ese momento, el General lo desautorizó públicamente y lo excluyó de su cargo en el Consejo Superior<sup>29</sup>. También, y en ocasión de la convocatoria a la movilización del 17 de noviembre de 1972, d a en que Perón regres  por primera vez al país, fue autor de una frase que volvería a levantar revuelo: *«El que tenga una piedra que lleve una piedra, el que tenga algo más que lleve algo más»*.

Amante de la acción y «fierro» reconocido, mientras formaba parte de la conducción de la columna norte de Montoneros, fue uno de los participantes en el secuestro de los hermanos Juan y Jorge Born, por cuyo rescate se pagaron sesenta millones de dólares.

Ese fue Rodolfo «el Loco» Galimberti, una mezcla de aventurero y dirigente revolucionario, que acabaría devenido en empresario de la farándula y socio de su ex secuestrado Jorge Born, echando por la borda toda su historia de luchador comprometido con la causa popular para entregarse con alma y vida a los negocios y al dinero, enredado en la frivolidad de la noche, alejado de las preocupaciones sociales y, lo más grave y lo que resulta tan difícil de explicar como de aceptar, enrolado como agente de la CIA, es decir de la peor cara de los Estados Unidos.

A las diez de la mañana del 25 de abril, una caravana de remises partió de la calle Chile rumbo a Olivos. Todos estábamos

---

29 En una entrevista con Felipe Pigna realizada en el 2002, Mario Firmenich, al referirse al tema de la formación de milicias populares, relató la entrevista de Perón con la conducción montonera que tuvo lugar en Roma durante el mes de abril del '73, diciendo: *«Entonces (Perón) termin  diciéndonos que iba a mandar una ley al Congreso para que cada obrero tuviera un arma en su casa. Y que nosotros, que ya teníamos experiencia en estos casos, seríamos los encargados de organizar las milicias populares. Nosotros no fuimos a proponerle a Perón las milicias populares, sino que, en todo caso, fue al revés»*.



extenuados pues habíamos pasado la noche en vela inmersos en un clima de gran tensión provocado por las discusiones internas. Esa noche se debatió la posición; alentada por la conducción nacional, que ya se venía insinuando y que ahora se explicitaba abiertamente; de enfrentar a Perón buscando que se definiera públicamente en favor de Montoneros y la izquierda del Movimiento. Por otra parte, otro sector, al que yo adhería y que resultó minoritario, sostenía que esa actitud resultaría políticamente errónea, pues acabaría por fortalecer a la derecha y nos aislaría del pueblo, a la vez que debilitaría al gobierno popular y podría precipitar el regreso de las Fuerzas Armadas al gobierno.

Durante la noche planificamos minuciosamente el encuentro y, después de sostener agitadas discusiones, nos repartimos los roles y los contenidos de las intervenciones de los compañeros designados para hablar.

Apenas entramos a la sala en dónde se realizaría el encuentro, nos recibió el coronel Vicente Damasco, a quien se notaba visiblemente nervioso.

—«Tengan, tengan» —decía, mientras nos entregaba un volante impreso con la letra de una nueva marcha, dedicada a la juventud, que debíamos entonar cuando el General ingresara al salón.

El acuerdo alcanzado a las ocho de la mañana se había respetado puntualmente, pues en la sala sólo había cien sillas, cincuenta de las cuales estaban reservadas para ser ocupadas por nuestro sector.

Siguiendo una estrategia concebida desde el momento en que llegara al local partidario de la calle Chile, Galimberti se demoró en entrar a Olivos haciendo declaraciones ante los periodistas en nombre de la Juventud Peronista. Para causar mayor impresión ante los medios estaba vestido de la forma en que había sido retratado decenas de veces por los diarios y las revistas de actualidad. Llevaba puesta una campera de cuero negra y el cuello desprendido de la camisa dejaba ver un pañuelo de seda de vistosos colores.

Fue el último en entrar a la sala y el único en permanecer de pie con la evidente intención de que Perón pudiera verlo inmediatamente. Tal vez había pensado que cuando el General notara su presencia lo saludaría y le dedicaría una frase amistosa, como sabía hacerlo cuando el dirigente juvenil lo visitaba en Puerta de Hierro y Perón lo trataba afectuosamente.

Unos minutos después Perón entró con paso decidido para saludarnos con sus brazos en alto, en el típico gesto que lo caracterizaba. Todos nos pusimos de pie para recibirlo con un cerrado aplauso acompañado por vivas dirigidas a su persona, que las organizaciones de la derecha, como el Comando de Organización, la Guardia de Hierro, y la Juventud Sindical Peronista, entre otras, voceaban mientras nos miraban con aire desafiante. Después se cantó la marcha peronista.

En el estrado había una mesa no muy larga en cuyo centro se había colocado un micrófono fijo. Frente a él se sentó el General. Como era de esperar, Perón ignoró la existencia de Galimberti produciéndose así el efecto contrario al que el Loco pretendía alcanzar, pues todos fuimos testigos del desaire al que lo sometió.

El coronel Vicente Damasco se ubicó a un costado del estrado y, antes de comenzar el acto, entonó la «*Marcha de la unidad*», cuya letra acababa de repartirnos, siendo acompañado por sólo unos pocos de los presentes. Después mencionó que los jóvenes se sumarían en forma entusiasta a la fiesta de los trabajadores que se celebraría en pocos días más. Concluyó sus palabras afirmando:

— «Mi general, la juventud peronista está unida y espera su mensaje».

Para el momento de la reunión en Olivos, dos hechos habían marcado el rumbo político que amenazaba tomar el encarnizado enfrentamiento que se dirimía en el seno del Movimiento. Dos semanas antes del encuentro, Perón, había aceptado la renuncia del jefe de la Policía Federal, el legendario general peronista Miguel Iñíguez, para designar en su lugar al comisario Alberto Villar, de quien ya he relatado su actuación en el Viborazo.

Los acontecimientos se precipitaron cuando Iñíguez; hombre de larga trayectoria en el Movimiento y uno de los jefes de la Resistencia Peronista, que llegó a participar personalmente en los hechos de armas y en los atentados que a comienzos de los '60 realizó un grupo de militares peronistas; decidió arrestar al comisario inspector Luis Margaride; enrolado en las filas de López Rega y uno de los organizadores de la Triple A; que entorpecía su labor al frente de la policía. Descontento con la falta de apoyo y el accionar errático y acomodaticio de su superior inmediato, el ministro del Interior, Benito Llambí, Iñíguez consideró que no podía seguir integrando un gobierno en el que

había ministros y funcionarios que no compartían ni su modo de pensar ni su accionar político en el Movimiento. Margaride fue nombrado superintendente de Seguridad Federal y, luego de la muerte de Villar, ocuparía su puesto como jefe de la Federal. Fue uno de los hombres más siniestros del gobierno de Isabel Martínez, y, a fines del '74, sobrevivió a un atentado con explosivos, ejecutado por el Ejército Revolucionario del Pueblo, similar al que acabó con su predecesor y en el que murieron dos de sus custodios.

Pocas horas antes del encuentro, la policía de Villar había detenido y torturado a Miguel Alberto Camps, al igual que a Eusebio Jesús Maestre y a su compañera Luisa Galli.

Para poner en evidencia la ausencia del sobreviviente de la masacre de Trelew, los otros dos compañeros que sobrevivieron a los fusilamientos de la Base Almirante Zar, María Antonia Berger y Ricardo René Haidar, dejaron entre ellos una silla sin ocupar. También en la primera fila y cerca de ellos, se ubicó Alberto «Momo» Molinas.

A mi parecer, Perón, que lucía un traje gris cruzado, no pareció reparar en la ausencia del detenido ni dio importancia a la silla vacía, ya que, de haberlo notado, quizá algún gesto de fastidio se le habría dibujado en el rostro. Por el contrario, aparecía distendido, de buen ánimo, y completamente dueño de la escena. En lo personal, me impresionó su absoluta lucidez. Elijió pronunciar un mensaje conciliador, sin utilizar expresiones polémicas, ni aludir a los evidentes enfrentamientos internos o achacar algún tipo de responsabilidad a ninguna de las organizaciones presentes.

Era evidente que el General buscaba recuperar y afianzar su imagen de líder, capaz de contener y sintetizar las diferentes y antagónicas visiones que coexistían en el Movimiento Peronista, señalando un objetivo común para todos, expresado en las históricas tres banderas del justicialismo. Por otra parte, se sabía enfermo y probablemente quería recomponer la relación con los sectores de la juventud más comprometidos con el cambio social que anunciara desde su exilio madrileño.

Así, siguiendo esa intención, las definiciones que incluyó en su mensaje estuvieron más vinculadas a la época del *Luche y Vuelve* que a las declaraciones y discursos descalificadores que luego tuvo para con Montoneros desde el 20 de junio en adelante.

Comenzó por afirmar que:

*«Yo vine al país para lanzar un proceso de liberación nacional y no para consolidar la dependencia».*

Cuando se apagaron los primeros aplausos que estas palabras arrancaron en toda la concurrencia, continuó diciendo:

*«En todos los procesos políticos están aquellos que se oponen a los cambios prometidos, afirmando que no se los puede realizar en este tiempo, que es preciso esperar una mejor oportunidad para concretarlos. Esos son los retardatarios. Después están los que dicen que no hay un minuto que perder, que hay que hacer los cambios todos juntos y de una sola vez. Esos son los apresurados. Yo estoy convencido que debemos hacer todos los cambios comprometidos en nuestra plataforma de gobierno, hay que hacerlos sin pausa, sin apresuramientos. Hay que hacerlos en su medida y armoniosamente.*

*»El pueblo argentino ha debido luchar mucho para llegar hasta aquí, Por eso hoy reitero ante ustedes: Entre el tiempo y la sangre siempre elegiré el tiempo. Quiero que sepan que yo vine al país para unir y no para fomentar la desunión entre argentinos. Sepan que los enemigos están preocupados por nuestras conquistas, no por nuestros problemas. Ellos saben que hemos nacionalizado los resortes básicos de la economía y que seguiremos en esa tarea hasta no dejar engranaje decisivo en manos extranjeras».*

Para reconstruir el mensaje de Perón he recurrido a los textos que escribiera durante los primeros meses de 1977, y que forman parte de mi novela, todavía inédita, *«La juventud maravillosa»*, cuando aquella jornada aún permanecía fresca en mi memoria, pues para esa época no se habían cumplido tres años del encuentro en la quinta de Olivos. También tengo presente que el espíritu y el contenido del mensaje era idéntico al que Perón emitiera por la cadena nacional el 12 de junio de 1974.

En Olivos escuchamos a un Perón conciliador, que intentaba recomponer el diálogo con Montoneros. En el plano nacional sabía que el Pacto Social, instrumento estratégico de su gobierno estaba siendo atacado por distintos sectores internos del Movimiento Peronista y por los grandes grupos concentrados de la economía, los cuales alentaban la desestabilización del gobierno popular.

También tenía conciencia de que el contexto internacional no era favorable para su política de no alineamiento, pues los Estados Unidos acababan de lanzar una ofensiva arrolladora sobre América Latina y ya Bolivia, Uruguay y Chile habían caído bajo su dominio. Stroessner continuaba mandando como amo y señor en Paraguay y Brasil, el país más importante de la región, seguía gobernado por una dictadura militar, donde el general Ernesto Geisel acababa de suceder a su colega Emilio Garrastazu Médici, convirtiéndose en el cuarto presidente del régimen.

Pero, por sobre todo, el viejo general ya sentía la cercanía de la muerte. Sentía que ese tiempo tanpreciado se le estaba acabando. Ese tiempo que antepoñía a la sangre se le escurría entre las manos, acelerado por los años y la enfermedad. Creyó que «los muchachos» lo entenderían. Que compartirían sus objetivos. Que comprenderían las acechanzas a las que los enemigos del pueblo sometían a la Argentina. Allí estaban la oligarquía y el imperialismo actuando y conspirando a la vista de todos.

Para cerrar su intervención Perón se refirió al acto del 1° de Mayo y lo caracterizó como una fiesta de los trabajadores por lo que no debía ser considerado un acto político, y nos recomendó que asistiéramos a la Plaza de Mayo sin llevar los carteles identificatorios de nuestras agrupaciones políticas.

—«Sólo se enarbolarán carteles que lleven los nombres de los sindicatos que concurren a la plaza» —advirtió.

La larga exposición del líder había concluido. El primero en pedir la palabra fue el Momo Molinas cumpliendo así las indicaciones de la conducción nacional montonera y conforme a lo acordado durante la noche anterior en el local de la calle Chile.

El fino sentido político del Momo, desarrollado durante su larga experiencia de militancia universitaria y profundizado al asumir las responsabilidades políticas que le competían como dirigente montonero en el frente partidario, le habrá permitido advertir que acababa de escuchar a un Perón que se parecía más al del 17 de noviembre de 1972, cuando demolió el último intento de la oligarquía y de las Fuerzas Armadas de impedir su regreso al país, que al que se manifestara en duros términos contra la izquierda una vez consumada la masacre de Ezeiza del 20 de junio de 1973.

Seguramente, el Momo percibió que el General acababa de expresar su voluntad de alterar el rumbo seguido durante los últimos meses en la conducción del proceso político y por ende de

su propio gobierno, aunque en el accionar siempre ambiguo de Perón esta intención apareciera enredada con decisiones contradictorias como la que terminaba de adoptar, al tomar partido por la facción loperreguista y poner al frente de la federal al oficial más preparado y eficiente en la lucha antiguerrillera de esa fuerza, que había sido entrenado por franceses y norteamericanos en la doctrina de la seguridad nacional.

Perón lanzaba su propuesta en un marco jerarquizado. Lo hacía ante un centenar de dirigentes de la juventud. No lo hacía en una negociación a puertas cerradas con cuatro o cinco dirigentes, sino a la luz del día y en la residencia oficial de la presidencia. Proponía llevarla a la práctica haciendo públicas sus palabras y ratificándolas en una fecha histórica para el peronismo, como era el 1° de Mayo, mediante una concentración multitudinaria en la Plaza de Mayo. En el acto, que habría de ser una fiesta en honor de los trabajadores, se la presentaría como un primer paso hacia la distensión y el restablecimiento de la unidad del Movimiento. Todo el país sería testigo del acontecimiento político que vendría a modificar el rumbo seguido hasta ese momento. Habría un golpe de timón y los enemigos del gobierno popular deberían tomar nota de ello. Habría una plaza llena de peronistas que, dejando de lado sus diferencias ideológicas y políticas, vivirían a su líder histórico porque él haría público una vez más que no venía a consolidar la dependencia sino a realizar la liberación nacional. Que venía para unir a los argentinos detrás de ese objetivo. Y la constatación de que aún era posible recorrer ese camino se expresaría en la Plaza de Mayo, en la celebración del día del trabajador. Esos trabajadores que, unidos a la juventud, impulsarían la liberación nacional que proclamaba el presidente.

Pero las palabras que Perón dijo en Olivos no serían escuchadas esa mañana. El líder del Movimiento tendría que esperar hasta el 12 de junio para llenar la plaza de Mayo y *«llevarse en sus oídos la más maravillosa música, que para mí es la palabra del pueblo argentino»*.

Es que esa mañana de abril las palabras del líder del movimiento de masas más importante del siglo xx en la política argentina no podían ser consideradas y aceptadas por Montoneros y sus frentes de masas —aunque para muchos de nosotros serían cruciales pues nos llevarían a revisar nuestras posiciones políticas— porque el Momo, que era quien hubiera podido respon-

der positivamente a la propuesta de Perón no podía apartarse de las decisiones adoptadas con anterioridad por la conducción nacional montonera de la que formaba parte. Molinas no tenía autoridad suficiente como para modificarlas. El único que podía hacerlo sin correr el riesgo de ser declarado traidor era el *Supremo* Firmenich y Firmenich no estaba presente en la reunión, y si hubiera estado allí no habría servido de nada, porque ya hacía tiempo que, en privado, Firmenich renegaba del liderazgo de Perón.

Ahora el Momo estaba ante una encrucijada que por sí sólo no podía resolver en tanto no tenía los medios ni el tiempo necesario como para poner en conocimiento de la Conducción Nacional el contenido del mensaje de Perón y, por lo tanto, no se movería ni un ápice del guión que traía a la reunión.

El Momo comenzó dirigiéndose al General para anunciarle que la presencia de Montoneros y sus frentes de masas se debía a que querían aportar criterios organizativos para el acto del 1° de Mayo y así evitar que se repitieran los sucesos de Ezeiza. El Momo no había perdido aquel tono pausado de exponer que yo recordaba de sus intervenciones en las asambleas estudiantiles de la Universidad Católica de Córdoba y que resultaba más propio de un académico que de un líder político.

—«Nosotros iremos a la Plaza de Mayo con nuestras organizaciones, con nuestras canciones, con nuestras consignas como siempre lo hemos hecho. General, el 20 de junio entre las bandas de la derecha que produjeron la masacre se encontraba la que conduce el diputado Brito Lima aquí presente. Estas bandas actúan de común acuerdo con sectores gorilas que siempre fueron enemigos del peronismo. Entonces hoy queremos denunciar a los que no quieren el diálogo para que no puedan reiterar sus provocaciones».

Después tomó la palabra Juan Añón que habló en nombre de las regionales de la Juventud Peronista para ratificar la adhesión a la posición de Montoneros.

—«General, la Juventud Peronista se movilizó en los años del *Luche y Vuelve*. Enfrentó a los enemigos del pueblo peronista, la oligarquía y el imperialismo, que se valieron de las Fuerzas Armadas para armar procesos electorales fraudulentos en los que el peronismo siempre terminaba proscripto. La Juventud Peronista se mantuvo firme exigiendo el fin de las proscripciones y el regreso de Perón al país.

»El 17 de noviembre el ejército del general Lanusse movilizó cincuenta mil soldados conducidos por el general Pomar para impedir que llegáramos a Ezeiza. Levantó un cerco con tanques, cañones y soldados. No nos pudieron detener. Soportamos las amenazas, los golpes, los gases y la lluvia y finalmente estuvimos presentes para expresar nuestras consignas, nuestra alegría por su regreso a la Patria después de dieciocho años de exilio.

»Resulta que ahora López Rega y la burocracia sindical no quieren que nos expresemos con nuestras consignas y nuestros carteles. Nosotros decimos que si el 17 de noviembre el ejército y sus tanques no pudieron evitar que nos reencontráramos con usted, menos podrán impedirnos nuestros enemigos internos y externos que el 1° de Mayo estemos presentes con nuestras consignas».

La tensión existente en la sala era insoportable. El semblante adusto de Perón era indisimulable. Hacía un esfuerzo especial para contener su malestar que iba creciendo al escuchar los cuestionamientos que dirigían a su entorno.

El Momo volvió a pedir la palabra para denunciar que

— «El comisario Villar, conocido gorila que integró el sistema represivo de cuantas dictaduras existieron en el país, ha ordenado la detención y tortura de nuestro compañero Miguel Alberto Camps, que hoy tendría que ocupar esa silla vacía» —dijo, mientras señalaba la silla con el brazo extendido.

Sus palabras desafiantes fueron dichas ante cien testigos. El general, el líder, el presidente de los argentinos no podía, ni debía tolerar semejantes cuestionamientos aunque la mayoría de ellos fueran ciertos, absolutamente ciertos.

El General tomó la palabra para dar una respuesta categórica que cayó como un rayo sobre quienes lo escuchábamos:

— «Mientras ustedes insistan en hacer la guerra revolucionaria, mi gobierno tendrá una Policía Federal alistada, profesional, que actuará con tanta energía como sea necesaria. Ella se encargará de que nadie ande armado y el que lo esté irá preso como manda la ley».

Montoneros había dejado pasar la oportunidad de «no sacar los pies del plato» que le ofreciera el líder del Movimiento. Perón había dado el primer paso sin recriminaciones, aunque su jefe de policía y los cincuenta dirigentes de la derecha que estaban en la sala trabajaban sin descanso para que no hubiera recomposi-



ción política. Para que no hubiera diálogo. Trabajaban para que la ofensiva lanzada el 20 de junio se consolidara. Trabajaban para que Perón no buscara retomar una posición más equidistante en donde Montoneros y sus frentes de masas siguieran formando parte del Movimiento Peronista. No, ellos sabían que había poco tiempo por delante. Querían un Perón enojado como lo estuvo en Ezeiza en ocasión su regreso definitivo. Querían un Perón ofuscado como cuando recibió ante las cámaras de televisión a los diputados de la Juventud Peronista. Querían un Perón contrariado, irritado al punto de provocar una ruptura definitiva que consolidara la depuración iniciada con las forzadas renunciadas de Bidegain y Obregón Cano.

Se había desechado una política conciliadora que estabilizara al país y lo alejara de su marcha precipitada hacia la tragedia de una violencia política desbordada, que justificase que la fuerza de la espada se convirtiera en la expresión de la Ley como lo proclamara Leopoldo Lugones, el más prestigioso ideólogo de la intervención recurrente de las Fuerzas Armadas para romper el orden constitucional.

Así, y siguiendo el camino de los golpes de Estado, inaugurado en 1930 por el discípulo que mejor lo supo interpretar, José Evaristo Urriburu, con el paso de los años y a lo largo de más de cinco décadas encontró su continuidad en las asonadas antipopulares, mencionadas casi siempre como «revoluciones», que encontraban su «justificación» proclamando que venían a reinstalar las instituciones republicanas aunque, vaya paradoja, comenzaban por desconocer la vigencia de la Constitución Nacional. La «Revolución Libertadora» de 1955 que derrocó a Perón de la mano de los generales Lonardi y Aramburu, la «Revolución Argentina» de 1966 que derrocó al radical Arturo Illia y que tuvo como primer jefe al general Juan Carlos Onganía y, finalmente, el llamado Proceso de Reorganización Nacional de 1976, que derrocó a Isabel Martínez de Perón para instalar una Junta Militar presidida por el teniente general Jorge Rafael Videla.

Cuando abandonamos Olivos la tensión era manifiesta. Los abucheos que nos hicieron los sectores de la derecha al finalizar la reunión preanunciaban un enfrentamiento violento que se podía desencadenar allí mismo.

Perón no había logrado el objetivo para el que había convocado al encuentro. El comisario Alberto Villar y sus «centuriones»

ya estaban actuando para impedir el diálogo. López Rega fogueaba el enfrentamiento mientras reclutaba mercenarios para ampliar y consolidar las Tres A. La falta de mesura y de cintura política de Montoneros para entablar negociaciones que permitieran la distensión no facilitó la gestión. Así fue como todos los actores de la reunión de Olivos nos dirigíamos aceleradamente hacia el abismo. El 1° de Mayo estaba a la vista. La confrontación definitiva también.

### *El 1° de Mayo*

El plan de Perón para el 1° de Mayo reconocía dos instancias. Por la mañana inauguraría las sesiones del Congreso Nacional. Allí haría la presentación del Modelo Argentino y, por la tarde, la Plaza de Mayo estaría repleta de peronistas vivando su nombre tal como ocurriera sin excepciones durante los diez años de gobierno popular que él presidiera a mediados del pasado siglo.

Perón sabía que después de la frustración del encuentro de Olivos, la segunda parte del plan sería imposible de lograr, por lo menos con la trascendencia que en un principio se había propuesto. No obstante hizo todo lo que estuvo a su alcance para que el acto mantuviera su perfil de una fiesta del trabajo. El mensaje con contenidos políticos y definiciones económicas que anunciaban el rumbo de su gobierno ya había sido expuesto en la mañana.

La importancia del discurso de Perón ante las dos cámaras del Congreso reunidas en Asamblea puede comprobarse relejendo sus principales definiciones. El Modelo Argentino que el General presentó en el máximo foro que tiene la Nación para debatir las leyes que darán forma a las Instituciones de la República contenía las líneas directrices del proyecto político que Perón diseñara durante los largos años que estuviera en el exilio.

No hay allí improvisaciones de última hora ni referencias a situaciones instrumentales de coyuntura, sino que estamos frente a un proyecto político con ideas fuerza de largo plazo al punto que muchas de ellas, después de que transcurrieran más de cuarenta años desde que fueran pronunciadas, aún mantienen su plena vigencia.

Dada la relevancia y la actualidad que mantiene ese discurso reproduzco algunos párrafos que Aldo Duzdevich, Norberto

Raffoul y Rodolfo Beltramini exponen en su reciente libro «La lealtad»<sup>30</sup>:

*«El primer objetivo del Modelo Argentino consiste en ofrecer un amplio ámbito de coincidencia para que, de una vez por todas, los argentinos clausuremos la discusión acerca de aquellos aspectos sobre los cuales ya deberíamos estar de acuerdo. (...)*

*»Es evidente que las “recetas” internacionales que nos han sugerido bajar la demanda para detener la inflación no condujeron sino a frenar el proceso y a mantener y aumentar la inflación. Por épocas se bajó la demanda pública a través de la contención del gasto —olvidando el sentido social del gasto público—; se bajó la demanda de las empresas a través de la restricción del crédito —olvidando también el papel generador de empleo que desempeña la expansión de las empresas—; y se bajó la demanda de los trabajadores a través de la baja del salario real. (...)*

*»Poco nos dirán los impactantes índices de crecimiento global si no vienen acompañados de una más equitativa distribución personal y funcional de los ingresos que termine definitivamente con su concentración en reducidos núcleos o elites que han sido las causas de costosos conflictos sociales. (...)*

*»Los medios de comunicaciones masivos se incrementaron, sometidos a los intereses de las filosofías dominantes. Así, dichos medios se convirtieron en vehículos para la penetración cultural. No extraña, pues, que una evolución de la escala de valores vigentes hasta el momento incluya el aprecio por “tener” y la “seguridad”. (...)*

*»Creo que ha llegado la hora en que todos los pueblos y gobiernos del mundo cobren conciencia de la marcha suicida que la Humanidad ha emprendido a través de la contaminación del medio ambiente y la biosfera, la dilapidación de recursos naturales, el crecimiento sin freno de la población y la sobre-*

---

30 [Aldo Duzdevich, Norberto Raffoul y Rodolfo Beltramini. «La Lealtad. Los Montoneros que se quedaron con Perón».](#) Editorial Sudamericana. Buenos Aires, agosto de 2015. El libro analiza la constitución de la Juventud Peronista Lealtad, como expresión de la disidencia en la Tendencia Revolucionaria del Peronismo entre fines de 1973 y principios de 1974.

*estimación de la tecnología, y de la necesidad de invertir de inmediato la dirección de esta marcha, a través de una acción mancomunada internacional. (...)*».

Cuando a fines de abril de 1974 regresé a Córdoba después de la reunión en Olivos, lo hice con el íntimo convencimiento de que la conducción montonera presidida por Firmenich había decidido avanzar públicamente en la ruptura con el histórico líder del pueblo argentino, el más importante del siglo xx al punto que llevaba treinta años siendo un factor determinante en el rumbo político que tomaba la Argentina.

Los principales ejes fijados por Montoneros fueron anticipados una semana antes del encuentro de Olivos en el semanario *El Peronista* mediante una solicitada firmada por todos los frentes de masas encabezados por la Juventud Trabajadora Peronista en la que

*«...se convoca a todos los compañeros a concurrir el 1° de Mayo a la histórica Plaza de Mayo para exigir el retorno al programa de gobierno votado el 11 de marzo y así enfrentar a la ofensiva vandorista que ha desvirtuado el programa de liberación y también reclamar la expulsión del gobierno de todos los gorilas y traidores».*

Así, finalmente, entre declaraciones y acusaciones cruzadas, llegó el 1° de Mayo. Mientras Perón dirigía su mensaje en el Congreso Nacional, las columnas montoneras y sus frentes de masas nos concentrábamos en distintos puntos de la Capital Federal. Los que proveníamos del interior del país lo hicimos en la Facultad de Derecho, ubicada en la avenida Figueroa Alcorta. Desde allí avanzamos hacia la plaza tomados de gruesas sogas que impedían la dispersión.

Como el propio Firmenich lo ha relatado en una entrevista posterior, la conducción de la organización había decidido hacer caso omiso a las instrucciones de Perón de no llevar carteles identificatorios de las organizaciones políticas a la plaza:

*« (...) En cambio sí se podía ir con banderas sindicales, cosa que era una manifiesta parcialidad a favor del sector ortodoxo del peronismo que predominaba en otra generación y en otro sector a nivel sindical. El sector ortodoxo iba a tener su representación con su bandera de las 62 organizaciones, de*

los sindicatos y el sector nuestro que era fundamentalmente juveniles no iba a poder tener esa expresión (...).

«Entonces se nos pretendió prohibir la expresión y nosotros recurrimos a una triquiñuela para tener expresión. Recurrimos a la vieja imagen del caballo de Troya. En los grandes bombos —se usaron bombos gigantes para esa ocasión— con los que se accedía a la Plaza de Mayo para acompañar los cánticos, llevamos dentro banderas, aerosoles, letras de las insignias que queríamos poner y concurrimos con grandes banderas argentinas sin inscripciones. De modo que las vallas de policías que estaban puestas para impedir el acceso a la Plaza de Mayo a los que tuvieran identificación política, tuvieron que dejarnos pasar porque nuestra única identificación eran banderas argentinas. Pero, una vez adentro de la plaza, cuando Perón salió al balcón, las banderas argentinas súbitamente se convirtieron en banderas con las inscripciones políticas que habitualmente llevábamos a todas las movilizaciones. Esto enardeció a Perón y reaccionó emocionalmente, reaccionó con insultos que no forman parte del discurso político»<sup>31</sup>.

Por eso, en nada me sorprendieron, aunque sí lograron afligirme, las consignas que se habían coreado durante la marcha. La más reiterada era aquella que confrontaba directamente con Perón cuestionando su gobierno y por ende su propio liderazgo y que decía:

« ¡¿Qué pasa, qué pasa, qué pasa General, que está lleno de gorilas el gobierno popular...?!».

Por si quedaba algún tipo de duda sobre el ánimo provocativo con el que Montoneros concurrió a la Plaza de Mayo también se cantaron consignas que agravaban descarnadamente a María Isabel Martínez de Perón y hubo otras que amenazaban terminar con la vida de López Rega, y de los comisarios Villar y Margari-de. Una de ellas habría de concretarse unos meses después con la muerte del jefe de la Policía Federal mediante un atentado en el que su esposa también habría de perder la vida.

Cuando Perón salió al balcón, sus oídos se llenaron de consignas hirientes que unos sesenta mil militantes pertenecientes

---

31 Felipe Pigna: entrevista a Mario Firmenich.(2002) [tp://www.elhistoria-dor.com.ar/entrevistas/fffirmenich.php](http://www.elhistoria-dor.com.ar/entrevistas/fffirmenich.php)

a Montoneros y sus frentes de masas lanzaban desde el costado izquierdo de la Plaza de Mayo.

Nunca antes su liderazgo había sido cuestionado tan duramente en ese territorio que, bajo su conducción, el peronismo convirtiera en una de sus armas más poderosas para derrotar la conspiración de la oligarquía y el imperialismo norteamericano.

Esa Plaza de Mayo que el 17 de octubre de '45 vio nacer al movimiento de masas más grande del país que terminó imponiendo la libertad del coronel Perón preso en la isla de Martín García. En esa misma plaza y durante una década, los trabajadores acompañados por vastos sectores sociales eran convocados dos veces al año para escuchar los anuncios de las medidas tomadas y las conquistas obtenidas durante su gobierno. Allí, junto a él y durante su primera presidencia, estaría Evita con sus encendidas arengas revolucionarias en las que exigiría a las masas que « ¡Cuiden a Perón!», porque esa era la condición ineludible para garantizar la continuidad del proceso de liberación nacional. A lo que las muchedumbres enfervorizadas contestaban con una consigna que estremecía los ánimos de propios y extraños: « ¡La vida por Perón!», manifestando su fidelidad al líder hasta el punto de ofrendar el bien más precioso al que puede renunciar un ser humano. Entonces y como cierre de los actos, el General iniciaba su discurso que sólo era interrumpido por gestos de aprobación y prolongados vivas a su persona que, acompañados por el agitar de banderas y de miles de pañuelos blancos, expresaban el reconocimiento popular y el apoyo a sus medidas de gobierno.

Sin embargo, esa tarde dolorosa del '74, Perón se enfrentó a una plaza distinta y desafiante, en la que un importante sector de la concurrencia pretendió desconocer sus treinta años de liderazgo sobre el pueblo argentino.

Las primeras palabras del General fueron para reivindicar el histórico balcón de la Casa Rosada, para después, sin poder contener la indignación que sentía ante los agravios dirigidos a Isabel, dar rienda suelta a una categórica descalificación de la militancia montonera.

Con ese estado de ánimo, comenzó diciendo:

*«...Compañeros: hoy, hace veintiún años que en este mismo balcón, y con un día luminoso como el de hoy, hablé por última vez a los trabajadores argentinos. Fue entonces cuando les recomendé que ajustasen sus organizaciones, porque ve-*

*nían días difíciles... No me equivoqué, ni en la apreciación de los días que venían, ni en la calidad de la organización sindical, que a través de veinte años... pese a esos estúpidos que gritan...».*

En ese momento, fue interrumpido por los militantes de las columnas montoneras que gritaban:

*« ¡¿Qué pasa, qué pasa, qué pasa, general, está lleno de gorilas el gobierno popular?!... ¡Se va a acabar, se va a acabar, la burocracia sindical!...».*

*«...Decía — continuó Perón— que a través de estos veintidós años, las organizaciones sindicales se han mantenido incommovibles, y hoy resulta que algunos imberbes pretenden tener más mérito que los que durante veinte años lucharon...».*

Ante lo que nuevos cánticos apagaron las palabras del viejo general:

*« ¡¿Qué pasa, qué pasa, qué pasa, general, está lleno de gorilas el gobierno popular?!...»*

El presidente tuvo que aguardar a que disminuyeran los ya generalizados exabruptos, pues a las consignas montoneras la derecha comenzó a responder con cánticos amenazantes, y luego prosiguió con su discurso:

*«...Por eso compañeros, quiero que esta primera reunión del Día del Trabajador sea para rendir homenaje a esas organizaciones y a esos dirigentes sabios y prudentes que han mantenido su fuerza orgánica, y han visto caer a sus dirigentes asesinados, sin que todavía haya sonado el escarmiento...».*

Ante la velada amenaza de Perón, la plaza se conmovió con un estallido de consignas en las que se desafiaba abiertamente al General:

*« ¡Rucci traidor, saludos a Vandor!... ¡¿Qué pasa, qué pasa, qué pasa, general, está lleno de gorilas el gobierno popular?!... ¡Montoneros, Montoneros!...».*

*«...Compañeros, nos hemos reunido nueve años en esta misma plaza, y en esta misma plaza hemos estado todos de acuerdo en la lucha que hemos realizado por las reivindicaciones del pueblo argentino. Ahora resulta que, después de veinte años, hay algunos que todavía no están conformes de todo lo que hemos hecho...».*

Al llegar a ese punto, y acompañadas por las provocaciones del sindicalismo y de las organizaciones ultraderechistas, las columnas de la Tendencia comenzaron a retirarse de la plaza, mientras cantaban:

*« ¡¿Si este no es el pueblo, el pueblo donde está?! ... ¡Conformes, conformes, conformes general, conformes los gorilas, el pueblo va a luchar!...».*

Por encima del bullicio, Perón, con la voz enronquecida por el esfuerzo, gritaba:

*«...Compañeros, anhelamos que nuestro Movimiento sepa ponerse a tono con el momento que vivimos. La clase trabajadora argentina, como columna vertebral de nuestro Movimiento, es la que ha de llevar adelante los estandartes de nuestra lucha. Por eso compañeros, esta reunión, en esta plaza, como en los buenos tiempos debe afirmar decisión absoluta para que en el futuro cada uno ocupe el lugar que corresponde en la lucha que, si los malvados no cejan, hemos de hacer...».*

*« ¡Conformes, conformes, conformes general, conformes los gorilas, el pueblo va a luchar!... ¡Aserrín, aserrán, es el pueblo el que se va!...».*

La nueva interrupción acompañaba la masiva retirada de los militantes de las columnas montoneras, mientras las cámaras de la televisión oficial se limitaban a filmar el sector de la plaza que ocupaban las organizaciones de la derecha, que voceaban insultos y amenazas.

*«...Compañeros, deseo que antes de terminar estas palabras lleven a toda la clase trabajadora argentina el agradecimiento del gobierno por haber sostenido un pacto social que será salvador para toda la República...».*

*« ¡Conformes, conformes, conformes general, conformes los gorilas, el pueblo va a luchar!... ¡Aserrín, aserrán, es el pueblo el que se va!...».*

*«Compañeros, tras ese agradecimiento y esa gratitud puedo asegurarles que los días venideros serán para la reconstrucción nacional y la liberación de la nación y del pueblo argentino. Repito compañeros, que será para la reconstrucción del país y en esa tarea está empeñado el gobierno a fondo. Será también para la liberación, no solamente del colonialismo que*



*viene azotando a la República a través de tantos años, sino también de estos infiltrados que trabajan de adentro, y que traidoramente son más peligrosos que los que trabajan desde afuera, sin contar que la mayoría de ellos son mercenarios al servicio del dinero extranjero...».*

*« ¡Aserrín, aserrán, es el pueblo el que se va!...».*

Mientras la juventud abandonaba la plaza, repitiendo una y otra vez esa consigna, Perón siguió hablando durante unos momentos hasta finalizar con estas palabras, que preanunciaban una despedida:

*(...) «Para finalizar compañeros, les deseo la mayor fortuna, y espero el 17 de Octubre poder verles de nuevo las caras en esta plaza».*

El discurso que acababa de pronunciar, y que, contando las interrupciones, había durado menos de veinte minutos, no era el que Perón había soñado para celebrar su primer aniversario del Día del Trabajador como presidente de los argentinos. Las consignas montoneras coreadas en la plaza fueron respondidas por el líder con palabras desbordadas, agresivas, amenazantes, tan duras como las que lanzara pocos días antes de su derrocamiento, el 31 de agosto de 1955, cuando ya la Casa Rosada había sido bombardeada por la marina de guerra y se frustrara el diálogo que Perón ofreciera sostener con la oposición cuando ésta redobló sus ataques al gobierno.

Ese día Perón señaló:

*«Hace poco tiempo esta Plaza de Mayo ha sido testigo de una infamia más de los enemigos del Pueblo. Doscientos inocentes han pagado con su vida la satisfacción de esa infamia.*

*»No quieren la pacificación que les hemos ofrecido. Por eso, yo contesto a esta presencia popular con las mismas palabras del cuarenta y cinco: a la violencia le hemos de contestar con una violencia mayor. La consigna para todo peronista, esté aislado o dentro de una organización, es contestar a una acción violenta con otra más violenta. Y cuando uno de los nuestros caiga, caerán cinco de los de ellos».*

Los dos discursos se produjeron en un contexto de abierto hostigamiento al liderazgo y al proyecto político de Perón, por lo que en su respuesta utilizaría términos durísimos.

En el '55 los hechos políticos se precipitaron de tal manera que no tuvo tiempo de enmendarlo. En cambio el que pronunciara el 1° de Mayo es rectificado con un mensaje dado el 12 de junio y que fuera transmitido por radio y televisión. Sus definiciones trascendieron lo coyuntural para proclamar el rumbo histórico que debería seguir la Nación y el rol que en el futuro tendría que cumplir el movimiento político que lleva su nombre.

El 12 de junio Perón expresó:

*«Duele en el alma y en el corazón argentinos, tener que contemplar un sabotaje de pigmeos que no han llegado a comprender que los innegables éxitos de nuestra política internacional, que nos está llenando de ventajas y de prestigio en el mundo exterior, es parte de un patrimonio nacional que sólo un traidor a la patria puede combatir, cualesquiera sean las causas que lo impulsen.*

*»Cuanto estamos haciendo por los intereses, el honor y el prestigio de la República ante todos los países del mundo, depende en gran parte, del masivo apoyo de nuestro pueblo. Defectionar en estos momentos significaría renunciar a todo lo conquistado, para volver a ser una republiqueta sin dignidad y sin grandeza.*

*»Sólo los pueblos calificados con un alto índice de cultura política pueden llegar a ser artífices de su propio destino.*

*»... El único sucesor de Perón será el pueblo argentino, que, en último análisis, será quien deba decidir...».*

Volvamos al momento en que Perón, para responder a las provocaciones de Montoneros y de sus frentes de masas, decidió cambiar sobre la marcha el discurso que tenía pensado pronunciar en la plaza, cuyo contenido se estructuraría alrededor de las ideas que nos adelantara en la reunión con la juventud celebrada en Olivos.

Como hemos visto, Perón no ahorró ningún calificativo para rechazar rotundamente los agravios recibidos, al punto de perder la paciencia con que se había propuesto encarar el acto del 1° de Mayo, que, conforme a sus planes, habría de ser el punto de partida para reencauzar el proceso político argentino mediante la convocatoria a la unidad nacional.

Cada una de esas frases que condenaban nuestra actitud y que el presidente lanzaba sin contemplaciones desde el histórico balcón era un mazazo que resultaba difícil soportar, al punto que, sin que mediara ninguna indicación, comenzamos a abandonar la plaza, mientras la televisión sólo mostraba el entusiasmo y las aclamaciones de la derecha que alternaba sus amenazas:

« *¡Lo' vamo'a reventar!... ¡Lo' vamo'a reventar!...».*

con sus remanidas consignas:

« *¡Ni yanquis ni marxistas, peronistas!...».*

« *¡La vida por Perón!... ¡La vida por Perón!...».*

Muchos nos retiramos desolados por el dolor de saber que la provocación había llegado tan lejos como para desatar la ira del líder por el cual habíamos luchado toda la vida. Otros en cambio, que coincidían con la postura de confrontación decidida por la conducción de Montoneros, prometían continuar enfrentándolo por lo que al dejar la plaza, además de cantar

« *¡Aserrín, aserrán, es el pueblo el que se va!...».*

comenzaron a entonar la conocida consigna, tan en boga durante la dictadura de Lanusse:

« *¡La sangre derramada no será negociada!...».*

Buscando evitar las agresiones que miembros de la derecha peronista y de las organizaciones sindicales comenzaban a desatar contra algunos sectores de la Tendencia, sobre todo hacia los que estaban más próximos a donde se ubicaba la Guardia de Hierro, las columnas del interior nos apresuramos a marchar hacia la Facultad de Derecho, donde sin pérdida de tiempo nos refugiamos en los ómnibus, cuyos conductores, ya advertidos de la situación a través de los puestos de comunicación desplegados por Montoneros, esperaban nuestro arribo con los micros alineados y los motores en marcha, temiendo que el enojo del General no se hubiera apaciguado lo suficiente como para impedirle declarar esa misma tarde que había llegado la hora de hacer sonar el escarmiento.

Más adelante nos enteraríamos de que nuestros temores no eran infundados, pues la ultraderecha loperreguista había decidido tendernos una emboscada y nos esperaba cerca de la Facultad y fue el propio General quien se encargó personalmente de desarticular la operación cuando, después del acto y en presencia de Oscar Alende, le advirtió a su ministro:

—«No quiero que ocurra absolutamente nada y usted es el responsable».

De no haber mediado esa frase, es muy probable que la masacre de Ezeiza se hubiera reeditado en pleno Buenos Aires.

### *Los pasos de la ruptura*

Esa noche, durante el viaje de regreso a Córdoba, tomé dos decisiones que marcarían los próximos meses de mi vida. Me alejaría en forma definitiva de Montoneros y tomaría seis meses de licencia laboral sin goce de sueldo pues era insensato seguir trabajando en el Banco Social después de que, desde marzo, estaba anotado en la «lista negra» que llevaba Choux. Allí en el cuaderno del jefe de policía a cuyas órdenes directas se movía el D<sub>2</sub> figuraba, como ya he mencionado, mi nombre, apellido y dirección. Choux ya comandaba la represión actuando desde la sombra y por fuera de las instrucciones que recibía del Interventor Federal en la provincia Dulio Brunello, un político salido de las filas de la ortodoxia peronista, pero de perfil moderado.

Pocos meses después de iniciar mi licencia, el banco fue puesto bajo la presidencia de Adalberto Luis Orbiso, un cuadro del sindicalismo vinculado a la extrema derecha y al D<sub>2</sub> que detentaba a su vez la posición de interventor del poderoso SMATA que hasta ese momento dirigiera René Salamanca, uno de los máximos exponentes del sindicalismo clasista cordobés.

Habría mucho para comentar sobre la siniestra actuación de Orbiso, personaje nefasto de la violencia política dirigida contra los sectores populares combativos y progresistas que, como dirigente metalúrgico, acaudilló el sector del SMATA que intervino en la masacre de Ezeiza. También fue concejal de Morón y había comandado la patota de la Juventud Sindical Peronista que llegó a Córdoba una semana antes del Navarrazo para participar en el derrocamiento de Obregón Cano y Atilio López, pero sólo me referiré a un episodio que se repetía diariamente, demostrando así el riesgo al que me expuse el día en que me reincorporé a mis tareas y reasumí como secretario general del cuerpo de delegados del banco.

En esos años desarrollaba mis funciones de auxiliar de contaduría en el edificio erigido frente a la Legislatura, que fuera sede del antiguo Banco de Préstamos, hoy inexistente pues fue absorbido en 1972 para crear el Banco Social. Éste a su vez fue

liquidado durante la gobernación de Ramón Bautista Mestre luego de ser vaciado por su presidente, Jaime Pompas que, a la postre, resultara condenado por la justicia a seis años y medio de prisión por defraudación calificada.

Orbiso arribaba al edificio central en distintos horarios haciendo su ingreso por una puerta lateral, situada al costado de la entrada de la calle 27 de abril, unos treinta metros antes de la Avenida Vélez Sarsfield en donde se hallaba el acceso principal del Banco.

Siempre se desplazaba en dos flamantes *Torino* de color celeste, ocupados por no menos de ocho custodios, armados con modernas ametralladoras *Uzi* de origen israelí, que tenían la misión de protegerlo de un posible atentado. La patota actuaba con prepotencia, exhibiendo permanentemente sus armas con la intención de intimidar a los empleados bancarios que temían quedar atrapados en medio de un eventual enfrentamiento, lo que, por esos días, se vivía como una amenaza real, que en cualquier momento podía llegar a concretarse.

Una vez tomada la decisión de alejarme de Montoneros, pensé que lo más prudente sería mantenerla en la más estricta reserva hasta poder comunicársela personalmente a Marcos Osatinsky, que en ese tiempo era el jefe de la Regional Córdoba de la organización.

En mayo de 1974 ya llevaba más de tres años como militante de Montoneros y tenía una fuerte exposición pública por ser responsable de la Juventud Trabajadora Peronista de Córdoba e integrante del ejecutivo nacional de la JTP, por lo que era plenamente consciente de las dificultades que enfrentaría al comunicar oficialmente mi alejamiento a la plana mayor de la organización, resolución que, como ya comentara, comencé a madurar desde el mismo momento en que supe que Montoneros era responsable de la muerte de Rucci.

Desde ese día, no sólo yo sino muchos militantes Montoneros empezamos a cuestionarnos sobre lo acertado de la política seguida por la organización dirigida por Firmenich.

Pronto un sector de la disidencia se organizó en una agrupación de alcance nacional que tomó el nombre de Juventud Peronista Lealtad, que, sobre todo, logró su mayor peso político en la Capital Federal, donde contaba con cuadros de reconocida trayectoria como Carlos Maguid, Nilda Garre<sup>25</sup>, José Luis Nell,

Jorge Alberto Obeid, y Juan Manuel Abal Medina<sup>26</sup>, por citar sólo a algunos.

Ahora Montoneros se negaba a aceptar que había nacido a la vida política con una consigna que durante años cerró todos sus comunicados en los que daba a conocer sus posiciones políticas y acciones guerrilleras: « ¡Perón o Muerte, Viva la Patria! ».

Invocando el nombre de Perón y asociándolo al concepto de Patria se había transformado en una organización clandestina que a fines de 1970 no superaba el centenar de integrantes, pero que en sólo tres años había dado un enorme salto cualitativo hasta convertirse en otra que conducía a centenares de miles de jóvenes, provenientes de los barrios, de las universidades, de las fábricas y de los sectores rurales del país.

El proceso de conversión de una pequeña organización de cuadros dedicada a la lucha armada con acciones de proporciones limitadas, cuyo fin era hostigar a la dictadura y a su vez lograr un impacto político, a una estructura política más abierta y participativa capaz de incorporar y liderar el crecimiento exponencial de sus militantes, se produjo en medio de luchas internas que pretendieron resolverse mediante el autoritarismo que ejercía su conducción, que aparecía justificado en la necesidad de mantener intacta la capacidad de operar militarmente ante la eventualidad de tener que recurrir a ella en un futuro no muy lejano.

La creación de los frentes de masas fue una decisión política acertada que logró el crecimiento de los canales de participación, no sólo de los jóvenes sino de vastos sectores sociales movilizados por el *Luche y Vuelve*. Esta consigna se había transformado en la máxima aspiración del peronismo que percibía en el regreso de Perón al país, la vuelta del líder que garantizaba la instauración de un gobierno popular cuyas primeras medidas se dirigirían a recuperar las conquistas sociales abolidas por la «Revolución Libertadora».

De esta manera, resultaba por lo menos insensato que Montoneros se constituyera en la principal fuerza política de oposición al gobierno que presidía Perón. Después de los hechos acaecidos el 1° de mayo de 1974 ya no era posible ni creíble sostener que seguíamos aceptando el liderazgo de Perón.

Con ese estado de espíritu, una tarde de mayo concurrí a la cita que había concertado con Marcos Osatinsky en un café

cercano a la ex plaza Vélez Sarsfield. Era un día típico de otoño y desde la mañana caía una llovizna intermitente. Cuando apenas iniciamos la conversación no me anduve con rodeos y le dije:

—Marcos, hace tiempo que no coincido con las políticas que viene adoptando la organización, por lo que no puedo seguir formando parte de Montoneros.

—¿Y cuáles son las decisiones políticas con las que no coincidís? —me preguntó Marcos, con voz firme pero cordial.

—Podría señalar muchas pero prefiero sintetizarlas en una sola. No podemos enfrentar el liderazgo de Perón como lo estamos haciendo ahora pues eso nos llevará indefectiblemente a aislarnos del pueblo que es la razón de nuestra lucha y nuestro principal apoyo. —Después agregué: —tengo plena conciencia de que estamos enfrentando una etapa crucial en donde hay compañeros que critican a Montoneros desde la JP Lealtad.

Marcos señaló en tono de reprobación:

—No son compañeros, son traidores que le hacen el juego a la derecha al atacar a la organización.

—En mi caso nunca haré algo que pueda perjudicar a Montoneros. Si la organización me concede la autorización para separarme, me comprometo a no militar en otra agrupación política ni realizar declaraciones públicas durante los próximos dos años.

—Mirá, Pelado, vos sabés que yo no puedo tomar ninguna decisión al respecto y que tengo que consultar con la conducción nacional. Apenas tenga una respuesta nos volvemos a reunir.

Tres días después me citó a una reunión en el mismo café. Marcos se mostró distante cuando me dijo:

—La semana que viene tenés que viajar a Buenos Aires a reunirte con el ejecutivo.

Sus palabras, dichas con cierta severidad, dejaban traslucir el peso de la autoridad de quienes me ordenaban presentarme en Buenos Aires.

La cordialidad que predominó en nuestro primer encuentro había sido dejada de lado, y su actitud me permitió interpretar la acogida que mi decisión de abandonar la organización había encontrado en la conducción nacional de Montoneros.

Mi compromiso de no realizar actividades políticas ni realizar ninguna declaración pública durante al menos los dos años siguientes no había bastado para obtener el consentimiento a mi petición de retirarme. La citación del ejecutivo que me hiciera

llegar Osatinsky era un claro indicio de la relevancia política que Montoneros daba a mi alejamiento. Posiblemente consideraran que, en caso de que mi posición se hiciera pública, podría traer aparejada una serie de consecuencias negativas, entre las que, por ejemplo, no habría que descartar la de que muchos otros compañeros, sobre todo los que provenían del frente sindical, adoptarían mi punto de vista, ya que hasta ese momento los desprendimientos que afectarían a la organización habían tenido un sesgo ideológico distinto.

En la mayoría de los casos se trataba de sectores más radicalizados del peronismo, caracterizados por sostener posiciones basistas, contrarios a reconocer la hegemonía política de Montoneros y que, sobre todo, criticaban su postura militarista y el autoritarismo de sus dirigentes. Estos grupos, por lo general, habían emigrado hacia el Peronismo de Base, una alternativa independiente que naciera por iniciativa de las Fuerzas Armadas Peronistas, y cuyo objetivo era insertarse en los barrios y en la clase trabajadora para enfrentar políticamente a la burocracia del sindicalismo peronista, sin responder orgánicamente a la conducción de Perón al que consideraban un líder burgués.

Sin embargo, y como en Córdoba no había surgido una corriente que adhiriera a los planteos de la Juventud Peronista Lealtad, mi alejamiento de la Juventud Trabajadora Peronista podía alentar otra clase de fugas, especialmente en el sector de los cuadros medios sindicales que, por mantenerse firmes en el reconocimiento del liderazgo del General, no habían sido captados por aquellas agrupaciones que, como el Peronismo de Base, proponían un peronismo sin Perón.

Los días posteriores a la entrevista con Marcos no fueron sencillos para mí, pues me encontraba ante una encrucijada que me resultaba imposible resolver de la manera silenciosa y sin estridencias en que había concebido mi alejamiento, sin correr el riesgo de enfrentar una acusación de desertión o incluso de traición en la que hasta mi vida podría llegar a estar de por medio.

No tenía sentido y me resultaba poco creíble que me convocaran a Buenos Aires con el solo propósito de mantener una reunión de discusión política con el ejecutivo montonero. Era de suponer que, de persistir en mi postura de separarme de la organización, el ejecutivo estaba dispuesto a tomar medidas extremas.



Frente a estas alternativas, decidí optar por el mal menor, que en este caso era esperar que se presentara una oportunidad más propicia para concretar mi alejamiento de Montoneros.

Mientras ponía en conocimiento de la conducción montonera la decisión de apartarme de la organización, mi vida se aprestaba a dar un paso fundamental, como fue consolidar la relación con Susana, con quien nos casamos el 17 de mayo ante el Registro Civil, mientras que, al día siguiente, lo hicimos por la iglesia.

La ceremonia religiosa, celebrada por el cura Héctor «Cacho» Mariani; párroco de Villa Allende y hermano mayor del Quito Guillermo Mariani; fue muy sencilla y se realizó en una capillita de la iglesia de Nuestra Señora del Carmen.

De común acuerdo, y además de nuestros familiares directos, habíamos invitado sólo a unos pocos amigos entre los que estaban Luis Manrique y su mujer, Gustavo Gentile, Soledad Martínez, Mónica Maldonado, y varios otros que ya no recuerdo. Una vez que Mariani dio por terminado el rito eclesiástico, nuestros amigos cantaron la marcha peronista, lo que provocó entre los mayores un gesto de desaprobación que no pudieron disimular, pues entendían como una grave ofensa el cantar una marcha partidaria en un recinto destinado a la oración y a la práctica religiosa.

Como nuestras posibilidades eran limitadas y no disponíamos de demasiado tiempo, decidimos que para el viaje de bodas no nos alejaríamos mucho de la ciudad, y así elegimos la localidad serrana de Huerta Grande, ubicada a unos setenta kilómetros de la capital.

Cuando, alrededor de las ocho de la noche y bajo una persistente llovizna, propia del otoño cordobés, llegamos al Hotel Casa Grande; y estacionamos la pequeña rural *Citroën Ami 8*, que me prestara Humberto Annone<sup>27</sup> y con la que, dicho sea de paso, tuve un choque en barrio los Naranjos el mismo día en que tenía que devolvérsela y mientras acercaba a Nené Peña a su casa; nos dirigimos a la recepción que estaba a cargo de una mujer seria y que ya había pasado los cincuenta años.

Después de mirarla atentamente a Susana, que siempre ha representado tener menos edad, nos dijo:

—Lamentablemente no puedo confirmarles la reserva y entregarles las llaves de la habitación si no me muestran una partida que acredite que están casados.

Cuando le entregamos la libreta otorgada por el Registro Civil, en la figuraba que nos habíamos casado el día anterior, la mujer se mostró un tanto perturbada por su propio prejuicio y, después de pedirnos disculpas, y en lo que a me pareció una reacción sincera, expresó:

—Les deseo muchas felicidades... —y tras hacer una pausa, agregó: —Les voy a dar la mejor habitación del hotel, en el segundo piso del ala del edificio que acabamos de restaurar. Desde allí tendrán una vista privilegiada porque las ventanas dan directamente a las sierras.

Unos días antes, cuando le transmití a Osatinsky que necesitaba más tiempo para tomar una decisión tan importante y que después de meditarlo había resuelto que el tiempo podía ayudarme a interpretar mejor las directivas de la conducción nacional, Marcos pareció distenderse y me dijo:

—Mirá, Pelado, creo que es la decisión más conveniente para todos.

Sin embargo, y como parte de la misma maniobra política originada en la conducción y que apuntaba a comprometerme aún más con la organización y como una manera de hacer más dificultoso mi alejamiento, Osatinsky me dijo que había recibido instrucciones de que en uno de los actos de conmemoración del quinto aniversario del Cordobazo el único orador que hablaría en representación del frente de masas que respondía a Montoneros sería yo.

Conociendo de antemano cuáles eran las órdenes emanadas de la conducción nacional de Montoneros, nos vimos obligados interrumpir el viaje de boda tres días antes de lo previsto y viajar a Córdoba para que yo hablara en nombre de la JTP.

El acto se realizó por la tarde frente a la sede de la UTA, que ocupaba un amplio local a dos cuadras de la plaza Vélez Sarsfield sobre la avenida del mismo nombre y en dirección a Nueva Córdoba. El último en dirigirse a los manifestantes fue el Negro Atilio López quien seguía siendo el hombre fuerte de la corriente sindical legalista que resistía a pie firme la ofensiva incontenible de la ortodoxia gremial dominada por la derecha.

Esa misma mañana, y desde el palco levantado en el boulevard San Juan, en el lugar donde el 29 de mayo de 1969 cayera el obrero Máximo Mena, Agustín Tosco se había dirigido a los ma-

nifestantes en la concentración que organizaron las agrupaciones de la izquierda no peronista.

Esta conmemoración del Cordobazo era muy distinta a la que se realizara un año antes cuando, ante la presencia del presidente de Cuba Osvaldo Dorticós, los dos líderes sindicales cordobeses más representativos de las últimas décadas habían compartido el palco. Ahora, y para satisfacción de quienes ya conspiraban contra el proceso democrático recuperado apenas un año antes, las diferencias políticas que mantenían y que se habían agudizado durante el gobierno de Perón, conspiraron para que no fuera posible dar una muestra contundente de la unidad del movimiento obrero y de las organizaciones sindicales y estudiantiles cordobesas.

Otro de los objetivos de la operación política concebida por la conducción nacional era anticiparse a cualquier filtración que pudiera producirse en el futuro sobre las diferencias existentes en Montoneros y en la Juventud Trabajadora Peronista, a la que en esa etapa se consideraba como la principal estructura política para disputar el poder sindical, al tiempo que obligaba a que mi intervención en el acto fuera necesariamente ratificatoria de la posición oficial de Montoneros.

Al convertirme en el único portavoz de la organización, la conducción nacional también quería disimular la desconfianza que a partir de mi conversación con Osatinsky abrigaba hacia mí como persona y hacia mi futura conducta política, aunque debo reconocer que esa desconfianza era mutua y habría de expresarse de manera inesperada a mediados de julio, poco después de la desaparición de Perón, en ocasión de celebrarse una reunión entre el ejecutivo de la conducción nacional de Montoneros y el secretariado ejecutivo de la JTP, que se realizó en la vieja casona de dos pisos, situada en la avenida San Juan N° 969 donde tenía su sede la Juventud Trabajadora Peronista.

En el piso superior del inmueble había varias habitaciones, en las que se podían sostener distintas reuniones al mismo tiempo, lo que había resultado muy conveniente durante la anterior etapa de auge y movilización generacional, en la que prácticamente a diario, tanto en las fábricas como en los sectores de servicios e impulsadas por la iniciativa de trabajadores jóvenes, se conformaban nuevas agrupaciones gremiales bajo la órbita de la JTP.

Sin embargo, esa mañana el local estaba desierto. Hacía ya varios meses que el «reflujo de masas» —para utilizar un término en boga por aquellos años— había comenzado de manera irreversible, al compás de la escalada de ataques con bombas y ametralladoras de los grupos de la derecha peronista que, sobre todo desde la caída de los gobiernos provinciales dominados por la Tendencia, se habían vuelto cada vez más frecuentes, para incrementarse aún más después de los incidentes del 1° de mayo.

Por prudencia, los militantes se mantenían alejados de los locales de la Tendencia y preferían organizar las reuniones de la agrupación en parroquias amigas, centros vecinales, cooperativas o en las propias sedes sindicales cuando éstas no se alineaban con la ortodoxia gremial.

La muerte del General había conmocionado al país y todos se preparaban para la confrontación violenta que a todas luces se veía venir. En el ambiente se respiraba la tensión acumulada que parecía a punto de estallar, a pesar de por el momento aún reinaba una tácita tregua que pronto se rompería con una serie de crímenes impunemente cometidos por la Triple A, entre los que, por su resonancia, estuvieron los de Rodolfo Ortega Peña, Julio Troxler, Alfredo Curutchet y el propio Atilio López.

Durante la reunión, Firmenich dejó entrever la dirección que le imprimiría al accionar de Montoneros ante la ausencia de un liderazgo detrás del que se encolumnara el peronismo. En su monólogo expresó:

«— Hemos impulsado encuentros con los máximos dirigentes de los principales partidos políticos para que juntos exijamos a Isabel Martínez la salida inmediata de López Rega del gobierno, pero nadie quiere hacerlo. Sostienen que debemos darle tiempo a Isabel para que tome las riendas del gobierno, y pueda apartar al Brujo del gabinete.

»Ante ese planteo realizado por la mayoría de los partidos políticos, les hemos advertido que con esa estrategia el único en consolidarse es López Rega, quien se apresta a descargar una ofensiva violenta sobre nuestras fuerzas y que nosotros no estamos dispuestos a adoptar una actitud pasiva para que sigan matando a nuestros militantes».

Las intervenciones de Firmenich eran apoyadas por Perdía quien aportaba detalles acerca de las entrevistas en las que él había participado, mientras que el Negro Quieto permanecía su-

gestivamente callado y cuando intervenía no expresaba su posición personal, sino que lo hacía para consultar acerca de la situación puntual de algún conflicto gremial, generalmente de los que ocurrían en la Capital Federal.

Cerca del mediodía interrumpimos la reunión para tomar un descanso. En ese momento, el Negro Quieto se me acercó con el mate en la mano. Durante toda la reunión no se había quitado su sobretodo gris, ya que la habitación en la que estábamos, de techos altos y amplias dimensiones, carecía de calefacción y el ambiente se mantenía frío y, sin temor a exagerar, casi que no había diferencia con la temperatura del exterior.

—Vení Yofre, salgamos al patio —me dijo el Negro, mientras me tomaba del brazo. Yo siempre había sentido un gran respeto por él, tanto por nuestra diferencia de edad como por su larga trayectoria política y por su personalidad bastante reservada aunque no exenta de calidez.

Nos situamos en un extremo del patio de baldosas, lo bastante alejados de los demás como para que no pudieran escuchar nuestra conversación.

Al principio, Quieto se mostró cauteloso:

—Decime cómo está la situación política en Córdoba. La represión que empezó con el Navarrazo y los atentados de la derecha a los sindicatos ¿no están provocando la desmovilización de los trabajadores mecánicos? ¿Qué actitud han tomado los sindicatos clasistas?

Me hablaba en un tono intimista, como si yo fuera su par y tratando de suprimir las diferencias que imponía la diferencia de jerarquía entre quien detentaba el tercer lugar en la escala de mandos de la conducción nacional y un simple oficial montonero como yo era en ese momento.

Enseguida me di cuenta de que con su forma de comportarse apuntaba a despertar mi confianza, y crear las condiciones adecuadas para que pudiera decirle sin reserva alguna cuál era mi opinión sobre la situación por la que atravesaba en esos meses el movimiento obrero más combativo del país que, sin embargo no había podido reaccionar para frenar el avance de la derecha.

Después del Navarrazo, contra el que los trabajadores respondieron con un paro pero no se movilizaron con la contundencia con que lo hicieran en el Cordobazo y en el Viborazo, la

violencia política se había instalado en la ciudad acabando por ocupar el centro de la escena política y alejando de las calles al movimiento obrero, cuya fuerza estribaba precisamente en su capacidad para convocar y liderar a otros sectores de la sociedad, como el estudiantado y los empleados públicos y de servicios, lo que le había valido el gran protagonismo que alcanzara en la historia reciente de los cordobeses.

Esta era la verdadera valoración política que yo hacía sobre lo que estaba ocurriendo en Córdoba, sin embargo, cuando Quieto requirió mi opinión, la desconfianza que albergaba con respecto a las decisiones que pudiera tomar la conducción nacional sobre mi situación como militante, y que eventualmente podrían afectar mi seguridad personal, me llevó a pensar que acaso el Negro estaba tratando de «tirarme la lengua» para averiguar lo que realmente opinaba acerca de las políticas implementadas por la organización.

Por eso, cuando el Negro insistió y me preguntó si yo creía que los trabajadores cordobeses habían entrado en un proceso de desmovilización, decidí ser precavido y no descubrir lo que pensaba y, ateniéndome a la evaluación general de situación que hacía la conducción montonera, respondí, con una contundencia que no dejaba lugar a dudas:

—Todo lo contrario, Negro. Córdoba vive un estado preinsurreccional, por lo que no debemos descartar que antes de fin de año se produzca un nuevo Cordobazo.

—¿Te parece, Yofre? —me preguntó el Negro, con una expresión de incredulidad pintada en el rostro que bastaba para decirlo todo.

Allí terminó el diálogo y en silencio retornamos al interior de la casa para continuar con la reunión.

En ese tiempo mis sentimientos eran contradictorios, ya que si bien tenía la certeza de que la orientación seguida por Montoneros nos llevaba hacia a una estrepitosa derrota, por otra parte, era consciente de que no podía exponer esta convicción a la consideración de mis compañeros de militancia, ya que la organización no estaba abierta al debate sino todo lo contrario, pues en las filas montoneras seguía imperando el autoritarismo heredado de los tiempos en que la clandestinidad y la lucha armada prevalecían sobre la política.

Poco después de esa reunión, tendría la confirmación de que ya en ese momento el regreso a la concepción militarista domi-

naba tanto el espíritu como el pensamiento de Firmenich y antes de que transcurrieran sesenta días el jefe montonero se lo haría saber a todo el país.

Sólo años más tarde, y ya en el exilio mexicano, pude interpretar el verdadero sentido de las preguntas que me hiciera el Negro en el local de la JTP, cuando durante una conversación con Julio Villar<sup>28</sup> le conté cómo había desbaratado lo que seguía considerando había sido una maniobra de inteligencia, ante lo que Julio me dijo:

—No Francisco, te equivocás. No se trató de una operación de inteligencia. Quieto tenía diferencias con Firmenich desde la época en que Montoneros desafió a Perón el 1° de mayo del '74. En todo caso quería confrontar sus dudas con tus apreciaciones, eventualmente coincidentes con las que él tenía, pues estaba al tanto de que habías querido alejarte de la organización.

—Es la primera noticia que tengo sobre esa supuesta diferencia. ¿Vos estás seguro de lo que decís, Julio?

—Sí lo estoy, porque el Negro Portantiero<sup>29</sup> me lo contó. Quieto le pidió varias veces que se reunieran y le dijo que no compartía el enfrentamiento directo con Perón ni la creciente militarización de Montoneros.

Con esa revelación que me hiciera Villar pude reinterpretar aquella conversación de julio de 1974 en la que Quieto, con el mate en la mano y abrigado con su infaltable sobretodo gris, intentó confirmar sus dudas sobre el impacto de las políticas montoneras en la sociedad argentina y el comportamiento de los trabajadores cordobeses ante el agravamiento la violencia política provocada por la derecha, y se encontró con una respuesta desmesurada que seguramente habrá atribuido al fanatismo del ala dura de Montoneros que en ese entonces sostenía que había que volver a empuñar los fierros para así recuperar el prestigio que había perdido ante las masas.

Si al pueblo argentino —se afirmaba entonces en la organización— se le muestra una vez más que Montoneros está dispuesto a dar la vida de sus militantes ya no por Perón sino por la revolución y el socialismo nacional, volveremos a ser reconocidos como la gloriosa juventud y así estaremos en condiciones de asumir la conducción política del Movimiento Peronista.

Como todos sabemos, efectivamente muchos militantes terminaron ofrendando su vida al adherir a una estrategia política

tan errada como absurda que concluyó con la derrota y disolución definitiva de Montoneros.

### *Cuarenta años después*

Quiero concluir este capítulo con un artículo que escribiera en el año 2013 para ser publicado en el libro «Córdoba 1973. Escritos para Ricardo Obregón Cano»<sup>32</sup>, editado por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba en homenaje al ex gobernador.

En el texto citado relato brevemente el escenario político de Córdoba entre 1972 y 1974. Los hechos ocurren tanto en la etapa de la militancia romántica, como en la etapa de la militancia mesiánica. Ellos dan cuenta de la felicidad que da la victoria y el dolor que produce la derrota expresada en la pérdida de vidas, de cárceles prolongadas, de libertades conculcadas, de exilios obligados y del sufrimiento del pueblo.

#### *I*

Una tarde de finales de invierno de 1972, la Juventud Peronista, en la que yo militaba desde 1968, realizó en el local sindical de la UTA el primer acto de la campaña *Luche y Vuelve*, consigna que pocos días antes lanzara Héctor Cámpora, último delegado del general Perón, en el marco de la ofensiva final contra la dictadura militar presidida por el general Alejandro Agustín Lanusse.

Unos días antes, los responsables de las distintas agrupaciones que conformábamos la Juventud Peronista nos habíamos reunido para ultimar los detalles organizativos de la movilización y la dirección política que le daríamos.

Después de vencer la resistencia de los compañeros que

---

32 El texto recopila testimonios militantes, personales, así como de historiadores y ensayistas, que buscan recrear no solamente la experiencia de aquel gobierno, sino sobre todo la movilización social y política de la Córdoba de la década del '70. Los compiladores de este título son: Luis Miguel Baronetto, Luis Rodeiro y Guillermo Vázquez; y cuenta con una veintena de textos, producidos por Manuel Reyes, Sebastián Barros, Hugo Vaca Narvaja, Esteban Righi, Jorge Bernetti, Esteban Dómina, Enrique Lacolla y Roberto Ferrero, entre otros. Ed. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba, 2013.



consideraban que del acto no debía participar la dirigencia de la rama política, a la que se caracterizaba como «reformista», designamos a Rodolfo Vittar para que se reuniera con Ricardo Obregón Cano y le pidiera que fuera el orador principal, solicitud que aceptó de inmediato.

La elección de la sede de la concentración se hizo como parte de una estrategia en la que pretendíamos señalar la necesidad de unir las luchas de la Juventud con las de los trabajadores. Nadie expresaba mejor que Atilio López, secretario general del gremio y de la CGT de Córdoba, la resistencia del movimiento obrero a los planes continuistas de la llamada «Revolución Argentina». Doce paros activos de la CGT Regional, *Cordobazo* y *Viborazo* incluidos, así lo atestiguaban.

Sin embargo, el mayor impacto político de aquella etapa, consistió en que ese día, por primera vez en el peronismo de Córdoba, un político de máximo nivel, y perteneciente a otra generación, participó de un acto juvenil dominado por las consignas duras que resonaban en el recinto, proclamando la adhesión a las «formaciones especiales» y denunciando el fusilamiento de los guerrilleros capturados tras la fuga del penal de Trelew.

Obregón Cano estuvo a tono con el clima combativo que reinaba en el momento. Con voz enérgica, y en respuesta a la entonces famosa frase de Lanusse, señaló que: *«al general Perón le da el cuero para volver al país y estará en la Argentina antes de que finalice el año»*. Después afirmó que el peronismo volvería a ser gobierno en Córdoba; y no se equivocaba, ya que al año siguiente, en un soleado 25 de mayo, asumió como gobernador de Córdoba.

Cuando me dirigía a la Legislatura para asistir a la ceremonia de juramento, reviví con emoción las imágenes que desde Buenos Aires llegaban por la televisión local mostrando cómo una multitud reunida en Plaza de Mayo homenajeaba fervorosamente la presencia de los presidentes Salvador Allende y Osvaldo Dorticós, gritando una y otra vez: *«Chile, Cuba, el pueblo te saluda»*.

Mientras tanto, en el recinto legislativo cordobés, legisladores e invitados esperábamos de pie al nuevo Gobernador. Cuando Obregón Cano ingresó en la sala, un largo y sostenido aplauso se escuchó en medio de la ovación que bajaba de las gradas.

Su discurso tomó la forma de un mensaje en el que reivindicaba el rol destacado que la provincia jugó en el escenario político nacional durante la «Revolución Argentina».

*«Córdoba —señaló— que supo plantarse ante los desbordamientos despóticos en las conmovedoras jornadas de mayo de 1969 y marzo de 1971, ha probado que también sabe usar plena y responsablemente la suprema arma de la democracia: el sufragio popular».*

Luego, consciente de las dificultades que debería enfrentar, convocó a la tregua política como un requisito ineludible para hacer posible la reconstrucción de la provincia, para terminar afirmando enfáticamente que:

*«El tiempo de la opresión y de la fuerza ha concluido. Hoy iniciamos el camino de la constitución y del imperio de la Ley».*

## II

Obregón Cano no había completado su tercera semana en el gobierno cuando debió enfrentar uno de los tantos conflictos políticos que sacudían a la provincia y que tenían su origen en los graves enfrentamientos que se producían en el seno del Movimiento Peronista.

El 11 de junio de 1973, a la medianoche, un grupo de treinta militantes pertenecientes a la Juventud Universitaria Peronista y a la Juventud Trabajadora Peronista ocupamos pacíficamente Radio Universidad, ubicada sobre el primer piso del Pasaje Muñoz frente a la calle Rivera Indarte.

La toma tenía por objetivo imponer en la conducción de los Servicios de Radio y Televisión de la Universidad un directorio que respondiera a los lineamientos de la Tendencia Revolucionaria Peronista.

Durante toda la noche, a través de los micrófonos de la radio, difundimos nuestras consignas y dimos a conocer nuestro mensaje político, acompañados por la Marcha Peronista, entonada por los militantes con el fervor propio de la época.

Muy temprano, a las siete y media de la mañana, un funcionario de la gobernación nos convocó a la casa de las Tejas para ser recibidos por el gobernador. Con el Gringo Córdoba, uno de los dirigentes de la JUP, tomamos un taxi y pedimos que nos llevara lo más rápido posible a la Casa de Gobierno.

Obregón Cano nos hizo pasar a una pequeña sala. Nunca perdió la serenidad y nos trató con amabilidad, a pesar del daño

político que significaba para su gobierno que Córdoba amaneciera con una radio tomada por un grupo político de su mismo signo, que no sólo cantaba la marcha partidaria sino que transmitía proclamas políticas que, por demasiado radicalizadas, iban más allá de lo que era prudente en el momento.

En su rostro se dibujó una expresión de sorpresa y perplejidad cuando le anunciamos que ya teníamos decididos los nombres de nuestros candidatos al directorio de los SRT incluido el del propio presidente.

—Pero muchachos —nos dijo—, esta actitud no puede ser aceptada por el Rector de la Universidad, por lo menos el presidente de los medios debe ser designado por él.

—Gobernador, nosotros tenemos que asegurarnos que los SRT no estén conducidos por el sector político representado por el actual interventor —le expresamos, tratando de suavizar nuestra respuesta.

Cuando Obregón Cano, después de insistir en su posición, escuchó que nos negábamos a modificar nuestra solicitud se comunicó con el interventor Próspero Luperi para pedirle que nos recibiera. Al llegar al rectorado nos encontramos con una multitud de estudiantes que enarbolaban banderas, entonaban las consignas de diversas agrupaciones y se disponían a ocupar las facultades. Sus dirigentes también esperaban a ser recibidos por el rector. Ni bien éste se enteró de que estábamos en la antesala de su despacho nos hizo pasar, pero, ya en plena negociación, recibí por teléfono la noticia de que la radio había sido retomada por sus empleados. Ni bien cortó, nos transmitió la nueva situación y dio por terminada la reunión, no sin antes expresarnos su malestar por lo sucedido.

Este era el clima de agitación que se vivía en Córdoba en los primeros meses del gobierno de Obregón Cano. Durante casi siete años se habían obturado los canales de participación ciudadana, produciendo reclamos sectoriales que se profundizaban por la extrema disputa ideológica que reinaba en aquellos años.

El último recuerdo que tengo de Obregón Cano en Argentina fue un hecho trágico que anticipaba la larga noche de terror en que caería el país. Fue casi al anochecer de septiembre de 1974 en el cementerio San Jerónimo, cuando despedía con sentidas palabras a su compañero de fórmula, el Negro Atilio López, cruelmente asesinado por las Tres A.

La Argentina había dejado de ser segura para el ex gobernador, depuesto por un jefe policial que nunca fue sancionado.

Unos días más tarde, Obregón Cano se refugió en la Capital Federal en un departamento de barrio Caballito que nadie conocía. En ese mismo mes uno de sus sobrinos políticos, Héctor Bina, que hacía su residencia médica en Buenos Aires, sería el encargado de llevarlo clandestinamente en su auto al aeropuerto de Ezeiza. Allí lo esperaba el diputado nacional Diego Muniz Barreto, que luego sería asesinado por la dictadura, quien lo acompañó hasta el avión para verlo partir junto a su esposa.

Horas después llegaba a México donde habríamos de volver a vernos.

### III

A los pocos días del temprano exilio de Ricardo Obregón Cano, también arribaron al país azteca Rodolfo Puiggrós y Esteban Righi<sup>30</sup>. Los tres habrían de convertirse en los dirigentes más notables de la expatriada política argentina, a los que, a fines del '79, y por el lapso de un año, se sumará Héctor J. Cámpora.

A medida que se intensificaba el terror represivo de las Tres A, y se incrementaba la llegada de expatriados, se hizo imperioso organizar un centro de referencia que se ocupara de legalizar su situación migratoria, y que atendiera sus necesidades básicas, como conseguir vivienda y trabajo.

Con esos objetivos, el 27 de febrero de 1976, Obregón Cano y Puiggrós fundaron el Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (COSPA) siendo Obregón Cano su primer secretario general y Puiggrós secretario de relaciones internas.

Junto a sus tareas de solidaridad y asistencia para con los que recién llegábamos a México, dominados por la angustia de saber que dejábamos atrás un país arrasado por el terrorismo de Estado, el Comité también promovía una campaña sistemática de denuncia de los crímenes que cometía la dictadura.

En el COSPA se nucleaban los sectores que adherían a Montoneros, mientras que el otro centro de referencia del exilio argentino fue la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS), creada unos meses antes por una coalición de peronistas camporistas y militantes de izquierda.

En octubre de 1976, tras pasar tres meses asilado con mi familia en la embajada mexicana en Buenos Aires, junto al ex pre-

sidente Héctor Cámpora, su hijo Héctor<sup>31</sup> y Juan Manuel Abal Medina, pudimos finalmente viajar al país azteca.

El gobierno mexicano nos alojó en el Hotel Versalles donde permanecemos hasta la Semana Santa de 1977, en que nos trasladamos a un edificio de la calle Mariano Escobedo ubicado en colonia Polanco. Allí vivía, entre otros, el escritor Pedro Orgambide; premio Casa de las Américas; y, en un cuarto piso con amplios ventanales que miraban hacia el bosque de Chapultepec, se alojaba el ex gobernador Obregón Cano. Al año siguiente, el también escritor y periodista Miguel Bonasso habría de ser otro de mis vecinos.

Recuerdo que un día de noviembre de 1983, Bonasso me hizo pasar al living de su departamento y sin mucho preámbulo, y señalando a un hombre alto al que yo no conocía me dijo:

—Te presento a Jaime Dri, el protagonista de la novela que acabo de concluir.

Se refería a aquella obra que sacudió a los argentinos «*Recuerdos de la muerte*»<sup>33</sup>.

Desde el punto de vista político, los años que estuvimos en México fueron muy intensos, pues realizamos múltiples actividades, la mayoría de las veces para denunciar los fusilamientos encubiertos, los campos de exterminio y las torturas de miles de prisioneros, aunque, con el paso de los años lo peor de la represión fue quedando atrás y, consumada la derrota de Malvinas, tuvimos la certeza de que nuestro regreso al país no se demoraría. Sentíamos, como dijera Leopoldo Marechal, «*que había llegado la hora de cambiar la tristeza de todos los exilios por los colores de todas las esperanzas*».

Me viene a la memoria una tarde de diciembre de 1982 cuando, en Acapulco, al regresar de la playa, nos pusimos a jugar al truco un grupo de exiliados entre los que se encontraba Obregón Cano. Como no podía ser de otra manera discutimos cuál sería la forma en que se organizaría la salida electoral. En un momento comenté que, en la misma mesa del *bungalow* en la que sosteníamos nuestra partida, en mayo del ochenta, habíamos jugado con Cámpora, aprovechando que por esos meses, su salud mejorara transitoriamente.

En esa oportunidad, el ex presidente, como lo hiciera en

---

33 Miguel Bonasso. «*Recuerdo de la Muerte*». Edición definitiva. Editorial Planeta. Col. *Espejo de la Argentina*. Buenos Aires, 2010. 544 páginas. Primera edición: 1984.

otras ocasiones, había lamentado no poder continuar con la estrecha amistad que, desde los años '74 y '75, lo uniera a Obregón Cano, y que se veía obstaculizada por las diferencias políticas que entonces existían entre ellos. Hoy estoy convencido de que si Cámpora hubiera vivido más, la lucha política los habría vuelto a unir, pues ambos sabían que formaban parte relevante del proceso de grandes cambios producidos en el peronismo en la década de los setenta y eran conscientes del rol que habían jugado en la proyección de la juventud peronista en el escenario político del país, tanto durante la exitosa campaña del *Luche y Vuelve*, como a través de las acciones transformadoras llevadas adelante por sus respectivos gobiernos iniciados el 25 de mayo de 1973.

A cuarenta años de aquel septiembre de 1972, podemos afirmar que la lucha no fue en vano. Hoy la Argentina atraviesa un momento excepcional de su vida política. Ha consolidado su prestigio en el concierto de las naciones. Presenta un crecimiento económico sostenido, siendo el período más prolongado desde que se constituyó como Nación. Lleva adelante un proyecto político inclusivo de signo nacional y popular. La juventud ha despertado y vuelve a tener un lugar preponderante en la política.

El proceso de transformación iniciado el 25 de mayo de 2003 se ha realizado sin violencia, en libertad y con el funcionamiento pleno de las instituciones de la República.

Debemos valorar esta convivencia pacífica en la democracia que tenemos, que a la luz de nuestra historia, es un tesoro que entre todos los argentinos debemos cuidar.

Jamás olvidemos que cada vez que se violentó la democracia, la República se extravió; se violaron los derechos humanos; se perdieron las principales conquistas sociales instauradas a través de décadas de lucha y se perdió lo más importante: la libertad.

He recordado en estas líneas, momentos de la larga, sufrida, comprometida y valiosa trayectoria política de Ricardo Obregón Cano, que llegó a gobernar Córdoba tan sólo por unos meses, debido a la acción desestabilizadora lanzada en aquellos años por los sectores más extremos de la propia derecha peronista.

Quiero concluir este homenaje al militante, al dirigente que supo erigirse como símbolo de una época de luchas y transformaciones inconclusas reproduciendo parte del discurso que le escuchara pronunciar aquel 25 de mayo de 1973 en la Legislatura cordobesa:

*«No están los rostros de los que perdieron sus vidas y de los que sufren (sufrieron) el dolor de la prisión o el exilio. La memoria colectiva que es a veces más justa que las memorias de las academias, los recordará siempre con cariño y adoración».*

## EN LA CLANDESTINIDAD

Después de la reunión con el ejecutivo de Montoneros en la que tuve esa conversación con el Negro Quieto y se generara el equívoco al que me he referido, los acontecimientos políticos se precipitaron y se inició una escalada de violencia y de crímenes que conmovieron al país y que sólo habría de terminar con el restablecimiento de la democracia. El mes de julio concluyó con el asesinato del diputado Rodolfo Ortega Peña, director de la revista *Militancia* y el único de los que respondían a la Tendencia que no había renunciado a su banca tras la borrascosa reunión que en enero mantuvieron con Perón. El miércoles 31 cerca de las diez y media de la noche y casi en la esquina de Juncal y Pellegrini, en pleno centro de Buenos Aires, en un operativo similar al que a mediados de mayo se cobró la vida del sacerdote Carlos Mugica, un comando de la Triple A descargó una lluvia de balas sobre su cuerpo, ocho de las cuales impactaron en su cabeza. Tiempo después se sabía que el ejecutor había sido el subcomisario de la Federal Rodolfo Eduardo Almirón, uno de los principales cómplices de López Rega.

El 8 de agosto mientras estaba en el local central de la agrupación, ubicado en la primera cuadra de la avenida Chacabuco, celebrando una reunión con los responsables de las agrupaciones sindicales cordobesas que se encuadraban en la JTP, vi que Jorge García se asomaba a la sala y con un gesto me daba a entender que saliera porque tenía que hablarme en privado. Desde el pasillo, y sosteniendo la puerta entreabierta, me hizo señas para que apresurara mi salida.

A pesar de la ansiedad que demostraba me tomé unos minutos antes de abandonar la sala pues en ese momento estábamos acordando los distintos puntos en que se concentraría cada agrupación para concurrir al acto que habría de realizarse al día siguiente en la ex plaza Vélez Sarsfield, en apoyo al paro activo de los obreros metalmeccánicos con el que René Salamanca, secretario general de la seccional SMATA de Córdoba, intentaba resistir la intervención dispuesta ese mismo día por José Rodríguez<sup>34</sup>,

---

34 Además de la intervención de la seccional Córdoba, el SMATA central,



secretario general del gremio a nivel nacional quien estaba encuadrado en la ortodoxia peronista.

Ante la insistencia de Jorge para que me apurara, no dejé la sala hasta advertirles a los compañeros que en breve me reincorporaría a la reunión. Como me demoraba, el Vinchuca García se mostró molesto y apenas traspuse la puerta me reclamó:

—Vamos Pelado, no podés seguir perdiendo tiempo que en media hora tenés que encontrarte en el bar *El Nacional* con Lino. ¿Lo ubicás no? —me preguntó, refiriéndose a Julio Roqué.

—Sí, sé quién es —le dije, recordando que mi prima Gabriela Yofre me lo había presentado el año anterior cuando nos encontramos casualmente en el centro de Córdoba y ella ya estaba embarazada de Martín.

—Tenés que acompañar a Lino al sindicato de Luz y Fuerza para contactarlo con Tosco.

Cuando me reuní con Lino ya había oscurecido y recorrimos caminando las tres cuadras que nos separaban del sindicato. El compañero de seguridad apostado en la puerta de entrada me reconoció, por lo que al anunciarle que queríamos entrevistarnos con Tosco nos informó que éste se encontraba en la biblioteca presidiendo una reunión del secretariado.

Lino se mantuvo apartado en un extremo del largo pasillo con la intención de pasar inadvertido para el intenso trajín de militantes que iban y venían presurosos, llevando los grandes carteles que identificaban al sindicato, como siempre ocurría en los días previos a un paro general. Su apariencia era la de un próspero profesional. Vestía un traje azul, camisa celeste, corbata al tono, sobretodo de pana gris oscuro y llevaba consigo un maletín de cuero.

Como en diversas ocasiones había compartido reuniones con Tosco, él ya me conocía y apenas entré a la biblioteca me saludó con una leve inclinación de cabeza. No necesité decirle que mi

---

apoyado e instigado por el vanderista Ricardo Otero, titular del ministerio de Trabajo, decidió la expulsión del sindicato de René Salamanca y del resto de los 22 miembros del comité ejecutivo cordobés, la suspensión de la seccional y el control de la misma por parte de un «comité de vigilancia» de Buenos Aires, bajo la acusación de que la seccional estaba involucrada en «una conspiración de la izquierda cipaya al servicio de las grandes empresas». Otero congeló las cuentas de la regional y la patronal de IKA-Renault dispuso la suspensión de 2.800 trabajadores.

presencia se debía a un motivo especial. Simplemente solicitó a un miembro de la conducción del sindicato que se hiciera cargo de la reunión mientras él se retiraba.

Cuando abandonó la biblioteca los tres nos dirigimos a una oficina ubicada al fondo del pasillo, donde nos sentamos en unas sillas negras dispuestas alrededor de una mesita ratona de vidrio. Allí Lino tomó la palabra:

—Como integrante de la conducción nacional de Montoneros vengo a manifestar el apoyo de nuestra organización al paro.

—Hizo una breve pausa y agregó: —Estamos dispuestos a dar una fuerte señal en este sentido y, si vos y Salamanca están de acuerdo, quisiéramos que Mario Firmenich participe en el acto como uno de los oradores.

Tosco no pudo disimular su sorpresa, como advertí por la expresión en su rostro.

—Nosotros, los trabajadores, estamos empeñados en una lucha frontal contra la derecha reaccionaria, por lo que agradecemos el apoyo de Montoneros. En seguida me voy a poner en contacto con René, pero descarto que él, al igual que yo, estará de acuerdo en que Firmenich haga público desde el palco el apoyo al paro y a la lucha de los trabajadores del SMATA.

Para Agustín Tosco y René Salamanca el apoyo de Montoneros y de sus organizaciones de masas, significaba una bocanada de oxígeno que resultaba vital para la resistencia obrera ya que en esta ocasión otros gremios aliados, alineados con el sector legalista, no adhirieron al paro dejándolos en una soledad peligrosa para defenderse del furioso embate lanzado por la ortodoxia sindical.

Por otra parte, y vista desde la perspectiva de Montoneros, la presencia en el acto era un hecho político de trascendental importancia, pues la organización aparecería en el escenario político nacional compartiendo la conducción de la resistencia de los trabajadores más radicalizados del país, afianzando así su idea de ser la vanguardia del movimiento obrero y, por otra parte, se adelantaba al posicionamiento político al que aspiraba el ERP, que por sus definiciones ideológicas era el representante natural de ese sector del sindicalismo combativo.

Al día siguiente, Firmenich haría uso de la palabra precediendo a Agustín Tosco y a René Salamanca en la concentración de trabajadores y estudiantes que en una muestra de compromiso y valor defendían sus derechos, sus sindicatos, sus líderes históri-

cos, a pesar de que tenían conciencia de que cada día que pasaba, la derecha reaccionaria se hacía más fuerte y, poco a poco, iba arrasando con todos aquellos que se le oponían. Ya no estaban Obregón Cano y Atilio López en el gobierno provincial. El 12 de ese mes, tres días después del acto, efectivos del Tercer Cuerpo de Ejército fusilaron a dieciséis guerrilleros del ERP en lo que se conoce como la Masacre de Capilla del Rosario, en Catamarca, y faltaba poco más de un mes para que, primero Alfredo «Cuqui» Curuchet, abogado de los sindicatos clasistas SITRAC y SITRAM y después el Negro Atilio López fueran cruelmente asesinados por la Triple A.

Ese día, desde el palco erigido en la ex plaza Vélez Sarsfield, Firmenich aseguró:

*«Ha fracasado de manera absoluta la política económica y el Pacto Social conformado en contra de los trabajadores. Se ha distorsionado el proceso forjado con el pueblo en la calle que derrotó a la dictadura. En la Argentina también tenemos nuestro Pinochet: López Rega es el Pinochet de la Argentina.*

*»Los convoco a todos a lograr la unidad nacional con las armas en la mano si es necesario.*

*»Si es preciso, estamos dispuestos a aportar nuestra sangre montonera, muchas veces derramada para sostener y empujar la lucha de los trabajadores».*

Ya no habría vuelta atrás. Firmenich había decidido anticipar el anuncio oficial del rumbo que tomaría Montoneros una vez producida la desaparición física del líder, que originalmente estaba previsto para el 6 de septiembre. ¿Qué mejor marco para hacerlo que en la ex plaza Vélez Sarsfield, máximo símbolo de la lucha de los trabajadores argentinos contra la dictadura más prolongada de que se tuviera memoria hasta esos días?

En esa plaza histórica se habían dado cita los trabajadores cordobeses, encabezados por el SMATA, Luz y Fuerza, UTA, y por los sindicatos de los obreros de Fiat Concord y Materfer; SITRAC y SITRAM; para producir el Cordobazo en 1969 y reiterar la pueblada en marzo del 1971 con el Vitorazo.

El 9 de agosto de 1974 los trabajadores de la industria automotriz, de Luz y Fuerza y de otros sindicatos menores, junto a una multitud de estudiantes y militantes de diversas agrupacio-

nes escucharon de boca del líder guerrillero que los Montoneros estaban dispuestos a volver a tomar las armas para luchar contra la oligarquía y el imperialismo y por la construcción de la patria socialista.

Esa fue la última vez que Firmenich hablaría en un acto público realizado en Argentina.

Antes de que se iniciara la desconcentración de la columna de trabajadores alineados detrás de la bandera de la JTP donde yo me encontraba, el Zapa Piotti se me acercó para citarme a una reunión que tendría lugar a las ocho de la mañana del domingo. No me indicó ni el motivo ni el local donde se haría, sólo la esquina por la que me pasaría a buscar. Me llamó la atención que nos juntáramos un domingo, día en que por lo general no teníamos actividad política para poder dedicarlo a la familia.

Puntualmente, el Zapa me pasó a buscar en el *Renault 12* blanco que acostumbraba a usar. Después de recorrer un breve trayecto estacionó el auto en un barrio cercano al centro. Caminamos tres cuadras desafiando la inclemencia del frío invernal. *La Voz del Interior* informó que la temperatura mínima del domingo 11 de agosto, se produjo a las ocho y cinco de la mañana con dos grados nueve décimas sobre cero. Las calles del barrio estaban desiertas. Llegamos hasta una parroquia en la que nos recibió el Gringo Alberione, número dos de la regional, quien ya hacía varios años había dejado los hábitos de sacerdote para integrar el núcleo fundador de Montoneros y participar en el copamiento de La Calera en 1970, que por aquella época era un pueblito tranquilo, enclavado en la sierra cordobesa a sólo veinte kilómetros de la ciudad capital y cuya principal fuente de ingresos era la explotación de canteras y la fabricación de cal y de cemento tipo *Portland*.

No resultaba extraño fijar como lugar de reunión la iglesia de un barrio, pues antes del golpe militar Montoneros solía apoyarse en las parroquias de las barriadas para que sus encuentros pasaran desapercibidos ante los organismos de seguridad. De alguna manera los templos aún no eran espacios de represión hasta que la dictadura de Videla extendió la acción militar al campo eclesiástico.

Dos años más tarde, los asesinatos a cara descubierta de los sacerdotes Palotinos y del párroco Francisco Soares, ocurridos

en la Capital Federal, y de los curas Longueville y Murias, en Chamental, expresarían en forma visible que la Iglesia progresista estaba incluida en la guerra de aniquilación desatada por los militares, sin perjuicio de aquella que se desarrollaba en forma solapada, de la que la víctima más notoria fue el obispo de La Rioja, monseñor Enrique Angelelli, cuya muerte aparecería disfrazada como un accidente vial.

Después de nosotros llegó el Mormón Freddy Ernst, del grupo fundador de Santa Fe que fuera amnistiado en 1973. Cinco minutos más tarde lo hizo el Jefe de la regional, Marcos Osatinsky, y por último el máximo jefe de Montoneros Mario Eduardo Firmenich, el único que tenía asignada una custodia integrada por su esposa María Elpidia Martínez, a quien le decíamos la Negrita, y un compañero alto y delgado que parecía muy joven. Ambos portaban ametralladoras y quedaron apostados detrás de la puerta que conectaba a un largo pasillo por el que se accedía a la sala en la que se celebraría la reunión.

El Gringo Alberione, que había sido quien consiguiera que nos prestaran la iglesia de barrio, hizo las veces de anfitrión y nos indicó que nos sentáramos en los dos largos bancos que flanqueaban la gran mesa de madera rústica que ocupaba el centro del salón.

Desde la sacristía llegaba un suave olor a incienso. Inesperadamente reviví por unos segundos los tiempos de mi infancia en el colegio Don Bosco, cuando junto a mis compañeritos de la primaria asistía diariamente al templo de los salesianos para escuchar la santa misa y, a veces casi dormidos, entrábamos a la iglesia en silencio para acomodarnos ordenadamente en los largos bancos. Otras veces, en tiempos de ejercicios espirituales, cuando interminables sermones se intercalaban en la misa, recuerdo que, durante la elevación del Santísimo, me gustaba ver cómo un monaguillo agitaba el incensario y su aroma embriagante iba envolviéndonos, para dejar una huella indeleble en la memoria de nuestros sentidos.

Ahora, veinte años después, me encontraba en una parroquia de barrio en una sala austera de paredes blancas y descascaradas, cuyo único ornamento era un crucifijo de bronce no muy grande emplazado justo arriba de una mesa pequeña sobre la que se asentaban dos candelabros y una biblia abierta de páginas amarillentas.

Mientras el Gringo cebaba mates amargos, tomó la palabra Mario Firmenich, quien reiteró los argumentos que expusiera unos días antes en el local de la JTP.

Señaló la falta de acompañamiento de los partidos políticos a la postura impulsada por la organización de exigir la expulsión del gobierno del Brujo López Rega, por lo que en corto tiempo Montoneros iba a anunciar —según nos adelantó— el regreso a las armas y a la clandestinidad.

—Debemos —dijo— dejar de exponernos a los ataques de la Triple A, de la CNU, de los «centuriones» que comanda Villar, que con sus atentados llevados a cabo en todo el país nos destruyen los locales, nos detienen compañeros y lo que es peor suelen caer militantes sin que nosotros hayamos respondido de la misma forma y con igual intensidad. Esto no puede seguir ocurriendo. Por eso, para contrarrestar la ofensiva de la derecha iniciaremos una maniobra de repliegue, pasando a la clandestinidad, la que acompañaremos con acciones militares de alto impacto político, lo que nos permitirá mantener nuestra influencia en los acontecimientos políticos futuros.

La larga exposición de Firmenich con la cual trataba de fundamentar la decisión que acababa de anunciarnos incluyó la descripción del escenario político emergente por la desaparición física del General y la innegable acumulación de poder lograda por López Rega quien, para ese momento, ya concentraba en sus manos los principales resortes del gobierno.

Esa situación era la consecuencia lógica de la actitud de subordinación que asumía la presidenta Isabel Martínez, quien antes de tomar una decisión requería el consentimiento de López Rega, y sólo si éste estaba de acuerdo avanzaba en la ejecución de las diversas medidas de gobierno.

Después de las palabras de Firmenich se produjo un largo silencio que recién se quebró cuando el Gringo Alberione tomó la palabra para ser el único de los presentes que expresó en voz alta su discrepancia.

—A mi parecer —dijo— en vez de replegarnos y cerrar locales debemos intensificar las acciones políticas, fortalecer la presencia de los frentes de masas abriendo más locales en los barrios. Debemos buscar nuevas alianzas sin abandonar aquellas que nos siguen acompañando.

»Hoy nuestro esfuerzo debería estar puesto en construir un frente democrático con todos los partidos políticos que coincidan

en la necesidad de impedir el avance del fascismo que encarna López Rega.

Firmerich no quiso seguir escuchando a quien proponía una estrategia que se ubicaba en las antípodas de la que él acababa de exponer.

Abandonó la silla de la cabecera en la que estaba sentado para ponerse de pie. Con el rostro enrojecido y el ánimo alterado, casi sin poder contenerse, se puso a caminar alrededor de la mesa mientras lanzaba réplicas demoledoras contra la segunda autoridad de la regional, dueño de un historial que pocos podían exhibir.

—Pero este hombre —dijo en tono descalificador— no entiende que todos los días nos matan militantes sin que nosotros castigemos a los responsables.

»Hemos hablado con los políticos, con Balbín, con Frondizi, pero ellos se niegan a intervenir. Fuimos a ver a los jefes de la Iglesia, a los empresarios... No quieren saber nada, no quieren comprometerse con nuestra propuesta, no se animan a enfrentar al Brujo. Así que nosotros volvemos a tomar las armas...».

Firmerich no pudo continuar con su alegato porque en ese momento el joven alto y delgado que estaba de custodia entró a la sala y, con la voz alterada y en tono apremiante, se dirigió a Firmerich y llamándolo por su nombre de guerra, dijo:

—Pepe tenemos que irnos cuanto antes para preservar tu seguridad. Acabamos de escuchar por la radio que esta madrugada el ERP tomó la fábrica militar de Villa María y el regimiento 17 de Catamarca. En estos momentos la guardia de infantería de la provincia, la Policía Federal y la gendarmería están allanando domicilios y montando pinzas en todos los puentes de la ciudad y en las rutas de la provincia.

—Levantamos la reunión. En cinco minutos no debe quedar nadie en la parroquia —ordenó el jefe montonero.

Ya no habría tiempo para continuar con la discusión. Todos estábamos en peligro. La salida se hizo respetando las jerarquías determinadas por la organización. Primero Firmerich y su custodia y dos minutos después Marcos Osatinsky. Los últimos en abandonar el lugar fuimos el Zapa y yo.

Recorrimos las tres cuerdas que nos separaban del auto caminando despacio para no llamar la atención del vecindario que ya mostraba cierto movimiento. Cuando el Zapa me acercaba al

centro en el *Renault 12*, nos cruzamos con un carro de asalto de la guardia de infantería que avanzaba velozmente sin hacer sonar la sirena para no alertar a los sospechosos que serían detenidos. Los infantes estaban fuertemente armados con fusiles *FAL*.

El Zapa me dejó en el mismo lugar en que me había recogido apenas dos horas antes. Me dirigí directamente a mi casa. Mientras lo hacía saqué algunas conclusiones sobre la tensa reunión a la que acababa de asistir. En primer término pude entender por qué el día anterior el Zapa actuó con tanta reserva al no darme detalles del lugar donde nos reuniríamos ni mencionar quiénes serían los que concurriríamos.

Por otra parte, ninguno de nosotros debía saber que Pepe participaría del encuentro. Se trataba de un ámbito reservado para quienes formaban parte de la conducción regional, con una sola excepción que era mi propia presencia. Quienes, como yo, eran responsables de los otros frentes de masas; el Chicato Mozé de la *JP* Regionales y el Yayo Martellotto de la *JUP* no habían sido incluidos. No era necesario, pues ellos no habían manifestado tener diferencias con la política adoptada por Montoneros ni, menos aún, pretendían apartarse de la organización.

Firmenich había dispuesto mi presencia en la reunión porque quería apreciar por sí mismo cuál sería mi reacción cuando revelara la decisión de regresar a las armas y a la clandestinidad. El jefe supremo desconfiaba acerca de cuál sería mi grado de aceptación a la nueva orientación de Montoneros.

Hacía bien en desconfiar pues si bien, y por las razones que ya he expuesto, no podía exteriorizar mi posición, ésta coincidía exactamente con la que expusiera el Gringo Alberione y que motivara la severa reprimenda de Firmenich.

El 6 de septiembre, un día antes de la fecha en que se cumplía un nuevo aniversario del enfrentamiento armado en que murieron Fernando Abal Medina y Gustavo Ramus, en cuyo homenaje se celebraba como Día del Montonero, Firmenich anunció en conferencia de prensa que la organización retomaba las armas y pasaba a la clandestinidad para enfrentar la ofensiva imperialista y oligárquica que, encabezada por el «Pinochet argentino», había copado las principales posiciones de poder en el gobierno de Isabel Martínez.

En Córdoba, el mismo día y a la misma hora, Freddy Ernst, en nombre de Montoneros, hacía un anuncio idéntico. Sentados



a la misma mesa y acompañando su declaración estábamos todos los responsables de los frentes de masas de la organización.

El hecho de compartir la conferencia de prensa con Freddy produjo cierta confusión sobre la situación política en que quedaban las agrupaciones de superficie alineadas con Montoneros.

Una anécdota que refleja el grado de desconcierto que se generó a raíz de la declaración, puede ejemplificarse en la situación que me tocó vivir al día siguiente de la conferencia de prensa que fuera reproducida por todos los informativos de la televisión.

Esa mañana, y en pleno centro de Córdoba me crucé con un compañero con el que años atrás habíamos compartido los estudios de abogacía en la Universidad Católica de Córdoba. Al verme, se mostró sorprendido y me preguntó:

— ¿Yofre, que hacés caminando tan tranquilo por la 9 de Julio, si ayer te vi en el noticioso de la televisión anunciando que pasabas a la clandestinidad?

Ante su pregunta, y como les sucedió a muchos integrantes de los frentes de masas, me vi en dificultades para explicarle a una persona que era completamente indiferente en materia de política, que el que pasaba a la clandestinidad era Freddy, que representaba a Montoneros, y no yo que pertenecía a la Juventud Trabajadora Peronista y que me había limitado a aparecer sentado a su lado.

En septiembre del '73, un año antes del anuncio del pase a la clandestinidad, y al salir de la entrevista que, a principios de ese mes, se realizó en Gaspar Campos entre Perón y los distintos sectores de la juventud convocados por FAR y Montoneros, Firmenich había hecho breves declaraciones a la revista *El Descamisado* en las que, al contestar a una pregunta acerca de si la actuación de las organizaciones de base en el plano democrático suponía un cambio de método y que FAR y Montoneros renunciaban al empleo de las armas, el jefe guerrillero afirmó:

*«De ninguna manera: el poder político brota de la boca de un fusil. Si hemos llegado hasta aquí ha sido en gran medida porque tuvimos fusiles y los usamos, si abandonamos las armas retrocederíamos en las posiciones políticas. En la guerra hay momentos de enfrentamiento como los que hemos pasado, y momentos de tregua en los que cada fuerza se prepara para el próximo enfrentamiento».*

Esta definición, como ya hemos comentado, es la que repite

en el acto realizado en Atlanta. En el reportaje seguirá diciendo:

*«La guerrilla es una de las formas de desarrollar la lucha armada; es sin duda el más alto nivel de lucha política. Este método se desarrolla cuando los objetivos políticos no pueden ser alcanzados a través de todas las formas no armadas de la lucha política. O sea que la guerrilla no es una política en sí misma sino un método para desarrollar una política en circunstancias determinadas»<sup>35</sup>.*

En septiembre del setenta y cuatro Firmenich consideraba que la vía política ya estaba agotada. Si los hechos del 1° de mayo de 1974 marcaron el inicio de un camino irreversible en la pérdida de influencia política en las masas, el regreso a las armas clausuraba definitivamente la ya remota posibilidad de cerrar la brecha que se había ido profundizando a lo largo del último año.

El poder político de Montoneros nace con su participación activa en la campaña del *Luche y Vuelve* que responde a la conducción estratégica de Perón, pero durante ese proceso la Organización montonera va construyendo poder político propio en el seno del Movimiento Peronista, hasta llegar a ser la segunda estructura política con más influencia en el peronismo, sólo superada por el histórico y todopoderoso sindicalismo ortodoxo.

Montoneros construye su poder acompañando y desarrollando la movilización popular, ciudad por ciudad, pueblo por pueblo, calle por calle. Se trata de una construcción territorial hecha de abajo hacia arriba, que se extiende a cada una de las organizaciones de la sociedad civil, a los centros vecinales, a los sindicatos, a las villas, a las escuelas, a las universidades. Cada uno de estos sectores tendrá una agrupación política dirigida por Montoneros en las que se irán encuadrando a través de sus luchas y con la consiguiente profundización de su conciencia política. Así, todos los conflictos que afectan los intereses de estos diferentes actores sociales encuentran un cauce político que será conducido por un referente de los frentes de masas que responden a Montoneros.

Lo que por sobre todo me interesa destacar es que nuestro poder residía en la movilización de las masas y en la inserción

---

35 *«El valor político del fusil»*. Reportaje a Mario Firmenich. En revista *El Descamisado*, nº 17,11 de septiembre de 1973. Pág. 3.

que, a fuerza de trabajo político, la organización fue logrando en los distintos frentes y en ningún caso, como lo afirma Firmenich, en el de las armas.

En razón de lo expuesto, el pase a la clandestinidad significó renunciar expresamente a todo lo que nos dio poder, proyección, reconocimiento, prestigio, ante las masas populares. Ahora nos retirábamos del trabajo político, replegándonos sobre el propio aparato, para desde allí enfrentar al Estado con las masas desmovilizadas, paralizadas por el terror de la Triple A. Para ese entonces yo ya tenía el pleno convencimiento de que el regreso a lucha armada nos conducía inexorablemente al aislamiento y a la deslegitimación política.

El principal argumento esgrimido por Firmenich aquel domingo de agosto, donde sostuvo que Montoneros debía proteger a su militancia de superficie de la ofensiva derechista y que para hacerlo debía retomar la lucha armada pasando a la clandestinidad, resultaba por lo menos contradictorio pues era precisamente esa militancia vinculada a la organización, y que en muchos de los casos estaba conformada por cuadros orgánicos de Montoneros, la que seguiría actuando públicamente y a cara descubierta en los espacios políticos, donde casi todos sus miembros eran conocidos por todos, y muy especialmente por los organismos de seguridad.

Así, cuando Montoneros anunció que elegía el camino de la ilegalidad para desarrollar su lucha política, el accionar punitivo del sistema represivo habría de recaer en primera instancia sobre los compañeros que tenían una militancia reconocida, en especial los que asumíamos responsabilidades de conducción política en los frentes de masas, así como sobre los cuadros políticos que actuaban como referentes de las agrupaciones sindicales, barriales y universitarias, entre otras.

Por último, podría agregarse que la decisión de retomar la lucha armada no sólo ponía en riesgo la seguridad de muchos cuadros de primera línea, sino que también afectaba seriamente el trabajo político que esos militantes, ya «marcados», podían desarrollar desde la clandestinidad. Además, había que considerar los numerosos problemas de orden práctico que comenzarían a presentarse, relacionados con las dificultades que traía aparejado el sostenimiento de una infraestructura capaz de mantener a tantos miembros «tabicados», que ya no podían

relacionarse entre sí y que por regla general carecían de información sobre lo que realmente estaba sucediendo, más allá de lo que les llegaba a través de los canales de la organización. A todo esto habría que sumar la ruptura de las relaciones individuales, tanto familiares como de amistad y afinidad entre los militantes, lo que conllevaría un alto porcentaje de desgaste y desmoralización, acrecentado por el recrudecimiento de la represión y las cada vez más frecuentes «caídas» de los amigos y compañeros.

En septiembre de 1974, cuando junto a Freddy Ernst aparecimos en la conferencia de prensa donde se anunció el regreso de Montoneros a la clandestinidad, en Córdoba se desató una ola de violencia política de la mano del flamante interventor, brigadier mayor (RE) Raúl Lacabanne. El brigadier, que respondía directamente a López Rega, llegó a Córdoba con la misión de «exterminar la subversión» y una de las primeras acciones que emprendió fue la de tomar por asalto y a los tiros la sede del sindicato de Luz y Fuerza, acompañado por el jefe de la policía provincial, comisario Héctor García Rey, a quien designara el mismo día en que asumió como interventor y que venía de cumplir la misma función en la provincia de Tucumán, donde había sido denunciado por torturas.

El sindicato se tomó, pero los represores no pudieron alcanzar su objetivo principal, que era detener a Agustín Tosco, quien por esos días, advertido por amigos suyos que contaban con buena información sobre la intención de atentarse contra su vida, decidió actuar desde la clandestinidad.

Los diarios que en esa época circulaban en Córdoba publicaban fotografías del interventor Lacabanne rodeado de policías y civiles fuertemente armados en momentos que declaraba ante la prensa los alcances del allanamiento que acababa de conducir contra una sede sindical en la que se había secuestrado armamento y documentación comunista. En otras ocasiones lo retrataban cuando salía de un domicilio al que calificaba de refugio guerrillero en el que se acumulaban armas, municiones y explosivos y se imprimía propaganda subversiva.

Como ejemplo paradigmático de estos allanamientos, y del carácter propagandístico con que se los investía, cabe destacar la mencionada toma del sindicato de Luz y Fuerza, que fuera encabezada por el comisario García Rey y sobre la que varios meses

después, y ya desde la clandestinidad, Agustín Tosco publicó una solicitada en la que, entre otras cosas, decía:

*«El 9 de octubre de 1974 el Sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba fue atacado por fuertes contingentes policiales mediante nutridos disparos de armas de fuego; comandaba el operativo el Jefe de Policía, comisario García Rey. Al periodismo presente se le prohibió acercarse al edificio. Los efectivos policiales entraron violentamente al local de la organización. Todos los trabajadores presentes fueron rudamente tratados, se los insultó y se les hizo objeto de vejámenes diversos tanto a hombres como a mujeres. Se les hizo salir a la calle y tenderse boca abajo sobre el pavimento.*

*»Entretanto, el comisario García Rey ingresaba al local acompañado de personal civil, supuestamente policial, transportando abundante armamento, más del necesario para cumplir las funciones específicas.*

*»Poco después, el comisario García Rey convocó a los periodistas presentes para que pasaran al interior del edificio y allí “descubría” la existencia de armas de guerra de uso prohibido y “abundante munición”. Durante todo el episodio el comisario García Rey profería fuertes exclamaciones de “sorpresa” y de condena y formulaba falsas imputaciones al suscripto y a la conducción sindical.*

*»El interventor nacional de la provincia de Córdoba, brigadier mayor Lacabanne, se hizo presente minutos después, felicitando y abrazando públicamente al jefe de policía por el “éxito” del operativo. Culminaba así la primera parte de la canallesca patraña urdida para intervenir el Sindicato y encarcelar a sus dirigentes.*

*»La agresión provocativa contra Luz y Fuerza se extendió ese día a los locales de los Partidos Comunista y Socialista de los Trabajadores. En ellos, como es de público conocimiento, se procedió también a golpear brutalmente a las personas presentes; se destrozaron útiles y muebles y se pintaron injuriosas expresiones por parte de la organización ultraderechista fascista denominada Triple A. Como resultado de los golpes, quedaron varios heridos y posteriormente murió la militante Tita Clelia Hidalgo.*

*»Debo señalar que la AAA en comunicados reproducidos por la prensa, me ha sentenciado a muerte en dos oportunidades y aún me encuentro bajo esas amenazas»<sup>36</sup>.*

Si, como ya hemos comentado, José Camilo Uriburu en 1971, al pronunciar su famoso discurso en la ciudad de Leones afirmó que:

*«Nadie ignora que la siniestra organización anti argentina que dirige a los que quieren dirigir la contrarrevolución, ha elegido a Córdoba epicentro nacional para su cobarde y traicionera maniobra».*

Lacabanne insistiría en la idea de que es desde Córdoba que se conduce la subversión. Así en agosto de 1975 el brigadier retirado, todavía interventor y próximo a cumplir un año de dirigir en Córdoba su guerra particular contra la guerrilla sostuvo:

*«Hace tiempo que vengo insistiendo en que el país está en guerra; en que no es solamente en el campo militar sino en el campo político, en lo gremial, en lo económico y en lo cultural donde se desarrolla esta particularísima guerra. Esta novísima forma de atentar contra la soberanía, la libre determinación, la tradición, la historia y el futuro de la patria se da acá, en la provincia de Córdoba con singular énfasis».*

En ese tiempo la suerte continuaba acompañándome, pues cuando llegó Lacabanne y se desencadenó la ola represiva, yo todavía estaba en uso de mi licencia sin goce de sueldo por lo que seguía sin concurrir al Banco Social, que ya había sido puesto bajo la conducción de Adalberto Luis Orbiso y su patota bonaerense quien, en sintonía con el brigadier interventor, había comenzado a amenazar a nuestros militantes.

Después de que uno de los autos en los que solía trasladarse Orbiso volara por los aires al explotar una bomba puesta por el ERP cuando estaba estacionado frente al hotel donde se hospedaba, el interventor del Banco Social reforzó su custodia y enlazó sus hombres con los efectivos del D<sub>2</sub> para operar en conjunto contra los «subversivos».

---

36 *La Voz del Interior*. 2 de mayo de 1975. «Solicitada: Tosco se defiende y acusa». Texto de la presentación judicial efectuada con fecha del 30 de abril de 1975, por intermedio de sus abogados, por Agustín Tosco.

Sin embargo, mi situación distaba mucho de ser tranquila, pues a la incertidumbre relacionada con el porvenir de mi militancia había que sumar la inquietud permanente en que vivía, al pensar cuál sería el día que el comisario Choux, después de consultar la dirección que anotara prolijamente en su cuaderno de tapas amarillas, elegiría para detenerme asaltando mi casa al frente de sus matones del D<sub>2</sub>.

Con ese panorama por delante, de un día para otro tuve que abandonar mi domicilio legal y antes de que concluyera septiembre nos fuimos a vivir con Susana y otra pareja de militantes a una de las zonas más alejadas del centro de la ciudad de Córdoba, como era entonces el barrio Santa Isabel Tercera Sección, que por aquellos años recién comenzaba a poblarse.

Ocupamos una típica casa de barrio recién construida que estaba ubicada en la última manzana edificada. Después todo era campo. Debíamos caminar dos cuadras hasta llegar a la parada y esperar el ómnibus de la única línea existente que pasaba cada media hora. La corta distancia que separaba el barrio de la fábrica automotriz de IKA-Renault determinaba que la mayoría de las casas estuvieran habitadas por las familias de los trabajadores de la fábrica más importante de las que, en cuanto a la cantidad de puestos de trabajo, existían en ese entonces en Córdoba, estimándose que contaba con cerca de diez mil operarios.

Nuestra mudanza se debió no sólo a razones de seguridad sino a las nuevas normas dictadas por Montoneros, ya que junto al regreso a las armas y el pase a la clandestinidad, la conducción de la organización decidió acompañar su estrategia con la imposición de un movimiento interno que buscaba acelerar la radicalización ideológica de sus militantes, proceso al que se denominó «Hacia la proletarización de nuestros cuadros».

Con este concepto se pretendía que los militantes pudieran interpretar con más fidelidad el pensamiento y la práctica social de los trabajadores, especialmente de los obreros industriales a los que consideraba la vanguardia de la revolución socialista que Montoneros aspiraba a conducir.

De esta forma se fijaban nuevas normas que los militantes montoneros debían incorporar a su vida diaria. Se consideraba que al cumplirlas estaríamos más consustanciados con la forma de actuar de la vanguardia pensando, quizá con bastante ingenuidad, que si vivíamos en los mismos barrios que los obreros y

si a nuestro sueldo; no importaba cuál fuera el que nos ingresaba por trabajar en otra actividad mejor remunerada; se lo equiparaba al sueldo que ganaba un obrero transfiriendo a la organización el excedente salarial, estaríamos en condiciones de compartir las vivencias del obrero y comprender mejor sus determinaciones políticas.

El ideal de este proceso se cumplía cuando el militante lograba insertarse en una fábrica, aunque esta premisa no tenía en cuenta ni las dificultades culturales ni las de orden práctico, entre las que había que contar las notorias diferencias existentes entre los militantes insertados, que debían trabajar políticamente en los establecimientos industriales, y los cuadros de genuina extracción proletaria.

Mientras tanto y hasta tanto se lograra la proletarización de la mayoría de sus miembros, la organización impuso un sueldo con un monto uniforme en todo el país. Esto significó que yo debía socializar mi ingreso de bancario con cuatro años de antigüedad reteniendo solamente el 65% de mis haberes mensuales.

Cuando tuve que buscar un nuevo domicilio que me pusiera a resguardo del posible accionar del comisario Alberto Choux y del interventor del Banco Social, Adalberto Orbiso, debí hacerlo respetando los parámetros que acababan de establecerse en Montoneros por lo que, por necesidad, me vi obligado a compartir el costo que insumía el alquiler de la vivienda con otra pareja amiga que militaba en la organización y por ende bajo las mismas condiciones establecidas. El compañero también era bancario y con las dos entradas salariales, después de descontar el monto a socializar podíamos hacer frente a los gastos que demandaba la casa de Santa Isabel.

Nada podía llamar más la atención entre los vecinos que dos parejas de jóvenes clasemedieros, cuyas mujeres estaban embarazadas, arribaran al barrio de un día para el otro y que tuvieran por hábito salir al alba y regresar bien entrada la tarde, cuando no pocas veces el sol ya se había retirado y las escasas luces que alumbraban el barrio se habían encendido para rescatarlo de la oscuridad.

En resumidas cuentas, el pase a la clandestinidad sumió en una confusión política asfixiante a nuestras organizaciones de superficie. El aislamiento político de las agrupaciones sindicales



ingresó en una espiral progresiva que iba de la mano con la intensificación de la represión.

Aquellos jóvenes que se habían incorporado a la política durante la resistencia a la «Revolución Argentina», aquellos trabajadores que lucharon en la resistencia peronista y que se sintieron incluidos en la victoriosa campaña del *Luche y Vuelve* y en las organizaciones políticas de masas que Montoneros construyó durante esa etapa, se fueron alejando de la organización cuando ésta, sin tomar en cuenta el verdadero nivel de desarrollo de conciencia política alcanzado por el movimiento obrero, les propuso integrarse a su estrategia de lucha armada.

Así, los esfuerzos que realizaban los militantes de los frentes de masas para mantener la representatividad política que una vez alcanzara Montoneros, se volverían, con cada día que pasaba, más estériles y más difíciles de sostener.

En el frente donde yo trabajaba, la capacidad para liderar los conflictos sindicales que una vez demostrara la JTP sólo se podrá volver a efectivizar en momentos aislados, a través de conflictos en los que estaban en juego reivindicaciones puntuales o derechos laborales muy sentidos, siempre y cuando ese liderazgo estuviera despojado de todo marco identitario de pertenencia a Montoneros, ya que la organización comenzaba a ser percibida por los trabajadores como el sector político que había desafiado la conducción de Perón y que ahora venía a proponer la acción armada para enfrentar a la patronal y al gobierno de Isabel Martínez, dominado por López Rega, máximo responsable de la política de terror ejercida desde el Estado en alianza con el sindicalismo ortodoxo y sus patotas armadas.

De esta manera, y aunque frente a cada conflicto sindical siempre estuvo presente la intención de la conducción nacional montonera de apoyar las luchas de los trabajadores con alguna acción militar directa o intimidatoria, en la mayor parte de las oportunidades los resultados políticos obtenidos fueron realmente inciertos, y en ocasiones contraproducentes, pues los trabajadores temían verse involucrados en una forma de lucha política violenta que muchos no sentían como propia, sino que, en todo caso, atribuían al enfrentamiento de dos estructuras, ajenas ambas a su principal instrumento de lucha, la huelga, acompañada de movilizaciones y paros activos. Otros, sin llegar a rechazarla, juzgaban que no era el momento más adecuado para practicarla, pues corrían el riesgo de ser alcanzados por una represalia del

mismo tenor ejecutada por los grupos armados estatales o paraestatales de la derecha que copaba el gobierno.

A fines de diciembre me reincorporé al Banco Social reasumiendo mi condición de secretario general del cuerpo de delegados, y como tal impulsé una asamblea de los empleados cuyo tema principal era lograr algunas reivindicaciones laborales, lo que molestó visiblemente a Orbiso quien, durante una reunión de directorio, expresó:

—«Parece que hay algunos agitadores que andan promoviendo asambleas. Se presentan como peronistas cuando todos sabemos que Perón los echó de la plaza. Mejor que se dejen de joder».

Orbiso sabía que su advertencia me llegaría de inmediato y textualmente, pues de esa reunión participaba Nené Peña en su carácter de directora representante de los empleados. Viniendo de Orbiso se trataba de una amenaza muy seria que yo no podía ignorar.

Por lo general, enero y febrero son meses de poca actividad gremial en los que trabajadores y empleados se toman unos días de descanso por lo que ni en el banco ni en las otras agrupaciones sindicales que dependían de la JTP se produjeron grandes novedades.

A principios de febrero decidí tomar mi licencia anual. Mi presupuesto sólo alcanzaba para unas vacaciones modestas por lo que Susana y yo decidimos pasarlas en la quinta de mi abuela, una propiedad que ocupaba una hectárea, ubicada en el partido de Merlo, a pocos más de treinta kilómetros al oeste del Gran Buenos Aires, donde había pasado muchos veranos con mi familia, que casi siempre se combinaban con una quincena en la costa atlántica.

Mi abuelo materno, Max Consoli, la había comprado en el invierno del cincuenta y dos. Desde entonces se convirtió en el lugar adecuado donde se reunían sus hijos y sus nietos. Mi abuelo falleció en enero del cincuenta y seis y la casona quedó en manos de mi abuela, Mercedes Calderón Hernández, a quien, como ya he mencionado, todos le decíamos Mema.

Mi abuela poseía una memoria prodigiosa que atesoraba infinidad de relatos familiares, muchos de los cuales encerraban hechos dramáticos que acaecieran antes y después del denomi-

nado período de Organización Nacional, durante la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX. Por las noches, antes de que nos fuéramos a dormir, todos los nietos nos juntábamos en la galería, y sentados alrededor del sillón que ocupaba la Mema, escuchábamos sus siempre amenas narraciones acerca de diversos episodios de la rica historia de su familia materna, los Hernández, cuya destacada actuación en la política de la época se entrecruzaba con sucesos claves de la historia argentina. Fueron precisamente esos relatos de sobremesa los que me impulsaron a escribir «*La hora del perdón*»<sup>37</sup>, una novela histórica cuyo eje se centra en la violencia que signó la vida institucional de nuestro país.

Fue durante esos días de febrero en que permanecí alejado de la angustia, la incertidumbre y las diarias preocupaciones que rodeaban mi vida en la Córdoba de Lacabanne, García Rey, Choux y, sobre todo, de mi enemigo más cercano, el Flaco Adalberto Orbiso, que fui madurando la irrevocable decisión alejarme definitivamente de Montoneros. Entre todas las dudas y vacilaciones que me acompañaron hasta el momento en que tomé esa resolución, sólo tenía una clara certeza: la de que, por ningún motivo habría de someterla a la aprobación de la conducción de la organización, sino que la llevaría adelante sin ninguna advertencia previa y sin dar el menor indicio de lo que estaba por hacer, aunque, hiciera lo que hiciera y por sobre todas las cosas, buscaría preservar la seguridad de mis compañeros.

¿Cuándo lo haría? ¿Cómo lo haría? ¿Con qué medios subsistiría? Sólo el tiempo podía darme una respuesta, pero sabía que cuanto antes lo hiciera más posibilidades tendría de anticiparme a las posibles acciones de mis enemigos, sobre todo a las que podía emprender Orbiso quien tenía motivos suficientes para descargar sobre mí todo su poder de fuego y, en el caso del Flaco, cuando se hablaba de «poder de fuego» no cabía hacerlo en forma metafórica.

El 23 de febrero emprendimos el regreso a Córdoba, en un micro de la *Chevallier* que partió a las 22:00 desde plaza Once. Por aquellos años la terminal de la empresa *Chevallier* estaba en un

---

37 Francisco Felipe Yofre. «*La hora del perdón*». Ediciones del Boulevard, Córdoba, 2005.

viejo galpón, situado frente a la plaza y a poco más de una cuadra de la estación de trenes del Ferrocarril Sarmiento que entre sus destinos tenía la ciudad de Merlo.

Eran las seis de la mañana cuando arribamos a la terminal de ómnibus de Córdoba, que había sido inaugurada sólo tres años antes. Todavía estaba oscuro y mi estado de ánimo no era el mejor. Sabía que regresaba inerme a la guarida gobernada por el brigadier Lacabanne, desde donde partían los escuadrones de la barbarie para detener, torturar, asesinar y, unos meses más tarde, también para desaparecer a los activistas, militantes y dirigentes del campo popular.

De común acuerdo y como Susana tenía la llave, decidimos dirigirnos a la casa de sus padres, situada en el centro de Córdoba y relativamente cerca de la terminal, por lo que el taxi nos saldría mucho más barato que si nos trasladáramos a nuestra lejana casita de Santa Isabel.

Sin desarmar las valijas, nos recostamos a descansar un rato, aprovechando que en el domicilio no había nadie pues, como era verano, ya estaban instalados en la casa de campo que tenían en Villa Warcalde.

Serían las ocho de la mañana cuando la madre de Susana, Sarita, que acababa de llegar a su domicilio, entró a la habitación para despertarnos. Se veía que estaba muy preocupada.

—Francisco —dijo—, el diariero de la esquina me encargó que le contara que hoy a las cinco de la mañana estuvieron unos hombres armados que decían ser policías pero ninguno de ellos vestía uniforme.

Con Susana nos vestimos rápido y recuerdo que le dije:

—Andate a lo de tu tío Carlos Heredia.

—¿Y vos que vas a hacer? —me preguntó ella, mientras terminaba de calzarse los zapatos.

—Me voy a ir al banco para averiguar si saben algo.

La casa estaba en una planta alta y tenía un largo pasillo que conectaba las habitaciones y terminaba en la cocina. Desde el pasillo y a través de dos ventanas de tipo *vitraux*, se podía escuchar a las vecinas que conversaban en el patio interno de la casa de la planta baja.

Me disponía a bajar las escaleras para ir al banco cuando alcancé a oír que la mujer de mayor edad le decía a su hija:

—Se ve que venían a buscar al marido de Susana. Te juro que creí que tiraban la puerta abajo.

—No entiendo, mamá, para qué nos hicieron levantar a esa hora... si nosotros no tenemos nada que ver... Todavía me dura el miedo... Y ese pobre muchacho que traían. Cuando le sacaron la manta que le tapaba la cabeza vi que estaba muy golpeado.

—Sí, tenía la cara hinchada y un ojo negro. Pero te juro que esa mirada aterrada no me la olvido más. Por suerte, la hija de Sarita y su marido no estaban porque si no se los hubieran llevado.

Comprendí que no había tiempo que perder. Debía abandonar la casa lo más rápidamente posible para escapar al casi seguro regreso de los asesinos. Tenía que advertirles a los compañeros que necesitaban protegerse cuanto antes, dejando de concurrir a sus trabajos y alejándose de sus domicilios hasta saber qué estaba ocurriendo.

También era preciso averiguar a quién estaban torturando para obligarlo a entregar información a sus atormentadores quienes, según imaginamos con razón, pertenecían a la inteligencia policial de Lacabanne.

Al llegar al banco me dirigí directamente al despacho de Nené Peña, quien me abrió la puerta con la angustia pintada en el rostro. Me recibió con una pregunta que lo decía todo:

—¿Qué está pasando Pelado? Hace un rato me llamó la esposa del Gringo Cravero para decirme que la policía se lo llevó cuando estaba por ir al banco —Nené se refería al Banco de la Nación, donde trabajaba el Gringo—, y recién acabo de cortar una llamada de la mamá de Ricardo Verón que entre llantos me contó que al Gordo se lo llevaron mientras lo golpeaban.

—Mirá Nené, sólo sé que a las cinco de la mañana me fueron a buscar a la casa de mis suegros, pero como estábamos volviendo de nuestras vacaciones en Buenos Aires no pudieron encontrarme.

Nené estaba con su asistente Luis Acosta, un buen militante de la JTP y mejor amigo, quien sacó conclusiones rápidamente:

—Tienen secuestrado a un compañero de la JTP bancaria. Hace unos minutos llamó un familiar de Fernando Medina para avisar que la policía se lo llevó de su casa. Parece que no lo golpearon porque muchos vecinos salieron a la calle al escuchar el escándalo que hacía la patota durante el procedimiento. Si sumamos, hasta ahora los buscados son cuatro, dos del Banco Nación, uno de la Caja de Jubilaciones de la Provincia y vos del

Banco Social. Tenemos que prevenir a todos los compañeros de la agrupación. Hagamos primero una lista de los más conocidos.

En ese instante atendí un llamado. Del otro lado de la línea estaba mi jefa directa. Ni bien escuché su voz supe quién hablaba. Ella también —según dijo— me había reconocido inmediatamente:

—¿Quién habla? ¿Sos Francisco...? —Cuando le confirmé que estaba hablando conmigo me imploró: —Andate ya... pero ya..., porque te vino a buscar la policía y ya salieron para lo de Nené.

Al comentarle lo que me acababa de informar mi jefa, Nené propuso que me refugiara en la Legislatura.

—Nené —le dije— eso no sirve... me llevan a mí, al diputado y a cuantos pretendan oponerse.

—Tenemos que salir del banco ya. Nos vamos —dijo Nené—. Vos Luis quedate y les decís que no sabés donde estoy y que el Pelado nunca anduvo por aquí.

Bajamos corriendo los tres pisos. En la puerta del banco Nené paró un taxi. Cuando el chofer preguntó el destino, Nené no dudó y le dio el nombre de una calle y un número a los que, acaso por costumbre, no presté atención. Después me dijo:

—Te llevo a lo de la Mami, es la única que te puede recibir.

La Mami era una gran luchadora que participara en la resistencia peronista y que había estado cerca de un año presa. Senadora provincial por el Departamento San Martín, se había destacado entre las mujeres de la rama femenina por su lealtad insobornable al general Perón y a Eva Perón. Sus nietas le decían Mamina.

Me recibió sin dudar:

—Mi casa siempre tiene la puerta abierta para recibir a los peronistas que luchan. —me dijo. Y agregó: —Vos te quedás en mi casa todo el tiempo que sea necesario.

Traté de evitar que notara mi emoción pero creo que no lo logré porque, sin darme cuenta, se me escaparon algunas lágrimas.

—Nené —dijo su madre— andate al banco para que no sospechen que sabés dónde está el Pelado.

Cuando llegó, se enteró que un empleado le había informado a la policía que la vio abordar un taxi en la puerta del banco y que yo estaba con ella.

De inmediato, la policía «la visitó» en su despacho e intentó presionarla para obligarla a dar información sobre mi paradero, pero Nené negó terminantemente la versión del empleado delator.

Al día siguiente me puse en contacto con Luis Manrique, con quien, junto a nuestras esposas, habíamos compartido un día de campo en las sierras antes de que nos fuéramos de vacaciones, para preguntarle si me podía recibir en su casa.

Así, el 25 de febrero me trasladé a un pequeño departamento que estaba situado justo enfrente del Hospital de Clínicas de la Universidad Nacional de Córdoba. Ese mismo día, el diario *La Voz del Interior*, informó que en un enfrentamiento armado la policía había abatido a Hugo Baretta y a Hugo Figueroa.

Luis consiguió que un amigo suyo le prestara un colchón y sábanas que ubicó en el comedor, donde habría de pasar una semana.

A pedido mío, Luis se conectó con un amigo en común, Humberto Annone, a quien conocíamos desde la época en que estudiábamos en la Universidad Católica y quien había sido nuestro compañero en el AES, y que también militaba en Montoneros. Humberto, al que le decíamos Hilo porque era alto y delgado, fue quien me prestó su auto para mi viaje de bodas y el día en que debía devolvérselo tuve un choque con una *Renoleta* cuando llegaba a casa de Nené a la que había acercado a su domicilio.

Annone me comentó que por unas horas había corrido el rumor de que el que perdiera la vida en el enfrentamiento del día anterior era yo. El rumor se originó en una confusión producida cuando un compañero que entró a la morgue confundió el cuerpo del Rodilla Baretta con el mío. Este compañero se lo había comentado a Claudio Ehrenfeld quien a su vez se lo comunicó a mi hermana Beatriz que por unas horas lo dio por cierto, hasta que se hizo público el comunicado oficial emitido por la jefatura policial.

Humberto hizo los arreglos necesarios para que pudiera reunirme con el Zapa Piotti, que era mi oficial responsable. En la primera cita que tuvimos confirmó nuestra sospecha de que en el D<sub>2</sub> se estaba torturando a un compañero de la agrupación bancaria de la JTP. Este compañero, que luego permanecería siete años preso, aguantó la tortura 24 horas sin que nadie diera la alarma. Mucho después me comentaría que Choux en persona era el que

dirigía las sesiones de picana y demás formas de tortura y que en el momento en que confeccionaron un listado con los nombres de los militantes que iban a detener, escuchó que el propio Choux ordenó:

— ¡El primero al que vamos a buscar es al Pelado Yofre!

El comisario Choux jamás habría podido imaginar que, llevado por su deseo de atraparme, estaba ayudando a que la suerte, una vez más, jugara a mi favor, pues si su decisión hubiera sido otra me hubieran sorprendido cuando acabábamos de llegar y estábamos descansando en casa de mis suegros.

El Zapa me dio una cita para el día siguiente, al mediodía, en la esquina de Vélez Sarsfield y Duarte Quirós. A la hora convenida, cuando llegué puntualmente a la cita, el Zapa me esperaba como un integrante más de la larga fila de personas que esperaban el ómnibus en la parada de la avenida Vélez Sarsfield.

Mientras iba en camino no había podido dejar de pensar que, en esas circunstancias, estábamos descuidando nuestra seguridad hasta un punto que iba más allá de lo razonable y que incluso pecaba de temerario. Si bien era imperioso que me reuniera con Piotti, consideraba que el encuentro era todo un desafío a la sensatez, teniendo en cuenta que el lugar elegido para vernos estaba a sólo dos cuadras de la entrada del Banco Social y a cuatro del pasaje Santa Catalina, sede del D<sub>2</sub> y principal centro de torturas de la policía desde la época de la «Revolución Argentina», que continuaría en plena actividad bajo el imperio del terrorismo de Estado cuando el señor de la muerte, el general Benjamín Menéndez, manejaba a su antojo la provincia de Córdoba.

Podríamos afirmar que, durante esos años, nuestra práctica de la militancia se realizaba en un contexto signado por un riesgo extremo y casi permanente que, sin embargo, llegaba a naturalizarse como un acto más de la vida cotidiana, no obstante lo cual, sería un error de apreciación considerar que actuábamos con desprecio por la vida, ya que, por el contrario, todos aspirábamos poder a ver el día de la victoria, aunque no ignorábamos que desde el Navarrazo en adelante, cada día que pasaba resultaba más difícil sustraerse a la posibilidad de resultar asesinados.

El encuentro con Piotti no se prolongó por más de cinco minutos, que fueron suficientes para que me anunciara que la conducción analizaba mi traslado a otra regional, pero que los preparativos para concretar esa decisión llevarían al menos



otros quince días, durante los que yo debería permanecer escondido.

En el momento en que nos reunimos con el Zapa, además de los militantes que ya he mencionado, permanecían detenidos en el D<sub>2</sub> otros integrantes de las agrupaciones sindicales encuadradas en la JTP.

Los pocos días que estuve refugiado en el departamento de Luis los pasé en casi completa soledad, pues tanto él como su mujer no llegaban hasta la noche. La cena era el único momento en que podíamos conversar tranquilos, sin el apuro de la mañana que impone la obligación de llegar puntualmente al trabajo. El resto de mi tiempo lo pasaba reflexionando sobre mi situación o se consumía en la lectura de algún libro de los tantos que tenía Luis, quien era un lector incansable. La única excepción fue cuando concurrí a la cita con el Zapa, de la que regresé lo más rápido que pude para evitar el riesgo de ser sorprendido por mis enemigos.

El mismo día en que nos encontramos con el Zapa transcurrió sin mayores novedades hasta que, cerca de las siete de la tarde, cuando aún estaba solo en el departamento, escuché que alguien llamaba a la puerta empleando la clave que habíamos convenido y que consistía en golpear primero dos veces y luego otras tres con los nudillos y en forma alternada.

Además de Luis y su mujer, el único que conocía la clave era Humberto Annone. En el momento en que le franqueé la entrada advertí por la expresión de su rostro que no traía buenas noticias.

—Pelado, la mano no viene bien —me dijo mientras fruncía el ceño—. Nené Peña nos hizo llegar por un compañero el diálogo que mantuvo hoy en la mañana con Orbiso. Dice que cuando se encontró con él en el despacho de la presidencia estaba muy alterado y que gritaba como un loco.

Entonces Humberto reiteró las palabras con que Nené me transmitía el aviso que me mandaba Orbiso:

—«Lo acabo de ver a Yofre a dos cuadras del banco... Decime Nené, ¿acaso Yofre se volvió loco? ¿Acaso no sabe que toda la policía de Córdoba lo anda buscando y que si lo encuentran lo matan...? Decile que se vaya hoy mismo de Córdoba. Porque si la policía lo agarra no tarda un minuto en matarlo y yo sé que si eso pasa, ese mismo día los Montoneros me matan a mí por más custodios que tenga».

Orbiso, que era un hombre duro, casi imploraba:

—«Nené tenés que decirle a Yofre que no puede quedarse en Córdoba... te juro que no entiendo porqué lo hace... es como si estuviera buscando que lo maten para convertirse en un emblema de los Montos».

Nené le respondió que no tenía idea de dónde estaba yo. Que estaba convencida de que me había ido de Córdoba pero que trataría de hablar con los compañeros de la agrupación por si alguno tenía forma de hacerme llegar el mensaje.

Cuando terminé de escuchar el relato de Humberto le dije:

—Esto no da para más. ¿Me pregunto qué se ha hecho para proteger a los compañeros que siguen militando a la luz del día? ¿Qué pasa con los militantes presos que están siendo torturados?

Humberto trató de tranquilizarme:

—No te preocupes por los compañeros presos. Los abogados ya se movieron. Tuvimos que apretarlo un poco a Zamboni Ledesma —se refería al Juez Federal—, para que dispusiera el traslado de las detenidas al Buen Pastor y de los detenidos a la penitenciaría. Para vos hay orden de la conducción de que no salgas del departamento. A partir de ahora yo voy a ser tu control y pasará a verte todos los días, siempre a las doce del mediodía.

Los acontecimientos se precipitaban. La advertencia de Orbiso era de suma gravedad y no podía ser ignorada ya que provenía de quien estaba sumergido en la entraña más profunda desde donde se planificaban los crímenes que cometían las bandas parapoliciales comandadas por el D<sub>2</sub>.

El pedido de Orbiso para que yo abandonara Córdoba y evitara que los comandos que él mismo integraba como uno de los principales cabecillas me mataran, obedecía al único propósito de proteger su vida de un atentado, posibilidad de la que era consciente por experiencia ajena pues si Montoneros había burlado todas las medidas de seguridad adoptadas por los matones de Rucci y por la custodia del comisario Villar, con mayor razón estaba en condiciones de anular la eficacia protectora del anillo de seguridad que lo rodeaba.

A esta altura del relato considero conveniente trazar una breve semblanza del personaje en cuestión con el fin de que no se olvide cuál era la peligrosidad del presidente del Banco Social e interventor del SMATA Córdoba.

En su libro «Ezeiza»<sup>38</sup>, Horacio Verbitsky identifica a Orbiso como el jefe de las fuerzas del SMATA que compartieran el palco desde donde se disparó a la multitud en el regreso de Perón en el '73:

*«Jefe de las fuerzas de SMATA en Ezeiza fue Adalberto Orbiso, quien al año siguiente fue designado interventor de la filial de los mecánicos en Córdoba y presidente del Banco Social, después del motín del coronel Domingo Antonio Navarro.*

*»Las armas largas del SMATA llegaron a Ezeiza en un ómnibus en el que viajaba la diputada nacional Rosaura Islas, de Lomas de Zamora».*

Por su parte, Ceferino Reato en «Viva la Sangre»<sup>39</sup> lo menciona al relatar que:

*«Salamanca no estaba alineado con el peronista José Rodríguez, el secretario del gremio a nivel nacional, y el conflicto derivó en la intervención de la seccional que fue avalada por Isabel Perón. Rodríguez envió a cinco “normalizadores” que establecieron su cuartel general en el hotel Gran Terminal de Ómnibus, junto con una guardia pretoriana formada por unas treinta personas.*

*»Salamanca resistió un mes y pico, tenía gente armada. “Al final tomamos el gremio”, recuerda el jefe de los interventores, Adalberto Luis Orbiso, “El flaco”, un hombre de acción que luego fue nombrado por Lacabanne al frente del Banco Social».*

Orbiso niega una versión que expone Reato en el sentido de que el Comando Libertadores de América recibió mucha ayuda del Banco Social. Sin embargo —sostiene Reato— Orbiso dice que:

*«Hubo sí un Comando Libertadores de América, formado por gente de las Fuerzas Armadas y de Seguridad. Estaba Vergez. Me tenían algún respeto porque había sacado a Salamanca; me miraban como un nacionalista. Vergez y otros me iban a visitar, pero jamás me pidieron nada; si ellos tenían todo».*

En un libro escrito por el capitán (R) Héctor Vergez titulado

38 Horacio Verbitsky. «Ezeiza». Editorial Planeta, Buenos Aires, 1998.

39 Ceferino Reato. « ¡Viva la sangre! ». Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2013. Pág. 252.

«Yo fui Vargas El antiterrorismo por dentro»<sup>40</sup>, en el que reconoce abiertamente su participación en el secuestro de personas que hasta el día de hoy permanecen como desaparecidas, se refiere al rol desempeñado por Orbiso en los años de plomo y coincide con los otros autores en cuanto a la forma en que el presidente del Banco Social se condujo durante la represión aunque no en la consideración en la que los militares tenían a Orbiso. Sostiene el ex capitán Vergez:

*«Si bien en general el apoyo que recibíamos de parte de la dirigencia más ortodoxa del peronismo era siempre sincera, no escapa que algunos lo hicieron por conveniencia y nos inducían a operar sobre pistas falsas. Recuerdo el caso de Adalberto Luis Orbiso, dirigente muy allegado al intendente Rousselot, actualmente cumple funciones en el gabinete del locutor intendente».*

*»Orbiso, operaba fusil en mano en guerra junto a nosotros, más de una vez le provocó bajas a los delincuentes subversivos. Orbiso tenía una doble función en la época del interventor federal, Lacabanne, era interventor del SMATA-CÓRDOBA y presidente del Banco Social. Siempre le guardé recelo y chequeaba las informaciones que me daba, ello nos llevó a minimizar por suerte los errores que nos inducía a cometer. Con el tiempo me enteré que a pesar de que se decía peronista, había militado en la izquierda, había estado en un congreso en Rusia, pero en lo personal pude averiguar que era adicto a todo, consumía drogas, decía de militantes de SMATA que eran subversivos, falsamente, para que la represión cayera sobre ellos, en realidad no se privaba de nada, era un verdadero delincuente».*

Que la descalificación de Orbiso provenga de uno de los más crueles represores de los muchos que actuaron en Córdoba, no le resta verosimilitud ni gravedad a la acusación de formar parte de los comandos clandestinos que, fusil en mano, hacían la guerra secreta contra el pueblo, en particular contra los trabajadores y militantes del SMATA.

He dedicado algunos párrafos a caracterizar a Orbiso porque considero que este personaje es una fiel expresión de los muchos dirigentes intermedios del sindicalismo, surgidos de las cante-  
ras de la ortodoxia peronista, que en los años setenta encubrían

---

40 Héctor Pedro Vergez. «Yo fui Vargas El antiterrorismo por dentro». Edición del autor, Buenos Aires 1995.

detrás de su ideología derechista —que disfrazaban de nacionalismo— una siniestra trama de relaciones entre negocios, corrupción, enriquecimiento personal y violencia política ejercida en estrecha alianza con las estructuras estatales y paraestatales del sistema represivo, autores de crímenes violentos que enlutaron a la sociedad cordobesa.

Poco antes de que Humberto Annone se retirara del modesto departamento ubicado frente al Hospital de Clínicas, llegaron Luis Manrique y su mujer y entre ambos los pusimos al tanto de las últimas novedades.

Esa noche, después de reflexionar sobre las distintas alternativas que se me presentaban llegué a la conclusión de que probablemente estaba ante la última posibilidad de conservar la vida. Además, sentía que la tensión a la que sometía a mis protectores iba aumentando a medida que pasaba el tiempo y ya no podía seguir exponiéndolos al riesgo de que la represión se descargara sobre ellos en el instante menos pensado.

Hasta ese momento, una serie de acontecimientos fortuitos habían jugado a mi favor, pero sabía que no era cuestión de seguir tentando a la suerte. Ya había transcurrido exactamente un año desde el Navarrazo, cuando tuve la fortuna de que no me alcanzara la infernal balacera que los grupos de la derecha descargarán sobre el Zapa Piotti y yo, a lo que se sumaba el hecho de que Choux se limitara a anotar mi nombre en su cuaderno de tapas amarillas sin entregarme a las garras de los torturadores como exigía su subordinado y de que cuando, mucho tiempo después, el propio Choux dio la orden de que yo fuera el primero en detener de todos los militantes que figuraban en su lista no me atraparan en la casa de mi suegra por apenas una hora, y, finalmente, de que sus hombres llegaran al banco tres minutos después de que yo hubiera abandonado el despacho de Nené.

Ahora, el mismo Orbiso me hacía saber que Choux estaba decidido a eliminarme de una vez por todas, acaso como revancha personal por los fracasos provocados por las sucesivas coincidencias que facilitaron mis fugas las que, indudablemente, erosionaban su prestigio, y movilizaba a la policía y torturaba sin piedad a los que detenía buscando obtener información sobre mi paradero.

A la mañana siguiente, mientras desayunábamos, le dije a Luis que me hiciera el favor de comunicarse con Susana para decirle que esperaba su visita en el departamento. Cuando llegó, por la tarde, tocó la puerta según la clave establecida, tal como le había recomendado Luis cuando se contactó con ella.

Enseguida la puse al tanto de lo que estaba ocurriendo y le propuse el plan que había pensado durante la noche. Le dije que nos iríamos de Córdoba sin revelar nuestras intenciones a nadie más que a la familia y que nos refugaríamos en la quinta de Merlo. Como preveía que la terminal estaría plagada de policías tomaríamos el ómnibus en plena ruta, a más de sesenta kilómetros de Córdoba. Su tío político, el abogado Carlos Heredia, en cuya casa ella se alojaba, sería el encargado de sacar los pasajes para el día siguiente, y deberían pasarme a buscar a las 20:30, es decir media hora antes de que Luis y su esposa arribaran al departamento, para evitar comprometerlos en la decisión que tomábamos.

Susana no puso ningún reparo al plan que le proponía. Sólo preguntó:

—¿Vos crees que en las circunstancias en que estamos la Mema aceptará recibirnos en la quinta?

—Estoy seguro de que no se opondrá a que nos quedemos todo el tiempo que necesitemos estar.

Mientras Susana se dedicaba a poner en marcha los preparativos que le encomendara, preparé dos cartas que dejaría en la mesa del comedor en el momento de dejar el departamento.

Una era para Luis Manrique y su mujer y en ella les agradecía el haberme recibido y les pedía disculpas por no anunciarles personalmente la decisión de abandonar su casa, pero que esperaba comprendieran la situación tan especial por la que atravesaba, y la otra estaba dirigida a la conducción de Montoneros. En ella reiteraba los fundamentos de mi posición política a la vez que exponía las principales diferencias que tenía con la política seguida, lo cual hacía insostenible mi permanencia en la organización. Como era lógico, no di ninguna pista sobre cuáles serían mis futuros movimientos.

Al regreso del exilio, Luis Manrique me contó que Montoneros mantuvo detenido veinticuatro horas a Humberto Annone bajo la sospecha de haber facilitado mi alejamiento, presionándolo duramente para que revelara el lugar en que me encontraba. Así fue como Humberto, sin tener ninguna responsabilidad ni

conocimiento previo de mis planes, se vio envuelto en una situación complicada y difícil de explicar que afectó su credibilidad ante los compañeros de la conducción regional de Montoneros.

Cuando cerré la puerta del departamento para subir al *Ford Falcon* que nos llevaría a la ruta para tomar el ómnibus de la *Chevallier* con rumbo a Buenos Aires, la incertidumbre sobre el futuro que nos esperaba a Susana, a mí y al hijo que estaba en camino era absoluta.

El 4 de marzo de 1975, a las 20:30, abandonábamos Córdoba para no regresar hasta el 1° de febrero de 1984.

## ASILADOS EN LA EMBAJADA DE MÉXICO

Cuando, por la mañana temprano, el ómnibus de la *Chevallier* se detuvo en su vieja terminal, frente a la plaza de Miserere, mi estado de ánimo era absolutamente contradictorio. Por una parte, me sentía deprimido por haber tenido que salir de esa manera de mi ciudad natal y me pesaba la total incertidumbre que rodeaba nuestro futuro inmediato, pues además de la siempre latente posibilidad de ser capturado no tenía idea de cuáles serían los pasos que deberíamos seguir. Pero, por otra, experimentaba un inmenso alivio por habernos puesto a salvo, al menos temporalmente, de la persecución policial y por haber terminado con la ya casi insoportable presión que significaba el seguir exponiendo la vida en pos de una línea política en la que ya no creía y a la que consideraba suicida.

También estaba satisfecho porque me había alejado sin poner en riesgo la seguridad de los compañeros que seguían militando y que, de ser necesario, podían tomar con anticipación las medidas que creyeran convenientes y, además, y tal como me lo propusiera, estaba absolutamente dispuesto a honrar mi compromiso de no expresar en público, y por el plazo de dos años, las insalvables diferencias que mantenía con Montoneros; promesa que efectivamente habría de cumplir.

Cargando el poco equipaje que habíamos traído, y dado el avanzado embarazo de Susana, caminamos lentamente las casi dos cuadras que nos separaban de la estación del Ferrocarril Sarmiento, para tomar el tren que nos llevaría hasta Merlo.

El mismo día en que llegamos, mi abuela convocó a un cónclave familiar para resolver si accederían a nuestro pedido de quedarnos en una de las habitaciones del viejo casco de estancia, que databa de fines del siglo XIX. La reunión se hizo en el comedor principal, alrededor de las 22:00, hora en que terminaron de arribar sus hijos. Nuestra presencia significaba un riesgo para la seguridad de todos, ya que los miembros de la familia acostumbraban pasar allí sus vacaciones, y no había que descartar que los servicios de inteligencia, coordinados desde el ministerio de Bienestar Social de López Rega, descubrieran el lugar donde nos escondíamos e irrumpieran violentamente en la quinta, sin hacer



distinción entre militantes y ciudadanos comunes, tal como era habitual por aquellos años.

Cuando la Mema pidió su opinión a un hermano de mi madre, Nicolás Consoli, un exitoso abogado laboralista, éste respondió con otra pregunta:

— ¿Cuál hubiese sido la respuesta de mi padre ante la solicitud de su nieto?

Sin dudar un instante, mi abuela dijo:

— ¡Se quedan con nosotros!

Nuestros planes eran permanecer en la quinta un tiempo prudencial; hasta que, según calculábamos, se calmaran los ánimos represivos; para después tratar de radicarnos temporalmente en alguna provincia alejada de las grandes ciudades y, por eso, relativamente tranquila. De común acuerdo, con Susana habíamos elegido ir a Misiones, pues allí contaríamos con la ayuda de Ricardo Biazzì, quien había sido militante del AES y que por aquellos años era abogado de las Ligas Agrarias.

Sin embargo, ante el agravamiento de la situación nacional provocado, sobre todo, por el aumento del accionar represivo del gobierno de Isabel Martínez quien, con el apoyo de todo su gabinete y a través de un decreto fechado el 5 de febrero del '75, había puesto en marcha el denominado Operativo Independencia, convocando al Ejército a intervenir militarmente en Tucumán, lo que, bajo cuerda, significó darles una suerte de vía libre a las Fuerzas Armadas, a la policía y a los matones de la derecha ortodoxa y a las bandas loperreguistas para que pudieran accionar más libremente en todo el país, decidimos prolongar indefinidamente nuestra estadía en la quinta de Merlo.

Mientras aguardábamos a que el escenario se presentara más favorable para trasladarnos a Misiones, seguíamos permanentemente el desarrollo de los acontecimientos a través de los diarios que compraba en un quiosco cercano y de las informaciones que nos traía mi madre, cuyas esporádicas visitas siempre esperábamos con ansiedad, pues ella, junto a mi hermano mayor, Max Fortunato, eran prácticamente las únicas personas de la familia con las que manteníamos contacto con cierta frecuencia.

Además de las circunstancias externas que postergaron el viaje, teníamos que considerar que el embarazo de Susana estaba llegando a su término, por lo que debíamos tomar los recaudos para que nuestro hijo naciera en las mejores condiciones, no sólo sanitarias sino también de seguridad. Lejos estábamos de supo-

ner que estas dilaciones que nos obligaron a permanecer en Buenos Aires habrían finalmente de jugar a nuestro favor.

A fines de abril Susana viajó a Córdoba en forma clandestina para tener a Pablo, alojándose en la casa de su tío político, Carlos Heredia, quien vivía en Nueva Córdoba, frente a la Plaza España, y que fuera quien nos sacó en su auto cuando escapamos de Córdoba.

El nacimiento tuvo lugar viernes el 9 de mayo, en la Clínica del Sol situada en el mismo barrio, a sólo tres cuadras de donde se refugiaba Susana. Pablo nació a la medianoche y la enfermera tuvo que llevárselo porque no paraba de llorar como si intuyera el peligro que corría.

Y esa noche, y como si se tratara de la repetición de un extraño acontecimiento de mi historia familiar que llegué a conocer a través de los relatos de mi abuela, pude sentir su llanto por dos veces, la primera, como después me lo confirmaría Susana, cerca de la hora en que naciera y la segunda poco antes del amanecer. El suceso me causó una rara impresión ya que mi tatarabuela, Adriana Álvarez, sintió la misma clase de conexión con su marido, el coronel Luis Hernández, poco antes del momento en que estaba por ser fusilado por orden del caudillo López Jordán<sup>41</sup>.

Alrededor de las siete de la mañana me fui a tomar mate con el casero de la quinta, quien me conocía desde que yo era chico y era una persona de nuestra entera confianza, y con absoluta certeza le dije:

—Mi hijo nació anoche.

—¿Cómo lo sabe? —me preguntó el hombre.

—Porque lo escuché llorar dos veces.

El casero me quedó mirando con cara de incrédulo y el mate en la mano, pensando seguramente que yo estaba obsesionado con el nacimiento de mi hijo, pues nadie puede escuchar el llanto de un bebé a setecientos kilómetros de distancia.

A las once de la mañana recibí un telegrama en clave que me enviaba Carlos Heredia y que sólo decía: «*Felicitaciones para Pablo*».

---

41 « (...) Durante la madrugada tuvo aquella visión que la acompañaría toda la vida. Su esposo se le apareció mientras dormía. Lucía demudado. Con la voz ahogada le anunció que en pocos momentos más sería fusilado. —“Te mando esta carta —le dijo— y el poncho, para que los conserves como recuerdo de nuestro amor” — (...). F.F.Yofre. «La hora del perdón». Op.cit. págs. 114/115.

Eso significaba que el niño había nacido bien, que todo estaba en orden y que la criatura era un varón. Cuando cumplió un mes una hermana de mi madre viajó con Susana desde Córdoba a Buenos Aires en un camarote del tren *Rayo de sol*, del ferrocarril Mitre. Yo las esperaba en el departamento de mi tía, en la Capital Federal, situado a una cuadra y media de la estación de Retiro, y no pude dormir en toda la noche, pues la pasé en vela observando al bebé y bajo un estado de emoción intensa.

El invierno del '75 se había presentado muy riguroso y la quinta nunca había sido acondicionada para ser habitada en esa estación del año. Las dos viejas estufas a velas alimentadas a querosene, de la tradicional marca *Volcán*, no eran suficientes ni siquiera para entibiar los ambientes.

Todas las dependencias del antiguo casco de estancia, con sus techos demasiado altos, condensaban el frío a tal punto que las sábanas se endurecían hasta quedar rígidas como si fueran de cartón y así permanecían hasta el mediodía. Nos deslizábamos por los pasillos, arropados con dos y hasta tres pulóveres, sin lograr mantener la temperatura del cuerpo. Lo más bravo era llegar hasta donde estaban situados los tres baños, uno al lado del otro, pues para ello debíamos sortear un pasillo largo y gélido como ninguno, al final del que, y en el otro extremo de la casa, se encontraba la cocina.

Estábamos en pleno julio y durante el día Pablo apenas si había dormido intermitentemente, a pesar de que nos turnamos para pasearlo y mantenerlo bien abrigado. Para colmo, lloró toda la noche sin que ni Susana ni yo lográramos calmarlo, por lo que tampoco nosotros pudimos conciliar el sueño.

Alrededor de las cinco de la madrugada, y ya casi sin saber qué hacer, Susana me dijo:

—Le voy a cambiar el pañal por tercera vez a ver si está molesto por eso, pero me parece que está limpio y seco.

Cuando le sacó los pañales me acerqué y pude ver que el bebé tenía una protuberancia en la piel, muy cerca de la ingle. Entonces, asombrado por lo que acababa de descubrir, emití un diagnóstico contundente:

—¡Este chico tiene hernia...! La heredó de mí... —dije, y después le conté a Susana algo que nunca le había comentado: —A mí me operaron de urgencia cuando tenía nueve meses y mi viejo no quiso llevarme a ningún médico de Paraná. Enton-

ces lo habló a Jorge Rodríguez, un cuñado de mi madre que era jefe de la base de la aeronáutica en Paraná, y consiguió que nos trasladaran a Córdoba en un avión de la Fuerza Aérea, y allá me operaron bajo la supervisión de mi tío Ricardo Yofre, el hermano menor de mi padre.

Apenas amaneció nos fuimos los tres a la Capital Federal. Mi cuñada, Silvia Arauz, se puso en contacto con un médico pediatra a quien conocía y que era titular de la cátedra de pediatría de la facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, quien lo operó gratis y sin registrarlo en un sanatorio de Caballito que tenía una fundación para atender a los niños sin recursos. La operación se realizó en un consultorio externo pues el médico sabía que estábamos viviendo en la clandestinidad y que él corría tanto riesgo como nosotros. Cuando Pablo salió de la anestesia y comprobó que todo estaba bien, le dio «el alta» y volvimos a la quinta.

Por ese tiempo, y ante el fracaso de la gestión de Alfredo Gómez Morales al frente del ministerio de Economía, el 2 de junio de 1975 el gobierno dispuso su reemplazo por Celestino Rodrigo.

Como dato curioso, se podría mencionar que el día en que asumió la Cartera viajó en subterráneo hasta la Casa Rosada, para que su fotografía saliera publicada en todos los diarios.

Los anuncios que hubo de hacer durante las siguientes cuarenta y ocho horas fueron decisivos para signar la caída de Isabel Martínez. El paquete de medidas, que sería conocido popularmente como el *Rodrigazo*, comprendía, entre otras, una inédita devaluación del peso del 150% en relación al dólar comercial, un aumento promedio del 100% en el precio del transporte y de todos los servicios públicos y una suba de hasta el 180% en los combustibles, mientras que los salarios fueron incrementados sólo en un irrisorio 45%.

Su discurso del 4 de junio acabó con una frase anecdótica:

*«Mañana me matan o mañana empezamos a hacer las cosas bien».*

La designación de Rodrigo como ministro de Economía —impuesto por la presión de López Rega—, trajo aparejado un ajuste salvaje que el movimiento obrero peronista, conducido por Lorenzo Miguel, secretario general de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), no estaba dispuesto a tolerar. Por su parte, la CGT, cuya

secretaría general estaba a cargo de Casildo Herrera —quien habría de hacerse patéticamente célebre cuando, el 24 de marzo del '76, tras escapar al Uruguay huyendo de los militares declarara con desparpajo: «Yo me borré...»—, convocó a un paro nacional. Esta fue la primera huelga general que se hiciera en toda la historia contra un gobierno peronista. La Plaza de Mayo se llenó de trabajadores en pie de guerra. López Rega, cuya figura ya estaba completamente desgastada, no pudo retener el poco poder que le quedaba y debió salir a las apuradas del país, con el pretexto de cumplir una misión diplomática en Europa, acompañado de seis de sus custodios, entre los que estaba el célebre comisario Almirón, quien, como dijimos, había ametrallado a Ortega Peña y de quien también se dice que fue el asesino del sacerdote Carlos Mujica.

Ante la crisis desatada, y apenas un mes y medio después de haber asumido, Celestino Rodrigo presentó su renuncia, y así se aflojaron los últimos resortes del poder estatal que aún detentaban los sectores vinculados al loperreguismo, produciéndose un vacío de poder que fue en parte cubierto por los representantes de la ortodoxia sindical.

Las Fuerzas Armadas ya se disponían a apoderarse del Estado y lanzar abiertamente su ola de terror, depurando a su dirigencia y colocando en puestos clave a los comprometidos en la conjura. Para diciembre del '75, el nuevo Comandante en Jefe del Ejército y futuro dictador, teniente general Jorge Rafael Videla, preanunciaba a los argentinos la directriz del plan de gobierno que pondría en marcha en marzo del año siguiente, al asegurar que:

*«Si es preciso en Argentina tendrán que morir todas las personas que sean necesarias para lograr la seguridad».*

Así, sin ningún pudor, se proclamaba desembozadamente que la muerte se habría de adueñar del destino del país y de la suerte de sus habitantes.

No sólo las Fuerzas Armadas se prepararon para desplazar al gobierno constitucional de Isabel Martínez. Hubo otros actores de la vida nacional que promovieron y aplaudieron la intervención militar entre los que destacaban reconocidos dirigentes del campo —nucleados como siempre en la Sociedad Rural Argentina—, del sector empresarial, del sistema financiero, de la alta

jerarquía eclesiástica y de la justicia, por señalar sólo a algunos.

A mediados de ese mismo año, e impulsada por José Alfredo Martínez de Hoz, se había conformado la Asamblea Permanente de Entidades Gremiales Empresariales, que reunía a los grandes empresarios industriales y a los terratenientes de la Sociedad Rural Argentina, las Confederaciones Rurales, la Cámara Argentina de Comercio, la Unión Comercial y la Cámara de la Construcción. El objetivo que se proponían alcanzar era agudizar el más que evidente debilitamiento de la presidenta de la Nación e influir en el plan económico del futuro gobierno. El 18 de febrero del '76 la Asamblea Empresaria lanzó un paro que contó con alto nivel de acatamiento de sus socios, agravando así la conflictividad social y económica por la que transitaba el gobierno constitucional que finalmente terminará siendo desalojado de la Casa Rosada. Al asumir el poder, la Junta de Comandantes designó como su ministro de economía a José Martínez de Hoz, máximo dirigente del Consejo Empresario Argentino y nieto del fundador de la Sociedad Rural Argentina.

Por otra parte, un amplio sector de la iglesia argentina, conformado sobre todo por miembros de su más alta jerarquía, no permaneció ajeno a este proceso conspirativo que desembocaría en el golpe de Estado y aunque la mayoría de los prelados se mantuvo en un silencio cómplice, hubo otros que hablaron abiertamente a favor del derrocamiento de la presidenta constitucional. Tal es el caso del cardenal Adolfo Servando Tortolo, Vicario de las Fuerzas Armadas y presidente de la Conferencia Episcopal Argentina, quien pocos días antes de que concluyera el año '75 vaticinó que:

*«...se avecina un proceso de purificación».*

Apenas tres meses antes, el 23 de septiembre y en presencia del general Viola, también su pro vicario, monseñor Victorio Bonamín, se había expresado en estos términos:

*« (...) saludo a todos los hombres de Armas aquí presentes purificados en el Jordán de la Sangre para ponerse al frente de todo el país. El ejército está expiando las impurezas de nuestro país. ¿No querrá Cristo que algún día las Fuerzas Armadas estén más allá de su función?».*

Una vez producido el golpe, que contó con el apoyo de amplios sectores de la clase media y los partidos políticos tradicionales, aún aquellos dirigentes de los que no podía siquiera sos-

pechase que abrigaran algún tipo de simpatía por la izquierda y que, más aun, en muchos casos la habían combatido abiertamente, fueron detenidos por los militares. Nadie estaría a salvo de ser alcanzado por el fanatismo de estos nuevos cruzados anticomunistas que blandían nuevamente la espada que una vez reclamara Lugones, buscando reimponer el orden necesario para aplicar la política económica de la oligarquía, el gran capital y el sistema financiero, la triple alianza que se hizo con el poder bajo el llamado Proceso de Reorganización Nacional.

En ese contexto nacional, Córdoba fue una de las sociedades más castigadas por la represión paraestatal que se había acrecentado sobre todo desde agosto de 1975 con la violenta aparición en escena del comando Libertadores de América, cuyos atentados, crímenes y secuestros dejaron sin aliento a los cordobeses.

Según relata Esteban Dómina<sup>42</sup> en su artículo «*La Triple A en Córdoba*»:

*«Aún faltaban varios meses para el golpe militar y ya funcionaba a pleno el tristemente célebre Comando Libertadores de América, la versión cordobesa de la Triple A.*

*»“Las tres A no operan en Córdoba, aunque sí lo hacen otros grupos extremistas”, afirmó el brigadier Lacabanne ante una consulta periodística en agosto de 1975, horas después del asesinato de la familia Pujadas. Esta frase, en boca de quien ejercía el poder, equivalía a una confesión. Él sabía mejor que nadie que, en efecto, la organización que tenía a su cargo la represión ilegal en Córdoba no era la Triple A sino el llamado Comando Libertadores de América. Si bien los propósitos de ambas organizaciones eran los mismos, tenían distinta configuración interna y modalidades operativas diferentes. “Aunque muchos hacen la equivalencia del Comando Libertadores de América con la Triple A, en realidad la trascendía, porque en él se mezclaban militares con policías y comandos civiles”, advierte Mariano Saravia en «La sombra azul»<sup>43</sup>. Posiblemente esa, la mixtura entre militares en actividad, policías y civiles, haya sido la característica distintiva del comando cordobés.*

---

42 Esteban Dómina. En su blog: [www.estebandomina.com.ar/historia\\_cba/006.html](http://www.estebandomina.com.ar/historia_cba/006.html). Artículo: «*La Triple A en Córdoba*».

43 Mariano Saravia. «*La sombra azul*». Ediciones del Boulevard, Córdoba, 2005.

*»Tampoco se tiene constancia de que la banda cordobesa reportara a José López Rega, como sí ocurría con la Triple A. Sea como fuere, en Córdoba los secuestros, atentados y asesinatos que caracterizaban el accionar de las Tres A en el orden nacional corrieron por cuenta del mencionado Comando, cuyo organizador y jefe operativo era el capitán Héctor Vergez, que usaba el alias de Vargas.*

*Este militar retirado se desplazó a Córdoba a mediados de 1975 para poner en marcha la represión ilegal en esta provincia. Junto con él arribó un oscuro suboficial de la Aeronáutica, Pedro Raúl Telleldín, quien en poco tiempo fue puesto a la cabeza del D<sub>2</sub>, el Departamento de Informaciones de la Policía de Córdoba, que funcionaba en la Central de Policía, en el edificio del Cabildo Histórico frente a la plaza San Martín.*

*»La conexión operativa de este grupo con el Tercer Cuerpo de Ejército con asiento en Córdoba, cuya jefatura ejercía en esa época el general Luciano Benjamín Menéndez, está probada y forma parte de la investigación que lleva adelante el Juzgado Federal N<sup>o</sup> 3 de Córdoba. En realidad, existen elementos suficientes como para afirmar que ambas estructuras, la ilegal y la formal, la clandestina y la regular, actuaban en el marco de una estrategia única y bajo una conducción unificada. Los grupos de tareas conformaban una organización paralela, subsumida en la estructura policial, pero que respondía a sus propios mandos».*

Así fue que los cordobeses, como todo el pueblo argentino, llegaron al 24 de marzo aislados e inmersos en el contexto de violencia política y represiva que desde hacía meses las Fuerzas Armadas aplicaban contra los sectores sindicales más combativos y contra los líderes políticos, sociales y estudiantiles más progresistas.

Para nosotros, con el golpe cívico militar del 24 de marzo se extinguió la esperanza que habíamos alimentado durante más de un año cuando, a principios de marzo del '75, decidimos salir de Córdoba escapando a la persecución policial ordenada por el interventor Lacabanne y ejecutada por el jefe de la policía provincial, comisario Choux.

El anuncio de adelantar las elecciones para noviembre del '76 que, ya casi desahuciada, hiciera la presidenta Isabel Martínez



—luego de que la Fuerza Aérea, lograra a duras penas sofocar el levantamiento de un sector ultranacionalista, que se había hecho fuerte en la VII Brigada Aérea de Morón—, había hecho que Susana y yo abrigáramos la ilusión de que en un plazo aproximado de dos años, cuando asumiera un nuevo gobierno, se produciría un cambio en la situación política del país y un retorno al normal funcionamiento de las instituciones, lo que nos permitiría volver a vivir en libertad. Sin embargo, la intervención militar nos enfrentó a la dura realidad de que ese sueño no sería posible. Por el contrario, en un primer momento, ni nosotros, ni probablemente ningún argentino en sus cabales, aún lo que clamaban por un golpe de Estado, llegaría a imaginar la magnitud que alcanzaría el período de terror que se iniciaba en el país, en el que nadie, y menos aún quienes hubiéramos militado a favor del cambio social, habría de estar a salvo de la irracionalidad o de las represalias del nuevo régimen.

Una mañana de marzo, posiblemente un par de días antes de que se produjera la sublevación militar, observé con preocupación que un taxi se detenía frente a la tranquera. El conductor se bajó y, tras mirar la casa, franqueó la entrada para luego retomar la marcha y enfilarse rápidamente hacia la galería principal donde yo me encontraba leyendo un libro sobre la vida de José Gervasio Artigas, que había tomado de la nutrida biblioteca que pertenecía a mi abuelo.

Como era lógico en semejantes circunstancias, me alarmé, pero mi inquietud aumentó con la sorpresa de ver que quien descendía del taxi era mi madre, a la que por esos días no esperábamos. Inmediatamente y por la profunda preocupación que se dibujaba en su rostro, acentuada por el cansancio de haber viajado en ómnibus durante toda la noche, supe que algo no iba bien. Apenas pagó el viaje y despachó al taxista, mi madre me saludó y no se anduvo con rodeos:

—Traigo malas noticias. Lo han secuestrado a Hugo y no hay señales de vida. En la familia estamos todos conmocionados. Hemos apelado a contactos, a conocidos... Se ha movido medio mundo... pero Menéndez se niega a dar cualquier indicio sobre su paradero...

Mi madre se refería a su cuñado, el abogado y político Hugo Vaca Narvaja, casado con una hermana de mi padre, que se dis-

tinguía por ser un hombre recto y afable y de gran predicamento en la familia, que siempre estaba dispuesto a escucharnos, a dar consejos y a prestar ayuda a quien la necesitara, y que disfrutaba enormemente al recibir a sus numerosos hijos, nietos, sobrinos y cuñados en su casona de Villa Warcalde.

Al recordarlo, hay dos imágenes que me vienen de inmediato a la memoria. La primera se remonta a esas plácidas tardecitas de primavera o verano cuando, apenas cedía el calor, Hugo tomaba la tradicional máquina de cortar césped de tracción a mano y comenzaba con su diario e infaltable corte del pasto a lo largo y ancho del amplio parque de la propiedad. A pesar de las continuas sugerencias, siempre se negó a comprar una más moderna, ya fuera eléctrica o impulsada por motor a nafta.

La otra imagen suya que permanece imborrable en mi recuerdo es escucharlo cuando nos recomendaba que lleváramos una vida austera y que debíamos predicar con el ejemplo. Así, a pesar de que la familia tenía un automóvil, él prefería dejárselo a su esposa y utilizar el transporte público, y en este mismo momento me parece verlo cuando pasaba caminando frente a nuestra casa, en los días tórridos del diciembre cordobés, vestido con un impecable traje oscuro, para esperar el ómnibus que lo llevaría hasta las aulas de la calle Obispo Trejo, de la Universidad Nacional de Córdoba, para tomar examen de Derecho de Familia a los alumnos que cursaban Abogacía.

Unos días antes de la visita de mi madre, el 10 de marzo para ser más preciso, el Comando Libertadores de América lo había secuestrado acusándolo de ser una especie de tesorero de los Montoneros en Córdoba, según dijo una ex presa política quien aseguró que mientras estuvo detenida en el Campo de la Ribera, había escuchado una conversación entre dos represores en la que mencionaron que allí estaba Vaca Narvaja.

Durante el juicio que por estos días se sigue sustanciando en los Tribunales Federales de Córdoba, y en el que los imputados están siendo juzgados por los crímenes de lesa humanidad cometidos en el campo de concentración de La Perla, su hijo menor, Gonzalo Vaca Narvaja, quien declaró como testigo, relató:

*«El 10 de marzo entre la una y una y media de la noche, en la casa de mi hermano Huguito, que estaba preso a disposición del Poder Ejecutivo, cae una patota de individuos y*

*mi cuñada Raquel ¡por suerte no estaba, gracias a Dios! No estaba; estaban los pintores haciendo los arreglos típicos de la casa. El pintor se llama Guillermo Rosario Pérez. Al principio le dicen al pintor que no se lo iban a llevar y luego terminan cargándolo, atándole las manos y tirándolo en el baúl de uno de los autos.*

*»Yo estaba en la cocina estudiando una materia que me había llevado, tenía desplegadas todas las tablas de logaritmos. Después me costó mucho rendir Matemática. Siento el ruido de varios motores, en medio del silencio, donde solo se escuchaban las ranas. Yo me asomo a una persiana y veo que se apagan varias luces de entre tres o cuatro autos, simultáneamente. Me dirijo a la pieza de mis padres, busco una pistolita '22 que tenía mi padre y me dirijo a mi pieza para poder saltar. Llego a la puerta, a la ventanita y percibo el sonido de pasos alrededor de mi casa, vuelvo, dejo la '22, y lo despierto a mi papá. Enciende las luces y se pone las chinelas y en ese mismo momento escuchamos los ruidos atronadores contra la puerta como si la estuvieran volteando.*

*»Abrimos la tranca y entra una horda de sujetos con armas de todo tipo, no menos de siete. Era una cosa espantosa, nos encañonan, a mi papá lo separan, se lo llevan al living.*

*»Nos tapan la cara, prenden luces, entran en los pasillos, empiezan a saquear de una forma que uno no lo puede creer, abren los cajones, empiezan a tirar cosas. Lo que siempre están acostumbrados a hacer, es gente que conoce la naturaleza del daño, no de la vida. Luego nos llevaron al baño. Apareció un sujeto muy nervioso, de bigotito, con una campera de cuero, distinta a las comunes, bien hablado, que pregunta: "¿Dónde está la '22?". Lo veo al tipo, estaba a medio metro.*

*»Mi mamá empieza a tener como una crisis de nervios y los empezó a increpar a los tipos: de qué seccional eran, a dónde lo llevaban, porqué se lo iban a llevar en pijamas, que tenían que ponerle sí o sí los pantalones —etcétera— entonces logra que le pongan los pantalones y en ese momento nos hacen despedirnos de mi padre.*

*»Mi mamá se abraza a mi papá y yo a él que me dice: cuidá a tu mamá. Los tipos, los miserables, nos dicen que no teníamos que salir a buscarlo».*

Quisiera transcribir ahora dos cartas escritas por Hugo Vaca Narvaja en diciembre de 1975, tres meses antes de su secuestro, que no sólo demuestran que era plenamente consciente de cuál podía ser su destino, sino que también son una prueba fehaciente de su personalidad y de su tremenda entereza moral. Sabía muy bien cuál era el peligro que lo acechaba pero se negó a salir del país mientras uno de sus hijos permaneciera preso.

En la carta dirigida: «A mis hijos» expresa:

*«En las actuales circunstancias dolorosas, consecuencia de hechos inmediatos, derivados del fanatismo, la intolerancia y la incomprensión y agravados por un sectarismo cada vez más agudizado, no resulta improbable que pueda ser yo una víctima que sume su nombre a una lista no cerrada todavía. Para ese supuesto -que no lo deseo ni quiero- quiero dejarles escritas estas pocas líneas destinadas a poner templanza, entereza y resignación a fin de evitar reacciones inmediatas e incontroladas por parte de todos ustedes, hijos de sangre y del afecto, pero integrantes de una familia sólidamente nucleada en torno a sus padres, sobre la base de principios morales arraigados con hondura en todos ustedes desde que empezaron a formarse en su niñez. Quiero también señalarles mi orgullo por ser padre de tales hijos, tan limpios en su conducta y firmes en sus dispares convicciones. Por eso, precisamente, cualquier reacción descontrolada empañaría ese orgullo y me haría pensar, aunque desde lejos, que estuve equivocado. No tienen derecho ustedes a que ello ocurra. De allí, que al correr de la máquina y rápidamente aprovechando este momento de soledad y confidencia, les pido que en caso de que ello suceda -y sucederá si Dios lo quiere- refrenen sus sentimientos, mantengan la serenidad, no imputen responsabilidades ni menos se entreguen a pensamientos de represalia, ni siquiera se lancen a estimular o a participar en actos de venganza, aunque la justicia del episodio que pueda sufrir y el cariño filial los impulsen emocionalmente en ese camino. Piensen, fundamentalmente, en la doble responsabilidad que tienen y que les exijo en esta líneas que hagan efectiva: Primero: con respecto a su propio grupo familiar, mis hijas y mis nietos, a quienes se deben y por quienes tienen que vivir. Segundo: con este país y su Pueblo, en franco tren de desintegración por la lamentable ausencia del equilibrio moral de quienes tienen los medios y la responsabi-*

*lidad de ahondar en los problemas que generan actos de violencia, quitándose las anteojeras que les dificulta a muchos ver la realidad a través de la indigencia moral y material en que transcurre esa vida sin horizontes de nuestro pueblo. Asumir esta doble tarea, con la mente fría y el corazón aquietado».*

Mientras que en la carta dirigida a su esposa Susana Yofre y que titula «A mi Gorda», escribió:

*«Treinta y seis años de una vida compartida en sus momento de alegría y de dolor, son una familia que nos puede enorgullecer por su solidez de su formación moral, me han depurado una felicidad sin límites en cuyo logro has sido tú, sin la más mínima duda, el factor fundamental. Sólo Dios sabe también cuál ha sido también mi agradecimiento cotidiano por la felicidad que me has dado. Por ello, frente a un hecho que pudiese provocar mi desaparición definitiva, por causas ajenas a mi deseo y voluntad recurro a ti como en tantas circunstancias de la vida para requerirte una prueba más de tu entereza moral. Yo sé bien cuán estrechamente ligados se sienten nuestros hijos –consanguíneos y políticos- a nosotros. Y descuento la indignada reacción que tal hecho habrá desde luego producirles. Por esos momentos, precisamente, es que acudo a ti y a tu formación cristiana en la seguridad de que jamás me defraudarás. Deberás poner freno a tu propia reacción, entregar tu dolor como un tributo a la pacificación general, templar los sentimientos. Que mi muerte sirva para algo en el tiempo, pero que jamás se convierta en factor de represalia para otros ni en causa de mayores desgracias para los núcleos familiares que han sabido formar. Mi gorda, sabés bien que nuestra ausencia es meramente física y que algún día, nos reencontraremos para reanudar una felicidad que en este doloroso hecho marca simplemente una pausa.*

*Tu esposo y compañero Miguel Hugo Vaca Narvaja».*

Sólo me queda agregar que sus palabras e indicaciones fueron asumidas por sus destinatarios quedando fijadas en el tiempo como un tesoro que se conserva en la memoria familiar.

Permítanme ahora regresar a la larga exposición que como testigo en la Megacausa La Perla realizara Gonzalo Vaca Narvaja, en la que menciona la casa de campo de mi suegro, Luis Ferrucci,

también situada en Villa Warcalde. A continuación reproduzco esos párrafos para después volver referirme a los hechos que describe, pero siguiendo la versión que, años después y ya en el exilio mexicano, me contaran mi suegra Sarita De Olázabal de Ferrucci y mi hermana Beatriz Yofre.

Dice Gonzalo Vaca Narvaja:

*«Un detalle que creo que es importante y por ahí les sirve es que cuando venían de la casa buscándola a mi cuñada, a la casa de mis padres, el pintor, Guillermo Pérez Rosario, que iba en el baúl, escucha en los autos en que lo transportaban, cuando van pasando por lo de un vecino que estaba como a tres cuadras que dicen: “Acá ¿te acordás? Acá es donde lo apretamos o lo jodimos al gordo Ferrucci”. Ferrucci era, justamente, de una familia de la cual éramos amigos nosotros, que jugábamos juntos a la pelota, etcétera, que estaba cerquita de casa y que necesariamente tenían que pasar por ahí para llegar a lo de mis padres. Y a esto lo dijo como si fuera la semana anterior o algo así. Lo digo por las dudas haya algún otro vínculo o descripción que les pueda servir a ustedes —se refiere a los funcionarios judiciales que intervienen en el proceso— como determinar si pueden unir algunas cosas».*

Los hechos que menciona Gonzalo Vaca Narvaja, citando comentarios realizados por miembros del comando Libertadores de América cuando allanaron la casa de campo de mi suegro, no ocurrieron como él considera erróneamente la semana anterior al secuestro de su padre, sino que tuvieron lugar varios meses antes, a mediados de agosto de 1975, justo cuando comienza a operar en Córdoba el comando dirigido por Héctor Vergez la mayoría de cuyos integrantes fueron aportados por el D<sub>2</sub> y manteniendo todavía como centro de operaciones las dependencias policiales del pasaje Santa Catalina, época en que se produjeron muchas detenciones de militantes montoneros que, entre otros episodios, habrían de desembocar en el alevoso asesinato de Marcos Osatinsky.

Una madrugada de ese mes de agosto un comando armado que se movilizaba en al menos tres automóviles lanzó un operativo destinado a capturarme, durante el cual asaltaron sucesivamente tres domicilios familiares. Primero se dirigieron a Santa Rosa n° 514, donde estaba el domicilio de mis suegros, situado

a sólo una cuadra de La Cañada y a dos del cruce de ésta con la avenida Colón.

El allanamiento se realizó con extrema violencia. Después de que mi suegro les abriera la puerta, los hombres subieron a toda carrera por la única escalera que conducía a la planta alta mientras, a los gritos, preguntaban por el Pelado. Ante la frustración de no encontrarme en la casa y después de reunir a toda la familia en el comedor pretendieron llevarse a mi cuñado Marcelo Ferrucci, de sólo quince años de edad y sin ninguna militancia política, pero, afortunadamente, mi suegra logró arrebatárselo de las manos.

Desde allí partieron hacia la casa de mis padres, ubicada en Segunda Jujuy al 700 en Barrio Cofico, la misma dirección que, desde febrero del '74, figuraba en el cuaderno amarillo del comisario Choux, por lo que caben pocas dudas de que se trataba de los matones del D<sub>2</sub>.

Mi hermana Beatriz, que esa madrugada estaba sola con su hija, nos contó que pudo observar que desde de uno de los autos iluminaban el frente de la casa con un potente reflector y que los comandos habían copado toda la manzana para impedir mi posible fuga, y agregó que mientras ella acudía a abrir la puerta principal, la patota se descolgaba de los techos para entrar por el patio trasero que conectaba con la cocina.

Al ingresar por el frente y por los fondos de la vivienda, lo hicieron preguntando a los gritos:

—«¿Dónde está el Pelado?».

Cuando no me encontraron, después de recorrer toda la casa, comenzaron a interrogar a mi sobrina, que en ese entonces tenía sólo tres años de edad:

—«¿El Pelado se fue por la ventana?».

Y ella en su inocencia y utilizando su media lengua, les dijo que sí, que me había escapado por la ventana.

Mi hermana nos dijo que lo que más le impresionó fue la actitud de la única mujer que había en el grupo. Era la que más preguntaba por mí, la que más amenazaba, pero lo que sobre todo la dejó sin aliento fue descubrir en su mirada un odio tan feroz que Beatriz no pudo menos que decirme:

—¡Te aseguro que si esa mujer te agarraba no dejaba de torturarte hasta verte muerto! —para luego persignarse como si quisiera liberarse del demonio que encarnaba esa mujer, que trasuntaba en su mirada todo el odio que sólo puede nacer

cuando a un carácter perverso se le agrega el fanatismo de la intolerancia.

Años después y por las declaraciones de varios testigos que estuvieron detenidos en el D<sub>2</sub>, y que coincidían con la descripción de esa mujer que me había hecho mi hermana, pude deducir que no podía ser otra que la hoy tristemente famosa Mirta Graciela Antón, a quien apodaban la Cuca, una reconocida psicópata y asesina que participaba asiduamente de las torturas a los presos políticos y que sobre todo se ensañaba con las mujeres, a las que sometía a los más aberrantes vejámenes de índole sexual.

Frustrados una vez más por no haber podido lograr su cometido, la caravana de autos partió a gran velocidad rumbo a Villa Warcalde. Al llegar a la casa de mi suegro, los sicarios descubrieron que su único habitante era el casero, un muchacho bastante gordo que era el hermano menor del Tato, un viejo conocido de los Ferrucci, y que dormía cuando la patota irrumpió en la casa.

Tras violentar la puerta, lo sacaron a la rastra de la habitación que ocupaba mientras descargaban sobre él una lluvia de golpes exigiéndole que dijera dónde se escondía el Pelado. El muchacho juró ante Dios que allí no vivía ningún Pelado y que nunca en su vida lo había visto. La patota amenazó con matarlo ahí mismo si no les decía en dónde estaba yo y el pobre muchacho volvió a jurar que no sabía nada e imploraba que no lo mataran, hasta que por fin le creyeron y lo dejaron con vida.

Tanto fue el terror que sintió que ya no volvió a acostarse y esa misma madrugada dejó la casa de los Ferrucci para dirigirse a la de sus padres que quedaba en el mismo barrio. Al día siguiente les contó a mis suegros la dramática experiencia que viviera y les dijo que ya no podría seguir siendo su casero.

En marzo de 1976 cuando secuestraron a Hugo Vaca Narvaja faltaban menos de dos semanas para el golpe cívico militar que derrocó a Isabel Martínez. El comando Libertadores de América, había sido puesto bajo la dirección del ex mayor Ernesto «el Nabo» Barreiro, y su base operativa ya estaba instalada en el Campo de la Ribera, una prisión militar acondicionada para recibir a los secuestrados.

El pintor Guillermo Pérez Rosario era hijo de una mujer a la que le decían la Pelada y vivía en el barrio desde hacía muchos años por eso había sido contratado por Raquel Altamira, esposa de Huguito Vaca Narvaja y la versión que cuenta Gonzalo es la misma que Rosario les transmitió a los Vaca Narvaja y es coin-



cidente con la del muchacho que trabajaba como casero de mis suegros.

Cuando mi madre terminó de darme la información en torno a las condiciones en que se produjo el secuestro de Hugo Vaca Narvaja así como las reuniones familiares posteriores, en especial las que sostuvieron con Luis Prol, abogado de Huguito Vaca Narvaja y del Negro Enrique Asbert<sup>32</sup> entre otros detenidos, me dijo:

— Ahora tengo que comentarte un episodio que me ha dejado muy angustiada. — Hizo una pausa para encender un cigarrillo, exhaló el humo, y continuó contando: — La semana pasada, después de lo que ocurrió con Hugo, yo estaba sola en casa. Cerca del mediodía tocaron el timbre y cuando fui a atender me di con tres personas vestidas con delantales blancos. El auto en que llegaron quedó estacionado frente a la puerta de casa. Una mujer bastante joven y teñida de rubio me dijo que eran empleados del Ministerio de Salud Pública Provincial y que estaban haciendo una campaña de vacunación contra el sarampión para prevenir una epidemia, pues en los últimos días se habían detectado muchos casos.

» — «La campaña — dijo — incluye a todos los niños menores de dos años, por lo que venimos a vacunar al niño...» — en ese momento abrió una carpeta que traía bajo el brazo de la que extrajo una hoja con un listado de nombres que parecía ser un registro de los niños a vacunar. Recorrió con el dedo índice el listado hasta detenerse en un nombre que leyó en voz alta: — «El niño Francisco Yofre».

Entonces yo les dije:

» — «Pero si aquí no vive ningún niño.

» La mujer insistió utilizando un tono cada vez más altanero y prepotente:

» — «Acá dice que en esta dirección vive un niño llamado Francisco Yofre».

» Dijo esto agitando la carpeta para darle mayor énfasis a su afirmación, como si quisiera advertirme que ellos tenían comprobado que en casa vivía ese niño. Traté de mantenerme tranquila porque tuve miedo de lo que podían hacerme. Eso sí, fui enfática en mi respuesta:

» — «Le repito, en mi casa no vive ningún niño. Ni uno que se llame Francisco ni nadie.

»La mujer ya no quiso seguir increpándome y con un gesto de resignación dijo:

»— «Se ve que no nos han dado bien la dirección».

»Cerró la carpeta, se dirigió hacia el auto estacionado frente a casa y se retiraron sin más.

»— Te imaginás que no les creí para nada de eso de la campaña contra el sarampión. Estoy segura de que éstos vinieron esperando encontrar a Pablo para llevárselo.

A través de los años muchas veces me he preguntado acerca de los motivos que provocaron este extraño episodio que me relatará mi madre. La hipótesis que considero más factible es la de suponer que tenían la información de que Susana había dado a luz un varón y dieron por sentado que se llamaba igual que yo, y la farsa de la vacunación era sólo un pretexto para entrar a la casa y llevarse al niño como rehén, para extorsionarme y hacer que nos entregáramos; lo que puede resumirse en una propuesta muy simple: «Si los padres se presentan en la policía les devolvemos el niño a los abuelos».

En esas circunstancias, nuestro proyecto de reconstruir un futuro inmediato en Misiones se hizo cada vez menos viable llevándonos a la conclusión de que la única opción que teníamos para salvar nuestra vida era salir cuanto antes del país.

Así, apenas nos enteramos de que a los miembros supervivientes de la familia Vaca Narvaja, que lograron asilarse en la Embajada de México unas horas antes del golpe de Estado, se les había otorgado el salvoconducto para viajar a ese país<sup>44</sup>, decidí

---

44 Horacio Verbistky en su artículo «Una tragedia argentina», publicado en el diario *Página 12* del 18 de octubre de 2004, describe así el exilio de la familia: «El primogénito del matrimonio, Miguel Hugo Vaca Narvaja (h.), había sido detenido a fines de 1975 en uno de los juzgados federales de Córdoba, donde ejercía la defensa de presos políticos, y puesto a disposición del Poder Ejecutivo, sin causa penal en su contra. Cuando faltaban pocas horas para el golpe de Estado, Susana Yofre lo visitó por última vez en la Unidad Penitenciaria 1: “Me pidió que tratara de sacar a toda la familia porque, me dijo, la persecución política iba a ser implacable contra nosotros”. La recomendación del hijo salvó a la familia, que ese mismo día se asiló en la embajada de México, pero no hubo piedad para él. El 2 de abril de 1976, mientras José Alfredo Martínez de Hoz anunciaba por televisión su programa económico, Susana Yofre de Vaca Narvaja y 26 miembros de su familia, entre ellos una docena de niños, llegaron en una caravana

hablar del asunto con mi madre para ponerla al tanto de nuestra decisión y pedirle que actuara como nexo con algunos conocidos que podrían darnos información y, en lo posible, facilitarnos las gestiones necesarias para emprender el exilio.

Con Susana habíamos decidido explorar dos alternativas de asilo. La primera era refugiarnos en la Embajada de Costa Rica, y el contacto que utilizamos fue el abogado Carlos Heredia, que ya nos había ayudado en distintas oportunidades, a quien elegimos por ser muy amigo del cónsul de Costa Rica en Córdoba, de apellido Monje, quien era hermano del embajador de ese país en la Argentina.

Cuando Heredia, acompañado por el cónsul, se reunió con el embajador en la sede diplomática de Buenos Aires, éste dejó en claro que no haría nada para facilitar mi ingreso a la embajada. Sin embargo afirmó que si yo era capaz de descolgarme por una soga en el patio interno de la residencia —donde se desarrollaba la conversación en ese momento—, se vería obligado a concederme asilo, pero no podía asegurar el tiempo que me vería obligado a permanecer allí, aunque estimaba que sería por varios años.

La falta de voluntad del embajador para recibirnos y la ausencia de un relevamiento adecuado de las características de la embajada, sus movimientos diarios y la ubicación de la custodia policial, así como los horarios en que se producían los cambios de guardia, nos hicieron descartar esa primera opción.

Mientras tanto, una hermana de mi madre, a quien siempre llamábamos Maruca, y que fue la que acompañó a Susana a Buenos Aires tras el nacimiento de Pablo, se había entrevistado con el ex vicepresidente Carlos Perette, quien, como muchos políticos radicales, atendía sus asuntos en el tradicional Hotel Savoy. Perette se comprometió a realizar averiguaciones en las embajadas de Venezuela, Costa Rica y México y le presentó a un ex diputado de su confianza, del que no recuerdo el nombre, quien recibiría semanalmente a mi madre para mantenerla informada de la marcha de las gestiones para lograr nuestro asilo.

En esos días, y por recomendación mía, mi madre tomó contacto con Ricardo Yofre, el hermano menor de mi padre, un cardiócirujano especializado en Londres que hasta principios de los

---

de cinco autos al Aeropuerto, acompañados por un funcionario del gobierno mexicano en cada uno».

'70 venía haciendo una carrera excepcional, que se vio interrumpida cuando sus hijos se incorporaron a Montoneros y sufrieron el rigor de la represión.

En ese momento, y como puede verse en nuestro caso, las pocas relaciones que manteníamos eran de orden familiar y sólo con los parientes más cercanos, ya que desde que abandonamos Córdoba para instalarnos en la quinta de Merlo, dejé de tener contacto con la organización Montoneros y en consecuencia con la Juventud Trabajadora Peronista que por esa época ya tenía casi la totalidad de sus militantes en la clandestinidad, pues todos los locales partidarios habían sido cerrados. También, y a medida que pasaban los meses y nos acercábamos a marzo del '76, el accionar represivo se había ido intensificando y, al mismo tiempo, era cada vez más indiscriminado por lo que el terror se extendía hacia todos los sectores de la población y, en esas circunstancias, la solidaridad y la relación con quienes éramos buscados por las fuerzas represivas eran muy limitadas, hasta reducirse a unos pocos familiares que, aún temiendo las posibles consecuencias, continuaban ofreciéndonos su ayuda.

A partir del golpe, la seguridad de Ricardo Yofre era ya insostenible, pues tres de sus hijos habían pertenecido a Montoneros. Alejandro, el mayor —que fue uno de los fundadores de la organización en Córdoba y participó en la toma de la localidad de La Calera—, vivía exiliado en España desde 1974. Otra de sus hijas, María José estaba presa desde hacía un año, mientras que la menor, Gabriela, por esos días se mantenía combatiendo a la dictadura desde la clandestinidad, hasta que en octubre del '77 fue secuestrada por la ESMA y, tras ser brutalmente torturada, aún sigue desaparecida.

Ricardo Yofre había evaluado la posibilidad de asilarse en el consulado mexicano, pero la desestimó por considerarla muy riesgosa, aunque finalmente consiguió los pasaportes para salir del país. Vivió un tiempo en Cuba para después radicarse en México, donde nos encontrábamos con alguna frecuencia a tomar un café y comentar la situación política argentina y años después, con el regreso de la democracia, las dos familias volvimos a instalarnos en Córdoba.

Fue precisamente Ricardo quien, a través de mi madre, nos transmitió valiosas informaciones, obtenidas por personas de su confianza que visitaron el consulado en diversas oportunidades para observar su rutina cotidiana y, a medida que iba recibiendo

más datos, se incrementaba su influencia en las ideas que decidirían mis movimientos futuros.

Por esa vía supimos que la sede diplomática ocupaba todo el tercer piso de un edificio de diez plantas, en cuya entrada principal se hallaban apostados dos policías federales, que vigilaban el acceso al lugar y el intenso movimiento de transeúntes y vehículos, característico de una esquina tan céntrica como Paraguay y Florida.

El ascensor se abría hacia un amplio palier, donde otros dos federales custodiaban una puerta de madera maciza que permanecía siempre cerrada. Cuando alguna persona quería acceder al consulado, debía tocar un timbre y esperar a que una mujer alta y robusta —siempre la misma, según Ricardo Yofre—, acudiera al llamado y entreabriera una de las hojas, manteniéndola sujeta por una cadena dorada que sólo desenganchaba para franquear el paso de quienes tuvieran fundadas razones para justificar su presencia en el lugar.

Yo había tomado la precaución de hacer que mi madre me transmitiera estas informaciones sólo cuando Susana no estuviera presente. Así, nuestras charlas sobre el tema se desarrollaban a media voz y sentados en los sillones de la galería, desde donde podíamos ver un centenario ombú, aprovechando el momento en que Susana se retiraba al dormitorio para que Pablo durmiera la siesta.

Por otro lado, mi madre proseguía sus reuniones quincenales, iniciadas en el mes de abril, con el diputado radical que le recomendara Perette, aunque hasta el momento no se avizoraban avances significativos que nos permitieran abrigar alguna esperanza de obtener el asilo. Las entrevistas siempre se concretaban después de una espera de dos horas y en ellas el ex diputado aportaba muy pocos datos. Todo era imprecisión. Apenas una que otra promesa, siempre vaga, aunque sostenía que no pasaría mucho tiempo sin darnos una fecha de entrada a alguna embajada. Sin embargo, en la tercera entrevista afirmó que sólo tenía buenas relaciones con un diplomático mexicano, pese a que en dos ocasiones anteriores también había mencionado a un venezolano, lo que restaba credibilidad a sus dichos. Así, cuando se refirió a un dialogo sostenido con el funcionario de la embajada de México, le insistí a mi madre que —con la máxima firmeza que le permitiera su ánimo, a esa altura un tanto decaído por las

interminables amansadoras a las que la sometía el ex diputado—, le exigiera el nombre del diplomático con el que negociaba, pero el hombre se negó terminantemente a revelarlo, pues afirmaba que esa había sido la única condición puesta por el funcionario para iniciar las tratativas, afirmando que, si se filtraba su nombre, su vida correría peligro pues los militares sostendrían que estaba ayudando a los guerrilleros a escapar del país.

Ante la insistencia de mi madre y la negativa del diputado, la reunión fue caldeándose hasta que ella, al borde de un ataque de nervios, reclamó a los gritos la identidad del funcionario, y llegó a un abrupto final cuando el hombre, levantándose del sillón, le pidió que jurara no repetir el nombre. Después, con voz irritada y a la vez cargada de temor, se inclinó hacia ella y deslizó en su oído un apellido y un cargo, que mi madre apenas alcanzó a escuchar.

Cada vez que terminaba una de estas reuniones en el hotel Savoy, mi madre, conociendo la ansiedad que me embargaba cuando partía para conversar con el ex diputado, había tomado la costumbre de venir directamente a la quinta para ponerme al tanto de las últimas novedades. Como si fuera hoy, recuerdo que esa tarde helada de mayo del '76, la vi bajar de un taxi llevando su cartera casi a rastras. Se la veía abatida y extenuada, con los nervios a la miseria. Se acercó a la galería donde yo la esperaba y se dejó caer sobre el sillón.

—Se llama Ricardo Valencia... Ministro Ricardo Valencia.

—Dijo, y después respiró hondo para agregar con voz irritada:

—Me hizo jurar que no se lo diría a nadie.

—¿Vos crees que no te mintió? —le pregunté.

—No sé qué decirte... Se lo veía asustado. Antes de que discutiéramos me dijo que el diplomático prometió tener una respuesta para fin de mes, porque el canciller mexicano está de gira por Centroamérica y sólo él puede autorizar el asilo.

No pudimos continuar con nuestra conversación pues escuchamos los pasos de Susana, que se acercaba con Pablo en brazos.

Al pensar que, contradiciendo sus afirmaciones anteriores, el ex diputado le había dicho que recién tendría una respuesta para fines de junio o principios de julio, decidí, tras esta nueva dilación, decirle a mi madre que no valía la pena que volviera a encontrarse con él. Y así efectivamente sucedió.

A esta altura de las negociaciones, yo ya no tenía dudas: había comprendido que jamás nos concederían el asilo en forma voluntaria, y que nadie nos abriría las puertas pacíficamente para darnos refugio diplomático, por lo que debería pensar cómo haríamos para entrar al consulado.

El 30 de junio, una masa de aire polar cubría todo el país. La temperatura había descendido a menos de cero grado, y el típico manto de escarcha se extendía por calles, veredas y plazas. Como todas las mañanas, desafiando el frío de aquel día, compré el diario *La Nación*, en el puesto más cercano a la quinta. En una de sus páginas apareció una noticia que me conmovió profundamente, al punto de disparar una serie de sensaciones que tuvieron repercusiones inmediatas a la hora de determinar nuestro futuro.

El artículo se refería a la tensión que se había producido a partir de un incidente entre policías de la dictadura uruguaya y funcionarios diplomáticos venezolanos. Fue leer la noticia y tomar una decisión irreversible: debía acelerar nuestra entrada a la embajada mexicana, aprovechando que cualquier acción represiva del gobierno no pasaría desapercibida y podía darme un cierto grado de protección.

Mi decisión se vio reforzada cuando, al día siguiente, leí una nueva nota que describía cómo habían ocurrido las cosas y cómo las fuerzas de seguridad del régimen militar uruguayo habían arrasado con la inmunidad diplomática venezolana.

Al comentar la información periodística de aquel trágico suceso, lo hago pensando en que recrea perfectamente el clima represivo que se enseñoreaba en el Cono Sur y los riesgos que uno debía estar dispuesto a correr para obtener el tan ansiado asilo, a la vez que proporciona una idea de hasta dónde las dictaduras estaban decididas a desconocer el Derecho Internacional.

El jueves 1° de julio, la prensa anunciaba que a raíz de un grave incidente, registrado el lunes anterior en los jardines de su sede diplomática de Montevideo, Venezuela amenazaba romper relaciones con Uruguay si una mujer no identificada, a la que policías vestidos de civil habían retirado violentamente del lugar cuando se disponía a solicitar asilo, no era devuelta en un plazo perentorio.

La mujer, de unos treinta años, ingresó a los jardines de la embajada demandando asilo a viva voz, mientras era perseguida por tres hombres, uno de los cuales logró alcanzarla y la sacó violentamente al exterior. Dos funcionarios de la embajada intenta-

ron, sin lograrlo, impedir que se la llevaran y, en el forcejeo, uno de ellos recibió una dura golpiza. Después se sabría que la mujer era una guerrillera tupamara, llamada Elena Quintero Ruiz, que había sido secuestrada unos días antes, y que el diplomático golpeado por las fuerzas de inteligencia uruguaya era el consejero Frank Becerra.

El 3 de julio, *La Nación* titulaba una de sus notas: «*Superaríase la crisis uruguayo –venezolana*». Sin embargo al desarrollar la noticia se observaba que la tensión se agravaba pues

*«...los dos periódicos más importantes de Venezuela informaron que el presidente Carlos Andrés Pérez sostuvo que si el gobierno uruguayo no entrega dentro de un plazo perentorio a la mujer, Venezuela rompería relaciones diplomáticas con Uruguay».*

Sin embargo, la secuestrada jamás reapareció y, el 6 de julio, Venezuela anunció formalmente la ruptura de sus relaciones diplomáticas con la República Oriental del Uruguay.

Los datos que nos había aportado Ricardo Yofre sobre el movimiento habitual del consulado, me llevaron a desestimar la posibilidad de entrar por sorpresa o de manera violenta a la delegación mexicana, pues la puerta era sólida y los dos policías tendrían el tiempo necesario para actuar y detenernos y, por otra parte, así les daríamos a los funcionarios consulares el pretexto ideal para negarnos el asilo, alegando que habíamos utilizado la fuerza para ingresar a sus oficinas.

Tenía que pensar en una estratagema que persuadiera a la persona que recibía a los visitantes, con la puerta entreabierta y sujeta por una cadena, para que nos la franqueara con absoluta normalidad, como si fuéramos a realizar algún trámite en el consulado y sin que sospechara cuál era nuestro verdadero objetivo. No podía alegar que concurríamos a solicitar una visa para viajar a México pues en ese caso deberíamos exhibir los pasaportes que no teníamos, ya que tanto Susana como yo nunca realizamos las gestiones necesarias para conseguirlos, cosa que, por otra parte hubiera sido casi suicida porque en esos días el trámite debía cumplirse en dependencias de la Policía Federal.

Plantada así la ecuación, el obstáculo al que me enfrentaba parecía imposible de superar, hasta que en una de las tantas noches de insomnio, ya casi al amanecer, tuve una idea que, a mi



juicio, me permitiría traspasar la línea que dividía el territorio nacional del mexicano sin tener que forzar la puerta del consulado. En el momento, pensé que al fin tenía un plan de acción que me parecía aceptable y me propuse que apenas nos levantáramos se lo contaría a Susana, ya que, si estábamos de acuerdo, el lunes siguiente nos aventuraríamos a ir a la Capital Federal. Quería ponerlo en práctica cuanto antes porque mientras más rápido nos pusiéramos en acción, menos dudas tendría sobre su éxito y menos posibilidad habría de que aumentaran y me llevaran a postergarlo, e incluso a desecharlo, ante el temor de un fracaso que nos exponía a lo irremediable. Si no hacíamos nada tendríamos la oportunidad de seguir viviendo mientras el régimen no nos hallara pero, si elegíamos la nueva alternativa y teníamos éxito, daríamos un paso más que importante hacia la libertad, aunque si fracasábamos era seguro que no sobreviviríamos.

Con estas tres opciones en la mente, el viernes 2 de julio, después de desayunar en la gran mesa para doce personas ubicada en el centro del comedor, hacia el que se abrían cuatro habitaciones y dos puertas de doble hoja protegidas por celosías de hierro pintadas de verde, le propuse a Susana que saliéramos a caminar con Pablo.

Abrí la puerta de entrada, que daba al frente del viejo casco de estancia. El sol no alcanzaba a cortar el viento frío que soplaba del sur. Caminamos hacia la tranquera por el camino principal, flanqueado a ambos lados por hileras de paraísos que en el verano ofrecían una sombra generosa. Canela, la perra que vivía con los caseros, se cruzó ante nosotros y empezó a saltar delante de mí, para después adelantarse a toda carrera. Entonces rodeé el hombro de Susana con mi brazo y le dije:

—Tengo un plan para entrar al consulado. No podemos seguir así, esperando una autorización diplomática que nunca nos darán.

Susana asintió con un gesto. Guardó silencio y se dispuso a escuchar mi propuesta. Al observar esa expresión tan suya, de enarcar las cejas cada vez que se presentaba una situación de riesgo para nuestra seguridad, creí conveniente suprimir las circunstancias que nos podrían exponer al fracaso y me explayé en las cuestiones que no presentaban mayor dificultad. Así fui desgranando cada uno de los pasos que, según había pensado, debíamos dar, precisando cada detalle, cada acción, cada comportamiento.

—Es esencial —le dije—, que cuidemos nuestro aspecto personal para no desentonar con quienes van a hacer trámites al consulado. Yo iré de traje y corbata y vos podrías ir con el tapado azul marino —le propuse, porque siempre me había gustado cómo ese color resaltaba el cabello rubio que le caía sobre los hombros—. Llegaremos separados. Haremos el viaje juntos, desde Merlo hasta la estación de subte de plaza San Martín, y después yo me adelantaré y caminaremos distanciados por una cuadra para que me puedas seguir con la vista y estar segura de que todo ocurre como lo planeamos. La distancia, medida en tiempo, es de un minuto y medio.

Mientras le explicaba los movimientos que deberíamos hacer durante el camino a la sede diplomática, me vinieron a la memoria una serie de imágenes correspondientes a otros tantos operativos que planificáramos en nuestra época de estudiantes. La toma de la facultad, las barricadas en el Viborazo, las pintadas denunciando a la dictadura de Lanusse, o las que reivindicaban las luchas obreras, que remataban siempre con el « ¡Perón o Muerte! ¡Viva La Patria! ».

Para cada una de estas acciones estudiábamos el lugar en que actuaríamos, la forma de llegar hasta allí, el rol de cada uno, el tiempo que estaríamos y como nos retiraríamos para evitar que la policía nos detuviera.

—Cuando estemos ante los federales debemos mostrarnos serenos —dije con voz pausada—. La mejor forma de pasar desapercibidos es actuar como si fuéramos a hacer un trámite rutinario. Al llegar al palier tocaré el timbre y en vez de exhibir el pasaporte tendré en mi mano un sobre blanco que, bien visible, llevará escrita en letra de imprenta la leyenda «*Ministro Ricardo Valencia*». Cuando la empleada se asome a la puerta apenas entreabierta, le dejaré ver el cargo y el nombre del funcionario al que está dirigida la carta y le diré que debo entregarla en mano, por lo que se verá obligada a dejarme entrar al consulado.

Susana respiró profundo:

—¿Y si la mujer desconfía de vos y le pide a la policía que te retenga hasta que ella pregunta al ministro Valencia si te conoce?

—No tiene porqué desconfiar. Además conocés mejor que nadie mi capacidad para convencer a las personas. Cuando me propongo obtener un sí, lo consigo —dije poniendo énfasis en mis palabras—. Es un arte que siempre tuve. —La miré con aire

de suficiencia y agregué para distender la situación: —No te preocupes, he repasado cada detalle y el plan no ofrece ningún riesgo.

Dije esto sabiendo que mi afirmación no se ajustaba del todo a la verdad. Sin embargo estaba convencido de que la planificación rigurosa que había pergeñado en base a una información veraz y exhaustiva, combinada con la sorpresa y la audacia, me daba la ventaja necesaria como para pensar que era posible conseguir el tan ansiado asilo.

Cuando Susana terminó de escuchar mis argumentos, destinados a despejar cualquier temor que pudiera albergar, sacó a Pablo del cochecito tomándolo entre sus brazos y lo cubrió con una larga manta de gruesa lana que ella misma le había tejido. Imaginé que ese gesto estaba más destinado a protegerlo de la inclemencia represiva que en poco tiempo más podía caer sobre él, que del viento helado que en ese momento soplaba con tal intensidad que cortaba el aliento.

Todavía estaba oscuro cuando le dije a Susana que ya eran las seis. Ninguno de los dos había podido pegar un ojo en toda la noche. Sabíamos que ese día sería crucial para nuestras vidas. Enfrentaríamos al aparato represivo que la dictadura tenía desplegado en todo el territorio nacional pero que se concentraba especialmente en la Capital Federal y en el Gran Buenos Aires.

Ya he mencionado que la quinta no estaba preparada para ser habitada durante los meses de invierno y esa mañana el frío era singularmente intenso. Después de atravesar el largo pasillo, me dirigí hasta la cocina ubicada en un extremo de la casa. Al querer abrir la canilla para llenar la pava comprobé que el agua no salía, pues las tuberías se habían congelado durante la noche. Tuve que utilizar la que estaba en la heladera y así pude preparar el té con leche con el que desayunamos a las apuradas.

A las siete y media de la mañana del lunes 5 de julio, salimos de la quinta en la que habíamos vivido refugiados desde marzo del '75, cuando el país estaba en manos de las bandas armadas que respondían a López Rega, época que apenas sería un anticipo de lo que vendría cuando se interrumpiera el orden constitucional y se instaurara la más sangrienta de todas las dictaduras de nuestra historia.

Abrí la pesada tranquera para dejar pasar a Susana que llevaba en brazos a Pablo. Miré por última vez el viejo casco de

estancia. Pude distinguir a lo lejos la mesa de hierro, pintada de verde, con sus cuatro sillones haciendo juego, ubicado en la galería que daba al frente de la casa. Durante el último año y medio que habíamos vivido casi en soledad, gran parte de las horas de cada día las pasaba allí para leer, charlar o pensar cual sería nuestro destino.

Caminamos hasta la esquina para esperar el ómnibus suburbano que nos trasladaría a la estación de trenes de Merlo. Llevábamos nada más que lo puesto, para no despertar sospechas pues yo no descartaba que los servicios de inteligencia me hubieran detectado y mantuvieran una discreta vigilancia con la esperanza de sorprender alguna reunión de la conducción nacional, de la que, para ellos, yo aún formaba parte, y dar un golpe contundente a la organización. En caso de que así fuera — como realmente ocurrió, tal como he relatado en el primer capítulo —, no debíamos salir con ningún bolso que los alertara de una fuga o un posible traslado.

El solo hecho de movernos tan temprano me parecía que podía ser altamente sospechoso, porque era inusual que saliéramos los tres juntos, y más aún con el frío que hacía a esa hora de la mañana.

A los diez minutos de espera llegó el ómnibus repleto de pasajeros. Tuvimos que empujar y discutir para hacernos un lugar, especialmente con una mujer de mediana edad, poco dispuesta a apretujarse aún más de lo que ya estaba y que de mala manera se quejó diciéndome:

— Señor no empuje... ¿No se da cuenta de que no hay más lugar...?

A pesar de la gente que esperaba en las paradas siguientes, el ómnibus no se detuvo hasta llegar a la estación de trenes de Merlo perteneciente al ramal Sarmiento en el oeste de la Provincia de Buenos Aires.

Con los pasajes en mi poder nos dirigimos al andén. Todavía el frío era tan intenso que Pablo, enfundado en un enterito blanco y con la capucha puesta para resistir los embates del viento, tenía la carita y la punta de la nariz completamente enrojecidas.

La plataforma se fue poblando de hombres y mujeres silenciosos que buscaban trasladarse a sus lugares de trabajo en la capital. La mayoría de los hombres tenían el aspecto de ser obreros industriales, muchos de ellos se desempeñarían en las metalúrgicas, de las que en aquel tiempo había a centenares distribuidas

a lo largo del cordón industrial del gran Buenos Aires y de los suburbios de la Capital. Las mujeres se repartían entre las que trabajaban en casas de familia, oficinistas, comercios y en menor medida en las industrias, particularmente en la textil.

En el andén y mezclados entre la gente, divisamos a tres policías uniformados que solicitaban documentos a las personas que se aprestaban a viajar. Afortunadamente, el tren llegó antes de que se acercaran a nosotros. Cuando se detuvo, se abrieron las puertas y nos apresuramos a entrar al vagón para dejar atrás el peligro y refugiarnos en un asiento de los del medio, buscando que la multitud nos protegiera de la curiosidad policial. Enseguida el guarda hizo sonar el silbato y las puertas se fueron cerrando lentamente mientras el tren se ponía en movimiento.

Mirando con disimulo por la ventanilla observé una escena que me dejó sin aliento. El policía de más edad interrogaba a una parejita joven a la que habían retenido mientras los otros uniformados permanecían alerta y en guardia ubicándose detrás de ellos. El chico tendría poco más de veinte años, lucía una abundante cabellera sujeta con una banda elástica y tenía puesta una campera de tela gruesa color verde oliva. La chica, más jovencita, parecía muy asustada y lloraba mientras agitaba una mano en señal de negación, como si se estuviera defendiendo de alguna acusación.

El tren tomó impulso y fue ganando velocidad por lo que, en cuestión de segundos, la parejita y los policías desaparecieron de mi vista. En ese momento, no pude dejar de pensar que el destino hubiera podido colocarnos en la misma situación que acabábamos de presenciar.

En el vagón todos callaban y se respiraba un clima de tensión. El silencio era tan profundo que sólo lo alteraba el característico traqueteo del tren eléctrico desplazándose por las vías. Pude notar que nadie sostenía la mirada del desconocido que tenía enfrente, quizá por temor a encontrarse ante un agente de la dictadura y terminar involuntariamente llamando su atención. Relativamente calmado, pensé que, hasta entonces, las cosas marchaban según lo que había previsto: primero sorteamos con éxito la salida de la quinta y después logramos superar la vigilancia policial en la estación en Merlo, pero ahora mi temor se centraba en la posibilidad de que el ejército preparara una redada en alguna de las tantas estaciones que había antes de llegar a Once y nos hiciera bajar al andén para identificarnos.

Cuando arribamos a Castelar escuché la voz ronca del guarda que anunciaba: « ¡Rápido a Liniers!», « ¡Rápido a Liniers!», en medio del sonido estridente del silbato que otro guarda hacía sonar para llamar la atención de los pasajeros.

«Serán unas cuantas estaciones menos», pensé mientras continuábamos la marcha, y como para darme fuerza me dije: «Si todo sigue así es posible que lo logremos».

Unos minutos después y antes de que el tren se detuviera por completo, algunos pasajeros se descolgaron presurosos para trasladarse a sus lugares de trabajo. Habíamos llegado a la vieja estación de Once, allí el movimiento de personas buscando alguna de las salidas de la Terminal para dirigirse a las paradas de las distintas líneas y esperar el ómnibus que los llevaría a su destino era tan intenso como de costumbre.

En medio del trajín en que estábamos inmersos, percibí la presencia de policías de civil, quizá pertenecientes a Coordinación Federal, aunque no descarto la posibilidad de que ese día estuviéramos frente a uno de los temibles grupos de tareas perteneciente a alguna de las tres armas de las Fuerzas Armadas.

Desde mis tiempos de estudiante había desarrollado una habilidad especial para detectarlos, aunque es justo reconocer que en alguna ocasión mi sospecha recayó sobre un compañero que militaba en otra agrupación política revolucionaria. A los represores los delataba su forma de comportarse. Generalmente tenían el cabello demasiado corto, con el bigote bien cuidado y usaban un traje oscuro en el que nunca terminaban de sentirse cómodos. Siempre estaban abrochándose un botón del saco para enseguida desprenderlo y segundos después volverlo a abrochar, o se estiraban las mangas o alisaban las solapas del saco. Pretendían pasar desapercibidos simulando estar interesados en alguna revista tomada del puesto de diarios ubicado cerca de la boletería pero, sin embargo, su vista se apartaba con frecuencia de la revista para observar con disimulo a los pasajeros que descendían de los trenes.

Al verlos, me acerqué a Susana y le dije en voz baja que me dejara llevar alzado a Pablo, ya que me pareció que así mi apariencia sería la de un padre dedicado e inofensivo. Pero, pese a mis aprensiones, no ocurrió nada especial porque los represores se distrajerón siguiendo con la vista el contoneo de una mujer joven y muy atractiva.

En la estación Miserere tomamos el subterráneo que nos dejaría en plaza San Martín. La formación se bamboleaba al tomar las curvas. A medida que se acercaba al corazón de barrio Norte y se detenía en las sucesivas estaciones, el aspecto de las personas que ascendían iba cambiando, y mostrando su pertenencia a la clase media acomodada. Finalmente, cuando el subte concluyó su recorrido, fuimos los últimos en dejar el vagón.

Inconscientemente demorábamos el momento de llegar al consulado. Sabíamos que una vez que estuviéramos allí, nuestra suerte se inclinaría indefectiblemente hacia uno u otro lado: la hipotética protección diplomática o la muerte segura que nos esperaba si caíamos en manos del régimen. Estaba convencido de que una de las claves para conseguir nuestro objetivo consistía en cumplir estrictamente y paso a paso con el plan que diseñáramos. Así, conforme a lo que acordáramos, me adelanté mientras Susana esperaba un minuto y medio antes de seguirme, sin que por ello me perdiera de vista.

Caminé confundido entre gente despreocupada que vestía elegantemente. Alcancé a escuchar un diálogo en francés de una pareja que, por su aspecto, parecían ser turistas canadienses. Todavía el sol no alcanzaba a abrirse paso entre los edificios cuando llegué a la calle Paraguay. Antes de doblar a la izquierda pude observar a la distancia que Susana y Pablo me seguían. Recién cuando los vi avanzar por la misma vereda por la que yo iba, me decidí a apurar el paso.

De pronto al llegar a la puerta vidriada del edificio en el que tenía su sede el consulado mexicano, me encontré de frente con cuatro policías federales, de los que no me separaban más de tres metros, que parecían avanzar hacia mí. Por un instante creí que se aprestaban a detenerme, aunque de inmediato caí en la cuenta de que no era esa su intención, pues conversaban despreocupadamente entre ellos. Sin reparar en mi presencia, pasaron a mi lado para cruzar la calle, mientras escuchaba que uno de ellos les decía a los otros:

—Si nos apuramos tendremos tiempo para tomar un café antes de que pase la ronda.

Después, a medida que se alejaban, en dirección a la tradicional confitería *Florida Garden*, situada en la esquina de Florida, a menos de media cuadra en diagonal de donde me encontraba, sus voces se fueron perdiendo, apagadas por el fragor del tráfico.

Más aliviado y sin obstáculos a la vista, traspuse la puerta vidriada del edificio, cuyas paredes estaban revestidas de mármol, y busqué el sector de ascensores donde esperaban dos mujeres que parecían ser empleadas de alguna de las oficinas que funcionaban en los distintos pisos. Subimos los tres juntos y ambas bajaron en el segundo. Al quedar solo en el ascensor saqué del bolsillo interior del saco el sobre que tenía escrito en letras de imprenta «*Ministro Ricardo Valencia*». La leyenda se podía leer a simple vista. Debajo, y con letras del mismo tamaño, decía: «*Presente*».

Al apretar el botón del tercer piso sentí que mi cuerpo se ponía máxima tensión y me preparé para lo que pudiera ocurrir. Presumía, por la información que había reunido Ricardo Yofre, que al llegar me encontraría con una consigna policial de dos hombres. Lejos de amilanarme, y como siempre me sucede en momentos de peligro, noté que mi aplomo iba creciendo y que estaba preparado para tomar decisiones rápidas.

Cuando finalmente las puertas del ascensor se abrieron al palier, grande fue mi sorpresa pues lo primero que vi fue la figura inconfundible de Guillermo Greco<sup>33</sup>, acompañado por su mujer que tenía a su hijo en brazos. Hacía cerca de un año y medio que no lo veía. Los dos formábamos parte del Secretariado Ejecutivo de la Juventud Trabajadora Peronista, secretaría que completaban otros dos compañeros —Quique Juárez y Juan Carlos D'Angelo, de Rosario— y que era el máximo organismo de conducción de la agrupación sindical que respondía a Montoneros.

Aún no me reponía del impacto que significó el reencontrar a Guillermo en circunstancias tan excepcionales, cuando me di cuenta de que en el palier sólo estábamos los Greco y yo. Inesperadamente, la consigna policial brillaba por su ausencia. No estaba. No existía. Allí no había nadie que me pudiera detener. Inmediatamente comprendí la ventaja que eso significaba para el desarrollo de mis planes. Por un instante, pensé que los federales, por alguna razón desconocida, podrían estar apostados en el interior del consulado, alternativa poco factible pero que tampoco podía descartar.

Calculando que no sería razonable que estuvieran en territorio mexicano, supe que debía moverme con rapidez, antes de que los policías reaparecieran en el palier. Era una carrera contra



el tiempo. Nuestra libertad y nuestras vidas estaban en juego. Sin perder un segundo, y sin consultar ni intercambiar palabra con Guillermo, toqué el timbre e instantes más tarde la puerta se entreabrió y una mujer robusta, de cabellos castaños, brazos gruesos y manos grandes, de casi un metro ochenta de estatura y cerca de cuarenta años, me echó una mirada cargada de desconfianza. Sin quitar la cadena dorada que impedía abrir completamente la puerta, me preguntó:

— Señor, ¿qué trámite debe hacer?

— Tengo que entregar en mano esta carta para el ministro Ricardo Valencia — respondí, a la vez que le acercaba el sobre para que pudiera leer el nombre del diplomático.

Sin embargo, estaba escrito que lo imprevisto y las sorpresas me acompañarían durante todo el día, pues la mujer me advirtió secamente:

— Aquí no hay ningún diplomático que se llame así — y acto seguido volvió a cerrar la puerta.

En cuestión de segundos, mi situación había cambiado completamente pues si el tal Ricardo Valencia era una creación virtual del diputado de confianza de Perette, como me lo acababa de informar la empleada, todo mi plan perdía sentido pues ya no tenía un justificativo para entrar al consulado.

Sin darme tiempo a procesar lo que estaba sucediendo, la puerta volvió a abrirse, esta vez completamente, para permitir la salida de una monja. Así quedó libre el acceso al consulado. En una sola mirada observé que tenía espacio para entrar. La mujer se aprestaba a cerrar la puerta. Detrás de ella había un hombre de mediana edad y gesto adusto, cuya presencia me inquietó. Volviéndome hacia Greco le pregunté de manera apremiante:

— ¿Es un federal?

— ¡No! Es el portero. Lo sé porque desde febrero estoy viniendo a pedir asilo.

A Guillermo le bastó escuchar mi pregunta para saber qué era lo que yo tenía en mente. En ese instante se abrió la puerta del ascensor y Susana y Pablo aparecieron en el palier. Antes que la puerta se cerrara, tomé a Susana del brazo y juntos entramos al consulado. Todo había ocurrido en un minuto y medio y sin embargo a mí me pareció una eternidad.

— Señora debo hablar cuanto antes con el embajador ya que vengo a solicitar asilo — dije, sin poder controlar mi creciente

nerviosismo a pesar de que cuando partimos de Merlo me había jurado que en todo momento me mostraría sereno y seguro de mí mismo para garantizar el éxito de la operación.

Sin inmutarse, la mujer señaló una hilera de banquetas forradas en cuero negro que se apoyaban sobre la pared mientras decía:

—Tomen asiento y esperen allí hasta que les diga qué deben hacer.

Cuando se alejó de nosotros dando muestras de fastidio, la vi dirigirse a una oficina encristalada donde había un hombre sentado frente a un soberbio escritorio de roble, sobre el que distinguí un pequeño mástil de madera con una bandera mexicana.

Supuse que se trataba del despacho del cónsul pues desde allí se dominaba el movimiento de las demás oficinas.

El hombre llevaba puesto un impecable traje inglés y, cada tanto, elevaba la vista interrumpiendo la firma de los papeles que le presentaba una joven que parecía ser su secretaria. Desde nuestros asientos, podíamos ver cómo la mujer de la entrada solicitaba permiso respetuosamente y sostenía un breve diálogo con el hombre del escritorio. Luego se retiró, haciendo una reverencia, y se dirigió hacia nosotros.

—Como el embajador no está —nos dijo— el cónsul López Lira los recibirá más tarde.

Todo transcurría en un ambiente de tal tranquilidad que me parecía estar viviendo una escena irreal.

En una oficina cercana, un muchacho con acento mexicano se ocupaba de sellar los pasaportes de aquellos a los que se otorgaba la visa de entrada al país azteca. En ese momento atendía a un hombre que explicaba:

—Soy director del Banco Central. Debo asistir a la conferencia de bancos centrales en Cancún —dijo, entregándole el pasaporte azul en cuya tapa se leía «República Argentina», y llevaba estampado el escudo nacional.

Concluido el trámite, el funcionario se dirigió a la salida. La puerta del consulado se abrió para permitirle el paso. Esa circunstancia fue la que aprovechó Greco para irrumpir en el consulado en medio de un escándalo, pues la mujer de cabellos castaños trató de detenerlo interponiendo su cuerpo, por lo que Guillermo le dio un empujón haciéndola caer al piso. La mujer se quejaba a los gritos y decía que había sido lastimada.

El cónsul abandonó inmediatamente su oficina, mientras agitaba los brazos con irritación y, dirigiéndose a los Greco, decía a viva voz:

— A esta sede diplomática se la respeta. Nadie puede entrar sin nuestro consentimiento. Si quiere mi autorización para hacerlo debe tocar el timbre como cualquier ciudadano y esperar a que le abramos la puerta.

Era evidente que el cónsul buscaba ganar tiempo y lograr la salida del matrimonio invasor que había desafiado su autoridad.

Más adelante, Guillermo me contaría que había dos razones por las que no estaba preparado para enfrentar un rechazo tan terminante como el que acababa de recibir.

La primera era su conocimiento personal del cónsul con quien, desde el mes de febrero, se venía entrevistando en su oficina para considerar su solicitud de asilo y, si bien nunca se lo había prometido, tampoco se lo había negado. También me dijo que, hasta ese momento, el trato entre ellos siempre había sido respetuoso. En cada reunión, el cónsul afirmaba que el caso de los Greco se encontraba en manos del canciller Alfonso García Robles quien, como máximo responsable de la política exterior mexicana, era quien tenía la última palabra. Por otra parte, dedujo simplemente que si nosotros no habíamos sido desalojados desde que entramos al consulado, unos diez minutos antes, resultaba lógico pensar que nos habían otorgado el asilo.

Por eso, ante la promesa de López Lira de que autorizaría la entrada del matrimonio y su pequeño hijo si cumplían con la formalidad de tocar el timbre, los Greco se retiraron.

Mientras tanto, en su indignación, el cónsul tomó una decisión que contradecía abiertamente su promesa de permitirles la entrada, pues ordenó a la secretaria que llamara a los federales que, tras regresar del *Florida Garden*, permanecían charlando en la entrada del edificio.

Al escuchar que el cónsul hacía subir a los federales, Susana, a los gritos, les advirtió a los Greco:

— ¡Guillermo...! ¡Entren, que el cónsul llamó a la policía!

Una vez más Guillermo se lanzó contra la puerta desplazando violentamente al portero, que no pudo resistir el empuje de un hombre que medía casi un metro noventa y rondaría los cien kilos de peso.

En medio del tumulto, dominado por el llanto desconsolado de Santiaguito que apenas tenía dos años de edad, López Lira intimó a Guillermo a que en forma perentoria abandonara el consulado. Ante la insistencia del cónsul, incapaz de conmoverse con la desesperación de los Greco, y la inminente aparición de los policías, Guillermo intentó poner a salvo a su familia:

—Me voy si usted acepta que mi mujer y mi hijo se queden en el consulado.

—Muy bien, se quedan pero usted se retira ahora mismo.

Mientras todo esto ocurría, la puerta de entrada había quedado abierta, y pude ver a los cuatro policías que, presurosos, irrumpían en el palier. Fue en ese momento cuando sentí que el temor ante la previsible intervención policial me quitaba por primera vez la iniciativa, dejándome sin saber qué hacer ni cómo actuar.

También Greco, como ex miembro de la máxima conducción de la Juventud Trabajadora Peronista, era consciente de que ni bien traspusiera la puerta sería detenido y pasaría a ser uno más de los tantos argentinos que permanecían desaparecidos en los campos de concentración de la dictadura, por lo que, antes de salir para cumplir con el pacto de palabra acordado con el cónsul y en un último esfuerzo por salvar la vida, se negó a abandonar la sede diplomática, aduciendo que no tenía garantías de que los uniformados pertenecieran a la Policía Federal.

Podría decirse que el argumento esgrimido sonaba poco convincente, pues los policías no sólo estaban de uniforme y portaban sus armas reglamentarias, sino que en sus chaquetillas se veían claramente las placas de metal con el número que los identificaba. Por otra parte, al escuchar la excusa dada por Guillermo, los cuatro, casi al mismo tiempo, sacaron a relucir sus credenciales plásticas de color verde agua que los acreditaban como integrantes de la fuerza.

Casi sin respirar, Susana y yo presenciábamos una situación que parecía haber alcanzado un pico de máxima tensión pero, cuando la resistencia de Guillermo Greco se derrumbaba y los federales sólo esperaban un gesto del cónsul para lanzarse sobre él y detenerlo, ocurrió algo inesperado que me involucró directamente en un nuevo episodio, aún más violento, que amenazaba resolverse de la misma forma que el del secuestro de la guerrillera uruguaya en los jardines de la embajada venezolana.

Ahora asistíamos a un hecho de características parecidas, pero en pleno centro de Buenos Aires. La diferencia entre las dos situaciones era la posición que asumieran los funcionarios venezolanos y la que adoptaba el diplomático mexicano, cuya intención era, a todas luces, rechazar la protección que buscaban los Greco, sin que yo pudiera intuir cuál sería su actitud ante la petición que, minutos antes, había realizado en nombre de mi grupo familiar.

Dejándose arrastrar por lo que consideraba un agravio a la dignidad de su investidura, el cónsul estaba a punto de ordenar el ingreso de los federales para que detuvieran a quienes osaran irrumpir de esa manera en la sede consular, lo que, por otra parte, había sido una ofensa necesaria ya que Greco no tuvo más alternativa que violentar la puerta cuando intentaban cerrarle el paso, negándole el asilo que desde hacía meses negociaba con el propio López Lira, poniendo en riesgo su vida cada vez que se aventuraba hasta el consulado pues podía ser reconocido por los grupos de tareas que actuaban en la Capital Federal.

López Lira avanzó unos pasos hacia la puerta donde aguardaban los federales, por un momento dudó, y después, de manera sorpresiva, se volvió hacia mí y, señalándome con un dedo, me dijo, en tono amenazante:

—Sepa que usted tampoco tiene asilo.

Hasta ese momento yo tenía la esperanza de que reviera su decisión de no recibir a los Greco o, en el peor de los casos, que el destino nos favoreciera y como ocurriera en tantas oportunidades a lo largo de nuestra historia, que el simple capricho de un individuo nos pusiera a salvo, pues muchas veces el hombre que se encuentra en situaciones de poder suele conceder a uno lo que acaba de negar a otro.

Sin embargo, las contundentes palabras que terminaba de escuchar sepultaron definitivamente toda mi esperanza de ser alcanzados por el favor del cónsul.

En esas circunstancias tan dramáticas, sentí que la vida y la muerte se encontraban separadas por los pocos pasos que había entre nosotros, aún situados en territorio mexicano, y los federales, dueños del espacio territorial argentino gobernado por la dictadura. Profundamente conmocionado, logré recuperar la iniciativa, la imaginación y, sobre todo, la voluntad de luchar hasta donde me lo permitieran mis fuerzas para salvar la vida de todos los que estábamos en el consulado.

Cuando el cónsul me comunicó su decisión de no otorgarnos asilo, mi reacción fue instantánea. En un movimiento instintivo, que más tarde habría de sorprenderme, me puse de pie de un salto y, acercándome hasta quedar frente a él, apoyé con fuerza mi dedo índice contra su pecho mientras que, fuera de mí, le decía a los gritos:

—¡Usted firma mi sentencia de muerte!

Mi dedo repiqueteaba en el pecho del cónsul como si fuera un ariete. Por un instante el silencio se apoderó de la escena y todas las miradas se concentraron en nosotros. Con el rostro demudado por la gravedad de mi imputación, López Lira dio un paso atrás y, también gritando, me contestó:

—¡Yo no firmo ninguna sentencia de muerte!

Insistí en mi acusación y volvió a negarlo, aún con más énfasis, como si quisiera convencerse a sí mismo de que su negativa a concedernos asilo era sólo una decisión administrativa.

Entonces, más sereno pero con igual determinación, le dije:

—¡Usted firma mi sentencia de muerte y la de todos los que estamos en esta oficina!

El cónsul pareció salir de su empecinamiento y reflexionar sobre las consecuencias de su negativa. Después, y sin poder dominar su alteración, dio instrucciones para que cerraran la puerta.

Cuando el portero colocó la cadena que trababa el ingreso, sentí que mi cuerpo se aflojaba y que la muerte que acechaba y estaba a un paso de quienes luchábamos por vivir no había podido alcanzarnos.

Sin embargo, recién comenzaba un nuevo proceso de deliberación que insumiría horas y en el que participarían los más altos niveles de decisión política del gobierno mexicano. Nuestra suerte se decidiría a miles de kilómetros de Buenos Aires, en la ciudad de México, más precisamente en Tlatelolco, sede de la Cancillería Mexicana donde despachaba el canciller Alfonso García Robles.

Concluido el incidente, Raúl López Lira se retiró a su despacho. Pronto lo vimos abandonar apresuradamente el consulado, con la mirada clavada en la puerta e ignorando nuestra molesta presencia. Dos horas más tarde, cerca de las 14:00, regresó acompañado por un hombre un tanto mayor que él, cuyo rostro, a pesar de transmitir una personalidad más aplomada y amigable, no

dejaba de expresar una cierta molestia que después supe a qué se debía. Se trataba del Encargado de Negocios, Roberto De Negri, quien ante la situación de extrema gravedad que se había suscitado en el consulado se había visto obligado a abandonar de manera precipitada la reunión diplomática más trascendente del año.

Ese día, lunes 5 de julio de 1976, el embajador de los Estados Unidos, Robert Hill, ofreció una recepción al cuerpo diplomático extranjero acreditado en la Argentina con motivo de festejar el bicentenario de su país cuyo aniversario, en realidad, se había cumplido el día anterior cuando el almanaque indicaba que era domingo, fecha poco propicia para el festejo que se merecía la primera potencia mundial.

Más tarde habría de enterarme que, a las doce del mediodía, justo cuando nos encontrábamos en el momento más álgido del conflicto originado por nuestra permanencia en la sede consular, la Junta Militar en pleno encabezada por el dictador Videla se había hecho presente en la embajada norteamericana.

Es de suponer que ninguno de los diplomáticos invitados les expresó a los miembros de la Junta su preocupación por los crímenes y la violencia que azotaba al país y que tenía su origen en el régimen que ellos encabezaban.

También ese 5 de julio el diario *La Nación* informaba en primera plana que en el barrio de Belgrano habían sido asesinados cinco religiosos, pertenecientes a la congregación de los Palotinos.

Después de instalarse en su despacho, la primera decisión que tomó el Encargado de Negocios fue recibir a Guillermo Greco. Tras confirmar que su intención era lograr que le otorgaran el asilo, procedió a registrar sus datos y los de su familia en un cuaderno que tenía sobre su escritorio, con lo cual dio por terminada la reunión. Acto seguido me hizo llamar por intermedio de su secretaria, y me recibió con bastante frialdad.

—Debo decirle que debido a la situación tirante que existe entre México y Argentina provocada por la permanencia de Cámpora en la residencia de la calle Arcos, ambos gobiernos han decidido retirar sus embajadores, por lo que ante la ausencia del embajador González Salazar he quedado a cargo de la delegación, aunque sólo soy el Encargado de Negocios.

Sin dejar de mirarme a los ojos, se puso de pie mientras observaba mi reacción frente a su primer intento de presionarme para que desistiera de mi objetivo.

—El asilo de C ampora es la causa de las dificultades entre los dos países —agregó, para luego de una pausa preguntarme:—  Entonces usted, como Greco, pretende obtener asilo?

—Esa es mi solicitud formal ante el gobierno de México, al que usted representa —respondí con un tono de voz grave, acorde con la trascendencia de mi pedido y la instancia por la que atravesaba.

Antes de que pudiera hacer cualquier otro comentario, me explicó:

—Pedir  instrucciones a mi gobierno, pero estoy en condiciones de adelantarle que su solicitud será denegada por dos razones: la primera porque la Argentina se niega a entregar salvoconductos a quienes son dirigentes políticos, y prueba de ello es que C ampora, su hijo Héctor y Juan Manuel Abal Medina hace meses que permanecen en la embajada. La segunda razón consiste en la advertencia que la Junta Militar, durante su primera semana de gobierno, nos hiciera a todos los embajadores, en el sentido de que será muy mal visto y se considerará un acto inamistoso para con el gobierno argentino el hecho de que un gobierno extranjero otorgue protección diplomática a sus enemigos.

Las razones que expusiera De Negri no hicieron más que aumentar mi preocupación por la determinación que tomará el Canciller respecto de nuestra solicitud de asilo, en vista de la decisión mexicana de no oponerse a la descarada presión ejercida por la dictadura ante los gobiernos de la comunidad internacional.

Acababa de escuchar una versión de la manera extorsiva y prepotente con que actuaban los militares argentinos nada menos que por boca del Encargado de Negocios mexicano que, sin ruborizarse, exponía descarnadamente la medrosa actitud adoptada hasta entonces por su gobierno. El diplomático ni siquiera había tenido el tino de enmascarar sus palabras apelando a alguna metáfora, como para dejar a salvo la dignidad y la libertad de su país para actuar en el concierto de las naciones.

Lo que De Negri parecía no comprender, o no tener en cuenta, era el menoscabo que el acatamiento de esa advertencia significaba para un gobierno soberano, sobre todo para un país como México, que cultivaba una larga tradición en recibir a los perseguidos políticos que no habría de cesar ni siquiera en esos años, en que el mundo estaba dominado por la guerra fría y la intolerancia ideológica.



Una tradición que tuvo momentos excepcionales como cuando recibiera a León Trotsky, condenado a muerte por la sangrienta dictadura estalinista, o a los republicanos españoles que, escapando a la persecución del franquismo, llegaron a fines de la Guerra Civil, siendo muchos de ellos grandes intelectuales que enriquecieron el quehacer cultural de México. Sin olvidar a los chilenos de la Unidad Popular que huían de las matanzas de Pinochet, a los comunistas y socialistas uruguayos que evadían la represión entrando a la embajada azteca en Montevideo, cuyos funcionarios nunca se negaron a que se refugiaron en ella, o a los peruanos que comenzaron a sufrir el cambio de orientación política de la Revolución Peruana con la llegada al poder del general Morales Bermúdez, o a los miles de argentinos que ya habían comenzado a buscar asilo en México en tiempos de Isabel Martínez, cuando la Triple A extendía su terror por el territorio nacional, y que luego, con la irrupción de la Junta Militar, se multiplicaron hasta dar forma a una verdadera e inocultable migración política.

Pero aquella mañana no me detuve a reflexionar sobre los dichos del diplomático mexicano y sus consecuencias en la política exterior latinoamericana. Tenía que dar respuesta a prioridades más modestas, pero mucho más apremiantes.

Intuí que debía actuar sin pérdida de tiempo, antes de que De Negri se comunicara con el canciller informándole de nuestra presencia en el consulado. Entonces le hice saber que mi situación no se encuadraba en ninguna de las dos consideraciones que acababa de exponer, pues ni era dirigente político ni enemigo del régimen militar por cuanto la política no era una actividad que me atrajera.

El diplomático se sorprendió con mis afirmaciones.

—¿Pero entonces por qué lo persiguen? —Me preguntó, sin dar crédito a lo que yo decía.

—Porque soy primo hermano de los Vaca Narvaja. Simplemente por eso, aunque usted no lo crea —respondí.

De Negri suspiró con alivio:

—Mire Yofre, siendo así, usted tiene garantizado el asilo, pero a ese muchacho Greco no se lo podemos conceder porque sabemos de su actuación política. Él mismo nos la ha comentado con todo detalle cuando lo recibí hace unos días. Incluso aportó recortes de diarios que incluían declaraciones suyas sobre conflictos laborales.

La conversación que sosteníamos se interrumpió abruptamente cuando la secretaria, visiblemente nerviosa, irrumpió en el despacho sin solicitar autorización y le anunció a De Negri que el canciller Alfonso García Robles lo convocaba al teléfono.

El diplomático se trasladó al despacho del cónsul para tomar la llamada. No logré escuchar los términos en que se desarrolló la conversación pero, a través de los tabiques encristalados, pude observar los gestos de preocupación con que De Negri acompañaba sus palabras. Una vez concluida la conferencia telefónica, el hombre se mantuvo en silencio unos instantes, como si estuviera meditando sobre las consecuencias que tendrían sobre nosotros las instrucciones que acababa de recibir.

Después de unos minutos regresó a su despacho para convocarnos a Greco y a mí.

—Ya tengo las instrucciones del canciller —dijo, aparentando una serenidad que el parpadeo constante de sus ojos desmentía. Apoyó ambas manos en el escritorio como para evitar que un leve temblequeo que le alcanzara a notar se intensificara, y mirando directamente a Guillermo, le anunció sin ningún tipo de preámbulo:

—¡Greco usted tiene asilo! —Después, con la mirada esquiva y la voz apagada me dijo: —Yofre, lo lamento pero a usted no le podemos dar asilo porque sólo se me permite concederlo si quien lo solicita es un dirigente político conocido nacionalmente y, por lo que me ha dicho, usted no lo es.

Mi respuesta fue terminante y enérgica:

—Si la condición para obtener asilo es ser un político de proyección nacional, le puedo decir que también yo cumplo con ese requisito, pues usted acaba de afirmar que le consta que Guillermo Greco se ajusta a esa exigencia, y resulta que yo desempeño el mismo cargo que él, como Secretario Ejecutivo de la Juventud Trabajadora Peronista y desde esa posición he sostenido reuniones con el presidente Perón, con el Secretario General de la CGT y he firmado numerosas solicitudes junto a los gobernadores de Buenos Aires, Córdoba, Mendoza o Salta, por mencionar sólo algunos.

—¿Recuerda las fechas de esas reuniones, declaraciones y solicitudes a las que usted alude y en qué diarios se publicaron? —dijo De Negri con una mezcla de enojo y desconfianza que, obligado por las circunstancias, me había ganado largamente con mis expresiones contradictorias.

—Desde ya que sí —dije, y enumeré de corrido las fechas tradicionales en que el peronismo conmemoraba hechos históricos: 17 de octubre, 11 de marzo, 1° de mayo, 25 de mayo, 26 de julio, para luego describir algunas de las acciones políticas en las que había tomado parte.

—Anote Amalia —le indicó De Negri a su secretaria, una mujer de mediana edad que escribía prolijamente, sin poder seguir la rapidez con que yo mencionaba fechas y periódicos, por lo que cada tanto me pedía que repitiera algún dato que no había podido registrar. Ante la cantidad y precisión de las pruebas que aportaba, De Negri ya no tuvo dudas de la veracidad de mis afirmaciones.

—Suficiente. No es necesario que siga anotando, Amalia. —Luego sin disimular su molestia se dirigió a mí, y en tono de reproche señaló: — ¡Yofre usted me engañó cuando dijo que no tenía actividad política!

—Mire señor Encargado de Negocios, con todo respeto le digo que si usted me dice que México sólo me dará asilo si he cruzado a pie la cordillera de los Andes, contra viento y marea yo afirmaré que crucé Los Andes a pie.

No hubo más diálogo. De Negri se retiró para organizar nuestro traslado a su residencia, situada en la calle Arcos, en el coqueto barrio de Belgrano. Trasladar en auto por media Capital Federal a un grupo de asilados que escapaban del régimen era una tarea muy riesgosa, que los diplomáticos de carrera no estaban dispuestos ni preparados para asumir; por eso, el Encargado de Negocios convocó al consulado a los agregados militares. En estas cuestiones los expertos eran ellos. «Que se entiendan entre militares», habrá pensado De Negri. Cerca de las seis de la tarde llegaron los militares en ropa de civil. Ya oscurecía cuando partimos en dos autos y, a gran velocidad, tomamos la avenida Libertador. Por la ventanilla pude ver cómo empezaban a encenderse las luces de los modernos edificios que se alzaban en la tradicional avenida.

Durante los casi veinte minutos que insumió el trayecto, no intercambiamos ni una sola palabra con el agregado militar, en una suerte de tácito acuerdo para evitar algún posible entredicho que volviera aún más tensa la situación que nos tocaba vivir.

Finalmente estábamos en territorio mexicano y bajo su protección diplomática. Sin embargo, no nos sentíamos completa-

mente seguros de que nuestras vidas fueran respetadas, ya que ni los mismos funcionarios —que aún contra su voluntad tuvieron que asumir la responsabilidad de darnos asilo, siguiendo las instrucciones de su canciller— estaban a salvo del terror que reinaba en la Argentina.

Al llegar a la residencia del embajador observé las luces encendidas a pleno. Inmediatamente, personal de la embajada que ya había sido alertado de nuestro inminente arribo abrió la pesada puerta de hierro. Los dos automóviles entraron juntos, sin aminorar la velocidad y no se detuvieron hasta estacionar ante la misma puerta de entrada de la enorme casona de dos pisos.



## LA VIDA EN ARCOS 1650

Siempre recordaré aquella noche invernal de julio del '76, cuando llegamos a la casona de Belgrano sin imaginar que allí deberíamos permanecer durante tres largos meses.

Apenas bajamos de los automóviles que nos trasladaron hasta la embajada, los choferes recibieron la orden de retirarse inmediatamente. Los agregados militares daban por concluida su misión y ahora les tocaba a los diplomáticos de carrera correr con los riesgos que implicaba acoger a opositores al gobierno militar.

El coche en que venía el Encargado de Negocios De Negri quien, según lo que habíamos acordado esa mañana en el consulado, estaba a cargo de supervisar nuestra llegada y alojamiento en la residencia, se cruzó en el portón principal con los de los agregados militares que se retiraban con toda premura.

Enseguida nos presentó al mayordomo de la embajada, quien esperaba nuestro arribo en el patio principal de la residencia. Después de darnos las buenas noches, el hombre nos condujo a una entrada lateral de la casa cuya puerta de hierro estaba pintada de blanco y, en su parte superior, tenía una ventanilla de cristal protegida por una reja.

Por allí accedimos a una amplia cocina dotada con los electrodomésticos más modernos de aquellos años. El encargado, que llevaba puesta una campera de tela gruesa, se adelantó para indicarnos el camino. Subió con agilidad una escalera que desembocaba en un largo pasillo. Cuando el último del grupo se reunió con él, le hizo una seña a los Greco indicándoles que debían seguirlo. Se detuvo al final del pasillo, frente a un cuarto casi a oscuras donde funcionaba la lavandería, cuyas paredes invadidas por la humedad evidenciaban una filtración de agua. Dos ventanas sin postigos daban a un patio abierto, convirtiendo a la improvisada habitación en un lugar poco apto para pasar el riguroso invierno que ese año castigaba sin piedad a los porteños.

—Les hemos preparado este lugar para que se instalen. Tiene sus inconvenientes pero es lo mejor que les podemos ofrecer.

Ana Greco, que todavía tenía en sus brazos a Santiago profundamente dormido, o más precisamente derrumbado por la

extenuante jornada, se asomó a la desnuda habitación para descubrir en medio de la penumbra, tirados sobre el suelo de baldosas rojas, tres colchones con sus respectivas sábanas y mantas. Sobre la pared del fondo alcanzó a observar dos piletones de cemento gris destinados a lavar la ropa blanca de la casa.

Una corriente de aire helado que se colaba por los intersticios de las ventanas golpeó el rostro fatigado de Ana, como advirtiéndole que durante las noches el frío sería una presencia inclemente de la que la familia debería protegerse, especialmente el pequeño Santiago que por su corta edad estaría más expuesto.

Tras dejar a los Greco en su improvisado alojamiento, el mayordomo regresó hasta donde estábamos nosotros. Mientras nos miraba se quitó los anteojos, los limpió con un pañuelo y volvió a ponérselos, dándome la impresión de que tenía algo que decirnos y no encontraba las palabras adecuadas. Después supe que su incomodidad se debía a que el Encargado de Negocios le había encomendado que hablara con nosotros sobre un tema por demás delicado. Finalmente y antes de mostrarnos el lugar en que nos alojaríamos mientras estuviéramos en la embajada, pareció cobrar ánimo y sin ningún tipo de rodeo nos preguntó:

—¿Ustedes tienen el dinero para pagar los pasajes hasta México?

Por los Vaca Narvaja sabíamos que los funcionarios mexicanos se mostraban inflexibles en su exigencia de que los asilados asumieran el costo del traslado al país azteca, de modo que respondí con rapidez, como para no dar lugar a que dudara de la veracidad de lo que afirmaba:

—El dinero me será entregado por un familiar cuando nos traiga las valijas con nuestras pertenencias.

Al escuchar mi respuesta se dibujó en su rostro una señal de alivio, como si el saber que contábamos con los dólares necesarios para sufragar los pasajes aéreos le sacara un problema de encima que, según lo sospeché, tenía que ver con el tenor de las instrucciones que recibiera del Encargado de Negocios.

El asunto, por demás espinoso, era que los funcionarios mexicanos destacados en Argentina no estaban dispuestos a afrontar el costo de los pasajes con el presupuesto que la Cancillería asignaba a la Embajada para su funcionamiento, lo que marcaba una diferencia sustancial con la conducta que, en ese tiempo de dictaduras, asumieran sus pares de las delegaciones en Uruguay y Chile, quienes abrieron sus puertas para facilitar el acceso al re-

cinto diplomático de todos los perseguidos políticos, asumiendo para sí la obligación de llevarlos, con sus propios medios y bajo su protección, hasta el territorio nacional de México.

Después de saber que contábamos con los fondos requeridos por De Negri, el hombre, con una amabilidad que hasta ese momento no había mostrado, me dijo:

—Si usted está de acuerdo, podría darme el número de teléfono de sus familiares para informarles que están bien y acordar con ellos la hora en que los esperaré en el portón de la embajada para recibir su equipaje y el dinero comprometido.

—No sabe cuánto le agradezco su buena disposición para ayudarnos en esta situación tan especial por la que atravesamos —respondí, sorprendido por el inesperado ofrecimiento del encargado.

En ese instante me imaginé cuán preocupada estaría toda la familia, especialmente mi madre que se había involucrado en cuerpo y alma para obtener nuestro asilo diplomático. Durante tres meses mi madre movió cielo y tierra, visitando a familiares vinculados a la dictadura o acudiendo a altos dirigentes de la política y a dignatarios de la Iglesia. Algunos se negaron a recibirla. Otros le hicieron vanas promesas y no faltaron quienes continuaron hablando con ella, prolongando las reuniones y postergando sus respuestas mientras le daban informaciones falsas sobre las supuestas gestiones que realizaban ante diplomáticos extranjeros. Lo hacían con el solo afán de ganar tiempo esperando que al final, después de tanto desgaste, desistiera del auxilio que solicitaba, como finalmente le aconsejé que hiciera.

Estaba absorto en estos pensamientos cuando escuché como un eco lejano la voz del mayordomo que me decía:

—No hay nada que agradecer. Por favor síganme que los llevaré al lugar donde se ubicarán mientras permanezcan en la residencia.

Ahora el hombre se movía con agilidad dando pequeños saltos para subir una empinada escalera de cemento y techo bajo, que desembocaba en un pequeño descanso de apenas dos metros cuadrados.

—Es aquí —dijo con cierta impaciencia al observar que nos retrasábamos al subir con suma cautela los escalones altos y angostos.

Sólo tres nuevos escalones, un poco más anchos que los anteriores, nos separaban de una puerta de madera. El encargado la



abrió y accionó el interruptor. Una tenue luz nos envolvió. Una lamparita que colgaba del techo, precariamente sostenida por un cable pelado, pareció vacilar antes de mostrarnos un cuartucho lúgubre, sobre cuyo piso de baldosas desgastadas habían arrojado dos colchones con sus respectivos juegos de sábanas y mantas. Por el estado en que estaba la habitación, era muy posible que no hubiera sido utilizada en muchos años.

—Éste es su dormitorio. Es pequeño pero estarán más tranquilos. Aquí nadie los molestará. —Después dijo—: A las nueve en punto Olinda, nuestra cocinera, tendrá lista la cena. A esa hora sin demora deben presentarse en la cocina.

Antes de que pudiera agradecerle, se retiró bajando la escalera con rapidez. Con Susana intercambiamos una mirada en la que nos transmitimos el alivio de estar, por fin, un momento a solas. Después mi vista se posó en Pablo que no daba muestras de querer abandonar su sueño, quizá sabiendo que estaba en brazos de su madre.

Sin embargo, a pesar de saber que habíamos superado la prueba más difícil, nos invadía una sensación de ahogo provocado por la estrechez y el ambiente húmedo de la habitación. Las paredes mostraban manchones oscuros producidos por las pérdidas de la antigua cañería y, para colmo, no había una sola ventana que permitiera ventilarla, lo que nos hizo pensar que originalmente el cuarto había estado destinado a ser una especie de depósito de trastos viejos y elementos en desuso.

Todavía faltaba media hora para la cena por lo que decidimos ocupar el tiempo en recorrer la residencia. Bajamos hasta el descanso, donde nos llamó la atención una pesada puerta de hierro que permanecía cerrada. Al abrirla, nos dimos con la amplia buhardilla de la casona, que se encontraba sumida en una densa oscuridad. Cuando logré ubicar el interruptor y encender la luz, vimos que el centro del salón estaba ocupado por una mesa de ping-pong en perfecto estado.

Muchas veces, en los tres meses que vivimos en la embajada, y por lo general durante las tardes, organizamos partidos que nos permitieron distraernos por algunas horas.

Esa noche, después de cenar, Abal Medina nos invitó a conversar en su habitación, bastante más cómoda que las que nos habían asignado a los Greco y a nosotros, pues pertenecía al área donde se alojaba el personal de servicio y estaba ubicada en el extremo del pasillo opuesto al lavadero y cerca de la escalera que

conducía a la buhardilla. Era lo suficientemente amplia como para acoger la cama, un ropero, varias sillas y una mesa de madera prensada de color marfil.

Susana y Ana se retiraron a descansar y vigilar el sueño de los chicos, que dormían desde que abandonamos el consulado de la calle Paraguay.

Esa noche Abal Medina descorchó una botella de vino fino que guardaba en su armario para beberla en alguna ocasión especial. Nuestra irrupción en la embajada era un hecho excepcional que, además de cambiar la rutina en que hasta ese día habían vivido los asilados, ya no volvería a repetirse.

En el futuro, y durante los más de siete años que duraría el proceso militar, innumerables opositores políticos intentarían por distintos medios obtener el asilo sin que los diplomáticos mexicanos accedieran a otorgárselo, aún en aquellos casos más extremos, en que la vida y la libertad de los perseguidos estaban en juego.

La conversación, sostenida a media voz, se prolongó hasta la madrugada. Cada uno de nosotros relató la manera en que habíamos sobrevivido al accionar criminal de la Triple A y a la ola represiva desencadenada por la dictadura. También debatimos apasionadamente sobre el futuro político de la Argentina, pero como el proceso militar recién estaba dando sus primeros pasos resultaba muy difícil hacer un diagnóstico más o menos definitivo sobre las consecuencias que tendría sobre la estructura económica y socio-política del país. No obstante eso, prevaleció una mirada optimista, aunque la dura realidad de los años posteriores se encargaría de demostrarnos cuán equivocadas habían sido nuestras apreciaciones.

Aún estábamos sumergidos en la conversación cuando nos sorprendió la llegada de la madrugada. En las calles, algunas luces comenzaban a apagarse y el silencio reinaba en la imponente casona. Nos dimos las buenas noches para luego retirarnos a nuestros improvisados dormitorios, con la sensación de que la charla podría haberse prolongado por muchas horas más.

Recién al subir la estrecha escalera de cemento me di cuenta del cansancio que impregnaba cada fibra de mi cuerpo y de la necesidad que sentía de llegar lo antes posible a mi colchón, para reponerme de la larga jornada que se iniciara en medio de la incertidumbre cuando abandonamos la quinta de Merlo. Esa mañana y aunque no lo comentáramos, Susana y yo éramos ple-

namente conscientes de que si fracasábamos en nuestro intento de asilarnos en la embajada de México tendríamos muy pocas posibilidades de sobrevivir; quizá una en un millón.

Sin embargo, la tensión que dominaba mis nervios me impidió conciliar el sueño y me quedé pensando en que llevaba más de un año sin relacionarme con interlocutores con los cuales pudiera sostener una conversación política del nivel de la que acababa de concluir.

Aún en las circunstancias que supone estar refugiado en la embajada de un país extranjero y por lo tanto imposibilitado de hacer públicas mis ideas, sentí que recuperaba la capacidad de sentirme parte activa de una generación para la que la política expresaba un verdadero compromiso con la sociedad y daba sentido a nuestra propia existencia, pues constituía una parte irrenunciable del proyecto de vida que habíamos elegido al asumir la militancia.

Acostado en medio de la oscuridad, escuché la respiración agitada de Susana que contrastaba con la casi inaudible de Pablo. No logré dormir y me dediqué a imaginar cómo sería mi vida en México cuando nos otorgaran el salvoconducto. Pronto debería tomar una decisión acerca de cuál de todos los espacios políticos existentes en el exilio sería el más apto para continuar la lucha contra la dictadura militar.

Al día siguiente, y hasta el momento en que dejamos la embajada, los Greco y nosotros almorzamos y cenamos con Juan Manuel en la mesa de color marfil.

Abal Medina se caracterizaba por su buen humor. Sin temor a equivocarme, puedo afirmar que durante todo el tiempo que compartimos nuestra vida cotidiana no hubo un solo día en que lo viera retraído, irritable o sin ganas de hablar. Por el contrario, era un narrador ameno que disfrutaba de las conversaciones y se entusiasmaba al relatarnos los detalles y entretelones de algunos hechos históricos que lo habían tenido como protagonista.

Desde que nos asilamos en la embajada, nuestra actividad cotidiana no habría de alterarse en los tres meses que vivimos allí.

Los días se hacían largos y monótonos y no había muchas posibilidades de matar el tiempo. Por la mañana, y después de desayunar, pasábamos varias horas leyendo los numerosos diarios y revistas que de costumbre llegaban a la casona y que esta-

ban a nuestra disposición desde muy temprano, mientras que las tardes se consumían entreteniéndolos a los chicos, paseando por los amplios jardines que rodeaban el edificio, jugando al ping-pong o al truco, o leyendo a los escritores latinoamericanos del *Boom*, cuyas obras ocupaban un espacio relevante en el debate cultural de aquellos años.

Por la noche, las primeras en levantarse de la mesa para retirarse a nuestras improvisadas habitaciones, donde ya dormían los chicos, eran Ana y Susana, preocupadas por confirmar que no se hubieran despertado durante su ausencia.

Esas charlas de sobremesa; a las que el hijo de Cámpora se incorporaba después de cenar con el Tío en el área principal de la residencia, donde vivía junto al ex presidente; eran el momento más esperado de nuestra jornada, pues entonces aprovechábamos para compartir historias, anécdotas de nuestras familias y, sobre todo, para analizar la situación política.

En más de una oportunidad nos enfrascamos en discusiones en las que abordábamos los hechos políticos que durante años siguieron obsesionando a nuestra generación. Así, nos preguntábamos cómo había sido posible que el pueblo argentino, y particularmente el Movimiento Peronista, permitieran el ascenso al poder de un personaje tan nefasto como el Brujo López Rega quien, por la influencia de Isabel Martínez, había sido promovido de simple custodio a secretario privado de su esposo, y que fuera sostenido contra viento y marea por el propio general Perón.

Ninguno de nosotros era capaz de explicar lo inexplicable, ni nos resignábamos a aceptar lo inaceptable. Ante nuestros ojos nada podía justificar que Perón apoyara y consintiera el enorme poder que López Rega alcanzó durante su gobierno y que, más tarde, bajo el mandato de Isabel, daría origen a una ola de asesinatos y secuestros concretados a plena luz del día, anticipando así el abierto genocidio que pondría en marcha la dictadura de Videla.

Cuando tocábamos el tema, sin poder encontrar una respuesta, por lo general terminábamos especulando sobre cómo hubieran sido esos años sin la presencia determinante de Isabel y de López Rega. Cuando esto ocurría, la charla se prolongaba hasta bien entrada la madrugada.

A los pocos días de nuestra llegada Héctor nos adelantó que ese sábado, después de cenar, Cámpora vendría a saludarnos.


El ex presidente recibía un trato preferencial por parte del

embajador González Salazar, como correspondía a quien no sólo se había desempeñado como Jefe de Estado, sino que también había sido embajador en México.

El diplomático había dispuesto que los Cámpora se alojaran en el sector principal de la vivienda, ocupando una habitación del primer piso que daba al frente de la residencia. En el jardín de invierno, en el que se destacaban los amplios ventanales desde donde Cámpora solía contemplar los fondos de la casona, se había improvisado un comedor que también era usado como sala de lectura.

Algunos días, cuando el sol de la tarde atenuaba los rigores del impiadoso invierno, nos acostumbramos a caminar por el césped amarillento de la parte trasera de la casa, donde aún se erguían dos añosos árboles a través de cuyas ramas desnudas se filtraban los rayos de luz. Muchas veces, al pasar frente al jardín de invierno, pudimos ver a Cámpora que, de pie junto a los ventanales, nos saludaba con su mano derecha.

El sábado en que lo conocí, cenamos una hora más temprano que la habitual, para tener un margen de tiempo que nos permitiera ordenar la habitación, mientras Ana y Susana hacían dormir a los chicos.

Cerca de las once de la noche escuchamos la voz inconfundible de Cámpora que conversaba con su hijo, mientras se acercaban por el pasillo. Cuando entró al cuarto, dándonos las buenas noches, sentí una emoción especial: allí, frente a nosotros estaba el hombre que en 1972 había conducido hábilmente la maniobra política más soñada, más deseada por el peronismo desde que el golpe de Estado del '55 derrocara al gobierno de Perón. A partir de entonces —y durante las casi dos décadas de lucha, levantamientos, huelgas, cárcel, fusilamientos, traiciones y lealtades, que necesitó el peronismo para quebrar la cerrada oposición de la clase dominante y sus secuaces de las Fuerzas Armadas—, ese sueño se había visto expresado en la emblemática consigna «*Perón Vuelve*  », que, pintada en miles de paredes de pueblos y ciudades a lo largo y a lo ancho de toda la Argentina, simbolizaba no sólo el deseo y la convicción del retorno de Perón al país sino también la vuelta del peronismo al gobierno.

Aquella noche permanece intacta en mi recuerdo. Me sentí conmovido por su personalidad, por esa forma de conducirse tan particular que, a la vez que imponía autoridad y respeto, te-

nía la virtud de transmitir una gran serenidad. Su calidez en el trato acertaba distancias y facilitaba el diálogo, y a partir de ese primer encuentro surgió entre nosotros una mutua corriente de simpatía que nunca se quebraría, sino que, por el contrario, habría de fortalecerse cuando a fines del '79 llegó a México donde compartimos el exilio.

Después de los saludos de rigor, nos sentamos alrededor de la mesa y Héctor, como al pasar, dijo que habían traído unas masas, inaugurando así un ritual que se reiteraría cada sábado sin romperse ni una sola vez.

Una vez que la conversación agotó las convenciones sociales, me animé a preguntarle:

—Doctor ¿por qué no nos comenta cómo fue su designación como delegado del general Perón?

Cámpora se tomó unos segundos antes de responder, como si estuviera recordando tiempos no tan lejanos que tanto influirían en su vida. Después comentó:

—Mientras el general estuvo en el exilio, mantuvimos correspondencia en la que yo le hacía llegar comentarios acerca de la situación general del país y en especial sobre las acciones del Movimiento y sus principales dirigentes. Más tarde, a fines del '71, Perón me pidió que acelerara el viaje a España que yo le había anunciado tenía intención de hacer para visitarlo y que pudiéramos conversar personalmente. Imagínense que el pedido me tomó por sorpresa así que junto a Georgina nos embarcamos en el primer vuelo que iba a Madrid. La señora Isabel Martínez nos esperaba en el aeropuerto de Barajas. Nunca antes lo había hecho con otros dirigentes del Movimiento, lo cual me dio una idea de la trascendencia que Perón le otorgaba a la convocatoria que me hiciera.

»Ni bien llegué a Puerta de Hierro la señora Isabel me llevó hasta el escritorio en que el General pasaba las horas junto a su máquina de escribir. La misma que, como ustedes saben, utilizaba para volcar en el papel sus impresiones políticas o darnos instrucciones sobre cómo actuar ante las distintas circunstancias políticas. Me recibió con un abrazo y con un gesto me indicó que tomara asiento. Enseguida me dijo, con un tono de voz que denotaba la importancia que le daba al tema:

»—«Vea Cámpora, ante la insistencia que ha venido mostrando el gobierno militar por cooptar a la dirigencia con las más altas responsabilidades en nuestro Movimiento he tomado la de-

cisión de relevar a Jorge Paladino como mi delegado personal. Esta es una hora crucial en la que el destino de la Patria y del Movimiento están en juego, por lo que he pensado que la persona más adecuada para desempeñar ese cargo es usted.

»«La estrategia política que me apresto a llevar adelante requiere que el delegado personal reúna en su persona una serie de virtudes, siendo la más importante *la lealtad* y esa virtud que nuestro Movimiento se ha encargado de destacar en todos los tiempos ha sido honrada por usted aún en las horas más difíciles. Por eso es que pretendo que reemplace a Paladino en esa función».

Cámpora continuó relatando:

—«General —le dije—, honestamente yo no creo reunir las condiciones que se requieren para cumplir una misión tan elevada para la República. Si me permite podría repasar junto a usted los nombres de las personas que pueden desempeñarse en esa posición». Sin embargo, el General insistió en que debía ser su delegado sin que yo pudiera mantener mi negativa. Así que unos días después, ante el Consejo Superior del Movimiento, reunido en Madrid, anunció mi designación como su delegado personal.

»Recuerdo que en esa ocasión después de conversar con el General durante horas, pasando revista a la posición asumida por los distintos dirigentes políticos sobre el anuncio que hiciera el general Lanusse de convocar a elecciones nacionales en un futuro próximo, pude comprobar que Perón conservaba intacta su capacidad para analizar la situación del país, extraer conclusiones y definir estrategias de acción. Su lucidez era innegable y su voluntad para llevar adelante la maniobra política que puso en marcha al designarme como su delegado personal era firme, tan firme como lo fuera en la década de su primer gobierno.

»Al llegar al país y después de sostener varias reuniones con la dirigencia del Movimiento, con los líderes de la Juventud Peronista, y con las distintas personalidades de los partidos políticos llegué al convencimiento de que la batalla por terminar con la proscripción del peronismo y recuperar el gobierno estaba ganada. Por eso manifesté públicamente que yo sería el último delegado del general Perón».

Después de hacer este comentario, con un tono en que noté cierta satisfacción, pues ya el tiempo se había encargado de demostrar que no se había equivocado en su predicción, Cámpora hizo un alto en el relato para aceptar un café que le ofrecía su hijo Héctor.

Ante el breve silencio que se produjo en la habitación, y sin detenerme a pensar si era el momento oportuno para hacerlo, le pregunté sobre un hecho que había conmovido al país y que, al mismo tiempo, produjo en nuestra generación una imborrable sensación de frustración y de impotencia.

—Doctor, por qué no nos cuenta las circunstancias que lo llevaron a renunciar a la presidencia.

Cámpora se tomó su tiempo antes de responder. Terminó de beber el café espeso, que minutos antes preparara Héctor y dejó la taza sobre en la mesa. Su expresión se tornó severa, sin poder disimular el fastidio que le provocaba recordar los hechos que se aprestaba a comentar.

—Cuando partí a España a buscar al General para el que sería su regreso definitivo al país, la lucha interna entre las distintas ramas del Movimiento se había vuelto cada vez más desembozada e intensa, y a lo largo del país se produjeron numerosas tomas de edificios públicos que afectaron la marcha de mi gobierno. En esos días teníamos que enfrentar a sectores poderosos que estaban dispuestos a resistir nuestras medidas para defender sus intereses económicos y, por eso era indispensable conservar la unidad del pueblo y del frente político que nos había llevado a ganar las elecciones, pero en el seno del Movimiento no todos entendieron que ese era el camino a seguir.

»El punto sin retorno llegaría con los trágicos acontecimientos de Ezeiza y, con el General ya en la Argentina, consideré que debía ofrecerle sin demora mi renuncia a la presidencia, para evitar dar pretextos a quienes pretendían desvirtuar el proyecto de Reconstrucción y Liberación Nacional iniciado con mi gobierno el 25 de mayo de 1973.

»Así fue como decidí ir a Gaspar Campos un cuatro de julio por la tarde. Por cierto esta semana se cumplieron tres años de aquella reunión, en la que estuvimos los dos solos. La conversación previa se prolongó durante unos minutos. El General tenía puesto un pijama y estaba sentado en una mecedora en la que se balanceaba cadenciosamente.

»Cuando se produjo una pausa tomé la palabra y le dije: «Mi general he venido a verlo porque he podido comprobar una vez más que el pueblo argentino desea fervientemente que usted conduzca el destino del país». Mientras se hamacaba suavemente el General entrelazó las manos por detrás de su cabeza —aquí



Cámpora acompañó sus palabras imitando el gesto de Perón, quien respondió:

»«—Vea doctor Cámpora yo siempre haré lo que el pueblo argentino desee. Y si mi pueblo me pide ahora este nuevo sacrificio no dudaré en dárselo».

»Así fue como en el mayor de los secretos preparé mi renuncia que se hizo pública el 13 de julio. Parece mentira... el próximo martes se cumplirán tres años....

Fue su último comentario. Sus palabras dejaron traducir una suerte de frustración al recordar cómo se habían ido dando los hechos.

Seguramente él habría pensado que en esa entrevista lograría el necesario apoyo de Perón para consolidar las reformas iniciadas por su gobierno, mientras que el General proyectaría su figura como líder de los países del Tercer Mundo abriendo mercados para nuestro país, trayendo productos, capitales y tecnología. Ese era el rol que Perón se había autoasignado para el proceso político iniciado el 25 de mayo, según lo que anunciara en distintas entrevistas y que después no cumpliría en función de los acontecimientos que dominaron la escena política del país.

La noche se había hecho larga con recuerdos que traían a la memoria momentos felices y de esperanza así como también aquellos en los que se inició el retroceso político de la Argentina democrática para desembocar en el golpe militar que nos había arrastrado hasta la casona de la calle Arcos.

Cámpora se puso de pie para despedirse y darnos las buenas noches.

—Espero verlos pronto —dijo a modo de último saludo.

Sin embargo, la relativa tranquilidad en que transcurría nuestro asilo se veía alterada por las reiteradas amenazas telefónicas que recibían los diplomáticos mexicanos, y las cada vez más insistentes versiones de que grupos de tareas de la marina preparaban un golpe comando para asaltar la embajada. En más de una oportunidad, tanto por propia iniciativa como haciéndose eco de nuestras sugerencias, Abal Medina advirtió a los diplomáticos aztecas sobre el peligro en que nos encontrábamos los asilados, ejerciendo toda la presión que era posible para convencerlos de que tomaran los correspondientes recaudos.

Para colmo, esas versiones cobraron mayor entidad cuando la nueva pareja de Abal Medina, Nilda Garré —vinculada al cam-

porismo y que había sido elegida diputada nacional en 1973—, logró filtrar información haciéndola llegar hasta nosotros por medio de una carta que entregó subrepticamente al jardinero para que éste se la llevara a Juan Manuel. En la carta nos advertía que sectores de las Fuerzas Armadas se aprestaban a tomar la embajada para asesinar a los asilados y después anunciar que se habría tratado de un frustrado intento de rescate organizado por los Montoneros.

Quienes nos encontrábamos refugiados en la residencia del barrio de Belgrano dimos absoluta credibilidad a la información que nos transmitía Nilda, pues la había obtenido de fuentes calificadas y se inscribía perfectamente en el clima de represión que imperaba en el país durante esos meses de invierno del '76, cuando la dictadura desplegabla toda su estrategia de indiscriminado terror sobre la población indefensa.

La impunidad con que podían actuar los grupos de tareas era tan evidente que una madrugada decidieron fusilar a un hombre pleno centro de la Capital, más precisamente en el obelisco, uno de los máximos símbolos de la ciudad de Buenos Aires. Así demostraban hasta dónde estaban dispuestos a llegar para lograr que el miedo se alojara en el ánimo de todos los argentinos.

Por su parte, la guerrilla había ejecutado sangrientas acciones que conmoveron a la sociedad, como la que acabó con la vida del jefe de la Policía Federal, general Cesáreo Cardozo, o el atentado con una bomba de tipo «vietnamita»<sup>45</sup>, realizado a la hora del almuerzo en el comedor del edificio de la Policía Federal, lugar desde donde salían a operar las patotas de Coordinación Federal. La explosión ocasionó la muerte de veintiún efectivos y heridas a más de sesenta, y las víctimas fueron utilizadas por el régimen como excusa para aplicar represalias tan inmisericordes como las muertes que se pretendían vengar.

Así, en la madrugada del 4 de julio, apenas dos días después del atentado a Coordinación Federal, un grupo de tareas de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) asaltó la parroquia de San Patricio, en el barrio de Belgrano, y asesinó a tres sacerdo-

---

45 La bomba, colocada dentro de un maletín, fue accionada por un mecanismo de relojería. Se las llamaba «bombas viernamitas» porque, además del explosivo (nueve kilos de Trotyl, en este caso) contenían gran cantidad de clavos y bolillas de acero que, cuando detonaba el artefacto, se dispersaban en todas direcciones buscando provocar el mayor daño posible. Eran el equivalente a las «minas antipersonales».

tes palotinos y a dos seminaristas quienes pertenecían al sector ideológicamente más avanzado de la Iglesia Católica, identificado con el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Los cuerpos de los cinco religiosos aparecieron alineados, boca abajo, sobre una alfombra roja, en la que los asesinos habían escrito con tiza: «*Estos zurdos murieron por ser adoctrinadores de mentes vírgenes y son MSTM*» (Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo), mientras que, en una puerta y como para que no quedaran dudas sobre la identidad de los autores del crimen, pintaron una consigna que decía: «*Por los camaradas dinamitados en Seguridad Federal. Venceremos. Viva la Patria*».

La brutalidad de la matanza no sólo demostraba que al régimen no le importaba desafiar a una institución como la Iglesia argentina, que a diferencia de otras Iglesias de países hermanos no alzaba su voz para denunciar a las dictaduras, como sí lo hicieron las de Chile y Brasil, sino que, como quedaría demostrado muchas veces a lo largo de esos años de miedo, la misma Iglesia no estaba dispuesta a proteger a sus miembros más progresistas.

De manera que, en ese escenario dominado por la violencia represiva del Estado, la posibilidad de que la dictadura tomara la decisión de eliminar físicamente a uno de sus principales opositores, como lo era el ex presidente Cámpora, aparecía como una especie que no debía subestimarse.

Sin embargo, tampoco era fácil concretar el asalto a la embajada, pues la acción representaría una abierta violación al principio de extraterritorialidad de un país con el que, pese al retiro de los embajadores, aún se mantenían relaciones diplomáticas. En ese caso, la condena y las sanciones internacionales llegarían inexorablemente y el régimen militar, que ya empezaba a ser duramente criticado por sus actos de represión clandestina, vería aumentado su desprestigio así como el aislamiento que comenzaba a hacerse notar en el concierto de países democráticos.

Cámpora no sólo había conducido la maniobra política más importante del peronismo desde que éste fuera desalojado del gobierno por la «Revolución Libertadora», sino que lo hizo con el apoyo indiscutible de la juventud peronista, movilizada en todo el país bajo las banderas del socialismo nacional, y, además había resistido a pie firme los embates furiosos de la derecha peronista

que, sin conseguirlo, pretendió desde un primer momento erosionar su prestigio, ya que a través de esos conflictos internos se habría de dirimir el rumbo que tomaría el Movimiento una vez que hubiera desaparecido su líder.

Los ataques a su persona se iniciaron en 1972, cuando coronó con éxito la campaña del *Luche y Vuelve* que permitió el retorno de Perón después de su prolongado exilio de diecisiete años. En aquella época, la prensa tradicional y las expresiones políticas conservadoras abiertamente antiperonistas promovían el desgaste de su figura, poniendo en duda su capacidad y calificándolo como un simple «obsecuente de Perón». Por su parte los ataques de la derecha peronista rayaban en lo grotesco, al punto que hicieron circular una versión oficial, surgida desde la casa de gobierno, en la que se sostenía que Perón, apenas unas horas antes de morir había firmado un decreto por el cual ponía término a su función de Embajador en México.

El clima de tensión generado desde que supimos la existencia de un plan para asaltar la embajada, se fue incrementando a medida que, a través de los diarios, íbamos conociendo los crímenes políticos que se cometían a diario.

Así, durante el mes de agosto, nos enteramos de la muerte del obispo de La Rioja, Monseñor Angelelli, de la «ley de fuga» aplicada por orden de Menéndez a varios presos políticos de Córdoba que fueron sacados de la penitenciaría para ser fusilados en las calles de la ciudad, y del hallazgo de los cuerpos de treinta guerrilleros fusilados, y luego dinamitados, en la masacre de Fátima, como respuesta al atentado que puso fin a la vida del general Omar Actis presidente del Ente Autárquico del Mundial de Fútbol del '78.

Una madrugada de agosto, en medio de este escenario trágico en que el terror reinaba en el país y en el que todo era posible y nada debía descartarse, Héctor, Guillermo Greco, Abal Medina y yo, estábamos reunidos como de costumbre en la habitación de Juan Manuel y decidimos hacer un alto en nuestra conversación para prepararnos un café.

Como una medida preventiva, Abal Medina había adquirido el hábito de acercarse varias veces al día a una ventana ubicada al final del pasillo, muy próxima a su habitación, desde la cual podía contemplar los jardines y el portón principal de la residencia, donde habitualmente se apostaban los cuatro efectivos de la

Policía Federal que estaban encargados de la seguridad. Sin embargo, aquella madrugada al observar por la ventana constató, no sin alarma, que la guardia había sido retirada.

Nunca antes la embajada había quedado sin la custodia de los federales, que cumplían rigurosamente con la vigilancia durante las veinticuatro horas del día.

Después de alertarnos sobre la situación que nos encontrábamos, Abal Medina llamó a la casa del cónsul López Lira. El diplomático, medio dormido, escuchó el reclamo apremiante de Juan Manuel, instándolo a que, de manera urgente, se comunicara con el Ministro del Interior, general Albano Harguindeguy, de quien dependía la Federal, para transmitirle la ausencia en la residencia de los efectivos bajo su mando.

Con voz soñolienta, el cónsul sostuvo que de ninguna manera incomodaría al «señor ministro», en plena madrugada por lo que esperaría hasta la mañana para tomar contacto con él.

Una vez más, y como ocurriera el 5 de julio cuando irrumpimos en la sede consular, López Lira mostraba una conducta incoherente con la posición histórica de México de proteger a los perseguidos políticos que estaban dentro de su jurisdicción territorial, negándose a actuar con firmeza ante las autoridades argentinas, como tenía la obligación de hacerlo.

Quizá fuera su personalidad dubitativa la que lo llevaba a reaccionar a último momento cuando la inminencia de lo irreparable se hacía presente en toda su dimensión. Así, sólo cuando Abal Medina le reclamó en forma airada que actuara inmediatamente diciéndole: «—Lo hago responsable de lo que ocurra con nosotros. Usted sabe mejor que nadie que en esto nos va la vida—», la apremiante demanda no le dejó espacio para la duda y atinó a contestar: «—Corto y llamo al ministro».

Antes de que transcurriera una hora, la custodia había sido repuesta.

Al día siguiente, durante el desayuno, el ex presidente Héctor Cámpora fue puesto en conocimiento de todo lo ocurrido por su hijo Héctor, por lo que a media mañana se comunicó con López Lira exigiéndole que informara al canciller mexicano las amenazas que se cernían sobre los asilados y la grave situación de indefensión por la que atravesábamos.

Después de la cena y rompiendo su costumbre, pues los días de semana optaba por permanecer en las dependencias que le habían sido asignadas, Cámpora, acompañado por su hijo, se

presentó en la habitación de Abal Medina para que le comentáramos lo sucedido y conocer en profundidad cómo se habían producidos los hechos.

Esa noche, el ex presidente expuso con mucha firmeza su punto de vista sobre los incidentes ocurridos en la madrugada.

—La cancillería mexicana —dijo— tiene la obligación política y moral de exigir garantías al gobierno argentino mediante un compromiso público por el cual afirme que respeta en todos sus alcances el derecho de asilo consagrado por los tratados internacionales.

Aunque la situación no se repetiría, quedamos con la sensación de que algo se tramaba y que en cualquier momento los grupos de tareas podían intentar la toma de la embajada.

Con el paso de los años, y después de conocer información a la que se pudo acceder tras la caída del régimen militar, llegué a la convicción de que el plan para la toma de la embajada de México y el asesinato de Cámpora y los demás asilados había existido realmente y que si no llegó a concretarse se debió a razones propias de la lógica con que operaba la dictadura. La lucha interna de las tres armas por imponer sus diferentes proyectos de poder dominaba el escenario político del país, al punto que en sus enfrentamientos llegaron a aplicar los mismos métodos que utilizaban contra la guerrilla.

Prueba de ello son los secuestros y asesinatos del embajador de Argentina en Venezuela, el dirigente radical Héctor Hidalgo Solá, y de la diplomática Elena Holmberg, destacada en el Centro Piloto que funcionaba en París, así como los de las monjas francesas Alice Domon y Léonie Duquet, y de Azucena Villaflor y otras madres de Plaza de Mayo, ordenados por Emilio Massera —aun con la oposición o sin el consentimiento de las otras fuerzas—, y perpetrados por el Grupo de Tareas 3.3.2 de la Escuela de Mecánica de la Armada.

Con semejantes antecedentes, no podemos dejar de pensar que esa misma suerte habríamos corrido quienes estábamos asilados en la embajada de México.

Las versiones sobre la inminencia del copamiento de la embajada por sectores de las Fuerzas Armadas tomaron estado público por primera vez a fines de 1976, cuando ya me encontraba en México.

Así lo registra Pablo Yankelevich en su libro «*Ráfagas de un exilio*»<sup>46</sup>.

*«A finales de ese año, ante la demora de la Junta Militar en otorgar los salvoconductos, el embajador González Salazar se trasladó de nuevo a México. En aquellas circunstancias, López Lira, a cargo de la misión diplomática, informaba haber recibido una serie de llamadas telefónicas en las que se amenazaba con asesinar a los asilados. El contenido de estas llamadas coincidía con la información que días antes el periodista Rodolfo Walsh, a cargo de la Agencia de Noticias Clandestinas (Ancla), había hecho llegar a los diplomáticos mexicanos:*

*»“Fuentes fidedignas vinculadas al Servicio de Inteligencia del Ejército (SIDE) informaron haber detectado un operativo destinado a asesinar al ex presidente argentino Héctor Cámpora que se encuentra actualmente asilado en la residencia del embajador mexicano en nuestro país. Dicho operativo sería ejecutado en los próximos días por uno de los grupos especiales organizados por las Fuerzas Armadas argentinas. Para lograr la ejecución del doctor Cámpora se había planificado hasta en los últimos detalles una operación tipo comando, consistente en el ataque y ocupación de la mencionada sede de México en Buenos Aires. El ‘raid’ estaría a cargo de un grupo comandado por oficiales de la Marina argentina (...) Por otra parte, se informa que el asesinato del doctor Cámpora se haría aparecer como un ‘intento de rescate’ del ex presidente protagonizado por alguna de las organizaciones subversivas, presumiblemente por los guerrilleros peronistas Montoneros”».*

A mediados de 1977 se producía un nuevo episodio de diferentes características, pero con el mismo objetivo, que se dio a conocer en la prensa mexicana y sobre el que Jorge Bernetti y Mempo Giardinelli comentan:

*«Otro de los hitos en el malestar diplomático mutuo se produjo en julio de 1977, cuando se difundió en México (Excélsior, día 29) que “un grupo de civiles armados pretendieron suplantar, el martes pasado, a la custodia de la residencia del embajador mexicano en la Argentina, Joaquín Bernal, con la presunta intención de secuestrar al ex presidente argentino*

---

46 Pablo Yankelevich. «*Ráfagas de un exilio / Argentinos en México 1974-1983*». Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 2010.

*Héctor Cámpora, asilado en esa representación diplomática desde hace un año". Las notas hablaban de que "la policía argentina seguía argumentando su total desconocimiento sobre el grave episodio" y era ostensible el silencio de la cancillería argentina»<sup>47</sup>.*

Después del episodio del retiro de la vigilancia de la Policía Federal tomamos conciencia de que la extraterritorialidad de la sede diplomática no nos aseguraba que estuviéramos a salvo del terrorismo de Estado, por lo que tuvimos que adoptar algunos recaudos como el de limitar nuestras salidas al amplio jardín de la embajada, pues no descartábamos que se quisiera atentar contra nuestras vidas apelando a francotiradores que podían situarse en alguno de los edificios de altura, tan típicos del barrio de Belgrano, que se elevaban cerca de la residencia.

Como ya he comentado, una de las actividades que ocupaba nuestra vida cotidiana era la lectura de diarios y revistas de actualidad, lo que solíamos hacer alrededor de las diez de la mañana cuando el mayordomo, después de recibirlos de manos del diariero, los dejaba sobre una mesa ratona ubicada frente a la habitación de Abal Medina. Rodeando la mesita había dos sillas y un pequeño sillón, y yo acostumbraba sentarme en el sillón a pesar de que me resultaba un poco incómodo.

Una mañana de mediados de agosto tomé el diario *La Opinión*, habitualmente el primero que leía pues era el que traía la información más detallada acerca de las acciones «antisubversivas» que realizaban las Fuerzas Armadas. Al hojearlo, encontré una noticia originada en Córdoba que bajo el título: «*Abaten a tres delincuentes subversivos en Córdoba*», transcribía un comunicado militar en el que se informaba:

*«El Tercer Cuerpo de Ejército comunica a la población que tres delincuentes subversivos fueron abatidos tras un intento de fuga.*

*En circunstancias en que un vehículo militar transportaba desde la unidad carcelaria hasta el Consejo de Guerra a tres delincuentes subversivos el vehículo sufrió una rotura de dirección precipitándose a la banquina y originándose un prin-*

---

47 Jorge Bernetti y Mempo Giardinelli. «México: el exilio que hemos vivido». «Memoria del exilio argentino en México durante la dictadura 1976-1983». Editorial Universidad de Quilmes. Buenos Aires, 2003. 256 páginas.



*cipio de incendio en el mismo. Aprovechando la situación, los delincuentes intentaron huir, siendo perseguidos de inmediato por la tropa de custodia, la que intimó rendición —que no es acatada— por lo que se debió abrir fuego, dándose muerte a Miguel Hugo Vaca Narvaja, Gustavo Adolfo De Breuil e Higinio Arnaldo Toranzo».*

Así, por la fría letra de la página de un diario, me enteré del asesinato de Huguito Vaca Narvaja, como siempre llamamos a mi primo hermano, el mayor de los treinta y ocho varones que llevaban el apellido Yofre por alguno de sus padres.

El general Luciano Benjamín Menéndez había mandado aplicar la «ley de fuga» a los tres presos, y fue su subordinado, el general Juan Bautista Sasiaiñ quien firmó una supuesta orden de traslado, tal como lo hiciera meses antes cuando, el 17 de mayo, mandara fusilar a otros seis presos políticos que fueron sacados de la Penitenciaría con una autorización firmada por el Juez Federal Adolfo Zamboni Ledesma. En esa oportunidad, los asesinados fueron el Chicato Miguel Ángel Mozé, José Alberto Svagusa, Luis Ricardo Verón, Eduardo Alberto Hernández, Ricardo Alberto Yung y Diana Beatriz Fidelman.

La muerte de Huguito fue un golpe muy duro, pues la cercanía, la amistad y el sentido de pertenencia a la familia, que nos fuera inculcado por mi abuela Dalmira Pizarro, estaban muy acendrados en nosotros y a veces nos comportábamos como si fuéramos un verdadero clan en el que, sin embargo, la diversidad de pensamiento era tanta como la cantidad de primos aunque, justo es reconocerlo, la mayoría militaba activamente para promover el cambio social. Entre nosotros había peronistas revolucionarios como también socialistas revolucionarios, mientras que algunos sostenían posiciones moderadas y unos cuantos participaban activamente de los movimientos cristianos. Pocos eran los que defendían ideas conservadoras y, menos aún, los indiferentes.

Mientras estudiaba Derecho, Huguito trabajó como periodista en el Servicio Informativo de Radio Universidad de Córdoba y, ya recibido, se convirtió en defensor de presos políticos, miembro del grupo de Abogados Peronistas y apoderado del partido Auténtico, y durante el gobierno de Ricardo Obregón Cano se había desempeñado como Procurador General del Tesoro de la Provincia. El 20 de noviembre de 1975, en cumplimiento de

un decreto firmado por Isabel Martínez, fue detenido al salir de Tribunales Federales, donde estaba haciendo gestiones relacionadas con la detención de Miguel Ángel Mozé, delegado de la Juventud Peronista y miembro de la Regional III de Montoneros. Tras permanecer algunos días en el siniestro Departamento de Informaciones (D2) de la Policía de la Provincia, el 25 de ese mes fue trasladado a la Unidad Penitenciaria nº1 de barrio San Martín y puesto a disposición del Poder Ejecutivo Nacional, situación legal que no se modificó tras la irrupción de Videla en la presidencia.

A principios de agosto del '76, su defensor había logrado la autorización de la Suprema Corte de Justicia de la Nación para que pudiera exiliarse en Francia como refugiado político. Fue fusilado cinco días después de que el gobierno militar recibiera la orden de liberarlo.

Huguito era el mayor de los varones de los doce hijos que tuvieron Miguel Hugo Vaca Narvaja y Susana Yofre. Ya he comentado las trágicas circunstancias del secuestro de su padre, ex Ministro del Interior de Arturo Frondizi.

Al leer la noticia acudieron a mi recuerdo las imágenes de los años '60 con los primos reunidos en la casa que los Vaca Narvaja tenían en Villa Warcalde, cuando todavía todo era campo y en uno de los extremos pasaba el canal maestro norte, trayendo un torrente de aguas frías y cristalinas en el que nadábamos los días de verano. También, en el parque de la casa, hacíamos multitudinarios asados y organizábamos partidos de fútbol o de voleibol.

Casi todos los primos cursábamos distintas carreras universitarias. Unos pocos, los mayores, ya habían concluido los estudios, como era el caso de Huguito, mientras que los más chicos aún cursaban el secundario. Siendo tantos, formábamos grupos divididos por nuestras edades. Después del esparcimiento llegaba el tiempo del debate político, donde las chicanas eran parte del obligado repertorio. Aún recuerdo a Carlos Felipe Altamira diciéndome:

— ¿Y, Panchito, cuándo va a venir Perón, que según ustedes es el gran líder revolucionario del Tercer Mundo sólo comparable con Tito y Fidel Castro?

A lo que yo enseguida respondía:

— Carlos, ustedes nunca han podido entender la identidad peronista de los trabajadores argentinos.

De ahí en más se desataban discusiones en las que se escuchaban todo tipo de argumentos y explicaciones sobre los principales hechos políticos que ocurrían en la Argentina.

La gran anfitriona era mi tía Susana Yofre, hermana de mi padre. Cerca de las seis de la tarde nos llamaba a tomar el té y, como éramos una verdadera muchedumbre, compraba diariamente seis litros de leche. Susana disfrutaba al recibir a tantos sobrinos que llenaban de vida la casa de campo, y más aún cuando los mayores se casaron y la casona se llenó de nietos. Siempre la recordaré como una mujer de mucha vitalidad capaz de encauzar sin ayuda la turbulenta presencia de sobrinos, hijos, nueras y nietos, quienes empezaron a llamarla Tuntuna.

Durante los duros años del exilio, Susana se sobrepuso con gran entereza a la tragedia familiar y, una y otra vez, denunció en el extranjero los asesinatos de su marido y de su hijo, y conservó la presencia de ánimo y la fortaleza necesarias como para ayudar y acompañar en toda circunstancia a las familias de sus hijos hasta el mismo momento del regreso al país.

Aquellos días luminosos y llenos de vida en que se respiraba el aire de una Córdoba libertaria, politizada y comprometida con los desafíos que enfrentaba el país me parecían muy lejanos en aquella mañana de agosto de 1976, cuando la muerte y el terror formaban parte de la realidad argentina.

Abrumado por la noticia que acababa de leer, me sentí embargado por una profunda angustia a la que se sumaba la impotencia de no poder hacer nada ante las continuas desgracias que enfrentaba la familia y que parecían no tener fin.

A fines de junio del '76, poco antes de que nosotros abandonáramos la quinta de mi abuela, fue secuestrado Carlos Felipe Altamira Yofre, abogado defensor de presos políticos y vocal del Directorio del Colegio de Abogados de Córdoba. La última noticia que se tuvo de él data de ese mismo año, cuando se lo vio en el campo de concentración de La Perla. A principios de 1975 detuvieron a María José Yofre, hija del hermano de mi padre, que fue liberada después de la guerra de Malvinas y, el 28 de octubre del '76, un grupo de tareas de la marina secuestró en la vía pública a su hermana, Gabriela Yofre, Mecha, que fue vista en la ESMA y hasta hoy permanece desaparecida. Gabriela ya había estado detenida en 1972, acusada de participar en la muerte del general torturador Juan Carlos Sánchez, aunque al año siguiente salió en

libertad beneficiada por la amnistía que decretara el presidente Cámpora.

El 5 de octubre, cerca del mediodía, el encargado de negocios Roberto De Negri nos convocó a Guillermo Greco y a mí a una sala situada en el área principal de la residencia que como ya comentara había sido destinada al uso exclusivo de los Cámpora. A pesar de que el sol brillaba a pleno, la sala tenía todas las luces encendidas pues los grandes ventanales permanecían con las persianas bajas. Allí, sentado frente a un escritorio, se encontraba el embajador Roque González Salazar que acababa de arribar al país.

Cuando el embajador nos vio entrar se puso de pie para estrechar nuestras manos mientras De Negri nos presentaba. El embajador no se anduvo con rodeos pues estaba ansioso por darnos la buena noticia:

—Señores —dijo—, ayer la cancillería argentina extendió los salvoconductos para las dos familias por lo que mañana a esta hora parten en Aeroméxico. Señores —repitió con cierta solemnidad— esto significa que si no surge algún contratiempo de última hora, lo cual descarto absolutamente, mañana antes del anochecer estarán llegando a la ciudad de México.

La sorpresa dio lugar a una gran emoción que compartimos con Guillermo Greco.

—Señor embajador —dije— nos da una gran noticia. No podemos dejar de agradecer todo lo que su país hace por nosotros.

Guillermo, a su vez, y dejando traslucir en su voz la sorpresa causada por el anuncio de González Salazar, dijo:

—Señor embajador hace meses que esperábamos escuchar esta noticia que nos llena de alegría, por lo que siempre estaremos agradecidos al pueblo y al gobierno de México.

—Estamos satisfechos por el éxito de nuestra gestión. Ahora para completar el acuerdo diplomático —explicó el embajador— sólo resta que el gobierno argentino cumpla su compromiso de entregar en los próximos quince días los salvoconductos de Cámpora, su hijo y Abal Medina. Todo se ha resuelto en cuestión de horas, por lo que he viajado de urgencia sin tener tiempo de trasladarme con mi familia. Todavía no me reunido con el presidente Cámpora para transmitirle el acuerdo al que han llegado nuestras respectivas cancillerías. De esta forma ni bien se extien-

dan los otros salvoconductos, las relaciones entre los dos países volverán a la normalidad.

A las seis de la tarde Roque González Salazar organizó una modesta reunión de despedida con sándwiches y champagne, deseándonos suerte en México y elevando su copa se dirigió a Cápóra para decirle:

—Estoy convencido de que antes de que concluya el mes tendré el honor de viajar a México con usted, su hijo y Abal Medina.

—Que así sea —respondió brevemente Cápóra, evidentemente escéptico ante la perspectiva de que los militares cumplirían su palabra.

Después de una ligera cena, tomada como siempre en la habitación de Juan Manuel, recibimos la visita del Tío y de Héctor para mantener lo que sería nuestra última conversación en la embajada, la cual lógicamente estuvo dominada por la especulación de cuán firme sería el acuerdo al que habían llegado los dos gobiernos.

La alegría por nuestra partida se veía empañada ante la incertidumbre del futuro inmediato de quienes no habían recibido el salvoconducto.

Cerca de la medianoche dimos por concluida la reunión. Al despedirme del ex presidente le dije:

—Nos vemos en unos días.

—Quisiera poder decirle lo mismo, Francisco —respondió Cápóra— pero no creo que los militares nos dejen partir tan fácilmente. Lo importante es que ustedes puedan reiniciar su vida con normalidad y educar a su hijo. Les deseo mucha suerte.

Nos estrechamos las manos y después giró para alejarse a paso firme por el largo pasillo. Ya no se dio vuelta para intentar un último adiós.

A la mañana siguiente la actividad comenzó muy temprano. El trajín que se vivía en la residencia anunciaba que éste no sería un día igual a los otros. El nerviosismo embargaba a todos por igual. El personal de servicio iba y venía bajo órdenes del mayordomo, quien indicó que nuestras valijas debían ser cargadas en los dos autos diplomáticos estacionados en la calle, justo frente al portón principal de la embajada.

El encargado de negocios Roberto De Negri estaba al frente del operativo de nuestro traslado a Ezeiza. Lo flanqueaban dos

agregados militares. A las nueve de la mañana nos dijo que salíamos de la residencia para ubicarnos en los autos. Grande fue nuestra sorpresa al comprobar que al menos dieciséis policías federales, portando todo tipo de armas, *Itakas*, *FAL* y ametralladoras *Uzzi*, esperaban apostados junto a media docena de patrulleros. Desde los coches pudimos ver cómo el embajador Roque González Salazar se asomó a un balcón del segundo piso que daba a la calle, y desde allí agitó su brazo derecho en lo que intentó ser un saludo oficial de despedida.

En el momento en que nos poníamos en marcha, un helicóptero marrón del ejército apareció sobrevolando la zona. Bajo su sombra inquietante la caravana partió de la casona, acompañada por las sirenas de los patrulleros que sonaban incesantemente. Al menor obstáculo que se presentaba en el tráfico, los federales demostraban su prepotencia y golpeaban con la culata de sus *FAL* el capot de los autos de aquellos conductores que no se apartaban con la celeridad exigida por un operativo de las fuerzas de seguridad lo que, en aquellos tiempos, era la máxima prioridad pública.

Durante todo el trayecto, escuchábamos el motor del helicóptero que seguía volando sobre nuestros vehículos, lo que me hizo pensar que era muy posible que fuera el ejército el que conducía el operativo y que, si había algún intento de atacar la caravana, no podía provenir más que de un grupo de tareas de la marina que ya había dado sobrados indicios de cómo estaba dispuesta a actuar.

Casi al llegar al aeropuerto, una antigua camioneta que transportaba verduras y que marchaba a muy baja velocidad sufrió el embate de los federales que, con amenazas y gritos iracundos le exigieron al conductor que se apartara de la ruta, logrando que el hombre se pusiera tan nervioso que terminó yéndose a la banquina.

Los coches entraron directamente al sector militar de Ezeiza donde nos esperaba un abanico de soldados de la aeronáutica armados con fusiles *FAL*. En su brazo derecho llevaban brazaletes blancos con las iniciales *PM* impresas en letra negra, lo que los identificaba como pertenecientes a la Policía Militar. El oficial a cargo nos hizo pasar a la sala *VIP* reservada para altos funcionarios de gobierno. Casi enseguida se hizo presente el comodoro que estaba a cargo de la estación aeroportuaria. El ministro Roberto De Negri que parecía conocerlo por sus frecuentes idas

a Ezeiza para recibir empresarios y funcionarios mexicanos lo saludó:

—¿Cómo está comodoro?

El militar, dirigiéndome una mirada torva, respondió:

—Como siempre. Combatiendo desde el '55.

Después nos ofreció un café que yo acepté en lo que luego pensé había sido un acto de inconsciencia, pues bien podrían haber intentado alguna última acción contra nosotros.

Mientras esperábamos, llegó un funcionario de la cancillería, un hombre ya entrado en años que nos acompañó hasta la escalera del avión. Su misión era comprobar nuestras identidades y cotejarlas con una lista que llevaba en una carpeta. Cuando nos despedimos dijo:

—No puedo creer que en este país ocurran cosas como éstas.

Dos horas después el avión cruzó la frontera argentina. En ese momento, no pude menos que pensar cuántos años pasarían antes de que pudiéramos regresar al país.

Al llegar a Perú, la única escala prevista, nos esperaban los bomberos pues el piloto había detectado que uno de los motores estaba fallando por una posible pérdida de fluidos. Afortunadamente el percance no pasó a mayores y a la nohcecita del 6 de octubre llegamos al aeropuerto Benito Juárez. Allí nos aguardaban los periodistas mexicanos que buscaban entrevistarnos, mientras los funcionarios de la Secretaría de Gobernación nos advertían que no podíamos hacer declaraciones. Con Guillermo hicimos caso omiso de la advertencia y señalamos que en la embajada mexicana en Buenos Aires estaban esperando su salvoconducto el ex presidente Héctor Cámpora, su hijo Héctor y Juan Manuel Abal Medina.

Dos autos del gobierno mexicano nos trasladaron hasta el alojamiento que nos habían asignado en el Hotel Versalles. Las luces de los edificios nos dieron la primera impresión de esa gran ciudad que es el Distrito Federal.

El 6 de octubre, el mismo día de nuestra partida, el diario argentino *La Razón* publicaba en su edición vespertina la noticia de que: «*Viajaron a México dos familias asiladas en su sede diplomática...*». Esta información sería ampliada posteriormente con un cable fechado en México que reproduce nuestras declaraciones bajo el título: «*Sólo Cámpora, su hijo y Abal Medina quedan en la embajada de México*», y agregaba:

*«...así lo informaron seis exiliados de esta nacionalidad que llegaron aquí. El dirigente sindical Guillermo Greco, su esposa y su hijo de dos años; el líder de las Juventudes Peronistas Francisco Yofre, su mujer y su hijo, arribaron a nuestra ciudad luego de permanecer tres meses en la representación diplomática mexicana en Buenos Aires».*





### *El Hotel Versailles*

El gobierno mexicano había dispuesto que los exiliados políticos, llegados de todas partes de Latinoamérica, se alojaran en el Hotel Versailles. El edificio era una construcción de cuatro plantas que ocupaba media manzana y gozaba de una excelente ubicación pues se hallaba a tan sólo dos cuadras de la Avenida Reforma.

Cuando nos instalamos, en octubre de 1976, se encontraba en continuo proceso de refacciones y mejoras. Se decía que los dueños tenían estrechas vinculaciones con altos funcionarios de la Secretaría de Gobernación, dependencia que estaba encargada de suministrarles el dinero necesario para nuestro alojamiento y alimentación. Sin embargo, parte de ese dinero se desviaba para afrontar los gastos que ocasionaba el arreglo del hotel, lo que repercutía en la calidad de la alimentación de los huéspedes, por lo que decidimos hacer llegar nuestra queja al Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. El resultado fue que durante algunas semanas la alimentación mejoró, pero luego volvió a decaer hasta volver a la misma situación que había motivado nuestro reclamo.

Los propietarios del hotel pudieron usufructuar por pocos años las ventajas así obtenidas, pues en el trágico terremoto que en septiembre de 1985 afectó a la ciudad de México el edificio se desplomó y fue, junto al tradicional Hotel Regis, el lugar en que las víctimas fueron más numerosas. La mayoría de los turistas que entonces se alojaban en el Versailles procedían de países sudamericanos y, salvo los que lograron escapar por sus propios medios, fueron muy pocos los que conservaban la vida cuando los rescatistas lograron extraerlos de entre los escombros.

En la época en que nos alojamos en el Versailles, los Greco y nosotros éramos los únicos argentinos, mientras que los uruguayos constituían el grupo mayoritario de residentes, debido a la que política aplicada por la embajada mexicana en Montevideo consistía en no poner obstáculos a quienes llegaban solicitando asilo. También, aunque en menor cantidad, había muchos chile-

nos y peruanos, y años después, debido al recrudecimiento de los enfrentamientos armados en Centro América, el hotel se vería desbordado por el arribo de refugiados provenientes de Guatemala, El Salvador, Nicaragua y Honduras.

Los exiliados estaban autorizados a permanecer treinta días en el hotel y transcurrido ese plazo se veían obligados a abandonarlo, siendo por lo general recibidos por compañeros que ya habían conseguido alquilar departamento, hasta que encontraran trabajo y pudieran instalarse por su cuenta.

A través de esta práctica se había establecido una larga cadena solidaria que permitía a los nuevos residentes resolver el problema de su alojamiento por un período que podía extenderse entre dos y cuatro meses.

Como nosotros, junto a los Greco, éramos los únicos argentinos hospedados en el Versalles nos vimos beneficiados con un régimen más benigno, que en nuestro caso se prolongó durante seis meses.

Al poco tiempo de estar en el hotel conocí a Rafael Roncagliolo, una de las personalidades peruanas refugiadas en México con quien establecimos una estrecha amistad que perduró mientras vivimos en el país azteca.

Muchos años después, en 2013, durante una visita oficial que Rafael Roncagliolo, ya como Canciller del Perú<sup>48</sup>, hizo a la Argentina, mantuvimos una conversación telefónica para concertar una cita que finalmente no pudo concretarse por las dificultades propias de su nutrida agenda.

Rafael se había tenido que exiliar por haber sido uno de los fundadores del Partido Socialista Revolucionario junto a otros civiles y generales que tuvieron una destacada actuación en la Revolución Peruana liderada por el general Velazco Alvarado.

Durante el tiempo que compartimos en el hotel nos acostumbramos a extender la sobremesa enfrascados en intensos debates acerca de las distintas alternativas que se presentaban para nuestros países, y más una vez me sentí profundamente emocionado por sus relatos sobre las conquistas políticas, económicas y sociales alcanzadas por la Revolución Peruana.

---

48 En 2013, Rafael Roncagliolo, tras sufrir un ataque cardíaco, renunció a su puesto de Canciller y actualmente se desempeña como Embajador de Perú en España.

Rafael siempre destacaba la importancia que habían tenido las movilizaciones del pueblo peruano en respaldo a las decisiones que tomaba el gobierno revolucionario, pues constituían un poderoso aliciente que lo impulsaba a profundizar la dirección del proceso transformador. También comentaba que para poder comprender toda la dimensión de la Revolución Peruana, bastaba con mencionar algunas de sus medidas más representativas, señalando, entre otras, la ocupación militar y posterior expropiación de la petrolera norteamericana International Petroleum Company, que expoliaba los yacimientos de La Brea y Pariñas, al tiempo que se creaba la empresa Petróleos del Perú (PETROPERÚ) que, en nombre del Estado, pasaría a controlar todas las actividades relacionadas con la explotación de hidrocarburos en el territorio peruano. Esta decisión, una de las más trascendentes dentro del paquete de disposiciones estratégicas que integraban el plan del gobierno revolucionario, había tenido una significación tan importante como simbólica y así el 9 de octubre de 1968, día en que se concretó la expropiación, fue declarado Día de la Dignidad Nacional.

— También podría hablarte — me decía con orgullo — de la nacionalización de la banca, de la minería, de la Reforma Agraria que redujo el enorme poder de los latifundistas a la vez que se creaban las cooperativas agrarias de producción, o de la estatización de la industria pesquera y de la siderurgia.

Tras exponer con entusiasmo las conquistas alcanzadas por la Revolución Peruana, Rafael, no sin amargura, añadió:

— Es intolerable que Morales Bermúdez después de destituir a Velasco Alvarado pretenda revisar y aún dar marcha atrás con muchas de ellas.

En aquellos años compartíamos con Rafael una visión del mundo en la que estábamos comprometidos con la revolución que permitiera construir una sociedad socialista.

Durante las décadas de los setenta y los ochenta, dominadas por las dictaduras militares que imperaban en Latinoamérica, México se convirtió en el espacio político más libre y amplio de nuestra Patria Grande, donde era muy frecuente que se realizaran encuentros de dirigentes e intelectuales provenientes de todas las naciones del Cono Sur, en los que se compartían y discutían las experiencias transformadoras que se desarrollaron en sus respectivos países y que, lamentablemente, resultaron abortadas por los golpes de Estado promovidos por Estados Unidos.

Sin embargo, y a pesar de la enorme cantidad de vidas segadas por los gobiernos autoritarios, el futuro demostraría que no todo había sido en vano ya que el constante intercambio de ideas, las reflexiones y el análisis de la diversidad de nuestras experiencias — caracterizadas por las distintas estrategias aplicadas en la construcción de alianzas políticas, así como por las complejas composiciones sociales que daban sustento a los movimientos revolucionarios nacionales —, habrían de permitir el surgimiento de nuevas expresiones populares que, casi de manera simultánea, llegarían a gobernar nuestros países, especialmente cuando, uno tras otro, los pueblos latinoamericanos reaccionaron contra las consecuencias devastadoras de las políticas neoliberales impuestas por el llamado consenso de Washington.

Muchos de aquellos exiliados formaron parte de las nuevas opciones políticas que, una vez en el gobierno, terminaron construyendo alianzas regionales como la UNASUR (Unión de Naciones Suramericanas) y la celac (Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños), recuperándose así el espíritu latinoamericanista de los años sesenta y setenta. Con estos nuevos espacios de integración regional, América Latina se sumó al escenario internacional como una presencia activa cuyos intereses estratégicos quedarían claramente definidos al rechazar la alternativa que impulsara EEUU en pos de imponer su Alianza de Libre Comercio de las Américas (ALCA), con la que pretendía reforzar sus ambiciones hegemónicas sobre nuestros países, a los que durante casi todo el siglo pasado considerara su «patio trasero».

Así, con el surgimiento de nuevas expresiones políticas apoyadas por amplios sectores populares, se retomaron las ideas de autodeterminación nacional que animaran a los gobiernos y movimientos revolucionarios de mediados del siglo pasado, y hemos sido testigos de cómo en estos años se impusieron en Latinoamérica proyectos político-sociales que impulsaron la recuperación para el Estado Nacional de todos los instrumentos básicos que regulan la economía, recuperando el manejo de los recursos y de la riqueza nacional con el fin de volcarlos a favor de los sectores sociales de menores ingresos que fueran excluidos del desarrollo por las concepciones económicas dominantes en las últimas décadas del siglo xx.

A mediados de diciembre del '76 Rafael consiguió instalarse en un confortable departamento del sur de la ciudad de México,

lo que le permitió reencontrarse con su mujer Kety y su hijo Santiago que aún no había cumplido dos años. Así, en esos días previos al fin de año, las dos familias pudimos salir juntas y aprovechamos para recorrer algunos paseos tradicionales que ofrece la ciudad de México.

Recuerdo especialmente cómo los chicos se divertieron cuando visitamos el zoológico ubicado en pleno Bosque de Chapultepec. Al ingresar, lo primero que encontramos fue una estación de ferrocarril<sup>49</sup>, reproducida a escala, con sus vagones y locomotora, que recorría las distintas zonas del zoológico mientras, cada tanto, el silbato de la locomotora anunciaba el paso de la formación. A medida que nos internábamos en el parque el entusiasmo de los chicos iba en aumento, sobre todo ante el colorido de las numerosas especies de aves exóticas, para llegar finalmente a su punto culminante cuando pudimos ver a uno de los osos panda que se encontraba fuera de la casilla en la que habitualmente descansaban. Hacía poco más de un año que la pareja de pandas había llegado a Chapultepec, enviada como regalo por la República Popular de China y rápidamente se convirtió en una de sus principales atracciones. Mucho tiempo más tarde me enteré que el zoológico fue el primero, fuera de China, donde la especie se reprodujo en cautiverio.

Un domingo fuimos a conocer Xochimilco, un lugar pintoresco ubicado a sólo treinta minutos del centro de la ciudad.

En la época prehispánica, Xochimilco era una gran zona de cultivo que rodeaba un lago, en cuyas islas, comunicadas por medio de canales, se asentaban diversos pueblos que aún no han podido ser identificados. Con la llegada de los aztecas, se convirtió en la principal fuente de los productos agrícolas que abastecían a Tenochtitlán, característica que conservó durante gran parte de la dominación española, pero luego, con el paso de los siglos y el avance de la urbanización el lago fue siendo absorbido por las construcciones, al punto que su zona norte es ahora un distrito industrial de la capital mexicana, mientras que al sur sólo quedan pequeñas islas entrelazadas por estrechos canales. Además de ser una de las principales atracciones turísticas de la capital mexicana, fue declarada por la UNESCO Patrimonio Cultural de la Humanidad por ser, junto a Tláhuac, el único lugar donde sobreviven las chinampas<sup>50</sup>.

49 Hoy convertida en museo.

50 La chinampa es una antigua técnica mesoamericana mediante la cual se

Para recorrerlos tomamos una barcaza de medianas dimensiones, pintada con llamativos motivos alegóricos, y que surcaba las aguas abriéndose paso entre la espesa vegetación, en la que, pendiendo de las ramas color verde esmeralda, destacaban cientos de flores de los más variados tonos, en los que predominaban el violeta, el escarlata, el guinda, el amarillo y el ocre.

Pablo y Santiago nos contagiaban su entusiasmo, haciéndonos olvidar la nostalgia aún punzante en la que nos sumía el exilio y, por unas horas, sentimos que éramos dos familias que, como tantas otras, venían de lejos a descubrir de a poco la inagotable riqueza cultural de un país que no dejaba de asombrarnos.

Con los años, el pequeño Santiago Roncagliolo se convertiría en un escritor reconocido y el más joven en recibir el premio Alfaguara por su novela «*Abril Rojo*». Sus obras se tradujeron a más de veinte idiomas y algunas de ellas han sido llevadas al cine<sup>51</sup>. Al recordar su infancia en México, Santiago escribe: «*Crecí en una familia de exiliados. Mis compañeritos de juego eran otros exiliados de Chile, Argentina, Centroamérica o Uruguay*». Pablo era uno de ellos, posiblemente el primero, aunque después las enormes distancias que separaban a nuestros hogares —los Roncagliolo se habían establecido en el sur del Distrito Federal y nosotros en el norte—, no nos hayan permitido frecuentarnos tanto como hubiésemos deseado.

Pasado el tiempo, al leer las novelas de Santiago, descubrí que en su obra «*La Cuarta Espada. La historia de Abimael Guzmán y Sendero Luminoso*», hace una referencia a la amistad de su padre con Alfonso Barrantes, quien luego sería el primer alcalde de extracción marxista elegido por el voto popular para administrar una capital latinoamericana. En 1980, cuando estaba en plena campaña, Rafael organizó para él varias reuniones con los exiliados latinoamericanos en México y con el Bebe Righi pudimos asistir a una de ellas, que se llevó a cabo en un restaurante del sur de la ciudad.

Meses después veríamos cómo las urnas lo consagraban alcalde de Lima. Para nosotros fue un símbolo de esperanza, del advenimiento de una época en la que los cambios comenzaban a

---

siembran y cultivan productos agrícolas sobre balsas armadas con troncos y varas, sobre las que se depositaba tierra rica en humus vegetal.

51 En 2007 se estrenó en España *Pudor*, una adaptación cinematográfica de su novela homónima, dirigida por los hermanos David y Tristán Ulloa, quienes también adaptaron *Abril rojo*.

operarse en América Latina, y nos llevó a creer que, en un tiempo no tan lejano, también en la Argentina sería posible la recuperación de la democracia.

Nuestra confianza en que, a mediano plazo, podíamos encontrarnos en una instancia similar a la de Perú se fundaba, entre otras circunstancias, en el rápido crecimiento político alcanzado por el Partido Socialista Revolucionario peruano. Apenas dos años antes del éxito de Barrantes el partido celebró su primer congreso nacional, ocasión en que su presidente, el general Leónidas Rodríguez Figueroa, me escribió:

*Partido Socialista Revolucionario  
Presidencia*

*Lima, 2 de octubre de 1978.-*

*Señor doctor Francisco Yofre*

*Ex funcionario del Gobierno del doctor Cámpora*

*México D.F.*

*Apreciado doctor Yofre:*

*Es sumamente grato dirigirle la presente, a nombre de esta presidencia y de la dirección nacional del Partido Socialista Revolucionario del Perú, para transmitirle nuestro agradecimiento por el saludo y buenos deseos que nos ha hecho llegar, con ocasión de la celebración de nuestro primer congreso nacional.*

*El congreso nacional del PSR ha fortificado ideológica y políticamente a nuestra joven organización, así como la perspectiva de unidad con las fuerzas populares y antiimperialistas. El evento, tal como lo esperábamos ha sido un éxito.*

*Permítame en esta oportunidad, expresar a usted los sentimientos de mi especial consideración y estima, acompañada de nuestra inquebrantable solidaridad.*

*Atentamente.*

*Leónidas Rodríguez Figueroa - Presidente del PSR*

El primer año nuevo en el exilio lo recibimos en el departamento de los Roncagliolo. Fue una noche triste, en la que no pudimos conjurar la nostalgia de sabernos lejos de nuestra tierra, alejados una vez más de la tradicional cena familiar que siempre nos había reunido para esa fecha. Una hora después de la medianoche regresamos al Hotel Versailles. Ya solos en la auste-



ra habitación nos refugiamos en el único consuelo que nos daba paz: habíamos logrado salvar la vida, y podríamos proteger y ver crecer a Pablo.

La amistad con Rafael me dio la oportunidad de conocer al general Arturo Valdés Palacio, integrante de la dirección nacional del Partido Socialista Revolucionario, y a su esposa Marita Cavassa. El matrimonio vivía en una casa típica de la zona residencial de Cuernavaca. De vez en cuando, Susana y yo pasábamos el fin de semana en la Posada del Sol, un hotel que estaba a pocas cuadras de la vivienda en que habitaban los Valdés, y una tarde Rafael nos pasó a buscar por la Posada para presentarnos a Arturo y a Marita. Ambos nos cautivaron por su inteligencia y por la calidez con que nos recibieron en su casa. Las atenciones que nos brindaron y la mutua corriente de simpatía que se estableció entre nosotros, se convirtieron en una amistad creciente que siempre cultivamos con esmero.

Conservamos de ellos uno de los mejores recuerdos del exilio, fundado en los buenos momentos que pasamos juntos durante esas visitas a Cuernavaca que, la mayor parte de las veces, se prolongaban hasta la noche, sazonadas con relatos, anécdotas y especulaciones sobre el futuro de nuestros países.

Siendo coronel, Arturo Valdés Palacio acompañó desde el primer día al general Velazco Alvarado como secretario del Consejo de Ministros, convirtiéndose en uno de los más destacados dirigentes de la Revolución Peruana. Integró el Comité de Asesoramiento de la Presidencia de la República (COAP), que fuera usina de las principales medidas adoptadas por el gobierno revolucionario.

Arturo Valdés fue perseguido por Morales Bermúdez y tuvo que abandonar el país en distintas oportunidades. Apenas regresado a Perú, en mayo de 1978, el régimen decretó su deportación, circunstancia que lo obligó a pasar a la clandestinidad, como me lo comentara su esposa en una carta de junio de ese año.

Por esa época tuve la satisfacción de colaborar con Marita en la creación de un programa sobre la Perspectiva de Género. La iniciativa, que ella lideraba, estaba destinada a proteger a la mujer latinoamericana y, en primera instancia, se preveía abrir dos centros, uno en Lima y otro en la ciudad de México. Como cofundadoras del programa se contaba con la importante participación de destacadas figuras latinoamericanas, entre las que destacaban las viudas de los ex presidentes de Chile y Bolivia,

Salvador Allende y Juan José Torres, quien fuera asesinado en Buenos Aires el 2 de junio de 1976, siendo uno de los tantos crímenes enmarcados en el Plan Cóndor.

Habrían de pasar casi dos décadas sin que tuviera noticias de Arturo y Marita hasta que una tarde, conversando en Buenos Aires con un investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), me comentó que estaba casado con una peruana y que se aprestaba a viajar a Lima para encontrarse con la familia de ella. Entonces le pregunté:

—De casualidad, ¿no conocés al general Arturo Valdés Palacio?

—Cómo no lo voy a conocer si mi mujer es amiga de sus hijos, por lo que suele frecuentar su casa.

Desde ese momento retomamos el contacto. Tiempo después una carta de Marita, fechada en septiembre de 2000, me hacía saber que Arturo había fallecido el diez de ese mes luego de soportar una larga enfermedad. La profunda tristeza que me causó la noticia renovó en mi espíritu aquel sentimiento de admiración y afecto hacia Arturo y Marita que, comprometidos hasta la última instancia en la construcción de una sociedad más justa, habían dedicado sus vidas a la causa de su país, a la causa de los excluidos.

A pesar de la diferencia generacional, pues tenían la edad de mis padres, habíamos establecido un vínculo de amistad que sólo se vio interrumpido por los avatares políticos a los que estábamos expuestos todos los que luchábamos contra la hegemonía del imperialismo norteamericano y pugnábamos por conseguir la unidad de América Latina.

Guardo como un tesoro las palabras con las que Marita se despidió de mí en aquella triste carta de septiembre del 2000: *«Siempre has estado presente en nuestros recuerdos con toda la simpatía desde la época en que te conocimos en México»*.

A media mañana de un domingo, a fines de noviembre de 1976, salí del Hotel Versailles para hacer una caminata que ya se había vuelto casi cotidiana y concluía en un corto paseo por la Avenida Reforma. Ese día me acompañaba Pablo, instalado en un andador de plástico que le gustaba mucho pues tenía la forma de un pequeño autito. Debido al feriado, en la amplia avenida había muy poco tránsito, las veredas estaban casi vacías y las personas apuraban el paso buscando escapar a la brisa fría que se había desatado unas horas antes.

En la esquina de las calles Versalles y Reforma, a metros del monumento a Colón, se levanta un hotel que por aquellos años era uno de los más importantes de la ciudad y que pertenecía a la cadena estadounidense Fiesta Americana. El hotel no contaba con una puerta principal que diera a la avenida sino que el acceso se hacía por una entrada lateral, diseñada para permitir el arribo directo en automóvil hasta una explanada que facilitaba el ascenso y descenso de pasajeros y equipajes. Allí, una amplia puerta vidriada de dos grandes hojas conectaba directamente con la recepción. Como parte de mis caminatas, y a modo de distracción, yo había tomado la costumbre de acercarme a la puerta para observar la llegada y salida de los huéspedes y el trajín de los conserjes que con esmero recibían a los pasajeros.

Bordeando el acceso que utilizaban los autos había una vereda interna de poco más de un metro de ancho por la que Pablo se desplazaba lentamente en su autito de plástico. De pronto ocurrió lo inesperado. Al avanzar por la vereda interna y cuando ya nos faltaban poco más de diez metros para llegar a las puertas vidriadas, éstas se abrieron para dar paso a la figura maciza y siniestra del general Albano Harguindeguy, ministro del Interior de la dictadura, acompañado por el Embajador argentino en México y sus respectivas esposas. Nos cruzamos las miradas y eso bastó para reconocernos. La mía fue de desprecio, despojada de cualquier vestigio de odio, pues el odio lleva implícita la pasión y, por el contrario, su presencia despertaba en todo mi ser un frío y profundo repudio por aquel general arrogante que planificaba y ordenaba los atroces crímenes que se cometían contra los argentinos. Adiviné que se sintió incómodo al ser reconocido, como si en ese instante supiera que él tenía algo que ver con mi presencia en aquel lugar.

— Vení Pablo no te alejés de mí — dije, exagerando mi acento argentino para que Harguindeguy confirmara mi nacionalidad.

La mirada dura e intimidante de sus ojos claros se fue desdibujando al no encontrar en la mía el fuego que distingue a los que odian. Si lo hubiera encontrado, quizá habría podido reafirmarse en la justificación de que el régimen militar libraba una verdadera cruzada contra enemigos peligrosos, que amenazaban la continuidad del tan manipulado como indefinido estilo de vida «occidental y cristiano», que en plena guerra fría se había impuesto como divisa para los países que padecían bajo el dominio norteamericano.

Estoy seguro de que en la mirada que le dirigí aquel domingo, podía leerse una muda acusación por la criminalidad de sus actos. Supo también que esa mirada no le dejaba espacio para su pretensión de ser un honorable general de la Nación. No había valentía ni honor en esos militares que actuaban en medio de la noche, protegidos por las tinieblas, sembrando el terror en cada hogar, en cada pueblo, en cada ciudad de la Argentina.

Incómodo, el general no pudo sostener su mirada y tuvo que apartarla de mis ojos. En ese momento, el auto oficial de la embajada se detuvo en la explanada del hotel y, casi con premura, entró en el vehículo después de que lo hiciera el embajador.

Más tarde me enteré por los diarios que Harguindeguy había viajado a México encabezando la delegación de la dictadura que representó al país en la ceremonia de asunción presidencial del licenciado José R. López Portillo que tuvo lugar el primero de diciembre de 1976.

Nuestra estancia en el Hotel Versailles se prolongó hasta los primeros días de abril de 1977. Durante esos meses nuestra vida se desarrolló siguiendo una rutina pocas veces alterada, que compartíamos con los demás refugiados que se alojaban en el hotel.

El comedor principal, donde tomábamos el desayuno, se convirtió desde el primer día en un espacio idóneo para conocer a nuestros compañeros de exilio.

A fin de agilizar el servicio, dejábamos la mesa libre a medida que terminábamos de desayunar, para que los que aún no lo habían hecho pudieran ocupar nuestro lugar. Solía ocurrir, en ciertas ocasiones, que algún relato o debate nos atrapaba de tal forma que prolongábamos el desayuno más de lo aconsejable, perjudicando a los que pacientemente esperaban su turno.

Siempre valoré las conversaciones que sosteníamos todas las mañanas, pues eran una oportunidad única para comprender la naturaleza y la génesis de los diversos movimientos políticos progresistas de Latinoamérica, cuyo denominador común era promover la movilización popular en pos de la recuperación de la riqueza nacional y de la transformación social.

Se trataba de la historia reciente de nuestra Patria Grande, contada por sus protagonistas, muchos de los cuales habían tenido altas responsabilidades en la dirección del Estado, de los partidos políticos, de los movimientos obreros y campesinos o

de las organizaciones sociales y estudiantiles de sus respectivos países.

Una mañana en la que esperaba impaciente que el mesero nos trajera el café con leche pude ver que una mesa, bastante alejada de la nuestra, era rodeada por un número inusual de refugiados. Desde donde yo estaba parecían guardar silencio, como si siguieran con atención la exposición de un conferencista. Al verme, uno de los que escuchaban abandonó la ronda para dirigirse hacia nosotros. Se trataba de Juan Carlos, un uruguayo con el que sabíamos desayunar juntos. Mientras arrimaba una silla, me dijo con la voz un tanto excitada:

— ¿Sabés quién es el que está en aquella mesa?

— Ni idea —le contesté, a la vez que estiraba mi cabeza por sobre su hombro tratando de tener una mejor visión.

— ¿Ves el hombre que tiene un sombrero mexicano sobre la espalda?

— Sí. Me parece que es un campesino.

— Es uno de los hijos de Pancho Villa, y ni bien se enteró de que somos exiliados se puso a contar historias de su padre cuando guerreaba en la Revolución Mexicana. No dejes de escucharlo porque vale la pena — me recomendó Juan Carlos.

Picado por la curiosidad de conocer al personaje decidí seguir su consejo y, tras acercarme, logré ubicarme en la silla que estaba frente a Villa. No recuerdo su nombre, me bastaba saber que era hijo del Centauro del Norte.

Era evidente que el hombre estaba muy satisfecho con la atracción que ejercía sobre los exiliados que, seducidos por la legendaria figura de su padre, nos habíamos reunido para conocerlo. Varios de los que pudimos compartir la mesa aprovechamos para pedirle su opinión sobre la actualidad política de México y escuchar sus relatos sobre hechos acaecidos durante la Revolución Mexicana.

Este hijo de Pancho Villa era uno de los máximos líderes de la Confederación Nacional Campesina de Chihuahua y había viajado a la ciudad de México para mantener reuniones con funcionarios nacionales.

En esos años aún gobernaba el Partido Revolucionario Institucional (PRI) por lo que los gastos del viaje de Villa eran sufragados por el estado mexicano, lo que explicaba su presencia en el Hotel Versailles, pues la CNC (Confederación Nacional Campesina) era la organización campesina que expresaba la política di-

señada por el PRI para canalizar las demandas del campesinado mexicano.

De tez morena, el gesto altivo y la mirada intensa, movimientos lentos y un hablar pausado, llamaba la atención por sus enormes bigotes. Tenía las manos ásperas propias de quien ha trabajado la tierra, sin embargo, sus ropas cuidadas, de color café claro, denotaban que se trataba de un líder campesino.

Utilizaba un vocabulario sencillo y directo para evocar las situaciones por las que atravesara Pancho Villa. De todos los relatos que nos hiciera, recuerdo especialmente uno que me impresionó hondamente y quedó grabado en mi memoria para no borrarse nunca más, porque refleja cabalmente la tragedia y el sacrificio humano que significó la Revolución Mexicana.

— Cuando mi padre guerreaba — dijo el hijo de Pancho Villa, mientras miraba a su alrededor, como para asegurarse de ser el centro de nuestra atención —, sabía que sólo el triunfo de la Revolución acabaría con la pobreza en la que se encontraba el pueblo mexicano, en especial los campesinos, y para lograrlo estaba dispuesto a todo... A todo... — repitió con énfasis, dándole a la palabra «todo» un tono dramático que preanunciaba la crudeza de los actos que se cometieron en el transcurso de la Revolución y que ahora se disponía a relatar.

» — Un día — siguió diciendo —, mi general llegó con su tropa a una hacienda para proveerse de alimentos y reclutar hombres para el ejército revolucionario. Al convocar a un campesino que trabajaba en la hacienda para que se integrara a la milicia, al hombre no se le ocurrió nada mejor que resistir la orden de mi padre, aduciendo que no podía dejar abandonadas a su mujer y a su hijita pues ellas no podrían alimentarse por sí solas. Entonces mi general no dudó. Sin pérdida de tiempo, sacó su pistola, ultimó a la mujer y la niña, y dijo:

» — «Ya ves tu mujer y tu hija no deben preocuparte porque ellas no podrán pasar hambre. Ahorita te puedes incorporar al ejército pues no tienes a nadie que tengas que cuidar».

» — Así se hizo la Revolución Mexicana señores. Así la hizo mi padre... — dijo el hijo de Pancho Villa, sin que ninguno de los que escuchábamos se animara a reprochar la crueldad del crimen cometido en nombre de la Revolución por el jefe de la División del Norte.

Veinte años después, cuando cenaba en un restaurant de Buenos Aires con mi hermano Max Fortunato le conté el relato que nos hiciera el hijo de Pancho Villa.

Max Fortuno me dijo:

—Es cierto lo que les contó. Así ocurrieron los hechos. Yo lo he leído en una colección de libros sobre la Revolución Mexicana.

—¿Todavía conservás esa colección? — pregunté.

—Sí la colección está en mi biblioteca.

—¿Te animás a mostrármela esta misma noche?

Mi hermano percibió enseguida el impacto que me había causado enterarme que aquel relato era verídico y había sido recuperado por la historia, por lo que accedió a mi pedido a pesar de lo avanzado de la hora.

Sentía una urgencia irrefrenable por constatar la existencia del relato y su correspondencia con los hechos narrados por el hijo de Villa, en aquella lejana mañana mexicana, y que cada tanto yo volvía a contar, quizá como una forma de exorcizar la tragedia de esa pobre familia campesina, ocurrida en los azarosos días de la Revolución.

Cinco minutos tardó Max Fortuno en encontrar en su biblioteca el relato que hiciera el periodista y escritor chihuahuense Rafael Felipe Muñoz en su obra «*Vámonos con Pancho Villa*», inserta en la colección titulada «*La novela de la Revolución Mexicana*».

—Aquí está —dijo mi hermano y se puso a leer en voz alta. La descripción de los hechos era coincidente con lo narrado por el hijo de Villa. La pluma de Muñoz y los detalles de cómo se realizó la ejecución ante los ojos del marido y padre de las mujeres asesinadas volvieron a estrujarme el corazón.

Al regresar a mi departamento tardé en conciliar el sueño, y cuando lo hice no me acompañó ninguna de las pesadillas recurrentes que habían turbado mi descanso durante varios años, y en las que o bien era un grupo de tareas, conformado por hombres vestidos de civil el que caía sobre mí y me llevaba a la rastra, o bien eran militares los que me atrapaban, mientras que en otras me despertaba escuchando el ulular estridente de las sirenas de los patrulleros policiales que cerraban el paso de un auto que yo iba conduciendo.

Esa noche la imagen que dominó mi pesadilla fue la de un campesino clamando inútilmente por la vida de las mujeres que amaba.

La imagen legendaria de Pancho Villa había sido una de las que me fascinara durante mi infancia a través de las películas que mostraban los enfrentamientos militares de la Revolución y

en la que el Jefe de la División del Norte era una figura infaltable, pero su presencia se acrecentaría y cobraría una dimensión más realista, más humana y quizá menos heroica, durante mi largo exilio mexicano cuando pude leer distintas obras referidas a la primera revolución social del siglo xx.

Cuenta la historia que Villa, cuyo verdadero nombre era José Doroteo Arango, mantuvo relaciones afectivas con gran cantidad de mujeres, al punto de habersele documentado veintitrés esposas e innumerables amantes. Muchos de sus casamientos fueron realizados con la bendición de la Iglesia, ya que sostenía que jamás se debía forzar a una mujer, ya fuera para tener sexo o para que se enamorara de él, y castigaba con la muerte a los soldados violadores. Con casi todas sus esposas dejó descendencia, y se presume que de ellas tuvo por lo menos veintiséis hijos, de los cuales sólo reconoció a algunos, entre los que se contaba nuestro personaje del Hotel Versailles.

### *Trabajando para el gobierno mexicano*

A los pocos días de llegar a México fuimos a visitar a Cristina, María Inés y Graciela Villalba. Las tres hermanas cordobesas tendrían, directa o indirectamente, una gran influencia en nuestra inserción en México.

Las Villalba militaban en la Juventud Universitaria Peronista de Córdoba. Habían salvado providencialmente la vida a principios del mes de enero de 1976, época en que Córdoba estaba inmersa en el terror impuesto por el «Comando Libertadores de América» que conducía el ahora ex capitán del ejército Héctor Vergez — alias Gastón, Capitán Rodolfo o Capitán Vargas—. Según él mismo relata en sus crónicas de la muerte, que publicara bajo el título «*Yo fui Vargas*»<sup>52</sup>, en sólo dos días fueron secuestradas cuarenta y ocho personas.

El siete de enero las hermanas decidieron dejar la casa de sus padres para dormir en el departamento de una tía, que estaba en el primer piso de la misma construcción, aunque tenían accesos separados e independientes. A la madrugada, tres autos se detuvieron frente a la casa de la planta baja y varios hombres armados con metralletas, escopetas de repetición y pistolas

---

52 Héctor Pedro Vergez. Op.cit. «*Yo fui Vargas. El antiterrorismo por dentro*». Edición del autor, Buenos Aires, 1995.



irrupieron en la vivienda de los Villalba que, aterrados, sólo respondían que no sabían cuál era el paradero de sus hijas. En el departamento de arriba también reinaba el miedo, que se iba acrecentando al escuchar los insultos, la rabia con que impartían las órdenes, las amenazas proferidas a los gritos como para que los vecinos de barrio Juniors se enteraran de que los amos de la vida y la muerte estaban decididos a atrapar a esas militantes estudiantiles sospechadas de pertenecer a la guerrilla.

El capitán Vergez se impacientaba porque esa noche tenían mucho «trabajo», la lista de personas que debían secuestrar era larga y, si se demoraban demasiado, sus presas podían escapar, alertadas por el despliegue de las bandas parapoliciales comandadas por oficiales de la inteligencia militar, que aún en plena vigencia de un gobierno constitucional recorrían a su antojo las calles cordobesas.

En su libro, Vergez proclama sin pudor su participación en una guerra encubierta y se ufana de su eficacia para secuestrar a militantes políticos y sociales que habían sido marcados como presuntos guerrilleros:

*«Apenas celebrados los festejos de Reyes, el 7 y 8 de enero ejecutamos la fulmínea operación. Mediante allanamientos cronométricamente calculados en su secuencia, en cuarenta y ocho horas detuvimos a cuarenta y ocho delincuentes terroristas; prácticamente, como promedio, un subversivo montonero por hora».*

He transcripto textualmente las palabras utilizadas por el ex capitán, que unas páginas antes señala:

*«Mis palabras han de interpretarse tal y como las escribo. Nuestra aptitud era la guerra secreta para desarticular y aniquilar bandas homicidas que operaban en la clandestinidad como el hampa».*

Los gritos de los represores se escuchaban claramente en medio del calor espeso del verano, que no cedía ni aún en plena madrugada. Después los insultos arreciaron y Vargas dio una orden: « ¡Nos vamos!», seguida de un nombre que las Villalba no alcanzaron a escuchar pero que seguramente era el de la próxima víctima. Sin pérdida de tiempo abordaron los autos para luego alejarse a toda velocidad. Nunca se enteraron de que apenas una escalera los había separado de su objetivo. En este caso el «plan cronométrico» elaborado por el represor hoy condenado a vein-

titrés años de prisión e imputado en la Megacausa La Perla por cuatrocientos cuarenta y ocho delitos de lesa humanidad, no había podido concretarse.

Pocos días después las tres hermanas abandonaron el país con rumbo a México, donde llegaron en febrero de 1976.

A Cristina Villalba, la mayor de las hermanas, la conocí en junio de 1973 cuando junto a su esposo, uno de los máximos responsable en Córdoba de la Juventud Universitaria Peronista, planificábamos la ocupación de Radio Universidad, programada para presionar al rector y lograr que nuestros aliados fueran designados en el Directorio de la radio universitaria.

Nuestro reencuentro con Cristina fue en la ciudad de México. Corría el mes de octubre de 1976 cuando, con Susana y Pablo, fuimos a visitarlas al departamento de la calle Mariano Escobedo en el que vivían las tres hermanas.

Hacia poco que Cristina había hecho pareja con Leonardo Chapela Castañares, profesor de la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México) y colega de ella. Leonardo era licenciado en Comercio y Administración por la Universidad en la que ahora se desempeñaba como profesor adjunto y hacía dos años que había regresado de Estados Unidos, después de doctorarse en Economía en la Universidad de Colorado.

Entre Leonardo y yo surgió de inmediato una corriente de mutua simpatía que pronto se convirtió en amistad.

Su inteligencia y sensibilidad contribuyeron a que yo pasara por alto el rechazo que me inspiraba el *look* de *hippie* que le daba su forma de vestirse, pues acostumbraba a llevar ropas amplias y de colores llamativos.

Leonardo había incorporado a su percepción del mundo muchos de los principios que impulsaba el *hippismo*, movimiento al que él se sumara durante su vida de estudiante universitario en Colorado. Ese movimiento, que surgiera con fuerza en los sesenta, cuestionaba la falta de valores de la sociedad de consumo y la frivolidad que la caracterizaba, oponiéndose abiertamente a la guerra de Vietnam en la que estaban comprometidos los norteamericanos.

En aquellos años los militantes que impulsábamos el socialismo en América Latina rechazábamos al movimiento *hippie* por su propuesta pacifista y por considerarlo funcional a la sociedad capitalista, en tanto no proclamaba su adhesión a la construcción de una sociedad socialista. Así, casi todos los argentinos que co-

nocieron a Leonardo no pasaron de tener un trato distante con él, pues le atribuían una supuesta afinidad con el sistema capitalista cuestionando su forma de oponerse a la sociedad de consumo.

El día en que nos conocimos estuvimos conversando durante varias horas. Yo escuchaba sus descripciones de las experiencias que viviera en Estados Unidos, tan ajenas a mi conocimiento, y él a su vez se interesaba en mis relatos sobre las penurias a las que Susana y yo nos vimos sometidos hasta que logramos salir del país.

Cuando Leonardo se enteró de que mi preocupación principal en esos días estaba centrada en conseguir trabajo, enseguida se propuso ayudarme al punto que me dijo:

—Francisco tengo amigos y parientes en el gobierno que pueden contratarte. Mañana iremos a ver a mi primo Julián Castañares, subdirector de la Secretaría de Educación Pública.

Los próximos dos meses los pasamos visitando oficinas públicas. Leonardo concertaba entrevistas con funcionarios de los niveles medios del Estado. Sin embargo, no obtuvimos el resultado esperado, pues estaba finalizando el sexenio de la presidencia de Luis Echeverría por lo que la decisión de incorporar nuevos empleados no estaba permitida, ya que era incumbencia de la próxima administración.

En enero de 1977 quedamos en encontrarnos en un café de la Avenida Reforma que quedaba cerca del Hotel Versailles. Cuando llegó, yo ya lo estaba esperando en una mesa ubicada frente a un gran ventanal que daba a la avenida. Leonardo se mostraba entusiasmado.

—Tengo buenas noticias —me dijo mientras en su rostro se dibujaba una sonrisa que expresaba satisfacción y orgullo a la vez—. A mi hermano José lo acaban de designar subdirector de la Dirección General de Sistemas y Procesos Electrónicos y me ha prometido que se ocupará de encontrarte una «*chamba*»<sup>53</sup>.

—Mirá que yo de computadoras no sé nada —le advertí, adelantándome a la posibilidad de que me contrataran para cumplir alguna tarea vinculada al manejo de equipos informáticos.

—Francisco, seguramente la dirección cuenta con un área administrativa.

—Por supuesto que debe existir una oficina que se ocupe de los recursos humanos. En Argentina trabajé como secretario privado del presidente del Banco Social.

---

53 Chamba: empleo, trabajo.

Fue lo único que se me ocurrió improvisar, a sabiendas de que estaba incurriendo en una mentira tan piadosa como necesaria pues nunca cumplí esa función en el banco estatal y sin embargo debía ofrecer un antecedente laboral que me habilitara para desempeñarme en tareas administrativas.

Antes de responderme, Leonardo se acomodó los lentes como una forma de ganar tiempo para elegir la manera de explicarme que en México la secretaría privada recibe el nombre de secretaría particular.

—Es un cargo político relevante y siempre lo desempeña un profesional. —Me dijo, para después expresar una duda legítima: —No sé si podremos pedirle a Pepe que interceda ante su amigo para que te designe en una función tan importante. No lo sé. A lo mejor el director puede molestarse o sentirse incómodo por la situación.

—Leonardo permítame que te explique. Mi comentario —dije— no tenía otra intención de que Pepe estuviera al tanto de lo que hacía en Argentina, por si el director le pregunta cuál era mi trabajo en Córdoba.

Así traté de enmendar mi imprudencia, provocada por el desconocimiento de la proyección política que se le asignaba en México a la secretaría particular, pues no estaba en condiciones de echar a perder una oportunidad tan importante, y que difícilmente volviera a presentarse, de ingresar a la administración del Gobierno Federal mexicano.

Sin embargo, para mi sorpresa, Leonardo dejó de lado sus dudas y, con tono imperativo, me dijo:

—Francisco desde hoy sos Licenciado en Leyes. Tienes que decir que concluiste tu carrera en Córdoba y que los militares se niegan a darte una certificación del título universitario que acredita que te has recibido. Le diré a Pepe que sos abogado y que debe proponer tu nombre para desempeñar el cargo de secretario particular del director, en razón de tu experiencia política y el hecho de conocer la función por haberla ejercido con anterioridad en el banco.

»—Sí eso haré —agregó con firmeza, como si quisiera darse valor y a su vez convencerse a sí mismo de lo acertado de la estrategia elegida. —Pues resulta que mañana a la noche —continuó— quedamos con Pepe en cenar en la casa de mis padres por lo que aprovecharé el momento para plantearle el tema.

En el transcurso de esa semana nos volvimos a encontrar. Mientras esperaba su llegada me distraje mirando a la gente que pasaba frente a los ventanales del café. Desde hacía rato la circulación en la Avenida Reforma se había convertido en un caos debido a un choque en cadena que paralizó completamente el tránsito.

Leonardo entró apurado.

—Tengo poco tiempo —dijo ni bien se sentó— porque debo ir a dar mi clase en la UNAM y no me resultará fácil encontrar una vía rápida. Pepe quiere conocerte. No me aseguró nada. Te espera mañana a las seis de la tarde en su oficina. —Enseguida me entregó una tarjeta en la que se podía leer:

*Dr. José Chapela Castañares*

*Subdirector de Planeamiento Estratégico*

*de la Dirección General de Sistemas y Procesos Electrónicos*

*Secretaría de Programación y Presupuesto*

*Izazaga 324 Piso 6*

A las seis de la tarde en punto me encontraba en las dependencias de la subdirección. Al llegar, me anuncié con la secretaria:

—Soy el licenciado Francisco Yofre. Me espera el doctor Chapela.

—Tome asiento por favor —me indicó señalándome un sillón de pana gris—. Ni bien termine una audiencia el doctor lo recibirá.

Minutos después la secretaria, una mujer chaparrita me condujo al despacho del subdirector. José Chapela se puso de pie y se apartó del escritorio para recibirme.

—Bienvenido —me dijo con voz cálida mientras me estrechaba la mano. De inmediato su presencia me produjo una grata impresión. Vestía un traje gris de impecable corte inglés, su mirada era atenta e inteligente y los lentes con montura de metal reafirmaban su aspecto de intelectual. De modales corteses y ademanes suaves, era una persona franca que acostumbraba expresarse sin rodeos e iba directamente al punto que le interesaba tratar.

Durante la conversación me hizo saber que me había concedido con celeridad la audiencia gestionada por su hermano debido en parte a la preocupación que sentía por las vinculaciones de

Leonardo con una agrupación estudiantil de posiciones políticas radicalizadas a la que el gobierno tenía en su mira, al punto de que en esos días los diarios acababan de difundir la noticia de que varios militantes de la agrupación habían sido condenados a más de doce años de prisión.

También me dijo que al conversar con su hermano pudo comprobar que yo tenía una cierta ascendencia sobre él, por lo que me pidió que influyera todo lo posible sobre Leonardo para que se alejara de esa agrupación y no corriera el riesgo de ser procesado y condenado a prisión.

Le respondí que podía contar con mi compromiso de hacer todo lo que estuviera a mi alcance para obtener que Leonardo se apartara de la agrupación estudiantil.

—Yo siempre te lo agradeceré —dijo Pepe sin poder disimular la emoción que sentía, consciente del peligro que acechaba a su hermano.

Pronto la conversación derivó en la trascendencia que tenía en el gobierno la Dirección de la que Pepe era subdirector.

—Imagínate, aquí se procesa toda la información económica de México. Además cada quince días se imprimen un millón de cheques para pagar los sueldos de los empleados de la administración pública nacional. Si por alguna causa la impresión de los cheques se demorara el gobierno se vería en un serio aprieto.

Cuando la reunión concluyó ya era de noche y las luces de la ciudad estaban encendidas. Decidí regresar a pie hasta el hotel. Mientras caminaba sentí que a partir de esa entrevista mi vida en México podría encarrilarse positivamente al obtener trabajo en un lugar tan importante como el gobierno.

Faltaban unos días para que Pepe cumpliera veintiocho años. La subdirección era el primer cargo público que ocuparía. Se había formado en la Universidad Autónoma de México como Actuario y Matemático, y una vez concluidas las licenciaturas se trasladó a los Estados Unidos para obtener Maestrías en Computación y Economía a las cuales sumaría un Doctorado en Educación en la misma y prestigiosa Universidad de California Berkeley.

Su vocación por el servicio público se mantuvo inalterable, y con el correr de los años habría de llevarlo hasta los más altos niveles de decisión de los distintos gobiernos mexicanos.

Pocos días después de la entrevista recibí un llamado. Cuando atendí el teléfono reconocí enseguida la voz de Leonardo. Mi

amigo parecía excitado y no se entretuvo en contarme sus planes para ese día, como normalmente solía hacerlo. Sin tomarse respiro me informó:

— Enrique Calderón Alzatti, así se llama el director, te espera a las diez de la mañana del jueves. Tienes que ir al Palacio Nacional, donde está su despacho.

— Al Palacio Nacional — respondí, sin reponerme del todo de la sorpresa que me provocó enterarme de que el director tenía oficina en el mismo edificio donde el presidente de México despacha los asuntos del Estado.

— Sí Francisco debes ir al mero Palacio Nacional y llegarte hasta el segundo patio. Allí hay una edificación no muy alta que cuenta con un subsuelo. A la Dirección se accede por una escalera. La guardia te indicará como llegar. No te olvides de mencionarle a la secretaria de Calderón que te envía Pepe.

— El jueves a las diez estaré allí. ¿Leonardo la guardia me dejará pasar? — Atiné a preguntarte ante la posibilidad que necesitara exhibir alguna autorización escrita para ingresar.

— No te hagas problema pues ellos consultan a la dirección si tu nombre figura en la lista de visitas. Después de la reunión llámame para saber cómo te fue. Suerte... Suerte... Suerte... — repitió antes de cortar la comunicación.

Los deseos de suerte de Leonardo tuvieron en mi espíritu el efecto de una invocación similar a la que acompaña a quienes van a cumplir una misión riesgosa, y son apoyados por palabras de aliento capaces de fortalecer sus espíritus ante el desafío que les toca enfrentar.

Al fin llegó el tan ansiado jueves. Casi no había pegado un ojo en toda la noche cuando, a las seis de la mañana, abandoné la cama para darme una ducha de agua caliente que me ayudara a templar el espíritu.

A las siete ya estaba vestido con mi mejor ropa para acudir a la cita. Tras despedirme de Susana me lancé a caminar las veinte cuadras que demandaba cubrir la distancia entre el Hotel Versailles y el Palacio Nacional. Durante el trayecto analicé en cuáles aspectos de mi persona o de mi experiencia laboral debería poner el acento para dar al director una mejor impresión y así acrecentar las posibilidades de que decidiera contratarme.

Consideré varias alternativas, y en cada una encontraba un punto fuerte en el que podría apoyarme según cómo se presentara la entrevista. Llegado el momento podía alegar conocimiento

de las funciones que demandaba el puesto de secretario particular por haberlo desempeñado con anterioridad. Otra posibilidad, consistía en destacar que la formación jurídica recibida durante mis estudios, sumada a la experiencia política obtenida en los años de militancia, me daban cierta madurez para tomar las decisiones que eran propias del cargo.

Mi preocupación por definir una estrategia radicaba en que indefectiblemente tendría un breve lapso de tiempo, quizás apenas unos pocos minutos en los que, durante la conversación con el director, debería percibir un punto de interés común que pudiera convertirse en un puente capaz de suscitar una mutua empatía.

Imaginé un diálogo sobre la literatura latinoamericana en el que compartíamos el gusto por el realismo mágico tan en boga por aquellos años, o quizá el relato de las circunstancias que por las había debido atravesar durante los años recientes de mi vida: la clandestinidad, el asilo, las personalidades que conociera en la embajada...

También consideré la posibilidad de hablarle sobre mi preocupación existencial por construir un mundo más justo, teniendo en cuenta lo que Pepe Chapela me anticipara sobre algunas de las muchas virtudes que reunía la valiosa personalidad de Enrique Calderón: «Además, de ser una de las tres figuras mexicanas con más conocimiento y formación en el mundo de la informática, Calderón posee una vasta cultura y siempre abrazó la causa de los que menos tienen» —me había dicho Pepe, sin abandonar en ningún momento el tono de admiración con que siempre se refería a su amigo.

Todos estos razonamientos ocupaban mi mente cuando me instalé en un moderno café de la avenida Madero, situado a dos cuadras del Zócalo.

A las diez en punto, me hice presente en la Dirección de Sistemas y Procesos Electrónicos, donde fui recibido por una de las secretarías del director.

—Soy el licenciado Francisco Yofre. El doctor Calderón me espera, —hice una pausa para después agregar siguiendo la recomendación que me hiciera Leonardo: — vengo de parte del doctor José Chapela.

—Sí licenciado, usted está agendado —me dijo con voz apagada. Luego me advirtió: —Pero deberá esperar porque el doctor citó a un acuerdo de subdirectores. Por favor tome asiento.



Extendiendo la mano me indicó un sillón de tres cuerpos, tapizado en cuero marrón oscuro. Me senté en uno de sus extremos y aproveché para observar el entorno que me rodeaba.

La recepción tenía un aire señorial que se acentuaba por su sobriedad. El mobiliario, los cuadros y los diversos objetos decorativos que la adornaban mantenían una perfecta armonía y daban a la sala la impronta que caracterizaba a los salones ministeriales importantes.

Transcurrió una hora y media sin que nadie me dirigiera la palabra hasta que Maribel —así se llamaba la secretaria de Calderón—, me ofreció un café, que acepté de inmediato pues me pareció que era una forma de quebrar la agobiante indiferencia en que me sentía envuelto. Esperando que pasaran las horas me entretuve contemplando un cuadro que reproducía una escena de la batalla de Puebla.

A las dos de la tarde Maribel me informó que el personal se retiraba para retornar a las cuatro de la tarde.

—Licenciado, le sugiero que regrese mañana pues para lo que resta del día el doctor Calderón tiene agendados numerosos compromisos.

Puse la mejor cara que pude para disimular el desánimo que me invadía tras la incertidumbre de haber soportado cuatro largas horas de espera, y sobreponiéndome a la negativa, respondí con amabilidad:

—Entonces regresaré mañana por la mañana, como usted me lo indica.

Al transponer la puerta principal del Palacio Nacional me dije que si había podido superar el cerrojo represivo para entrar al consulado en Buenos Aires y doblegar la negativa de los diplomáticos a concedernos asilo político, también ahora podría superar los obstáculos que se presentaban para conseguir un contrato de trabajo.

Lo importante sería mantener mi voluntad de concretar la entrevista, y para eso debía seguir acudiendo a la Dirección, sin perder la serenidad ni mostrarme molesto aún en el caso de que notara cierta hostilidad en el trato que me dispensaban.

Como estaba decidido a no dejarme ganar por el pesimismo, al día siguiente a las diez de la mañana me hice presente en la sala de espera del ministro, llevando un grueso libro de Historia de Roma, de alrededor de novecientas páginas, que me había

prestado Juan Carlos, el uruguayo que desayunaba con nosotros en el Hotel Versailles.

Pese a mi expectativa, apenas acababa de instalarme en el sillón de cuero, cuando se reiteró la escena del día anterior y Maribel me anunció que el director tenía agendados numerosos compromisos por lo que no podía asegurar que tuviera tiempo para recibirme.

—Dejo a su criterio si lo espera o regresa otro día.

—Si usted me permite señorita, sería tan amable de transmitirle al doctor Calderón que no tengo en México ningún compromiso más importante que el de entrevistarme con él y, como usted podrá observar, he traído conmigo este libro de novecientas páginas y en el hotel tengo al menos cuatro más, tan voluminosos como éste.

—Licenciado —dijo la secretaria, esbozando lo que me pareció una sonrisa—, le trasladaré su comentario al doctor Calderón.

—Desde ya le agradezco. Me quedaré aquí todo el tiempo que sea necesario. Si hoy no me puede recibir no debe preocuparse, pues me pondré a leer y regresaré todos los días hasta que el doctor encuentre un espacio en su agenda y me pueda dedicar unos minutos.

El amable diálogo no impidió que se generara una tirantez indisimulable. El silencio que imperaba en la sala sólo era interrumpido por el repiqueteo de las máquinas de escribir eléctricas o por la presencia circunstancial de algún funcionario que conversaba con Maribel mientras esperaba ser recibido por el director.

De tanto en tanto, cuando levantaba la vista del libro, podía observar que alguna de las secretarias me miraba discretamente, y debía esforzarme por contener mi ansiedad y no cejar en mi decisión de persistir hasta lograr la audiencia, a pesar de la incomodidad cada vez mayor que sentía con el paso de las horas.

Después de conocerlo, me di cuenta de que Enrique Calderón había estado postergando su decisión al diferir nuestra entrevista, pues sabía cómo actuaría una vez que intercambiáramos las primeras palabras. Enrique no podía ignorar que, al conocer la infortunada situación por la que yo atravesaba, su sensibilidad terminaría por imponerse a la sinrazón que supone designar a un desconocido para ocupar un cargo que, por definición, exige

como condición principal una gran dosis de confianza. Se sabía solidario con quienes atravesaban momentos difíciles y también sabía que su voluntad solidaria vencería a la inteligencia y a la obligada responsabilidad con la que debe actuar quien ejerce un cargo tan importante como el suyo.

En esa disyuntiva, intentó buscar un atajo que lo sacara de la incómoda posición en la que lo había puesto su amigo Pepe Chapela. Creyó encontrarlo en el desgaste que suponía diferir día tras día la prometida audiencia, pero se encontró con alguien a quien lo que le sobraba era tiempo y que, para colmo, tenía una imperiosa necesidad de trabajar, por lo que no estaba dispuesto a cejar en su intento.

El día se terminaba y la tensión que provocaba mi presencia se contagiaba a todos los presentes. Ya eran las 19:00 y llevaba nueve horas sentado en el sillón. A último momento, la puerta del despacho del director se abrió y Calderón avanzó con paso decidido hacia donde yo estaba. Después de darme la mano se sentó a mi lado.

—Le pido disculpas por mi tardanza en recibirlo —me dijo.

—Doctor, quien pide disculpas soy yo, por mi imprudente insistencia en que me concediera una audiencia.

El intercambio de palabras respetuosas y el mutuo pedido de disculpas despejaron de inmediato toda prevención que pudiera haber surgido ante la demorada entrevista. Calderón propuso que nos tuteáramos lo que permitió un acercamiento que se concretó a través de un diálogo franco.

Pronto me encontré contándole las circunstancias que habíamos atravesado con mi familia y la necesidad en que nos encontrábamos, y pude notar que, a medida que hablaba, iba creciendo el interés y la comprensión con que escuchaba.

Veinte minutos después Enrique me despidió diciéndome:

—Te espero el lunes a las diez de la mañana, pues a partir de esa hora te desempeñarás como mi secretario particular.

A paso lento caminé las veinte cuadras que me separaban del Hotel Versailles, haciendo del trayecto un paseo placentero en el que pude disfrutar intensamente el éxito que acababa de obtener.

Con Susana decidimos que debíamos festejar con una cena sencilla en un restaurante. Elegimos uno perteneciente a la cadena Vips, que quedaba cerca del hotel. Ya gastábamos a cuenta del excelente sueldo que esa tarde acordara con el director.

La costumbre que imperaba en México por aquellos años era que los sueldos de los funcionarios públicos se fijaran en el marco de un esquema flexible de negociación y como resultado de lo que pretendía quien aspiraba a un determinado cargo y la decisión final que tomaba el superior.

Al designarme como su secretario particular, Enrique Calderón se convirtió en un actor determinante en mi integración laboral y social en México.

Por la misma época de mi incorporación a la Secretaría de Programación y Presupuesto, Enrique creó la Fundación Arturo Rosenblueth. Esta iniciativa, junto a otras decisiones relevantes que tomara, le otorgó gran trascendencia en el campo de las ciencias mexicanas, llevándolo a ser considerado como uno de los hombres que más influyó en el desarrollo de la informática en México. Doctorado en Ciencias de la Computación en la Universidad de Pensilvania, Calderón siempre se destacó por su inteligencia, su amplia cultura y su profundo compromiso con el destino de su país.

A cuatro décadas de su creación, la Fundación Arturo Rosenblueth se encuentra firmemente consolidada, al punto de haberse transformado en una de las instituciones más prestigiosas de México dedicadas a la formación de especialistas de alto nivel en el campo de la computación y la informática.

Sin embargo, cualquier semblanza de Enrique Calderón no puede limitarse a describir la personalidad y la actuación del hombre a quien tuve la posibilidad de acompañar a largo de dos años durante su gestión de gobierno sino que, para terminar de situarlo en el México actual, resulta inevitable hacer un breve comentario sobre el grave problema que hoy aqueja a la sociedad mexicana, como consecuencia del accionar de los carteles de la droga, y la manera en que afecta a las instituciones de la República y a la vida de todos sus ciudadanos.

Enrique Calderón encarna la voz de un sector de los intelectuales mexicanos que se suman a la movilización de numerosas personalidades, pertenecientes a los más variados sectores de su país, que reaccionan, denuncian y luchan para terminar con el flagelo de la droga.

Ejemplo de ello es el artículo de Enrique que apareciera en el periódico «*La Jornada*» del veintisiete de diciembre de dos mil catorce titulado «*¿Por qué Ayotzinapa?*».

El artículo aborda una de las grandes tragedias del México moderno que desencadenó la movilización en todo el país de amplios sectores de la sociedad, como fue la desaparición de cuarenta y tres jóvenes estudiantes en el estado de Guerrero y que mereciera la condena de la opinión pública internacional.

En su artículo, Enrique Calderón describe la desaparición forzada de los cuarenta y tres estudiantes de la Escuela Normalista Rural de Ayotzinapa calificando los hechos como crimen de Estado y denuncia la participación de la Policía Federal y del ejército mexicano en el secuestro de los jóvenes.

Enrique expone las causas profundas por las que se cometió el crimen y, al hacerlo, señala el rol y la influencia que tuvieron las Escuelas Normales en la educación y el desarrollo del campesinado durante la segunda y tercera décadas del siglo pasado, como parte del proceso de profundización de una revolución que fuera esencialmente protagonizada por los trabajadores agrarios.

Así, en uno de sus párrafos, escribe:

*«Las escuelas habían sido creadas con objeto de formar a los maestros de las zonas rurales que se encargarían de enseñar a leer y escribir, a conocer la historia de México, el cultivo de la tierra y a defender sus derechos sobre ella.*

*Tanto los poderes fácticos como el grupo que está hoy afe-rrado al poder tienen claro que las escuelas normales rurales constituyen uno de los mayores riesgos para lograr sus objetivos ajenos y contrarios a los intereses del país, por ello es que Ayotzinapa se ha convertido en uno de los mayores símbolos de la nueva lucha por la Nación que hoy se extiende por el territorio nacional manifestando a los gobernantes su hartazgo por la corrupción y la impunidad que ellos representan y defienden, suponiendo tener la fuerza mientras nosotros, el pueblo de México, estamos convencidos de tener la razón».*

La fuerza del mensaje de Enrique Calderón señalando los desafíos del México contemporáneo, lleva a interrogarnos cómo ha sido posible llegar a la situación en que hoy se encuentra el país azteca.

La respuesta puede encontrarse en el proceso que se iniciara a principios de la década de los noventa con la aparición de los grandes carteles de la droga; cuyo nacimiento se debió en gran parte a la necesidad de abastecer el inmenso mercado de

los Estados Unidos; y que, al ir creciendo y consolidándose gracias a sus enormes ganancias, fueron adquiriendo cada vez más poder e impunidad en los territorios que dominan y disputan, lo que ha generado una verdadera espiral de violencia en la que sus crímenes atroces y cada vez más crueles han contado, por lo general, con el silencio cómplice del Estado, cuando no con su participación directa.

A medida que esta situación se profundizaba ha ido afectando la confianza de la sociedad mexicana en las instituciones estatales encargadas de protegerla. Así se ha producido un paulatino desgaste y degradación de las instituciones republicanas que sostienen el estado de derecho, hasta llegar a un punto crítico capaz de poner en riesgo la continuidad democrática.

Durante todos estos años he regresado a México intentando recuperar en mi memoria los momentos felices que viviera en tiempos del exilio, sobre todo aquel sentido de pertenencia a la comunidad de refugiados, fundado en la lucha contra la dictadura y el sueño compartido de retornar a la patria.

En ese viaje al pasado las imágenes están indisolublemente unidas a un México vital, capaz de grandes movilizaciones sociales a las que me acostumbré a acudir, como la que organizaba todos los primeros de mayo la Central Mexicana de Trabajadores. Ese día, más de un millón de trabajadores, muchos pertenecientes a sindicatos combativos e independientes se concentraban en el Zócalo para demandar mejores condiciones de trabajo y escuchar el mensaje presidencial. También resultan inolvidables las marchas multitudinarias celebradas al cumplirse cada aniversario de la masacre de Tlatelolco acaecida en 1968.

En esa época vivíamos en un México vigoroso, admirando su cultura milenaria, su solidaridad con los españoles republicanos sobrevivientes del franquismo que reconstruyeron su vida en México y, más adelante, con los miles de refugiados latinoamericanos que huían de las dictaduras militares imperantes en sus respectivos países. Allí no había lugar para los grandes traficantes ni existía la extrema represión que luego ha puesto en funcionamiento el Estado mexicano para acallar a los sectores más intransigentes de la izquierda.

Hoy, aun cuando me horrorizo ante la magnitud alcanzada por el crimen organizado y por su ilimitada capacidad para corromper a vastos sectores de la clase dirigente, y a pesar del espanto que me produce lo que ocurre en un país al que llegué

a querer profundamente, puedo expresar mi optimismo en su futuro, basado en la certeza de que, incluso a largo plazo y más allá de los esfuerzos que le demande, México ha de sobreponerse a su situación actual, apelando a su larga tradición de lucha contra la dominación de los poderosos. Allí, sin ir más lejos, está el ejemplo de la Revolución Mexicana que aún al costo aterrador de más de un millón de muertos, se impuso finalmente a los dueños del poder y de la tierra para establecer la democracia política y la reforma agraria.

Esa tradición sigue vigente. Hoy son muchos los líderes políticos, periodistas, pensadores, escritores o personalidades de larga trayectoria que, en su lucha contra la degradación de la República, resisten, denuncian y se oponen con todas sus fuerzas a los carteles de la droga aunque corran el riesgo de perder la vida. Enrique Calderón Alzatti es uno de ellos.

### *El Distrito Federal*

Todos los días, desde que comencé a trabajar con Calderón, salía del Hotel Versalles para emprender una larga caminata que me llevaba al Zócalo. Allí tenía su sede el Palacio Nacional al que ingresaba por una de sus puertas centrales. Después de atravesar dos grandes patios que conectaban entre sí llegaba a la Dirección General de Sistemas y Procesos Electrónicos, y a las diez de la mañana ya estaba ubicado en mi escritorio para iniciar las actividades.

Esa caminata era uno de los momentos de la jornada que disfrutaba más intensamente, pues me permitía apreciar todo lo que ocurría en la gran capital.

La ciudad me fascinaba con sus viejos edificios coloniales y con la arquitectura de sus hermosos palacios. Mi diaria recorrida por la tradicional Avenida de la Reforma me llevaba hasta el Hotel del Prado y a veces hacía un alto para visitarlo. Allí se habían alojado líderes políticos y notables intelectuales de América Latina. En sus mesas nacieron profundas amistades, se realizaron y compartieron visiones, o se forjaron acuerdos políticos para coordinar las estrategias de resistencia a los regímenes militares que imperaban en Latinoamérica. Lamentablemente el histórico Hotel del Prado, situado frente al extenso y concurrido Paseo de La Alameda, quedó severamente dañado por el terremoto de 1985, lo que obligó a que las autoridades gubernamentales ordenaran su demolición.

Un par de cuadras después y sobre mismo Paseo de La Alameda pasaba ante el imponente Palacio de Bellas Artes, cuya construcción se inició en los últimos tiempos de la presidencia de Porfirio Díaz, para celebrar el Centenario del Inicio de la Independencia mexicana, y que, además de ser el principal teatro lírico del país, es un importante centro dedicado a todas las manifestaciones de las bellas artes. Al contemplar el lujo casi ostentoso de su estilo *Art Nouveau* no podía sustraerme a la tentación de imaginar cómo era la vida cotidiana de la gran burguesía mexicana en los tiempos que siguieron al porfiriato.

Después tomaba por la tradicional avenida Madero. Transitarla era mi mayor placer, pues podía apreciar la magnificencia de sus edificios que eran típicos exponentes de un período de la historia mexicana. Me regocijaba descubrir la presencia del Sanborns de los Azulejos, el primero de los establecimientos pertenecientes a la reconocida cadena de tiendas de regalos y restaurantes, y así llamado por estar instalado en el magnífico Palacio de los Azulejos, una construcción de tres plantas que data del siglo XVIII y donde se respira la historia del México insurgente. Bastaba cruzar la calle para encontrarme frente a la iglesia de San Francisco de Asís construida en 1750, y a la que debe accederse tras descender por una escalinata porque con el paso de los siglos se ha hundido varios metros. Apenas una cuadra más adelante se eleva el Palacio de Iturbide, edificado en las últimas décadas de ese mismo siglo, y que constituye una verdadera joya de la arquitectura neocolonial en cuya construcción se empleó una combinación de piedra de cantera y de tezontle, lo que le da su característico color rojizo. Consta de cuatro plantas con galerías que, a modo de balcones se abren hacia un gran patio central. Fue restaurado en 1972 y hoy es sede del museo Palacio Nacional Banamex, que exhibe las colecciones de arte del Banco Nacional de México, que comprenden alrededor de cuatro mil trescientas piezas que representan el arte mexicano desde la época colonial hasta el presente.

Hoy revivo con añoranza aquellas caminatas matinales cuando me sorprendí al descubrir una ciudad inmensa, que se me fue revelando como una gran metrópoli capaz de ofrecer profundos contrastes sociales y culturales en la que, no sin conflictos, convivían los diferentes Méxicos:



El tráfico es infernal en la avenida Madero. Las bocinas aturden. Los autos particulares se mezclan con los tradicionales taxis *Volkswagen*. De pronto veo avanzar una caravana de lujosos autos negros, precedidos por motos policiales que hacen sonar sus sirenas para anunciar el paso de un alto funcionario que se dirige al Palacio Nacional.

Camino entre la gente. El sol de marzo junto a una brisa ligera ha elevado la habitual nube de *smog* y el cielo grisáceo ha mutado en un celeste pálido.

A medida que avanzo hacia la Plaza Mayor puedo ver todo tipo de negocios. Los que venden oro y monedas antiguas alternan con bazares, tiendas que ofrecen los tradicionales vestidos de novia o sastrerías que exponen en sus vidrieras costosos trajes de marcas reconocidas. Cada tanto se levanta una iglesia varias veces centenaria, y a su lado no es extraño encontrar una casa del México antiguo hoy convertida en un templo financiero al que concurren «clasemedieros» apurados por realizar operaciones bancarias. Tampoco faltan los numerosos puestos callejeros ambulantes con ofertas de variados objetos de poco valor. De tanto en tanto se escucha una voz de alerta que vocea una palabra clave: « ¡Aguas...! ¡Aguas...!», para advertir que se acercan los inspectores municipales lo que provoca el rápido alejamiento de los vendedores ocasionales.

Poco antes de concluir mi caminata alcanzo a presenciar una nutrida columna de campesinos que marchan llevando al frente una bandera de México. Con sus brazos en alto sostienen carteles hechos con tela blanca en los que han pintado distintas consignas. La más notoria proclama: «*La tierra para el que la trabaja*». Otra exige: «*Alto a los desalojos*».

Una discreta formación de policías que se movilizan en motocicletas vigila que no haya desbordes ni provocaciones. Los transeúntes se agolpan al borde de la vereda para ver pasar a los manifestantes. Algunos aplauden a su paso mientras otros observan con curiosidad. El que parece ser el líder de la marcha se ha puesto al frente de la columna. Desde allí levanta en son de lucha su puño derecho y acompaña su gesto con un « ¡Viva México!» al que todos responden con un « ¡Viva!». Después, los campesinos corean una y otra vez «*La tierra para el que la trabaja*». Así, entre consignas y agitando banderas seguirán avanzando hasta situarse frente al Palacio Nacional donde han de reiterar sus enfáticos reclamos.

La manifestación de los campesinos me obliga a entrar por otra de las puertas del Palacio pues la que uso habitualmente permanece clausurada y bajo custodia de soldados del ejército.

Un grupo de mujeres indígenas, ataviadas con sus ropas tradicionales, atrae de inmediato mi atención. Cargan en la espalda a sus hijitos de corta edad. Sobre sus cabezas llevan apoyadas charolas de madera repletas de dulces regionales para exhibirlos ante sus potenciales consumidores. Permanecen en silencio, sin ofrecer su mercadería, sólo esperando a que alguien les compre sus dulces.

Ahí están. Calladas. Trasuntando la sufrida existencia de los que viven en olvidadas comunidades indígenas. Sin embargo, su silencio tiene la fuerza de la dignidad. Excluidas, postergadas, llegan de lejos a la gran ciudad. Vienen de la sierra, de la selva, de la costa. Vienen de todo México. De aquel México profundo que no siempre se ve pero que cada tanto emerge con toda su grandeza, con toda su enorme dignidad, acrecentada durante su larga marcha de resistencia al embate de las potencias que pretendieron dominarlo.

A pesar de todas las agresiones no han podido doblegar a la nación. El espíritu mexicano se preservó en su esencia, en su cultura, en su identidad definida magníficamente por Octavio Paz en *«El laberinto de la soledad»*, donde dice que:

*«La historia de México es la del hombre que busca su filiación, su origen. Sucesivamente afrancesado, hispanista, indigenista, “pocho”, cruza la historia como un cometa de jade, que de vez en cuando relampaguea»<sup>54</sup>.*

El México del que nos habla el gran poeta y pensador, Premio Nobel de Literatura de 1990, siempre me atrajo por su capacidad para sorprenderme. Es una sociedad de contrastes. En un mismo espacio y en un mismo momento en el corazón del centro histórico del país, en el Zócalo, uno puede ser testigo de escenas que son propias de ese México profundo que aún conserva sus costumbres precolombinas y, a unos pocos metros, presenciar el arribo de una caravana de modernos automóviles, precedidos por motos policiales que anuncian el arribo al Palacio Nacional de un Secretario de Estado.

---

54 Octavio Paz, *«El laberinto de la soledad»*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1991.

Así ocurre aquella mañana fresca del invierno de 1977 cuando, cerca de las diez, atravieso el Zócalo y, casi enfrente de la puerta principal del Palacio Nacional, observo una fila no muy larga de hombres y mujeres de condición humilde que parecen provenir de las colonias más alejadas del Distrito Federal. En la mayoría de ellos se adivina, por sus rostros curtidos por el sol y las miradas frescas; carentes de la malicia propia de algunos de los habitantes de las grandes metrópolis; que son campesinos venidos del interior de México, de esos que arriban todos los días a la capital para buscar una oportunidad de trabajo que no se les presenta en sus comunidades de origen.

Están formados uno detrás de otro, casi sin dejar espacio entre ellos, y guardan un silencio respetuoso mientras esperan su turno para ser atendidos por un hombre de tez morena que lleva el torso desnudo y pintado como se pintaban los aztecas antes de la llegada de los españoles.

El hombre se comporta como si fuera un chamán o un sacerdote. Sólo está cubierto por un taparrabos y en su frente se destaca una vincha de colores vistosos como las que usan los caciques. Una y otra vez eleva la vista al cielo mientras, en su mano izquierda, agita un copón de hierro del que, como si fuera un incensario, se desprende una delgada columna de humo grisáceo que demora en disiparse porque ese día el viento está ausente.

Por un momento, mi mirada permanece cautiva, siguiendo el movimiento incesante del copón de hierro. Luego veo que en el piso y perfectamente ordenados al lado de sus pies, hay apilados varios manojos de hierbas de un verde reluciente que parecen recién arrancadas de la tierra y que cada tanto son regados por el hombre de piel oscura.

Me distraigo mirando brillar las gotas de agua que se deslizan por tallos y hojas, luego veo que la primera en participar de la ceremonia es una campesina de edad indefinida que avanza y, tras tomar un manojito de hierbas, se lo entrega al sacerdote.

El hombre toma en sus manos el manojito de hierbas y lo pasa reiteradamente sobre el cuerpo de la campesina mientras va recitando con rapidez, sin tomar aire y casi como si hablara consigo mismo, una letanía de palabras rituales, pronunciadas en una lengua que lógicamente no alcanzo a entender.

Sin dejar de murmurar, el chamán da vueltas alrededor de la campesina agitando el copón de hierro y pasando el manojito de

hierbas sobre el cuerpo de la mujer, comenzando por la cabeza y llegando hasta los pies. Al finalizar la danza escupe el suelo y después eructa hacia un costado dejando escapar los malos espíritus que poseían a la mujer y que él absorbiera durante la ceremonia que sólo ha durado cinco minutos.

Al retirarse, la campesina deja unas monedas sobre un paño de lana gris que está extendido en el piso junto a la pila de manojos de hierba. La escena, siempre idéntica, se repetirá una y otra vez hasta que terminen de pasar todos los que, pacientemente, esperan su turno.

La fortuna que me protegió a lo largo de mi militancia en Argentina, tan plagada de riesgos como los que ya he relatado, me siguió acompañando durante mi asilo en México, pues la designación como secretario particular del Director en la Secretaría de Programación y Presupuesto, antes de que se cumplieran cuatro meses de mi arribo al país era un privilegio al que pocos podían acceder, sobre todo teniendo en cuenta mi condición de extranjero y el buen salario que percibía. Esta situación tan excepcional se veía reforzada en razón del ámbito laboral en el que me desenvolvía, donde estaba rodeado de cuadros medios profesionales altamente calificados. La mayoría tenía entre treinta y cuarenta años y casi todos habían realizado estudios de postgrado en Estados Unidos o en Europa.

Gradualmente me fui integrando al equipo de trabajo de Enrique Calderón, haciéndome cargo de las distintas tareas que correspondían a mi función de secretario. Todas las semanas redactaba un memorándum dirigido a los subdirectores y jefes de departamentos citándolos a la reunión de tablas. Allí detallaba el programa que se abordaría en la sesión. También me encargaba de elaborar las actas en las que quedaban reflejadas las intervenciones de quienes asistían a las reuniones.

Con motivo de la creación de la nueva Secretaría de Estado afloraron conflictos laborales en los que se pusieron en juego legítimos derechos de los trabajadores, pues algunos no querían dejar de pertenecer a la tradicional Secretaría de Hacienda y Crédito Público para pasar a formar parte de la recién creada Secretaría de Programación y Presupuesto aduciendo entre otras cuestiones la lejanía del nuevo lugar de trabajo.

Los diferentes dirigentes sindicales tenían intereses propios, y veces contrapuestos, que al atentar contra la unanimidad de

sus decisiones, afectaban el poder de presión con que podían sentarse a discutir sus pretensiones.

Calderón puso en mis manos la negociación con los sindicalistas. Durante varios meses el clima de tensión no dio muestras de disminuir, aunque finalmente se logró arribar a una decisión consensuada sin que en el transcurso de las tratativas llegara a implementarse un cese de tareas.

Como entre una y otra actividad disponía de algún tiempo libre, me dediqué a escribir una novela aún inédita a la que titulé «*Recuerdos de la Juventud Maravillosa*», donde describía el contexto político y social de la Argentina entre 1969 y 1976 y en seis meses concluí lo que resultó ser una crónica novelada en la que contaba algunas situaciones que viviera durante aquellos años.

El libro se componía de once capítulos. En el primero titulado «*El Cordobazo*», describía los hechos acaecidos en mayo de 1969, haciendo una valoración de lo que significó el levantamiento popular, la lucha obrero estudiantil y la dura respuesta de la dictadura, que encargó a los tribunales militares la tarea de juzgar a los dirigentes de la revuelta, condenándolos a severas penas cuyo objetivo era amedrentar a los opositores y acallar al pueblo que no dejaba expresar su cada vez más decidida resistencia al régimen.

La principal protagonista de ese capítulo era Nené Peña, a la que siempre he considerado un verdadero símbolo de la lucha de las mujeres cordobesas contra la dictadura militar, con quien compartí años de militancia y amistad y a la que ya he mencionado en más de una oportunidad. Sólo agregaré que allí reconstruía el relato que me hiciera Nené cuando, siendo dirigente del gremio de los trabajadores bancarios fue detenida en medio de una protesta y juzgada por un tribunal militar que la condenó a seis meses de prisión en suspenso, librándose del cumplimiento efectivo porque el tribunal consideró que era madre de tres niñas que se verían perjudicadas al privárseles de la presencia de la madre.

La novela concluía con un capítulo titulado «*Guerra contra el pueblo*», en el que se abordaba el terrorismo de Estado impuesto por la Junta Militar presidida por Jorge Rafael Videla.

Aún no había llegado el tiempo de las computadoras personales ni de las impresoras individuales por lo que hice sacar cinco copias del original de la novela, que fueron prolijamente

encuadernados con el fin de entregarlos a mis amigos. Esos seis ejemplares sufrieron un cúmulo de contrariedades que me llevaron a perder contacto con ellos durante más de dos décadas.

A fines de marzo de 1977 la Secretaría de Programación y Presupuesto me liquidó los haberes correspondientes a tres quincenas juntas, que utilizamos para alquilar un departamento amueblado ubicado en la calle Mariano Escobedo de la colonia Polanco.

El edificio constaba de cuatro pisos, y en cada uno había seis departamentos. Por allí pasaron muchos argentinos de la política, de la literatura y del periodismo, entre los que podemos citar al ex gobernador de Córdoba Ricardo Obregón Cano, y a los escritores Pedro Orgambide y Miguel Bonasso, ambos militantes políticos de larga trayectoria.

En los últimos años la fisonomía del sector ha cambiado casi por completo al construirse varias torres, algunas de ellas con más de cuarenta pisos de altura.

En aquel tiempo, aprovechando la cercanía del departamento con el Castillo de Chapultepec solíamos visitarlo con cierta frecuencia, especialmente en los días en que el viento soplaba con fuerza alejando la nube de *smog* que por regla general flotaba sobre la ciudad. Entonces el aire puro de la mañana se hacía transparente y podíamos observar, desde la altura en que está emplazado el castillo, los imponentes volcanes nevados, el Popocatepetl y el Iztaccihuatl y también contemplar, entre admirados y espantados, el impresionante ir y venir de miles de vehículos por el superpoblado valle de México.

Al dejar de hospedarnos en el Hotel Versalles perdí una de las ventajas que más valoraba en mi condición de exiliado, como era la de poder estar informado de lo que ocurría en la Argentina a través de la lectura de los principales diarios del país, que se podían consultar en la hermosa oficina de Aerolíneas Argentinas, ubicada en la Avenida de la Reforma a sólo cinco cuadras del hotel por lo que me acostumbré a visitarla diariamente.

Al principio el trato que me dispensaba el personal fue especialmente cordial, sobre todo por parte del gerente, pues todos pensaron que era uno de los tantos turistas argentinos que recorría México. Sin embargo, como mis visitas se volvieron cotidianas, comenzaron a sospechar que no era un viajero más sino un

refugiado político, por lo que su cortesía fue disminuyendo hasta limitarse a un saludo distante.

A pesar de eso y mientras residimos en el hotel seguí concurriendo dos veces por semana a ya la inamistosa oficina. Tomaba asiento en los presuntuosos sillones de cuero y, sin pérdida de tiempo, me enfrascaba en la lectura de las noticias autorizadas por la censura oficial y tergiversadas por la autocensura de un periodismo sojuzgado por el terror y por la imposición de editores ideológicamente alineados con la doctrina de la seguridad nacional y con el proyecto político de la dictadura.

El traslado a Polanco significó un cambio de costumbres que me afectó bastante, pues como mi departamento quedaba lejos de la oficina de Aerolíneas, no pude mantener la asiduidad con la que concurría cuando me alojaba en el Versailles. Sin embargo, lo que me alejó definitivamente de la lectura de los periódicos en la sede de nuestra aerolínea de bandera fue un episodio agravante que no estaba dispuesto a permitir que se repitiera.

El asunto ocurrió un día en que la oficina estaba colmada de pasajeros que hacían diferentes trámites. Al entrar, me dirigí a la mesa ratona donde habitualmente depositaban los diarios y descubrí que estaba vacía. Sorprendido por la inesperada ausencia de los periódicos me dirigí amablemente a una de las empleadas que atendía en el mostrador:

—Señorita —le pregunté—, ¿esta semana no les llegaron los diarios?

—Sí señor, llegaron. —Me dijo la mujer con tono airado, y elevando la voz como para que todos la escucharan agregó: —Pero resulta que desde hace un tiempo hay personas inescrupulosas que arrancan partes de los diarios para llevárselas o que directamente se los roban.

Esas últimas tres palabras, «se los roban», las había recalcado con énfasis, mientras me echaba una mirada desafiante en la que pude adivinar que hubiera querido agregar « ¡Y vos sos uno de ellos! ».

Decidido a ignorar la provocación, pues no estaba dispuesto a entrar en el juego que me proponía, me limité a contestarle:

—Lamento mucho que algunos puedan llevarse los diarios sin darse cuenta de que perjudican a los demás interesados en leerlos.

Después de desearle un buen día, a lo que no me respondió, me retiré para no volver nunca más.

Poco tiempo después al comentarle a Julio Villar el episodio de Aerolíneas Argentinas y mi frustración por no tener acceso a los diarios argentinos, me recomendó que me suscribiera a la publicación semanal que editaban el Bebe Righi y Federico Fasano Martens llamada *Argentina Día por Día*, que consistía en una síntesis de las principales noticias del país, fotocopiadas en unas cincuenta páginas.

Para mí, esa recopilación de la información de los diarios y de las opiniones que se vertían en las revistas políticas de actualidad no tenía el mismo sabor que obtenía al desplegar las páginas del diario para detener mi mirada en una u otra noticia. Tampoco sentía la misma intensidad que experimentaba al recorrer con el tacto la característica textura del papel prensa y no podía deleitarme con el inconfundible olor a tinta que podía reconocer después de tantos años de estar en contacto con el mismo diario. Sin embargo, la capacidad de análisis de los dos editores aseguraba que la selección de noticias encerrara con acierto la información más importante que reflejaba el periodismo argentino.

El Bebe Righi, que conocía mi ansiedad por estar informado, había dado instrucciones para que mi nombre figurara entre los primeros del listado de suscriptores a quienes se debía entregar el ejemplar, aunque los encargados del reparto no siempre cumplían con sus indicaciones, por lo que no resultaba extraño que en vez de entregármelo en la mañana del sábado llegara a mis manos a última hora de la tarde cuando no en la mañana del domingo. El retraso en la entrega de la publicación me provocaba un gran fastidio y en alguna ocasión lo llamé al Bebe Righi para requerir su intervención. El Bebe intercedió ante Federico Fasano, que era quien se encargaba de compaginar y abrochar las ediciones, para que yo pudiera retirarla de su casa los sábados a las once de la mañana.

Así fue como durante años el primer ejemplar de *Argentina Día por Día* me era entregado por Fasano en su domicilio de Polanco. Muchas veces, como yo llegaba antes de esa hora, me decía:

—Esperá cinco minutos que termino de compaginar una y te la entrego.

Entonces yo aguardaba silencioso en el palier del lujoso edificio en que vivía Fasano. Una vez que recibía la publicación, en cuya portada de cartulina azul resaltaban las negras letras de imprenta que la identificaban, me retiraba satisfecho con el ejem-



plar bajo el brazo para ir a leerlo en la cafetería del hotel Camino Real.

Una anécdota que merece contarse se refiere a las peripecias por las que atravesara la ya mencionada novela *«Recuerdos de la Juventud Maravillosa»*, que, entre otras curiosas situaciones, estuviera extraviada por más de veinte años.

Ni bien nos instalamos en Mariano Escobedo conocí a Mempo Giardinelli en casa de Julio Villar. Tuvimos un trato frecuente a lo largo de 1977 debido a que ambos vivíamos en Polanco y sus hijas concurrían al mismo colegio al que iba Pablo, por lo que acordamos que nos turnaríamos para llevarlos, actividad que recaía principalmente en Susana y en la esposa de Mempo.

En cierta oportunidad, Mempo me comentó que había terminado la novela que estaba escribiendo, y que había tomado la decisión de presentarla al concurso Premio Casa de Las Américas que organizaba todos los años el gobierno de Cuba.

En el departamento contiguo al nuestro vivía el escritor Pedro Orgambide, que el año anterior había sido distinguido con el primer premio en ese mismo concurso. Mempo, que traía en sus genes el arte de la buena literatura, le llevó la novela a Pedro para que le diera su parecer y eventualmente le sugiriera las correcciones que creyera conveniente realizar.

Después de exponer sus observaciones y recomendarle introducir algunas correcciones Pedro lo alentó a que se presentara al concurso, pues a su juicio la obra tenía posibilidades de destacarse haciéndose merecedora de algún premio.

La iniciativa de Mempo me inspiró a actuar de manera similar, pues por entonces yo también había terminado de escribir *«Recuerdos de la Juventud Maravillosa»*.

Una noche, antes de cenar, me presenté en el departamento de Pedro Orgambide con un ejemplar de mi novela en la mano para pedirle que, como había hecho con la de Mempo, la leyera y me diera su parecer.

En honor a la verdad, debo señalar que a Pedro sólo lo conocía por ser mi vecino, además de saber que habíamos compartido una misma causa que nos llevara al exilio, sin que hubiera de por medio un vínculo tan estrecho como el que lo unía a Mempo.

Sin embargo, Pedro, con gran generosidad, me recibió la novela diciéndome:

—Creo que la semana que viene te podré dar una respuesta.

—Me miró a la cara y agregó: —Por el título de la novela deduzco que describís hechos de tu militancia en la juventud peronista.

—Así es —afirmé—. Relato en forma novelada algunos de los acontecimientos políticos que protagonizó nuestra generación en los últimos años.

Pedro asintió con un gesto como diciendo que eso era lo que imaginaba. Después nos dimos las buenas noches, no sin antes pedirle disculpas por lo que yo consideraba un abuso de confianza.

—No te preocupes, hiciste bien en venir a verme —me dijo con naturalidad, tratando de quitar importancia a mi imprudencia.

Una semana más tarde volví a su departamento buscando una respuesta. Orgambide no se anduvo con rodeos:

—Mirá Yofre, la novela no está en condiciones de concursar. A lo mejor para el año que viene... Te recomiendo caracterizar mejor algunos de los personajes. Trabajar mejor los textos. El texto tiene potencial...

—Te agradezco profundamente tu sinceridad así como tu inmensa paciencia. Veré de darle más agilidad al relato. En fin, si hay algo que me sobra es tiempo y voluntad.

Regresé a mi departamento con un sabor amargo que me acompañó durante días. Que me sobraba tiempo y voluntad era cierto, pero lo que omití decirle a Orgambide fue que antes de ir a verlo por primera vez, ya había decidido presentar la novela al concurso, de modo que sin seguir su consejo, empaqueté tres ejemplares y los envié a Cuba. No hubo premio ni mención, pero perdí tres copias de los seis ejemplares que tenía.

Los tres que aún conservaba en mi poder tuvieron un destino azaroso, y corrieron suertes tan diversas que pensé que jamás podría recuperar ese texto.

En una de mis visitas al general Arturo Valdés en su casa de Cuernavaca, le regalé una copia con una dedicatoria que escribí en la contratapa. A fines del setenta y siete, Arturo y Marita regresaron a Perú y por más de dos décadas no tuve ningún contacto con ellos.

El segundo ejemplar circuló por largo tiempo entre amigos y conocidos, y fue pasando de mano en mano hasta que le perdí el rastro. Una versión que nunca pude confirmar decía que fue prestado a una uruguaya que abandonó México para encontrar refugio en Suecia. El último que tenía se lo presté a mi nuevo jefe

de la Secretaría de Programación y Presupuesto, con la advertencia de que era el original y que no tenía ninguna copia, por lo que pasado un tiempo prudencial le pedí que me lo devolviera. Al principio Roberto; así se llamaba mi nuevo jefe; sostuvo que se lo había dado a leer a un primo cercano quien le prometió regresárselo en unos días. Durante un mes insistí casi diariamente hasta que no tuvo más alternativa que decirme que lo había extraviado de forma definitiva. Así fue como perdí toda esperanza de reencontrarme con el original de la novela tipiada en 1977 con una máquina de escribir eléctrica de última generación.

Ese sentimiento de pérdida definitiva se reavivó quince años después cuando, siendo el responsable de la cooperación internacional para América Latina, viajé a Cuba como integrante de una misión oficial. En esa ocasión aproveché para preguntarles a altos funcionarios de la cancillería cubana si existía alguna posibilidad de que la Casa de las Américas hubiera conservado los ejemplares remitidos tres lustros antes, pero, tal como imaginaba, la respuesta fue que legalmente estaban obligados a destruir los textos presentados al concurso que no hubieran sido premiados.

Ya he relatado cómo, inesperadamente y después de más de dos décadas, volví a tener noticias de Arturo Valdés Palacios y su esposa Marita. En alguna de las cartas que intercambiamos en ese momento Marita me confirmó que aún conservaban el libro, y que me lo enviarían una vez que lo ubicaran.

Siempre consideré como un hecho afortunado el haber recuperado el contacto con los Valdés Palacios en tiempos en la que la comunicación electrónica era todavía un atisbo de la futura sociedad de la información y estaba reservada a un pequeño sector del ámbito académico, al mundo de la ciencia y a los organismos internacionales, aunque hoy para encontrar a mis amigos sólo hubiera tenido que buscarlos en Internet.

Sin embargo la mayor fortuna fue que ese único ejemplar sobreviviera a las múltiples mudanzas de los Valdés Palacios, muchas de las cuales tuvieron que hacerse a las apuradas y en condiciones extremas, debido a la persecución que durante años el gobierno peruano realizara contra el general.

En la carta que me escribió Marita en septiembre de dos mil, haciéndome saber la triste noticia del fallecimiento de Arturo me dice:

*«Mil disculpas por la tardanza en hacerte llegar el libro —se refiere a “Recuerdos de la Juventud Maravillosa”—, el que tú nos entregaste lo conservo por la dedicatoria a Arturo, pero mi vida en estos últimos cinco años ha estado llena de preocupaciones y mudanzas».*

Veinte años había estado la novela fuera de mi alcance. Hoy felizmente la conservo conmigo y no descarto la idea de publicarla algún día.



## CRÓNICAS DEL EXILIO II

### *Conociendo México*

Uno de los mayores desafíos que debíamos enfrentar los exiliados, después de instalarnos y haber conseguido trabajo, era el de interpretar las costumbres de los mexicanos, su manera de actuar, la forma en que se expresaban —llena de particulares modismos que nos costaba comprender—, para así, poco a poco, hacer propias las normas que regían su comportamiento, lo que resultaba indispensable para integrarnos a la sociedad en la que nos tocaba vivir.

A veces nos sentíamos molestos por el tiempo que tardaba la pesada burocracia del Estado mexicano para concluir alguno de los muchos trámites que se requerían para legalizar nuestra presencia en el país, aunque justo es reconocer que aquella lentitud no es muy diferente de la que caracteriza el movimiento de los engranajes de nuestra propia burocracia estatal.

Durante los primeros meses de nuestra vida en México, cuando aún no conocíamos muchos de estos aspectos, y sobre todo al realizar los largos trámites migratorios, nos irritaba sobremedida que el empleado nos respondiera con un amable: «¡*Ahorita lo atiendo!*!», frase que acostumbraban a utilizar y que nosotros malinterpretábamos, al entender que seríamos atendidos rápidamente, cuando en realidad, el mensaje era absolutamente el opuesto, pues el hombre nos estaba advirtiendo que se hallaba ocupado en otro trámite y que deberíamos armarnos de paciencia, pues recién nos atendería cuando acabara la tarea a la que se encontraba abocado.

Casi todos los días aprendíamos el significado de una expresión nueva que, por lo general, enriquecía nuestro conocimiento de la idiosincrasia de los mexicanos.

Me acuerdo que una mañana, al poco tiempo de comenzar a trabajar con él, Calderón me encargó que realizara un trámite en otra dependencia de la Dirección que quedaba a bastante distancia del Palacio Nacional por lo que, atento a esa circunstancia, dispuso que el chofer me llevara en el auto oficial. Durante el tra-

yecto entablé una conversación con Luis Alberto —así se llamaba al chofer— que derivó hacia cuestiones personales, como las actividades y profesiones de mis hermanos. En cierto momento, mientras circulábamos por la Avenida Insurgentes Sur y después de esperar a que concluyera mi comentario, me dijo:

—Licenciado la casa de usted está cerca de aquí.

—No Luis Alberto —lo corregí— mi casa está en el norte, en Polanco.

—No licenciado, lo que pretendo decirle es que le ofrezco a usted mi casa, que está cerca de aquí.

—¡Ah!... Disculpe mi distracción. Le agradezco su confianza. Seguramente no faltará oportunidad para visitarla y conocer a su familia.

El mal entendido quedó superado y ese día incorporé a mi conocimiento el significado de la expresión «*la casa de usted*».

Otro dicho muy empleado por los mexicanos es «*¿Qué pasó?*», que resulta más fácil de interpretar pues se trata de un simple saludo que equivaldría a nuestro «*Hola, cómo te va*». Por lo general suele utilizarse en presencia de la persona a la que se saluda, pues va acompañada por el gesto de estrechar la mano, aunque también la emplean para iniciar una conversación informal al producirse algún encuentro fortuito.

En los primeros meses de mi estadía en México mi interpretación de la expresión «*¿Qué pasó?*» era literal, y así ocurrió al principio en mis conversaciones telefónicas con Leonardo Chapela, pues Leonardo respondía invariablemente a mi llamado telefónico diciendo «*¿Qué pasó?*». Entonces yo le contaba lo que me había ocurrido desde la última vez que conversáramos, aunque con el tiempo entendí que se trataba simplemente de un modo de saludar de los mexicanos.

Tal era la fuerza expresiva de su lenguaje que comenzamos a incorporarlo a nuestro vocabulario cotidiano, llegando a apropiarnos hasta de su manera de ofender, sobre todo de ese insulto tan característico como irremplazable: «*¡Pinche cabrón!*», que aún hoy suelo usar cuando si recibo un agravio que supera los límites de mi paciencia.

Así, y aunque algunos argentinos nunca pudieron adaptarse a la idiosincrasia del país que tan generosamente nos abriera sus puertas; y para ellos el exilio siempre habría de ser una experiencia amarga; la mayoría de nosotros, casi sin darnos cuenta, fuimos incorporando a nuestras costumbres y a nuestro lenguaje

la fuerte influencia de la sociedad en que vivíamos, de manera que poco a poco y naturalmente, la necesidad de asimilarnos al modo de ser de los mexicanos se fue reflejando en nuestra propia personalidad, volviéndonos más abiertos y comprensivos y haciéndonos sentir menos «europeos» y más cercanos a demás pueblos de nuestra Patria Grande.

Esa vinculación con el mundo cultural mexicano se vería fortalecida a medida que fuimos conociendo las obras de sus grandes escritores como Octavio Paz, Juan Rulfo, Carlos Fuentes, Fernando del Paso, Elena Poniatowska o José Revueltas, por citar sólo a algunos; o por la posibilidad de visitar sus magníficos museos y admirar el rico legado de sus artistas plásticos.

Algunas mañanas, cuando llegaba temprano al Palacio Nacional, edificado sobre lo que primero fueran las «Casas nuevas» de Moctezuma y luego el palacio donde habitaba Hernán Cortés, me tomaba una buena media hora para contemplar los extraordinarios murales de Diego Rivera que decoran sus paredes interiores. Allí está expuesta la maravillosa marcha del pueblo mexicano a lo largo de su historia: la riqueza inconmensurable de la diversidad cultural del mundo prehispánico construida a través de los siglos; el martirio impuesto por el conquistador con el pretexto de la cristianización simbolizada por la cruz; la lucha por la emancipación nacional; la heroica defensa de la ciudad de México que el pueblo y el ejército mexicano sostuvieron en 1848 contra el invasor norteamericano, que yo imaginaba tan heroica como nuestra resistencia a las Invasiones Inglesas; las aspiraciones de grandeza del Porfiriato y su contracara, la opresión sin límites del campesinado, para terminar plasmando los episodios más sobresalientes de la Revolución Mexicana.

Al contemplar los personajes del México revolucionario inmortalizados en los muros del palacio por la maestría del arte de Rivera, la fuerza de las imágenes me llevaba a internarme en el laberinto de mi imaginación para regresar a aquel tiempo histórico y revivir el retumbar de los cascos de la caballería del ejército insurgente irrumpiendo triunfalmente en la ciudad de México. Evocaba a esos humildes campesinos convertidos en hombres de a caballo, con sus grandes sombreros, las cartucheras cruzadas sobre el pecho y los fusiles apuntando al cielo, mientras marchaban por las calles de la gran ciudad hasta llegar al Palacio Nacional para sentar a sus dos líderes en los sillones del poder.



Ahora, mientras escribo, tengo ante mis ojos una de las famosas fotografías en que Emiliano Zapata y Pancho Villa aparecen posando para la cámara como dueños del Palacio Nacional, soñando con el destino de justicia social que impondrían en el México Revolucionario.

Dos años más tarde, a principios de 1979, y cuando abandoné mi cargo de secretario particular de la Dirección, para incorporarme a un área especializada creada por iniciativa del entonces Secretario de Programación y Presupuesto, licenciado Miguel de la Madrid, que años más tarde se convertiría en presidente de México, dejé de concurrir al histórico edificio, sede del gobierno mexicano.

### *La Base de Datos y el «destape» presidencial*

La nueva dependencia gubernamental, que recibió el nombre de Base de Datos Hemerográfica, estaba abocada al seguimiento de la información periodística y su misión específica era seleccionar, digitalizar y analizar las noticias publicadas en los siete periódicos de circulación nacional. Su directora era Eva Cecilia Solís Arroyo, una economista joven y muy capaz, descendiente de chichimecas y michoacanos, que había realizado una Maestría en Economía Política en la Universidad de Nueva York y que más tarde, tras pasar por diversos cargos en la función pública, en el Banco Mexicano Somex e incluso organizar su propia consultora privada, fundó y dirige un Centro de Medicina Ancestral en la Comunidad Indígena de Xoxocotla en el Estado de Morelos.

Eva Cecilia convocó a profesionales de distintas especialidades. La mayoría proveníamos de distintas disciplinas sociales. Politicólogos, sociólogos, periodistas, abogados, economistas. El equipo multidisciplinario se completaba con informáticos y especialistas en materia de medio ambiente, en asuntos del campesinado mexicano y la cuestión migratoria.

Nuestra tarea consistía en clasificar la información en sectores que abarcaban distintos aspectos de la realidad política, económica y social de todo el país, identificando a los funcionarios, dirigentes y empresarios particulares que expresaban sus opiniones a través de la prensa y el cargo político o la representación social que detentaban. También estábamos encargados de registrar los puntos de vista de todos los líderes extranjeros que se referían a cuestiones específicas de la problemática mexicana.

En aquellos años, la informatización no estaba tan avanzada por lo que debíamos recurrir a los «Centros de captura de datos» en los que trabajaban empleados cuya función era cargar en tarjetas perforadas toda la información que les remitíamos desde nuestra oficina.

La importancia política de la Base de Datos consistía en que brindaba la posibilidad de conocer de manera inmediata las diversas posiciones que asumía la clase dirigente en torno a los principales ejes que componían la agenda pública de México. Por medio de la información así recopilada se podían verificar rápidamente tanto las opiniones o declaraciones que habían sido registradas veinticuatro horas antes como las que se publicarían durante los últimos años.

A fines de los setenta, cuando aún no se había creado la Internet, la Base de Datos se convirtió en poco tiempo en un instrumento estratégico de gran importancia para el Estado mexicano, por lo que la repartición gozaba de enorme prestigio en el ámbito del gobierno nacional y los asesores del presidente la consultaban con mucha frecuencia.

Así, para cada visita de estado que realizaba el presidente a los Estados Unidos, sus asesores, atendiendo al programa establecido para la entrevista, seleccionaban los temas que les interesaba investigar y nos solicitaban que preparáramos informes con las declaraciones efectuadas por los principales actores de la política norteamericana especialmente las expresadas por las espaldas más influyentes del congreso norteamericano. Migración, Petróleo y Comercio Exterior eran algunos de los temas más relevantes en la agenda bilateral.

La Base de Datos además de ser un instrumento eficaz para la toma de decisiones del gobierno, cumplió un rol precursor en el diseño de una estrategia política electoral que décadas después daría lugar a la conformación de los equipos de sociología electoral dedicados a construir el discurso de los candidatos políticos, que luego evolucionarían hasta convertirse en las actuales consultoras, especializadas en asesorar a los partidos políticos y candidatos durante las campañas electorales.

Recuerdo que durante el último año del mandato de López Portillo, y como era tradicional en el México gobernado por el PRI, pude observar el inicio del período previo al «destape», término con el que se conocía a la facultad del presidente en ejerci-

cio para elegir a su sucesor.

La decisión presidencial se adoptaba después de consultar a distintos factores de poder entre los se incluía a los dirigentes sectoriales aglutinados en organizaciones que pertenecían o estaban lideradas por los aliados del PRI.

El proceso consistía en lanzar al ruedo los nombres de cuatro o cinco precandidatos presidenciales. Había una regla de oro que éstos no debían desconocer, a riesgo de caer en desgracia y arruinar su posibilidad de ser elegido. Según esta norma los precandidatos no podían mencionar en público sus aspiraciones presidenciales, pues eso se interpretaría como una presión sobre el presidente en ejercicio, destinada a condicionar su decisión, haciéndole perder autoridad, lo que se consideraba inadmisibles durante la era *priista*.

Además, el precandidato también debía extremar el sigilo ante propios y extraños y por eso nadie hablaba en su presencia de la posibilidad de que fuera beneficiado por el «destape». Inclusive la imprudencia de algún dirigente que manifestara en público que su organización lo apoyaba en la carrera presidencial podía malograr su candidatura.

En este contexto en el que todos los integrantes del área debíamos respetar las reglas no escritas que regulaban el proceso político mexicano, Eva Cecilia me convocaba a su despacho para que, juntos y en estricta reserva, preparáramos un informe sobre la imagen que Miguel de la Madrid Hurtado tenía en la prensa más importante del país.

Trabajábamos sobre todas las notas publicadas en última quincena que se referían a su persona, y emitíamos un juicio de valor sobre cada una de ellas. Esta ponderación de las notas periodísticas admitía tres posibilidades: positiva, negativa y neutra.

En el informe, además de contabilizar cada una de las valoraciones obtenidas durante el período analizado, señalábamos la tendencia que expresaba cada periódico sobre su candidatura y si esta posición iba registrando variaciones con el correr del tiempo, a fin de poder emitir un pronóstico aproximado sobre los posibles avances de la figura del postulante a la presidencia.

Al concluir el análisis de la información elaborábamos un solo ejemplar, encarpetaado en fina cartulina de color gris perla, que no llevaba título ni identificación alguna. Apenas tres per-

sonas conocerían su contenido antes de que llegara a manos de Miguel de la Madrid, pues ese único ejemplar existente era introducido por Eva Cecilia en un sobre blanco, de uso habitual en la Secretaría, para llevarlo al despacho del subsecretario a quien debía dárselo personalmente.

El subsecretario era consciente de la especial importancia que tenía el informe para el secretario por lo que, infaliblemente, se lo entregaba el día preestablecido para tratar la agenda ordinaria de la Secretaría. Sin embargo, el destinatario no le haría ningún comentario acerca del informe pues, a pesar de la confianza que le merecía el subsecretario, no se trataba de un tema que sometería a la consideración de los funcionarios que integraban su gabinete.

Así, con el mayor sigilo, el secretario Miguel de la Madrid Hurtado, que meses después sería «destapado» por López Portillo como candidato a presidente, se mantenía permanentemente informado sobre el tratamiento que daba la prensa a su gestión como secretario y evaluaba personalmente la manera en que evolucionaban sus posibilidades de ser elegido como candidato oficial del PRI a la presidencia de México.

### *Miguel Bonasso*

Una tarde al compartir casualmente el elevador con Pedro Orgambide, me comentó que en pocos días más abandonaría su departamento.

—Se lo dejo a Miguel Bonasso que pasará a ser tu nuevo vecino—. No hubo lugar para pedirle más detalles ni preguntarle a cuál colonia se trasladaría con su mujer, pues parecía tener mucho apuro. Al despedirnos, y a manera de saludo, sólo me dijo: —Nos vemos... —para luego alejarse rápidamente por Mariano Escobedo en dirección a Chapultepec.

Siempre tengo presente la imagen de Pedro acompañado en todo momento por su pareja, una mujer atractiva de ojos grandes, mirada triste y cabello largo que le llegaba hasta los hombros.

Una tarde de otoño, ya en Buenos Aires y muchos años después, me crucé con ellos en Recoleta. Al verlos no pude evitar que me invadiera la nostalgia por México y los años que compartimos en el exilio junto a tantos argentinos que soñábamos con regresar al país, y sentí que la ilusión alimentada durante tantos años se había hecho realidad en ese encuentro.

Unas semanas después de que Pedro me comentara que dejaría su departamento, ocurrió un hecho singular. Al regresar del supermercado y luego de aparcar trabajosamente mi *Renault 12* entre las múltiples columnas que dificultaban las maniobras en el estacionamiento del edificio en que vivíamos, me acerqué a la portería donde estaba instalada la vieja central telefónica para preguntar a la telefonista si tenía algún mensaje para mí.

La telefonista, una mujer joven un tanto introvertida, era la encargada de transferirnos las llamadas dirigidas al número 5-33-06-20...

Termino de escribir esta frase y la dejo inconclusa al darme cuenta de que ya han transcurrido más de tres décadas sin llamar al número de mi teléfono mexicano y, sin embargo, los siete dígitos, correctamente ordenados, me han venido a la mente con tal frescura que pareciera que ayer mismo lo hubiese marcado para comunicarme con Susana. A veces la memoria nos da sorpresas como la que acaba de ocurrirme.

Aquel día, después que la chica me dijera que nadie nos había llamado descubrí; con el entusiasmo propio de quien recibe un premio inesperado pero que a la vez ha deseado mucho; varios ejemplares de diarios argentinos depositados sobre una mesa que había en la pequeña antesala que hacía las veces de recepción, entre los que se encontraban *La Nación*, *Clarín* y *La Prensa*. Estaban ordenados por fecha y los más recientes tenían veinticuatro horas de editados. Enseguida quise saber quién era el dueño de los diarios. La telefonista contestó:

—Pertenece al señor del departamento 22.

—¡Ah, son de Bonasso! —comenté, y en el acto decidí dirigirme al departamento 22. Toqué el timbre y el mismo Miguel respondió a mi llamado.

—Miguel, soy Francisco Yofre tu vecino —me presenté, tratando de disimular mi ansiedad.

Bonasso no pareció sorprendido ante lo imprevisto de mi visita.

—Sí, ya sabía por Pedro que estás viviendo en el edificio. También me comentó que alquilás en el segundo piso —dijo con naturalidad.

A pesar de que traté de mostrarme mesurado y respetuoso de la privacidad de mi nuevo vecino, no pude evitar la sensación

de que estaba cometiendo una torpeza cuando, sin muchos rodeos, le dije que mi presencia se debía a mi interés por acceder a los diarios argentinos que había descubierto en la recepción.

—No sé si tendrías inconveniente en prestarme los diarios. Aunque, desde ya, sería después de que termines de leerlos —agregué, tratando de atenuar mi actitud que, por lo menos, me parecía inoportuna, sobre todo si tenía en cuenta que era la primera vez que hablaba con Bonasso.

Miguel sonrió.

—No tengo ningún inconveniente —me dijo cordialmente, como si hubiera percibido mi incomodidad y se propusiera aliviarla con un gesto amigable.

Me explicó que todos los sábados, alrededor del mediodía, un correo privado hacía la entrega de los diarios y que él recién los leía a la mañana del día siguiente, por lo que yo podía disponer de ellos con tal de que el domingo a las ocho estuvieran nuevamente en la portería.

Era mucho más de lo que esperaba, así que le expresé mi gratitud más elocuente y me retiré luego de estrecharle la mano.

Desde ese momento y hasta que regresé a la Argentina, todos los sábados por la noche después de cenar con Susana y acostar a Pablo, me trasladaba con un abultado paquete de periódicos bajo el brazo hasta la cafetería del Hotel Camino Real, que estaba a sólo una cuadra de donde vivíamos, y allí leía las noticias hasta las seis de la mañana cuando el sueño comenzaba a hacer estragos.

Para esa época ya habían pasado los años más duros de la censura impuesta por la dictadura. Leyendo entre líneas los artículos de los diarios podía tratar de interpretar los acontecimientos políticos, sociales y culturales que estaban ocurriendo en el país. El enfrentamiento entre las distintas facciones en que estaban divididas las Fuerzas Armadas era indisimulable y sus divergencias acababan por filtrarse a la prensa. El debilitamiento del régimen ya no podía ocultarse y los desacuerdos internos aceleraban su decadencia.

Leía sin pausa hasta el amanecer y, cada tanto, el mesero del hotel me servía una taza de café «americano». Así, en las mañanas de los domingos, cuando terminaba la lectura de todas las secciones del periódico, incluida la deportiva, sentía que estaba un poco más cerca de la Argentina que añoraba.

Durante esas interminables madrugadas lograba atrapar, a

través de los textos periodísticos, un poco del aire que se respiraba en el país. Sabía que la lejanía con los hechos y los actores era un obstáculo que me impedía captar con precisión el verdadero alcance de la resistencia del pueblo argentino contra el terrorismo de Estado, pero aún así servía para alentar en mi espíritu la certeza de que un día el régimen acabaría por caer. Entonces los exiliados regresaríamos para tomar parte en la construcción de una Argentina democrática donde la vida, la libertad y las instituciones volverían a tener plena vigencia.

Tiempo después, posiblemente un sábado o domingo de diciembre de 1983 —y cuando ya faltaban pocas semanas para que regresáramos a la Argentina—, mientras esperaba el elevador del edificio de Mariano Escobedo vi que se abría la puerta del departamento de los Bonasso y que el propio Miguel me hacía un gesto con el brazo para indicarme que me acercara.

—Vení Yofre, que te quiero presentar al protagonista de mi novela —dijo y me hizo pasar al apartamento donde me recibió su esposa Silvia, a quien saludé con un beso.

—Te presento a Jaime Dri —me dijo.

Nos estrechamos las manos. Me quedé mirándolo mientras pensaba que ese hombre era uno de los pocos que volvió de la muerte para contarnos cómo era el infierno que la Marina de Guerra construyó bajo las órdenes de Emilio Massera.

Mi pensamiento se interrumpió cuando escuché que Silvia me decía:

—Ella es la Negrita, la mujer de Jaime.

La Negrita estaba sentada sobre la desgastada alfombra azul de la sala. Tenía el mate en la mano y el termo con la azucarera estaban a su lado, apoyados en una charola de color madera. La Negrita era la responsable de cebarlo. Nos quedamos conversando un largo rato. Miguel estaba exultante y no era para menos. Acababa de concluir su libro *«Recuerdo de la Muerte»*, una obra que leí varias veces y que cada vez me conmovió como si fuera la primera, porque al tiempo que describe el horror que reinaba en los campos de exterminio que la dictadura procesista erigió en la Argentina, expone sin concesiones cómo tanto los represores como los prisioneros sobrepasaban los límites de la condición humana tras los muros siniestros de la Escuela Mecánica de la Armada.

Al leerla siempre he sentido que me faltaba el aliento, porque asomarse a ese inframundo de torturas salvajes, de toda clase de

vejeciones y abusos; a los que especialmente eran sometidas las mujeres, reducidas a una degradante esclavitud sexual; de robos de bebés y, finalmente, de la muerte que se anuncia como «traslado», aun conociendo que el prisionero sabe que de ese viaje no se vuelve con vida, es algo que se instala en la memoria y en el alma para ya no borrarse nunca más.

Cada vez que un argentino de esta generación o de las próximas quiera mirar por dentro el terror impuesto por la dictadura militar y comprender cuál fue el rol que jugaron los campos de concentración para diseminar el miedo en la sociedad y contribuir al sostenimiento del régimen procesista podrá hacerlo leyendo «*Recuerdo de la Muerte*», porque los únicos caminos que salían desde esos campos eran los que conducían al país de los muertos.

### *La militancia en el exilio*

Al hablar de mis recuerdos del exilio debo, necesariamente, evocar la participación activa y comprometida de la comunidad exiliar en pos del respeto a los Derechos Humanos violentados masivamente por la dictadura más bestial de todas las que soportamos en nuestro país.

Toda mi militancia en México estuvo marcada por la denuncia contra los crímenes cometidos por la Junta Militar y la solidaridad con la resistencia del pueblo argentino y en especial con la que ofrecía el movimiento obrero que, aún sometido al estrangulamiento económico, a la discriminación social y a una feroz persecución política, era capaz de seguir organizando huelgas contra el régimen.

Mi militancia en el exilio siempre se desarrolló bajo el signo de mi pertenencia al Peronismo Revolucionario, proclamando el liderazgo de Cámpora, y reivindicando las luchas populares, comenzando por la de la resistencia peronista; librada por la generación anterior a la nuestra y sus expresiones programáticas de Huerta Grande y La Falda; pasando por la de mi propia generación, de la que el Cordobazo y el Viborazo fueron claras manifestaciones de la unidad obrero-estudiantil que combatió contra la llamada «Revolución Argentina» levantando el programa del Primero de Mayo de la CGT de los Argentinos, y finalizando con la impresionante movilización en todo el país de la Juventud Peronista bajo la consigna de *Luche y Vuelve*, cuyo objetivo era el



regreso de Perón al país y del peronismo al poder, para así recuperar la soberanía política y construir el socialismo nacional.

A lo largo de mi experiencia de un exilio que se prolongó por más de siete años distingo tres períodos, determinados por la vinculación política y de amistad personal que establecí a partir de julio de 1976 con el ex presidente Héctor J. Cámpora.

El primero se extiende desde el seis de octubre de 1976, día en que llegamos a México con mi familia, hasta el 19 de noviembre de 1979 cuando tras su prolongado asilo en la embajada, se produce finalmente el arribo de Cámpora, mientras que el segundo abarca los trece meses que el ex presidente, ya enfermo, vivió en el país azteca y el tercero comprende el tiempo transcurrido desde su muerte hasta nuestro regreso a la Argentina.

La segunda etapa fue, en mi caso, la que más alentó mi expectativa y mi esperanza, pues consideraba que en caso de que el Tío recuperara la salud, su influencia y su liderazgo se convertirían en un factor determinante en el rumbo que habría de tomar el peronismo para contribuir, bajo su conducción, a la articulación de las fuerzas políticas y sociales que se oponían al régimen militar.

Formar parte del dispositivo político más cercano a la conducción que asumiera Cámpora durante la breve pero intensa y trascendente actividad política que desplegara en México me permitió aprender de su dilatada experiencia y, entre otras cosas, conocer qué aspectos consideraba antes de tomar una decisión política.

También tuve la oportunidad de contribuir a la construcción de la estrategia política que guiaría su accionar en el ocaso de su vida. En ese período mantuvo encuentros con destacadas personalidades que jugaban un rol trascendente en el destino de la América Latina de aquellos años, entre los que pueden destacarse sus entrevistas con Omar Torrijos, Jaime Roldós, José López Portillo y el estadounidense Edward Kennedy. También produjo numerosos textos, ya fueran públicos, como la «*Carta abierta al pueblo argentino*» del 25 de mayo de 1980, o privados como la correspondencia sostenida con el papa Wojtyła, y las cartas, escritas en tono coloquial, que enviara a distintas personalidades del movimiento peronista.

Con el tiempo, la creciente confianza que el Tío depositara en mí se fue convirtiendo en un tesoro, pues creó un marco propicio

para las revelaciones que me hiciera acerca de los momentos más determinantes de su extensa vida política, iniciada al cursar el secundario en el Colegio Nacional Florentino Ameghino, donde lo eligieron presidente del centro de estudiantes y continuada a través de su militancia universitaria mientras estudiaba odontología en la Universidad de Córdoba, hecho casi desconocido por la opinión pública, aunque muy apreciado por el Tío que al recordarlo revivía con nostalgia los tiempos gratos de su juventud.

Esos relatos, que por lo general se desarrollaban en un clima relajado e intimista, me permitieron conocer las varias circunstancias dramáticas que rodearon su larga trayectoria política, como su fuga del penal de Río Gallegos en 1957, su apresurada salida en medio de la noche de su casa de San Andrés de Giles, apenas una hora antes de que se iniciara el golpe del 24 de marzo de 1976 y las fuerzas represivas asaltaran su domicilio, con la casi segura intención de poner fin a su vida; las veinticuatro horas que pasó a la intemperie recorriendo las rutas acompañado por su hijo Héctor, mientras era buscado por las tropas; la salida de la embajada cerca de cuatro años después con su organismo ya arrasado por el cáncer que lo afectaba y que la dictadura se encargó de dejar que progresara hasta que se volvió incurable; la recomendación que Evita, ya en su lecho de enferma, le hiciera a Perón para que el general lo mantuviera a su lado porque «Cámpora es un hombre leal»; la renuncia a la presidencia de la Nación presentada a Perón cuando éste lo recibiera en Gaspar Campos; y, más tarde, los entretelones de los ya mencionados encuentros con los presidentes de Panamá, Ecuador y México y con el senador demócrata Edward Kennedy, entre otras personalidades con las que tuvo oportunidad de relacionarse.

Todos estos hechos forman parte de nuestra historia y merecen ser contados tal como me los narrara su protagonista.

Este segundo período será abordado en los tres capítulos siguientes. La reconstrucción de los episodios que allí se relatan está apoyada por cartas y documentos, varios de ellos inéditos, pues han permanecido en mis archivos y sin salir a la luz pública durante más de treinta y cinco años.

El tercer período está signado por la muerte de Cámpora y el vacío político que su ausencia produjo en el espacio del peronismo progresista, donde nadie estaba en condiciones de asumir

el liderazgo con la fuerza y la contundencia con que lo detentaba el ex presidente.

En lo personal, la figura del Tío, aún después de su desaparición, se convertirá en una referencia del camino político que habría de seguir. Su influencia durante el tiempo que compartimos en la embajada de Buenos Aires y en el exilio mexicano, reafirmó mi convicción de que el peronismo constituía la gran avenida que el pueblo argentino debería transitar para recuperar la democracia y reconstruir las instituciones de la República demolidas por el terrorismo de Estado.

Durante ese período de incertidumbre, uno de los principales debates que agitó a la comunidad peronista giró alrededor del interrogante de si, después de tantos años de terrorismo de Estado, aún sería posible edificar en la Argentina una democracia participativa que garantizara los principios constitucionales.

En esas discusiones, que habitualmente se realizaban en algún departamento de los tantos que ocupaban los argentinos en la Villa Olímpica, yo sostenía que, más tarde o más temprano y más allá de las posibles vacilaciones y las contramarchas, el país tomaría decididamente el camino de la democracia y que la propia sociedad argentina se encargaría de desterrar para siempre la violencia política como instrumento de la lucha por el poder. Esta posición no siempre era compartida por todos los compañeros, pues muchos opinaban que los militares seguirían tutelando cualquier gobierno civil que surgiera de un proceso electoral.

El primer período de mi actividad política exiliar comenzó a los pocos días de arribar a México, a partir de una cena a la que el Bebe Righi nos invitó a Guillermo Greco y a mí. Righi estaba ansioso por conocer de primera mano las condiciones de seguridad que ofrecía la embajada de México en Buenos Aires así como el estado de ánimo de los asilados, por lo que recibió con agrado la noticia de que los tres refugiados asumían su condición con gran entereza y que estaban preparados para pasar en la sede diplomática un tiempo más prolongado de lo que inicialmente pensarán. Se preocupó hondamente cuando le dimos detalles de las versiones que habían llegado a oídos de Nilda Garré, según las cuales los sectores más duros de las Fuerzas Armadas planeaban tomar la embajada para asesinar a los refugiados, haciendo que la acción apareciera como un enfrentamiento entre los po-

licías federales que tenían a su cargo la custodia y un comando montonero que pretendía «liberar a Cámpora».

Acordamos que debíamos hacer público el riesgo en que se encontraban los asilados. El Bebe, como integrante de la conducción de la Comisión Argentina de Solidaridad, llevaría al organismo la necesidad de acentuar la demanda en favor del respeto a los tratados internacionales que regulan el derecho de asilo, haciendo hincapié en la situación en que se encontraba el ex presidente y que era compartida por su hijo Héctor y por Juan Manuel Abal Medina, ex secretario general del Movimiento Peronista.

En aquellos primeros años, el terrorismo de Estado que ejercían impunemente las Fuerzas Armadas sensibilizó las fibras más íntimas de quienes habíamos escapado al horror. Así, apenas comenzaron a difundirse los primeros relatos de los sobrevivientes que habían pasado por los campos de concentración, todo el exilio latinoamericano reaccionó multiplicando las acusaciones contra la Junta Militar y en poco tiempo se constituyeron múltiples comisiones de defensa de los derechos humanos, cuyo objetivo era denunciar a la dictadura por sus crímenes de lesa humanidad y presionar a los gobiernos extranjeros para que tomaran medidas efectivas capaces de detener las matanzas que seguían produciéndose en la Argentina.

Sin embargo, y pese a las presiones, no hubo boicot ni tampoco el aislamiento que reclamábamos de manera permanente, sobre todo ante los parlamentos europeos dominados por la socialdemocracia.

Tuvieron que pasar casi tres años para que la Comisión Interamericana de Derechos Humanos llegara al país. Demasiado tarde y demasiado poco para tantas violaciones a los derechos humanos, que continuaron transgrediéndose aun durante su permanencia en el país y también después, cuando dieron por concluida su misión y elaboraron un informe que fue lapidario para un gobierno que cínicamente afirmaba ser «derecho y humano».

Hasta fines del setenta y nueve cuando aún Cámpora no había arribado a México, mi actividad política se expresó de la forma más variada, ya fuera por medio de declaraciones públicas en las secciones de «Cartas de lectores» de los periódicos, o a través de comunicados de prensa.

En México se organizaban numerosos actos, charlas y debates por parte de los distintos nucleamientos que actuaban en el

país azteca. No pertenecer orgánicamente a alguno de ellos no constituyó un impedimento para desarrollar actividades de apoyo a la resistencia del pueblo argentino, sino todo lo contrario pues me abrió las puertas a la participación en las múltiples manifestaciones políticas que pude hacer desde mi identidad peronista y reconociendo el liderazgo de Cámpora.

El treinta de marzo de 1978 concurrí al acto organizado por la Comisión de Apoyo y Solidaridad con el Movimiento Obrero Organizado Argentino y la Agrupación Peronista en el Exilio, que se realizó en el Congreso del Trabajo Mexicano con el objetivo de repudiar a la dictadura militar al cumplirse dos años del golpe de Estado. Como dato anecdótico recuerdo que el acto se cerró con la intervención de un dirigente del Congreso del Trabajo de México quien, en un acto fallido, concluyó su encendido discurso con estas palabras: *«por eso quiero decirles que los pueblos tienen los gobiernos que se merecen»*.

En enero de 1979 un grupo de exiliados fuimos recibidos en la residencia presidencial de Los Pinos por el presidente José López Portillo. La entrevista con el primer magistrado había sido gestionada por la Comisión Argentina de Solidaridad y su objetivo era agradecer públicamente al país, a su pueblo y a su gobierno el auxilio prestado a los refugiados argentinos. El Bebe Righi encabezaba la delegación, y habíamos acordado que sería él quien debería mencionar en la reunión la preocupación que nos embargaba ante la persistente negativa del gobierno argentino a extender salvoconductos a los asilados en la embajada mexicana de Buenos Aires.

Después de escuchar las expresiones del Bebe, dichas con firmeza pero con el lógico respeto que exigía la investidura del interlocutor, López Portillo manifestó que daría instrucciones a su canciller para que renovara la presión sobre la Junta Militar y le exigiera que, en un plazo perentorio, concediera la salida del país a los tres refugiados.

Imprevistamente y sin que hubiera sido acordado previamente entre los que participábamos de la reunión y en el momento en que López Portillo se aprestaba a dar por terminada la entrevista, tomó la palabra Amílcar Fidanza, ex secretario de redacción de *El cronista comercial* y principal dirigente de la Agrupación Peronista en el Exilio, quien tenía fama de ser un personaje poco fiable y políticamente caracterizado por su aventurerismo, para solicitar con cierta brusquedad que el presiden-

te mexicano también hiciera gestiones para que el gobierno argentino liberara a Isabel Martínez, quien se encontraba detenida en una quinta de la localidad de San Vicente, lo que provocó la evidente incomodidad de López Portillo y de Gustavo Carvajal, secretario general del PRI.

La inconducta de Fidanza no terminó allí, pues al salir de la sala sostuvo ante la prensa que la delegación que acababa de reunirse con el presidente pertenecía al Movimiento Peronista, cuando tenía pleno conocimiento de que varios de los que concurrieron a Los Pinos nunca habían mostrado ninguna afinidad con el peronismo. Quienes éramos peronistas no estábamos dispuestos a aceptar sin más la manipulación política de la reunión y, menos aún, que se asignara arbitrariamente a los asistentes no peronistas una pertenencia política que nunca manifestaron tener. Su proceder fue severamente cuestionado por todos los que integrábamos la delegación, y produjo la ruptura definitiva de la relación que manteníamos con la agrupación que él conducía.

En abril de 1979 un sector del movimiento obrero argentino, organizado bajo el nombre de «Comisión de los 25», lanzó un paro nacional, lo que motivó una dura respuesta del gobierno argentino que terminó encarcelándolos. En esas circunstancias, junto al Bebe Righi, Rodolfo Gil<sup>34</sup> y Julio Villar, decidimos denunciar la situación mediante el siguiente comunicado de prensa que fue publicado por distintos periódicos mexicanos:

*Se agravan las persecuciones en Argentina,*

*dice el MJM<sup>55</sup>*

*«La persecución al movimiento argentino se está agravando ya que la mayoría de los líderes pertenecientes a la «Comisión de los 25» han sido encarcelados.*

*Lo anterior fue denunciado a esta redacción mediante un escrito del Movimiento Justicialista en México, que firman el doctor Esteban Righi, el ingeniero Julio M. Villar y los licenciados Francisco Yofre y Rodolfo Gil.*

*Aseguran que se trata de una acción de la Junta Militar tendiente a impedir la huelga nacional decretada para hoy por los dirigentes de la casi totalidad de los gremios.*

---

55 Movimiento Justicialista en México.

*Subrayan que una vez más como en otras etapas históricas, los trabajadores se han puesto a la cabeza de la lucha que libra el conjunto del pueblo argentino contra una dictadura que está impulsando una política económica que sólo favorece a sectores minúsculos vinculados a la explotación y a la especulación financiera.*

*Agregan que la medida de los trabajadores es una demostración fehaciente de la unidad de éstos y su voluntad indeclinable por restablecer un gobierno popular, democrático y antiimperialista.*

*Finalmente dicen que el Movimiento Peronista en México apoya plenamente la histórica jornada de lucha de los trabajadores argentinos que, sin lugar a dudas, está llamada a convertirse en el inicio de la derrota del modelo autoritario a que está sometida Argentina.*

*Asimismo, exigen la inmediata libertad de los dirigentes detenidos y solicitan la solidaridad de todas las fuerzas democráticas de México».*

Pocos días antes de emitir ese comunicado, la sección correspondencia del diario *Uno más uno* publicó bajo el título «*La figura de Cámpora, vigente a pesar del encierro diplomático*», una carta que dirigí al director en la que expresaba:

*«Señor Director:*

*En pocos días más se cumplirán tres años desde que el ex presidente argentino, Dr. Héctor J. Cámpora, ingresara en calidad de asilado político en la embajada de México en Buenos Aires sin haber obtenido hasta hoy el salvoconducto diplomático que le permita salir del país. Junto a él permanecen en la misma situación su hijo Héctor y el ex secretario general del Movimiento Peronista Juan Manuel Abal Medina.*

*¿Cuál es la causa por la que la Junta Militar, a pesar de la presión internacional se niega a concederle el salvoconducto?*

*Responder a este interrogante nos lleva a analizar en pocas líneas el proceso político argentino de los últimos años, del cual el ex presidente es un actor relevante, al punto de haberse convertido en el símbolo de dicho proceso.*

*Cámpora, desempeñándose como último delegado perso-*

*nal del general Perón, dirigió la fase final del enfrentamiento contra la llamada "Revolución Argentina", que concluyó con la victoria popular concretada en las urnas el 11 de marzo de 1973, cuando la fórmula que presidía recibió el respaldo de más de seis millones de argentinos.*

*Este triunfo fue posible en el marco de la unidad del peronismo, a través del decisivo apoyo que prestó la clase trabajadora y la presencia activa de la juventud argentina y demás sectores populares nucleados en el Frente Justicialista de Liberación.*

*El 25 de mayo de 1973 asume la presidencia de la nación y, antes de que transcurriera el primer día de gobierno decreta el indulto para los presos políticos. Esta medida, junto a otras de igual trascendencia, iniciaba el camino institucional de la democratización y participación popular más importante que conociera el país desde la caída del segundo gobierno del general Perón.*

*A pesar del tiempo, la figura del Dr. Cámpora vuelve a cobrar su auténtica dimensión. Es el estadista que asume la lealtad a sus tres grandes causas: la patria, el movimiento y el líder.*

*Lealtad que mantiene vigorosamente en las horas aciagas, cuando se pone a prueba la estatura de los hombres públicos. Ayer fue en la cárcel y en el exilio. Hoy en los tres largos años de encierro diplomático.*

*Aquí está la explicación a la reiterada negativa de la Junta Militar a concederle el salvoconducto. Ella sabe que otorgar la libertad al ex presidente cuando los trabajadores y el conjunto del pueblo pugnan por restablecer la paz, la unidad nacional, la justicia social, la independencia económica y la soberanía política, es un riesgo a su estabilidad.*

*Se olvida que, pese al encierro diplomático, Cámpora seguirá siendo un factor de unidad de los argentinos y que la lucha del pueblo más temprano que tarde logrará arrancar su libertad.*

*Francisco Yofre - México DF».*



## *Condenado por Firmenich*

Cerraré este primer período de mi militancia en el exilio con el relato de un hecho que, por sus características y por la cercanía que mantuve durante años con algunos de sus protagonistas, tuvo el poder de influir en mis convicciones políticas y de conmover profundamente mis sentimientos personales.

El análisis de lo acontecido desnuda en su esencia cómo, aún durante la etapa de decadencia y aislamiento político de Montoneros, concebía el uso de la violencia política su máximo dirigente Mario Eduardo Firmenich quien, el 11 de marzo de 1974 y durante su intervención en un acto que el Peronismo Revolucionario realizara en la cancha de Atlanta para celebrar el primer aniversario del triunfo electoral, afirmó entre otras cosas que «... *el poder político brota de la boca del fusil*».

De esta manera, el jefe montonero justificaba el empleo de la violencia y la priorizaba como una estrategia necesaria e irremplazable para enfrentar a la oligarquía y al imperialismo y construir el socialismo nacional.

Si la discusión, siempre latente en el seno de las organizaciones armadas, acerca de si había que otorgar supremacía al aparato militar sobre la actividad política constituyó para mí una divisoria de aguas que me llevó a alejarme de Montoneros, al considerar que se trataba de un grave error político que deslegitimaba ante el pueblo la lucha de aquellos que la practicaban, más aún lo fue al conocer qué tan lejos podía llegarse en su aplicación, al punto de ejercerse con la máxima severidad sobre quienes hasta ayer habían sido compañeros de militancia.

Resulta interesante conocer hacia dónde quería que apuntara «*la boca del fusil*» el *Supremo* Mario Eduardo Firmenich, «Primer Secretario General del Partido Montonero», «Secretario General del Movimiento Peronista Montonero», «Comandante en Jefe del Ejército Montonero», títulos que detentaba y que se vanagloriaba de exhibir<sup>56</sup> cuando, en diciembre de 1976 se aprestaba a librar una batalla por el poder político que ambicionaba y la envergadura del oponente podía opacarlo hasta convertirlo en un actor secundario de la política nacional.

---

56 Evita Montonera N°21 de fecha abril/mayo 1978 que figura en el anexo documental.

Para poder apreciar el calibre de la facción militarista que predominaba en Montoneros, nada mejor que transcribir una parte del capítulo «*La Última Cena de Firmenich en Buenos Aires*» del libro «*Montoneros Final de cuentas*»<sup>57</sup> escrito por Juan Gasparini:

*La última cena de Firmenich en Buenos Aires*

*«Llamémosle “Tala” o “Chacho”. No mencionaremos su nombre y apellido porque hoy camina por la calle. Destaquemos, eso sí, que debe ser uno de los pocos gestores de una de las raíces montoneras que logró sobrevivir a la tragedia y guardó toda la experiencia. Pues el “Chacho” se alejó de la “M” tras pasar pruebas intrasferibles: guerrillero meticuloso hasta que lo apresaran en 1971, preso ejemplar amnistiado en 1973, político reticente al enfrentamiento con Perón y con las Fuerzas Armadas, “chupado” que sorteó con dignidad los campos de concentración, refugiado que no perdió la cabeza en la miseria del exilio, brillante intelectual del movimiento popular, inculdicable ante los errores.*

*La ironía del destino puso a Mario Firmenich en manos del “Chacho” para dejar la Argentina en diciembre de 1976. Este venía de ser “despromovido” dos grados por cuestionar la línea oficial. Relegado a un “servicio” de la estructura internacional, debió ocuparse de preparar la documentación, planificar la salida y el asentamiento posterior del “Pepe” en el exterior, una vez que “Carolina Natalia” (Conducción Nacional en la jerga montonera) decidió “preservar el centro de gravedad del aparato”.*

*Entre Navidad y Año Nuevo, Firmenich se marchó por Ezeiza. Ahora se sabe que fue a recalar al departamento de Roma allanado mucho después por la policía italiana, al señalarse que sus habitantes (Eduardo y Teresa Slingerl) eran presumiblemente Fernando Vaca Narvaia (“ministro” de relaciones exteriores de la “M”) y su mujer. En la peripecia fue retenida María Josefa Fleming, una refugiada que se evaporó ni bien le abrieron la puerta de la comisaría sin aclarar cuál era su verdadera identidad.*

*Algunos de estos datos y muchos otros quedaron abrigados en los pliegues de la memoria del “Chacho” cuando pocos*

---

57 Juan Gasparini. «*Montoneros Final de cuentas*». Puntosur Editores, Buenos Aires, 1988.

días después de arreglar el escape de Firmenich fue raptado por el grupo de la ESMA que lo sometió a las consabidas —y generalmente de rigor— sesiones de picana eléctrica. Entre las humoradas en que nos guarecíamos para sobrellevar aquello, cada tanto reaparecía el interrogante que el “Chacho” dilucidaba sin palabras aunque con sonrisa socarrona: quería saber si el “Tigre” Acosta había olvidado la “maquina” entre sus piernas, aludiendo al agujero de su escroto, sin cicatrizar durante meses.

Transcribiré el recuerdo del “Chacho” sobre aquella última noche que Firmenich pasó en su casa antes de partir a Italia, y si lo hago es entendiendo que tiene valor para la opinión pública conocer lo que se habló en esa oportunidad. Como jefe máximo el “Pepe” debía reafirmar sus convicciones ante un interlocutor de calibre —potencial disidente—. ¿El tema? La política montonera, tozudamente arisca a la revisión reclamada por el aluvión de caídas. El rumor circulante sobre la supuesta “cantada” de María Elpidia Martínez Agüero, esposa de Firmenich, encarcelada en una prisión legal del régimen asistía mudo a la charla. La rebelión del “Chacho” y sus tres subordinados a la orden de Firmenich de ejecutar a Francisco Yofre, disidente de la JTP exiliado en México, tensaba aún más el clima.

La anécdota merece contarse. Yofre se había refugiado en la Embajada de México con Héctor J. Cámpora, Juan Manuel Abal Medina y Guillermo Grecco. Mientras los dos primeros veían pasar los meses sin que se les otorgara salvoconducto, los restantes fueron autorizados a abandonar el país. Firmenich afirmaba que Abal Medina ambicionaba nuclear la colonia exiliar que elegía México para radicarse, a fin de alejarla de los Montoneros. Y suponía que Yofre sería la cabeza de puente. Pero éste no estaba de ningún modo en esa tesitura. Cuando llegó a México hizo saber a los Montoneros que quería vivir en paz y que se alejaría de la política. Firmenich no le creyó y ordenó al “Chacho” que preparara su ejecución. Ese “fiambré” hará “reflexionar” a Abal, decía, que “arrugaría” (se lo caracterizaba como “cagón”). Uno a uno, “Chacho” y sus subordinados (Carlos Valladares, Pablo González Langarica y Fernando Perera) se opusieron a cumplir lo ordenado ante lo cual Firmenich, furioso, dio por terminada la reunión. Con

posterioridad la CN revisó la medida, sustituyéndola por ordenar a Yofre alejarse de México. Éste ni se dio por enterado.

Con respecto a los cuatro “rebeldes”: Fernando Perera, debilitado por los culatazos en la cabeza al ser “chupado” por la patota de la ESMA en enero de 1977, murió “maquineado” por el “Tigre” Acosta. Carlos Valladares se tomó la pastilla de cianuro en el aeropuerto de Montevideo en 1977 al sentirse descubierto por la represión. A principios de ese año Pablo González Langarica, secuestrado y torturado por efectivos de la ESMA, dio información que permitió apresar algunos de sus compañeros, cambió su libertad y la de su mujer e hijas (capturadas junto con él) por los dólares y armas que guardaba en nombre de su organización en Europa y aceptó dar una conferencia en Madrid apareciendo como Montonero disidente y/o arrepentido (acompañado por un encapuchado, el teniente de navío Miguel Angel Benazzi). En cuanto a “Chacho” reiteramos que salvó su pellejo con dignidad y que tiene una memoria de elefante.

La ecuación que Firmenich desgranaría seis meses después a García Márquez (a quien impresionó como “un enorme gato”) fue brutalmente remarcada esa noche con palabras y gestos para justificar que los oficiales superiores y mayores montoneros abandonaran el país. El “Pepe” dijo que la decisión había surgido de la reunión del Consejo Nacional de Montoneros celebrada en Buenos Aires en octubre de 1975. No era sino el emergente de haber apostado al golpe para permitir una más clara visualización del enemigo por el pueblo, al que el pseudoperonismo de Isabel podía soliviantar a la división. En su opinión, representaba el correlato de la polarización de fuerzas que promovía la dictadura, de la aceleración de las contradicciones que debían aproximar la victoria popular. Era el precio del triunfo. Los números se entreveraban con las predicciones: Videla y sus colegas se deterioraban a pasos agigantados a causa de sus propios errores. Se impondría la retirada de los tiranos a corto plazo. Si la guerrilla quería alzarse con los laureles, debía mantener el acoso. El costo era la sangre —imprescindible para regar el espacio político del que se cosecharía luego para reconstruir lo perdido— pero trampolín de una nueva expansión equivalente en un plano superior a la del 72/73. Existía el convencimiento de que en esa instancia

*futura la sociedad reconocería el rol de vanguardia jugado por los Montoneros como ariete de la resistencia, reotorgándoles otra generación para recrear una estructura todavía más poderosa que la anterior y fortalecida por la experiencia en la adversidad».*

La lectura del texto aquí reproducido me lleva a una reflexión que considero importante. Simultáneamente con ese período en que las detenciones, secuestros y continuas bajas dominaban la trágica realidad por la que atravesaba Montoneros, en el seno de la organización se libraba una sórdida batalla interna, como se desprende de las declaraciones que Martín Gras<sup>55</sup> —encubierto tras el apodo de Chacho—, hiciera ante Juan Gasparini<sup>58</sup>.

Así, podemos afirmar que aún en las condiciones más extremas de represión que imponía el terrorismo de Estado había un núcleo importante de militantes montoneros que se oponían al militarismo delirante que predominaba en la organización y pugnaban por la recuperación de la acción política para enfrentar a la dictadura, a pesar de saber que se exponían a duras sanciones; otros en cambio, convencidos de la imposibilidad de torcer el rumbo tomado por la organización, optamos por alejarnos de ella, lo que motivó que la conducción nacional nos considerara desertores y por ende nos condenara a muerte, como también sucediera con el ex líder de las FAR, Roberto Quieto, en cuyo caso la orden no pudo cumplirse porque, antes de que pudieran ejecutarla, el Negro fue secuestrado y desaparecido por efectivos del ejército.

En cuanto a mi propia condena, la rebeldía de Martín Gras, del inolvidable y querido Oveja Valladares, de Fernando Perera y de Pablo González Langarica permitió que salvara la vida y, entre otras cosas, que este libro saliera a la luz.

Conociendo cómo era capaz de reaccionar el *Supremo Firmenich* si alguien se animaba a contradecirlo, tal como ocurriera en la reunión realizada un domingo de agosto de 1974 —en la que

---

58 La primera edición de «*Montoneros Final de Cuentas*» se imprimió en 1988, cuando los grupos de tareas se mantenían agazapados esperando poder regresar a la acción mientras los protegía la impunidad que les otorgaba la inacción de la justicia y la presión que las Fuerzas Armadas venían ejerciendo sobre el gobierno radical. En esas circunstancias resultaba peligroso dar testimonios como el que transcribo, por lo que mantener en reserva la identidad de Martín Gras era en esa época una prevención necesaria.

estuve presente y en la que se nos comunicó la decisión de la conducción nacional de pasar a la clandestinidad para retomar la lucha armada—, cuando Elvio Alberione, número dos de la Regional Córdoba, expresó su disidencia y provocó la ira descontrolada del «comandante», deduzco que esa noche de diciembre de 1976 no debe haber sido fácil rechazar sus órdenes, por lo que, una vez más, considero necesario expresar mi reconocimiento a la valentía que demostraron y que evitó mi ejecución.

Así, y como ocurriera durante el Navarrazo cuando la banda de derecha que custodiaba la radio LV<sub>3</sub> descargara sobre mí una balacera infernal sin que, de manera inexplicable, resultara herido; o cuando aquel lunes helado del cinco de julio del '76 los federales que custodiaban el consulado mexicano se ausentaron a tomar café y junto a Susana y Pablo pudimos irrumpir en la sede diplomática, una vez más, y por medio de la rebelión de un grupo de oficiales montoneros, el destino decidió jugar a mi favor, protegiéndome de un riesgo inminente que, sin que yo lo supiera, bien habría podido terminar con mi vida.

Resulta paradójico que Firmenich, al pretender que su guerra particular se extendiera más allá de las fronteras argentinas, aplicara la misma lógica que, dos años más tarde, en enero del '78, utilizara el étlico general Galtieri —que en esa época era comandante del Segundo Cuerpo de Ejército— cuando envió a México un comando cuya fracasada misión era asesinar a la conducción nacional montonera, que para entonces ya estaba en el exilio.

Uno de los integrantes de ese comando, Tulio Valenzuela, había sido secuestrado unos días antes —junto a su compañera Raquel Negro, y un hijo de ella y de su anterior pareja— y llevado al campo de concentración que funcionaba en una granja de la localidad de Funes, cerca de Rosario, donde la mayoría de los prisioneros eran «quebrados» y trabajaban para Galtieri. Al percibir la situación, Valenzuela simuló que también él era un «arrepentido» y se manifestó dispuesto a colaborar con el enemigo y a atentar contra la cúpula montonera, por lo que fue enviado a México junto a otro compañero y tres oficiales del ejército, mientras su compañera y su hijo quedaban de rehenes para evitar que intentara fugarse. El 16 de enero llegaron al país azteca y Valenzuela, en un acto de sacrificio excepcional, que le costó la vida a su compañera, se puso en contacto con los jefes de la organización y los alertó sobre el peligro que corrían. Dos días después y por orden de la conducción se presentó en una conferencia de

prensa donde denunció públicamente la «Operación México» y lo que ocurría en la quinta de Funes.

Sin embargo, Montoneros terminará castigando semejante acto de abnegación sometándolo a un «juicio revolucionario» en que el tribunal, presidido por Firmenich y Roberto Perdía, lo consideró culpable de traición, delación e instigación al asesinato, siendo condenado a la degradación y al regreso inmediato al frente de guerra en Argentina, mientras la conducción nacional se ponía a resguardo en Cuba.

Siempre me he preguntado qué actitud habría tomado el *Supremo* Firmenich si los militantes no se hubiesen negado a seguir sus órdenes y mi asesinato se hubiera consumado.

De esas reflexiones surgen tres interrogantes: el primero es si Montoneros hubiera guardado silencio para que el crimen permaneciera en la oscuridad sin que nadie pudiera encontrar un motivo que lo explicara. El segundo es si la organización habría promovido una denuncia, a través de los movimientos de solidaridad con los exiliados y las organizaciones de defensa de los derechos humanos para que atribuyeran mi muerte al accionar de la dictadura. Y el tercero, finalmente, es si Montoneros habría asumido abiertamente la responsabilidad de mi asesinato haciendo pública la causa que lo motivara, es decir la de ser «sospechoso de convertirse en vocero político del ex secretario general del Movimiento Peronista Juan Manuel Abal Medina».

A mi juicio, esta última posibilidad debe descartarse por lo absurdo del argumento pretextado por Firmenich. Mucho menos se animaría a expresar en voz alta, ni aún a sus más cercanos compañeros de militancia, que el verdadero objetivo que pretendía alcanzar con mi eliminación física era el de evitar que me convirtiera en enlace del ex presidente Cámpora con la Juventud Peronista, como efectivamente ocurrió cuando el Tío pudo aislarse en México.

Si nos atenemos al relato de Martín Gras que Juan Gasparini recoge en su libro, Firmenich argumentó que la organización debía eliminarme porque yo me convertiría en la cabeza de puente de Abal Medina quien, según él, ambicionaba nuclear la colonia exiliar radicada en México con el fin de alejarla de los Montoneros.

Suponiendo que el argumento expuesto por Firmenich fue-

ra realmente su verdadero objetivo, y si además diéramos como cierto el supuesto de que yo asumiría el rol de ser el vocero de Abal Medina, la situación no justificaba de ningún modo mi condena a muerte pues en todo caso se trataría de resolver mediante un abominable crimen político la diferencia existente entre dos formas de confrontar contra la dictadura que encontraban un mismo origen identitario como era nuestra común pertenencia al movimiento peronista.

Juan Manuel, como me consta, seguía expresando el mismo pensamiento que sostuvo hasta el 24 de marzo de 1976 cuando ya no pudo alzar libremente su voz en favor del pueblo.

En realidad puedo afirmar que después del golpe militar y la represión desembozada que se desató contra el pueblo, Abal Medina endureció sus posiciones políticas, por lo que su mensaje contra el gobierno sería más intransigente, como tantas veces me lo manifestara durante las largas conversaciones que compartíamos en la embajada mexicana.

Abal Medina estaba considerado por el régimen militar como uno de sus máximos enemigos a partir del rol político que cumpliera en el peronismo durante los años previos al advenimiento de la dictadura, razón por la cual fue incluido en la llamada «Acta de Responsabilidad Institucional». Tan peligroso se lo suponía que el gobierno resistió por seis años la permanente presión internacional para que le concediera el salvoconducto y sólo la insensata guerra de Malvinas obligó a la Junta Militar a abrir las puertas de la embajada para permitir su salida del país en un vano intento por romper el aislamiento en que se encontraba.

Como hemos visto, la orden de Firmenich para que un comando especial se trasladara a México con la misión de asesinarme, alegando que actuaría como portavoz de Abal Medina, es injustificable e insostenible políticamente. No obstante si profundizamos en el razonamiento que expuso ante sus oficiales tratando de explicar esa decisión, podremos constatar su debilidad argumentativa lo que sumado a otros aspectos que analizaré más adelante, me lleva a suponer que Firmenich elaboró una manipulación de la realidad política con el propósito de ocultar la auténtica finalidad que se proponía alcanzar con el crimen.

A fines de 1976, Firmenich concentraba en su persona el poder absoluto de todas las instancias partidarias y militares de Montoneros, poder que exhibía sin tapujos y ejercía sin miramientos. Lo que él había venido urdiendo en la mayor de las



reservas era, como ya lo he señalado, una maniobra cuyo verdadero objetivo era evitar que me desempeñara como nexo entre Campora y los miembros de la Juventud Peronista que se encontraban en el exilio.

Resulta conveniente analizar como se presentaba el escenario polıtico nacional en diciembre de 1976 momento en que, ante las sucesivas caıdas de sus cuadros que se venıan produciendo sin interrupcion desde el dıa del golpe de Estado, la conduccion nacional montonera tomo la decision de preservarse instalandose en el exterior para evitar la posibilidad de ser diezmada.

En ese nuevo escenario no podıa descartarse que en un tiempo relativamente corto se extendieran los salvoconductos a los asilados en la embajada de Mexico, pues ası lo habıa dejado trascender en entrevistas concedidas a la prensa mexicana el general Albano Harguindeguy quien, como dijimos, viajara al paıs centroamericano para representar al gobierno en la asuncion presidencial de Lopez Portillo.

Firmerich sabıa que Campora no avalaba ni avalarıa en el futuro la bandera de la lucha armada que enarbolaba Montoneros. Lo sabıa desde el mes octubre de 1975, cuando el Tıo rechazo formar parte del Partido Autentico propiciado por el jefe guerrillero. En esa epoca le ofrecio formar parte de la conduccion junto a Ricardo Obregon Cano y Oscar Bidegain, ex gobernadores de Cordoba y Buenos Aires, y el ex rector de la Universidad de Buenos Aires, Rodolfo Puiggros.

Firmerich estaba preocupado pues la decision de refugiarse en el exterior, traıa consigo el desafıo de ocupar el espacio polıtico internacional que reunıa a los miles de argentinos que se encontraban exiliados en distintos paıses de America Latina y Europa. Ası, una de sus maximas prioridades era la de recuperar influencia sobre ese activo exiliar, pues el mejor que nadie sabıa la cantidad y calidad de los cuadros polıticos que habıan escapado al exterior antes de ser alcanzados por el terrorismo de Estado. La mayorıa de ellos habıan militado o participado en diversas corrientes progresistas, mientras estudiaban o eran profesores en distintas universidades del paıs, en tanto que otros tuvieron destacada actuacion en el sindicalismo, ya sea como delegados e integrantes de las comisiones internas de sus fabricas o dirigiendo sus respectivos sindicatos. En el exilio tambien vivıan muchos artistas, intelectuales, periodistas, empresarios, o sea aquellas personalidades a las hoy se caracterizarıa como

«formadores de opinión» por la ascendencia que suelen tener en la sociedad.

Firmenich no podía menos que temer a la influencia que Campora conservaba en el peronismo, en especial sobre los miles de exiliados argentinos distribuidos en distintos países del mundo. El Tío reunía en su persona la condición de la lealtad a su pueblo, al peronismo, a la juventud y a la persona de Perón. Líder histórico, conductor del *Luche y Vuelve*, último delegado del general y constructor, como representante del peronismo y bajo la dirección de Perón, de *La Hora del Pueblo*, del FREJULI (Frente Justicialista de Liberación) y del FRECILINA (Frente Cívico de Liberación Nacional), frentes políticos y electorales que lograron terminar con dieciocho años de proscripción y desembocaron en el triunfo abrumador del 11 de marzo.

Hasta el último día de su vida el Tío fue la figura en la que muchos argentinos depositaron su esperanza de terminar con la dictadura y reinstalar los vientos de cambio que impuso su gobierno mientras duró la primavera camporista, cuando se tomaron las primeras medidas políticas y económicas que demostraron que el programa apoyado por el cincuenta por ciento de los votantes se ponía efectivamente en marcha.

Campora vivo era la encarnación de un sueño que tantos teníamos y conservbamos en nuestro imaginario: el de revivir los días anhelados de la movilización popular; los días de reconocimiento a la lucha emprendida por la gloriosa juventud, aquella «juventud maravillosa» a la que tanto nos enorgullecía pertenecer.

A todo esto tema Firmenich cuando pretendió darme muerte sospechando cuál sería el rol que me podía asignar el ex presidente. El *Supremo* Firmenich debía mantener en secreto su fantsiosa ambición de disputar el liderazgo con Campora. Estaba dispuesto a todo y aún sentía que contaba con la fuerza política necesaria como para librar esa batalla secreta que se empecinaba en ocultar, alegando que el adversario a vencer era Abal Medina. Después, cuando el aislamiento de Montoneros se hizo más que ostensible, la desesperación lo llevó a ejercer abiertamente la presión política contra Campora, exigiéndole definiciones afines a las de Montoneros como lo sostuvo públicamente en la solicitada que la organización diera a conocer el día en que Campora, ya gravemente enfermo, arribó finalmente a México.

Firmenich creyó encontrar en la figura de Abal Medina una excusa para evitar la resistencia política que desperta en los

cuadros de la organización si explicitaba su pretensión de enfrentar a Cámpora. Para que la maniobra fuera creíble especulaba con que no obstante el tiempo transcurrido aún perduraba entre la militancia que adhería a la estrategia montonera una suerte de distanciamiento y malestar para con Abal Medina, a quien hacían responsable de haber alentado el surgimiento de la Juventud Peronista Lealtad, liderada por Carlos Maguid, que propuso acatar las directivas de Perón en el momento en que la tensión entre Montoneros y el líder del Movimiento había llegado a un punto límite como resultante de la muerte de Rucci, y que, tras otros asesinatos y atentados, acabaría por eclosionar en 1974 cuando en la Plaza de Mayo se celebraba el Día del Trabajador.

A Abal Medina también se lo cuestionaba porque mantenía buenas relaciones con las distintas vertientes del sindicalismo peronista, en especial con Lorenzo Miguel, el hombre fuerte de la Unión Obrera Metalúrgica, en quien, desde su rol de secretario del movimiento, se apoyaba para desbancar a los colaboracionistas, cuya cabeza más visible era Rogelio Coria, secretario general de la UOCRA (Unión de Obreros de la Construcción de la República Argentina), a quien Montoneros «ejecutaría» en marzo del '74.

En 1974, la conducción montonera aseguraba que Juan Manuel desplegaba un juego político independiente y alejado del proyecto histórico revolucionario de Montoneros que fuera fijado por su hermano Fernando, fundador y máximo líder de la organización, muerto en un enfrentamiento con la policía en setiembre de 1971. También se le imputaba confundir a la militancia haciéndole creer que él encarnaba la continuidad revolucionaria expresada por Fernando. Esta posición era una forma de bloquear las acciones políticas de Juan Manuel que, orientadas a resguardar la unidad del movimiento y a combatir desde adentro a los sectores más derechistas, se diferenciaban de las tácticas extremas que adoptaba Montoneros.

A fines del '76 Firmenich apelaba a reinstalar las viejas diferencias existentes con Abal Medina para justificar la necesidad de operar militarmente en México, mientras ocultaba a sus compañeros el auténtico propósito de sus maniobras.

Considero que existían varias causas que me llevan a sostener que con mi eliminación, Firmenich pretendía disputar el liderazgo político del peronismo con Cámpora y no con Abal Medina, como afirma ante los oficiales montoneros a los que

encomienda la tarea que sus subordinados se niegan a cumplir.

El primer interrogante que debemos respondernos es por qué si Firmenich quería evitar que Abal Medina estableciera una relación política con la comunidad exiliada en México, nunca se ocupó de impedir que Nilda Garré fuera la elegida para llevarnos la voz de Juan Manuel. Por suerte para ella esto no ocurrió, pues podemos suponer cuál habría sido su destino si esa hubiese sido la verdadera intención del comandante montonero.

Nilda Garré nunca había interrumpido su militancia política. Ocurrido el golpe cívico militar de 1976 tuvo la intención de asilarse en la embajada de México, decisión que finalmente no tomó. Como ya he comentado, Nilda siempre mantuvo su diálogo postal con Juan Manuel alertándonos, entre otras cuestiones, sobre las acechanzas a las que estábamos sometidos los asilados en la embajada en los tiempos más duros del terrorismo de Estado.

Después del fallecimiento de Cámpora, Nilda viajó a México y se alojó en la casa del Bebe Righi. Durante su estadía en el Distrito Federal mantuvo reuniones con los distintos núcleos del peronismo exiliar, ocasiones en las que transmitió la visión política de Abal Medina, que ella compartía.

La libertad de movimiento que tenía Nilda para viajar, tarea que asumió con gran entereza, aunque siempre corrió el riesgo de ser víctima de algún grupo de tareas, deja expuesta la falsedad del argumento esgrimido por Firmenich, pues si su intención era impedir que Abal Medina tuviera un operador que diera a conocer su pensamiento para construir un espacio político bajo su conducción, la preocupación del jefe montonero debía orientarse a impedir que la esposa de Juan Manuel asumiera ese rol. Nadie mejor que ella — quien era un cuadro político de condiciones excepcionales y con larga actuación pública — para difundir el mensaje político de su marido ya que pocos dudarían de su autenticidad.

Firmenich no se abstuvo de dirigir sus acciones contra Nilda por razones altruistas, sino que, sencillamente, no lo hizo porque su propósito no era confrontar con Juan Manuel sino disputar el liderazgo con Cámpora y para eso quería adelantarse a la posibilidad de que el Tío me convirtiera en enlace con la juventud como luego habría de suceder.

Aunque la borrascosa reunión en que Firmenich decidió asesinarme se realizó a fines del '76, tuvieron que pasar doce años para que al publicarse la primera edición del libro de Gasparini, «*Montoneros. Final de Cuentas*», yo pudiera enterarme de la condena que había pesado sobre mí.

Durante ese lapso tuvieron lugar dos episodios cuyos protagonistas fueron dos de los miembros del grupo que se había negado a ejecutar la sentencia, desafiando la autoridad y provocando la cólera del *Supremo*.

Como ya he mencionado, en febrero de 1975, cuando logré escapar a la persecución que desatará contra mí la patota del D<sub>2</sub> de Córdoba, busqué refugio en el departamento de la madre de Nené Medina de Peña y de allí me trasladé al departamento de barrio Clínicas en que vivía Luis Manrique.

Tiempo después Luis debió exiliarse en España para salvar su vida. Una noche en el otoño europeo de 1979, en algún departamento de Madrid, conversaba con Martín Gras y, como siempre ocurría en los encuentros de exiliados, la charla derivó hacia los acontecimientos de la militancia que más habían gravitado en sus vidas. Así fue que Gras decidió contarle a Luis el vergonzoso incidente acaecido durante la rebelión que encabezara contra el comandante en jefe del ejército montonero.

— Antes de aquella noche nadie se había negado a obedecer una orden suya —le comentó Martín.

Después, cuando mencionó mi nombre, Luis Manrique se sobresaltó e interrumpió el relato para decirle:

— ¡Pero si el Pelado Yofre es uno de mis mejores amigos! En nuestra época de estudiantes militamos en la misma agrupación. Cuando el D<sub>2</sub> lo buscaba, el Pelado se refugió dos semanas en mi departamento, hasta que un día desapareció de improviso, sin comentarme los planes que tenía, pero dejó una carta dirigida a Montoneros en la que explicaba las razones por las que se apartaba de la organización.

»Durante los días que siguieron a la fuga del Pelado me enfrenté a una situación complicada porque en Montoneros sospechaban que yo sabía donde se había escondido, pero en realidad nunca supe qué había sido de él hasta que los diarios anunciaron que el gobierno le dio el salvoconducto para viajar a México.

Una vez que nos reencontramos en Argentina al regresar de nuestros respectivos exilios, Luis me contó este suceso en el que

nuestras vidas como militantes siguieron entrecruzándose, aunque, como en este caso, en el lugar menos esperado.

El segundo episodio, que habría de marcarme de manera indeleble, ocurrió en los primeros meses de 1977 en la ciudad de México.

Una mañana, cerca del mediodía, recibí en nuestro departamento de Escobedo la visita de Gonzalo Vaca Narvaja que venía a informarme que el Oveja Valladares estaba de paso por México y me proponía que nos reuniéramos, a lo que accedí inmediatamente.

El Oveja —así lo apodaban por su abundante cabellera en-sortijada— llegó puntualmente a la cita, llevando puestos sus habituales lentes de marco grueso, fijada en la confitería del tradicional Hotel Del Prado. Valladares era un tipo un tanto retacón, simpático, afable y extrovertido. Al vernos nos saludamos con un fuerte abrazo. Enseguida lanzó un golpe al aire mientras me dirigía una mirada en la que parecía decirme: «Fijate adonde venimos a reencontrarnos...».

Tres años habían pasado desde la última vez que estuviéramos juntos, en ocasión de celebrarse una reunión del Consejo Nacional de la Juventud Trabajadora Peronista, que se realizó en el local de la calle San Juan de la Capital Federal. El Oveja integraba el Consejo Nacional en su carácter de máximo dirigente de la JTP de Tucumán.

Café de por medio, y cumpliendo el típico ritual de los exiliados, nos dedicamos a recuperar el recuerdo de aquella época pasada que nos trasladaba a un tiempo signado por las grandes movilizaciones populares. Era el tiempo de la «*juventud maravillosa*», de la ilusión interminable, de los grandes sueños, de los días luminosos, el tiempo de creer en la utopía de una sociedad de iguales, sin pobres, sin excluidos, sin marginados. Todavía no había llegado ese tiempo trágico que muchos temían y que otros se encargaban de hacer inevitable; pero ya se avizoraba la larga noche que atravesaría una Argentina dominada por el terrorismo de Estado. Esa noche nos había golpeado fuerte y nos había llevado lejos, hasta reunirnos en tierra mexicana.

El Oveja estaba convencido del acierto de la estrategia que seguían los montoneros con quienes yo disentía desde su enfrentamiento con Perón en Plaza de Mayo.

Después de examinar por más de una hora la situación política argentina e internacional, la conversación derivó hacia nuestras situaciones personales. Yo le conté cómo habían sido para mí esos últimos años apartado de la militancia, lejos de Córdoba, refugiado en la quinta de Merlo del gran Buenos Aires y me explayé en los comentarios sobre nuestra estadía en la embajada de México, deteniéndome, sobre todo en el análisis de la posición del ex presidente Cámpora.

También le dije que, a mi juicio, Cámpora cumpliría un rol trascendente en el futuro político argentino y le adelanté que compartía el diagnóstico que hacía el ex presidente sobre la situación nacional por lo que, pese a que me costaba, debía hacerme a la idea de que en el futuro tendría que vivir muchos años fuera de la Argentina, y que no estaba de acuerdo con la postura de Montoneros que se sustentaba en la supuesta debilidad por la que atravesaba la dictadura y auguraba su próxima caída.

Mientras hablaba, el Oveja iba negando todas mis afirmaciones con enfáticos movimientos de cabeza:

—Estás equivocado Pelado. Hay un mar de fondo que pronto emergerá. —Dijo con convicción, para luego agregar: —Es inminente la movilización de los trabajadores a los que acompañarán amplios sectores de la sociedad y Montoneros va a conducir todo el proceso que acabará con la derrota de la dictadura para dar lugar a un gobierno popular y revolucionario.

Esta posición, típica del discurso montonero, se fundaba en el supuesto vínculo que la organización había construido con el pueblo peronista e intentaba justificar el papel de liderazgo que se autoasignaba desde comienzos de los '70, aunque la noción de «pueblo montonero», sustentada entre otros por Juan Gelman, era, en cierta forma, una de las tantas invenciones ideológicas de la conducción encabezada por Firmenich.

Después de expresar su absoluto convencimiento sobre el triunfo inexorable de la revolución guardó silencio por varios minutos. Parecía ensimismado en sus pensamientos. Abstraído, como supe después, en los dolores del alma que lo acechaban desde hacía meses. Atrapado por recuerdos y emociones que no quería dejar salir. Sólo cuando cruzamos nuestras miradas el muro que lo aislaba cedió, para dar paso a un relato que me conmovió profundamente hasta dejarme sin habla.

Tratando de disimular lo que sentía, el Oveja habló con una voz lejana, monocorde como si refiriera hechos intrascendentes de la vida cotidiana de su familia.

—Hace unos meses —me dijo— mi mujer y yo nos enteramos que los militares nos buscaban intensamente por toda la ciudad por lo que recibimos órdenes de abandonar Tucumán. Dejamos a nuestros hijos con mi suegra, ya que así estarían más seguros y no tendrían que sufrir las penurias de andar corriendo de un lugar a otro. Cada tanto nos comunicábamos desde teléfonos públicos para saber cómo estaban y entre ellos se arrebataban el tubo para escucharnos y decirnos que querían estar con nosotros, que la abuela era muy buena pero que nos extrañaban. Un día —prosiguió contando—, después de una de esas charlas telefónicas mi mujer se sintió muy angustiada y decidió abandonar toda precaución. Llamó a su madre y le dijo que viajaría a Tucumán para visitarlos. Intenté disuadirla haciéndole ver los peligros a los que se exponía pero no hubo caso, decía que cualquier riesgo era preferible al tormento de no poder estar con sus hijos.

»La cita se concretó en una plaza muy concurrida de la ciudad, pensando que allí el encuentro familiar no llamaría la atención. Mi mujer llegó a la hora convenida y su madre, con los chicos, la esperaba sentada en uno de los bancos. Apenas comenzaba a disfrutar del reencuentro cuando dos *Ford Falcon* aparecieron velozmente haciendo chirriar sus ruedas. Un grupo de hombres armados se abalanzó sobre ella y la llevó a la rastra hasta uno de los autos. La secuestraron a plena luz del día y en medio del llanto desconsolado de mis hijos.

»Los militares no atendieron los ruegos de mi suegra ni se conmovieron con el llanto de los chicos. Tampoco les importó que muchos paseantes presenciaran la escena. Ahora mis hijos siguen viviendo con la abuela y preguntan seguido por la madre. Tengo la seguridad de que a mi mujer la mataron —me dijo, mientras desviaba su mirada de la mía y la dejaba suspendida en un punto lejano.

Cuando el Oveja me anunció que se iba porque se le hacía tarde para llegar a tiempo a una cita que concertara el día anterior, me levanté como un autómata para darle un abrazo de despedida. Después me quedé sólo, más solo que nunca en un México todavía desconocido para mí. Se me hizo un nudo en la garganta mientras sentía que mi corazón acongojado latía agitado y una angustia existencial recorría cada fibra de mi alma.

El paso de los años no borró de mi memoria el encuentro con el Oveja Valladares. Todo lo contrario. Muchas veces me esforcé



por interpretar cuál fue la causa que lo llevó a reunirse conmigo. Pienso que, casi con seguridad, fue una decisión inconsulta y tomada con la mayor reserva, pues en caso de trascender, el enojo de Firmenich habría sido inevitable, así como la severa sanción que caería sobre él.

Intuyo que el Oveja necesitaba constatar que su determinación de resistir la orden de asesinarme había sido acertada. Pienso que en ese momento habrá valorado el largo tiempo que compartimos en la militancia, cuando soñábamos con construir una sociedad más justa.

Aunque durante nuestro encuentro nunca mencionó el episodio de diciembre de 1976, ni tampoco insinuó que él tenía algo que ver con que yo conservara la vida, creo que ese día, después de darnos el abrazo de despedida, se fue reconfortado con su decisión de rebelarse, pues había defendido la primacía de la vida sobre la muerte.

El Oveja, al reencontrarse conmigo en México quiso dejar un mensaje que yo debería interpretar en el futuro. Dejó constancia de su apuesta por la vida, a pesar de saber que su suerte echada y que ya no podía revertirla pues no estaba dispuesto a abandonar la lucha armada que desarrollaba Montoneros.

Unos meses después de nuestra charla en México, el Oveja Valladares puso fin a su vida, tomando una pastilla de cianuro, al descubrir que el aeropuerto de Carrasco, donde acababa de aterrizar el avión que lo traía a Uruguay, estaba rodeado de militares uruguayos que se aprestaban a secuestrarlo.

Esta vez no habría secuestro ni tortura. Los ejércitos de América del Sur que adherían al Plan Cóndor no pudieron conseguir su objetivo. La última batalla, la de la dignidad, la había ganado el Oveja, aunque para eso debió pagar con su vida.

### *Malvinas: el fin del exilio*

La última etapa de mi exilio se inició con la desaparición de Cámpora con quien compartí un año de intensa actividad política llena de altibajos y signada por el deterioro de su salud, pero con un alto impacto político que habría de frustrarse con su muerte.

En su generosidad, Cámpora me brindó su confianza y su afecto personal, dando pie a que entre nosotros se forjara una amistad que aún hoy sigo apreciando. Esa amistad se hizo ex-

tensiva a su hijos; Héctor, al que ya conocía por nuestras largas conversaciones en la embajada de México, y Carlos con quien debimos realizar múltiples gestiones políticas que nos encargara el Tío; y también a su esposa, Georgina, que siempre nos brindó su cariño y que tenía predilección por Susana, pues entre ellas se entendían a la perfección.

La muerte de Cámpora produjo un gran vacío político en el peronismo, especialmente en el ala más progresista, que había desempeñado un papel protagónico en la lucha por el regreso de Perón. En el transcurso de 1981 se reiteraron las iniciativas para nuclear a los distintos sectores que se reconocían peronistas, pero estas gestiones nunca llegaron a cristalizar en una agrupación que los sintetizara, debido a la diversidad y a las discrepancias entre las posiciones de cada grupo.

Con relación a este tema, en la sección de anexos reproduzco los textos de tres solicitadas, la primera se publicó al cumplirse un nuevo aniversario del 25 de mayo y las otras dos al recordarse los fallecimientos del general Perón y de Eva Perón como así también una breve caracterización de los «*Grupos políticos del exilio*» que, bajo ese título, incluyeron Jorge Luis Bernetti y Mempo Giardinelli en su libro «*México, el exilio que hemos vivido*».

Ya entrado el año 1982, todas nuestras previsiones políticas referidas a un nuevo contexto internacional que tendía a favorecer la continuidad de la dictadura ante la llegada a la presidencia de Estados Unidos del republicano Ronald Reagan y el consiguiente abandono de la política de derechos humanos que propiciara su antecesor, el demócrata James Carter, se vieron alteradas dramáticamente por la ocupación militar argentina de las Islas Malvinas.

Durante más de dos meses, la comunidad exiliar se movilizó, debatió, organizó marchas a la embajada Argentina para exigir el cese de la agresión imperialista de Inglaterra y Estados Unidos y demandar el cese de la represión y el regreso al estado del derecho.

La solicitada que publicáramos el 2 de mayo de 1982<sup>59</sup> refleja el pensamiento de buena parte de la militancia peronista en el exilio ante el avance de la Fuerza de Tareas inglesa y el inicio de las hostilidades.

---

59 Ver Anexo Documental.

Con la ocupación militar de las islas ya nada sería igual en Argentina. El gobierno militar había dado un salto al vacío y debíamos prepararnos para un pronto regreso al país. Así lo entendió el inolvidable y entrañable amigo Julio Villar cuando, después de escuchar en la casa de la Comisión Argentina de Solidaridad el último discurso de Galtieri anunciando que «*La batalla de Puerto Argentino ha terminado*», dijo en voz alta y con una convicción que no admitía duda alguna: «*El exilio terminó*».

En junio de 1982 recibí una carta de Mario Cámpora —sobriño del ex presidente, con quien acostumbrábamos intercambiar correspondencia— fechada en Buenos Aires el 31 de mayo. Allí realiza un análisis de la guerra de Malvinas que todavía no había concluido pero de la que Mario ya avizora el resultado final. Hay en ella una definición que considero acertada y excepcional: «*La operación militar es una causa legítima en manos espurias*».

Han pasado casi cuatro décadas desde que la escribiera y el tiempo transcurrido nos permite apreciar la lucidez de Mario Cámpora al prever las consecuencias políticas que desencadenó la guerra de Malvinas. Atendiendo a su definición es que considero imprescindible transcribirla en forma integral.

«Buenos Aires, 31 de mayo de 1982.

Señor Francisco Yofre

México

Querido amigo:

*Mi propósito fue contestar tu excelente carta a poco de recibida, pero no fue posible pues carecí de tu dirección particular hasta que días atrás comentando con Carlos mi deuda epistolar contigo, me dijo que él la conocía. Respondo ahora aquella carta en ocasión del grave momento en que está jugado mucho del destino argentino al menos en lo inmediato. Pienso entonces que podrá ser de tu interés así como del de tantos otros amigos ahí radicados, conocer la opinión que aquí nos hemos formado sobre la cuestión Malvinas, y que también hago conocer a compañeros sitios en Europa.*

*En los días subsiguientes al 2 de abril, pareció que la recuperación de las islas no desbordaría las características de un acontecimiento deportivo-militar. Sin embargo se ha transfor-*

*mado en un conflicto mayor que conmociona el ámbito internacional y que tiene incidencias profundas en el seno de la sociedad nacional.*

*Desde un comienzo definí esta operación militar como la de una causa legítima en manos espurias. También en un principio estimé que el gobierno militar confrontaría enormes dificultades porque la actual estructura de la comunidad internacional y la balanza de poderes, no favorecía la reivindicación argentina. Sin embargo una vez lanzada, pensé que una causa nacional como esa convocaba al pueblo y requería, previamente, la forja de la Unión Nacional para lo cual hice público lo que fue, estimo, el primer pronunciamiento político que destacó la indisoluble trama en que se tejen las cuestiones sociales y nacionales, cuando un gobierno se propone hacer política internacional por medio de la guerra. También en un principio pensé y lo dije en muchas reuniones, que el resultado dependería de dos evaluaciones que el gobierno militar no podía dejar de hacer antes de lanzarse a la acción. Una, la diplomática y otra, la militar.*

*Cuando el Consejo de Seguridad aprobó la resolución 502, quedó claro que la evaluación del Ministerio de Relaciones Exteriores sobre la reacción de la comunidad internacional ante el hecho armado, había sido errada. La solitaria posición argentina llevó a la necesidad de distinguir —en mi opinión— entre el no-apoyo al gobierno militar y el amplio apoyo que la gran mayoría de los países ha dado a la reivindicación argentina por las Malvinas, en cuanto foro internacional ha sido tratada desde el término de la Segunda Guerra Mundial. Debía pensarse, entonces, que el voto había sido no contra la Argentina sino contra el gobierno militar que ostenta una impecable foja de mala conducta internacional y doméstica. En un principio el gobierno militar no tuvo casi aliados y luego, superficialmente, fue logrando apoyos en el campo latinoamericano al cual los seis años del Proceso habían dado la espalda. Erradas evaluaciones alcanzan también a la reacción esperada de los países socialistas, de los no-aliados y del campo occidental no-anglosajón.*

*La segunda evaluación, la militar, se probaría en el ejercicio de la guerra y solamente los militares podían tener compe-*

tencia técnica para formularla. Obvio resulta exponer, a esta altura de los acontecimientos, hasta dónde ha llegado el desacierto también en dicha evaluación. Ahora sólo la valentía que demuestren los oficiales de las FFAA en la lucha, podrá disipar dudas sobre la buena fe con que fue encarado el operativo de la recuperación de las Malvinas, más allá del juicio que merezca la decisión en sí misma. Si no pelean a fondo, la civilidad deberá pensar que ésta fue una aventura que los militares no tomaron seriamente; que además de haber sido una decisión política inoportuna, no fue creída ni por sus autores. Habrán acumulado, en consecuencia, una responsabilidad más a las muchas que ya cargan en sus espaldas con la represión, la ruina de la economía, la injusticia social, etc.; a todas ellas vendría a sumarse ahora la responsabilidad por haber intentado la recuperación de las Malvinas y haber fracasado. Parece que sólo les queda, para explicarse ante la historia, la victoria de no-rendirse como alternativa a la derrota, y aun así, el juicio histórico no perdonará el error, y el pueblo de hoy, sus muchos muertos.

En estos días todo indica que la situación posmalvinas será dominada por los efectos no-queridos, vale decir, por la configuración de una situación que en modo alguno responde a la prevista por los autores de la empresa militar. El esfuerzo de preverla resulta vano o quizás imposible, pues la combinación de variables es inagotable en función del cuadro de condiciones sociales y políticas amén de las militares, que se verá drásticamente alterado a partir del desenlace bélico. Algo que ciertamente puede excluirse es la visualización de un proceso convencional, que contemplase una ordenada convocatoria de partidos políticos, en base a un estatuto ideal con una consecuente jornada electoral, en la que educadamente habría funcionado la democracia dando el triunfo limpiamente a quien hubiese logrado la mayor cantidad de sufragios para recibir de manos de las FFAA, los símbolos del poder. Esta visión casi bucólica y romántica del proceso subsiguiente o que subsigue al episodio Malvinas, es sin embargo, creída o esperada por la mayoría de la dirigencia política con un grado de sorprendente ingenuidad.

El clima social se enrarece acentuadamente a medida que la realidad creada por la cuestión Malvinas emerge demoliendo

*las posiciones de política interna y externa vigentes hasta que el conflicto las puso a prueba y no resistieron la prueba. Día a día nuevos "espíritus" son convocados y quedan errantes y sueltos estimulando ansiedades e incertidumbres. La oligarquía parece temerosa y asustada; los sectores populares creen que ha llegado el momento en que cambie su suerte; las propias FFAA no podrán sustraerse al desgaste de la crítica y recriminación recíproca y ajena ante el fracaso total; además, los factores externos están ávidos y no quieren ser excluidos si hay despojos que repartir o alianzas nuevas que formar. En fin, creo que nada será igual en adelante en el país de los argentinos.*

*Pienso que el artículo con que concluye tu carta relativo a nuestro reencuentro, puede verse favorecido por la dinámica de los acontecimientos cuya aceleración sorprenderá.*

*Un estrecho abrazo,*

*Mario Cámpora*

Las palabras finales de Mario Cámpora, escritas de su puño y letra, en las que se refiere a la posibilidad de un pronto reencuentro en Argentina, se hicieron realidad antes de que transcurrieran dos años.

México nos dio tanto, pero tanto, que ya no pude apartarlo de mi vida, de mi afecto, de mi cariño entrañable por ese pueblo, por esa tierra a la que he vuelto cada año para revivir el tiempo del exilio, donde hubo momentos difíciles pero también momentos felices e inolvidables. Por todo eso aprendí a querer a México tanto como al país que me vio nacer y me dio la nacionalidad.



## QUIERO VIVIR

«*Quiero vivir*» le había confesado Campora a Jose Reveles, uno de los mas prestigiosos periodistas mexicanos cuando en 1979 lo entrevistara en el lujoso Hotel Presidente; situado a pocas cuadras del castillo de Chapultepec; segun cuenta Miguel Bonasso en su libro «*El presidente que no fue*»<sup>60</sup>. Mas adelante agrega que:

*«Reveles salio defraudado. Sus posiciones contra la dictadura militar no eran todo lo duras que esperaba. Tampoco lo vea exigiendo con firmeza que Mexico rescatara a Hector Chico y a Juan Manuel Abal Medina. Y aunque comprenda los sentimientos de un padre que tiene a su hijo como rehen, hubiera querido (como pretendamos muchos entonces) un discurso mas energico que hubiera levantado la resistencia popular contra la dictadura y no la confesion humana que le hizo mientras tomaban el acuoso cafe americano del hotel: “Quiero vivir”».*

Las declaraciones de Campora en la entrevista que concediera a la revista *Proceso* a los pocos das de llegar a Mexico, desmienten la percepcion que tiene el periodista Jose Reveles y que Miguel Bonasso dice compartir:

Allı Campora expresaba:

*«La negativa del otorgamiento de los salvoconductos a los asilados en la embajada de Mexico en Buenos Aires sigue significando una terrible injusticia, de la cual tambien fui vıctima. El derecho de asilo debe ser respetado con la misma prioridad que cualquier otro compromiso de orden internacional (...) Es un mal incalculable para el prestigio de mi paıs que, por capricho, soberbia o insensibilidad polıtica, se niegue algo que existe obligacion de respetar».*

*«Para mı, los 40 meses de asilo significaron una condena privativa de la libertad, tan injusta como inaceptable. La negativa a dar el salvoconducto persistio aun despues de que*

---

60 Miguel Bonasso. «*El presidente que no fue*». Op.Cit. Editorial Planeta. Col. *Espejo de la Argentina*. 1a. Edicion, 1997.



*se pusiera de manifiesto el grave mal que padezco. La Junta Militar imposibilitó un tratamiento oportuno, lo que produjo graves consecuencias en mi estado de salud».*

En ese reportaje el periodista le señala que *«para Videla usted es un “delincuente ideológico”...»*, y enseguida expone abiertamente la acusación que esgrimía la dictadura contra el ex presidente con la intención de erosionar su figura:

*«La Junta Militar hace un manejo propagandístico para atribuirle la paternidad del terrorismo; no se le perdona el haber liberado a los “subversivos” como primer acto de su breve gobierno. ¿Es usted todo eso tan terrible?».*

Cámpora responde extensamente al interrogante planteado, abordando las causas de la violencia política que durante décadas ha dominado el escenario político del país:

*«La violencia en Argentina tiene origen en la falta de democracia política y la injusticia social. Desde 1946 hasta la fecha casi todos los presidentes constitucionales han sido desalojados del poder por golpes de Estado, y se han instalado gobiernos de fuerza. Todos los regímenes de “de facto” han clausurado las libertades públicas y han procurado cerrar el sistema político a la mayoría. Esto ha generado un número cada vez mayor de marginados, a quienes se ha negado su derecho de participación política y se ha privado de ingresos justos. La reiterada actitud de los gobiernos militares de prescindir de toda base formal y sustancial para el ejercicio del poder ha provocado reacciones, a veces pacíficas y otras veces violentas».*

*«Ante estas reacciones, la política oficial durante muchos años procuró reemplazar el consenso social legítimamente, por el terror inmovilizante de la vida política».*

*«Esta es la explicación de la violencia en Argentina, la que no se soluciona reprimiendo la disidencia».*

*«Fue precisamente por estas razones que mi gobierno practicó la democracia hasta sus últimas consecuencias, porque la pacificación se obtiene con medidas pacíficas, porque la violencia sólo genera violencia».*

*«Pero es, además, importante subrayar que las medidas tomadas, entre las que se incluyó una amnistía general, no fueron decisiones personales de Cámpora, sino anhelo mayori-*

tario del pueblo argentino. De otra forma, es imposible explicar por qué el Parlamento votó esa amnistía por unanimidad».

*«El drama de la sociedad argentina, una sociedad enferma de violencia, no se ha resuelto desde 1976, sino que se ha agudizado. Cada violación de los derechos humanos es, además de un ejemplo de violencia, un nuevo estímulo que gravita en contra de la paz social».*

*«Esta explicación racional de la violencia en Argentina ha sido confundida con su justificación. Por eso algunas voces, que no son representativas, me han acusado, pero expresan una contradicción esencial. Quienes han avasallado la democracia no pueden hablar en su nombre. Quienes han utilizado la violencia no pueden imputarme sus propias prácticas».*

Miguel Bonasso, en el capítulo 4 de la obra antes citada y que titula «¿Quién pondrá fin a mi diario?», afirma:

*«El último año de vida de Héctor José Cámpora merece recordarse por el fuero íntimo y no por la producción política, que no llegó a ser indigna pero sí pobre en relación con la magnitud del horror que suponía la dictadura».*

Sorprende semejante afirmación porque de ninguna manera se corresponde con la realidad de los hechos como me encargaré de demostrarlo a lo largo de este capítulo.

Nadie puede negar que la citada obra de Bonasso es considerada hasta nuestros días como la más importante investigación realizada sobre la extensa y rica vida política del ex presidente. En ella se han reconstruido los principales acontecimientos políticos en los que participó Cámpora. Se ha nutrido de los archivos del ex presidente; de sus propios recuerdos de la época en que fue parte de su gobierno como alto funcionario de prensa de la presidencia, así como de los relatos aportados por Mario Cámpora, sobrino del ex presidente y quien fuera el más influyente de sus asesores desde los años setenta hasta su muerte.

Llama la atención que Bonasso, después de realzar la acción de Cámpora, le atribuya al último año de su vida una: *«producción política que no llegó a ser indigna pero sí pobre... ».*

A mi juicio, este severo e inaceptable cuestionamiento a la actividad política desplegada por Cámpora en México durante su último año de vida cuando, como sabemos, estaba afectado por un cáncer terminal y sin embargo fue capaz de generar nu-

merosos actos y definiciones políticas en los que denunció el terrorismo de Estado que se instalara en Argentina a partir de 1976, obedece a dos razones.

En primer término, a las profundas diferencias políticas existentes entre el Tío y la organización política en la que militaba Miguel Bonasso.

Cámpora había expresado claramente, tanto el 13 de marzo en el acto público celebrado en la ciudad de México para recordar el triunfo electoral del 11 de marzo de 1973 como en la «*Carta abierta a los argentinos*» del 25 de mayo de 1980, que la violencia política no era el camino que debía seguir el movimiento peronista para recuperar el poder y restablecer la democracia en la Argentina.

El mismo Bonasso reconoce que apenas tres meses antes «*había roto públicamente con Mario Firmenich y el aparato oficial de Montoneros*». Esta ruptura no significó para él la renuncia a la lucha armada, al punto que la nueva agrupación política conformada por Bonasso y otros conocidos dirigentes que pertenecieron al Movimiento Peronista Montonero adoptó el nombre de «*Montoneros 17 de Octubre*».

De esta forma la autocrítica de los dirigentes de la nueva agrupación se circunscribirá al excesivo peso del aparato y al personalismo excluyente y autoritario que encarnaba Mario Firmenich. La crítica no alcanzará a la lucha armada que se desarrollaba en forma integral como parte de la estrategia política, pues de ser así debía señalarse en forma expresa el rechazo a su utilización. Por otra parte, la organización política que surgía como producto de las diferencias apuntadas en ningún caso podía denominarse «*Montoneros 17 de Octubre*», pues es insoslayable que el nombre de Montoneros aparece indisolublemente ligado a la lucha armada encarada por dicha organización desde el comienzo de los setenta y que, como ya hemos expuesto, Cámpora no aprobaba.

En la obra mencionada Bonasso también deja asentado el malestar que le provoca el trato recibido por parte del último delegado del general Perón.

Esta situación incómoda que describe Bonasso se produce en mayo de 1980 en ocasión de una recepción organizada por la Federación Latinoamericana de Periodistas con motivo de la presentación que hiciera el ex presidente del libro «*Después de la*

*Derrota*» escrito por el periodista Federico Fassano<sup>61</sup>, nacido en Argentina pero de larga actuación en Uruguay como director de cinco diarios orientales.

Bonasso cuenta que el Tío:

« (...) me tendió una mano glacial y me dedicó un escueto saludo que me trajo a la memoria los días de abril de 1973, cuando el Brujo inició su caza».

Sin duda una desafortunada comparación con el inicio de un tiempo de intolerancia y persecución política sobre los sectores progresistas y el pueblo en general conducido por López Rega, ese siniestro personaje que aplicó el terror desde el aparato del estado, anticipando la ola de crímenes que poco después desencadenaría la Junta Militar presidida por Videla.

A Bonasso le cuesta asumir la estrategia política que Cámpora, una vez en México, manifiesta sin ningún tipo de condicionamiento, pues ha recuperado su libertad de expresarse después de permanecer encerrado en la embajada mexicana durante casi cuatro años.

Cámpora ratifica la vigencia del rumbo político que tomara en 1975 como queda expuesto públicamente cuando, en el momento de fundar el Partido Auténtico, la dirigencia montonera lo invita a sumarse a la dirección del mismo y el Tío la rechaza en tanto no comparte la lucha armada que Montoneros desarrollaba en ese tiempo y que sería el preludio de su derrota definitiva.

Si, una vez instalado en México, Cámpora — como afirma Bonasso — no se reúne con Obregón Cano, quien en esa época integraba la conducción nacional del Movimiento Peronista Montonero, es porque pretende dar un mensaje en el cual no queden dudas sobre su decisión de rechazar la violencia política.

A Bonasso le resultará más fácil tomar un atajo para explicar las definiciones políticas de Cámpora y atribuírselas a la influencia que ejercíamos los asesores que el ex presidente había convocado al arribar a México y que ratificara en la Nochebuena de 1979.

A fines de ese año, en una nota publicada en el periódico mexicano *Universal*, Bonasso afirma que Cámpora está rodeado por

---

61 Federico Fassano Mertens. «*Después de la derrota*». Editorial Nueva Imagen, 1º de enero de 1980.

« (...) un entorno de asesores que ha venido practicando una política de blanqueo de antecedentes de la dictadura (...)».

Esta posición es la que reitera años después en la obra ya citada, cuando expresa:

«También señalé que no se había visto conmigo porque algunos *adláteres* que venían de las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) le habían aconsejado tender un cordón sanitario, a pesar de que yo había roto con Mario Firmenich y el aparato oficial de Montoneros en una diferencia que había estallado tres meses antes».

Bonasso no puede referirse a la existencia de un cerco sobre C ampora, pues de su propio relato surge que en la reuni on de la Federaci on Latinoamericana de Periodistas (FELAP) en la que se present  el libro *«Después de la Derrota»* mantuvo un diálogo directo con el Tío. Sería muy burdo y difícil sostener la existencia del pretendido *«cordón sanitario»*. Entonces decide acudir a una figura no muy alejada de aquel concepto tan afín a la liturgia peronista que remite a la acusación que efectuara Montoneros en 1973, atribuyendo las decisiones del general Perón a un desconocimiento de lo que ocurría en el país por la acción de un cerco que, junto a otros personajes de la misma cala a, habían instalado alrededor de su persona las nefastas figuras de López Rega, Isabel Martínez y Jorge Osinde.

En México no había un cerco tendido por *«adláteres»* que provenían de las FAR y que influían en las decisiones políticas de Cámpora, y sostener reiteradamente esa afirmación resulta por lo menos una mendacidad, pues me consta que en el equipo de asesores del ex presidente, tanto Esteban Righi como Julio Villar nunca pertenecieron a una organización que practicara la lucha armada, mientras que, por otro lado, es pública mi pertenencia a Montoneros entre los años '71 y '75, momento en que me aparto definitivamente de la organización, y Rodolfo Gil, el otro asesor que como especialista en relaciones internacionales tenía a su cargo proponer al T o estrategias pertinentes a su especialidad, tuvo una larga militancia en la Juventud Universitaria Peronista.

Por otra parte, cuando Bonasso expresa que el *«entorno»* proviene de las FAR, ya habían transcurrido siete años de su fusión con Montoneros, ocurrida en octubre de 1973, por lo que no tiene ningún sentido atribuirnos a los asesores el provenir de

una organización que ha desaparecido del escenario político al fusionarse con la organización en la que él militara hasta tres meses antes de que sus declaraciones aparecieran en el diario *El Universal*, para luego ser ratificadas y ampliadas en su libro «*El presidente que no fue*».

La intencionada y falaz descalificación que hace Bonasso acerca del origen político de los asesores de Cámpora al sostener que proveníamos de las FAR tiene por objetivo sugerir que teníamos una formación marxista, lo que condicionaría nuestra capacidad interpretativa para comprender en toda su dimensión al peronismo y su potencial para contener dentro del movimiento variados estratos de distintas clases y posicionamientos políticos diferentes.

La declaración de Bonasso al diario *El Universal* también expresa una marcada intolerancia para abordar las diferencias políticas que existían en el interior de la militancia exiliar de quienes por aquellos años residíamos en México, y si bien no alcanza a ser una expresión maccartista es al menos una posición que lo vincula al prejuicio que prevalecía en las etapas más calientes de la lucha ideológica en el seno del peronismo.

No puedo dejar pasar por alto el agravio que nos hiciera al afirmar que: «*el entorno de asesores ha venido practicando un blanqueo de antecedentes de la dictadura*», ya que nuestra larga trayectoria política en el Movimiento Peronista y la intensa actividad que desplegamos en los más de siete años de exilio apoyando al pueblo argentino y denunciando los crímenes perpetrados por la dictadura no merecía semejante descalificación.

La segunda causa por la cual Bonasso desconoce reiteradamente lo actuado por Cámpora en ese dramático último año de su vida tiene que ver con la frustración personal que sentía por no haber podido acompañarlo de cerca como uno de sus asesores de confianza, reeditando la situación que le permitió participar junto al Tío en el efímero gobierno iniciado el 25 de mayo de 1973.

Para analizar las condiciones de salud de Cámpora y la actividad política que desplegara en México en el período que va del 27 de noviembre de 1979, día en el que arriba a territorio mexicano y el 19 de diciembre de 1980 en que se produce su desaparición física, debemos recurrir al informe médico reproducido en el libro de Bonasso y que está redactado por el Servicio de Anatomía Patológica del Hospital Italiano. Después de realizar una biopsia de laringe, la junta médica integrada por los docto-

res Matera, Mario Piegari y Federico Pilheu dictamina que «*el paciente padece un cáncer de laringe con metástasis cervicales de carácter altamente maligno*».

El diagnóstico expresaba claramente la acción devastadora de la enfermedad y dejaba pocas esperanzas de que Cámpora recuperara su fortaleza física y superara el cáncer o que al menos pudiera prolongar su vida por un tiempo considerable.

Su horizonte inmediato era el de ser sometido a un agresivo tratamiento de quimioterapia y radioterapia que no tendría los resultados buscados, por lo que fallecería un año después.

Como hemos expuesto al inicio del capítulo, Bonasso afirma que Reveles sale decepcionado de la entrevista con Cámpora porque:

*«Sus posiciones contra la dictadura militar no eran todo lo duras que esperaba. Tampoco lo veía exigiendo con firmeza que México rescatara a Héctor Chico y a Juan Manuel Abal Medina. Y aunque comprendía los sentimientos de un padre que tiene a su hijo como rehén, hubiera querido (como pretendíamos muchos entonces) un discurso más enérgico que hubiera levantado la resistencia popular contra la dictadura y no la confesión humana que le hizo mientras tomaban el acuoso café americano del hotel: “Quiero vivir”».*

Consideré necesario transcribir nuevamente el texto correspondiente al capítulo tres del cuarto archivo, titulado «*Los Heraldos Negros*», para poder exponer con mayor precisión los puntos en los que discrepo.

No es cierto que Cámpora no reclamara con firmeza por la situación de los asilados en la embajada de México en Buenos Aires, como lo demuestran las numerosas denuncias que hiciera ante distintos foros y que fueran reiteradas en sus entrevistas con distintos líderes políticos entre las que podemos mencionar la que, en agosto de 1980, mantuvo con el presidente de Panamá Omar Torrijos en la sede del gobierno del país centroamericano; o con la que, en julio del mismo año, sostuvo con el senador demócrata norteamericano Edward Kennedy en el Hotel María Isabel Sheraton de la ciudad de México.

Sin duda la denuncia más categórica fue la que efectuó en Ecuador cuando, también en agosto del '80, participó en la re-

unión constitutiva de la «Asociación Latinoamericana para la defensa de los Derechos Humanos», donde sostuvo que:

*«La democracia no tiene vigencia donde se violan los derechos fundamentales del hombre, así como tampoco puede beberse agua fresca en el infierno».*

*«El respeto de los derechos humanos coexiste con la democracia, así como su violación coexiste casi siempre con los regímenes dictatoriales».*

Antes de hacer referencia al derecho de asilo, Cámpora efectúa durísimas acusaciones al régimen militar como puede constatarse en la documentación anexa a la presente obra.

Cámpora cierra su larga intervención denunciando la vigencia del Plan Cóndor en el que la dictadura participaba, amparada tras la excusa de la doctrina de Seguridad Nacional:

*«El accionar concertado de organismos de seguridad de distintos países, que eluden los canales que el Derecho Internacional prescribe para obtener la extradición, recurriendo al secuestro liso y llano, afecta el asilo territorial».*

*«El gobierno militar argentino se niega a reconocer el asilo diplomático. Lo afirmo no sólo como político, sino también como padre. Mi propio hijo, sin acusación alguna, espera desde hace más de cuatro años que se le otorgue un salvoconducto».*

*«La Junta Militar está obligada por la convención sobre asilo diplomático de Caracas de 1954. Pese a ello, no permite la salida de los asilados en la embajada de México».*

No hay en este discurso afirmaciones elusivas sino que, por el contrario, se trata de frases lapidarias y contundentes. Expone sin retórica el accionar del terrorismo de Estado hasta que, con la voz quebrada por el avance de la enfermedad, despierta la adhesión del auditorio que estalla en un cerrado aplauso, encontrándose entre los presentes el presidente de Ecuador Jaime Roldós Aguilera<sup>36</sup>, y el ex presidente del Consejo de Ministros y ex ministro de Guerra y de Relaciones Exteriores del Perú, Luis Eduardo Mercado Jarrín.

Si Bonasso considera que solamente se es enérgico y duro contra la dictadura cuando se reivindica la lucha armada, y eso es lo que parece esperar de Cámpora, debemos reiterar que el ex presidente no sólo no la reivindica sino que expresamente la con-



dena por entender que no respondía al sentimiento mayoritario del pueblo argentino.

Bonasso no se aparta de la interpretación que hace Reveles de las declaraciones del Tío, sino que la utiliza para confirmar su visión acerca de la actividad política que Cámpora desplegara durante 1980. Más aún, le señala a Mario Cámpora su decepción por lo actuado a lo largo de ese año, en donde cree ver una suerte de defección en la lucha contra el régimen de Videla atribuyéndole la responsabilidad al entorno del ex presidente.

Con el fin de dar sustento a su apreciación sobre el rol cumplido por Cámpora en su último año de vida, Bonasso presenta la figura del Tío como ya despojado de su condición de líder político y su relato, en el que nos muestra a un Cámpora que no ha perdido su discreción para comportarse en la vida privada, tiene como trasfondo aquella finalidad política.

*«Con el Bebe y con el inseparable Villar –nos dirá– hacían planes para el futuro, en la salita de la suite, comiendo unos pepitos de lomito con cerveza, que él prefería a las sofisticadas comilonas que su status privilegiado le hubiera consentido en cualquiera de los restaurantes del hotel. “Es la etapa más familiar de mi vida” le confesó una vez a Villar, y rogó para que Dios le permitiera reunirse con los suyos».*

El autor de *«El presidente que no fue»* nos presenta la imagen de un Cámpora bonachón, familiar, sin otra preocupación que no sea la de *«reunirse con los suyos»*.

¿Quiénes son los suyos además de su mujer, Georgina, que no se apartará de él ni por un solo instante desde que llegara a México? En primer lugar su hijo mayor Héctor que compartió con él la fuga de San Andrés de Giles en la noche del golpe y los largos tres años y medio de encierro en la embajada mexicana de Buenos Aires y que aún permanecía en ella junto a Abal Medina, impedidos de abandonarla porque la Junta Militar se negaba a extenderles el salvoconducto para abandonar el país. Además, quiere a su lado a su hijo Carlos y a su esposa embarazada, quien le dará una nieta unos meses antes de que el ex presidente muriera en Cuernavaca.

Bonasso interpreta el *«Quiero vivir»* de Cámpora como una confesión humana que lo aleja de la lucha contra la dictadura. Sin embargo, Cámpora le está anunciando a Reveles que va a dar

la batalla más importante que puede librar un hombre, que es la lucha por su vida. Su propia lucha será conmovedora, porque para ello deberá sobreponerse al estado de debilidad extrema al que lo somete el cáncer.

Pero esa decisión de luchar por su vida es en sí misma una lucha contra la dictadura. Esa dictadura que una vez detectado el tumor demora por varios meses la entrega del salvoconducto con el deliberado objetivo de lograr que el cáncer avance hasta que se produce la metástasis.

Es en esas circunstancias tan adversas que, cuando se le presenta la primera oportunidad de expresarse libremente, Cámpora anuncia que no se entrega, que no se rinde y que va a pelear por su vida.

Ahora bien, ¿y qué es su vida sin la lucha política? ¡Nada! Porque desde que estudiaba en la secundaria dedicó su vida a la militancia, a la lucha por las ideas y a la sociedad que quería construir.

Por la lucha política será presidente del centro de estudiantes de odontología de Córdoba, concejal en el municipio de San Andrés de Giles, presidente de la Cámara de Diputados de la Nación, delegado personal de Perón, conductor del *Luche y Vuelve*, presidente de los argentinos, embajador ante México. Por esa lucha política fue enviado a la cárcel de Río Gallegos para luego fugarse y seguir luchando, primero desde el exilio en Chile y después en Argentina para, finalmente, morir en el exilio mexicano pagando con su vida el haber sido la expresión política del triunfo de marzo del '73.

En 1980 se había erigido en el principal adversario que tenía el régimen militar pues en él residía la esperanza de muchos argentinos y de la juventud, en especial la peronista, de que por medio de su conducción política se restableciera la democracia y se instalara un gobierno popular.

La confrontación no se hará bajo la estrategia montonera de la lucha armada a la que adhiere Bonasso. Se hará reconstruyendo los espacios de la resistencia política y sindical que ya en ese tiempo y de manera incipiente mostraba el pueblo argentino.

Cámpora entendía muy bien que era necesario recomponer relaciones con la dirigencia peronista que estuviera dispuesta a luchar por el retorno de la democracia en el país. Así lo expresará públicamente en la «*Carta abierta a los argentinos*» donde

Cámpora propone reiterar la estrategia con la que se derrotara a la «Revolución Argentina» cuyo último jefe fue el teniente general Agustín Lanusse. Pensaba en las grandes alianzas políticas que Perón construyera en los años setenta para aislar al gobierno militar como «*La Hora del Pueblo*», el «*Frente Justicialista de Liberación*» y el «*Frente Cívico de Liberación Nacional*», en los que, como delegado personal de Perón, tuvo una destacada actuación.

Al emitir sus opiniones, Bonasso no ha llegado a la convicción de descartar la lucha armada como forma de resistir los embates del terrorismo de Estado. A la luz de su propio accionar político esta afirmación aparece completamente corroborada, ya que unos meses antes de sus declaraciones había fundado junto a otros compañeros el «Movimiento Montonero 17 de Octubre», sin asumir que la lucha armada había perdido todo apoyo popular desde el momento en que los «verdaderos» Montoneros pasaran a la clandestinidad bajo el gobierno de Isabel Martínez. Desde esa decisión militarista que expresaba en toda su dimensión la soberbia montonera, la lucha armada ya no podrá ser enarbolada como una forma legítima de resistencia contra la dictadura, como sí lo fuera una década antes cuando Perón, desde su exilio en Madrid, reivindicara con cierta frecuencia el accionar de las «formaciones especiales» con el fin de desgastar a la «Revolución Argentina».

En ningún momento Cámpora cederá en su firme decisión política de enfrentar al régimen militar gobernante. Acosado por el cáncer, su actividad no se detiene pese a que con el correr de los días su salud se deteriora cada vez más. Sin embargo, aún habrá un breve período de tiempo, que va desde abril a agosto del '80, en que el severo tratamiento oncológico logra contener el avance del mal proporcionándole un respiro que aprovecha para convertir en el período más fructífero en su producción política en el exilio.

En septiembre de ese año, el cáncer que permanecía aletargado cobra un impulso incontenible afectando en forma indisoluble su salud. En pocos días la enfermedad hará estragos y deberá cancelar el viaje que teníamos previsto realizar a Estados Unidos para entrevistarnos con diputados y senadores republicanos y demócratas, autoridades de los dos partidos así como organizaciones defensoras de los derechos humanos con el fin de denunciar los crímenes de la dictadura.

La lucha política de Cámpora librada en condiciones de salud tan adversas encuentra un antecedente en la historia del peronismo.

En 1952, Evita, afectada irremisiblemente por la misma enfermedad y acompañada por el general Perón, decide recorrer en un auto la ciudad de Buenos Aires. Sostenida por un soporte metálico disimulado bajo su tapado de piel, porque era la única manera de mantenerse de pie, puede por última vez estar en contacto directo con el pueblo argentino que ha ganado la calle para demostrarle el inmenso cariño que le profesa.

Esa imagen de Evita con su cuerpo frágil, el rostro pálido y la mirada encendida por el amor que siente por sus descamisados, permanece imborrable en la memoria colectiva de los argentinos.

Más cercano a nuestros días encontramos el testimonio conmovedor de un líder latinoamericano que también expresó su voluntad de luchar por la vida uniéndola a la lucha política. Así, el comandante Hugo Chávez, antes de partir hacia Cuba para tratarse del cáncer que lo aquejaba, se despedía de su pueblo en un dramático mensaje, transmitido desde el Palacio Miraflores, que nos permite asomarnos al sentido que daba a su vida el presidente venezolano:

*«En las próximas horas lucharé como sé luchar. Lucharé por la vida. ¡Lucharé como ustedes me enseñaron a luchar! ¡Daré la batalla por la vida, por mi vida que es la vida de la patria!».*

Como Evita y como Hugo Chávez, cuando Cámpora proclama «*Quiero vivir*» se está abrazando a la vida y, desde siempre, su vida ha estado vinculada a una lucha política permanente, comprometida con su voluntad de cambiar el orden establecido.

Su esfuerzo irrevocable por construir una sociedad más equitativa e inclusiva caracteriza toda su trayectoria política ligándola indisolublemente a su existencia física.



## QUIERO VIVIR II

Relataré ahora cómo cada paso que da Cámpora en su último año de vida lo hace pensando en recuperar aquel rol político trascendente que tuviera en el peronismo.

Me refiero al tiempo en que se desempeñó como presidente de la Cámara de Diputados en la década de los cincuenta, y después, ya en los '70, como delegado de Perón conduciendo el *Luche y Vuelve* que desembocará en su presidencia inconclusa, a la que seguimos considerando como un momento especial en nuestra historia por la amplia libertad que disfrutamos después de soportar años de dictadura militar y por la extendida participación democrática inaugurada el 25 de mayo de 1973.

Cámpora se convirtió en un dirigente valorado y querido por muchos argentinos, especialmente por la juventud. Ningún otro político de su generación, aparte de Perón, será distinguido con un apelativo que expresa cercanía, afecto, pertenencia, confianza. Esa confianza que sólo otorgamos a algún miembro de nuestra familia más cercana, como puede ser un Tío<sup>62</sup>.

Cuando se produce la masacre de Ezeiza surgen los primeros cuestionamientos a su conducción al hacer recaer sobre la juventud la responsabilidad de los trágicos enfrentamientos ocurridos en ese soleado mediodía del 20 de junio de 1973.

Tanto la derecha peronista como los sectores antiperonistas vinculados al *establishment* vernáculo percibieron rápidamente la existencia de ese vínculo con el pueblo y lo peligroso que resultaría para sus intereses si dejaban que siguiera consolidándose.

Las decisiones que Cámpora tomó durante el poco tiempo que duró su gobierno marcan un rumbo en el que sobresale la voluntad ineludible de llevar a la práctica las pautas programáticas votadas el 11 de marzo.

La libertad a los presos políticos concretada en las primeras horas de su gobierno y ratificada por el Congreso al dictar la amnistía, así como las medidas adoptadas hasta el día de su

---

62 En los años setenta los militantes peronistas nos referíamos a Perón llamándolo el Viejo en un tono de respeto que pretendía a la vez expresar cercanía con la conducción estratégica de Perón y su liderazgo indiscutido que ejercía desde Madrid.

renuncia a la presidencia de la Nación, no se apartan del camino prometido cuando asume como delegado del general Perón para conducir el *Luche y Vuelve*.

El proceso político iniciado bajo esa consigna debía concretarse a través de un gobierno de reconstrucción nacional que desembocaría en el socialismo nacional, según lo que anunciara el líder del Movimiento Peronista al dar a conocer la actualización doctrinaria.

Las principales acciones de su gobierno están expresadas en los discursos del ministro del Interior Esteban Righi estableciendo las nuevas reglas de juego a las que deberá atenerse la Policía Federal en el marco de un gobierno popular; las definiciones del comandante en jefe del ejército, teniente general Jorge Raúl Carcagno, el 29 de mayo de 1973; la intervención del vicescanciller Jorge Vázquez ante la Organización de Estados Americanos y demás políticas adoptadas en el campo internacional, como las de establecer relaciones diplomáticas con Cuba, Corea del Norte y Vietnam, no dejan dudas de que el Tío estaba dispuesto a cumplir cada uno de los compromisos que anunciara durante la campaña electoral y que afectaban los intereses de los sectores que concentraban la riqueza en la economía nacional.

Desde que Cámpora irrumpe en los años setenta como un actor protagónico de la política argentina mantendrá un discurso coherente, sin dejar de reconocer aunque sea por un instante que la «*juventud maravillosa*» había cumplido un rol fundamental para hacer posible el regreso del peronismo al poder.

Esta es la razón por la cual los factores de poder se mueven con rapidez e inician una campaña de desgaste de la figura del Tío, utilizando a los peores exponentes de la derecha peronista que apelaron a la difamación y a la mentira para descalificarlo. Después, durante los años en que gobernó el proceso militar, la campaña contra Cámpora se profundizó, al punto que el mismo dictador Videla asumió esa tarea acusándolo de ser ideólogo de la guerrilla.

Cámpora llegó a México con un plan que concibiera durante los años que permaneció en la embajada de Buenos Aires, cuyo objetivo era alcanzar una centralidad política capaz de convertirlo rápidamente en un referente obligado de la política nacional. En este marco, tomó contacto epistolar con la dirigencia peronista que residía en el país para hacerle conocer su pensamiento

sobre la situación imperante en la Argentina y la necesidad de organizarse para recuperar la democracia.

Apenas su enfermedad le dio una tregua, realizó viajes a países de América Latina que se destacaban por su posición antiimperialista, dándole así visibilidad pública a su posicionamiento político internacional que no había variado respecto a la que adoptara durante su gobierno.

La primera actividad con significación política de Cámpora en México se produjo cuando los médicos encargados de su tratamiento lo autorizaron a movilizarse fuera del hospital, con la condición de que lo hiciera por pocas horas. El tiempo otorgado lo utilizó para entrevistarse con el primer magistrado mexicano.

De esta manera, Cámpora realizó un movimiento político inicial de suma trascendencia al sostener una reunión con el presidente López Portillo, que además de regir los destinos del país anfitrión, gozaba de gran prestigio e influencia en la región. Su importancia en el escenario internacional iba acrecentándose en la misma medida en que México avanzaba aceleradamente en la explotación de su petróleo hasta convertirse en el segundo productor latinoamericano detrás de Venezuela.

El encuentro tuvo lugar en la residencia presidencial Los Pinos. El diálogo entre los dos hombres fue franco y distendido. Emocionado, el Tío le dirá:

— «Permítame señor Presidente expresarle mi gratitud, la de mi hijo Héctor y la del doctor Abal Medina, por el asilo brindado. Los argentinos siempre recordaremos su profunda generosidad y la del pueblo mexicano por otorgar refugio a miles de compatriotas que llegaron a México en su hora más difícil escapando de la peor dictadura que recuerde la historia argentina».

Cámpora concurreó acompañado por Julio Villar que ese día se convirtió en su secretario privado y en esa condición fue presentado en Los Pinos. Julio será ante todo un amigo entrañable para el Tío. Salvo la esposa del ex presidente, Nené, nadie pasó más horas junto a él durante ese año. Su sentido especial para el humor se manifestaba con frecuencia poniendo una nota de color que todos sabíamos festejar.

La agudeza de Julio para pintar una situación en una sola frase era una de sus grandes cualidades, así como su capacidad para recoger y narrar anécdotas que amenizaban nuestras reuniones políticas. En una oportunidad me contó que a mediados de 1975 cuando las amenazas, atentados y crímenes de las Tres A



estaban en pleno apogeo y la llegada de los argentinos a México se incrementó rápidamente, ocurrió un episodio imprevisto que tuvo como protagonista a Cámpora, que en ese entonces se encontraba en el país azteca.

Ocurrió que una mañana en la que Julio y el Tío salían del ascensor del edificio de departamentos de Mariano Escobedo, en el que ya residían muchos compatriotas, quedaron enfrentados a un chico argentino de alrededor de diez años. Al reconocer a Cámpora el chico, sorprendido, miró a su padre y le dijo:

—«¡Mirá papá... es Cámpora! ¿Y Solano Lima donde está?».

Ninguno de los presentes pudo contener la risa ante la inesperada pregunta, fruto de una evidente asociación de imágenes, pues durante los meses que duró la campaña presidencial anterior a los comicios de marzo del '73, la figura de Solano Lima, compañero de fórmula de Cámpora, aparecía con frecuencia junto a la del ex presidente por lo que no resultaba sorprendente que su presencia trajera a la memoria del niño el nombre del dirigente del conservadurismo popular.

Otra de las cualidades que distinguían a Julio era su permanente optimismo y su carácter alegre, aspectos que valorábamos y que disfrutábamos durante las reuniones que teníamos con el Tío para armar la agenda política.

Una mañana de diciembre, cerca de las fiestas de fin de año, Julio me comentó que Cámpora había aceptado su invitación a pasar la Nochebuena en su departamento, y que le sugirió que también nos invitara al Bebe Righi, a Rodolfo Gil y a mí, con nuestras respectivas esposas.

El Bebe y Zulita no pudieron asistir pues tenían un compromiso previo que no podían deshacer. En nuestro caso, y desde que llegamos a México, Susana, Pablo y yo, como lo hacían muchos argentinos, íbamos a Acapulco a pasar las fiestas y nos quedábamos hasta después de Reyes, pero ese año conseguimos trasladar el alquiler del *bungalow* para después del veinticinco de diciembre. Otro tanto hicieron Rodolfo Gil y su esposa.

Julio nos pidió que estuviéramos en su apartamento media hora antes de la hora en que tenía previsto llegar Cámpora, para no demorar el festejo pues su estado de salud no permitía extender la reunión más allá de la medianoche.

Con Julio y Rodolfo habíamos acordado que la celebración se desarrollara en un clima familiar, pero sin dejar de lado cierta

formalidad, por lo que los hombres fuimos de traje y las mujeres con vestidos de noche.

Apenas podía disimular mi ansiedad por el reencuentro. Habían pasado poco más de tres años desde que nos despediéramos en la embajada de México.

Cuando llegó el ex presidente nos estrechamos en un abrazo cargado de emoción. Saludó con un beso a Susana y a Pablo y enseguida nos presentó a su esposa, Nené, con la que pronto simpatizamos, especialmente Susana, quien desde el primer momento se entendió muy bien con ella.

Después del largo tiempo que pasé sin verlo, me impresionó encontrarlo tan enfermo, debilitado por la severidad del cáncer y por la agresiva terapia a la que lo sometía el equipo médico del Hospital Oncológico. Aún llevaba en el cuello una venda que le cubría el tumor y el esfuerzo que hacía para hablar denotaba el estado en que se encontraban sus cuerdas vocales.

La única vez que habló unos pocos minutos seguidos fue para decirnos que había pensado que apenas se recuperara del tratamiento le agradecería recibirnos en la suite del Hotel Presidente a la que se había trasladado en esos días.

—Me gustaría que me ayudaran con una serie de actividades políticas que debo cumplir —dijo el Tío con voz ronca.

—Por supuesto doctor, estamos a su disposición —dije yo, a lo que Rodolfo Gil agregó:

—Para nosotros será un honor además de una obligación.

—Entonces Julio les hará saber con anticipación cuándo podré recibirlos.

Después de brindar a la medianoche, el Tío y Nené se retiraron y así terminó nuestra Nochebuena mexicana en el setenta y nueve.



## QUIERO VIVIR III

Corrían los últimos días de enero de 1980 cuando Julio Villar me comunicó que el Tío nos convocaba a la prometida reunión en el hotel Presidente InterContinental de Chapultepec, ubicado en Colonia Polanco a sólo ocho cuadras de nuestro departamento de Escobedo.

A principios de los ochenta era el hotel más alto y moderno de la ciudad de México. El imponente edificio se destacaba aún más al elevarse entre lujosas casas de dos pisos, la mayoría construidas en los años cincuenta, rodeadas de jardines bien cuidados donde abundaban las flores de variadas especies. Las veredas espaciosas, protegidas por la sombra de árboles añosos, y las calles empedradas y poco transitadas, contribuían a hacer de esas pocas cuadras del barrio un lugar silencioso que invitaba a recorrerlas caminando.

Cada vez que paseaba por la zona, tenía la sensación de encontrarme en un oasis que había logrado mantenerse detenido en el tiempo, sustrayéndose al avance incontenible de los edificios de altura, lo que le confería una personalidad propia que lo distinguía de otros barrios de la gran capital.

La reunión había sido convocada para las siete de la tarde y aunque vivía tan cerca, decidí salir con tiempo suficiente para poder disfrutar las pequeñas sorpresas que ofrecían las tranquilas calles del barrio. Solía detenerme frente a la vidriera de un conocido negocio que exhibía hermosas obras de arte, y donde se podían encontrar desde cuadros de pintores famosos, jarrones pertenecientes a distintas culturas hasta una gran variedad de piezas a precios inalcanzables para la clase media.

Cuando las primeras luces de las casonas comenzaban a encenderse, ingresé al lobby principal del hotel donde desembocaban varias escaleras que conectaban con distintos desniveles ocupados por cafeterías, tiendas y locales comerciales.

Tomé uno de los ascensores que en minutos me llevó al piso 42. Al salir al palier, me encontré frente a dos hombres que vestían con elegancia y tenían todo el aspecto de ser profesionales que se alojaban en el hotel. Sin embargo se trataba de parte del personal de custodia asignado a la protección del Tío, pero como

habían sido avisados de que llegaríamos a esa hora no me pidieron que me identificara y se limitaron a seguir mis movimientos con disimulo.

El gobierno mexicano había dispuesto que el cuerpo de elite de los servicios secretos del país, que pocos meses antes había dado protección al Sha de Irán, participara en el esquema de seguridad que rodearía al ex presidente argentino.

A fines de los setenta, el Sha Reza Pahlevi era el hombre más amenazado del planeta, al que EEUU buscó proteger con la participación de un país confiable, cercano a su frontera y por ende al alcance del brazo de la CIA. Cuando México, a solicitud de los americanos, aceptó recibirlo en su territorio, sabía que el depuesto monarca iraní era un aliado estratégico de los norteamericanos y el principal objetivo militar de los Guardianes de la Revolución que acababan de tomar el poder en Irán bajo el liderazgo del aya-tollah Khomeini.

Por disposición del poder ejecutivo mexicano, el Sha fue alojado en el lujoso Hotel Las Brisas de Acapulco. Allí a cualquier grupo comando que pretendiera atentar contra la vida del ex monarca iraní le resultaría casi imposible lograr su objetivo, pues el hotel se hallaba en lo alto de una montaña a la que sólo se podía subir por un único acceso, fácil de controlar y defender.

En el caso de Cámpora no resultaba extraño que la Secretaría de Gobernación recurriese a sus mejores hombres y tomase todos los recaudos necesarios para proteger la vida del ex presidente, después del incidente que ocurriera dos años antes cuando un comando clandestino del ejército argentino intentara atentar en tierra mexicana contra la conducción montonera.

La operación, a la que ya he aludido extensamente en un capítulo anterior, fue desbaratada por la denuncia pública de Tulio Valenzuela, oficial montonero y uno de los integrantes del comando, que dio la voz de alerta sobre la presencia paramilitar mediante una conferencia de prensa. Informadas las autoridades mexicanas por la dirigencia del Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (COSPA) procedieron a detener a los miembros del comando invasor los que, después de ser sometidos a un intenso interrogatorio, fueron expulsados del país.

México no se podía dar el lujo de permitir que los comandos argentinos actuaran con la misma impunidad con que lo hicieran en Lima en 1977 cuando secuestraron a Carlos Maguid, histórico

dirigente montonero, y, años después, a miembros de la familia Molfino que habían buscado refugio en Perú.

México nunca formó parte del Plan Cóndor que la mayoría de los países de América del Sur pusieron en marcha en 1974 para asesinar a sus enemigos políticos sin importar en qué territorio se encontraran como, entre otros casos, ocurriera con el ex presidente de Bolivia general Juan José Torres o el ex senador uruguayo Zelmar Michelini.

Antes de golpear la puerta de la suite, uno de los custodios me saludó con una leve inclinación de cabeza que yo correspondí con un «Buenas tardes». Dos breves golpes anunciaron mi presencia. Después de abrir la puerta, Nené me dio la bienvenida con un beso y me hizo pasar a la sala, indicándome que me ubicara en una de las sillas que rodeaban la mesa rectangular.

Cámpora llegó enseguida, y pude notar que su semblante había mejorado notablemente y que ya no llevaba la venda en el cuello. Mientras tomábamos el desabrido «café americano», y casi en forma simultánea, llegaron Rodolfo Gil y Julio Villar. Pocos minutos después lo hizo el Bebe Righi.

La suite contaba con un amplio dormitorio y una espaciosa sala provista de una mesa de fina madera oscura y ocho sillas, que desde entonces fue el lugar elegido para mantener todas nuestras reuniones. Desde la sala se podía acceder al balcón, al que muy pocas veces nos asomamos a pesar de que ofrecía una visión privilegiada, pues durante el día se podía apreciar en toda su dimensión el bosque de Chapultepec, visitado por miles de mexicanos, especialmente los fines de semana, y por la noche resultaba muy impactante ver las luces encendidas de los cientos de edificios que no muy lejos de allí se erigían en la tradicional colonia.

Cámpora propuso que sostuviéramos una reunión semanal. Enseguida esbozó las líneas principales de la estrategia que tenía pensado desarrollar durante su exilio en México:

1. Denunciar las violaciones a los derechos humanos que realizaba la Junta Militar.
2. Exigir los salvoconductos de los asilados que permanecían en la embajada mexicana de Buenos Aires.
3. El regreso inmediato a la plena vigencia de la Constitución Nacional y llamado a elecciones sin proscripciones.

4. Tomar contacto epistolar con los principales dirigentes del peronismo residentes en el país.

5. Tomar contacto epistolar con dirigentes políticos opuestos al régimen, así como con periodistas argentinos en el exilio y con algunos dirigentes empresarios que tuvieron que exiliarse para salvar su vida.

6. Organizar una agenda internacional con eje en América Latina para posteriormente extenderla a Estados Unidos y a Europa.

Durante el año que acompañamos a Cámpora como asesores de su corto pero intenso accionar político, conformamos un grupo equilibrado que, más allá de las distintas miradas individuales sobre algunas cuestiones coyunturales, estaba unido por coincidencias políticas estratégicas, que quedaron cristalizadas en las definiciones expresadas en la «*Carta abierta a los argentinos*» del 25 de Mayo de 1980.

Cada uno de nosotros cumplió un rol previamente acordado, sin que por ello dejáramos de aportar nuestra propia impronta a las definiciones que se adoptaban.

Estas condiciones difíciles de lograr nos dieron un marco de coherencia y propiciaron un ámbito adecuado para el intercambio de ideas que nos llevaron a consolidar lazos de amistad construidos antes, durante el tiempo que llevábamos de exilio y que después perdurarían con el paso de los años manteniéndose hasta nuestros días.

El Bebe Righi se destacaba por su madurez y lucidez políticas. Su serenidad, sus intervenciones medidas, así como su capacidad de reflexión no estaban exentas de firmeza a la hora de sostener sus puntos de vista en los debates que a veces sosteníamos, por lo que su voz se convirtió en la más escuchada y valorada por Cámpora. Todos reconocíamos en él una autoridad legítima fundada en su trayectoria pública y su capacidad intelectual y política. Actuaba como virtual jefe de gabinete y era el principal responsable de diseñar los pasos políticos que Cámpora llevaría adelante.

Esa estrategia era consensuada con Mario Cámpora, que permanecía en Argentina pero realizaba frecuentes viajes a México. Durante sus estadías en el Distrito Federal, desarrollábamos intensas jornadas de trabajo de las cuales solían salir las principales acciones a seguir en los meses siguientes.

Una de las tantas tardes en las que conversamos a solas con el Tío en la espaciosa suite del hotel, nos dedicamos a comentar la reunión que habíamos sostenido el día anterior con un conocido dirigente del peronismo de la provincia de Buenos Aires.

En esas circunstancias el Tío me dijo:

—¡Francisco, hay que ver cómo ha madurado el Bebe en estos años!

El elogio estaba vinculado a la solvencia con que el Bebe se desenvolvió durante ese encuentro, que se prolongó más de una hora y en el que se abordaron temas polémicos como el futuro de Isabel Perón y la escasa actividad que desarrollaba la dirigencia política opositora al régimen militar.

La satisfacción expresada por el ex presidente tenía su origen en que al confiarle en 1973 el Ministerio del Interior de su gobierno lo había proyectado al escenario nacional cuando sólo contaba treinta y cuatro años por lo que, intuyo, se sentía satisfecho de haber acertado en su decisión de convocarlo para tan altas funciones a pesar de su juventud y erigirlo en su principal asesor político junto a su sobrino Mario Cámpora.

Las reuniones de trabajo presididas por el Tío solían caracterizarse por un excesivo formalismo pues su sola presencia imponía gran respeto, no sólo por la jerarquía del cargo que detentara o por su larga trayectoria política, a lo que siempre era difícil sustraerse, sino también por la manera particular, serena y circunspecta, que empleaba en su trato con todas las personas.

Cámpora manejaba con maestría el arte de la cordialidad con la que sabía cautivar a sus interlocutores sin que por ello perdiera la autoridad inherente al ejercicio del liderazgo político.

Por su parte, la personalidad extrovertida de Julio Villar ayudaba a crear un clima más distendido y, a mi juicio, Julio era quien mejor interpretaba el estado de ánimo de la comunidad exiliar, especialmente el sentir de los más jóvenes.

En el transcurso de nuestras reuniones Julio insistía en la conveniencia de incorporar al discurso político del Tío las percepciones de la juventud, las cuales describía in extenso y a las que sabía agregar conceptos de su propia cosecha que se originaban en su natural optimismo para interpretar el escenario político nacional.

Las posiciones de Julio eran compensadas por las intervenciones de Rodolfo Gil que poseía una personalidad más retraída y tenía la virtud de reunir dos atributos, la del militante con vo-



luntad política por hacer y construir poder, y la del intelectual, que interpretaba los acontecimientos nacionales e internacionales en el contexto de la guerra fría y del mundo bipolar que existía por aquellos años. Siempre dispuesto a indagar y a meditar sobre las distintas opciones políticas que ofrecía la coyuntura, sus aportes eran muy valorados por el Tío.

La primera vez que nos juntamos, Cámpora dispuso que en todas las reuniones se levantara un acta en la que debían registrarse los temas tratados, así como las tareas que cada uno debía cumplir. También se hacía constar la fecha en que se realizaría el próximo encuentro y la agenda que desarrollaríamos en el mismo.

Estas funciones me fueron asignadas en la primera reunión lo que me permitió conservar las actas originales, tan necesarias para reconstruir el debate político de aquellos años y las posiciones sostenidas por el ex presidente.

Poco tiempo después, con motivo de producirse un entredicho propio del trajín de las reuniones, mis funciones originales se ampliaron para convertirme en redactor de muchas de las cartas que el Tío dirigiera a diferentes actores políticos nacionales e internacionales.

Ocurrió que un día en que el encuentro se prolongó más de lo habitual por la extensión de la agenda que tratábamos, el Bebe realizó un comentario político con el que yo expresé mi disidencia, pero lo hice con una vehemencia que el tema no merecía. Mi imprudencia en el tono que utilicé irritó al Bebe, quien sin embargo se contuvo y decidió no rebatir mi opinión.

Habitualmente, el último punto de la agenda se reservaba para distribuir las tareas que cada uno debía cumplir, rol que como es de esperar asumía nuestro virtual jefe de gabinete.

En el transcurso de la reunión se había dispuesto intensificar el contacto epistolar directo con la dirigencia política residente en el país antes de hacer pública la «*Carta abierta de los argentinos*». Sobre este documento veníamos trabajando en las últimas semanas contribuyendo con nuestras diferentes visiones a la hora de poner mayor o menor énfasis en los distintos núcleos políticos internos del peronismo, sin que esas posiciones alteraran el contenido estratégico pues Cámpora ya había expuesto los ejes centrales que tendría la declaración y el Bebe se había encargado de darle forma y enriquecerla con sus aportes a los que sumó algunas ideas nuestras.

Cuando terminamos de conformar la lista de los numerosos dirigentes que debían recibir la misiva, el ex presidente, tal como lo hacía con frecuencia, preguntó:

— ¿Quién redactará la carta a Matera?

Antes de que alguno de nosotros se ofreciera a hacerlo, el Bebe se nos adelantó y, con especial energía, dictaminó:

— ¡Francisco!

Después, cuando Cámpora preguntó por la carta que recibiría otro dirigente, el Bebe insistió:

— ¡Francisco!

A la cuarta consulta la situación se repitió, y entonces el Tío, ya un poco molesto, dijo:

— ¿A usted le parece, Bebe, que ésta también la debe escribir Francisco?

Sin darle tiempo a que Bebe respondiera, me apresuré a intervenir:

— Doctor no me impida desarrollar mi carrera como escritor, que a lo mejor en el futuro puedo vivir con los ingresos esta nueva profesión.

Así, con humor, corté por lo sano una discusión que no tenía mayor trascendencia, y que podía crearnos una situación enojosa.

A la reunión siguiente concurrí con los borradores de las cartas que estaban a mi cargo. Cuando Cámpora terminó de escuchar la lectura de los textos que preparara se mostró muy satisfecho, al punto de considerar que debían remitirse a los destinatarios tal como yo los había redactado.

Desde ese día, una vez que Cámpora expresaba los lineamientos del contenido de las cartas, a los que se agregaban nuestros aportes, no volvió a preguntar quién se haría cargo. Simplemente decía:

— Francisco, debemos tenerla lista para el próximo encuentro.

El diálogo epistolar de Cámpora con la dirigencia del peronismo tenía un alto valor simbólico porque durante sus dieciocho años de exilio, también el propio general Perón recurrió con frecuencia al envío de cartas para analizar la situación política nacional e internacional y a su vez informarse por el mismo medio de las acciones que los hombres y mujeres de las distintas ramas del Movimiento desarrollaban para recuperar el poder siguiendo las instrucciones que él había impartido. En este inter-

cambio, Cámpora no llegó a incluir cintas grabadas o reflexiones hechas ante una cámara como sí lo hiciera Perón.

Ese diálogo postal que iniciara Cámpora se intensificó con el transcurrir de los meses especialmente después de la «*Carta Abierta*» del 25 de Mayo.

Otra carta, la que se reproduce en el anexo y en cuyo texto aún no figura el día en que se despachó — finalmente será fechada el 1º de Julio de 1980, haciéndola coincidir con el sexto aniversario de la desaparición del general Perón—, tiene como objetivo consultar a la dirigencia sobre la construcción de un programa de gobierno así como:

*«...diseñar una táctica y una estrategia para lograr la consagración definitiva del peronismo, no solamente en las urnas, lo que descarto, sino en la consolidación de una patria libre, justa y soberana como siempre quisieron y a la cual consagraron su vida el general Perón y la Sra. Eva Perón».*

En el marco de este incesante intercambio de correspondencia, resulta interesante dar a conocer la visión que tenía Nilda Garré sobre la situación política del país a principios de 1980 y que se manifiesta en la carta que nos enviara y que reproduzco más abajo. Nilda había viajado el año anterior a México alojándose en la casa de Bebe, oportunidad en que escuchamos su análisis del escenario político nacional enriquecido por sus impresiones acerca de las conversaciones sostenidas con diferentes dirigentes, especialmente con varios líderes obreros. En viajes posteriores nos volveríamos a encontrar y ella me entregaría una carta de Juan Manuel Abal Medina en la que comentaba los primeros pasos de Intransigencia, la línea que lideraba Vicente Leónidas Saadi.

*«Buenos Aires, 10-2-80*

*Queridos Francisco y Susana:*

*Quiero, ante todo, hacerles llegar a través de estas líneas un cariñoso saludo y, aunque tardíamente, mis mejores deseos para esta década que se inició, que esperemos sea también propicia para nuestra Patria y nuestro pueblo.*

*Por acá estamos bien, Juan incluido. Aunque en el medio de una espera que empieza a parecernos ya eterna. En ese sentido, esperanzados en todo lo que ustedes puedan hacer desde allá.*

*En cuanto a la situación general estimo que las posibilidades son mejores este año. La capacidad de represión de ellos está limitada y al abrir estos tramposos procesos de "diálogo", empiezan a atarse de manos, ya que todo el mundo se empieza a atrever. En ese sentido la presión internacional ayuda mucho, ya que hasta los miedosos se sienten avalados para hablar.*

*El país político empieza a polarizarse entre los que están con la convergencia y los que están contra ella. El peronismo no es ajeno a este proceso y creo que incluso dentro de él esto se da con caracteres más claros. El sector anticonvergencia es aplastantemente más numeroso que el otro. Por supuesto no muy homogéneo, ya que abarca desde el isabelismo hasta nosotros. Es más bien una unidad en la acción opositora. Pero por ahora basta seguramente. Nosotros estamos intentando formar un grupo alrededor de Saadi para influir sobre Bittel cuyo defecto más grave es que es miedoso. Simultáneamente crear un marco de referencia que vaya configurando un sector interno. La idea es crecer desde adentro, ya que para fracturar, en todo caso, siempre hay tiempo y hay que hacerlo con la relación de fuerzas favorables.*

*Todo esto muy en borrador y por ahora ya que falta saber qué papel podría desempeñar el Tío en el futuro, de acuerdo a sus nuevas circunstancias personales, y muchos otros elementos un poco difíciles de presagiar.*

*Falta considerar el ingrediente sindical que es vital. Las cosas ahí andan aparentemente mal. Sin embargo hace dos días estuvimos en un acto en Pergamino con José Rodríguez de SMATA y Roberto García, ex de taxistas, además de secretarios de seccionales de Municipales, Sanidad, etc. y algunos intermedios ex secretarios de UOM. Con todos ellos nos agarramos a piñas siempre y supongo nos volveremos a agarrar seguramente a pesar de las buenas relaciones actuales. Pero lo importante es que están hechos una "topadora". Las disidencias internas en la CUTA<sup>63</sup> son serias y las discusiones con Triacca, Guerrero,*

---

63 Conducción Unificada de los Trabajadores Argentinos. Creada en septiembre de 1979, para enfrentar la aprobación de la Ley Sindical promovida por la dictadura. Nucleaba a los gremios más combativos: la «Comisión Nacional de los 25» —dirigidos por Roberto García (taxistas) Roberto Digón (tabaco) Saúl Ubaldini (cerveceros) —, y la «Comisión de los 20» —encabezada por Fernando Donaires

*etc. en los dos últimos plenarios son terribles. Claro que estos miserables de la CNT<sup>64</sup> por ahora controlan. Pero la presión de las bases puede superarlos y obligarlos a replantear la forma de enfrentar al gobierno. En ese caso tendríamos un elemento fundamental. En los próximos días nos invitaron a presenciar una asamblea de Deutz (SMATA) para que vea "por mis propios ojos el estado de las masas". Veremos.*

*La presión internacional es muy importante, la polarización política interna también, pero sin lucha obrera el proceso puede ser muy largo. Esta vez no se visualiza cómo dividir el campo enemigo, especialmente las FFAA Pero seguramente es prematuro analizarlo mientras no esté más adelantada la lucha de la civilidad y de los sectores trabajadores.*

*Bueno perdón por la lata. No dejen de escribir y mandar recortes sobre lo que se dice allá. Muchos cariños para ustedes y el chiquito y un saludo a todos los compañeros.*

*Nilda»*

Durante el invierno mexicano de 1980, llegaron al Distrito Federal Carlos Cámpora<sup>37</sup>, hijo menor del Tío, y su esposa, Lidia, con el fin de acompañar al ex presidente y a Nené.

Con Susana decidimos invitar a los Cámpora a cenar en nuestro departamento de Mariano Escobedo. Esa noche la conversación giró en torno a la situación de Héctor y de Juan Manuel que permanecían en la embajada sin viso de solución en el corto plazo.

En esas circunstancias el Tío nos encomendó a Carlos y a mí que en su nombre realizáramos gestiones ante el presidente del PRI, Gustavo Carvajal, para que en su carácter de miembro pleno de la Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina, COPPAL, promoviera una declaración de la entidad en favor de la entrega de los salvoconductos para que los asilados en Buenos Aires pudieran viajar a México.

---

(papeleros) y Gerónimo Izzeta (municipales). Ante la imposibilidad de consolidar acuerdos sobre las tácticas de oposición a la norma, el intento culminó en fracaso, y la CUTA se escindió en abril de 1980.

64 Comisión Nacional del Trabajo. Creada en octubre de 1978 nucleaba a los dirigentes «participacionistas», más cercanos al gobierno de la dictadura militar. Estaba dirigida por Jorge Triacca de los plásticos y Ramón Baldassini de telepostales.

Dos días después, Carvajal, quien estaba perfectamente informado sobre la situación política argentina, nos recibió en la sede del PRI. En esa reunión nos comentó que la COPPAL estaba organizando para los próximos meses una convocatoria en Quito que contaba con la activa participación del presidente ecuatoriano, Jaime Roldós.

—Allí constituiremos una Asociación Latinoamericana para la Defensa de los Derechos Humanos —anunció Carvajal.

—¿Usted cree que la Conferencia de Quito se puede pronunciar sobre los asilados? —preguntó Carlos.

—Estoy convencido de que será una ocasión muy propicia por lo que no habrá ningún inconveniente en suscribir la declaración —señaló con firmeza el presidente del PRI.

—Nos da una buena noticia —comenté.

—Déjenme decirles que en Quito estarán presentes muchas personalidades de nuestra región como el ex presidente de Venezuela Carlos Andrés Pérez, el ministro Mercado Jarrín de Perú, Leonel Brizola de Brasil... —En ese instante dejó de mencionar las personalidades que asistirían al evento y se hizo un breve silencio. Deduje que acababa de tener alguna idea vinculada al asunto que nos ocupaba. Luego, mirándolo a Carlos dijo:

—Quiero que usted le transmita al presidente Cápورا que para la COPPAL será un gran honor contarlo como fundador de la Asociación por los Derechos Humanos que se constituirá en Ecuador. Escuchar su intervención y sus reflexiones sobre la situación política de América Latina y de Argentina tendrá una importancia excepcional para quienes participen en la conferencia.

—Señor Carvajal, hoy mismo transmitiré a mi padre la invitación que usted le hace en nombre de la COPPAL. Creo no equivocarme si le digo que el presidente Cápورا —Carlos, como lo había hecho Carvajal, siguió la costumbre mexicana de referirse a las personalidades que ocuparon la primera magistratura como si aún estuvieran en ejercicio, con la intención de dar a sus palabras un sentido de mayor formalidad— aceptará complacido del honor que se le concede, pues está decidido a denunciar la violación de la ley así como todos los crímenes que comete la dictadura y abogar para que Argentina cumpla con los tratados internacionales que regulan el derecho de asilo.

Después de los saludos correspondientes nos retiramos y nos dirigimos al hotel. Antes de subir a la suite para informar a

Cámpora del resultado de nuestra gestión nos detuvimos en la cafetería ubicada a un costado del amplio lobby. Las luces de los edificios de Polanco estaban encendidas a pleno pues hacía más de una hora que el sol se había ocultado.

El lujoso salón se encontraba en penumbras, lo que creaba una atmósfera agradable e intimista. El piso estaba cubierto por gruesas alfombras de color verde oscuro que hacían juego con los cuadros que decoraban las paredes y los focos empotrados en el techo emitían una luz tenue a la que se añadían las temblorosas llamitas de las velas que ardían en el centro de las mesas. Había mesas redondas y cuadradas y, de común acuerdo, elegimos una redonda que estaba situada junto a un gran ventanal.

Nos sentíamos contentos y de muy buen humor pues, según lo que nos adelantara Carvajal, el encuentro de Quito no era inminente. Había comentado que si bien aún no se tenía una fecha establecida, creía que recién habría de concretarse a fines de primavera o principios del verano lo que le daría al ex presidente el tiempo que necesitaba para recuperarse y poder afrontar el compromiso.

Sabíamos que el Tío se sentiría reconfortado por la posibilidad de entrevistarse con las diferentes personalidades de América Latina. Sería una buena oportunidad para proyectar su liderazgo en el ámbito regional y recuperar su vigencia política.

## EL 11 DE MARZO DE 1973

Una tarde de fines de febrero, el Bebe propuso incluir como primer tema a tratar en nuestra agenda la conmemoración del triunfo electoral del 11 de marzo del '73. Righi señaló que era una oportunidad única que no debía desaprovecharse pues, a su juicio, sería la primera vez en muchos años que Cámpora podría expresar su pensamiento político sin los condicionamientos que le impusiera el régimen militar al mantenerlo aislado en la embajada y, al mismo tiempo, rebatir los falaces argumentos con que la dictadura pretendía vincularlo a la guerrilla.

La estrategia de los militares cobraba algún viso de veracidad mientras Cámpora no pudiera desmentirla, sobre todo si tenemos en cuenta que, durante los años en que el Tío permaneció asilado y demandando el otorgamiento del salvoconducto, Montoneros desplegó una intensa campaña internacional en la que se mostraba al ex presidente compartiendo con ellos un mismo espacio político, con el objetivo de legitimar la lucha armada como una metodología eficaz para derrotar a la Junta Militar.

Esa tarde, una vez que manifestamos nuestro acuerdo con la propuesta del Bebe, Cámpora planteó las ideas principales del pronunciamiento que pensaba realizar. Dos meses después esas ideas servirían de sustento al documento que se dará a conocer como la «*Carta Abierta a los Argentinos*», fechada el 25 de mayo de 1980, la cual se reproduce íntegramente en el anexo documental.

Establecidos los lineamientos generales que tendría el mensaje, el debate se centró en definir cuál sería la manera más eficaz de difundirlo. En ese sentido, Righi planteó dos alternativas que generaron una discusión, pues algunos sostenían la conveniencia de hacerlo mediante un documento público, mientras que otros adheríamos a la idea de convocar a un acto como proponía la Mesa Peronista.

Esta agrupación había sido creada en 1979 a instancias del grupo denominado «los reflexivos» —en el que se aglutinaban conocidos militantes que en el pasado pertenecieran a Montoneros—, y de nuestro propio grupo al que se conocía como «el camporismo».



Cámpora se inclinó por realizar un acto público, pues tenía presente que unos días antes se había sentido reconfortado por las muestras de afecto que le brindaron más de cien militantes peronistas reunidos en la Comisión Argentina de Solidaridad.

Ese encuentro en la sede de la CAS se había desarrollado conforme a los objetivos que nos propusimos alcanzar. Cámpora estableció un diálogo directo con los invitados en el que ellos pudieron conocer, en profundidad y sin intermediarios, cuál era su actual pensamiento político así como sus reflexiones sobre lo que aconteciera en el país desde que asumiera la presidencia, pasando por su renuncia, el rol de Perón, el comportamiento de la dirigencia sindical, la juventud, las Fuerzas Armadas y el golpe de Estado, hasta llegar a las acciones políticas que se debían emprender para reinstalar la democracia en Argentina.

Nos habíamos esmerado en crear las mejores condiciones para ese primer contacto con los cuadros políticos del exilio. Cuidamos cada detalle. El lugar elegido para el encuentro fue la casona de la Comisión Argentina de Solidaridad pues era un símbolo del pluralismo político representativo de toda la comunidad exiliar. También, y para que Cámpora pudiera expresarse sin las limitaciones que supone la presencia de la prensa, acordamos no autorizar el ingreso de periodistas ni permitir que se grabaran sus palabras, pues teníamos la plena convicción de que, por encima de cualquier circunstancia o especulación política, debía prevalecer el contacto directo entre el ex presidente y la militancia.

Cuando llegamos a la CAS pude comprobar que el clima que reinaba entre los presentes estaba dominado por una profunda emoción, y cuando el Tío entró al salón lo hizo en medio de un estruendoso aplauso que se prolongó por varios minutos para conmovernos como pocas veces nos sucediera antes, en un México que nos cobijaba a tantos argentinos y nos protegía de la larga noche de terror que imponía la dictadura.

Ese acto puso de manifiesto la magnitud de la expectativa de liderazgo, de lucha y de reivindicación que despertaba en nuestra generación la figura del ex presidente.

A pesar de encontrarse debilitado por la agresividad de la quimioterapia, el Tío se mostró afectuoso y distendido, y, sobre todo, muy contento con la oportunidad de sostener un diálogo con sus compatriotas. Para él se trataba de un momento muy especial que había esperado durante años y, finalmente, sintió

de cerca el calor que sólo puede transmitir el cariño de la gente. Con ese encuentro terminaban el silencio y la manipulación política a que había estado sometido por la Junta Militar desde el día en que para salvar la vida buscara refugio en la embajada mexicana.

Transcribo el relato que en, «México, el exilio que hemos vivido» hacen del encuentro Jorge Bernetti y Mempo Giardinelli, por considerar que recrea acertadamente aquel momento inolvidable del invierno mexicano:

*«El primer contacto de Cámpora con el exilio se produjo días después de su arribo, en el local de la CAS y organizado por un grupo de amigos más cercanos. Un centenar de peronistas, la mayoría de entre veinticinco y cuarenta años de edad lo esperaron esa noche en la Calzada de los Leones y lo aplaudieron durante diez minutos seguidos. Cámpora saludó uno por uno a los asistentes, con un abrazo a los más conocidos, con un beso a las mujeres. Y la charla duró tres horas.*

*Primero pronunció un breve discurso introductorio y después respondió muchísimas preguntas. Repudió a la Junta; habló de la resistencia del peronismo “pese a los dirigentes sindicales y políticos que han defecionado”; mencionó críticamente a “los dirigentes de la juventud” pero rescató el papel de ésta. Rechazó las componendas con la dictadura y, ante una pregunta, reconoció que “Perón se equivocó al elegir el segundo término de la fórmula presidencial en 1973”. Pero a continuación subrayó que él también compartía de algún modo la responsabilidad, por su cercanía a Perón y por su propio silencio sobre el tema».*

Con la confianza de reiterar un escenario tan cálido y distendido como el descrito, aquella tarde de febrero Cámpora me indicó:

—Francisco usted se encarga de reunirse con los muchachos y les dice que avancen en la convocatoria.

La reunión con la Mesa Peronista tuvo lugar pocos días después en una casa situada en una colonia residencial del sur de la ciudad de México. Recuerdo que, entre otros, se encontraban presentes Adriana Puiggrós<sup>38</sup>, Jorge Bernetti, Mempo Giardinelli, Nicolás Casullo, Jorge Todesca y Juan Carlos Añón.

La cita, fijada para después de la cena, se inició en un marco de mucha tensión pues los dirigentes de la Mesa esperaban con-

tar con la presencia de Cámpora, aunque yo, durante las charlas previas, en ningún momento la había prometido o insinuado, ni tampoco ellos me habían consultado al respecto. Apenas llegué pude percibir la decepción que ganaba el ambiente al percatarse de que el ex presidente no concurriría a la reunión.

Esa frustración encontraba su origen en la posibilidad que se había planteado la Mesa de que esa noche se abriera un espacio de diálogo permanente con Cámpora, cuyo objetivo era el de formar parte del dispositivo de conducción que adoptaría el Tío durante su permanencia en México. Dentro de su estrategia, el acto de conmemoración del 11 de marzo constituía para ellos un primer paso político, pues les permitiría exhibir la representatividad que alcanzarán entre los militantes refugiados en el país azteca.

Gracias a la indiscutible trayectoria pública y al prestigio de sus integrantes, la Mesa Peronista se había convertido en un contrapeso significativo a la opción montonera, que contaba en sus filas a personalidades políticas de la talla del ex gobernador de Córdoba, Ricardo Obregón Cano, y el ex rector de la Universidad de Buenos Aires, Rodolfo Puiggrós.

Las expectativas políticas que se había propuesto cumplir la Mesa Peronista estaban contempladas en el plan de acción que Cámpora tenía pensado desarrollar durante los meses siguientes, lo cual se puede comprobar en las actas donde constan los acuerdos alcanzados en nuestras reuniones del Hotel Presidente, especialmente en la correspondiente al 31 de marzo de 1980.

En esos días, el ex presidente definió una estrategia en la que la prioridad estaba centrada en tomar contacto epistolar con los dirigentes peronistas que residían en el país con el fin de hacerles conocer sus posiciones y dar así los primeros pasos para construir un espacio político que, bajo su conducción, podría irse consolidando en el futuro.

Mientras tanto, diseñó una agenda internacional que incluía entrevistas con varios líderes de los países latinoamericanos que asumían posiciones progresistas y antiimperialistas, como las que identifican históricamente al Movimiento Peronista y que él reafirmara durante su gobierno al restablecer relaciones con Cuba, Vietnam del Norte y Corea del Norte.

La primera etapa de su actuación a nivel internacional concluiría en Estados Unidos donde tenía programado sostener re-

uniones con congresistas pertenecientes a diversas instituciones vinculadas a la defensa de los derechos humanos y con la dirigencia política de los partidos Demócrata y Republicano.

Aquella noche de febrero, en la reunión que tuve con la Mesa, Adriana Puiggrós actuó como vocera del grupo. En su vehemente intervención dejó en claro la pretensión de sostener un diálogo directo con Cámpora y así no sólo profundizar en el conocimiento de los planes políticos que tenía el ex presidente sino también hacerle saber la posición política que adoptaba la Mesa Peronista.

—Si el Tío no nos recibe, la Mesa desistirá de organizar el acto —me dijo, sin que nadie la desmintiera.

Como no había una buena disposición para acordar las formas, los invitados y el lugar en el que se llevaría a cabo el acto, la reunión concluyó en pocos minutos sin que pudiéramos llegar a definiciones concretas.

La situación descrita es recogida por Bernetti y Giardinelli en la obra ya citada, *«México, el exilio que hemos vivido»*, al decir que:

*«Esa comida había sido organizada a partir de la Mesa Peronista. Largas y complicadas gestiones precedieron al convite, dilatadas sobre todo por la falta de confirmación acerca de la concurrencia del propio Cámpora. Su más cercano grupo de colaboradores, entre los que destacaba Esteban Righi, había señalado la imposibilidad de garantizar la presencia del ex mandatario».*

La decisión el Tío de realizar un pronunciamiento público reivindicando el sentido histórico del triunfo electoral del 11 de marzo mediante un acto político, nunca estuvo en duda desde el día en que optara por hacer un acto en lugar de emitir una carta abierta a los argentinos.

Las largas y complicadas gestiones y las dudas sobre la presencia el Tío en la reunión a la que se refieren Bernetti y Giardinelli tuvieron origen en las diferentes percepciones que teníamos sobre el significado del acto.

Para Cámpora, el acto formaba parte de una estrategia política consistente en denunciar los crímenes de la dictadura, recordar que el 11 de marzo de 1973 el Movimiento Peronista aliado a otras fuerzas políticas había derrotado al gobierno militar de la «Revolución Argentina» y que ese camino era el mismo que,

siete años después, debería seguirse para derrotar a la dictadura procesista.

En ese marco, Cámpora había descartado realizar una condena explícita al accionar de la guerrilla. Para negar la identificación con la lucha armada que la Junta Militar le atribuyera en cuanta oportunidad tuviera durante los años en que permaneció en la embajada y sin poder desmentirla, bastaba con proponer en su discurso *«un orden democrático fundado en el poder de la razón y no en el ejercicio de la fuerza»*.

Al d a siguiente de la reunión que mantuve con la Mesa Peronista acudí al hotel, donde el Bebe Righi, Julio Villar y Rodolfo Gil ya me esperaban junto al T o. All  expuse como se había desarrollado la conversación, comentando la intransigencia con que me recibieron y su decisión de no entrar en los detalles del acto si antes no se entrevistaban con Cámpora.

El ex presidente se sorprendió por la actitud adoptada, pues tenía la firme voluntad de no descuidar a la militancia exiliada en México, ya que él mejor que nadie sabía que all  se encontraban muchos de los mejores cuadros del peronismo que habían sobrevivido a la guerra de aniquilamiento emprendida por el régimen militar.

Sólo así se puede entender que Cámpora decidiera depositar su confianza en la Mesa Peronista, aceptando su iniciativa de organizar su primer acto público que, a la vez, debería ser el punto de partida de una estrategia política cuyo objetivo era recuperar el rol que cumpliera en la etapa final de la «Revolución Argentina».

No obstante la molestia con que recibí la noticia, el Tío mantuvo su decisión de realizar el acto y de que las negociaciones continuaran sobre la base de rechazar la pretensión de otorgarles una reunión previa con Cámpora, así como la exigencia, manifestada por Adriana Puiggrós, de que el Bebe Righi se incorporara a las conversaciones.

Una vez más me reuní con la Mesa y me comunicaron que sus dirigentes habían resuelto revisar su decisión y que accedían a convocar al acto, con la condición de que cuando Cámpora ingresara al salón donde pronunciar  su discurso lo hiciera con el único acompañamiento de un dirigente de la Mesa, que ésta designaría en una reunión interna. Este dirigente se ubicaría al lado del ex presidente para atravesar juntos el salón hasta llegar al estrado en donde ya estarían esperando los principales invitados.

La exigencia de la Mesa Peronista fue aprobada por el Tío, a pesar de que a través de este condicionamiento, la Mesa dejaba en claro su pretensión de ocupar un espacio en el esquema de conducción de Cámpora.

A nuestro juicio, la construcción de una relación de confianza política, condición necesaria para participar de un ámbito jerarquizado en la toma de decisiones, requería de tiempos y diálogos que en este caso no se estaban respetando. Sin embargo considerábamos legítima la aspiración de la Mesa de dejar constancia, en todas las expresiones públicas y privadas, de su rol como única agrupación política organizadora del acto.

A esta apreciación innegable debemos agregar que, como equipo asesor del ex presidente, queríamos evitar que se consolidara una construcción discursiva similar a la que esgrimiera Miguel Bonasso cuando unos meses antes afirmara que Cámpora actuaba condicionado por un círculo de asesores, al punto que —según sostenía— sus principales definiciones políticas encontraban su origen en ese círculo.

Esa falacia no sólo no se correspondía con la realidad, sino que además cuestionaba la capacidad de liderazgo de Cámpora, por lo que decidimos combatirla con todos los medios a nuestro alcance, privilegiando ese objetivo por sobre cualquier otra circunstancia.

Las definiciones políticas que Cámpora daría a conocer el 11 de marzo de 1980 habrían de adquirir una trascendencia política tal que sería determinante en el realineamiento futuro de los actores internos del peronismo, sobre todo si el Tío lograba vencer la enfermedad, tal como todos lo esperábamos.

Sin embargo, al optar por hacer esas declaraciones en el marco de un acto público se desató un conflicto que involucró a las agrupaciones existentes en la comunidad exiliar mexicana en el que cada una trató de posicionarse individualmente, perdiendo de vista el objetivo que estaba en juego.

Como ya lo he expuesto, el mensaje que daría Cámpora encontraba su base conceptual en los ejes que luego se darían a conocer en la «*Carta abierta a los argentinos*» fechada el 25 de mayo de 1980.

Las expresiones vertidas en la carta eran suficientes para desmentir la campaña emprendida por la dictadura para vincular a Cámpora con la guerrilla e instalarlo como su ideólogo, tal como quedara reflejado en la acusación directa que lanzara el propio

Videla en un reportaje que concedió al diario conservador *El Heraldo de México* en mayo de 1979, cuando afirmó que

*«Cámpora es el responsable principal del caos argentino, un proselitista guerrillero...»*

por lo que

*«...no podemos darnos el lujo de que ande suelto por ahí, buscando todos los medios de comunicación que lo favorecen en Europa y América».*

Videla exponía abiertamente el temor que despertaba en el régimen militar la repercusión que podía alcanzar la prestigiosa voz del ex presidente si le otorgaban el salvoconducto, y trataba de degastar su figura atribuyéndole una suerte de jefatura política de la guerrilla.

Por su parte, Cámpora consideraba que la presencia en el acto de las principales figuras de la Confederación de Partidos Políticos Latinoamericanos (COPPAL) que residían en México era suficiente para despejar toda duda sobre su posición, dado que la COPPAL se destacaba en esos años por agrupar partidos políticos progresistas de larga trayectoria democrática en sus respectivos países, y que luchaban por acabar con las dictaduras y la defensa irrestricta de los derechos humanos.

Su mensaje giraría sobre la idea de denunciar los crímenes de la dictadura argentina, desnudar los intereses económicos que ésta defendía y reivindicar la necesidad de recuperar la democracia

*«...que no se instala, no se afirma en la Argentina, porque no se la practica, porque su ejercicio, que es el ejercicio de la razón y de la persuasión, es ineluctablemente interrumpido por el ejercicio de la fuerza»<sup>65</sup>.*

En su discurso no tenía previsto hacer ninguna referencia sobre el accionar de la guerrilla y menos aún emitir una condena expresa, como efectivamente habría de ocurrir en el acto conmemorativo del 11 de marzo.

Cámpora, condicionado por las circunstancias que rodeaban el acto, se apartó de los ejes discursivos y objetivos políticos planteados con anterioridad, frustrando así las expectativas generadas cuando se dio a conocer que haría su primer pronunciamiento público.

---

65 «Carta Abierta a los Argentinos». 25 de mayo de 1980.

Dos fueron las causas que originaron el apartamiento discursivo de Cámpora. Pablo Yankelevich en su libro «*Ráfagas de un exilio*»<sup>66</sup> expone una de ellas al referirse a las condiciones previas que rodearon el acto:

*«Su primera aparición pública se produjo en la conmemoración del séptimo aniversario del triunfo electoral de marzo de 1973. Ante varios centenares de peronistas, el ex presidente subrayó que “sólo la lucha civil será el camino para la liberación”, marcando un claro deslinde respecto a Montoneros. Estos últimos parecían no resignarse a la pérdida del capital político que significaba Cámpora, muestra de ello fue el desplegado “El pueblo argentino y el 11 de marzo”, publicado en UnomásUno. Montoneros citaba en extenso un discurso del entonces presidente Cámpora, pronunciado ante el Congreso Nacional el 25 de mayo de 1973. En aquella oportunidad, Cámpora reivindicó a “la juventud maravillosa que supo responder a la violencia con la violencia y oponerse, con decisión y coraje de vibrantes epopeyas nacionales a la pasión ciega y enfermiza de una oligarquía delirante”. Montoneros pretendió transferir estos conceptos a la coyuntura de 1980 y el resultado fue desastroso».*

La segunda causa aún no ha sido expuesta en ninguno de los varios relatos que describieron el desarrollo de la cena. Para Mempo Giardinelli y Jorge Bernetti:

*«Cámpora se hizo presente frente a unos trescientos comensales y a una veintena de distinguidos invitados latinoamericanos».*

Resulta imprescindible precisar a quiénes se refieren los autores de «*México, el exilio que hemos vivido*» cuando aluden a «*una veintena de distinguidos invitados latinoamericanos*», porque esta referencia nos permitirá conocer el estado de ánimo con el que Cámpora pronunció su discurso.

La Mesa Peronista, única responsable de organizar el acto, no tuvo en cuenta que por las razones políticas arriba expuestas, no resultaba conveniente que en su primer pronunciamiento público Cámpora apareciera rodeado por las organizaciones guerrilleras de Centro América, por más que su lucha estuviera ampliamente justificada al enfrentar con apoyo popular a dicta-

66 Pablo Yankelevich. «*Ráfagas de un exilio: Argentinos en México, 1974 - 1983*». Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 2010.



duras militares que llevaban decenas de años explotando y reprimiendo a sus pueblos, de las cuales la más repudiada era la de Anastasio Somoza, en Nicaragua, que había sido derrocado unos meses antes por el Frente Sandinista de Liberación Nacional.

Muchos de nosotros teníamos fresca en la memoria una foto que recientemente había sido publicada en la prensa mexicana en la que se podía observar a Mario Firmenich —que, como no podía ser de otra manera, aparecía armado y vestido de comandante— junto a los líderes del Ejército Sandinista en los momentos previos a la toma de Managua, cuando se encontraba en pleno desarrollo la ofensiva final de los rebeldes.

Reconstruyo ahora cómo se desarrollaron los acontecimientos la noche en que se conmemoró el triunfo electoral del 11 de marzo de 1973.

Conforme a lo convenido, cerca de las 21:00 llegamos al restorán «*Enrique*». Lo hicimos en dos autos que partieron del Hotel Presidente con suficiente anticipación pues debíamos atravesar toda la ciudad de México. En la puerta esperaba Juan Añón, el dirigente de la Mesa Peronista que debía acompañar a Cámpora hasta el lugar donde los principales invitados esperaban sentados ante una larga mesa montada sobre un estrado, donde la silla central permanecía vacía para que allí se ubicara el protagonista del acto.

Apenas entramos, pudimos percibir que el ambiente estaba dominado por un clima de expectativa por conocer el pensamiento del ex presidente sobre la situación argentina y las definiciones políticas que podría manifestar.

El locutor se encargó de saludar la presencia de Cámpora en el salón y después de que se cantaron los himnos nacionales de México y de Argentina, hizo la presentación de las personalidades que acompañaban a Cámpora en la mesa.

Empezó por mencionar a Roland Elizondo, representante del Frente Sandinista de Liberación Nacional, lo que despertó el entusiasmo de todos los presentes que aplaudieron de pie a quien expresaba al nuevo gobierno revolucionario de Nicaragua.

Después presentó a los representantes en México de la Organización por la Liberación de Palestina (OLP) y del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional que actuaba en El Salvador y de otros grupos revolucionarios armados de Centroamérica, que luchaban contra las sangrientas dictaduras que oprimían a

sus países con el abierto apoyo de los Estados Unidos, entre los que mencionó al de la Unidad Nacional Revolucionaria Guatemalteca (UNRG) que reunía a cuatro organizaciones guerrilleras de ese país. A continuación nombró a varios periodistas y políticos de América del Sur, entre los que estaban Hernán Uribe, secretario de la Federación Latinoamericana de Periodistas; Federico Fassano Mertens, editor de varios periódicos uruguayos; Carlos Quijano ex director del legendario semanario uruguayo *Marcha*; Anselmo Sule, dirigente chileno y representante para América Latina de la Internacional Socialista; y, por último, a Gustavo Carvajal, presidente del Partido Revolucionario Institucional (PRI).

La inesperada presencia en el estrado principal de los máximos representantes en México de la guerrilla centroamericana, provocó el enojo del ex presidente que no pudo contenerse y reaccionó incluyendo en su discurso duras expresiones contra la lucha armada.

Ese énfasis por poner de manifiesto la distancia que lo separaba de la guerrilla desdibujó el objetivo central del mensaje de Cámpora que, como vimos, era el de convocar al pueblo argentino a luchar por la vigencia de la Constitución y el llamado a elecciones sin proscripciones.

A continuación reproduzco la crónica que hacen Mempo Giardinelli y Jorge Bernetti sobre la conmemoración del triunfo electoral de 1973:

*«El 11 de marzo de 1980, séptimo aniversario de la victoria justicialista que lo llevara a la Presidencia de la República, se celebró con Cámpora presidiendo una multitudinaria comida conmemorativa, que se desarrolló en el restorán “Enrique”, al sur de la Avenida Insurgentes —la principal de la capital mexicana— entre la Ciudad Universitaria y la carretera a Cuernavaca. Esa comida había sido organizada a partir de la Mesa peronista. Largas y complicadas gestiones precedieron al convite, dilatadas sobre todo por la falta de confirmación acerca de la concurrencia del propio Cámpora. Su más cercano grupo de colaboradores, entre los que destacaba Esteban Righi, había señalado la imposibilidad de garantizar la presencia del ex mandatario.*

*Finalmente, frente a unos trescientos comensales, y a una veintena de distinguidos invitados latinoamericanos, Cámpora*

*se hizo presente. Se cantaron los himnos nacionales mexicano y argentino, y luego de la Marcha Peronista tomó la palabra el ex presidente en medio de un clima que estaba caldeado porque en los diarios de esa misma mañana los Montoneros habían celebrado el 11 de marzo recordando insistentemente el discurso de asunción de Cámpora en 1973.*

*Cámpora habló durante unos veinte minutos y sus palabras decepcionaron a casi toda la concurrencia. Profundamente irritado por la solicitada montonera (“Es un hombre que cuando tiene un adversario adelante embiste con todo lo que tiene” diría Righi horas después), Cámpora reiteró que “el peronismo no es subversivo” y que “la lucha civil será el camino para la liberación”. No fue por cierto una clase de teoría política acerca de cómo utilizar las múltiples formas de lucha para alcanzar la democracia, ni tampoco la instancia desde la cual se proclamara el enjuiciamiento de Isabel y otros burócratas políticos y sindicales. Pero, sin duda, en aquel discurso Cámpora reiteró sus diferencias sustantivas con la guerrilla montonera».*

Los autores manifiestan con cierta benevolencia que las palabras de Cámpora decepcionaron a casi toda la concurrencia. En realidad después de escuchar sus palabras, la decepción nos envolvió a todos y se expresó en los rostros de cada uno de nosotros.

Terminado el acto, el Tío nos invitó a tomar un whisky en el hotel. Cámpora asumió con entereza la situación vivida. No hubo recriminaciones para los organizadores del acto ni para nosotros, sus asesores, por no prever las condiciones políticas en las que se desarrollaría la conmemoración del 11 de marzo. La mayor responsabilidad en este último punto recaía sobre mi persona, pues el Tío me había encomendado realizar todas las gestiones necesarias para garantizar el éxito del acto y entre éstas sin duda estaba la de averiguar quiénes lo acompañarían en el estrado.

No fue sencillo disimular la tensión existente en la suite del hotel y postergar para otra oportunidad el debate de lo ocurrido durante la cena. Sólo Cámpora podía decidir cuál era el momento más adecuado para hacerlo.

Cuando nos aprestábamos a retirarnos Cámpora me señaló con su índice mientras me dirigía una mirada llena de energía y autoridad para decirme:

—¡Francisco, prepárese porque el 25 de mayo hacemos otro acto y ése nos va a salir bien!

No habían pasado dos horas desde que emprendiéramos el regreso a Polanco y el Tío ya preparaba su próxima batalla.

No había tiempo que perder porque en su interior sabía que la vida se le escurría en ese país lejano de la Patria Grande que él amaba tanto por todo lo que le había dado.

No había en ese hombre obstáculo, enfermedad o situación política que lo desanimara en su lucha contra el régimen militar. Quería vivir, quería luchar y nada ni nadie lo detendría. Mientras sus fuerzas físicas lo acompañaran, mientras tuviera un poco de salud, él seguiría luchando.

Esa noche nos fuimos sabiendo que Cámpora ya no se apartaría de los objetivos iniciales con que había concurrido al acto, ni de los que se había trazado para reconstruir su liderazgo y conducir la batalla del pueblo argentino contra la que sería la última dictadura del siglo xx.

Esa fue la determinación que lo acompañó durante todo el año que pasamos junto a él. Su último año de vida, su último año de una lucha que se iniciara cincuenta años antes cuando era dirigente estudiantil en la Facultad de Odontología de la Universidad Nacional de Córdoba, que apenas ocho años antes había conmovido a la Argentina con los postulados de la Reforma Universitaria.

## *Parte II*

Para abril de 1980 la salud del ex presidente había mejorado y con ella su voluntad de incrementar la actividad política aparecía fortalecida, como puede apreciarse en las agendas de trabajo que se reproducen en el anexo.

Como ya he comentado, la cercanía de mi departamento con el hotel facilitaba los encuentros con Cámpora. No ocurría lo mismo con Julio y Rodolfo pues ambos vivían en el sur de la ciudad lo que suponía al menos cuarenta y cinco minutos de recorrido en automóvil. Por su parte, el Bebe vivía en Ciudad Satélite ubicada en el municipio de Naucalpán, al noroeste y a pocos kilómetros del Distrito Federal, pero el trayecto demandaba el mismo tiempo que tardaban Julio y Rodolfo en llegar a Chapultepec.

Por lo general, yo arribaba a la suite casi todos los días, alrededor de las seis de la tarde. Con cierta impaciencia, el Tío solía decirme:

—¡Francisco lo estaba esperando!

Con el paso del tiempo, esta rutina se convirtió en un compromiso no escrito que yo respetaba y disfrutaba, porque las conversaciones que manteníamos me permitían conocer muchas circunstancias desconocidas que rodearon distintos acontecimientos que influyeron decisivamente en la vida política del país.

Siempre sentí que esas charlas a solas con Cárpora se desarrollaban en un clima de serenidad y distensión, propicio para que el Tío profundizara en los entretelones de algunos episodios políticos que le habían dejado un sabor amargo, como los oscuros manejos que desembocaron en la conspiración palaciega que acabó con su presidencia o los que apuntaban a afectar el prestigio político que había alcanzado en el peronismo.

Muchas veces sus relatos respondían a preguntas mías que se originaban en los interrogantes que me obsesionaban y que, a veces, llegaban a quitarme el sueño. Entre estos temas no podían faltar los que se relacionaban con la figura siniestra de López Rega o con la de su yerno, el deslucido pero taimado Raúl Lastiri.

—Doctor —le preguntaba yo—, ¿cuándo empezó López Rega a formar parte del ámbito de decisiones de Perón?

—Mire Francisco, mientras fui delegado del General López Rega se limitaba a servirnos café y cuando pretendía quedarse para participar en la reunión, Perón le ordenaba retirarse a lo que el otro obedecía inmediatamente. Esta situación fue cambiando y a medida que se acercaba la fecha del primer retorno del General a la Argentina, instancia en la que hablábamos sobre las condiciones que debían reunirse para concretar el regreso, López Rega comenzó a intervenir sin que Perón le prestara atención, y en más de una oportunidad llegó a interrumpirlo sin ninguna consideración. Por eso me sorprendió vivamente que, meses más tarde, el General lo convirtiera en su vocero y en el principal ejecutor de sus decisiones políticas, convirtiéndolo en el hombre fuerte de su presidencia.

—¿Y cuál fue el rol que jugó Lastiri?

Antes de responder, Cárpora hizo un gesto de desaprobación hacia el personaje del ex presidente provisional, pues éste

cumplió un papel determinante en la conspiración que desembocó en la renuncia del Tío a la presidencia y acabó por depositarlo temporalmente en el sillón de Rivadavia.

—Lastiri no hubiera sido diputado sin mi apoyo. Lamentablemente a veces uno se equivoca en las decisiones que toma y en ésta debo reconocer que fue un gran error dar mi consentimiento a esa candidatura. López Rega me pedía con insistencia que interviniera ante el general Perón para que su yerno formara parte de la lista de diputados nacionales.

»A medida que se acercaba la fecha en la que se definirían las candidaturas, López Rega se volvió cada vez más persistente, al punto de no dejar pasar ninguna circunstancia para recordarme su interés por el destino del marido de su hija. No importaba si la ocasión en que me presentaba el pedido fuera inoportuna como, por ejemplo, los momentos previos a que comenzara una reunión del Comando Superior del Peronismo presidido por Perón. Ahí estaba él siempre al asecho para decirme, con voz sumisa y casi suplicante: «*Doctor Cámpora, ¿qué le parece si aprovecha este momento para comentarle al general Perón la candidatura de mi yerno...?*».

»Así fue que un día, mientras yo me había reunido a solas con el General para analizar las distintas ternas de candidatos provenientes de las conducciones provinciales del peronismo de todo el país, lo consulté sobre la solicitud de su secretario...

—Debe haber dado su consentimiento —dije, dando por hecho el aval del viejo líder.

—Perón se mostró ambiguo —continuó diciendo Cámpora—, con cierta indiferencia el General me respondió con una frase vaga: «*Esas son cosas de Lopecito...*».

—Por eso —me dijo el Tío con ese tono de voz un tanto especial que casi todos empleamos cuando queremos explicar el origen de alguna decisión que tomamos y que con el tiempo se demostraría equivocada—, cuando incluí a Lastiri en la lista de diputados lo hice en el convencimiento de que complacía un deseo de Perón.

Meses más tarde Lastiri no tendría reparos en acusar públicamente a Cámpora de la crisis que terminó con la renuncia del Tío, y hasta intentó justificar su acceso a los empujones a la presidencia provisional con la excusa del desgaste físico que le ocasionaba al General el asumir los destinos del país, al punto —sostuvo— de acelerar el deterioro de su salud.

La reconstrucción de la trama política en la que Lastiri intenta desgastar la figura de Cámpora fue expuesta ampliamente por Juan Pablo Csipka en su libro «Los 49 días de Cámpora»<sup>67</sup>. Allí Csipka dice:

*«Al cumplirse un año del triunfo de Perón, en septiembre de 1974, es decir, mientras Cámpora estaba en México trabajando en su consultorio, Raúl Lastiri asistió a “Tiempo Nuevo”, el programa de Bernardo Neustadt y Mariano Grondona. A diferencia de Díaz Biolet, que había renunciado a la presidencia provisional del Senado, el yerno de López Rega recuperó su puesto al frente de la Cámara Baja tras el interinato que culminó con la asunción de Perón. En la entrevista televisiva, Lastiri fue impiadoso con el Tío: “Si no hubiera sido por la ineficacia de nuestro gobierno, desde el 25 de mayo, el general Perón no habría tenido que gastar su vida asumiendo la presidencia por tercera vez, que, le aseguro, no ambicionaba. El quería venir a colaborar con el gobierno, y hubiera sido un gran consejero y un gran embajador. Pero ‘nuestro fracaso’ lo llevó a tener que asumir su responsabilidad y así entregó su vida”. Agregó que: “Cámpora como presidente, pienso yo, no justificó ni la confianza de Perón ni la fe del pueblo. Fue necesario pedirles la renuncia a Cámpora y a Solano Lima”. Y estimó que la presidencia implicaba para el General “un gasto físico que no podía soportar... Si Perón no hubiera sido presidente hoy no estaría muerto”.*

El Tío recogió el guante desde México: “Las declaraciones del presidente de la Cámara de Diputados, con olvido de la dignidad de su cargo, para el que yo mismo lo propuse, incluyen acusaciones que él sabe que son falsas. La memoria del general Perón no puede ser invocada en un discurso de injurias”. Recordó el párrafo del discurso de Perón del 13 de julio en el que el General decía que “en estos 45 días se han hecho cosas en el país que están a la vista de todos y que calificarían a cualquier gobierno como de excelente ejecución”; y fue más allá aún, cuando agregó: “Al presidente de la Cámara de Diputados le concedo la gracia de no suponer que, con sus acusaciones ha pretendido alentar a quienes me han incluido en

---

67 Juan Pablo Csipka, «Los 49 días de Cámpora. Crónica de una primavera rota». Editorial Sudamericana, 2013.

*una lista de próximos asesinados". Se refería a la Triple A, la banda parapolicial de extrema derecha que impulsaba el saqueo de Lastiri y que ya lo había amenazado de muerte. Septiembre de 1974 era el momento de mayor auge de los crímenes de la Triple A».*

La respuesta de Cámpora a los agravios de Lastiri que reproduce Csipka es de absoluto rechazo y sus declaraciones nos introducen de lleno en una Argentina conmocionada por los asesinatos de reconocidas figuras de la vida nacional por obra de la violencia política paraestatal de la Triple A, y de la que el ex presidente no estaba a salvo. Artistas, intelectuales y políticos figuraban en las listas de las personas condenadas por la banda loperreguista. Muchos salvarán su vida exiliándose, entre ellas Mercedes Sosa, Luis Brandoni, Ricardo Obregón Cano, Esteban Righi, Rodolfo Puiggrós. Otros no tendrán esa suerte y morirán a manos de los escuadrones de la muerte liderados por el ministro de Bienestar Social ascendido a comisario. Las ejecuciones de Atilio López, Ortega Peña y Silvio Frondizi, por citar sólo algunos nombres, sacudieron al país inscribiéndose en la escalada que instalaría el terror entre la población para frenar la movilización popular.

Esa noche, mientras caminaba de regreso a casa, recordé el sepelio del Negro Atilio López que fuera vicegobernador y secretario general de la CGT de Córdoba.

A mediados de septiembre del '74 Atilio López, en su carácter de secretario general de la UTA, viajó a la Capital Federal para realizar gestiones relacionadas con su gremio. Un grupo parapolicial que pertenecía a las Tres A lo secuestró a la salida del hotel en que se alojaba. Unas horas después su cuerpo apareció con más de medio centenar de balazos.

Tanto ensañamiento encuentra su origen en la lucha ineludible del Negro contra los grandes intereses del establishment, la oligarquía, las trasnacionales y el capital financiero. López había sido uno de los líderes de la resistencia peronista, participando así en la elaboración de los programas obreros de La Falda (1957) y Huerta Grande (1962), que entre otros puntos proponían la nacionalización de la banca y del comercio exterior. También y junto a Elpidio Torres y Agustín Tosco lideró los catorce paros activos que se realizaron contra la dictadura militar de la «Revolución Argentina».



Al día siguiente de su muerte su cuerpo llegó a Córdoba para permitir que los cordobeses le dieran el último adiós. El pueblo se lanzó a las calles para ver pasar el cortejo, mientras columnas de trabajadores y estudiantes acompañaban el coche fúnebre que transportaba el féretro.

Sin que yo pudiera imaginarlo, esa fue la última gran movilización popular a la que asistiría antes de exiliarme. Después, en Córdoba sólo reinaría el miedo que poco a poco se extendería por todo el país.

Una tarde en que el viento de abril había soplado con fuerza y alejado el smog, la ciudad aprovechó una de las pocas ocasiones en que podía mostrarse en toda su belleza, enmarcada entre el cielo celeste y el aire transparente que, a lo lejos, dejaba ver la majestuosidad del Iztaccíhuatl y del temible Popocatepetl, «la montaña que humea» de los mexicas, por lo que decidí retrasar mi llegada al Presidente InterContinental de Chapultepec para pasear un rato por el barrio. Recorrí con placer las amplias veredas arboladas y me detuve una vez más ante el escaparate de la galería de obras de arte para contemplar una pintura de Siqueiros. Después, y a paso lento, saboreando el comienzo de la primavera, me dirigí al hotel.

Ya he comentado lo mucho que disfrutaba de las conversaciones que teníamos con el Tío en la lujosa suite del piso 42. Esa tarde, quizá pensando en su propia experiencia, Cámpora reflexionó sobre la manera en que, con mucha frecuencia, los hombres que transitan por la vida pública se ven sometidos a circunstancias inesperadas que acaban por trastocar radicalmente sus planes de vida, llegando incluso a ver cómo aquellos aspectos que creían inalterables y destinados a proyectarse en el tiempo durante décadas y décadas, se ven afectados de modo irreversible por la persecución política o ideológica de los gobiernos dictatoriales.

Así, la conversación recayó en la figura de José Ber Gelbard, quien fuera su ministro de Economía:

—Un día, mientras compartíamos un almuerzo, Gelbard me habló con orgullo sobre lo que quizá consideraba era el máximo logro de su vida, teniendo en cuenta las penurias que sufrió en su niñez por pertenecer a una familia de inmigrantes pobres. «*Doctor* —le había dicho Gelbard— *en todos estos años he construido una posición económica con la que he asegurado el bien-*

*estar y el futuro de las tres generaciones que me siguen, hijos, nietos y bisnietos».*

Cámpora hizo una pausa y respiró hondo, para después expresar:

—Sin embargo, Francisco, Gelbard murió en Washington en el '77, sabiendo que todos sus bienes habían sido confiscados por el Estado y puestos a disposición de la CONAREPA<sup>68</sup>. Murió sin conocer cuál sería el destino de su patrimonio y si algún día sus descendientes y legítimos herederos lo podrían recuperar. Murió con la incertidumbre de no saber si el producto de la lucha de toda su vida podría sobrevivir a la injusticia y la rapacidad de la Junta Militar. Lo que sí sabemos es que murió con una certeza: la de haber perdido la ciudadanía argentina por un acto arbitrario de los dictadores<sup>69</sup>.

Sin que yo lo interrumpiera, Cámpora prosiguió con un breve relato acerca de cómo había sido la vida de quien fuera su ministro:

—Gelbard había nacido en Polonia y llegó a la Argentina siendo muy joven, allá por los años treinta. Su familia decidió emigrar cuando en su país natal recrudeció la persecución de los nazis y se instalaron en Tucumán, donde él sobrevivió como comerciante ambulante vendiendo corbatas en el noroeste argentino. No le resultó sencillo salir adelante pues no contaba con relaciones que le facilitaran la tarea. Se hizo solo y desde abajo. En pocos años, su personalidad y su inteligencia le permitieron convertirse en líder de pequeños y medianos empresarios. Cuando tenía treinta y tres años fundó la Confederación General Empresaria, y poco después la CGE se convirtió en uno de los puntales de la segunda presidencia de Perón, proyectándolo al escenario político y económico nacional.

»Cuando era ministro de Economía y me confió esos detalles de su vida, es de suponer que tenía muy presentes el desarraigo y la pobreza por los que atravesara en su juventud. Gelbard pensaba que había despejado definitivamente la incertidumbre económica de su descendencia y por ende le aseguraba que no estaría sometida a duras privaciones como las que él sufriera.

---

68 Comisión Nacional de Responsabilidad Patrimonial: entidad de facto creada por la dictadura y destinada a hacer investigaciones patrimoniales de los funcionarios del segundo gobierno peronista.

69 Diez años después de su muerte, en 1987, el gobierno radical de [Raúl Alfonsín](#) le devolvió póstumamente la ciudadanía.

»Pero ya ve, Francisco, la Junta Militar lo privó de ese logro que era su tesoro más preciado, por eso en esta vida de nada podemos estar seguros. —Concluyó Cámpora al tiempo que llamaba a Nené para pedirle que nos preparara una nueva ronda de café.

Para el mes de mayo parecía que Cámpora había recuperado la salud. Se sentía bien y con la suficiente energía como para incrementar la actividad política y planificar giras internacionales que implicaban un intenso trajín de vuelos, entrevistas, y disertaciones públicas.

Sin embargo, durante ese período, no todo era política en la vida del ex presidente. Disfrutaba los encuentros sociales y a menudo nos invitaba al cine para que, junto con nuestras esposas, los acompañáramos a él y a Nené. Por lo general, esas salidas terminaban prolongando las veladas en algún restaurante de la zona rosa<sup>70</sup>.

Recuerdo que en una ocasión fuimos a ver «*10 la mujer perfecta*», una comedia que tenía como protagonista a la hermosa actriz Bo Derek. Durante la cena, el Tío comentó que debido a su tono un poco subido, la película no había sido de su agrado. Ninguno de nosotros lo contradijo, pero tampoco lo aprobamos pues todavía estábamos deslumbrados por las escenas interpretadas por Bo Derek, quien sin duda se merecía el «10» que le otorgara el director Blake Edwards.

Un sábado a media mañana recibí un llamado de Cámpora:

—Francisco lo invito a almorzar. Ya reservé una mesa en el restorán «*Mi viejo*». Lo espero con Susana a las 13:00. También vendrán Julio, Raquel, Rodolfo y Susana.

El restaurante estaba en la colonia Polanco, a mitad de camino entre mi casa y el hotel. Era un día de sol radiante y con Susana decidimos ir caminando. Cuando llegamos, a la hora fijada, el Tío ya nos esperaba junto a Nené, ubicados en una mesa con vista a la calle.

---

70 La zona rosa de la [Ciudad de México](#) es un área comercial ubicada en la [Colonia Juárez](#), en el [Corredor Turístico](#) del [Paseo de la Reforma](#). Concentra gran cantidad de [boutiques](#), [hoteles](#), [bares](#), [restaurantes](#), [galerías de arte](#), estudios de [tatuaje](#), [cafés](#), [antros](#), [librerías](#), [sex shops](#) y [oficinas](#). También es uno de los lugares más frecuentados de la ciudad por su intensa vida nocturna, lo que la convierte en uno de los más visitados y de referencia obligada y punto turístico en el Distrito Federal.

Veinte años después, en una de mis tantas visitas a México, fui a almorzar al restaurante «*Mi viejo*»; que seguía ofreciendo carnes con el típico corte argentino; quizá buscando actualizar esos recuerdos lejanos y reconstruir el clima de aquel almuerzo en el que Cámpora nos contó algunas anécdotas de su vida política.

El Tío no sólo tenía mucho para contar, sino que también era un narrador ameno y ese día, después de probar el vino tinto que el mozo le acababa de servir, el Tío dejó la copa sobre el impecable mantel blanco, y comenzó uno de sus ya habituales relatos:

—A lo largo de 1972, siguiendo las directivas de Perón, sostuve numerosas reuniones con los principales dirigentes políticos del país con el objetivo de conformar el Frente Justicialista de Liberación Nacional.

»Las entrevistas se desarrollaban en el amplio y cómodo piso de la avenida Libertador que pertenecía a Benito Llambí. En reconocimiento a la colaboración prestada por Llambí, así como a su histórica pertenencia al movimiento peronista y a su larga trayectoria como funcionario de la Cancillería, le anuncié que había decidido concederle el honor de ser parte de mi gobierno como director de Ceremonial de la Presidencia. Tras el anuncio yo esperaba un gesto de agradecimiento de su parte por el ofrecimiento que acababa de hacerle. Sin embargo, y sin disimular su decepción me dijo: «*¡Pero doctor, la gente dice que yo seré su canciller!*». Imagínense mi sorpresa ante su respuesta. Le tuve que decir que eso no era posible porque ya tenía comprometido el ministerio para Juan Carlos Puig.

»Más tarde, en junio de 1973, cuando viajé a Madrid a buscar al general Perón para su regreso definitivo al país Llambi formó parte de mi comitiva como director de Ceremonial de la Presidencia, y aprovechó su estadía en la capital española para afianzar sus relaciones con Perón y su entorno más íntimo.

»Como ustedes saben, pocos días después y antes de que presentara mi renuncia a la presidencia, Llambí no tuvo ningún reparo en participar activamente en las reuniones donde se conformó el futuro gabinete de Lastiri, al que él se integraría como ministro del Interior pese a que aspirara y demandara con insistencia, aunque sin conseguirlo, el de Relaciones Exteriores.

La sobremesa se hizo larga pues como el Tío ya no estaba expuesto a los rigores del tratamiento oncológico había recuperado su habitual disposición para disfrutar y prolongar esas reuniones

con amigos en las que, como era habitual, la conversación giraba en torno a acontecimientos que lo tuvieron como protagonista.

Avanzaba la tarde y el sol de la siesta primaveral brillaba inclemente sobre la capital mexicana. Después de una nueva ronda de cafés, Cámpora se dejó ganar por el sentimiento al contarnos el momento en que Evita, ya muy enferma, le recomendó a Perón que siempre lo mantuviera cerca suyo.

Parecía que el ex presidente estaba reviviendo las emociones que sintiera aquel día dramático en que su protectora, amiga, jefa espiritual y política, decidió expresarle en un gesto inolvidable hasta dónde llegaba la confianza política que había depositado en su persona.

Esa conversación se había dado en circunstancias muy especiales pues Evita tenía plena conciencia de la proximidad de su muerte, por lo que uno supone que en esas instancias tan excepcionales no hay tiempo, espacio, ni voluntad para la especulación. Son momentos en los que uno elige expresar los sentimientos más auténticos que surgen de la profundidad de su ser.

Así lo sintió el ex presidente cuando Eva, desde su lecho de enferma, interrumpió la charla que sostenían los tres para llamar a Perón a su lado y, cuando lo tuvo cerca, le pidió que tomara la mano de Cámpora. El General así lo hizo. Entonces ella le dijo: *«Juan, nunca te separes de Cámpora porque él siempre será tu amigo manteniendo su lealtad hacia vos»*.

Cuando terminó de contarnos ese episodio que encerraba un mandato histórico llamado a tener su máxima expresión tres décadas después cuando el General lo nombró su delegado personal, el Tío tenía los ojos brillosos y la mirada distante, concentrada en el esfuerzo de reproducir las imágenes de aquel lejano invierno del cincuenta y dos, cuando la Argentina se aprestaba a llorar la desaparición de la mujer que tanto hiciera en favor de la dignidad de las mujeres, los trabajadores y los excluidos.

## LOS MEJORES DÍAS DEL EXILIO

### *Tiempo de esperanza*

Transitábamos los últimos días de abril, mes en que los vientos de la primavera suelen llevarse la nube de smog que habitualmente envuelve a la Ciudad de México.

La tarde era ideal para llevar a Pablo al bosque de Chapultepec. Sólo debíamos cruzar la calle Mariano Escobedo para disfrutar de sus extensos espacios verdes, poblados de árboles tan añosos que algunos habían sido plantados en la época de los mexicas. Apenas nos adentramos en el parque, Pablo se alejó para incorporarse a un grupo de chicos que jugaban al fútbol en una canchita improvisada cuyos arcos estaban demarcados por vistosas camperas de variados colores.

Un grupo de padres anónimos seguíamos los movimientos de nuestros hijos y cada tanto los alentábamos o aprobábamos alguna jugada. Cuando se cansaron de correr, el partido concluyó y emprendimos el regreso al departamento, donde Susana ya nos estaba esperando porque yo le había dicho que esa tarde iría al hotel más temprano que de costumbre, pues estaba ansioso por conocer los resultados de los análisis que en esa misma mañana le habían realizado al Tío en el centro oncológico donde lo atendían.

Apenas me hice anunciar, Cámpora en persona salió a recibirme y puede apreciar que estaba exultante. Entramos a la suite y le pidió a Nené que nos sirviera un whisky con hielo:

—Tengo buenas noticias Francisco —me comentó—, y quiero que lo festejemos—. Después agregó: —El jefe del equipo médico me dijo que el tratamiento está logrando sus objetivos. *«Hay excelentes resultados»*, me aseguró, *«por lo que yo y todo mi equipo estamos satisfechos y tenemos mucho optimismo sobre la evolución de su salud»*.

Cámpora se sentía cada vez mejor y así me lo hizo saber:

—Francisco, en estos días siento que estoy recuperando la salud. Duermo mejor, tengo más apetito... nunca me he sentido con más ánimo desde que llegué a México.

Durante la conversación le comenté que en la primera quincena de mayo me tomaría las vacaciones de verano en Acapulco, tal como lo hacía todos los años desde que ingresé a la secretaría de Programación y Presupuesto.

—¿El hotel está cerca de la playa? —me preguntó el Tío con cierta curiosidad no desprovista de un cierto interés personal por conocer las comodidades que ofrecía el lugar donde nos alojaríamos.

—No es un hotel doctor —respondí—, desde hace tres años que contratamos un *bungalow* sencillo que forma parte de un complejo de veintiséis. La ubicación es envidiable porque está a sólo dos cuadras de la costera Miguel Alemán, a la altura del Centro de Convenciones. El complejo tiene un jardín de uso común que se extiende a lo largo de una cuadra, donde hay muchas palmeras cuya sombra atenúa el clima subtropical tan propio del Estado de Guerrero. También tiene una alberca, un quincho y gran variedad de flores. Todo en un marco de privacidad que lo hace ideal para descansar.

Mi descripción tan laudatoria acerca de las bondades que ofrecían los *bungalows* de Acapulco se ajustaba a la realidad, pero a la vez pretendía entusiasmar al Tío y a Nené para que nos acompañaran en las vacaciones. Mi idea era alejarlos de la tediosa rutina a la que estaban obligados mientras vivieran en el lujoso hotel de Chapultepec.

Como percibí que mis elogios habían logrado despertar su interés le dije:

—Doctor, si a usted le parece podría reservar uno junto al que nosotros solemos rentar.

Ante mi sugerencia, Cámpora no dudó y me dijo:

—Francisco avíseme si me consigue uno para mí, y otro para la custodia, así los acompañamos. Tanto a Nené como a mí nos haría muy bien alejarnos unos días del Distrito Federal.

Para mediados de mayo nos instalamos con los Cámpora en los *bungalows* de Acapulco. Doña Manolita, una mujer de cincuenta años y apariencia frágil venida de España a corta edad, era la administradora del complejo.

Pocos días antes de viajar a Acapulco la llamé por teléfono para ajustar los detalles de nuestra estadía. Por su voz, pude notar la emoción que sintió cuando le informé que el ex presidente de la Argentina y su esposa se alojarían en el complejo.

—Doña Manolita, tenga la amabilidad de ubicar al doctor Cámpora en el *bungalow* del empresario italiano, si es que está disponible —le dije. Ese *bungalow* había sido reciclado apenas meses antes y contaba con equipamiento completo.

—No se preocupe licenciado, aún nadie lo ha solicitado, así que ya está apartado para su invitado.

Manolita esperaba ansiosa la llegada de un visitante de tanta importancia y salió a recibirnos para acompañarnos hasta los *bungalows* más confortables del complejo y verificar que todo funcionara adecuadamente.

La administradora era una persona agradable y cordial que trataba con marcado respeto a sus huéspedes, lo que se acentuó aún más ante la jerarquía del nuevo huésped. Siguiendo la costumbre mexicana se dirigió a Cámpora dándole el trato de «señor presidente».

—Señor presidente está usted en su casa —dijo, y agregó: —Lo que necesite, señor presidente, me lo hace saber.

Inmediatamente, noté que el Tío se sentía cómodo entre tantas atenciones y el ambiente de paz y tranquilidad que reinaba en el complejo.

Manolita vivía en un departamento que se abría a una galería donde pasaba la mayor parte del día sentada en un cómodo sillón desde el que observaba el movimiento de los huéspedes. Una pequeña sala de estar servía de administración y allí concurría diariamente el personal de mantenimiento para recibir sus instrucciones.

La administración permanecía abierta desde las ocho de la mañana hasta las siete de la tarde, y entre las catorce y dieciséis estaba cerrada pues a esa hora Manolita almorzaba y dormía la siesta. Aún mantengo vívida la imagen de la administración, con el televisor permanentemente encendido y el zumbido constante del acondicionador de aire que se mezclaba con el canto de los dos canarios que Manolita mantenía en una pequeña jaula, un cuadro que se reiteraba todos los días menos los domingos, cuando la oficina permanecía cerrada. En la salita estaba ubicado el único teléfono del complejo, cuyo uso era restringido y sólo se podía utilizar en casos de emergencia.

Frente a la galería estaba la piscina, flanqueada por un quincho amplio y confortable, rodeado por variadas especies de flores y amueblado con mesas y sillas playeras, que sabíamos apro-



vechar por las mañanas antes de partir hacia la playa, pues era uno de los lugares más frescos del complejo.

Aquella temporada el clima húmedo y caluroso de la afamada ciudad turística se hacía sentir en todo su rigor. Cámpora se sentía cómodo y relajado y disfrutaba las horas de la tardecita cuando, después de regresar de la playa, sacábamos las reposeras al jardín para conversar y tomar alguna bebida fresca mientras una brisa ligera hacía las delicias de esos momentos apacibles en los que compartíamos recuerdos y vivencias de nuestra añorada Argentina.

Todas las mañanas recorriamos unos pocos kilómetros para llegar a la hermosa playa donde se levantaba el gran hotel Aca-pulco Princess, atravesando la zona que hoy se conoce como Punta Diamante y que en aquellos años aún permanecía en su estado natural, dominada por cientos de palmeras que se alzaban a lo largo de la costa de arenas cálidas en la que uno tenía la sensación de estar en medio de un lugar casi virgen, con pocos indicios de la presencia de turistas.

Una docena de palapas<sup>71</sup> era apenas una referencia en una playa que se prolongaba por kilómetros sin que a simple vista se pudiera apreciar hasta donde se extendía.

Las palapas, levantadas en doble fila, servían para protegernos del sol y pertenecían a un negocio atendido por lugareños. Una veintena de metros nos separaban de la precaria casilla construida con troncos en la que preparaban pescados frescos que se servían acompañados por diversas ensaladas. La familia propietaria del negocio nos atendía con amabilidad. Sabían que éramos exiliados pues ya llevábamos tres años visitando el lugar junto a otras familias argentinas. Tanto en las vacaciones de verano como para las fiestas de fin de año y alguno que otro feriado puente, los argentinos solíamos ocupar la mayoría de las palapas.

Con los Cámpora nos instalábamos en alguna palapa y pasábamos horas conversando, mientras contemplábamos el océano.

---

71 La palabra *palapa* significa «hoja pulposa», es de origen malayo y alude a la textura de las hojas de palma. La palapa es una construcción similar a un cobertizo, sin paredes y con techo formado por hojas de palma secas y soportes de madera de palma que, por su frescura, tuvo gran aceptación en el occidente mexicano. Salvo por el hecho de que en sus lugares de origen se utilizaban como vivienda, es un equivalente de nuestros conocidos quinchos.

Algunos días en que el mar estaba agitado, las olas se elevaban por encima de los dos metros tapando la línea del horizonte. El viento nos traía el rugido del mar embravecido y el estruendo de las olas al romper sobre la playa.

Como la playa estaba situada sobre la mar abierta, cada vez que entraba al agua para nadar y dejarme llevar por las olas siempre guardaba una cierta precaución ya que en más de una temporada pude presenciar el drama de turistas, especialmente extranjeros, que se ahogaban arrastrados por la fuerza de las poderosas corrientes que cruzaban frente a la playa.

El primer día que fuimos a Punta Diamante nos enteramos en forma casual de los entretelones que rodearon un episodio que pocos meses antes había alcanzado notoriedad internacional, al punto de generar tensiones en las relaciones diplomáticas de México con los Estados Unidos, lo que derivó en un viaje secreto del siempre influyente ex secretario de Estado Henri Kissinger a tierra azteca así como la intervención directa del banquero David Rockefeller.

Esa mañana de mayo de 1980 partimos cerca del mediodía en los dos automóviles que utilizamos para viajar hasta Acapulco.

En el auto oficial, conducido por un custodio, se ubicó el Tío, acomodado en el asiento del acompañante, mientras que en el de atrás íbamos el otro custodio y yo. Susana nos seguía manejando nuestro auto y acompañada por Nené y Pablo. El trayecto se hacía en quince minutos y debíamos atravesar la montaña desde la que se puede observar toda la bahía de Acapulco. Fuera de la bahía y cerca de Puerto Márquez se encuentra un apostadero de la marina de guerra donde siempre podíamos ver algunos barcos.

Al llegar a lo más alto de la montaña, el custodio que conducía le preguntó a su compañero:

— ¿Te acuerdas Paco cuando estuvimos en Las Brisas custodiando al Sha de Irán?

— Claro que me acuerdo. ¿Lo pasamos bien, no...? —respondió el interpelado, dándole a sus palabras un énfasis especial en el que se podía adivinar cierto orgullo por haber participado en una misión tan importante como riesgosa.

Al mencionar a Las Brisas, el agente de los servicios secretos se refería al hotel más exclusivo de Acapulco enclavado en lo alto de la montaña. Ante esa revelación no pude contener mi curio-

sidad y, tratando de que el hombre se explayara sobre el tema, pregunté:

—¿Ustedes tuvieron a su cargo cuidar al Sha?

—Si señor —respondió el conductor, mientras me miraba por el espejo retrovisor.

A continuación nos contó que el gobierno mexicano tenía la información, brindada por Estados Unidos, de que estaba en marcha un operativo dispuesto por el ayatollah Khomeini para que los Guardianes de la Revolución atentaran contra la vida del Sha. A raíz de esos informes, se dispuso el traslado de Reza Pahlevi de Cuernavaca a Acapulco, ya que se consideró que Cuernavaca no reunía las condiciones adecuadas para garantizar la seguridad del Sha. En Acapulco, la marina de guerra comenzó a patrullar toda la zona costera pues se especulaba que los comandos iraníes podían llegar por mar para luego intentar tomar por asalto el hotel.

—¿Y hubo algo de eso? —pregunté.

—No. Era imposible llegar hasta el Sha —respondió el hombre.

—¿Por qué era imposible?

—Porque había un único acceso que estaba muy bien protegido. Las contenciones que levantábamos eran inexpugnables. Además los gringos mandaron un cuerpo de elite con armas ultramodernas y equipos de detección muy sofisticados.

—Pero usted sabe —insistí— que la prensa iraní aseguró que un comando perteneciente a la guerrilla de los fedayines islámicos o Combatientes del Pueblo, se atribuyó un atentado en el que habrían herido levemente al Sha cuando balearon su automóvil en Cuernavaca<sup>72</sup>.

—Mire señor yo le pregunté a mi general que conducía todo el operativo de protección si esa versión que publicaron los diarios era cierta y él me lo negó. Mi general afirmó que era pura propaganda iraní para contentar a los fanáticos de la revolución islámica y por otra parte impresionar y conmover al mundo con una esca-

---

72 El supuesto atentado habría tenido lugar a fines de junio de 1979, cuando un helicóptero sobrevoló a baja altura el complejo de cuatro mansiones donde se alojaba Pahlevi, según lo que anunció a la agencia *France Press* un vocero del gobierno iraní, que aprovechó la ocasión para hacer una seria advertencia a las autoridades mexicanas por haber dado asilo a un «hombre peligroso», al tiempo que pronosticó que el Sha será abatido «aunque se esconda en los sótanos de la Casa Blanca».

lada de provocaciones como la que en estos momentos se produce con la toma de rehenes en la embajada norteamericana<sup>73</sup>.

Cuando me disponía a seguir indagando sobre un asunto que me interesaba por su incidencia en el escenario internacional, la relevancia de los protagonistas y nuestra cercanía con el lugar en que podrían haber ocurrido los hechos, observé el gesto adusto de Cámpora que se había mantenido en silencio, y enseguida deduje que no era de su agrado que yo mantuviera esa conversación, por lo que decidí no volver a preguntar y me quedé callado hasta que llegamos a la playa.

Poco después de instalarnos en una palapa, y cuando estábamos solos, el Tío fue terminante:

—Francisco a estas personas no se les puede dar un trato de confianza.

—Entiendo doctor. Le aseguro que no se repetirá.

Desde ese día me dirigí a la custodia con la formalidad y la distancia que, con buen criterio, el Tío deseaba que mantuviera hacia ellos.

Cuando estalló la revolución en Irán la situación del Sha provocó un proceso conflictivo en el campo internacional en el que distintos países se vieron sometidos a la influencia de fuerzas de signos contrapuestos. Por una parte a la presión desembozada de Estados Unidos para que concedieran asilo político al Sha, y por la otra a la advertencia del gobierno iraní de cortar relaciones diplomáticas con quien accediera a recibirlo. Esta acción se completaba con la amenaza lanzada por los voceros de la revolución islámica de despachar comandos pertenecientes a los Guardianes de la Revolución para que ejecutaran al monarca depuesto.

Poco tiempo después de que huyera de Irán se conoció que Reza Pahlevi padecía un severo cáncer linfático. Aquejado por la enfermedad, el Sha abandonó México en octubre de 1979 para operarse en Nueva York y cuando, después de recibir el alta médica, quiso regresar a México, el presidente López Portillo tomó la decisión de no admitirlo nuevamente ante el agravamiento de la tensión internacional a raíz de la toma de rehenes de la embajada estadounidense.

---

73 Cincuenta y dos estadounidenses fueron tomados como rehenes durante 444 días (del 4 de noviembre de 1979 al 20 de enero de 1981), por un grupo de más de mil estudiantes iraníes que mantuvieron rodeada la embajada, mientras exigían la extradición del Sha a cambio de la liberación de los diplomáticos.

Reza Pahlevi, previo paso por Panamá, llegó a Egipto para morir en El Cairo apenas dos meses después de nuestra estadía en Acapulco.

En mi recuerdo, esas breves vacaciones en la «perla del Pacífico» fueron los mejores días del exilio para el Tío, al punto que, cuando emprendimos el regreso a la ciudad de México, me dijo:

—Francisco resérveme los *bungalows* para las fiestas porque tengo la intención de acompañarlo otra vez.

Tenía la esperanza de haber dejado atrás la enfermedad. Se sentía lleno de energía. Ahora podía mirar el futuro con optimismo y hacer planes para dedicarse de lleno a la lucha política.

Esa energía se mantenía aún en plena intensidad cuando en el mes de junio reservamos con Julio Villar una casa en Cuernavaca, para pasar el fin de semana con el ex presidente, acompañados por nuestras respectivas esposas.

Al regresar al Distrito Federal retomamos la rutina que incluía las reuniones de trabajo, que comenzaban a las 18:00 y que por lo general se prolongaban durante varias horas hasta agotar los temas más apremiantes de la agenda.

En la primera reunión que tuvimos luego de ese breve descanso, Cámpora descartó definitivamente la posibilidad de convocar a un nuevo acto para recordar el 25 de mayo de 1973, inicio de su gobierno, al considerar que era muy factible la reiteración de un escenario de disputas internas en el seno de la comunidad exiliar, que en nada favorecía su imagen ni la tarea que se había fijado.

De esa manera, la fecha será recordada a través de la publicación de una «*Carta abierta a los argentinos*» destinada a trazar las líneas estratégicas de un proyecto político que sitúa las banderas históricas del peronismo en el marco del nacionalismo revolucionario y la causa latinoamericana.

La afirmación categórica de que el acceso al gobierno se hará por la vía pacífica y a través de la recuperación de la democracia es la principal definición política de la carta del 25 de mayo.

Cámpora tenía plena conciencia de que si quería erigirse en el conductor del movimiento peronista, y desde esa condición proponerle a los demás partidos democráticos la profundización de la lucha contra la dictadura, debía dejar en claro que la campaña montada por la Junta Militar contra él era una farsa que no se correspondía con la realidad y que en las reiteradas de-

claraciones públicas en las que expresaba su pensamiento había argumentos suficientes como para desmentirla.

Al acusarlo de alentar la lucha armada, la dictadura intentaba aislarlo políticamente alejándolo de los trabajadores y del pueblo que en esos días comenzaba a inquietarse y a dar muestras de extender la resistencia contra el régimen.

A fin de facilitar la interpretación de la manera en que se fue enhebrando la estrategia política de Cámpora durante el tiempo en que se mantuvo activo en su exilio mexicano, recurriré a comentar algunos textos que decidí conservar, pensando que en el futuro podrían tener alguna utilidad.

La mayoría de esos escritos reproducen debates, entrevistas políticas, cartas, viajes, nombres de personalidades del ámbito nacional e internacional, conocidos dirigentes del peronismo que residían en Argentina, así como referentes del exilio argentino asentados en México, América Latina y Europa.

La documentación antes mencionada quedó registrada en las actas como «Acuerdos», o «Acuerdos pendientes», y llevan la fecha de las reuniones en que se trataron o los temas que allí se mencionan. Algunos textos son borradores manuscritos y otros han sido transcritos utilizando las máquinas de escribir eléctricas de última generación con que había sido dotada la Secretaría de Programación y Presupuesto del gobierno mexicano en donde me desempeñaba como asesor de enlace.

Los «Acuerdos» no siempre se refieren a una sola reunión, sino que a veces recogen temáticas tratadas en sesiones anteriores a la fecha que registra el acta, como ocurre en el «Acuerdo» del 31 de marzo, que incluye acciones que quedarán reflejadas en dos actas distintas con la misma fecha.

Esta situación se produce porque la fecha del acta remite al día en que una determinada actividad política fue discutida e incorporada a la agenda, aunque en algunas ocasiones recién se llevaría a la práctica varias semanas o meses más tarde.

En los archivos también podemos acceder a cuatro documentos de alto valor político. Dos de ellos son públicos pues se entregaron a la prensa y fueron alcanzaron amplia difusión. Tal es el caso de la «*Carta Abierta a los Argentinos*», del 25 de mayo y de la exposición de Cámpora en la reunión constitutiva de la Asociación Latinoamericana para la defensa de los Derechos Humanos que tuviera lugar en Quito entre los días 11 y 13 de agosto de 1980.

Los dos restantes no han trascendido y sólo unos pocos conocen su contenido. La carta firmada por el ex presidente que está encabezada por la expresión: «*Estimado Compañero*» fechada el 1º de Julio de 1980 y que fuera remitida a los principales dirigentes del peronismo es uno de ellos. El restante recoge un esbozo de la propuesta denominada «*Proyecto para el País*».

La agenda del 31 de marzo nos permite asomarnos a la estrategia de mediano plazo que se elaboró en aquel tiempo pensando en un Cámpora que había recuperado la salud.

Seguidamente se reproducen las dos actas de trabajo tituladas respectivamente «Acuerdos» y «Acuerdos Pendientes» y que tienen por fecha el 31 de marzo de 1980.

### **Acuerdo 31 de marzo de 1980**

*«1.- Lectura de Correspondencia.*

*El Dr. Cámpora solicitó que se diera lectura a la correspondencia enviada por Mario Cámpora y Alberto Pontoni:*

*En la carta que envía Mario desde Lima hace notar su preocupación por la contradicción existente en los números del apartado postal. Señala que la situación apuntada es la causante de la pérdida de dos cartas. Posteriormente efectúa un breve repaso de las reuniones mantenidas en Estados Unidos con funcionarios del Departamento de Estado y políticos de los partidos Demócrata y Republicano. Comenta la reunión con Orfila, quien le propone mantener una relación permanente. En Panamá se entrevista con Omar Torrijos, el que demuestra un gran afecto por el Doctor; Mario manifiesta la importancia de iniciar una gira por Panamá ya que sería muy bien vista por el peronismo. La invitación está acordada. En Caracas estuvo con Carlos Andrés Pérez, el cual expresa sus deseos de ver al Doctor. Adelanta que en la primera quincena de abril viajarán a México Jorge Llambert, Juana Romero y Juan Carlos Puig. Posteriormente lo hará Broner.*

*La carta de Alberto contiene un análisis de la situación política en Perú —y de las próximas elecciones a realizarse en aquel país. Acompaña a la misma con dos enfoques económicos realizados por él y que han sido publicados.*

*2.- Comentarios acerca de la propuesta del Dr. Cámpora.  
Bebe desarrolla una interpretación acerca de la situación*

actual del peronismo. En el Movimiento, dice, existen "polos de atracción": uno estaría conformado por el sindicalismo, otro por la conducción de Bittel, un tercero estaría dado por la agrupación de los caudillos provinciales. Por otra parte, en el peronismo hay dos figuras, el Doctor e Isabel. Esta última puede jugar un rol por el "apellido". El Doctor carece de una estructura propia. Esto no es casual sino que responde a la actuación y a la concepción del Doctor hasta el primero de julio de 1974. Se pregunta ¿es correcto crear una estructura en el exilio cuando éste no es importante cuantitativamente? ¿No sería mejor establecer relaciones, contactos con los "polos de atracción"?

Julio observa que falta en el cuadro descripto por Bebe hacer una referencia al papel de la juventud. Manifiesta que el Doctor es el único referente de este sector y que, a su vez, el exilio en su mayoría está conformado por aquélla. Aprecia que el Doctor no debe aparecer como figura del exilio en tanto no lo beneficia.

Bebe comenta que el peso de la Juventud Peronista es relativo, en tanto no cuenta con una conducción reconocida y, a su vez, no se expresa en la Argentina. Coincide con Julio en que el Doctor tiene una "clientela" propia indisputable: la juventud. Rodolfo sostiene que el peronismo ha carecido a lo largo de su historia de una estructura partidaria fuerte. Es importante que el Doctor cuente con una herramienta de este tipo. El sindicalismo ha pesado y pesa en las decisiones del Movimiento por esa circunstancia, entre otras causas. Participa en la idea del Bebe en cuanto a las dos figuras que, junto al gremialismo y la conducción partidaria son los elementos a tener en cuenta.

Francisco expresa que se debe construir una estructura de apoyatura al Doctor. Sólo que ésta debe hacerse con tiempo, más como resultado de una serie de actividades (documentos, entrevistas) que como punto inicial de un accionar político. Por otra parte, señala la importancia de que el Doctor no aparezca ligado directamente a una organización de este tipo, dado que no es conveniente para el rol que debe cumplir: la conducción y la unidad del Movimiento.

El Doctor advierte que ha sido mal interpretado en tanto nunca manifestó una intención de "liderar" el exilio. Sus palabras son: "El exilio debe organizarse para elaborar un documento en el que se establezca la aspiración y el pensamiento de



los peronistas exiliados acerca de cómo debe ser el movimiento popular”.

Bebe dice que a partir del debate y las ideas lanzadas quiere hacer una propuesta. La elaboración de un documento por el cual el Doctor propone un proyecto para el país, recogiendo la doctrina del Movimiento y la experiencia de los años de gobierno. En el plano de la instrumentación, destaca la necesidad de consultar a figuras del peronismo, tanto de las que residen en Argentina como en el exterior. Con esto se lograría comprometer a un número de personas representativas de los diversos sectores. Para seleccionar a quien se le debe consultar señala tres criterios: Lealtad, Representatividad e Idoneidad.

La consulta se hará por carta, previa visita de Mario al interesado, si así conviniera.

3.- Esbozo de la propuesta: “Proyecto para el País”.

A) Organización del País:

a) Formas jurídico-institucionales — forma de institucionalizar los factores de poder — FFAA, sindicalismo, formas democráticas, el disenso, el pluralismo ideológico. La legitimación del poder en base al consenso y la participación.

b) Organización institucional de los estamentos que componen la Nación (el movimiento obrero — los empresarios).

B) La política económica:

Nacionalismo Económico; las distintas variantes en las épocas históricas. Reflexión sobre la modificación del mundo actual. La existencia de la interdependencia. La política agraria, la industrial. Redistribución del ingreso en base a un incremento del PIB.

C) La ubicación de la Argentina en el mundo:

La no alineación. El Tercer Mundo. La dependencia y la liberación desde un enfoque para los países de América Latina.

D) Organización interna del Movimiento:

La democracia en el Movimiento; la relación entre éste y el partido; las ramas.

E) La Argentina en su perspectiva social:

La política salarial, las obras sociales.

F) La Educación y la Cultura:

Retomar la educación de acuerdo al primer gobierno peronista, en contraste con la instrumentación de esta política por Isabel Perón.

**Acuerdos Pendientes**  
**31 de marzo de 1980**

1<sup>º</sup>) Consulta a distintas personalidades del Movimiento sobre el "Proyecto para el País". Enviar correspondencia a:

*Alejandro Díaz Bialek, Vicente Leónidas Saadi, Deolindo Felipe Bittel, Ferdinando Pedrini, José María Castiñeira de Dios, Nilda Garré, Jorge Vázquez, Carlos Everts, José María Rosa, Roberto García, José Rodríguez, Ricardo Anzorena, Luis García, Seco Villalba, Héctor Cámpora, Carlos Cámpora, Pedro Cámpora, Juan Carlos Puig, Jorge Llampart, Juana Romero, Beto Urriza, Alberto Pontoni, Rogelio García Lupo, Santiago Díaz Ortiz, Iturrieta, Leopoldo Shiffrin, Scipioni, Tetamanti, Pablo Piacentini, Juan Carlos Moneta.*

2<sup>º</sup>) Se deben preparar cartas para: *Belaúnde, Bedoya y grupo de argentinos radicados en Perú.*

3<sup>º</sup>) *Rodolfo solucionará la situación existente con los apartados postales.*

*Julio se entrevistará con Arrúa.*

Los textos nos permiten apreciar el rol determinante que cumplían los dos principales asesores del ex presidente, me refiero a Mario Cámpora y a Esteban Righi.

Mario Cámpora tenía una visión excepcional sobre el escenario internacional y el rol que podía cumplir el Tío para acrecentar su prestigio e influencia en un mundo aún bipolar. Mario, además de ser un experto en relaciones internacionales y gozar de la máxima confianza de Cámpora, reunía en su persona una condición esencial: su capacidad de movimiento no estaba restringida por ningún obstáculo legal aunque ello no lo dejaba a salvo de sufrir un atentado contra su vida por parte de los grupos de tareas que respondían a la dictadura. Mientras tanto Mario utilizaba esa libertad de movimientos para desplazarse por el continente para cumplir con las misiones que se le encomendaban.

En febrero, cuando Cámpora aún estaba debilitado por el intenso tratamiento médico al que era sometido para tratar de controlar el cáncer, Mario Cámpora se trasladó a México para constatar su estado de salud y brindarle el afecto que los unió toda la vida. En esas circunstancias el Tío le manifestó que estaba dispuesto a dar batalla contra la dictadura militar.

En los días en que Mario permaneció en el DF se organizaron reuniones de trabajo en las que el sobrino del ex presidente le propuso a Cárpora una agenda internacional cuyo objetivo principal consistía en posicionarlo como un actor imprescindible de la política nacional y regional.

Los ejes de esa proyección internacional se asentaban en recuperar el nacionalismo antiimperialista inserto en la visión latinoamericanista de la Patria Grande.

La base de la agenda política se conformó sobre la programación de las distintas entrevistas que Cárpora debería sostener con líderes políticos del continente, para lo cual debería trasladarse a distintos países, teniendo como primer destino Panamá para luego continuar en Ecuador. Para otoño estaba previsto un viaje a los Estados Unidos y culminar el año con una visita a Venezuela.

Una vez aprobada la agenda, Mario inició un ciclo de viajes y entrevistas destinado a preparar las condiciones que permitieran poner en marcha el programa de encuentros políticos que sostendría el Tío a lo largo de 1980.

El Acuerdo del 31 de marzo refleja los resultados que Mario obtuvo en sus viajes por el continente y a la vez nos permite leer valiosos comentarios suyos sobre las conversaciones sostenidas así como una serie de recomendaciones a seguir.

Uno de los puntos estratégicos del plan lo constituye la entrevista con Torrijos, sobre la cual Mario sostiene la importancia de iniciar la agenda con ese viaje, aspecto que abordaré más adelante.

El otro eje estratégico consiste en un conjunto de reuniones a mantener en EEUU con funcionarios del Departamento de Estado y dirigentes políticos de los partidos Demócrata y Republicano. Este viaje quedó acordado para comienzos del otoño.

La reunión con el argentino Orfila, secretario general de la Organización de Estados Americanos, aún no estaba confirmada pero Mario alentaba la expectativa de concretarla en un futuro próximo. Dicha reunión, en caso de realizarse, adquiriría gran trascendencia pues hacía apenas unos meses que la Comisión Interamericana de Derechos Humanos había enviado su misión a la Argentina para constatar *in situ* la situación existente en torno a los Derechos Humanos, así como receptor denuncias, visitar cárceles, y entrevistar a familiares que reclamaban por sus parientes desaparecidos. Por esos días, la Comisión Interamericana estaba dedicada a elaborar su informe final.

En el momento histórico en que se elabora la agenda, la figura excluyente del latinoamericanismo es la de Omar Torrijos, comandante en Jefe de la Guardia Nacional y hombre fuerte de Panamá.

En los años setenta, Torrijos emerge como un gran líder de América Latina al sostener con determinación una causa justa, como lo era el reclamo ante las Naciones Unidas para que se le reconociera a su país el derecho de soberanía sobre el canal de Panamá y sus zonas aledañas que, desde su inauguración en 1914, ejercían a perpetuidad los Estados Unidos.

Para confrontar con el país del norte, el presidente panameño eligió la vía diplomática, logrando resonantes éxitos. En 1977 firmó un tratado con los EEUU, que se conoce como «Tratado Torrijos-Carter», por el cual el gobierno norteamericano se obligaba a entregar la administración del canal y el cierre de todas las bases militares estadounidenses en territorio panameño, entre las que se encontraba la célebre Escuela de las Américas, donde se enseñaba la Doctrina de la Seguridad Nacional a los militares de América Latina. También en esa base se los entrenaba en la aplicación de los más crueles tormentos que serían utilizados por las distintas dictaduras para reprimir a sus pueblos y a los movimientos de liberación nacional.

En ese tratado se establecía que el proceso de restitución del canal sería gradual, y con metas parciales que se irían alcanzando a lo largo de varios lustros, hasta que el 31 de diciembre de 1999, los panameños tomarían finalmente el control total del canal.

La causa del canal de Panamá fue asumida como propia por América Latina. Torrijos, un líder carismático que incorporó Panamá al Movimiento de Países No Alineados, también cumplió un rol determinante en el triunfo de la Revolución Sandinista en Nicaragua. Su liderazgo en la región, durante los años setenta, fue similar al que treinta años después alcanzaría Hugo Chávez en toda Latinoamérica.

Torrijos era amigo de Fidel Castro y fue el creador de la llamada diplomacia telefónica. Su sospechosa muerte, ocurrida en 1981, en un misterioso accidente de aviación que nunca fue aclarado<sup>74</sup>, le impidió asistir a la recuperación absoluta de la soberanía.

74 La muerte de Torrijos generó la apertura de un proceso de investigación de un posible magnicidio. Según relata [John Perkins](#), en su libro «*Confesiones de un sicario económico*», Torrijos fue asesinado por la agencia

nía del canal en diciembre de 1999.

Cuando Campora elige a Torrijos como su primer interlocutor y viaja a Panama para entrevistarlo, hace una verdadera reafirmacion del ideario polıtico expresado en la plataforma electoral que lo llevara al triunfo electoral del 11 de marzo de 1973 y que comenzo a poner en practica durante su efımero gobierno.

Fue precisamente en marzo de 1973 cuando Torrijos logro un exito resonante, ya que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas accedio a sesionar en Panama votando en esa ocasion una resolucion de apoyo al paıs centroamericano, en la que recomendaba que se firmara a la brevedad posible un nuevo Tratado justo y equitativo que eliminara las causas del conflicto entre Panama y los Estados Unidos.

Tambien un mes de marzo, pero en 1982, la Junta Militar que presida Galtieri decidio abandonar la vıa diplomatica y optar por el enfrentamiento belic para intentar recuperar por la fuerza la soberanıa de las islas Malvinas, donde las tropas argentinas desembarcaron del 2 de abril.

La inevitable derrota militar puso en evidencia la nefasta metodologıa de la estrategia seguida por los militares argentinos, lo que se hace aun mas evidente cuando se la contrasta con la vıa diplomatica elegida por Panama y los logros obtenidos bajo la conduccion de Omar Torrijos.

La decision de Campora de aceptar la invitacion de la COPPAL para viajar a Ecuador y participar en la fundacion de un foro latinoamericano para la Defensa de los Derechos Humanos, fue un verdadero acierto polıtico, pues el consenso de la comunidad internacional para presionar a los gobiernos militares de America Latina y exigir que cesaran en su sistematica violacion de los derechos humanos habıa crecido de tal manera que ya figuraba en el tope de la agenda internacional, convirtiendose en una cuestion trascendental e insoslayable.

La reunion de Quito conto con la presencia de los dirigentes polıticos mas progresistas de la region, entre los que estaban el

---

de Inteligencia norteamericana ([CIA](#)). Los documentos relacionados con el accidente desaparecieron durante la invasion de Panama por los [EEUU](#) en 1989. Torrijos murio poco despues de la asuncion de [Ronald Reagan](#) como presidente de Estados Unidos y justo tres meses despues de que el presidente [ecuatoriano Jaime Roldos Aguilera](#) muriera en circunstancias similares.

presidente ecuatoriano, Jaime Roldós, el influyente ministro peruano Edgardo Mercado Jarrín y otros que, como ocurría en el caso de Cámpora, ocuparon altos cargos en los gobiernos democráticos de Brasil, Chile, Uruguay y Bolivia, entre otras personalidades que habían adquirido relevancia por su lucha a favor de los derechos humanos.

El viaje de Cámpora a Ecuador, que finalmente habría de concretarse en el mes de agosto, no aparece mencionado en la agenda de marzo, aunque ya en esa época era un proyecto que teníamos en consideración a partir de la ya mencionada entrevista que Carlos Cámpora y yo tuvimos con el presidente del PRI.

También quisiera destacar que en la agenda del 31 de marzo se consignan dos viajes, uno a los Estados Unidos, que se realizaría a principios de otoño, y el otro a Venezuela para fines del ochenta. Sin embargo, ninguno de los dos se pudo materializar por el estado de salud del ex presidente, que, tras la mejoría experimentada a comienzos del año, se agravó de manera irreversible hasta que falleció el 19 de diciembre.

A fines de febrero, Mario realizó una visita a Perú, donde meses después habría elecciones presidenciales, y desde allí partió a Caracas para entrevistarse con Carlos Andrés Pérez, fijando un encuentro con Cámpora que tendría lugar en Venezuela antes de que finalizara el año. En ese momento, hacía unos meses que Pérez había dejado la presidencia y ejercía la vicepresidencia de la Internacional Socialista.

Su primer mandato se había caracterizado por un profundo sesgo progresista. La decisión más trascendente de su gobierno fue la que tomó dos años después de asumir la primera magistratura al nacionalizar la industria del petróleo y crear Petróleos de Venezuela Sociedad Anónima (PDVSA), medida que profundizaba la tendencia iniciada un año antes con la nacionalización de la industria siderúrgica.

El auge económico de su primer gobierno estuvo determinado por el embargo del petróleo árabe impuesto por Estados Unidos, lo que terminó favoreciendo la explotación del petróleo venezolano al punto que la prensa sabía llamar al país sudamericano la «Venezuela Saudita».

Carlos Andrés Pérez era un hombre influyente en América Latina y gozaba de gran prestigio en la región. Durante su gobierno, y tal como un año antes lo hiciera Cámpora, restableció

las relaciones diplomáticas y comerciales con Cuba, apoyó en forma decidida las causas justas de América Latina, entre las que se contaba el reclamo de Torrijos para recuperar el canal de Panamá y ya en la primera entrevista que realizó en Washington con Jimmy Carter, abogó a favor de un acuerdo entre los Estados Unidos y Panamá.

Al mismo tiempo criticaba abiertamente a los regímenes dictatoriales de Anastasio Somoza y Augusto Pinochet, y luego de romper relaciones diplomáticas con el gobierno de Chile abrió las puertas de su país para recibir y dar refugio a miles de ciudadanos chilenos que huían de Pinochet, a los que no tardarían en sumarse argentinos, uruguayos, brasileños y bolivianos. Ya he relatado la manera en que la crisis diplomática con Uruguay, que desembocó en la ruptura de relaciones entre los dos países, influyó decisivamente para acelerar nuestra decisión de buscar asilo en la embajada mexicana en Buenos Aires.

Todo el prestigio alcanzado en la década del setenta por Carlos Andrés Pérez se derrumbó durante su segunda presidencia, al punto que dejaría ser una referencia de la lucha antiimperialista de la región, ya que en los '90, tiempo dominado por los ajustes financieros, la desregulación y la apertura de mercados consagrados por el consenso de Washington e impuestos en la mayoría de los países de la región, la política aplicada por Pérez aplicó trajo aparejada la pobreza, el desempleo y la regresión en la distribución de la renta nacional.

Por otra parte, este segundo mandato estuvo signado por la corrupción y los levantamientos populares que resistían las políticas neoliberales. Así, entre otras manifestaciones, los venezolanos se lanzaron a las calles para oponerse a las medidas del gobierno siendo brutalmente reprimidos por el gobierno, con el lamentable resultado de decenas de muertos en una jornada luctuosa que se conoce bajo el nombre de «Caracazo».

Finalmente, en mayo de 1993, Carlos Andrés Pérez fue destituido y en 1996 recibió una condena a veintiocho meses de prisión domiciliaria por malversación agravada de fondos públicos.

Dos años antes de su destitución tuve ocasión de conocerlo en el Palacio de Miraflores cuando recibió una delegación de distintos países que integraban el Programa Bolívar, que era una iniciativa latinoamericana para la integración tecnológica de las

PYMES<sup>75</sup>, de la cual yo formaba parte como representante de la Argentina.

En esa oportunidad sentí una gran decepción por el descrédito en el que había caído ese hombre avejentado y ya desprovisto de aquel magnetismo que lo caracterizara durante tantos años cuando, por todos los medios a su alcance, defendía la dignidad de Venezuela y los intereses de su pueblo y que ahora, en 1991, había abandonado sus ideas progresistas para abrazar las políticas neoliberales que de la mano del Fondo Monetario Internacional se expandían sin obstáculos por casi toda nuestra América Latina.

El deseado encuentro de Cárpora con aquel Carlos Andrés Pérez que encarnaba la lucha antiimperialista de los pueblos latinoamericanos, y que había sido previsto para octubre del ochenta nunca se pudo concretar.

Las agendas de marzo, mayo, junio, julio y agosto contienen casi toda la actividad política desplegada por el Tío en México durante el año 1980, como puede observarse en las que transcribimos más abajo y que llevan por título «Acuerdos» y «Acuerdos pendientes» o que simplemente están encabezadas por el mes o las fechas de las reuniones en que dichas actividades fueron planificadas o también por las correspondientes al momento en que debían ser concretadas.

Allí no se menciona la trascendente reunión que Cárpora sostuviera con Edward Kennedy en el hotel María Isabel Sheraton y ello se debe a que la entrevista pudo pactarse a último momento aprovechando la visita a México del senador demócrata.

### *Reunión del 2 de junio de 1980. Orden del día*

- 1) *Belaúnde*
- 2) *Panamá*
- 3) *Sepúlveda*
- 4) *Luís Suárez – José Passe Llergos*
- 5) *Carta: Mario Kestelbon*
- 6) *Acto del Frente Amplio*
- 7) *Libro de Giardinelli*

---

75 PYMES: plural lexicalizado del acrónimo de PYME (Pequeña y Mediana Empresa).



- 8) *Cartas de Buenos Aires*
- 9) *Guillermo Greco*
- 10) *Miguel Bonasso*
- 11) *Revisión de actividades correspondientes a los meses de mayo y junio.*

12) *González De León*

13) *Carta de Pablo Piacentini*

*Domicilio: Fernando Belaunde Terry, Camino Real 985. Dpto. 2002, San Isidro, Lima Perú. Teléfono: 401832*

*Dr. Marcel A. Salamin C. Apartado Postal 6. 3088, El Dorado. Panamá*

*Dr. Hernán Silis Suazo – Avda. Hernando Siles 1170 – Obrajes – La Paz – Bolivia – Te. 327309*

### **Acuerdos pendientes para el 9 de junio de 1980**

- 1) *Sensibilización periodística del viaje a Panamá – Hablar a Jorge Bernetti (Bebe)*
- 2) *Hacer telegrama a Belaúnde y notificar a la prensa (Rodolfo)*
- 3) *Elaborar carta a Sepúlveda.*
- 4) *Agregar Adolfo Silvestre Arrue (Francisco)*
- 5) *Entregar Papa Castellano ( Rodolfo)*
- 6) *Agradecimiento (Julio)*
- 7) *Pedir ias Eldrich (Rodolfo)*
- 8) *Tratamiento e Pablo – Respuesta Rodolfo*
- 9) *Refugiado ONU (Julio)*

### **19 de agosto**

1 *Participación del Doctor (Charla) PRI*

1) *Comentarios al viaje a Ecuador*

2) *Invitación PRI*

3) *17 de octubre y noviembre*

4) *Reunión embajador Nicaragua*

5) *Sandler*

1) *Enviar carta ONU, compañero de Madrid.*

2) *Preparar carta al embajador Galo Plaza*

3) *Agregar a la lista (nueva dirección) Jorge Ocampo*

4) *Rolando Díaz: Instituto Andino de Estudios sociales. Barcelona 579 y Pontevedra. Quito. Ecuador.*

Arnaldo Bocco: América 4047 Dpto. 1. Rumibamba, Quito. Ecuador. Te. 543417.

Armando Villanueva

He tenido el gusto de conocerlo, la emoción de saberlo por sus luchas en el APRA (seguirá siendo dirigente) gratificante. Derechos Humanos – Seguir manteniendo vinculaciones – Le agradezco el envío del libro del gran líder Haya De La Torre.

Leonel Brizuela

Mucho le deseo la reproducción de las hormiguitas – final.

Sevilla:

Agradecimiento al trato recibido en Quito – Solicitud: quiero tener una participación activa en la institución creada por importante contacto – Hacernos saber medidas tomadas – Especialmente deseo me haga saber gestiones que se efectúen en relación con asilados Embajada de México. Le ruego se dé curso a las proposiciones contenidas en las ponencias que presenté y que merecieron consenso unánime de los asistentes y que no fueron recogidos íntegramente en el documento final por la urgencia de su redacción.

Pompeyo Márquez

Presidente de la Comisión Permanente de Economía del Senado. Apartado Postal 5297. Carchas 1011. Venezuela.

Me fue grato conocerlo. Tengo la seguridad de que con la ayuda de Dios tendré la oportunidad de visitar a usted en su país.

### — Mayo —

- Llamar embajador Salamín
- Preparar carta al Papa
- Preparar documento 25 de mayo
- Preparar lista destinatarios en Argentina de la carta personal
- Agradecimiento a ex presidentes
- Llamar Jova
- Entrevista con Caravajal
- 18: Elecciones en Perú
- 22: Convergencia Uruguay
- Entrevista con Peña Gómez
- 25: Carta Abierta al Pueblo Argentino

—Junio —

- Preparar cartas para el MP
- Visita a Panamá
- Trascendidos de la preparación de la visita política a USA
- Entregar cartas del MP
- Visita a la Conferencia Permanente de Partidos Políticos
- Entregar carta para el Papa
- Carvajal
- 29: Elecciones en Bolivia.

—Julio —

- 1: Misa por el General
- 26: Misa por Eva

—Septiembre —

—Viaje a USA

La entrevista de Cámpora con Edward Kennedy adquiere una trascendencia especial, debido a que luego producida la toma de la embajada norteamericana en Irán se advertía un progresivo desgaste del liderazgo de James Carter que aspiraba a su reelección presidencial. En contrapartida, se produce un avance arrollador del candidato republicano Ronald Regan, adelantando un futuro giro en la política exterior del país del norte con el consecuente abandono de la defensa de los derechos humanos que impulsó Carter durante los cuatro años de su mandato, política que permitió salvar la vida de los prisioneros que permanecían detenidos en los centros de tortura o en las cárceles de la dictadura argentina.

Unos meses después del encuentro de Cámpora con Kennedy el partido republicano ganó las elecciones y, tal como era previsible, Regan imprimió a su gestión una dirección extremadamente conservadora al punto de identificarse completamente con los regímenes reaccionarios de América Latina.

De esta manera, el apoyo brindado por el gobierno estadounidense a los gobiernos autoritarios de la región no sólo se manifestará en los aspectos económicos y políticos, sino que también ha de extenderse al plano de la ayuda militar; llegando a

intervenir en el conflicto nicaragüense mediante el suministro de armas, dinero y asesores militares a los «Contras» que luchaban contra el gobierno sandinista; sino también impulsando la injerencia directa de las dictaduras latinoamericanas, entre ellas la argentina cuya participación se concretó en el envío de miembros de la inteligencia y de las Fuerzas Armadas que aconsejaban y entrenaban a los contrarrevolucionarios.

La influencia de Edward Kennedy para neutralizar esa política de su gobierno, diseñada a comienzos de los setenta por Henry Kissinger, alcanzó uno de sus picos más altos cuando, apenas instalada la dictadura argentina, el senador hizo aprobar en la cámara alta el embargo de la venta de armas norteamericanas a la Argentina decisión que se conocería como la «Enmienda Humphrey-Kennedy».

En la entrevista que mantuvo con Cárpora, realizada a las once de la mañana de un día particularmente soleado, el ex presidente le manifestó su satisfacción por sus iniciativas en el campo de los derechos humanos, a las que juzgó muy valiosas, manifestándole que era un auténtico aliciente para los que luchaban en pro del retorno de la democracia en los países de América Latina.

Poco tiempo después de que tuviera lugar la entrevista, la mayoría republicana en el Senado votó el levantamiento del embargo de las ventas de armas a nuestro país, aunque el triunfo conservador encontró un límite cuando Kennedy impuso en la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado que, antes de aprobar la venta de armas a la Junta Militar deberían ser satisfechas tres condiciones: información sobre el paradero de militantes desaparecidos; libertad o enjuiciamiento de los detenidos a disposición del Poder Ejecutivo y presentación de pruebas de que efectivamente se registraban avances en la observancia del respecto a los derechos humanos.

Estas entrevistas con estadistas de proyección internacional o con dirigentes políticos argentinos resultaban especialmente fructíferas pues el trato franco y directo de Cárpora servía para crear un clima distendido que facilitaba el diálogo, ya que el Tío lograba obtener de su interlocutor una aceptación y un respeto hacia su persona que se traducían en compromisos políticos que luego serían invariablemente cumplidos.

Sin embargo, y ante la imposibilidad de elaborar una agenda

basada en entrevistas personales, el ex presidente optó por recurrir al intercambio epistolar. Así, y siguiendo esta modalidad de trabajo, en mayo se redactó una carta dirigida al Papa que fue entregada en junio, y cuya intención era presionar al Vaticano para que su diplomacia influyera en el gobierno militar y exigiera el respeto a los derechos humanos y a su vez advertir a la Iglesia que la complicidad de buena parte de la jerarquía eclesiástica argentina con el terrorismo de Estado era considerada inadmisibles y que tendría consecuencias en el futuro.

También en el acta fechada el 2 de junio se puede apreciar que entre las actividades a desarrollar se encuentra prevista la de redactar dos cartas, motivadas por la realización de comicios presidenciales en Perú y Bolivia y que serán enviadas durante ese mes, luego de conocido el veredicto de las urnas. Así, la primera estará dirigida a Fernando Belaunde Terry que, después de su triunfo en las elecciones peruanas del 18 de mayo, se preparaba a asumir la primera magistratura, y la otra tendrá como destinatario a Hernán Siles Zuazo, quien acababa de imponerse en las presidenciales de Bolivia.

Estos dos procesos electorales fueron una clara manifestación de que América Latina estaba dando los primeros pasos para recuperar la vida democrática, enfrentando la alianza de las dictaduras militares sudamericanas, que encontraba su expresión en el plan Cóndor.

Mientras que en Perú, el resultado de los comicios favoreció a un líder de cuño conservador que se había ganado el apoyo incondicional de los Estados Unidos, con lo cual la salida institucional estaba asegurada, no ocurrirá lo mismo en Bolivia donde, liderando una coalición de partidos de izquierda, triunfó el legendario líder del Movimiento Nacionalista Revolucionario. Allí, la derecha vernácula, apoyada por EEUU y los militares argentinos, conspiró inmediatamente para impedir la llegada al gobierno de Hernán Siles Zuazo.

En Perú hacía tiempo que la llamada Revolución Peruana, de orientación progresista, que, encabezada por el general Juan Velasco Alvarado, terminara con el primer mandato de Belaunde Terry, había llegado a su fin. Cinco años antes, el 29 de agosto de 1975, el general Francisco Morales Bermúdez, Comandante General del Ejército, encabezó un incruento golpe de Estado, conocido como el «Tacnazo» y se autoproclamó presidente de la Repúbli-

ca, abriendo la «segunda fase» del Proceso Revolucionario de las Fuerzas Armadas. Para 1980, los cambios políticos, económicos y sociales que impulsara la revolución habían sido anulados y Perú ya estaba, según la estimación y los intereses de los Estados Unidos, en condiciones de regresar a la normalidad institucional.

El 18 de mayo de 1980 Fernando Belaunde Terry candidato de Acción Popular triunfó con el 45% de los votos, seguido por el candidato del APRA Armando Villanueva que obtuvo el 28% de los sufragios.

Cámpora le envió una carta de salutación en la que le expresaba su convencimiento de que así como Perú había vuelto a la senda de la democracia, también la Argentina y las demás naciones hermanas de América del Sur, habrían de transitar muy pronto el mismo camino.

Fernando Belaunde Terry ocupó por segunda vez el palacio de Miraflores el 28 de julio de 1980, poco después de que se resolviera una crisis con Cuba que tuvo amplia repercusión en la prensa internacional, que utilizó el conflicto para desgastar al régimen cubano.

Varios países se involucraron en la búsqueda de una solución pacífica que finalmente habría de alcanzarse en junio de 1980. En enero de ese año veinticuatro cubanos que se conducían en un micro, derribaron las puertas de hierro que daban acceso al jardín de la embajada del Perú e ingresaron a la residencia solicitando amparo diplomático y el permiso para emigrar. Sin consultar con su gobierno, el embajador peruano autorizó la entrada de las fuerzas de seguridad cubanas, que procedieron a desalojar a los invasores, lo que ocasionó la destitución del embajador.

El primero de abril se produjo un incidente similar, aunque en esta ocasión se desató una balacera que dejó como saldo la muerte de un militar cubano. Ante la negativa de Perú a entregar a los refugiados tal como lo exigía Cuba, el gobierno castrista anunció el retiro de las fuerzas de seguridad que custodiaban la embajada peruana de La Habana. Al mismo tiempo, Fidel Castro declaró que *«la sede diplomática queda abierta para todo aquel que quiera salir del país»*, y en dos días la embajada fue ocupada por más de diez mil cubanos.

Como ya hemos dicho, en junio de 1980, un mes antes de la fecha prevista para el traspaso del mando presidencial, el conflicto se resolvió al anunciarse la entrega de visas humanitarias por parte de varios países, entre los que se encontraban Costa

Rica, Canadá y España, que se declararon dispuestos a recibir a los refugiados.

En mayo de ese año, y cuando las febriles negociaciones diplomáticas tendientes a solucionar el conflicto con Cuba alcanzaban su punto más álgido, en el departamento de Ayacucho irrumpía en la escena política del país una organización guerrillera denominada Sendero Luminoso<sup>39</sup> que, bajo la conducción del ex profesor de Filosofía Abimael Guzmán, declaraba la guerra al Estado peruano y cuyas acciones, caracterizadas por la extrema violencia aplicada contra campesinos, dirigentes sindicales, autoridades elegidas popularmente, ataques a los bienes e infraestructura nacional (torres de alta tensión, carreteras, puentes, ferrocarriles, refinерías) y a la población civil, policial y militar en general, habrían de ocupar con frecuencia los titulares de la prensa nacional e internacional.

Como estaba previsto en el acta del 2 de junio, a fines de ese mes Campora le envio una carta a Hernan Siles Zuazo felicitandolo por el xito abrumador obtenido en las elecciones presidenciales bolivianas del 29 de junio.

Siles Zuazo era uno de los grandes protagonistas del movimiento conocido como Revolucion Nacional que en abril de 1952 conmoviera a America Latina cuando, bajo la conduccion del Movimiento Nacionalista Revolucionario, fundado y liderado por Victor Paz Estenssoro, el propio Siles, y el dirigente sindical Juan Lechin Oquendo, se produce un levantamiento popular encabezado por los mineros contra la Junta Militar que tomara el gobierno para impedir la asuncion del MNR que acababa de triunfar en las elecciones del ano anterior. La reaccion popular termina derrotando a las fuerzas del ejercito en varios enfrentamientos que costaron cerca de cuatrocientos noventa muertos y desemboca en la formacion de un gobierno provisional presidido por Siles y Lechin que asume el mando hasta el regreso de Paz Estenssoro, quien se encontraba exiliado en Buenos Aires.

La Revolucion Nacional acabo con el orden impuesto por la oligarquia minera que manejo el pais durante mas de un siglo sometiendo al pueblo boliviano a una pobreza extrema.

Durante los doce anos que se mantuvo en el poder, el MNR introdujo grandes reformas politicas, economicas y sociales. El voto universal y la reforma agraria permitieron incorporar por

primera vez a las mujeres y a la mayoría campesina e indígena a las decisiones políticas del país. La nacionalización de la industria minera, la aprobación del nuevo código que regía la explotación petrolífera, la creación de la Central Obrera Campesina, la reforma de la educación y la disolución y reforma del ejército, entre otras medidas de corte popular, completaron el proceso transformador.

Cuando Céspedes le escribió a Hernán Siles Zuazo, hacía casi dos años que Bolivia atravesaba por una grave crisis política caracterizada por sucesivos llamamientos a elecciones seguidas por los consabidos golpes de Estado, destinados a impedir la asunción de partidos populares que resultaban inaceptables para los Estados Unidos y las dictaduras del Cono Sur, articuladas regionalmente a través del Plan Cóndor.

Así, a las elecciones realizadas en julio del '79 que consagraron el triunfo de la Unión Democrática y Popular<sup>76</sup>, una coalición que llevaba como candidato a Siles Zuazo pero que no logró alcanzar una mayoría del 51% requerida por la Constitución, siguió una conspiración palaciega por la que el Congreso no le otorgó los votos necesarios para consagrarlo y acordó nuevos comicios para 1980 y un interinato encabezado por el presidente del Senado. Esta solución temporal sólo duraría hasta el 1º de noviembre, cuando un sangriento golpe de Estado derrocó al gobierno democrático, aunque la resistencia popular obligó a los golpistas a devolver el poder al Congreso<sup>77</sup>, que designó a Lidia Gueiler, quien presidía la Cámara de Diputados, como Presidenta Interina de la República hasta que se sustanciaran las nuevas elecciones.

El 21 de junio de 1980, una semana antes de la votación, la derecha boliviana decidió jugarse el todo por el todo y detener la marcha de Siles Zuazo hacia un nuevo triunfo electoral. Ese día,

---

76 La Unión Democrática y Popular (UDP) era una coalición de los partidos: MNR-I, de Hernán Siles Zuazo; MIR, de Jaime Paz Zamora; PRIN, de Juan Lechín Oquendo y Lidia Gueiler; y el PCB, de Oscar Salas Moya.

77 El golpe de Estado, encabezado por el general Alberto Natusch Busch provocó un levantamiento popular dirigido por la Central Obrera Boliviana (COB), que fue violentamente reprimido y que costó la vida de unas ciento cincuenta personas, pese a lo cual la resistencia logró su objetivo y, tras una presidencia de tan sólo dieciséis días Natusch tuvo que devolver el poder al Congreso.



apelando al mismo método que al año siguiente acabaría con las vidas de Omar Torrijos y Jaime Roldós, hizo estallar en el aire el avión que junto a otros líderes de la UDR debía trasladarlo para participar en un acto de campaña<sup>78</sup>. Todos los ocupantes del vuelo resultaron muertos, aunque Siles salvó su vida de milagro, ya que a último momento resolvió no abordar el aparato y, contra lo que esperaban los sectores golpistas, el atentado acrecentó su popularidad y obtuvo el doble de votos que los que alcanzara el año anterior.

Sin embargo, el triunfo aplastante de Siles no fue suficiente para resolver la crisis, y el 17 de julio del '80, pocos días antes de que asumiera la presidencia, un grupo de militares estrechamente ligado al narcotráfico, liderado por el general Luis García Meza y apoyado por la dictadura argentina, dio un nuevo y cruento golpe de Estado que derrocó a la Presidenta provisional e instauró otro gobierno dictatorial que tampoco pudo sostenerse mucho tiempo, debiendo entregar el poder a Siles Zuazo en octubre de 1982.

Además de las actividades que Cámpora desplegó en el ámbito internacional, en los Acuerdos y Actas fechadas entre los meses de mayo a julio aparecen consignadas las que se estuvieron vinculadas a la política nacional.

La responsabilidad principal de diseñar la política que el Tío implementó en el escenario nacional y en seno del Movimiento Peronista recayó, como era lógico, en el Bebe Righi a quien el ex presidente eligiera en marzo del '73 para que se desempeñara como ministro del Interior de su gobierno.

Ya desde las primeras reuniones sostenidas en el Hotel Presidente a principios de febrero de 1980, y que aún no serían registradas en actas, las expresiones vertidas por Cámpora no dejan dudas acerca de cuál era su pensamiento político sobre la situación por la que atravesaba el país.

El núcleo de su estrategia política consistía en proclamar la necesidad de que la sociedad argentina se organizara para luchar por la recuperación de la democracia *«que es el ejercicio de la razón*

---

78 La avioneta pertenecía a una compañía de taxis aéreos propiedad de [Luis Arce Gómez](#), quien habría de asumir el Ministerio del Interior en el golpe de Estado realizado un mes después y se encontraba directamente a cargo de las actividades clandestinas de represión e inteligencia.

*y de la persuasión*», a la vez que condenaba abiertamente el autoritarismo militar, el uso inclemente de la fuerza, la adopción por parte de la dictadura de la doctrina de la seguridad nacional, y la violación sistemática de los derechos humanos.

En su pensamiento más profundo estaba el de ampliar las vías democráticas para lograr el restablecimiento de la paz y el orden constitucional, rechazando la insensatez de los que proclamaban el uso de la violencia política como estrategia para llegar al gobierno.

Así, cuando convocó a recuperar la democracia en la «*Carta abierta a los argentinos*» del 25 de mayo, estaba pensando en confrontar con el modelo que proponía domesticar al peronismo convirtiéndolo en un partido funcional al régimen, posición que reitera en su carta del 1º de julio remitida a los dirigentes del Movimiento, donde los convocaba a participar en un debate fundado en los ejes históricos del peronismo.

Según su visión, no se trataba de estructurar un peronismo liberal como el que proponían los sectores hegemónicos de la sociedad argentina sino de recuperar la capacidad de diseñar un proyecto popular fundado en la más amplia participación del pueblo, lo que como primera condición requería la plena vigencia de la Constitución Nacional y la convocatoria a elecciones sin proscripciones.

Cámpora pretendía construir un gran frente político similar al que a comienzos de los setenta se constituyera con *la Hora del Pueblo*. Para lograr ese objetivo era necesario transitar por un camino previo, destinado a reconstruir la presencia del peronismo en base a un programa político que respondiera a las exigencias de una nueva década y que fuera capaz de remover la estructura de dependencia impulsada por el establishment y sostenida mediante el terrorismo de Estado que aplicaban las Fuerzas Armadas.

El ex presidente imaginaba que era posible reiterar un escenario similar al que él encabezara tras la consigna del *Luche y Vuelve*, y en donde las masas organizadas tornarían a movilizarse con la presencia activa de los trabajadores y de la «*juventud maravillosa*», volviendo a ser protagonistas de un triunfo popular, instancia en la que él sería la garantía de que su compromiso con el programa político de transformación de la Argentina habría de ser cumplido. En ese tiempo, la confianza que le profesaba el pueblo argentino no se había quebrado y era su principal capital

político. Esa confianza se resume en una sola palabra: *Lealtad*. Lealtad que en el movimiento peronista alcanzará un valor simbólico inmensurable que se proyecta en el tiempo al punto de que en esa palabra se expresa la mejor historia del peronismo.

La lealtad simboliza el 17 de octubre; el reconocimiento del liderazgo de Perón; la lucha incansable de Evita en favor de los derechos de los trabajadores y de la incorporación de la mujer a la política; las transformaciones sociales logradas en la década del primer gobierno de Perón; la tenaz resistencia peronista a la dictadura de la «Revolución Libertadora» y, más tarde, al plan CONINTES orquestado durante la presidencia de Arturo Frondizi.

En la lealtad que C ampora mantuvo a trav es de su larga trayectoria política se expresaban todos esos valores históricos que vienen desde el cuarenta y cinco, pero a los que su excluyente protagonismo político como último delegado del general Perón agregó dos contenidos que le pertenecían, que le eran propios y que los peronistas reconocieron en él: el retorno de Perón al país bajo la consigna del *Luche y Vuelve*, y el reconocimiento nunca desmentido del rol jugado por la «juventud maravillosa» en todo ese proceso que desembocó en el gobierno popular del 25 de mayo de 1973.

El pronunciamiento manifestado a trav es de la «*Carta abierta a los argentinos*» fue un acto trascendente e imprescindible que debió realizarse con cierta premura, en tanto las definiciones políticas que contiene son el punto de partida desde el cual C ampora construiría su estrategia política. All  el Tío destaca la soberanía popular y la independencia nacional expresadas en el primer gobierno patrio que fundara nuestra nacionalidad y luego trae a la memoria de los argentinos el día en que él asumiera la presidencia. Sería otro 25 de mayo, pero de 1973, al que define como un hecho por el cual el pueblo recupera la capacidad de ser «*dueño de su destino*» y logra, después de una «*larga, heroica y dolorosa lucha... elegir autoridades democráticamente*», para luego denunciar que este 25 de mayo de 1980 «*todo es diferente y contradictorio*» y enseguida afirmar que el «*autoritarismo militar est  ahí*».

En los tres primeros párrafos del pronunciamiento, C ampora incluye cuatro definiciones sobre las cuales formula su propuesta política para los argentinos, que puede sintetizarse en el anhelo de una nación independiente en la que el pueblo pueda elegir

democráticamente sus autoridades, para lo cual deberá empeñarse en una larga lucha para derrotar al «*autoritarismo militar*» que pretende «*no dejar que nunca más el pueblo vuelva*».

En la «*Carta*», el ex presidente realiza una afirmación categórica para desmentir a los personeros del régimen militar:

*«No es exacto que en nuestro país la vida política haya estado suspendida en los últimos años en una danza pendular entre gobiernos civiles débiles y gobiernos militares fuertes...».*

para luego explicar que:

*«...La verdad es que la democracia no se instala, no se afirma en la Argentina porque no se la practica, porque su ejercicio, que es el ejercicio de la razón y de la persuasión, es ineluctablemente interrumpido por el ejercicio de la fuerza».*

Más adelante denuncia que:

*«El pueblo, único protagonista legítimo de la democracia, es privado de derechos y libertades».*

También señala la supresión del orden constitucional y el rol antipopular que cumplen las Fuerzas Armadas asociando al país a los centros financieros mundiales y advierte que allí, reside

*«...el drama político argentino de la hora actual. Drama que engendra violencia y que frustra el destino nacional».*

Después del pronunciamiento del 25 de mayo dirigido al conjunto de los argentinos, Cámpora ya estaba en condiciones de avanzar en su relación con el peronismo, lo que hace por medio de la ya citada carta del 1º de julio, y que está encabezada por la frase «*Estimado compañero*». Como puede apreciarse, la fecha elegida para datar la carta, tiene un alto valor simbólico en el peronismo ya que es el día en que se conmemora el fallecimiento del general Perón.

Los destinatarios de la misiva pertenecían a un amplio abanico de dirigentes que fueron seleccionados en base a tres criterios que expresara el Bebe en la reunión del 31 de marzo: lealtad, representatividad e idoneidad. Entre esos nombres podemos destacar, entre otros, a Ítalo Argentino Luder, Lorenzo Miguel, Raúl Matera, Julio Romero, Rodolfo Desper, Alberto Campos, Pablo Ramella, Ernesto Corvalán Nanclares, Alberto Iturbe, Carlos Menem, Antonio Cafiero, Carlos Corach, Julio Benítez, Figuerola Gallo, Francisco Dagostino, Araoz Castex, y Caro Mota Miliozi.

Cuando Cámpora toma la decisión de consultar a distintas personalidades del peronismo sobre el «*Esbozo para una propuesta de un "Proyecto para el país"*» se está situando en el centro de las expectativas que giraban sobre quién habría de asumir el liderazgo político del peronismo, más allá de señalar con énfasis:

«...estimado compañero, quiero que tenga usted la más absoluta certeza de que no me anima en esto ninguna ambición, y sólo quiero dedicar, con la ayuda de Dios, mi tiempo futuro a trabajar como uno más por estos objetivos».

La carta hace hincapié en la identidad, y Cámpora habla como un peronista que se dirige a otro peronista, declarando la necesidad de fijar qué proyecto de país

«...deseamos los peronistas para las próximas décadas y cuál es la línea táctica y la estrategia para alcanzarlo».

El ex presidente adopta un tono mesurado y de máxima consideración para con el dirigente interpelado, a fin de crear un clima de confianza, a la vez que afirma su convicción de que

«...nuestro movimiento es cada vez más fuerte, su organización y la clara propuesta del país que queremos es un imperativo de la hora al que todos los peronistas nos debemos abocar».

El texto de la misiva recoge algunas de las ideas que se originaron en los debates que sostuvimos como equipo asesor en distintas jornadas de trabajo, cuyas primeras pinceladas están reflejadas en el «Acuerdo» del 31 de marzo.

Allí podemos corroborar cómo en medio del debate acerca de la conveniencia o no de crear una estructura política del exilio liderada por Cámpora, surge la iniciativa del Bebe de elaborar un documento al que denomina «*Esbozo de la propuesta: "Proyecto para el país"*», con el fin de someterlo a la consideración de la dirigencia del movimiento peronista.

A raíz de esta propuesta del Bebe se gesta la carta del 1º de julio, en la que el Tío se refiere a ella como un «*punteo provisorio de temas*» y que será anexado a ésta como un documento específico que servirá para guiar los aportes que pudieran brindar los interpelados.

En la documentación anexa es posible profundizar en la lectura integral del Acuerdo del 31 de marzo, donde se reflejan los pormenores de aquel debate acerca del carril por el que de-

bía discurrir la relación de Campora con el exilio, aunque debo aclarar que para ello no podemos dejar de considerar el contexto que se abriera con la realizaci3n del acto del 11 de marzo y la frustraci3n que origin3 en todos los exiliados que participamos en 3l.

Estoy convencido de que si el Tío hubiera logrado vencer a la enfermedad, la reapertura del dialogo directo con los cuadros polıticos del exilio s3lo hubiera sido una cuesti3n de tiempo, en especial con los que se encontraban en M3xico, entre los que habıa muchos a los que 3l conocıa personalmente y que gozaban de su estima, lo que puede apreciarse al leer los nombres que figuran en las actas.



## MORIR EN EL EXILIO, PERTENECER A LA HISTORIA

Al terminar la reunión de trabajo del dos de junio, que se prolongó más de lo habitual debido a la cantidad de temas que debíamos tratar, Julio Villar se ofreció a acercarme hasta mi casa. En el trayecto me comentó su idea de invitar al Tío y a Nené a pasar un fin de semana en Cuernavaca, proponiéndome que Susana y yo nos sumáramos a la invitación, a lo que accedí de inmediato.

La semana anterior a que Cámpora emprendiera su viaje a Panamá nos instalamos en la ciudad de la eterna primavera. A pesar de que ya habíamos ingresado en la temporada de lluvia, el sol nos acompañó durante todo el fin de semana. Cada matrimonio ocupó uno de los tres chalets que integraban el complejo y que resultaban muy cómodos pues estaban dotados de todo el equipamiento necesario para la vida diaria. El lugar contaba con un amplio parque, muy apto para nuestras caminatas diurnas. Nos levantábamos temprano y desayunábamos en el jardín, mientras soplaba una brisa ligera que se llevaba las escasas nubes y nos permitía ver un cielo diáfano y celeste, tan añorado por quienes vivíamos en el Distrito Federal, donde la densa capa de smog que envuelve cotidianamente a la gran ciudad hacía que, por lo general, fuera imposible contemplarlo.

Las fotografías que recuerdan aquel fin de semana y que aparecen incorporadas en el anexo documental, son un claro testimonio de lo que a mi juicio fue el mejor momento para la salud del ex presidente, cuando la enfermedad parecía haber sido derrotada y Cámpora transmitía su optimismo a todos los que los que lo acompañábamos.

El día en que el Tío regresó de su viaje a Panamá llegó al Hotel Presidente más temprano que de costumbre con el propósito de poder charlar a solas con él, pues en esas conversaciones Cámpora aprovechaba para contarme anécdotas o incidentes de su dilatada trayectoria política, hacerme revelaciones sobre su vida personal o reflexionar sobre temas que no siempre podíamos tratar si estábamos todos juntos ya que en esos casos preva-



leía el clima de reunión de trabajo o el diálogo derivaba hacia asuntos que estaban pendientes de discusión.

Esa tarde, como yo esperaba, lo encontré dispuesto a comentarme las impresiones y sensaciones que había tenido al conversar con Omar Torrijos. El ex presidente me contó que la entrevista se había realizado en la residencia de la Calle 50 que habitualmente ocupaba el líder panameño, donde lo recibió el embajador Marcel Salamín, un estrecho colaborador de Torrijos.

Para Cámpora, que era lo que podríamos llamar un hombre educado a la antigua, el ambiente informal en que se desarrolló la reunión fue una verdadera sorpresa. Torrijos, vestido con su uniforme de comandante de la Guardia Nacional, lo esperaba fumando un puro y tendido en una hamaca panameña, y después de que se estrecharon en un abrazo el comandante volvió a echarse en la hamaca, no sin antes ofrecerle al Tío que tomara asiento en un sillón ubicado de tal manera que quedó frente a frente con su interlocutor.

El diálogo que siguió fue muy rico en fuertes definiciones, matizadas con anécdotas que sirvieron para acortar distancias entre ambas personalidades.

El líder panameño comentó que mantenía una amistad con el presidente James Carter, pues éste siempre había actuado con respeto y franqueza en su trato personal, lo que facilitó las negociaciones sobre la soberanía del canal. La conclusión de esas conversaciones, concretada en la firma del tratado que lleva el nombre de los dos presidentes, sirvió para reforzar esa amistad.

Después mencionó que valoraba mucho la posición sostenida por Carter en favor del respeto a los derechos humanos, pues había contribuido a salvar no pocas vidas y a morigerar los atropellos que cometían las dictaduras militares que gobernaban en América Latina.

Entre otras cosas, Cámpora le dijo que había quedado impresionado por la visita al canal que realizara el día anterior, durante la que tuvo oportunidad de recorrer el complejo de Miraflores, cercano a la capital panameña, donde pudo observar el funcionamiento de las esclusas que hacían posible el cruce de los barcos que transitaban de un océano al otro.

Esto dio pie a que líder panameño se explayara con entusiasmo sobre su gran proyecto de construir un nuevo canal, destinado a buques de gran calado que no podían circular por el ya existente y que significaría un avance fundamental para el desarrollo

de Panamá, agregando que con miras a concretar su iniciativa ya había entablado negociaciones con empresarios japoneses y norteamericanos.

Por su parte, Cámpora trazó en grandes líneas un diagnóstico del estado de situación en la que se encontraba la Argentina y la futura evolución política que preveía para el país, expresando su creencia de que los militares quedarían cada vez más aislados internacionalmente debido a su política de terror y desaparición de personas.

También le anticipó que tenía previsto viajar a Ecuador, Estados Unidos y Venezuela, países en que denunciaría los crímenes de la Junta Militar y solicitaría el apoyo a la lucha del pueblo argentino para imponer el regreso a la Constitución, ante lo que Torrijos manifestó que podía contar con todo su respaldo, y le aseguró que pronto volverían a encontrarse.

Con el paso de los años he reflexionado sobre ese encuentro de junio de 1980, y en base al relato de Cámpora puedo deducir que, a pesar de que provenían de dos mundos diferentes y tenían formas de conducirse muy distintas, la informalidad y la desenvoltura de Torrijos lejos de irritar al Tío despertaban en él una cierta curiosidad, que llegaba hasta la admiración por el magnetismo que irradiaba la fuerte personalidad del líder centroamericano que, con su jovialidad y sus gestos desprovistos de todo ceremonial, era capaz de crear un clima intimista que facilitaba el diálogo político directo y sin ninguna clase de subterfugio, estableciendo un lazo personal de simpatía y ascendencia que ayudaba a consolidar los proyectos tendientes a lograr objetivos comunes.

Esa tarde, Cámpora expresó su gran satisfacción por la reunión mantenida en Panamá, afirmando que Torrijos era un actor imprescindible en su estrategia de construir alianzas políticas en América Latina destinadas a frenar la ofensiva de la derecha norteamericana, verdadera impulsora de los regímenes militares que asolaban a los pueblos de la región.

Después de que, durante los primeros meses de su vida en México, lograra superar los efectos más agresivos del tratamiento médico, Cámpora comenzó a recibir con cierta frecuencia a dirigentes peronistas que venían de la Argentina, con lo que desmentía los trascendidos de la prensa adicta al régimen militar que no perdía ocasión para presentarlo como un hombre aislado

y enfermo, ya disminuido en su voluntad de proseguir la lucha política.

En esas entrevistas, a las que nos convocaba para que participáramos como su equipo de asesores, Cámpora siempre preguntaba cuál era la visión que sus ocasionales interlocutores tenían sobre la situación política y económica de la Argentina, mostrando especial interés por conocer las distintas opiniones sobre el punto al que había llegado el desgaste del gobierno militar, el estado de ánimo del pueblo argentino y si podían apreciar un despertar de la resistencia de los trabajadores ante el alarmante aumento de los índices de inflación y de desempleo, los bajos salarios y la disminución del poder adquisitivo. También era frecuente que preguntara por conocidos o amigos comunes, lo cual resultaba esperable ya eran numerosas las personas a quienes había tratado en su larga actuación en la vida política nacional.

Entre los muchos que lo visitaron recuerdo especialmente a Juan Carlos Puig que fuera su ministro de Relaciones Exteriores y a Enrique Bacigalupo, que se desempeñara como procurador del Tesoro de la Nación, a los que se sumaron destacados referentes peronistas del interior, sobre todo de la provincia de Buenos Aires.

Sin embargo, y como ya he comentado, la acción política más gravitante se desarrollaba a través de la correspondencia remitida a distintas personalidades, lo cual nos obligaba a dedicar un tiempo considerable a su redacción, buscando encontrar los términos más adecuados para transmitir con mayor fidelidad el pensamiento del ex presidente.

El martes 1º de julio se despacharon decenas de cartas dirigidas a los principales líderes peronistas del país, convocándolos a participar en la elaboración de la propuesta «*Proyecto para el país*». A las 19:00 de ese mismo día, en una iglesia de Polanco y en respuesta a las gestiones que Cámpora realizara ante las autoridades eclesiásticas mexicanas, se celebró una misa para conmemorar el sexto aniversario de la muerte del general Perón.

Cuando llegamos a la iglesia la prensa ya esperaba para registrar la escena, pero el ex presidente dijo a los periodistas que no haría ninguna declaración, pues su presencia no tenía otro motivo que el de rendir homenaje al General, como lo había hecho en anteriores ocasiones cuando aún gozaba de libertad de movimientos y como lo volvería a hacer unas semanas más tar-

de, el 26 de julio, día en que se cumplieron los veintiocho años de la muerte de Eva Perón.

El nueve de agosto, y a raíz de la invitación recibida por iniciativa de Gustavo Carvajal, Cámpora y el Bebe viajaron a Ecuador para participar en el foro de derechos humanos que, entre los días once y trece, habría de realizarse en Quito, convocado por la Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina. El encuentro tenía por finalidad acordar una estrategia común en relación a la defensa de los derechos humanos, impunemente vulnerados por las dictaduras militares, pese al abierto repudio del mundo civilizado y en especial de los gobiernos europeos. Fue precisamente en este encuentro donde se constituyó la Asociación Latinoamericana De Derechos Humanos (ALDHU).

La elección por parte de la COPPAL del lugar en que se realizaría la reunión no fue de ninguna manera casual, ya que el presidente del país anfitrión, Jaime Roldós Aguilera, se destacaba por su decidida lucha en favor de la defensa de los derechos humanos. Durante su breve mandato había estrechado lazos con el gobierno sandinista de Nicaragua y declinado la invitación para asistir a la investidura de Ronald Reagan por las grandes diferencias que, en materia de derechos humanos, mantenía con los republicanos estadounidenses.

La COPPAL eligió poner en el centro del debate regional la lucha a favor de la vigencia de los derechos humanos y con ello demostró su lucidez para trazar el sendero que deberían recorrer los pueblos latinoamericanos para recuperar la democracia arrebatada por regímenes militares que respondían a las oligarquías locales, aliadas a las empresas multinacionales y al poder financiero internacional.

Aún hoy, cuando ya han transcurrido treinta y cinco años de aquel encuentro, el debate acerca de la manera en que la plena vigencia de los derechos humanos influye en la existencia de una democracia participativa, capaz de transformar realidades sociales redistribuyendo la riqueza y ampliando derechos para construir una sociedad más justa e inclusiva, sigue siendo un asunto estratégico en todos los foros internacionales.

En ese momento, la exigencia del respeto a los derechos humanos era una condición necesaria e imprescindible, aunque no la única, para la reinstalación de la vida democrática en América Latina. Es por esto que Cámpora interpretó acertadamente el de-

saffio de la época que evocamos cuando, en su intervención ante el plenario, señalaba:

*«Creemos que el ejercicio de la democracia y la violación de los derechos humanos son hechos básicamente incompatibles.*

*»...La democracia no tiene vigencia donde se violan los derechos fundamentales del hombre, así como tampoco puede beberse agua fresca en el infierno.*

*»...El respeto de los derechos humanos coexiste con la democracia, así como su violación coexiste casi siempre con los regímenes dictatoriales».*

Cámpora intuía que la batalla contra la enfermedad estaba perdida. Sin embargo, no era eso lo que decía el examen médico de julio, donde se afirmaba que ya no se encontraba vestigio alguno de células cancerosas. Pero él sentía que ya no tenía la energía que lo mantuvo tan expresivo en mayo y junio cuando descansó en Acapulco y Cuernavaca. Sin embargo aún así se mantenía firme, con lo que le quedaba de fuerza, para convocar a sus pares a apoyar la lucha del pueblo argentino por recuperar la democracia, la libertad, la vigencia de los derechos humanos, el regreso de los exiliados al país y el respeto a la vigencia de la institución del asilo.

Durante su exposición se produjo una instancia dramática pues su voz se quebró por la enfermedad que desgarraba sus cuerdas vocales y, durante unos momentos, le impidió continuar con su mensaje. El silencio no tenía fin. Parecía prolongarse una eternidad. El auditorio conmovido acompañó la escena con un aplauso que era un emocionado mensaje de solidaridad y reconocimiento a su lucha, a su esfuerzo por estar allí, mientras su vida se apagaba por el avance incontenible del cáncer, a su valentía por decir lo que decía, a pesar de que su hijo Héctor permanecía como rehén en la embajada de México en Buenos Aires.

El Tío sabía que si Héctor pudiera expresarse le diría que no dejara de denunciar los crímenes de la dictadura ni de exigir el regreso al estado de derecho por protegerlo a él, pues si el régimen atentara contra su vida él sabría que era el precio a pagar por sostener esa lealtad que su padre siempre había sabido mantener bien alta para con el pueblo argentino.

Con la voz afónica, la última parte de su intervención será para denunciar la situación en que se encontraba Héctor:

*«El gobierno militar argentino se niega a reconocer el asilo diplomático. Lo afirmo no sólo como político, sino también como padre. Mi propio hijo, sin acusación alguna, espera desde hace más de cuatro años que se le otorgue un salvoconducto.*

*La Junta Militar está obligada, por la convención sobre asilo diplomático de Caracas de 1954. Pese a ello, no permite la salida de los asilados en la embajada de México.*

*Me permito entonces, en razón de todo lo dicho, someter a consideración de este congreso, el estudio de un pronunciamiento que renueve la vigencia de la institución del asilo».*

A su regreso a México, Cámpora le dirige una carta al Secretario General de la presidencia de Jaime Roldós, Lic. Sevilla a quien le fuera encomendado coordinar el encuentro de Quito para expresarle que *«le dé curso a las proposiciones contenidas en la ponencia que presenté las cuales merecieron consenso unánime de los asistentes y que no fueron recogidas integralmente en el documento final por la urgencia de su redacción».*

La Asociación creada en agosto de 1980, que tiene a Cámpora como uno de sus fundadores, se proyectó en el tiempo hasta alcanzar en la actualidad una posición jerarquizada en materia de derechos humanos. Mantiene su sede principal en Quito. Posee oficinas regionales y nacionales en más de veinte países del mundo. Cuenta con estatuto en el Consejo Económico y Social de Naciones Unidas (ECOSOC) y en la UNESCO. Tiene además, el carácter de órgano consultivo del Parlamento Andino.

La Asociación Latinoamericana Para La Defensa de los Derechos Humanos promueve la idea según la cual la democracia y los derechos humanos deben conformar la base de todo desarrollo.

Como se puede apreciar leyendo el manuscrito del acta que yo redactara y que lleva fecha del 19 de agosto, Cámpora desplegó una intensa actividad durante su estadía en Quito sosteniendo numerosas entrevistas con líderes de la región. El encuentro debe ser interpretado como uno de los hechos políticos más trascendentes que sucedieron durante ese año, ya que acababa de triunfar la revolución sandinista y en la reunión de Ecuador se hicieron presentes los principales dirigentes políticos de Améri-

ca Latina que habían salvado su vida ante la persecución de los regímenes militares que derrocaran a sus gobiernos.

Como mencionáramos en el capítulo anterior, dos meses antes del encuentro, el candidato de la izquierda en Bolivia, Hernán Siles Zuazo libró su vida al no embarcar en el avión que debía utilizar y que estalló en pleno vuelo y antes de que transcurriera un año del encuentro en Quito, Omar Torrijos perdería la suya en otro dudoso accidente aéreo, mientras que ese mismo año Jaime Roldós murió cuando el avión presidencial, recientemente mejorado, se estrelló «sospechosamente» contra el cerro Huayrapungo. Unas horas antes de morir, y en una ceremonia realizada en el Estadio Olímpico Atahualpa, había pronunciado un discurso que sintetiza con claridad meridiana los tremendos desafíos a los que América Latina debió enfrentarse por aquellos años:

*«Hemos avanzado veintiún meses, bajo un gobierno constitucional, cuánto significa en países como el nuestro en los que ganar la estabilidad democrática implica conquistarla día a día...».*

Revisando mis apuntes manuscritos tomados durante la reunión del 19 de agosto,<sup>79</sup> que después de ordenados me servirían para elaborar el Acta-Acuerdo que debía presentar en el siguiente encuentro, podemos apreciar la manera en que se desarrollaban las reuniones del equipo asesor, así como identificar las principales entrevistas que Cámpora mantuvo en Quito con varias personalidades políticas de América Latina, dado que el diálogo abierto en Ecuador continuó a través de las cartas que redacté en base a los ejes principales que él me dictara, y que se articulan en torno a sus conversaciones personales con los destinatarios de las misivas.

La primera carta está dirigida a Armando Villanueva, secretario general del Partido Aprista Peruano (APRA)<sup>80</sup>, cuyo liderazgo político de corte progresista estaba en ascenso y en quien se centraban las expectativas de que, bajo su conducción y en las

79 Incluidos en el anexo documental.

80 La sigla APRA proviene del nombre de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, propuesta inicial de su fundador [Víctor Raúl Haya de la Torre](#) de formar una red de movimientos sociales y políticos [antiimperialistas](#) en [América Latina](#), que después derivaría en el partido peruano de centroizquierda, miembro de la Internacional Socialista.

próximas elecciones, el APRA arrebatara la presidencia al político conservador Fernando Belaúnde Terry.

También mantendrá contacto postal con Leonel Brizola, quien fuera dos veces gobernador de Río de Janeiro y era considerado el continuador del ideario político del ex presidente brasileño Getulio Vargas, contemporáneo y amigo del general Perón.

Vale la pena destacar el contenido de la misiva dirigida al senador venezolano Pompeyo Márquez pues allí Cámpora le expresa que debe tener la seguridad de que «*con la ayuda de Dios tendré la oportunidad de visitarlo a usted en su país*». La frase nos permite deducir que el Tío aún tenía en mente realizar el viaje a Caracas, donde quería entrevistarse con Carlos Andrés Pérez y que había sido planificado para octubre, o sea después de nuestro regreso de los Estados Unidos.

Durante este último viaje, que estaba planeado para el mes de septiembre del '80, pensábamos desplegar una intensa actividad política siguiendo una agenda que en febrero de ese año organizara Mario Cámpora en cooperación con la Washington Office on Latin America (WOLA)<sup>81</sup>.

En el mes de abril, cuando confeccionamos y transcribimos de manera ordenada y sistemática la agenda que debía cubrir Cámpora, haciendo constar los acontecimientos políticos más importantes, ya aparece en forma destacada el viaje a los Estados Unidos, aunque, como he mencionado, no se incluye el viaje a Ecuador pues sus organizadores aún no habían determinado la fecha en que se realizaría, y tampoco se registra el mes en que el Tío debía entrevistarse en Venezuela con Carlos Andrés Pérez.

Mario había insistido en numerosas oportunidades sobre la trascendencia que revestiría la misión de Cámpora en los Estados Unidos. Sería el viaje más prolongado pues duraría al menos cuatro días y fue quizá el que estuvo mejor organizado, ya que todos los detalles previos se fueron cumpliendo conforme al cronograma que habíamos acordado.

En el primer punto de la agenda del dos de junio se señala expresamente que el Bebe debería citar a Jorge Bernetti para informarle que el Tío requería su intervención para elaborar una

---

81 La Washington Office on Latin America (WOLA) es una organización no gubernamental estadounidense (ONG) fundada en 1974 y cuyo objetivo es promover los derechos humanos, la democracia y la justicia social y económica en América Latina y el Caribe.



nota de prensa destinada a difundir en los medios mexicanos y las agencias internacionales el viaje que programaba para inicios del otoño. En esa reunión comentamos la necesidad de ubicar a un periodista argentino prestigioso y que a la vez gozara de la confianza política necesaria como para instalar en forma anticipada la agenda que se cumpliría en el país del norte y Cámpora, sin dudarle, dijo:

—Bebe hable con Bernetti para que nos haga el favor de encargarse del asunto.

Durante uno de sus tantos viajes a México, Mario Cámpora me informó con anticipación que debía prepararme para integrar la comitiva que acompañaría al ex presidente en la misión más trascendente a desarrollar ese año, de la que también formarían parte el Bebe Righi, Rodolfo Gil y Julio Villar.

Con toda la experiencia en materia de política internacional adquirida en sus largos años de pertenecer al cuerpo diplomático argentino, Mario sabía que Cámpora debía llegar a los Estados Unidos acompañado por un equipo de asesores que contribuiría a investirlo de una imagen propia de un ex presidente que aún conserva su vigencia y representatividad y, por otro lado, Cámpora debería llevar un proyecto de país ya estructurado que daría a conocer a sus interlocutores parlamentarios demócratas y republicanos, a los dirigentes de ambos partidos, a diplomáticos pertenecientes a la Organización de Estados Americanos y a diversas entidades consagradas a la defensa de los derechos humanos.

Mi entusiasmo por ser parte de la comitiva encontraba serios escollos pues en el momento en que viajamos a México ni Susana ni yo teníamos pasaportes y salimos del país con un salvoconducto expedido por el régimen militar, por lo que debí iniciar complicadas gestiones para que el gobierno mexicano me otorgara un documento especial que me fue entregado pocos días antes de la fecha prevista para el viaje.

A medida que se acercaba septiembre se incrementaban los trascendidos de prensa y Cámpora les fue informando a los líderes latinoamericanos con los que se entrevistaba su decisión de exponer ante los principales referentes de la sociedad norteamericana la situación por la que atravesaba Argentina y buena parte de América Latina, ocasión en la que demandaría una revisión de la política de apoyo a los regímenes militares que llevaba adelante Estados Unidos.

Las actividades que desplegaba Cámpora, entre las que destacaban las entrevistas con Omar Torrijos, Edward Kennedy, Jaime Roldós, el embajador en México de la revolución Sandinista, la carta al Papa, el cercano viaje a los Estados Unidos, ya concertado y con una agenda jerarquizada, así como el que proyectaba hacer a Venezuela para reunirse con Carlos Andrés Pérez, encendieron las alarmas de la Junta Militar argentina.

Ante los movimientos políticos de un hombre al que permitieron salir del país por considerarlo casi desahuciado, la dictadura comenzó a intranquilizarse y a enviar agentes a México con el fin de acceder a fuentes de información que le permitieran conocer de primera mano los alcances del plan político de Cámpora y, sobre todo, la evolución de su estado de salud. En la elección de estos agentes también subyacía la intención de que su presencia en tierra azteca adquiriese un matiz de advertencia y de amenaza para el ex presidente, como fue, por ejemplo, el caso de Guillermo Patricio Kelly.

Para el régimen gobernante no era una buena noticia que el prestigio de Cámpora se acrecentara y que la libertad de que gozaba en México le permitiera construir alianzas con los gobiernos de la región que mantenían vigentes los sistemas políticos democráticos, profundizando así el cada vez más evidente aislamiento internacional de los militares argentinos. Pero aún más peligroso resultaba que, bajo su liderazgo, se produjera el resurgimiento de un peronismo vigoroso y antiimperialista alineado con los movimientos populares de América Latina.

En estas circunstancias es que la Junta decidió enviar al ex diputado del partido justicialista de origen santafecino Luis Sobrino Aranda, ex amigo de Perón y de López Rega y como éste aficionado a la astrología, quien mantenía estrechos vínculos con el ejército, especialmente con el general Viola y luego con el general Galtieri.

Nuestro primer contacto con Sobrino Aranda había tenido lugar en 1979, un año antes del arribo de Cámpora a México, cuando el ex diputado solicitó una reunión con quienes habríamos de formar el equipo asesor del ex presidente. Después de debatir si era conveniente recibirlo, llegamos a la conclusión de que Sobrino Aranda nunca había renegado de su condición de diputado justicialista por lo que debíamos responder afirmativamente a su pedido.

En ese momento ya sabíamos que Sobrino Aranda había intercedido ante el general Roberto Viola, que durante esa etapa de la dictadura se desempeñaba como jefe del Estado Mayor del Ejército, para que el ex diputado nacional por Córdoba Rodolfo «Rody» Vittar, perteneciente a la Juventud Peronista e integrante de Montoneros, pudiera abandonar el país sin ser detenido. Según el relato que durante aquellos años se difundió entre los exiliados, el mismo Viola lo había protegido personalmente acompañándolo hasta la escalerilla del avión en que partía con destino a Madrid.

Tiempo después, ya radicado en España y tras haber tomado contacto con los militantes peronistas exiliados en Europa, Vittar participó en las oscuras e inaceptables maniobras políticas urdidas en favor del proyecto político del almirante Emilio Massera.

Una mañana, cuando Videla ya había sido desplazado de la presidencia y Roberto Viola ocupaba su lugar, recibí un llamado telefónico de Amílcar Fidanza, con quien ya habíamos tenido problemas durante una entrevista con López Portillo, para proponerme que nos juntáramos a tomar un café en el Hotel Del Prado. Cuando nos encontramos me comentó que venía de reunirse con Vittar y que estaban organizando una reunión en París con referentes peronistas exiliados en Europa y América Latina con el fin de analizar la propuesta de Massera sobre una salida política que incluía la libertad de los presos políticos. Me dijo que él y Rody lideraban esa maniobra y que por iniciativa del Rody querían incluirme en ella, a lo que me negué rotundamente

—Nunca cruzaré una sola palabra con un genocida —le dije, y tratando de contener mi indignación agregué: —Voy hacer de cuenta que nunca te escuché hacerme esa propuesta.

Amílcar se retiró con una sonrisa sobradora mientras me decía:

—Muchos de ustedes nunca aprenderán a hacer política. No entienden que esta es una oportunidad única para reinsertarnos en el país.

Terminaba el mes de agosto del '80 y una mañana lluviosa nos reunimos en una cafetería de Polanco con quien sabíamos que venía enviado por la Junta. Sobrino Aranda trató de ganar nuestra confianza contándonos sus recuerdos de diversos acontecimientos en los que había estado presente, relacionados con sucesos de trascendencia ocurridos en la década del seten-

ta. Entre otras anécdotas, desgranadas ceremoniosamente y con voz ligeramente aguardentosa, recuerdo un relato que lo ubicaba junto a otros diputados en la tradicional confitería «*El Molino*» cercana al Congreso. Se vivían horas de gran conmoción pues Perón acababa de fallecer y se tejían toda clase de especulaciones sobre cuál habría de ser el rumbo que tomaría el país.

Como suele ser habitual en esos casos, los rumores que corrían en Buenos Aires favorecían, según la fuente de la que provinieran, a uno u otro dirigente del Movimiento, y en esa agitada mesa de «*El Molino*» alguien sostuvo que había tenido acceso a una carta de Perón, escrita unos días antes de morir, en la que asignaba un rol protagónico a Juan Manuel Abal Medina. Nunca apareció esa carta pero en esas horas de confusión el trascendido sirvió para crear expectativas y, ante el vacío producido por la desaparición del líder, colocar a Juan Manuel en una posición de privilegio entre las distintas figuras que sonaban para conducir al peronismo.

Sobrino Aranda tenía información calificada a la que sólo podían acceder quienes estaban en estrecho contacto con los círculos más altos del poder. En esa charla nos adelantó que el general Viola sería el sucesor de Videla, pero que llegaría a la presidencia demasiado desgastado, por lo que su estadía en la Casa Rosada no se extendería por mucho tiempo y que el general Leopoldo Galtieri habría de erigirse como el nuevo hombre fuerte del Ejército. También nos dijo que la apertura política de la que venía hablando Viola no llegaría a concretarse, pues cuando los republicanos, en la figura de Ronald Reagan, se hicieran cargo del gobierno de los Estados Unidos se esperaba un escenario internacional más favorable a los regímenes militares y en el que las expectativas de salidas electorales se verían irremediablemente postergadas.

Si alguno de nosotros intervenía en la conversación, el ex diputado escuchaba con atención, especialmente cuando hablaba el Bebe, y en cierto momento nos preguntó, con mucha delicadeza, cuál era el verdadero estado de salud de Cámpora, a lo que Julio Villar respondió rápidamente:

—Hace un mes lo acompañé a que se hiciera los estudios de rutina. El jefe del equipo médico que lo atiende fue contundente al decirle que no habían encontrado ningún vestigio de células cancerosas y que podrá vivir todo el tiempo al que puede aspirar un hombre de su edad.

Sobrino Aranda ya tenía todo lo que había ido a buscar a México. La contestación de Villar respondía a la verdad más absoluta, pues en el mes de julio los médicos mexicanos consideraban que la enfermedad había sido derrotada. Al día siguiente, ya en Buenos Aires, Sobrino Aranda transmitió a la Junta la información de que Cámpora gozaba de buena salud y que avanzaría en el desarrollo de su agenda. Era inminente su paso por Washington y Nueva York por lo que el régimen argentino tendría que enfrentarse una vez más a la denuncia internacional de sus crímenes, con la consiguiente profundización de su aislamiento.

Nuestra relación con Sobrino Aranda, en las dos entrevistas que mantuvimos, siempre se basó en intercambiar información verídica que no respondiera a una especulación política subalterna, lo que facilitó el diálogo y una mutua confianza en lo que conversamos durante esos encuentros.

La primera semana de septiembre hicimos los contactos con la embajada de los Estados Unidos con el fin de iniciar los trámites para obtener las visas. El embajador instruyó al personal para que nos facilitara la gestión, recomendando que en la misma jornada se nos entregaran los permisos de entrada a su país. Por otro lado, *American Airlines* nos hizo llegar los pasajes, emitidos para el lunes 29, y unos días antes de la partida Mario Cámpora arribó a México para ultimar los detalles de la misión.

El viernes 26, cerca de las 19:00, recibí un llamado telefónico de Julio Villar en el que me informó que el Tío nos convocaba con urgencia al hotel.

Apenas ingresé a la suite pude apreciar una cierta tensión en el ambiente que se reflejaba en el rostro preocupado de Mario. Pronto nos enteraríamos de que el Tío no se sentía con la fuerza suficiente como para afrontar el viaje. Cámpora nos invitó a que lo acompañáramos a tomar un whisky. Si bien intentamos disimular el mazazo que acabábamos de recibir, todos tomamos conciencia de que si el ex presidente cancelaba el viaje más trascendente y mejor planificado de la agenda de ese año, era porque sentía que su salud estaba resquebrajada.

El lunes siguiente, Cámpora iría a la clínica donde el jefe del equipo médico le confirmó lo que él ya imaginaba: el cáncer había reaparecido y afectaba varios órganos. El final estaba próximo y era inexorable.

El viernes, ya tarde y antes de retirarnos, Mario se comunicó telefónicamente con dirigentes de Washington y Nueva York para comunicarles la postergación del viaje. Fui el último en abandonar la suite. Tal vez porque percibió mi desaliento, Mario tuvo un gesto especial para conmigo, acompañándome hasta el amplio lobby del hotel donde, por lo avanzado de la hora, no se registraba ninguna clase de movimiento. El silencio se adueñó de nuestros espíritus. No intercambiamos ni una sola palabra. Todo lo que pudiéramos decirnos no cambiaría en nada el destino de Cámpora. El final se acercaba. En poco tiempo más ya no podríamos disfrutar de su presencia ni de su siempre amable conversación, tampoco contaríamos con su enorme voluntad para enfrentar a la dictadura ni con su liderazgo para que el peronismo retomara su mejor historia, aquella que transformara la estructura económica, social y política de la Argentina y ubicara al país entre las naciones que integraban el Movimiento de Países No Alineados. Nos despedimos con un abrazo y regresé caminando a mi departamento, masticando la impotencia que me apretaba el pecho y tratando de reprimir la inmensa tristeza que se agazapaba detrás de mis ojos. Era medianoche y me extrañó que el cielo, como pocas veces, apareciera sembrado de estrellas que brillaban límpidas, después de que el viento que desencadenara la tormenta de la tarde se llevara el eterno smog que sobrevuela el Distrito Federal.

Me sentía completamente abatido y el exilio volvía a ser una realidad abrumadora, que me angustiaba y me sumía en un estado de absoluta incertidumbre sobre el tiempo que aún habría de prolongarse mi obligada permanencia en México, lejos, muy lejos de la Argentina que añoraba.

Al mediodía de la primera semana de octubre recibí en la Secretaría de Programación y Presupuesto un inusual llamado telefónico de Rodolfo Gil, que sin muchos rodeos me anunció:

—El Bebe se acaba de comunicar conmigo para indicarme que el Tío quiere que nos reunamos a las 19:00 en la suite del hotel.

Le pregunté si sabía cuál era la causa de la urgencia de la convocatoria de Cámpora, pues una vez suspendido el viaje a los Estados Unidos no teníamos agendada ninguna actividad para esos días.

—No sé nada —respondió Rody—. Aunque para serte franco —agregó—, me pareció advertir que la voz del Bebe transmitía cierta inquietud.

Apenas llegué al hotel, el ex presidente me sacó de mis dudas:

—Francisco, los he citado —me dijo con preocupación— porque hoy en la mañana Patricio Kelly se comunicó telefónicamente con el Bebe para solicitarle que gestionara una entrevista conmigo.

—¡Entonces quiere decir que Kelly está en México! —exclamé, sorprendido por la inesperada presencia de semejante personaje.

A lo que Cámpora contestó:

—Así es, y le advierto, Francisco, que este hombre es muy peligroso y que nada bueno se puede esperar de él.

Esta apreciación la reiteró cuando llegaron los demás integrantes del equipo, que esa tarde sumaba a un invitado circunstancial, el abogado santafecino Rafael Pérez, amigo del Bebe y miembro de la comisión directiva del Comité Argentino de Solidaridad.

Enseguida intercambiamos opiniones y llegamos a dos conclusiones. En primer lugar, decidimos que Cámpora de ninguna manera debía acceder a la entrevista solicitada, y, en segundo, que alguien del equipo debía hacerlo en su lugar para intentar conocer el motivo del interés de Kelly, pues sospechábamos que podía ser parte de una maniobra de provocación política instrumentada por el régimen, sin que se pudiera descartar alguna clase de acción directa que pusiera en riesgo la seguridad del Tío.

La reunión se prolongaba sin que nadie se ofreciera a asumir el rol de representar al ex presidente por lo que en un momento tomé la palabra:

—Doctor si usted cree conveniente que me entreviste con Kelly, yo estoy dispuesto a hacerlo.

—Francisco cuenta con mi autorización, pero debe tomar precauciones.

Animado por su aprobación dije:

—Pienso que podría citarlo en la cafetería del hotel y que alguien de su custodia se ubique en una de las mesas para evitarnos sorpresas.

El Bebe apoyó mi sugerencia y el abogado Rafael Pérez se ofreció a acompañarme. Antes de que pudiera emitir mi opinión

en sentido contrario, pues a mi juicio una reunión que se hace sin testigos facilita el diálogo, Cámpora intervino y no dejó dudas:

—Doctor Pérez acompañelo a Francisco. Yo dispondré que parte de mi custodia ya esté en la cafetería cuando ustedes se reúnan.

Patricio Kelly fue citado a las 10:00. Media hora antes nos juntamos con Rafael Pérez y acordamos que el diálogo estaría a mi cargo.

Apenas entramos al salón de la cafetería logré ubicar a Kelly. La mirada muy viva, la frente ancha y su pronunciada calvicie hacían que fuera fácil distinguirlo. Cuando me vio entrar y se dio cuenta de que me dirigía directamente hacia su mesa, seguido de cerca por Pérez, un gesto de satisfacción se dibujó en su rostro. Si un hombre joven como yo lo era en aquel tiempo era capaz de reconocerlo a simple vista, a pesar de encontrarse en un lugar poblado de turistas, quería decir que su afán por alcanzar notoriedad pública estaba logrado.

Nos estrechamos las manos sin presentarnos. Él por razones obvias, era un hombre público al que habíamos reconocido, y nosotros por cautela, pues no era conveniente que conociera nuestras identidades, como posteriormente quedaría demostrado.

Desde el instante en que Cámpora prestó su consentimiento para que en su nombre me reuniera con Kelly volvieron a mi memoria distintas imágenes de ese hombre que estuvo vinculado con diferentes hechos, muchas veces contradictorios, de la vida política argentina.

La primera imagen estaba asociada a septiembre del cincuenta y cinco, durante el golpe que derrocó a Perón.

De mis idas al cine, siendo aún niño, recordaba haber visto una edición del noticiero *Sucesos Argentinos*, que se emitía antes de la proyección de cada película, en la que se intentaba justificar la destitución del gobierno popular en los llamados excesos del peronismo, la quema de las iglesias, la expropiación del diario *La Prensa*. Los autoproclamados libertadores mostraban imágenes de la aviación naval bombardeando la Casa Rosada en junio del cincuenta y cinco. Después venían varias escenas correspondientes a acciones bélicas de septiembre entre las que destacaba la filmación de un tanque del ejército cañoneando en pleno centro de Buenos Aires el local de la Alianza Libertadora Nacionalista, situado en la emblemática calle San Martín. Adentro del edificio seriamente dañado resistía Patricio Kelly jefe de la ALN. Poco después, los milita-



res lo tomaron preso acusándolo, entre otras cosas, de asociación ilícita, hurto calificado, homicidios e incendio de templos.

Así empezó la larga marcha de un guerrero violento y provocador que siempre consideró al peronismo como un fenomenal dique de contención a la expansión comunista que él odiaba por sobre todas las cosas.

Su paso por Venezuela, después de su cinematográfica fuga del penal de Chile, lo tuvo como integrante de los servicios secretos del dictador Pérez Giménez. Cuando éste fue derrocado por un levantamiento popular, Kelly salvó su vida a último momento huyendo a Haití y después a la República Dominicana. Antes de escapar, y estando aún en Venezuela, tomó contacto con la CIA y se dice que nunca dejó de tener vínculos estrechos con la agencia norteamericana así como que años después se incorporó al MOSSAD<sup>82</sup>, nombre con el que se conoce a los servicios de inteligencia Israelíes.

La sutileza no era uno de los atributos de la personalidad de Kelly, lo que me hizo pensar que como espía no debía ser muy exitoso. A simple vista pude notar que estaba ansioso por iniciar la conversación. Hablaba de manera atropellada y acompañaba sus palabras con gestos exagerados y grandilocuentes, dejando en evidencia que era un tipo de éstos a los que les gusta escucharse. A los pocos minutos comenzó a contarme anécdotas de la época en que, con Cámpora y otros destacados dirigentes peronistas, estuvo preso en el penal de Río Gallegos. Para mi sorpresa, se empeñó en describir situaciones inverosímiles relacionadas con la vida cotidiana de la cárcel, ridiculizando el modo en que, según él, se había comportado Cámpora durante su detención. Matizaba el relato con agravios totalmente gratuitos hacia la persona del Tío y no perdía la oportunidad de resaltar que él era un «macho» que «lo aguantaba todo», lo que, además de desagradable, resultaba inadecuado si se piensa que estaba hablando con un hombre de confianza del ex presidente, por lo que si su intención era la de hacerme sentir inseguro y predisponerme en contra de Cámpora, lo que logró fue absolutamente lo contrario.

---

82 El Mosad o Mossad (forma abreviada de HaMosad leModi'in ulTafkidim Meyuhadim, «Instituto de Inteligencia y Operaciones Especiales») es una de las [agencias de inteligencia](#) de [Israel](#), responsable de la [recopilación](#) de información de inteligencia, acción encubierta, [espionaje](#) y [contraterrorismo](#), cuyo ámbito es todo el mundo. Está considerada entre las cinco mejores agencias de inteligencia del mundo.

Al ver tanto desprecio, tanto rencor, tanto empeño dirigido a denostar al ex presidente pensé que Kelly, además de envidiarlo o abrigar celos personales, debía considerarlo un temible enemigo político capaz de liderar un proceso que derrotara al régimen militar y en el que el pueblo pudiera retomar la senda democrática y volviera a recorrer el camino de transformación iniciado el 25 de mayo bajo la presidencia del Tío.

Al reconstruir las circunstancias en que se desarrolló el encuentro con Patricio Kelly y recordar el episodio de Río Gallegos, me parece oportuno hacer algunas acotaciones sobre esa etapa histórica del peronismo a la que conocemos como la Resistencia Peronista, centradas en las personalidades de los dirigentes que protagonizaron la famosa fuga.

Los peronistas detenidos luego del golpe de Estado de 1955 fueron repartidos en diferentes cárceles de todo el país pero, sobre todo, enviados a los penales del sur. Allí, a fines del siglo XIX habían sido construidos una serie de establecimientos carcelarios destinados a alojar a los delincuentes de máxima peligrosidad.

Originalmente, Cámpora, John William Cooke y Jorge Antonio fueron enviados a Ushuaia y en 1956, quizá por la influencia de los contactos de este último, son trasladados a Río Gallegos, que era una cárcel de mediana seguridad, a diferencia de las de Tierra del Fuego, donde al rigor de la detención se unía la inclemencia de las condiciones climáticas. En junio de ese año, la llegada al penal de varios jefes militares detenidos por la «Libertadora», trajo consigo un relajamiento de las normas disciplinarias vigentes, a lo que siguió el permiso para que las esposas del Tío y de Antonio pudieran instalarse en Ushuaia.

A fines de diciembre, y acaso como consecuencia de la incorporación de políticos radicales al gobierno de Aramburu y, como ya dijimos, de las negociaciones mantenidas por Jorge Antonio de las que no pueden excluirse los posibles sobornos, los tres detenidos son remitidos a Río Gallegos, donde ya se encontraba un grupo de dirigentes que también habían jugado un rol protagónico durante el gobierno peronista, pero que provenían de distintas vertientes entre las que, más adelante, habrían de surgir marcadas diferencias ideológicas y políticas que desembocarían en los abiertos enfrentamientos internos que tuvieron lugar a comienzos de la década de los '70.

En Río Gallegos la situación de los detenidos era menos ri-

gurosa, gozaban de mayores libertades y el personal de guardia cárceles se limitaba a ocho personas. Así puede explicarse que el 18 de marzo de 1957, los presos John William Cooke, Jorge Antonio, José Espejo, Héctor Cámpora, el dirigente de los petroleros Pedro Gomis, y Guillermo Patricio Kelly protagonizaran una fuga a la que, por lo menos, podría calificarse de curiosa, ya que salieron tranquilamente por la puerta del penal y tuvieron que esperar más de treinta minutos a los automóviles que habrían de llevarlos hasta Chile, y que no habían llegado a la hora prevista.

Apenas cruzaron la frontera solicitaron y obtuvieron asilo político, que, sin embargo, no le fue concedido a Patricio Kelly, a quien las autoridades transandinas consideraron un delincuente común y mantuvieron detenido hasta que, el 28 de septiembre y cuando estaba a punto de ser extraditado a la Argentina, logró evadirse vestido de mujer. Para esta nueva fuga contó con la ayuda de la poetisa uruguaya Blanca Luz Brum, quien le llevó la ropa al penal. Brum era una antigua militante peronista, muy cercana al General, que había participado en la organización del 17 de octubre. Anteriormente había estado casada con el muralista mexicano David Alfaro Siqueiros, con quien llegó al país en 1933 cuando él fue contratado por Natalio Botana, propietario del diario *Crítica*, para realizar el famoso mural que decoraba el sótano de su quinta en la localidad de Don Torcuato<sup>83</sup>. Como consecuencia de un sonado *affaire* con Botana y por sus fuertes diferencias ideológicas —Siqueiros era miembro del Partido Comunista, y un ferviente estalinista, que años después, el 24 de mayo de 1940, participó en el primer atentado contra Trotsky—, el matrimonio se disolvió y ella se quedó en la Argentina y se enroló en las filas del primer peronismo.

Entre los detenidos en Río Gallegos, Cooke era el dirigente más prestigioso y el más cercano a Perón. Recibido de abogado en 1943, fue posiblemente el teórico e intelectual más destacado que tuvo el peronismo a lo largo de toda su historia. Tenía veinticinco años cuando fue elegido diputado nacional y llegó a presidir la Comisión de Asuntos Constitucionales, la Comisión

---

83 Actualmente el mural ha sido restaurado y se encuentra expuesto en lo que fue la Aduana de Taylor, situado detrás de la Casa Rosada, inaugurado en 2010, y que forma parte del Museo del Bicentenario, en el marco de los festejos por el [bicentenario del comienzo de las luchas independentistas argentinas](#).

Redactora del Código Aeronáutico y también la Comisión de Protección de los Derechos Intelectuales. Al mismo tiempo, y en el ámbito universitario, se desempeñó como profesor titular de Economía Política en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires entre 1946 y 1955.

También fue un hombre de acción capaz de lanzarse a las calles de Buenos Aires para enfrentarse con una pistola '45 y tres cargadores de proyectiles a las tropas de la marina de guerra sublevadas contra el gobierno peronista en junio del cincuenta y cinco y de resistir como miliciano el intento de desembarco de los contrarrevolucionarios cubanos en la Bahía de los Cochinos organizado por la CIA a comienzos de los sesenta.

A su regreso del viaje a Cuba que junto a su mujer, Alicia Eguren<sup>40</sup>, realizaron en 1960, donde mantuvieron estrechos contactos con Fidel Castro y el Che Guevara, fundaron Acción Revolucionaria Peronista, intentando crear una línea orgánica de izquierda en el seno del Movimiento.

En esa época Cooke, declarado admirador de la Revolución Cubana, sostiene que el peronismo debía adoptar tácticas insurreccionales para alcanzar la reconquista del poder y se convierte en el inspirador del surgimiento de las primeras guerrillas argentinas y, posteriormente, de la tendencia que se denominó Peronismo Revolucionario, a la vez que criticaba duramente a la burocracia sindical y a la rama política del Movimiento, a los que tildaba de colaboracionistas.

Fue autor de varios libros<sup>84</sup>, entre los que sobresalen «*Apuntes para la militancia*», «*Peronismo y revolución*» y el «*Informe a las bases*», y de innumerables textos y análisis políticos, a la vez que sostuvo una nutrida e interesantísima correspondencia con el general Perón, siendo el único dirigente que se atrevió a contradecir y polemizar de igual a igual con el viejo líder. Mis primeros pasos en la formación teórica recibida durante mi militancia universitaria fueron, precisamente, a través de la lectura, el análisis

---

84 En el año 2007 la editorial Colihue publicó en cinco tomos las Obras Completas de John William Cooke, recopilados por Eduardo Luis Duhalde, ex secretario de Derechos Humanos de la Nación. El tomo I abarca su «*Acción Parlamentaria*»; el II está dedicado a su «*Correspondencia con Perón*»; en el III y el IV se agrupan sus «*Artículos periodísticos, reportajes, cartas y documentos*», mientras que en el V se reúnen sus cuatro obras mayores: «*Peronismo y revolución*», «*Apuntes para la militancia*», «*La lucha por la liberación nacional*» y el «*Informe a las bases*».

y la discusión del «Informe a las bases», que por ese entonces, y a raíz de la censura de la dictadura de Onganía, sólo circulaba en copias mimeografiadas que se distribuían entre las diversas agrupaciones de la juventud peronista.

Escribo «mimeografiado» y, con cierta nostalgia, siento que pertenezco a la edad de piedra. El ya desaparecido mimeógrafo fue un instrumento esencial para la militancia de mediados del siglo xx, pues era la única manera que tenían las agrupaciones sindicales, estudiantiles y barriales, para reproducir y difundir sus comunicados, volantes, documentos internos y la propaganda política en general.

En todo el período de la resistencia peronista, Cooke actuó como delegado personal del general Perón quien, en una muestra de suprema confianza, lo designó como su sucesor en caso de fallecimiento, mediante una carta remitida desde su exilio en Venezuela donde escribió:

*«Al Dr. John William Cooke*

*Buenos Aires*

*Por la presente autorizo al compañero doctor Don John William Cooke, actualmente preso por cumplir con su deber de peronista, para que asuma mi representación en todo acto o acción política. En este concepto su decisión será mi decisión y su palabra la mía.*

*En él reconozco al único jefe que tiene mi mandato para presidir a la totalidad de las fuerzas peronistas organizadas en el país y en el extranjero y sus decisiones tienen el mismo valor que las mías.*

*En caso de fallecimiento, delego en el doctor don John William Cooke el mando del movimiento.*

*En Caracas, a 2 días de noviembre de 1956.*

*Juan Perón».*

El título otorgado por el líder del Movimiento Peronista: Jefe de operaciones del Comando Superior, es en sí mismo toda una definición del rol que cumplió en esa etapa en que el peronismo estaba en el llano y debía resistir los intentos de la oligarquía por destruirlo. Es también una señal para interpretar la dirección que le imprimió a su militancia política.

En aquellos años en que el peronismo sufrió persecuciones,

cárceles y torturas, Cooke y Kelly, junto a otros dirigentes, organizaron la voluntad de lucha de los cuadros del Movimiento, que se expresó a través de huelgas, atentados con «caños» y la elaboración de programas de gobierno revolucionarios, a la vez que entre ellos va surgiendo una estrecha relación, al reconocerse como hombres de acción a los que nada detiene en su combate intransigente contra el enemigo común encarnado en la «Revolución Libertadora». Por otra parte, ambos compartían un origen irlandés lo que reforzó su mutua simpatía.

Sin embargo, antes de que se produjera el distanciamiento definitivo, originado en sus diferencias ideológicas, Perón le advertirá a Cooke que debe cuidarse de Kelly. El viaje a Cuba del primero y su afinidad con el marxismo, sumado al anticomunismo cada vez más acérrimo del segundo, abrirá una brecha infranqueable que los alejará y los enfrentará para siempre.

Los dos hombres estuvieron llamados a expresar dos concepciones diametralmente opuestas sobre el rol que debía cumplir el peronismo en el escenario político nacional. En los años setenta estas contradicciones habrían de estallar en el interior del Movimiento Peronista provocando graves enfrentamientos que Perón no pudo o ya no supo contener.

Como comentáramos, uno de los presos trasladados de Ushuaia a Río Gallegos era Jorge Antonio, un legendario personaje del peronismo, representante de los capitales alemanes que se radicaron en Argentina al término de la Segunda Guerra Mundial.

Hijo de inmigrantes sirios, conoció a Perón en 1943 y seis años después se convirtió en director de la recientemente fundada filial argentina de Mercedes Benz, desde donde amplió su imperio económico hasta ser dueño o accionista de alrededor de sesenta empresas, entre las que se contaban *Radio Belgrano*, *Canal 7* y la agencia de noticias *Télam*. Antonio es un personaje oscuro, ideológicamente difícil de encasillar, ya que tanto aparece vinculado al lavado de capitales nazis y a la llegada de muchos de ellos a nuestro país, como con el franquismo y el dictador cubano Fulgencio Batista, pero también, y hasta cierto punto, con los Monotoneros en España a quienes habría relacionado con traficantes internacionales de armas.

Después de la fuga del penal de Gallegos, residió en Cuba y posteriormente en España, donde permaneció durante vein-

te años, convirtiéndose en asesor y financista del general Perón, a pesar de la oposición de María Estela Martínez y, sobre todo de José López Rega, quien acabó desplazándolo del entorno del viejo líder. Luego de las elecciones de 1973 optó por quedarse en Madrid, y salvo una breve estadía para asistir a las exequias del General, no regresó al país hasta 1977.

Jorge Antonio integra la franja social que reúne a los empresarios beneficiados con las políticas industrialistas del peronismo. Este sector del Movimiento tuvo también un origen ideológico heterogéneo y uno de sus principales referentes fue José Ber Gelbard.

Otro dirigente que participó de la fuga fue José Gerónimo Espejo, histórico secretario general de la CGT entre los años 1947 y 1953. Fue uno de los hombres más leales y cercanos a Evita y una pieza fundamental en uno de los hechos más significativos que registra la política argentina durante el primer gobierno peronista.

Dirigente del Sindicato Obrero de la Industria de la Alimentación (SOIA), en diciembre del '47 fue elegido para conducir la CGT, y su labor estuvo marcada por su apoyo a las medidas gubernamentales y su adhesión a las figuras de Perón y Evita. Bajo su conducción, la central obrera se integró como una de las ramas del Movimiento Peronista, siendo el puntal de las movilizaciones de los 1º de mayo y los 17 de octubre, y llegó a nuclear más de setecientas organizaciones sindicales con casi cinco millones de afiliados.

En el plano político, además de intervenir activamente en la redacción de leyes laborales, la Confederación General de Trabajo, dirigida por Espejo, impulsó la candidatura de Evita para la vicepresidencia de la Nación acompañando en la fórmula al general Perón.

La candidatura era resistida por el Ejército, la Iglesia y la oligarquía, pues Evita era no sólo era la expresión más intransigente de la oposición al poder establecido y sus encendidos discursos entusiasmaban y movilizaban a las masas tanto como atemorizaban a la oligarquía, sino que, en los '50, el hecho de tener una mujer vicepresidenta, que eventualmente podía llegar a ocupar la presidencia, era algo demasiado revolucionario para la mentalidad de la época.

El 22 de agosto de 1951 la CGT convocó al Cabildo Abierto del

Justicialismo que se realizó en la avenida 9 de Julio y constituyó una de las concentraciones populares más grandes de aquella década. El diálogo que en ese acto mantiene Evita con los trabajadores conmueve aún hoy a todos quienes lo escuchan. Está dominado por la emoción y por la tensión a la que se encuentra sometida Evita, ya que el propio Perón le había adelantado que no estaban en condiciones de presentar una fórmula presidencial integrada por ella.

Ante el pueblo reunido, Espejo hace pública la exigencia de la CGT para que Evita integre la fórmula. La voz de Evita se quiebra agobiada por una muchedumbre que no acepta su negativa. Entonces Evita pronuncia aquella frase que pasará a la historia: «*No renuncio a mi puesto de lucha, renuncio a los honores*».

Dos años después de la muerte de Evita, Espejo es desplazado de la CGT sin que nunca lograra su reinsertión en el sindicalismo ni en el peronismo. En 1958, aprovechando la amnistía dictada por el gobierno de Frondizi, regresó de su exilio chileno y se ganó la vida como corredor de galletitas y vinos de mesa. Tuvo que asumir esa actividad por cuenta propia porque las empresas, al conocer de quién se trataba, lo despedían inmediatamente. Se jubiló con un haber modesto como trabajador de la alimentación. La historia recordará su fuga a Chile junto a Cámpora, con quien compartió tanto posiciones de poder como el rigor de la cárcel y la añoranza que produce el exilio. El destino dispuso que los dos fallecieran el mismo día y a causa de la misma enfermedad.

A lo largo de la reunión no tuve la sensación de que Kelly formara parte de un operativo destinado a atentar contra la vida del ex presidente. Todo indicaba que su objetivo era obtener información de primera mano sobre los próximos movimientos que realizaría Cámpora.

A pocas mesas de distancia de la que ocupábamos nosotros, cerca de la entrada a la cafetería del Hotel Presidente y vestidos con trajes oscuros, los agentes del servicio secreto mexicano encargados de la custodia del Tío conversaban animadamente.

Cuando Kelly se cansó de dar detalles acerca de cómo transcurría la vida en la cárcel de Río Gallegos contando anécdotas en las que siempre Cámpora salía mal parado, y sin que nosotros entráramos en el juego de pedirle precisiones o poner en duda sus afirmaciones, lanzó una pregunta como al pasar:

—Dígame, ¿es cierto que Trozzo vive en Cuernavaca?



—Se dice —respondí— que desde hace unos meses vive en una casona de esa ciudad.

Kelly se refería a José Rafael Trozzo, un personaje oscuro de las finanzas surgido al amparo del estado terrorista. Era un hombre del Opus Dei estrechamente vinculado a Emilio Massera, comandante de la Armada e integrante de la Junta Militar.

En plena dictadura y a pesar de que hasta ese momento no registraba antecedentes en el mundo de la banca, fundó el Banco de Intercambio Regional, que llegó a estar entre los más importantes de la Argentina. Por medio de maniobras fraudulentas, Trozzo vació su banco estafando a miles de clientes. Se lo declaró en quiebra y, ante la posibilidad de ser apresado, fugó al exterior y se refugió en México.

Trozzo alegó ser un perseguido político, y un tiempo después de nuestra reunión con Kelly me enteré que un gobierno mexicano generoso o, quizá más precisamente, cediendo a la presión de los poderes constituidos, impuso que la universidad de Cuernavaca le reconociera esa condición —y no la de un delincuente común como correspondía—, designándolo increíblemente como titular de la cátedra de Ética y Moral de la alta casa de estudios del Estado de Morelos.

El Estado argentino se hizo cargo de sus deudas, mientras que la Justicia reclamó la extradición de Trozzo, que no se concretó por su status de refugiado político, y uno de sus socios, Raúl Piñero Pacheco, fue detenido y procesado por el delito de administración fraudulenta.

Cuando la conversación extravió su rumbo, fue el momento que elegí para dar la por concluida la entrevista. En ese instante Kelly hizo un gesto para que no abandonara la mesa y me mantuviera sentado; entonces, sin dejar de mirarme a los ojos, preguntó:

—¿Es cierto lo que anda diciendo Sobrino Aranda de que Cámpora está curado del cáncer?

No tuve dudas acerca de lo que debía responder, aunque sabía que mis palabras significarían un duro revés en su dilatada carrera de espía, desacreditándolo ante los círculos de los servicios secretos internacionales a los que Kelly estaba vinculado desde hacía más de veinte años.

Con naturalidad, y sin dejar traslucir ninguna emoción o duda reiteré la respuesta que le diera Villar a Sobrino Aranda:

—El mes pasado Campora acudio al hospital donde recibe el tratamiento oncologico para hacerse los estudios de rutina y el jefe del equipo medico que lo atiende fue contundente al decirle: «Doctor Campora no hemos encontrado ningun vestigio de celulas cancerosas en su cuerpo. Usted podra vivir todo lo que un hombre de su edad puede aspirar».

Kelly se mostro imperturbable ante la respuesta que acababa de escuchar. Para el, el objetivo que haba buscado al solicitar la reunion ya estaba cumplido. Cuando me puse de pie para retirarme, mientras le tenda la mano a quien fuera jefe de la Alianza Libertadora Nacionalista, Kelly me la estrecho y la retuvo un instante en la suya, mientras me deca:

—Quiero saber con quien estuve conversando.

Al asistir a la cita tena toda la intencion de revelar mi nombre y apellido. Sin embargo, cuando decidi ocultarle el verdadero estado de salud de Campora improvise una nueva identidad.

—Me llamo Enrique Calderon —le conteste, adoptando el nombre y apellido de quien haba sido mi primer jefe en la Secretara de Programacion y Presupuesto.

Ahora Kelly conoa la identidad de la fuente de la informacion que acababa de recibir. Entonces extrajo de su agenda una tarjeta donde, en letras de imprenta, estaba impreso su nombre y apellido. Tomo una lapicera de capuchon dorado y, con letra prolija escribio el nombre de una calle de la ciudad de Mexico, Jaramillo 2852, y un numero de telefono: 704549.

—Mire Calderon, en esta direccion estare unos dias. Le anote el telefono por si necesita comunicarse conmigo.

Era evidente que Kelly aun quera despejar las dudas que acostumbran tener los agentes de los servicios de inteligencia. La tarjeta lo sacaba de la sombra y le fijaba un lugar publico en donde podramos ubicarlo. Despues se acomodo en su silla y dejo que nos retiraramos.

Rafael Perez me pidio disculpas por no poder acompaarme a la suite donde nos esperaba el ex presidente, diciendome que tena que dar una clase en la UNAM.

Subi al piso 42. Campora en persona abrio la puerta. Esperaba mi regreso con cierta ansiedad para enterarse cuales eran razones de la presencia de Kelly en Mexico.

Sin abandonar su caracterstica parsimonia, el Tio fue directo al tema que le interesaba y pregunto:

—Digame Francisco, qu quera Kelly?

—Mire doctor —respondí sin dudar— tengo la impresión de que la mayor pretensión de Kelly era poder contar a sus mandantes que se había reunido con Cámpora, o al menos con el Bebe Righi. Pero no le dimos el gusto.

De esa manera, presenté la reunión como un fracaso para Kelly.

—Sí, pero ¿de qué hablaron durante más de una hora?

La voz del Tío traslucía impaciencia ante la falta de precisión de mi respuesta, más aún al estimar el tiempo que había insumido la entrevista, pues yo tenía instrucciones de verlo ni bien ésta concluyera.

—Doctor se la pasó divagando, contando anécdotas sobre la vida en la cárcel de Río Gallegos, de su fuga en Chile vestido de mujer, y de alguna otra de sus aventuras... —hice una pausa para introducir un tema que lo alejara de su preocupación por lo que pudiera estar tramando Kelly—. Imagine mi sorpresa cuando imprevistamente me preguntó sobre el paradero del banquero Trozzo en México. Posiblemente pretenda extorsionarlo amenazándolo con publicar un informe sobre él en el diario que imprime y distribuye en Estados Unidos. El hombre afirma que estará por unos días en una casa de la calle Jaramillo en el sur de la ciudad —agregué, mientras hacía ademán de entregarle la tarjeta con los datos de Kelly.

Sin tomarla, Cámpora me indicó que la conservara por si las autoridades mexicanas consideraban necesario pedírmola en el supuesto de que quisieran investigar a Kelly.

El ex presidente pareció quedar satisfecho con mi relato y le dijo a Nené que pidiera una picada al servicio de cuartos. Resultaba inusual que Cámpora utilizara ese servicio, por lo que deduje que buscaba prolongar mi presencia en la suite para que lo acompañara a pasar el mal trance que significaba saber que su enemigo de tantos años rondaba en las cercanías del Hotel Presidente, sin tener certeza de los planes que lo animaban.

Seis meses después Kelly viajó a Madrid, donde solicitó y obtuvo una reunión con Enrique Bacigalupo, ex Procurador del Tesoro durante el gobierno camporista. En esa entrevista Kelly se mostró furioso por haber sido engañado al ocultársele el verdadero estado de salud del ex presidente, lanzando una amenaza que resultaba temible teniendo en cuenta la personalidad de quién la hacía:

—Ya averigüé quién es ese hijo de puta de Calderón... —dijo, con la voz destemplada por la ira—, es hijo de un coronel del ejército argentino y algún día tendrá que pagar por lo que me hizo.

Enrique Bacigalupo, que años después fue designado Miembro del Tribunal Supremo de España, le comunicó al Bebe Righi la amenaza de Kelly para que yo tomara los recaudos que creyera necesarios.

Un día lluvioso de mediados de 1984, a poco de regresar al país, leía los diarios en una confitería de Buenos Aires ubicada en Las Heras y Austria cuando una voz que me resultó conocida me sacó de la lectura. En una mesa cercana y dándome la espalda, Kelly conversaba con una abogada que lo defendía en alguna de las numerosas causas judiciales que derivaban de sus constantes provocaciones.

Sin perder tiempo, arrojé sobre la mesa un billete con valor suficiente como para pagar cinco veces el costo de la consumición y me retiré por una puerta lateral.

Guillermo Patricio Kelly nunca llegó a enterarse de cuán cerca estuvo ese día de la persona de la que, cuatro años, había jurado vengarse por haberle causado un papelón difícil de olvidar en su dilatada carrera como espía.

En octubre nació la primera nieta del Tío, hija de Carlos y Lidia. La llamaron Georgina en honor a Nené. Para esa época Cámpora había abandonado la idea de trasladarse a Acapulco para pasar las fiestas de fin de año. Ni su estado de salud se lo permitía ni el clima riguroso de la ciudad lo hacía aconsejable y su estado de ánimo ya no era el mismo que en el mes de mayo.

El ex presidente se instaló en Cuernavaca, en una casa confortable con varias habitaciones y pileta. Rodeada por árboles añosos que la convertían en un lugar ideal para alcanzar esa paz que a veces sólo puede dar la soledad. Ese será el lugar elegido para esperar el momento de la partida, junto a Nené y los padres de la nieta que aún no conocía y que esperaba poder tener a su lado.

Unos días antes de establecerse en Cuernavaca me dijo:

—Francisco me gustaría que usted y Susana me acompañaran en Nochebuena.

—Doctor, desde ya que tanto para mí como para Susana será un gusto pasar juntos la Navidad y compartir la alegría de reencontrarnos con Carlos, Lidia y la nueva integrante de la familia.

A fines de octubre fuimos a Cuernavaca con Susana y los Villar para pasar unos días con los Cámpora. Fue la despedida. Las fotos que me tomé con el Tío, que conservé en mi poder y que reproduzco en el anexo documental, resultan engañosas, pues si bien Cámpora luce su traje de baño y en su rostro se dibuja una sonrisa que aparenta bienestar, la enfermedad había reaparecido con mayor fuerza para dejarlo sin energía y arrebatárle la esperanza de seguir viviendo.

Cuando escuché la voz en el teléfono supe enseguida que quien me llamaba era Carlos Cámpora. Parecía estar preocupado. Llevaba más de un mes instalado en Cuernavaca y me adelantó que esa tarde estaría en el Distrito Federal para hacer unas gestiones y comprar remedios que ayudaran a morigerar los dolores que sufría su padre, y me propuso nos reuniéramos en la cafetería del Hotel Camino Real ubicado a una cuadra de mi departamento.

Carlos llegó un poco retrasado y nos dimos un abrazo. Lucía agobiado por la situación que atravesaba el ex presidente.

—Cada día que pasa papá siente más dolor. Aquí tengo unas inyecciones que hay que aplicarle todas las noches —me dijo, mientras me mostraba una bolsa de plástico blanca con el nombre de la farmacia donde las había adquirido. Después comentó:

—Vengo de los Pinos. Un funcionario de presidencia me confirmó que el viernes nos recibe el presidente López Portillo. Espero que papá esté en condiciones de concurrir a la cita pues estoy convencido de que es una de las pocas cosas que lo mantienen con vida. La cita es a las once de la mañana por lo que nos encontraremos a las diez en el Hotel Presidente. El Bebe se encargará de contactar a los otros que concurrirán a Los Pinos.

No hubo tiempo para más, Carlos debía regresar para que la noche no lo sorprendiera en la ruta que llevaba a Cuernavaca.

Al volver del exilio me encontré varias veces con él y con su hermano Héctor. En el verano del ochenta y cinco, Mario Cámpora me comunicó que a Carlos le habían diagnosticado un cáncer de páncreas que no tenía cura.

—Si querés verlo tenés que hacerlo con premura pues no le queda mucho tiempo —me dijo.

Al día siguiente viajé a Buenos Aires. Con Julio Villar y Rodolfo Gil acordamos ir juntos al piso de la calle Melo, en Barrio Norte, donde Carlos permanecía en cama.

Nos recibió Héctor con la advertencia de que la visita no debía prolongarse pues su hermano sufría muchos dolores. Saludamos a Lidia y a Nené y pasamos a una habitación amplia. Las persianas estaban bajas y las cortinas de la ventana oscurecían todo el cuarto. Sólo el foco del velador dejaba escapar una tenue luz que no alcanzaba para sacar a Carlos de la sombra.

Estaba postrado en la cama. Desde lo alto colgaba una bolsa que le daba el suero necesario para prolongar su vida unos pocos días, quizá apenas unas horas. Con una voz casi inaudible me preguntó por Susana y por los chicos. En ese instante entraron sus dos hijos de cinco y cuatro años, que, ajenos a la tragedia, se asomaban a la puerta para ver a su padre. Carlos estaba ahí. Callado, casi inmóvil. Nada lo conmovía. Nada concitaba su atención. Sus movimientos eran lentos, pausados, casi imperceptibles. Por unos segundos su mirada se cruzó con la mía y eso fue suficiente. Yo entendí lo que él me decía a través de esos ojos verdes y apagados, ya sin el brillo que sólo da la vida de los que tienen la esperanza de seguir viviendo.

Yo supe leer su mensaje que me decía: «Aquí estoy esperando mi muerte, y deseo que llegue rápido, lo más rápido posible».

La última actividad en la larga vida pública de Cámpora se concretó en México el 14 de noviembre de 1980. Con la escasa energía que le quedaba, a sólo cinco semanas de su fallecimiento, libró la única batalla que aún podía dar, haciendo un esfuerzo supremo para conseguir el salvoconducto de su hijo Héctor que también incluía el de Abal Medina. Ya lo había reclamado dramáticamente en Quito cuando se le quebró la voz mientras intervenía en la Asamblea. Lo demandó por carta al coordinador del encuentro de Ecuador, licenciado Sevilla, al recordarle que su moción de exigir a la Junta Militar el respeto a la Convención de Caracas sobre el asilo diplomático no había sido incorporada al documento final emitido por la Asamblea.

A media mañana del viernes catorce de noviembre, las personas que integrábamos la delegación que acompañaría a Cámpora en su entrevista con López Portillo arribamos al Hotel Presidente Intercontinental de Chapultepec, lugar en que nos habíamos dado cita.

El presidente mexicano nos recibió en Los Pinos, residencia oficial del Poder Ejecutivo. Nuestra delegación, que utilizó cuatro autos para su traslado, estaba compuesta por Carlos Cámpora,

Esteban Righi, el conocido escritor y crítico literario Noe Jitrik; Mario Jaime Kestelboim, ex decano de la facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires durante el rectorado de Rodolfo Puiggrós; los miembros del consejo directivo de la Comisión Argentina de Solidaridad, Osvaldo Pedroso, Ricardo Nudelman, Julio Villar, Rodolfo Gil y quien escribe.

El encuentro se realizó en una sala austera de la residencia presidencial en medio de un clima dominado por la cordialidad. Los dos presidentes se dieron un abrazo y se trataron de usted. Cinco días faltaban para que se cumpliera un año del arribo de Cápóra a tierras aztecas.

Durante la entrevista, López Portillo recibió una placa que tenía inscrita la fecha «19-11-1980» para dejar asentado que aquel día era para los argentinos un símbolo de la grandeza y generosidad con que México nos había acogido junto a miles de latinoamericanos perseguidos por la peor ola represiva de todo el siglo xx.

López Portillo comentó que se había comunicado con el canciller Castañeda para indicarle que expresara a la Junta Militar el malestar de su gobierno por la situación de los asilados en Buenos Aires y que el ministro le informó que había un compromiso de entregar el salvoconducto de Héctor Cápóra para días antes de las fiestas de fin de año.

Concluida la entrevista, Cápóra hizo unas breves declaraciones ante los periodistas mexicanos en las que asumió la representación de los asilados y en su nombre agradeció la hospitalidad y ayuda de México para con los perseguidos políticos.

Estaba exhausto y hacía un gran esfuerzo para sostenerse erguido y disimular el malestar que sentía por los dolores que le producía el cáncer. Por primera vez no nos invitó a que lo acompañáramos a tomar un café, como era su costumbre en circunstancias especiales como la que nos reuniera esa mañana. Deseaba estar en Cuernavaca, en la intimidad de su casa junto a Nené, Lidia y la pequeña Georgina. Cuando la morfina le diera un respiro y los dolores se morigeraran, él transmitiría a Nené sus impresiones sobre la entrevista. Antes tendría que recorrer cien kilómetros por la amplia carretera que lo llevaría a la ciudad de la eterna primavera.

Uno a uno nos fuimos acercando para darle un abrazo. Después subió al auto sin volver la mirada hacia nosotros. El silencio de la comitiva erizaba la piel. Teníamos conciencia de estar

asistiendo al último acto político del hombre que encarnara la esperanza transformadora de la Argentina que siempre expresó el peronismo y por la cual lucharon varias generaciones. Esa fue la última vez que pude estar con él.

En la madrugada del 19 de diciembre de 1980 el ex presidente falleció por un ataque cardíaco. La infausta noticia fue confirmada en Argentina por su hermano Pedro, que vivía en Mendoza y que en el año setenta y tres fuera electo senador por esa provincia.

Ese mismo día el presidente de México, José López Portillo se expresó públicamente:

*«Hace 20 minutos falleció el ex presidente argentino Héctor J. Cámpora. Lo lamentamos profundamente. La lucha que libramos por hacer efectivo el entrañable derecho de asilo, característica de América Latina, revela el interés que hemos tenido, mantenido y expresado en ese viejo luchador que se había convertido en símbolo de una posición.»*

*Respetamos profundamente al doctor Cámpora. Tuvimos la suerte de tratarlo, de conocer su condición humana, lo indeclinable de su lucha política y en esa medida lo respetable del ser humano, al que afortunadamente pudimos servir en los últimos años de su vida».*

De esa manera, López Portillo manifestaba su reconocimiento a la trayectoria política de Cámpora aunque sin comprometerse con el ideario del Tío, en tanto el peronismo siempre fue motivo de polémicas e incompreensión por parte de la dirigencia política, historiadores e intelectuales mexicanos.

En su declaración, reafirma el compromiso de México con el instituto del Asilo Político y ensaya una defensa de las acciones implementadas por su gobierno y que durante años chocaron contra la intransigencia de la dictadura argentina.

La ruptura de relaciones diplomáticas por la negativa de Videla a entregar los salvoconductos de los asilados en la embajada de Buenos Aires nunca fue considerada como una de las posibles alternativas a adoptar por el gobierno azteca. Para ese entonces México no mantenía relaciones diplomáticas con Pinochet y el avanzar un paso más en su distanciamiento con los países de América del Sur no entraba en los planes de su gobierno.

México jugaba todas sus fichas a ejercer su liderazgo e influencia en la región centroamericana a la que pertenecía y don-



de, en esos años, los movimientos guerrilleros habían ganado el apoyo popular desestabilizando el equilibrio político de la zona al alcanzar el poder en Nicaragua con el triunfo de los sandinistas, mientras que en el Salvador y en Guatemala la guerrilla estaba a un paso de tomar el gobierno y, si bien el Partido de la Revolución Institucional que ya llevaba cincuenta años en el poder no corría riesgo de perderlo, no quería que la guerrilla mexicana ganara espacio impulsada por el triunfo de las que actuaban en Centro América.

La declaración de López Portillo concluirá admitiendo su fracaso en conseguir el salvoconducto de Héctor para que padre e hijo se reencontraran como era su deseo, tal como se lo había manifestado a Cámpora un mes antes, durante la reunión que tuviéramos en Los Pinos.

El presidente mexicano expresó:

*«Lamentamos mucho no haber logrado que su hijo lo acompañara en los últimos momentos».*

El velatorio de Cámpora se realizó en la sede de la Comisión Argentina de Solidaridad. El domingo a la mañana se hizo presente Héctor hijo, que acababa de llegar a México, pues el día anterior el gobierno argentino le había extendido el tan ansiado salvoconducto. Nos dimos un abrazo. Llevaba poco más de cuatro años sin verlo. Su dolor era indisimulable. Le pesaba no haber podido compartir ese último año con su padre y le dolía aún más saber que el ex presidente había muerto sin poder obtener su libertad, que era lo que más deseaba desde que llegara a México. Había partido con la incertidumbre de no saber cuál sería el destino que le esperaba a su hijo.

Cámpora tenía conciencia de que mientras Héctor permaneciera en la embajada estaría expuesto a la irrupción de algún grupo de tareas que podría terminar con su vida simulando un enfrentamiento.

El ex presidente estaba convencido de que debía presionar políticamente en todos los foros internacionales para que éstos exigieran el respeto de la Argentina a la doctrina del asilo político ya que el arbitrio de la dictadura podía prolongar el encierro de Héctor durante años, como de hecho ocurrió con Abal Medina. Juan Manuel solo logró llegar a México cuando las Fuerzas Armadas se embarcaron en la insensata aventura militar contra los ingleses e intentaron revertir en poco tiempo su adversa si-

tuación geopolítica, propiciando alianzas con países a los que durante años habían mantenido a la distancia al considerarlos peligrosos adversarios por el sólo hecho de vivir en democracia y haber recibido a los perseguidos políticos argentinos, permitiéndoles denunciar los crímenes del terrorismo de Estado y exigir el regreso a la vida institucional.

Apenas arribó al aeropuerto Benito Juárez donde lo esperaban los periodistas, Héctor declaró: «He logrado llegar aquí para despedir al presidente Cámpora, hombre al que admiré y admiro como político y como padre».

Su salida del país se había logrado a último momento, cuando la muerte del ex presidente le quitó valor a su condición de rehén con la que se chantajeaba y se pretendía condicionar las definiciones políticas del Tío y las subsiguientes acciones que tenía previsto desarrollar.

El viernes 19 de diciembre por la tarde, Héctor había sido trasladado desde la embajada mexicana hasta un campo de deportes donde lo esperaban dos helicópteros de la Policía Federal. El despliegue intimidante de las fuerzas de seguridad se reiteró tal como ocurriera cuando nos entregaron los salvoconductos y como cuando el Tío abandonó el país.

Héctor, acompañado por el embajador de México en Argentina, Emilio Calderón Puig, fue llevado hasta Ezeiza en uno de los helicópteros. Un fuerte contingente de la policía aeronáutica al mando del comodoro Salvador Alaimo tomó posiciones en las distintas instalaciones del aeropuerto como si esperaran un ataque de envergadura por alguna fuerza enemiga que pretendiera liberar a Héctor. Como nada de esto ocurrió, a las 18:45 un avión de *AeroPerú* levantó vuelo con rumbo al país azteca.

A la una de la tarde del sábado 20 de diciembre la caravana que transportaba el féretro de Cámpora partió desde la CAS hasta el local de la Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina (COPPAL) donde se le rindió un homenaje político. Allí el presidente del organismo y del PRI, Gustavo Carvajal, afirmó:

*«El doctor Héctor J. Cámpora seguirá siendo un símbolo para todos los que creemos en la paz y la democracia de los pueblos».*

y agregó:

*«Hoy nos encontramos en la sede de la COPPAL que es la casa de los partidos democráticos nacionalistas y antiimperialistas de América Latina para recordar la trayectoria política y social del ex mandatario».*

Después Carvajal tendrá palabras premonitorias:

*«Héctor J. Cámpora fue un luchador infatigable por la causa de la paz, la libertad y la democracia. Su ejemplo de vida pura y honesta seguirá siendo cantado y leído por las próximas generaciones».*

Concluyó su intervención expresando:

*«Ayer, todavía, el Doctor Cámpora logró otro triunfo por la autoridad moral que representaba, y en ese sentido el gobierno argentino no pudo más que permitir y otorgar el salvoconducto a su hijo quien se encontraba recluido en nuestra embajada en Buenos Aires.*

*» ¡Cuán pesada carga moral tendrá el Estado argentino que no pudo seguir negando la salida y el exilio de Héctor Pedro Cámpora!».*

Después de las sentidas palabras de Gustavo Carvajal, el cortejo fúnebre retomó su marcha hasta llegar al cementerio privado Mausoleo del Ángel ubicado en el sur de la ciudad.

Dos fueron los oradores que despidieron al ex mandatario. Por el exilio latinoamericano habló Juan Ferreira, máximo dirigente de la Convergencia Democrática Uruguayaya (CDU) quien expresó:

*«Los restos del Dr. Cámpora tarde o temprano, serán llevados a la Argentina; sí, pero a una nación libre, dueña una vez más de su destino, una Argentina presidida y gobernada por esta bandera que tanto han pretendido mancillar, vilipendiar, ocultándose detrás de ella, para cometer la ignominia, bandera que hoy cobija los restos del ex presidente».*

El Bebe Righi fue el último orador. Las palabras que eligió para despedir al Tío emocionaron a todos los presentes. El ex ministro del Interior, el más joven de los que integraron el gabinete de Cámpora, expresó:

*«Querido presidente, no hemos venido a despedirlo porque sólo se despide a los que se desvanecen y usted ya pertenece a la Historia.*

*»Querido presidente tenga usted la seguridad de que volverá a su tierra liberada, reconquistada para la democracia.*

*»Usted, Héctor José Cámpora es parte sustantiva de una historia que se reprime diariamente: la historia de un pueblo en busca de su liberación definitiva. Esa historia real está escrita en la conciencia y en el corazón de los oprimidos y es necesariamente opuesta a los falsos bronce de los opresores.*

*»El doctor Cámpora fue representante de un pueblo que, en su derrotero político, siempre tuvo como modelo a quienes dan lo mejor de sí en aras de la grandeza de la patria y de su felicidad.*

*»Usted es propiedad de esa historia que se forja en las fábricas y en los barrios humildes que anida en el corazón de los jóvenes: esos protagonistas, querido presidente, ya han dado su veredicto definitivo».*

El Bebe hizo una pausa necesaria para destacar el mayor atributo político del Tío:

*«Lealtad y desprendimiento signaron un estilo de conducción que hizo vivir al movimiento justicialista inolvidables jornadas de triunfo».*

Sus palabras finales recordaron un proceso político clave en la historia argentina:

*«A partir de 1971, Cámpora convocó, organizó y condujo el triunfo del peronismo bajo la consigna “Luche y Vuelve”.*

*»Hoy, a diez años de esa gesta, nos comprometemos a que esa consigna se haga nuevamente realidad».*

El Bebe concluyó su intervención asumiendo lo que en ese momento histórico expresaba el sentimiento mayoritario del pueblo argentino: seguir luchando hasta derrotar a la dictadura como lo hiciera en 1973 cuando el general Alejandro Lanusse se vio obligado a abandonar el gobierno.

Era el mejor homenaje que podía ofrecérselo a Cámpora, conductor de aquellas jornadas excepcionales que culminaron con el regreso del peronismo al poder y su ascensión como presidente de la Nación.

La despedida que llegaba a su fin se realizó en un amplio patio del cementerio en el que en uno de sus extremos se hallaba ubicado el ataúd con los restos del ex presidente, el cual debía ser

trasladado a la capilla del panteón capitalino. Carlos Cámpora me pidió que lo ayudara a llevar el féretro. Fue necesario recorrer un largo pasillo interior hasta alcanzar el lugar en que sería colocado. Allí se podía leer la inscripción realizada en una lápida de mármol blanco: «Héctor José Cámpora 1909–1980».

Uno de los asistentes entonó el Himno Nacional a lo que enseguida nos sumamos todos los que nos encontrábamos allí. A continuación, la mayoría cantó la marcha peronista.

Después de saludar a los conocidos nos retiramos con Susana. La tristeza que nos embargaba era abrumadora. Durante un largo año habíamos acompañado a un hombre que libró una lucha ejemplar e incansable contra la enfermedad y la dictadura. En ese tiempo, Cámpora demostró su entrega y su voluntad política para oponerse al régimen de manera intransigente a pesar de su salud resquebrajada, y de saber que su hijo Héctor permanecía encerrado en la embajada mexicana de Buenos Aires.

«Quiero vivir» le había dicho al periodista mexicano que lo entrevistara a poco de llegar a México. Sólo pudo hacerlo por trece meses. No era ése el tiempo que esperaba sobrevivir, pero mientras tuvo fuerza libró todas las batallas que se propuso.

Hasta aquí he relatado las circunstancias que me llevaron a estar junto a Cámpora en la embajada mexicana y durante su último año de vida. No puedo afirmar que el lector esté ante un relato neutro, sino todo lo contrario. En todas mis opiniones hay una valoración política de la cual no me he querido desprender pues siempre sentí un gran respeto hacia su persona y un especial reconocimiento a su liderazgo.

Las reflexiones que expongo en el capítulo-ensayo titulado «*Las dos lealtades de Cámpora*» completan mi pensamiento sobre el papel que Cámpora desempeñó en el proceso político argentino. La última palabra la tienen otros dos protagonistas: la Historia y el pueblo.

A la Historia le corresponde el derecho de interpretar su actuación política, mientras que al pueblo le toca elegir cuál es el lugar que el ex presidente ocupa en sus afectos.

## EL PERONISMO Y LA LEALTAD

### *Las dos lealtades de Cámpora*

Todo símbolo tiene un hecho fundante que se consolida en las acciones sucesivas que lo expresan en el transcurso del tiempo.

La lealtad en el peronismo encuentra su origen en la movilización masiva de los trabajadores del conurbano de Buenos Aires que el 17 de octubre de 1945 concurren a Plaza de Mayo para exigir la libertad de su líder. Ese día, cientos de miles de «cabecitas negras» irrumpen en Plaza de Mayo desbordando su capacidad, que resulta insuficiente para contener a la muchedumbre amenazante. Reclaman la libertad del coronel Perón quien en los últimos dos años ha liderado las reformas encaradas por el gobierno militar, por las cuales se les otorgan a los trabajadores derechos legítimos que nunca antes les habían sido reconocidos y por los que, desde hacía décadas, venían luchando infructuosamente. Al caer la noche, Perón es liberado y desde los balcones de la Casa Rosada se dirige a la multitud.

Ha nacido el peronismo. Por primera vez los trabajadores se reconocen como una parte importantísima del cuerpo social y reafirman su conciencia de clase. Ahora saben que el movimiento obrero se incorpora al escenario de la política nacional como un actor irremplazable, capaz de influir y condicionar la marcha del país, en el sentido de marcarle un rumbo.

El día en que nació, el peronismo reconoció que tenía un líder en quien confiar, que tenía un líder que los representaba, los entendía y los expresaba.

Ese día, el más importante, el más trascendente en la historia del peronismo será recordado para siempre como el Día de la Lealtad. El día en que los trabajadores se hicieron fuertes en Plaza de Mayo para exigir la libertad del coronel Perón, venciendo la negativa de la oligarquía y de un sector de las Fuerzas Armadas que pretendía destituirlo y mantenerlo detenido. Sólo la lealtad de los trabajadores a su líder había permitido liberarlo. El

camino al poder quedaba despejado y las elecciones de febrero de 1946 habrían de proclamarlo presidente.

Si, como dice Nicolás Casullo,<sup>85</sup> hubo tres columnas que sostuvieron el mito del peronismo: pueblo, caudillo, nación, podríamos agregar que el mito se sostuvo desde el primer día en que irrumpió en la historia política del país a través de un símbolo que, de manera simbiótica, manifiesta la plena identificación de esos tres componentes. Ese símbolo será la *Lealtad*.

La lealtad adquiere un valor simbólico absoluto que expresa la esencia del peronismo: lealtad a una causa, a un líder, a un pueblo, a una nación. Así, no se podrá ser leal al líder sin ser leal al pueblo y no se podrá ser leal al pueblo sin ser leal a la nación.

Ahondemos ahora en las condiciones históricas y políticas en la que nace ese valor supremo que es la lealtad. ¿Por qué adquiere tanta relevancia entre los peronistas?

Desde la revolución de junio del '43, el entonces coronel Perón lanza, desde el aparato del Estado y en su función de Secretario de Trabajo, un conjunto de medidas destinadas a reconocer los derechos del trabajador e impulsar la sindicalización masiva.

A lo largo de más de dos años Perón recorre sindicatos, mantiene reuniones con los dirigentes sindicales y los delegados de fábricas e irá construyendo una interrelación de confianza y, a la vez, va dejando sentadas las que han de ser las bases de su proyecto político en el que, por primera vez en la historia argentina, los trabajadores tienen asignado un lugar y desde ese lugar han de constituirse en protagonistas imprescindibles en la edificación del modelo de país que proyecta establecer Perón.

Cuando los sectores dominantes que durante décadas han controlado la política y la economía del país, toman consciencia de que el proyecto de Perón cuestiona las bases mismas de su poder, gestan un golpe interno en las Fuerzas Armadas que termina con la destitución de Perón y su detención en la isla Martín García.

Mientras tanto, y a lo largo de esos dos años, los trabajadores han dado pasos para organizarse, sindicalizándose y percibiendo que la destitución de Perón pone en riesgo las conquistas obtenidas y clausura en forma definitiva la profundización del pro-

---

85 Nicolás Casullo. «Peronismo, Militancia y Crítica», Pág. 26 – Editorial Colihue, Buenos Aires 2008. 296 páginas.

yecto del que el coronel les hablaba cada vez que daba un paso en su favor, diciéndoles que, para concretarlo, necesitaba más poder político y que su apoyo era fundamental para modificar las estructuras políticas y sociales de la Argentina.

Cuando el 17 de octubre los trabajadores se movilizan a Plaza de Mayo y exigen la presencia de Perón en la Casa de Gobierno, puede decirse que ha nacido el peronismo, trayendo consigo el proyecto nacional y popular que tendrá continuidad por casi diez años.

Un millón de trabajadores, muchos de ellos venidos en los últimos tiempos del interior profundo del país para incorporarse al proceso de industrialización que por aquellos años había cobrado auge, como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, llegan a Plaza de Mayo para proclamar su adhesión a Perón. Éste es el hecho fundante del peronismo y el Movimiento consagra ese día como el *Día de la Lealtad*. Pero no es solamente la lealtad a un hombre. Es la lealtad a una clase social, a los trabajadores, a un proyecto político que Perón ha ido delineando desde la Secretaría de Trabajo. En ese sentido, la lealtad también está consustanciada con la figura del conductor del proyecto: el coronel Perón.

La lealtad surge con una connotación determinada, contundente: la movilización de los trabajadores y su lucha por mantener las conquistas sociales alcanzadas.

Los trabajadores saben que los militares, como brazo armado de la oligarquía dominante, pueden descargar sobre ellos todo el poder de fuego que poseen. Tienen ante sí el terrible antecedente de la Patagonia Trágica, aunque nunca podrán imaginar que, en junio del '55, compatriotas suyos estarán dispuestos a usar aviones de guerra para bombardearlos impiadosamente provocando la muerte de tantas víctimas inocentes.

Sin embargo, a pesar de que los trabajadores bonaerenses recuerdan la masacre de la Semana Trágica, en enero de 1919, cuando el ejército del gobierno radical reprimió brutalmente a los obreros en huelga de los talleres metalúrgicos Vasena, se lanzan a la calle, atraviesan ciudades, cruzan puentes para ocupar Plaza de Mayo y anunciar que de ahí no han de moverse hasta que Perón les hable, y les hable desde los balcones de la Casa Rosada que es donde se asienta el poder político de la Argentina.

Así, en los hechos, la lealtad será siempre una acción de compromiso con el proyecto de país que encarna el peronismo y por



el cual se está dispuesto a luchar, y de allí nacerá la consigna que expresa ese compromiso «*La vida por Perón*». De esta manera, la lealtad es la manifestación de una convicción por el proyecto nacional y popular que lleva adelante el peronismo y el reconocimiento del rol del líder que es Perón.

Las elites perciben que el liderazgo de Perón es la columna sobre la cual gira el poder popular y que la lealtad es el vínculo estratégico a través del cual Perón mantiene la capacidad de conducir al conjunto. Así, la oligarquía siempre pretendió destruir ese vínculo calificando a la lealtad como la obsecuencia de los débiles y la admiración que le profesan los trabajadores desde su ignorancia de que están siendo manipulados por la demagogia peronista.

El 17 de octubre los trabajadores conforman una identidad política poderosa que les da un rol preponderante en la gran tarea de construir una Argentina distinta, diferente al modelo de país agroexportador catalogado como granero del mundo, generador de una renta extraordinaria que quedaba en manos de la oligarquía terrateniente.

El nuevo modelo de país que apoyan e impulsan los trabajadores es el de una Argentina industrial en la que el cincuenta por ciento de la riqueza nacional será redistribuida en su beneficio, pero, para permanecer en el tiempo, esa nueva identidad debe luchar contra las elites que poseen la tierra, controlan las finanzas, y detentan el poder político y militar con el que asedian al movimiento popular utilizando todos los medios de los que disponen.

Esa confrontación ha de prolongarse durante dieciocho años y el movimiento peronista deberá sobreponerse a fusilamientos, cárceles, proscripciones y exilios. Sin embargo, los trabajadores continuarán resistiendo y rechazarán la permanente descalificación de la que es víctima su líder, al punto de que, por largo tiempo, y bajo amenaza de encarcelamiento, incluso estará prohibido mencionar su nombre, que en la prensa de la época; que acata sumisamente los dictados de la «*Libertadora*»; aparecerá sustituido por un eufemismo obsecuente y absolutamente impropio para quien fuera elegido presidente de los argentinos por el voto popular, al que todos los medios de comunicación habrán de llamar «el tirano prófugo».

A lo largo de este proceso, marcado por las distintas modalidades que fue adoptando la resistencia, y por las concomi-

tantes medidas represivas de los gobiernos de turno, destaca claramente una característica que signó el derrotero de las luchas populares, y que no es otra que la lealtad a su líder y al proyecto político del peronismo, expresado en los tres principios esenciales de soberanía política, independencia económica y justicia social.

Abordaremos ahora el proceso político por el que la figura de Cárpora expresa dos lealtades que explican cómo el proceso político peronista gestado en 1945 encuentra su continuidad en el período que abarca los primeros años de la década del setenta, iniciado en el momento en que Cárpora es designado delegado personal de Perón.

El 20 de enero de 1973, al comenzar la campaña política que ha de llevarlo a la presidencia, Cárpora pronuncia en el Hotel Crillón un discurso que resulta esencial para interpretar el camino que ha venido recorriendo a lo largo de los años, desde el día que se incorporara al peronismo y que va a desembocar en el triunfo electoral del 11 de marzo.

En una parte especialmente significativa de ese discurso, Cárpora se refiere a la lealtad diciendo:

*«Voy a llegar al gobierno en virtud de un mandato que ustedes conocen. No lo he buscado ni querido, pero lo he recibido modestamente y lo cumpliré con energía, hasta el final, en beneficio de todos mis compatriotas.*

*He recibido ese mandato por una condición personal que, entre otras, ha caracterizado toda mi vida. Algunos la consideran un defecto, otros una virtud, y de las más honrosas en cualquier hombre. Voy a hablarles, en primer término, de la lealtad.*

*Lealtad total, incondicional, a mi Patria. Lealtad total, incondicional, a mi Movimiento. Lealtad total, incondicional, a mis verdaderos amigos. Considero que el más grande de ellos es el general Juan Perón y le he sido leal durante el gobierno y desde el llano. A esta lealtad personal se suma la lealtad especial que merece un jefe.*

*Gracias a la lealtad, que muchos insisten en considerar un defecto mío, he conseguido ser leal también conmigo mismo: por odio a la traición y a los traidores. Porque la lealtad es lo opuesto a la traición. Y quienes hoy colman de agravios e in-*

sultos inauditos al general Perón y al pueblo argentino que lo ama y lo elige, ellos no tienen la conciencia tranquila.

*Han traicionado mucho. Han traicionado juramentos inviolables ante Dios y los Santos Evangelios. Juramentos por la Patria y las leyes. Han traicionado a amigos íntimos. Han traicionado principios que declamaban y han mancillado el honor y la dignidad de su investidura. No pueden entender ese milagro argentino de la lealtad, no pueden entender nuestra Patria, no pueden entender nuestra historia.*

*El pueblo argentino, lo mejor que tenemos, me va a entender y yo a él. El pueblo argentino siempre ha sido leal a sí mismo y a sus caudillos. La lealtad siguió a San Martín y ganó las guerras de la Independencia Americana. La lealtad confederó a las provincias y unió a la República. La lealtad llevó por vez primera a las mayorías al poder. La lealtad ganará las elecciones y llegará al gobierno el próximo 25 de mayo»<sup>86</sup>.*

Así, Cámpora dedica su primer discurso a reivindicar la lealtad, y al hacerlo refuerza su mayor capital político, ese capital que ha comenzado a construir desde el principio de su actuación en el movimiento, lo que le valdrá el permanente respaldo y reconocimiento de Perón y de Evita, y le permitirá acceder al círculo de los íntimos del vértice del poder peronista. En diciembre de 1947, pocos meses antes de ser electo como presidente de la Cámara de Diputados de la Nación por cinco períodos legislativos consecutivos, Perón lo condecora con la Medalla de la Lealtad.

Cámpora sabe que al unir su figura al concepto de lealtad está potenciando su liderazgo pues lo que está exaltando en su discurso es, ni más ni menos, que la virtud política más valorada por el peronismo.

Cuando el Tío abre su campaña hacia la presidencia, ya ha cumplido con el compromiso que se propusiera lograr al asumir como delegado personal de Perón, o sea, el regreso del General a la Argentina. Así, tras el triunfo del *Luche y Vuelve*, Cámpora incorpora un nuevo objetivo que no es otro que el de llegar al gobierno con el respaldo del voto popular. En ese momento aparece una nueva consigna: «*Cámpora al gobierno. Perón al Poder*», que se ha de convertir en la bandera tras la cual se convoca a continuar

---

86 Miguel Bonasso. «*El Presidente que no fue*». Editorial Planeta, Colección *Espejo de la Argentina*. Buenos Aires, 2010, 688 páginas.

con las movilizaciones que harán retroceder definitivamente los planes continuistas del régimen militar de Lanusse.

Ahora bien, veamos cuáles son las palabras que Perón dedica a la consigna con la cual Cármpora se apresta a dar la batalla electoral:

*«Si Cármpora va al gobierno, Perón va al poder, como dicen los muchachos. Es lógico, si lo he puesto a Cármpora es porque sé que es un hombre de una lealtad insobornable. ¿Cármpora está en el gobierno? Y bueno, yo estoy en el poder»<sup>87</sup>.*

Se trata de un momento crucial en el escenario político nacional, donde los dos protagonistas, son plenamente conscientes de que asumen un rol ya determinado. Perón sabe que luego del proceso electoral Cármpora emergerá con una fortaleza política singular, que se reforzará con el ejercicio de la presidencia, pero también conoce sobradamente cuál es su liderazgo y su ascendencia sobre el pueblo argentino. Se reserva el poder político real que utilizará para incidir en el rumbo del país, pero sin embargo no duda ni por un instante sobre la actitud que adoptará Cármpora una vez instalado en la Casa Rosada. Por eso su afirmación encierra dos definiciones contundentes que no dejan lugar a dudas. Cármpora es el candidato presidencial del peronismo porque así lo ha dispuesto Perón: «...*si lo he puesto a Cármpora...*» es porque Perón tomó esa decisión movido por una razón incontrastable: «...*porque sé que es un hombre de una lealtad insobornable...*».

La explicación del origen y el alcance de la lealtad de Cármpora al liderazgo de Perón debe abordarse desde la trayectoria política de Cármpora, quien tras conocer al General en 1944, cuando es designado comisionado municipal de su pueblo, San Andrés de Giles, integró una agrupación independiente que, junto al Laborismo y a los radicales de la Junta Renovadora, contribuyó al triunfo electoral del '46, incorporándose al peronismo desde el mismo momento en que el movimiento irrumpiera en la vida nacional, pudiéndose decir que pertenece a la generación que protagonizó los cambios sociales y económicos más trascendentes que se operaron en la Argentina en todo el siglo xx.

Como diputado nacional y presidente de la Cámara tenía una relación directa con el presidente de la Nación y una profunda identificación con el rumbo que el general Perón le imprimía al proceso político, actuando como uno de los más fieles intérpretes

---

87 Ibídem. Página 353.

de la estrategia de Perón en un espacio institucional en el que la oposición, como ocurre en toda democracia, hacía sentir su presencia, utilizando la Cámara de Diputados como una instancia calificada para expresar sus disensos y proyectar en la sociedad los fundamentos de un proyecto político alternativo.

Su rol institucional exigía una unidad política con el líder que se expresa en el acompañamiento sin restricciones a sus directivas políticas, sobre todo en momentos de máxima tensión con la oposición, particularmente durante el segundo período presidencial cuando el peronismo soporta los embates de una oposición cerrada que apelará a todo tipo de maniobras, orquestadas hasta tensar al límite el juego democrático y que luego, ante la imposibilidad de gobernar con el voto de las mayorías, alentará el quiebre institucional, conspirando con sectores de las Fuerzas Armadas que llegarán a intentar el derrocamiento del gobierno peronista mediante un golpe militar encabezado por el general Benjamín Menéndez en 1952 que será sofocado por el gobierno nacional.

En esa época, Cámpora mantiene una estrecha amistad con Evita, fundada en su admiración por su férrea defensa de los derechos de los trabajadores y su lucha permanente en favor de los sectores populares que fueron excluidos antes del advenimiento del peronismo. Se trata, sobre todo, de los cientos de miles de habitantes del interior que durante los últimos años habían emigrado al conurbano bonaerense buscando mejorar sus condiciones de vida participando del progresivo proceso de industrialización de Buenos Aires y de sus zonas aledañas. Esos nuevos trabajadores industriales constituyen la primera generación que se integra a la clase trabajadora y la oligarquía mostrará su desprecio al llamarlos «cabecitas negras». Son precisamente estos sectores los que encuentran en Evita una voz incansable que aboga por ellos, exige que se les otorguen más derechos económicos, los asiste socialmente desde la fundación que lleva su nombre y siempre se referirá a la necesidad de que deben permanecer unidos en defensa de las conquistas logradas y del líder del Movimiento, porque les advierte que los que se oponen están dispuestos a todo para arrasar con los cambios producidos, como efectivamente ha de ocurrir tres años después de su muerte.

Ahondar en la amistad y admiración que Cámpora tiene con Evita, la que es absolutamente correspondida por ella, nos permite comprender mejor la manera en que, dos décadas después,

Cámpora verá en la juventud peronista que lucha denodadamente por el retorno de Perón, una proyección del rol que jugara Evita en el Movimiento Peronista y que él apoyara con todas sus fuerzas.

Así, la vida de Cámpora ha estado marcada por sus convicciones peronistas que lo llevaron a dedicar su vida al Movimiento, lo que ya le ha costado la cárcel y que, más de veinte años después, ha de llevarlo al exilio donde lo sorprenderá la muerte.

La lealtad al proyecto de país llevado adelante por el peronismo supone necesariamente la lealtad a su conductor en tanto éste lidera la construcción del modelo político, económico y social pergeñado para la Nación Argentina. Así, en la base de la lealtad de Cámpora hay una firme convicción política y un compromiso inquebrantable para con el proyecto y el líder que lo encarna, lo que desmiente totalmente las versiones de que se trataba de una relación nacida de la obsecuencia, como los enemigos del movimiento nacional pretendieron instalar en la opinión pública con el fin de desacreditar al entonces candidato a la presidencia e impedir el triunfo electoral que ya se avizoraba como inevitable.

Esta lealtad, nacida en la confianza depositada en quien dirige los destinos del país cuando ejerce la primera magistratura durante sus dos primeros gobiernos, es consecuentemente correspondida por el General, quien lo propone como presidente de la Cámara de Diputados de la Nación, uno de los dos cargos que, por disposición constitucional, lo sitúa directamente en la línea de sucesión presidencial. Más tarde, cuando Perón se encuentra en el exilio, la lealtad de Cámpora no varía ni un ápice, pues sigue reconociéndolo como conductor del Movimiento y el propio General valora en toda su dimensión este gesto, y lo retribuye al designarlo como su delegado personal en un movimiento crucial de su vida, pues en 1971 Perón ya planeaba su regreso definitivo al país.

A partir de ese momento, Cámpora construye una estrecha relación política con la Juventud Peronista, pues es plenamente consciente del rol histórico que debe cumplir y en el que ya ha fracasado la CGT. en 1964 con el «Operativo retorno». En esa oportunidad se había hecho evidente la falta de compromiso de la conducción pejetista, liderada por Vandor, para poner punto final al exilio impuesto por la «Revolución Libertadora» y los gobiernos que la sucedieron, y que carecieron del poder suficiente

como para levantar la proscripción del peronismo y de su líder impulsada por las Fuerzas Armadas.

Augusto Timoteo Vandor lideró un importante sector del peronismo que propuso integrar al Movimiento al sistema político bajo las reglas democráticas que pretendía imponer el establishment, y cuya síntesis era la construcción de un peronismo sin Perón. Así, Vandor será autor de una frase que ha de ser recordada en la historia del peronismo como la máxima expresión de la deslealtad a la causa y a su líder: «*Debemos estar en contra de Perón para salvar a Perón*».

Detengámonos ahora en el análisis de esta etapa, en la que Cámpora puso en juego su destino político, construido a lo largo de décadas de militancia en el Movimiento Peronista, tras la consecución de un objetivo: hacer posible el retorno de Perón a la Argentina.

Fueron casi dos años de intensa agitación, de constante asedio del poder militar, de presiones y amenazas de la derecha peronista, de la ortodoxia sindical y de los participacionistas, pero también de un apoyo cada vez mayor de la juventud que se suma en cuerpo y alma a la lucha por tener a Perón en el país, al comprender que su regreso significaba la derrota del proyecto continuista del Gran Acuerdo Nacional y del régimen militar.

Cámpora sabía que para alcanzar su objetivo político no contaba con aliados confiables en seno del peronismo. Sabía también que era preciso movilizar a todas las fuerzas sociales que se expresaban a través del Movimiento Peronista. Nadie le aseguraba que la Confederación General del Trabajo, conducida por José Ignacio Rucci, tuviera en mente el lanzamiento de una movilización continua, con paros activos que fueran desgastando a la dictadura para imponer el regreso del líder. Por el contrario, cuando Cámpora lanzó la campaña del *Luche y Vuelve*, la Juventud Peronista, en sus distintas expresiones, se moviliza en plenitud apelando a todas las tácticas que era capaz de materializar, ya fuera a través de manifestaciones, actos masivos, sabotajes, huelgas, recreando de esta forma el clima de la resistencia peronista contra la «Libertadora», a lo que se suman las acciones armadas de las llamadas «formaciones especiales».

Cámpora sabía que, merced a su incuestionable lealtad, contaba con el apoyo de Perón y de la Juventud para fortalecer su

férrea voluntad encaminada a cumplir la misión que le encomendara el líder. No podía permitirse ni por un instante dudar del éxito de su misión. Perón le había confiado el objetivo más trascendente que se fijara cuando, en septiembre del '55, se refugió en la cañonera paraguaya que lo llevaría al exilio.

Perón necesitaba poner al frente del operativo a un representante leal que no defecionara ni sucumbiera a la seducción lanussista. Requería de un intérprete leal de sus directivas, que fuera capaz de conducir con éxito su regreso al país. Y ese hombre era Cámpora. Perón no se equivocó pues el Tío le devolverá con creces la confianza depositada en él. Una vez electo presidente, las tensiones internas que desde siempre agitaron al Movimiento Peronista comenzaron una escalada que ya no habría de detenerse.

De esta manera, Cámpora estuvo sometido a una doble presión permanente, la de aquellos que, por un lado, pensaban que debía resistir la ofensiva de la derecha que buscaba desplazarlo de la presidencia, y, por otra parte, los voceros de Perón, encabezados por López Rega, que le exigían la renuncia para que el General asumiera el gobierno, contando con la anuencia del líder y con el apoyo público del ortodoxo José Ignacio Rucci en nombre del movimiento obrero organizado.

En esa disyuntiva, tanto la juventud peronista, como algunos dirigentes del partido y varios de sus asesores, le propusieron que pusiera en práctica distintas medidas, entre ellas ordenar la detención del ministro de Bienestar Social José López Rega, del teniente coronel Jorge Osinde y de otros cabecillas de los sindicatos y de la ultraderecha peronista, como responsables directos de la brutal masacre de Ezeiza.

Cámpora se encontraba ante un obstáculo imposible de superar, pues era consciente de que no podía desafiar la autoridad política que emanaba del liderazgo de Perón, un liderazgo cimentado a lo largo de treinta años de conducir al Movimiento Peronista, lo que lo había llevado a convertirse en un actor excluyente de la política nacional.

Ordenar el encarcelamiento de los responsables de Ezeiza era enfrentar abiertamente a Perón. Hubiera sido una acción casi ingenua y, sobre todo, carente de sustento y viabilidad política, después de que Perón pronunciara su discurso del 21 de junio en el que había hecho pública su interpretación de cómo ocurrieron los hechos.



Una acción como ésa, más allá de su clara justificación y de su legalidad institucional, hubiera significado la ruptura definitiva con Perón, quien no habría permanecido impasible ante la detención de López Rega, más aún cuando, casi con seguridad, Isabel Martínez mediaría para defenderlo. Uno puede imaginar que la ruptura con Cárpora sería absoluta y dramática y que tal vez Perón anunciaría su regreso a España, dejando al país sumido en un verdadero caos y en una guerra abierta entre las distintas facciones del peronismo, de la que, tras tantos años de lucha y sacrificios, los enemigos del proyecto nacional y popular emergerían no sólo vencedores, sino indiscutiblemente fortalecidos y decididos a retomar el control del Estado.

Sin embargo, nada de eso habrá de ocurrir porque Cárpora es consciente de que el pueblo argentino mantiene inmutable el reconocimiento al liderazgo del viejo general y, por otra parte, en su decisión influye no sólo su sentido de responsabilidad personal ante las posibles consecuencias de una decisión de ese calibre, sino también su confianza y, sobre todo, su lealtad a la figura de Perón.

Así, Cárpora desoye a quienes le reclaman la detención de López Rega, aunque tiene perfecto conocimiento de la existencia de una conspiración contra el proyecto de cambio y de profunda transformación de la Argentina, plasmado en la plataforma electoral y prometido una y otra vez durante la campaña que desembocó en el triunfo del 11 de marzo. La reacción, temerosa ante la formidable demostración de fuerza que significó la gigantesca movilización popular del 20 de junio, se reagrupa en torno a los partidos tradicionales y a la derecha del Movimiento y presiona a Perón desde diversos frentes, pues incluso su círculo más íntimo tiene estrechas vinculaciones con la oligarquía y el capital financiero manejado desde los Estados Unidos, con lo que Cárpora se enfrenta a una encrucijada de hierro en la que las únicas vías de salida son igualmente pírricas, ya que, por un lado, la opción es resistir la ofensiva de la derecha denunciando ante la justicia a los responsables de la matanza del 20 de junio para que los impute y los procese, al costo de romper con Perón y afrontando las consecuencias que dicha acción conlleva, o dejar la presidencia en manos de Perón para que sea él mismo quien encause los destinos del país, conforme al programa de gobierno que se aprobara en Madrid.

Aunque Cárpora jamás habría de decirlo en público, en su

fueo íntimo sabía que López Rega era el principal operador de una conspiración de múltiples actores y factores de poder que actuaron para desplazarlo de la presidencia. También sabía que el estado de salud del general estaba sumamente deteriorado, tanto por lo avanzado de su edad como por sus problemas cardíacos, al punto que, en febrero del '73, mientras estaba siendo operado de próstata en una clínica de Barcelona, tuvo un paro cardíaco en medio de la intervención, lo que tanto Isabel como López Rega guardaron en secreto, aunque ese fue el comienzo de su ofensiva tendiente a deteriorar la figura de Cámpora.

El propio Perón, en su discurso del 13 de julio, cuando aceptó la candidatura a la presidencia para ejercer un tercer mandato, hizo una velada alusión a su estado de salud al decir que:

*«Para mí es un tremendo sacrificio porque los años no pasan en vano y porque entiendo que ya este gobierno, que el 25 de mayo inició su tarea, lo estaba haciendo en forma perfectamente normal y natural y que en estos cuarenta y cinco días se han hecho cosas en el país que están a la vista de todos y que calificarían a cualquier gobierno como de excelente ejecución»<sup>88</sup>.*

El discurso de Cámpora al pueblo argentino para hacer pública su renuncia a la presidencia definirá una vez más su concepto de lealtad:

*«Está próximo un acontecimiento a cuyo servicio he puesto la conducta y la lealtad incuestionable de toda mi vida: el reencuentro del general Perón con su pueblo en el ejercicio pleno, real y formal de su indiscutible conducción»<sup>89</sup>.*

Perón le dedicará todo su reconocimiento al desprendimiento de Cámpora y su vicepresidente, Vicente Solano Lima, señalándolo como:

*«El hecho histórico (...) que hoy conforma ese gesto extraordinario de dos extraordinarios ciudadanos argentinos que han dado al país el ejemplo más preclaro y honroso que un ciudadano puede dar a un país»<sup>90</sup>.*

La historia argentina, y la historia del peronismo en particu-

---

88 Juan Pablo Csipka *«Los 49 días de Cámpora. Crónica de una primavera rota»* Editorial *Sudamericana*, Colección *Ensayo*. Buenos Aires, 2013, 424 páginas.

89 Juan Pablo Csipka. *Ibidem*.

90 Juan Pablo Csipka. *Ibidem*.

lar, registran una situación semejante a la que viviera Cámpora en julio de 1973.

En agosto de 1951, Evita, al igual que Cámpora, debió enfrentar una encrucijada de hierro. Se acercaban las elecciones del 11 de noviembre de 1951. La CGT, encabezada por su secretario general, José Espejo, convocó a un acto en el que, según se afirma, más de un millón de peronistas se dieron cita frente al Ministerio de Obras Públicas. El acto tenía por objetivo hacer una demostración de fuerza para que Evita aceptara la candidatura a la vicepresidencia de la Nación.

El ejército le había hecho saber a Perón que se oponía a esa candidatura y Eva tenía el convencimiento de que si el ejército lograba imponer su veto, la conspiración contra el gobierno popular habría dado un paso trascendente. Sin embargo, y pese a sus intentos para convencerlo, el General no creyó oportuno que ella integrara la fórmula presidencial del peronismo. Consider  que la correlación de fuerzas, que en ese momento le resultaba favorable, podía alterarse y dar lugar a una situación de alta inestabilidad política para su gobierno, pues estaba al tanto de que muchos de sus camaradas, incluso algunos de los que lo apoyaran al comienzo de su primer gobierno, ya estaban conspirando para derrocarlo mediante la concreción de un golpe militar.

La oligarquía y sus aliados se organizaban desde hacía meses para oponerse a los cambios radicales que alentaba la esposa del General. La voz de Evita exigiendo profundizar las transformaciones económicas y sociales era muy poderosa, al punto que, a juicio del establishment, resultaba mucho más peligrosa que la del propio Perón y, al mismo tiempo, si ella hubiera accedido a la vicepresidencia, el poder del sindicalismo se habría incrementado más allá de lo que los mismos sectores más conservadores del Movimiento estaban dispuestos a aceptar.

En esa movilización, que se conoce con el nombre de «Cabildo abierto del Peronismo», una y otra vez Evita intent  que los trabajadores aceptaran su renuncia a la candidatura.

La emoción agitaba los corazones de los descamisados cuando la escucharon decir con la voz quebrada por la emoción: *«Compañeros yo no renuncio a mi puesto de lucha. Renuncio a los honores»*. La insistencia de los trabajadores se renovaba en medio de los cánticos y vivas. Las masas peronistas no aceptaban que ella declinara integrar la fórmula presidencial. La asamblea popular se prolongó hasta la llegada de la noche, cuando miles de antorchas

comenzaron a encenderse, hasta que, finalmente, se disolvió ante el pedido de Evita de un plazo de al menos dos horas para tomar la decisión definitiva.

Esta asamblea sólo se compara con la del 17 de octubre del cuarenta y cinco. En aquella noche, casi seis años antes, el pueblo había triunfado y con su triunfo comenzaron los años de felicidad. La noche del renunciamiento, Evita se debatía entre la lealtad al líder que es su esposo y la lealtad que les debía a sus descamisados a los que nunca ni por un instante los ha abandonado, e intentó conformarlos diciéndoles:

*«Yo siempre haré lo que diga el pueblo; pero yo les digo a los compañeros trabajadores que así como hace cinco años dije que prefería ser Evita antes de ser la esposa del presidente, si ese Evita era dicho para calmar algún dolor en algún hogar de mi patria, hoy digo que prefiero ser Evita, porque siendo Evita yo sé que siempre me llevarán muy dentro de su corazón».*

Los trabajadores que reconocen en ella a la más formidable luchadora en defensa de sus intereses se niegan una vez más a aceptar su renuncia. Ante ello Evita les dice *«Compañeros yo haré lo que el pueblo quiera»*, promesa que, bien lo sabe, nunca llegará a cumplir. En ese momento, crucial para la historia del peronismo, Evita mantiene las dos lealtades, pues acata las directivas de Perón y sigue luchando a favor de los trabajadores hasta el último día de su vida. Ese y no otro es el sentido de su frase, *«no me hagan hacer lo que nunca quise hacer»*, ya que un liderazgo como el que ejercía Perón, requería centralidad en el ejercicio del poder y la carismática figura de Evita ocupando la vicepresidencia, hubiera erosionado esa centralidad. Por eso, ella elige privilegiar la lealtad a Perón y declinar la candidatura que le ofrecen los trabajadores.

En las imágenes de los noticieros que registraron las escenas conmovedoras de Evita dialogando con su pueblo se puede apreciar la presencia de Cámpora que se encontraba situado muy cerca de ella.

Ya se han cumplido más de seis décadas desde el día de su muerte y el cariño del pueblo argentino hacia la figura de Evita, especialmente el de los trabajadores, se mantiene intacto e incluso se ha ido renovando con el tiempo, agigantando su imagen y acrecentando el mito de que, si ella hubiera vivido, el golpe del '55 no habría sido posible.

Cámpora siempre se sintió comprometido con el accionar de Perón y de Evita en pro de salvaguardar los intereses populares. La cercanía política y afectiva con Evita inciden en la formación y desarrollo de su personalidad política, la admira por su pasión y su entrega para defender a los más pobres y necesitados. Al mismo tiempo, ella era la expresión más radicalizada del Movimiento y, contra viento y marea exigía con vehemencia la profundización de las políticas gubernamentales que tendían a institucionalizar los cambios sociales, la inclusión y las mejoras en la calidad de vida de los argentinos más desposeídos.

Por eso no sorprende que, dos décadas después, Cámpora se lance a concretar el retorno de Perón a la patria y lo haga convocando a los trabajadores, a la juventud y a los nuevos sectores sociales que atrae el movimiento, con discursos muy duros encarnando, al igual que Evita, la posición más radicalizada y combativa del peronismo, lo que le vale el reconocimiento y el acompañamiento de las juventudes peronistas.

Cuando Cámpora se compromete a ser el último delegado del general Perón, asegurando que ya no será necesario nombrar a otro pues afirma que ha de crear las condiciones para que Perón pueda regresar al país, está generando una expectativa que se verá plenamente satisfecha el 17 de noviembre de 1972, cuando Perón aterriza en Ezeiza poniendo fin a casi dieciocho años de exilio. Ese día se reafirma el símbolo de la lealtad de Cámpora.

Ese día también se renueva la lealtad peronista que, si en octubre de 1945 tuvo como actor protagónico a los trabajadores, el 17 de noviembre de 1972 tendrá como protagonista a la «*juventud maravillosa*» que verá en Cámpora; quien para ese entonces ya era el Tío Cámpora; la imagen del único dirigente peronista que no sólo prometió sino que hizo realidad el compromiso de traer a Perón.

Ese acto por el cual se profundiza la lealtad de Cámpora será revalorizado muchos años después, cuando se declare al 17 de noviembre como «Día del militante peronista», reconociendo que sólo la larga lucha del peronismo militante doblegó la resistencia de las fuerzas conservadoras y oligárquicas que se opusieron a sangre y fuego a que Perón volviera a la Argentina para conducir los destinos del país.

Cámpora interpreta la lealtad como una instancia de lucha que da sustento a la resistencia peronista, al punto de convertirla

en la razón principal por la cual los regímenes que se sucedieron desde el '55 nunca pudieron lograr la disgregación del peronismo y ni su subordinación a los intereses del establishment.

Así lo afirmará en su discurso del 2 de junio en el congreso de la CGT:

*«Las maniobras del régimen se estrellaron contra una muralla de lealtad. Esa muralla está de pie, incólume. Acaba de imponer su victoria en las urnas y en las calles sobre un régimen que se bate en retirada»<sup>91</sup>.*

Haciendo un repaso por nuestra historia, Cárpora asigna a la lealtad un valor político trascendente, afirmando que así como ha servido como un instrumento de lucha y resistencia, erigido como una muralla contra los embates del enemigo, la lealtad también sirvió a la causa de la independencia: *«La lealtad siguió a San Martín y ganó las guerras de la Independencia Americana»* y volverá a servir para *«llevar por primera vez a las mayorías al poder»*.

Cárpora, como hemos visto, hizo un culto de la lealtad política hacia el líder. Esta lealtad nació en el mismo momento en que lo conoció, durante una visita que el entonces coronel Perón realizara a San Andrés de Giles y fue renovada ante el lecho de muerte de Evita, quien no se equivocaba al pedirle al General que siempre mantuviera a Cárpora cerca de él porque era un hombre leal.

Esa lealtad fue puesta a prueba numerosas veces desde el 25 de mayo hasta la muerte del General, pero, sin embargo, la convicción y la coherencia personal y política de Cárpora le permitieron resistir con entereza y energía todos los embates de la derecha peronista y de las fuerzas conservadoras de la sociedad que fogueaban el enfrentamiento con Perón, para poder presentarlo como traidor al líder del Movimiento.

Por otra parte, al calor de la lucha contra la dictadura lanussista había surgido otra lealtad, plasmada en las banderas que levantaban los sectores más combativos del Movimiento hegemónicos por la Juventud Peronista, y que se manifestaba en la consigna que impulsaba la construcción del socialismo nacional, que el mismo Perón avalara durante su exilio en Madrid, al punto de utilizarla en innumerables mensajes como parte de lo que denominaba la «actualización doctrinaria».

---

91 Juan Pablo Csipka *Ibidem*. Pág. 86.

Cuando el antagonismo entre los sectores del peronismo progresista y combativo y la ortodoxia peronista de derecha y el sindicalismo, controlado por una burocracia pactista y violenta, se hizo insoportable y estalló en Ezeiza, Cámpora recibió fuertes presiones para que rompiera con la juventud, pero el Tío logró resistirlas, sosteniendo esa lealtad con la misma firmeza con que mantenía la lealtad a Perón.

Esa nueva lealtad no expresaba sino la lealtad a su trayectoria y a su propia identidad, aunque enriquecida con los nuevos valores que habían surgido durante la campaña del *Luche y Vuelve*. Así, Cámpora se había convertido en el puente entre la nueva expresión del peronismo y la más tradicional del Movimiento, sintetizando en su figura el vínculo existente entre los sectores más combativos y el ya lejano 17 de octubre y los dos primeros gobiernos peronistas.

Uno de los representantes más lúcidos de la «*juventud maravillosa*» fue el Capi Roberto Vidaña, un cordobés, compañero de militancia, con el que supe compartir luchas, alegrías, movilizaciones y largas conversaciones.

A Roberto Vidaña, como diputado de la Nación por la provincia de Córdoba, le correspondió ser el último orador de la Asamblea Legislativa reunida para tratar la renuncia del presidente Héctor J. Cámpora y del vicepresidente Vicente Solano Lima.

En esa ocasión Vidaña expresó:

*«El embate del imperialismo, el embate de la CIA, el embate de todos los grupos cipayos vendidos, lacayos del imperialismo ha atacado el proceso de liberación latinoamericano, generado y conducido por el líder no sólo argentino sino de Latinoamérica, general Juan Domingo Perón».*

*«(...) En nombre de la juventud, e incluso asumiendo en este momento la representación de todas las juventudes argentinas y también del contexto del Frente de Liberación en el cual el general Perón ha decidido enmarcar todo este proceso, acentuamos solamente dos aspectos: primero, la conducción del General, que exige en estos momentos la unidad de todos los sectores populares, la unidad de todo el Movimiento y de todo el pueblo argentino detrás de nuestro general; segundo, el renunciamiento del compañero Cámpora, que ha sido la mayor lección histórica que hemos aprendido en estos tiempos, la lealtad insobornable del compañero Cámpora; una lealtad*

que retoma y también sintetiza la mística del Movimiento Peronista.

» (...) la lealtad del compañero Campora merece la adhesi3n de la Juventud Peronista, que hago extensiva para todo el Frente Justicialista de Liberaci3n»<sup>92</sup>

En las palabras del Capi Vidaña puede observarse c3mo la 3pica militante de la juventud remite a la antigua mística del peronismo, 3sa que fue capaz de transformar a la Argentina, pero que tambi3n fue capaz de resistir cuando el golpe del '55 lo desaloj3 del gobierno, fundamentando esa resistencia desde la lealtad a su Movimiento y a su l3der.

Esa lealtad, que a lo largo de la historia del Movimiento fue tantas veces traicionada por dirigentes que pretend3an liderar un «peronismo sin Per3n»; lo que, en otros t3rminos, significaba domesticar al peronismo, volverlo funcional al poder establecido e integrarlo al esquema pol3tico instaurado por la «Revoluci3n Libertadora» y continuado por los d3biles gobiernos de principios de los '60, por la dictadura del onganiato y llevado a su expresi3n mas sutil en el intento lanussista del Gran Acuerdo Nacional; se personificaba en un grado superlativo en la lealtad de Campora, que no hab3a claudicado a lo largo de su trayectoria militante, ni lo har3a en el '72, cuando la derecha partidaria y los principales dirigentes sindicales lo cuestionaban por su cercan3a con los j3venes que hab3an luchado y derramado su sangre por el retorno de Per3n a la Argentina.

As3, la lealtad de Campora ten3a toda la connotaci3n que a trav3s de d3cadas le hab3a dado el peronismo, pero a la que agregaba un valor propio, que lo identificaba con los contenidos pol3ticos progresistas que incorporaran los j3venes durante la campaa del *Luche y Vuelve*, expresando la mística de la juventud pero sin desdibujar la hist3rica lealtad a Per3n, consagrada por la liturgia peronista y reclamada por la propia Evita.

Cuando en su renuncia Campora reitera su lealtad a Per3n, tambi3n expresa estos nuevos valores, surgidos al calor de las luchas libradas durante los 3ltimos aos y en los que 3l ha participado como el protagonista mas relevante despu3s del general Per3n, quien lo reconoce personalmente, tal como lo menciona Dardo Cabo en un art3culo que escribiera para la revista *El Des-camisado*:

---

92 Juan Pablo Csipka. *Ib3dem* Pag. 389-390.



*«Dos veces en treinta años habló (Perón) para todo el Movimiento señalando la conducta peronista de un compañero. Una fue el día que entregó a Evita la Medalla de la lealtad en reconocimiento por el renunciamiento del 22 de agosto. La otra ha sido ahora para señalar en Cápóra una conducta leal y peronista como para ser reconocida por el Jefe del Movimiento»<sup>93</sup>.*

Quisiera concluir estas reflexiones sobre las dos Lealtades de Cápóra diciendo que en la lealtad de Cápóra no sólo están presentes el 17 de octubre de 1945, el nacimiento del liderazgo de Perón cuando los trabajadores imponen su presencia en los balcones de la Casa Rosada, los diez años de gobierno popular y la resistencia peronista, sino también el *Luche y Vuelve*, la lucha inlaudicable de la «*juventud maravillosa*», el regreso del 17 de noviembre, el triunfo del 11 de marzo, el gobierno popular del 25 de mayo, la actualización doctrinaria prometida por Perón, la pertenencia al Movimiento de los Países No Alineados y la ruptura del bloqueo a Cuba, un nuevo camino que se abrió cuando las masas reunidas en Plaza de Mayo el día en que Cápóra asumió la presidencia, festejaron coreando aquella consigna que, aún a la distancia, todavía estremece y emociona: «*Chile, Cuba, el pueblo te saluda*» y que expresaba de manera fehaciente que la Argentina se reincorporaba a la lucha de todos los pueblos de nuestra Patria Grande.

### *23 de noviembre de 2015*

Posiblemente uno de los valores más importantes alcanzados por nuestro país en lo que va del siglo *xxi* sea la afirmación de esta democracia que, por primera vez en nuestra historia, está a punto de cumplir cuarenta años ininterrumpidos de existencia, lo que expresa un avance y una madurez política que nos aleja, y ojalá sea de manera definitiva, de aquella Argentina de los setenta, que terminó sumergida en la violencia política y arrasada por el terrorismo de Estado.

*«El proceso de transformación iniciado el 25 de mayo de 2003 se ha realizado sin violencia, en libertad y con el funcionamiento pleno de las instituciones de la República.»*

---

93 Citado por Miguel Bonasso. *Ibíd.* Pág. 588.

*Debemos valorar esta convivencia pacífica en la democracia que tenemos, que a la luz de nuestra historia, es un tesoro que entre todos los argentinos debemos cuidar.*

*Jamás olvidemos que cada vez que se violentó la democracia, la República se extravió; se violaron los derechos humanos; se perdieron las principales conquistas sociales instauradas a través de décadas de lucha y se perdió lo más importante: la libertad»<sup>94</sup>.*

Estas últimas reflexiones las escribo a poco de conocer el resultado del balotaje del 22 de noviembre de 2015 que, debo señalar, no ha sido el que yo esperaba escuchar.

Voté junto a la mitad del país en pos de la consolidación de una Argentina más justa, más solidaria, más inclusiva. voté por mantener el rumbo de la soberanía política expresada en la autodeterminación financiera, energética, tecnológica. voté por una Argentina en la que todos los argentinos pudiéramos realizarlos.

Cincuenta años de militancia me han llevado por un camino en el que pude saborear muchas victorias políticas que me llenaron de felicidad y de esperanza, pero donde también experimenté la amarga sensación de las derrotas, mucho más trágicas que la que hoy vivimos; derrotas que no sólo me causaron una enorme tristeza, sino que, en lo personal, trajeron aparejadas las persecuciones y el exilio y, más grave aún, que significaron la muerte de cientos de amigos y de miles de compañeros.

Así, a lo largo de la vida, he aprendido a comprender la importancia del tiempo, de la paciencia y, finalmente, de la tolerancia hacia quienes piensan distinto que uno, aunque esa aceptación no significa, de ninguna manera, bajar los brazos y renunciar a seguir luchando por el triunfo de los propios ideales.

Permítanme citar ahora a José Saramago, premio nobel de literatura 1998, con la advertencia de que sus palabras valen para los triunfadores de todos los tiempos, los de ayer, los de hoy, los de mañana.

---

94 Francisco F. Yofre: «Cuarenta años después». En «Córdoba 1973. Escritos para Ricardo Obregón Cano», Publicación realizada por la Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba, 2013, en homenaje al ex gobernador constitucional de nuestra provincia.

Dice Saramago:

*«Yo no quiero un mundo sólo de triunfadores. Ni las derrotas ni las victorias son definitivas. Eso les da una esperanza a los derrotados y debería darles una lección de humildad a los victoriosos».*

Finalmente, quisiera decir que escribí este libro mirando hacia el pasado pero, sobre todo, pensando en el futuro, pensando en los jóvenes, y con el ánimo de dar a conocer mi experiencia personal a las nuevas generaciones, y para que, en lo posible, sirva como un aporte de primera mano para ayudarlos a conocer mejor los acontecimientos que nos tocó vivir en las décadas de los '60 y los '70.

Este libro representa una mirada política sobre nuestra Argentina de aquellos años y pretende contribuir a facilitar la interpretación de una época compleja, en un contexto internacional signado por la pugna entre dos superpotencias, los Estados Unidos y la Unión Soviética, que durante casi siete lustros influyó en el curso de la historia mundial, manifestándose a través de conflictos parciales e indirectos y determinando el devenir de los países que se encontraban incluidos en sus respectivas órbitas.

América Latina, considerada desde siempre como el «patio trasero» de los estados Unidos, no pudo sustraerse a las políticas dictadas desde el Norte y ejecutadas por sus aliados locales, y así, tanto la Argentina como el resto de los países del subcontinente, no estuvieron ajenos a los conflictos de la Guerra Fría y, durante los '60 y los '70, atravesaron un período caracterizado por la instauración de dictaduras cívico militares que cercenaron todas las libertades democráticas y prohibieron las expresiones políticas, conculcando los más elementales derechos de los ciudadanos y sometiénolos al imperio de la violencia ejercida de manera despiadada desde el aparato del Estado.

A diferencia de lo que sucedía en otros países del cono sur, en la Argentina, donde la experiencia nacional y popular del peronismo había contribuido a que los trabajadores desarrollaran una fuerte conciencia de sus propios derechos y reivindicaciones, la opresión de la dictadura militar contribuyó a crear un movimiento de resistencia que se iría extendiendo a amplios sectores de la sociedad y acabaría por desalojar al gobierno de la «Revolución Argentina».

Fue así que en esas décadas, como ocurriera otras veces a lo largo de nuestra historia, la Argentina se vio envuelta en una confrontación, marcada una vez más por la violencia política, por hacer prevalecer alguno de los dos proyectos político-económicos que, ya desde la época de la independencia, habían venido pugnando por imponerse: un país dueño de su destino, de signo nacional, federal y popular, o un país sometido a los designios del poder del imperialismo de turno; en este caso el de Estados Unidos; y sus tradicionales aliados locales, la oligarquía agrícola ganadera, la banca y los monopolios comerciales e industriales, tanto los de origen local como los ligados a los capitales internacionales, que, como siempre, favorecen la concentración de la riqueza y la desigual distribución del producto bruto nacional.

En esta confrontación, los que optamos por comprometernos con la construcción de un país soberano y una sociedad más justa, libre y equitativa, cometimos errores que no deberían repetirse. En este sentido es preciso instrumentar la conformación de un amplio frente que nuclea a los diversos sectores que, aún con diferentes matices, sostienen un mismo modelo de país, desterrando de nuestra práctica política la soberbia que siempre conduce a la intolerancia y con ella al aislamiento y, en el peor de los casos, a la violencia política que ya ha causado tantos sufrimientos a nuestro pueblo.

Por ende, debemos dejar de lado la tentación, en la que cayeron casi todos los grupos armados y políticos que operaron en aquella época, de aspirar a convertirnos en una suerte de «vanguardia revolucionaria», imbuida por el autoconvencimiento de que su destino es trazar el camino que han de seguir los trabajadores y el campo popular pues, por lo general, esa postura acaba derivando en una irremediable separación de la realidad y en una errónea, y por lo general idealista, evaluación del verdadero nivel de conciencia alcanzado por el movimiento obrero y sus aliados, lo que lleva al consiguiente alejamiento de las luchas populares.

Otra de las consecuencias de esta posición es una lectura, casi siempre interesada y optimista, de las maneras en que la represión y las derrotas sufridas en los conflictos promovidos por alcanzar reivindicaciones sectoriales, impactan en el ánimo de las masas, lo que implica ignorar que la práctica política y las tácticas militaristas de las pretendidas vanguardias, también acaban por ponerlas en conflicto con el movimiento obrero, ya

que por lo general, los trabajadores son los primeros en sufrir las consecuencias del accionar de aquéllas.

En este sentido resulta muy ilustrativo un párrafo del libro de conversaciones entre Juan Pablo Feinmann y Horacio González<sup>95</sup>, en el que, refiriéndose a las «vanguardias» de los '70, Feinmann dice:

*«Se hubieran dado cuenta de que era un momento de reflujo, si la masa encara una actitud de reflujo, bueno, ahí cuando la masa hace eso, la vanguardia queda sola. Entonces hay que discutir la vanguardia, si puede existir una vanguardia (...)».*

Para concluir con el tema, podríamos agregar que el voluntarismo en la percepción de la realidad, unido a la arrogancia en la construcción política, así como la obsesión sectaria por alcanzar la hegemonía, pueden llegar a ser los peores enemigos de la causa del pueblo, como ya quedó demostrado en aquella etapa histórica de la Argentina; lo que de ninguna manera quiere decir que haya que dejar todo el proceso de resistencia librado al espontaneísmo de las masas desorganizadas, ni que se pueda prescindir de una conducción política que, sin apartarse de los movimientos populares e interpretando su grado de protagonismo y desarrollo, defina claramente la estrategia a seguir, empleando todos los mecanismos democráticos que estén a su alcance, y contribuyendo a encauzar la protesta y el descontento hacia el logro de los objetivos que sean factibles de alcanzar en cada etapa.

Pero, por otra parte, aquellos años de los '60 y los '70 también dejaron expuesto ante la historia el nivel de decisión y voluntad política que posee nuestro pueblo para luchar por sus derechos políticos, económicos y sociales. Esa época, además, sirvió para dar testimonio de que cuando los jóvenes se deciden a movilizarse y a comprometerse con los destinos del país son capaces de contribuir de manera decisiva a la causa de los sectores populares, y también de que éstos supieron reconocerlo haciendo suyas esas dos palabras con las que el general Perón sintetizó su propia gratitud hacia quienes tanto hicieron por su regreso al país y por el restablecimiento de la democracia, calificándolos como una «juventud maravillosa», palabras que, desde que las pronunciará, me vienen acompañando en mi memoria y me acompañarán para siempre a lo largo de mi lucha política.

---

95 José Pablo Feinmann y Horacio González. *«Historia y Pasión, la voluntad de pensarlo todo»*. (pág. 184). Editorial Planeta Argentina, Colección [Espejo de la Argentina](#), Buenos Aires, 2013, 424 páginas.

## **ANEXO DOCUMENTAL**



- 1.- Reportaje a F. F. Yofre, delegado de la JTP regional Córdoba.  
«*Por qué apoyamos a la Lista Marrón del SMATA*», publicado en *El Peronista*.
- 2.- «*Carta abierta a los argentinos*».
- 3.- «*Estimado Compañero*». Carta inédita de Héctor J. Cámpora.
- 3.- Carta de Mario Cámpora sobre la guerra de Malvinas.
- 4.- Carta manuscrita de Nilda Garré.
- 5.- Carta de Leónidas Rodríguez Figueroa, presidente del PSR.
- 6.- Carta de F.F. Yofre sobre «La figura de Cámpora». Diario *Uno más Uno*.
- 7.- «*Los argentinos y el 25 de mayo*». Solicitada.
- 8.- Solicitada en el aniversario de la muerte del general Perón.
- 9.- Solicitada en el aniversario de la muerte de Eva Perón.
- 10.- Solicitada sobre la guerra de Malvinas en diario *Uno más Uno*.
- 11.- Acuerdo reunión del 31 de marzo de 1980.
- 12.- Acta de la reunión del 2 de junio de 1980.
- 13.- Acta manuscrita de la reunión del 19 de agosto de 1980.
- 14.- Exposición de H.J. Cámpora en la reunión de Quito.
- 15.- Extracto de «*Montoneros. Final de cuentas*», de Juan Gasparini.  
«La última cena de Mario Firmenich en Buenos Aires».
- 16.- Extracto de «*México: el exilio que hemos vivido*» de Jorge Bernetti y Mempo Giardinelli.
- 17.- Artículo informando sobre el viaje a México de H.Cámpora para asistir al sepelio del ex presidente.





**Reunión constitutiva**  
**«Asociación Latinoamericana para la Defensa**  
**de los Derechos Humanos»**

Quito, 11 al 13 de agosto de 1980

Exposición del ex presidente de la República Argentina

Dr. Héctor Cámpora

Quito, 11 de agosto de 1980

Señoras y señores:

Con relación al programa de esta reunión, he de referirme en primer término al tema de la relación entre la democracia y los derechos humanos.

Creemos que el ejercicio de la democracia y la violación de los derechos humanos son básicamente incompatibles.

La democracia no tiene vigencia donde se violan los derechos fundamentales del hombre, así como tampoco puede beberse agua fresca en el infierno.

El respeto de los derechos humanos coexiste con la democracia, así como su violación coexiste casi siempre con los regímenes dictatoriales. Esta relación estrecha entre democracia y derechos humanos, es la que me impulsa a formular algunas reflexiones sobre los tropiezos que experimenta la democracia en mi país, la República Argentina.

La no vigencia de la democracia constituye una contradictoria singularidad porque, invariablemente, cuando un golpe militar depone un gobierno constitucional, sus autores declaran, antes que ninguna otra cosa, que su alto objetivo es colocar al país en condiciones de acceder a una democracia mejor, que sea más estable, más eficiente, más moderna.

En mi país, curiosamente, el poder militar interrumpe la vida democrática, para preparar al pueblo en el ejercicio de las instituciones democráticas cuyo funcionamiento prohíbe.

Las Fuerzas Armadas en el poder afirman, que la vida política argentina ha estado oscilando, en las últimas décadas, en una danza pendular entre gobiernos civiles débiles y gobiernos militares fuertes.

Pero esto no es cierto. La verdad es que la democracia no se instala, no se afirma en la Argentina, porque no se la practica, porque su ejercicio, que es el ejercicio de la razón y de la persuasión, es interrumpido por el ejercicio de la fuerza.

En nuestra opinión, la única manera en que un pueblo se prepara para la democracia es practicándola. ¿Pero cómo podrá funcionar la democracia si reiteradamente y por largos años, se proscriben a los partidos políticos, se suspenden los derechos electorales, se persigue a los políticos, se conculcan las normas constitucionales, son derrocados los gobiernos de derecho, y el pueblo, único protagonista legítimo de la democracia, es privado de derechos y libertades? ¿Cuántas veces, por cuántos años y con qué fines ocurrió todo esto en los últimos tiempos?

Esos interrogantes tienen respuesta clara y conocida. Ciertamente que la tienen en las medidas, en las políticas, en las decisiones, en las doctrinas que han sido tomadas o enunciadas por los gobiernos de fuerza.

Medidas dirigidas, en primer término, a que el ingreso y la riqueza nacional atiendan al egoísmo de la oligarquía, perjudicándose el salario de los trabajadores y los recursos de la clase media. Medidas que, además de injustas, no son económicamente eficaces pues el país pierde su industria, la riqueza agropecuaria es manipulada por los monopolios y el producto nacional no crece.

Políticas que en el campo internacional dan la espalda a la América Latina, para asociar al país a los centros financieros mundiales, ahondando su dependencia externa. Políticas que, en lo social, llevan al desamparo del pueblo por la eliminación de obras sociales y por la declinación de la asistencia del estado en sus deberes respecto del bienestar del pueblo.

Doctrinas de seguridad, cuya ejecución supone tremendas y deshumanizadas medidas represivas, que afectan no sólo a quienes no encuentran más camino que el de la protesta violenta, sino también a toda persona que levante su voz en disenso por la forma en que es usurpada la soberanía popular.

En la década anterior a 1955, las Fuerzas Armadas argentinas fueron custodios de otros intereses. Eran aquellos altos intereses de la Nación por los que las Fuerzas Armadas también hacían vigilia: la legitimidad de los gobiernos elegidos con limpieza, el fortalecimiento de la industria, la soberanía territorial, la justicia social. Pero los gobiernos de fuerza que asumieron el poder en la Argentina en 1955, en 1966 y en 1976 evidencian un gran parecido por sus políticas y hasta por la persistencia con que se repiten ciertos personajes civiles en los cargos públicos.

Yo comprendo, por ejemplo, que los banqueros llamados a

gobernar puedan confundir el interés de los bancos con el interés del pueblo. Pero lo que no se entiende es que esa confusión sea sostenida por quienes comandan a las Fuerzas Armadas, cuyos oficiales provienen del pueblo y son mantenidos por el esfuerzo del pueblo.

Esta es la cuestión básica que sintetiza el drama político argentino de la hora actual. Drama que engendra violencia y que frustra el destino nacional.

Precisamente en esta hora vienen a la memoria las palabras de uno de los padres de la Constitución Argentina.

Juan Bautista Alberdi dijo en 1865:

*«Acabamos de leer en un mensaje que el Ejército Argentino del Paraguay es siempre el ejército de San Martín y Alvear. No lo dudamos un momento. Pero —se preguntaba Alberdi—, ¿es siempre la misma idea por la que combate?»*

*»Es siempre el ejército de San Martín, pero sin San Martín. Es siempre el ejército de Alvear, pero sin Alvear, lo que vale decir sin Chacabuco, sin Maipo, sin Ituzaingó. ¿Y por qué razón? Porque falta la idea que glorificaba esas victorias.*

*»Ah, si las almas grandes de esos ilustres muertos pudiesen dar órdenes a sus modernos soldados, Dios sabe cuál sería la dirección en que apuntaran sus fusiles, para ser fieles a la causa de Ituzaingó y de Maipo».*

Estas palabras de Alberdi adquieren hoy un inmenso valor, porque son un llamado a las Fuerzas Armadas de San Martín, de O'Higgins, de Artigas, y de todos los patriotas americanos de la independencia, para que retomen los principios que les dieron gloria en otros tiempos, y que son los que siempre han sido orgullo de los pueblos de América.

## II

La situación de los derechos humanos en mi país fue objeto de una investigación llevada a cabo en territorio argentino por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos.

Como es conocido, la visita de esta comisión tuvo lugar en respuesta a una invitación que le formuló el gobierno militar, con el objeto de apaciguar a la opinión pública internacional.

Las informaciones que daban cuenta de hechos graves

y violatorios de derechos fundamentales del hombre, como el derecho a la vida, el derecho a la libertad, el derecho a la seguridad, así como las violaciones de sus derechos laborales, políticos y religiosos, habían impresionado hondamente a todo el mundo.

La Comisión Interamericana completó su misión con la adopción de un patético y voluminoso informe, dado a publicidad en abril de este año, y cuya lectura ha entristecido profundamente mi alma.

El informe es bien conocido en distintos medios internacionales, sin embargo, su difusión en mi país es parcial y restringida, y la propia oficina de la OEA en Buenos Aires manifiesta no poseerlo.

El gobierno militar lo ha rechazado, afirmando que carece de objetividad. En cuanto a los medios de información, ya sea por autocensura o censura oficial, no lo comentan.

Cuando circularon las primeras informaciones relativas a la posibilidad de que esta Comisión visitase la Argentina, allá por septiembre de 1978, época en que yo me encontraba asilado, pareció que el gobierno militar se disponía a iniciar una acción de esclarecimiento, y que para ello recurriría a una instancia internacional, cuyo pronunciamiento imparcial habría de disipar los cargos que se le hacían.

Debo decir que en ese entonces pensé que el gobierno militar adoptaba una posición correcta, cuando finalmente solicitó a la Comisión que fuese a la Argentina. Pero posteriormente, y una vez que el informe fue adoptado por la Comisión, el gobierno militar lo rechazó de plano, rebelándose contra la propia instancia a la que había apelado.

La clausura del debate público sobre la investigación llevada a cabo por la Comisión, a pedido de las propias autoridades militares, y cuyo informe conforma muy graves cargos, ha dejado a la sociedad argentina envuelta en una pesada atmósfera de tensiones. Tensiones creadas, tanto por los que reclaman justicia, como exacerbada por aquellos que, desde posiciones de fuerza, evaden el peso de responsabilidades por las que no se quiere responder de manera alguna.

Si este error no se enmienda, la Historia cobrará, de todos modos, su precio.

Teniendo en cuenta que el debate público contribuirá a que la sociedad argentina se alivie de este peso moral, y dado que

el sinceramiento de culpas puede constituir un importante paso para restablecer la paz entre los argentinos, me propongo pedir a este Congreso que adopte una resolución, solicitando:

Primero: al gobierno militar que garantice la circulación del Informe de la comisión Interamericana de derechos Humanos;

Segundo: a los medios de difusión —prensa, radio y televisión— que no silencien ni ignoren este Informe.

Tercero: a los partidos políticos, que se pronuncien sobre el mismo.

### III

Quiero referirme ahora al exilio.

Miles de argentinos han abandonado mi país. La emigración argentina constituye un hecho comprobable en muchos países de América y de Europa. Es una de las emigraciones contemporáneas más numerosas.

Esos países que son refugio para el exilio argentino, pueden estar seguros del reconocimiento de mi pueblo. La Argentina también fue tierra donde todo hombre de buena voluntad, viniese de donde viniere, podía contar con una hospitalidad generosa.

Obreros, operarios, profesionales, religiosos, dirigentes políticos y gremiales, han debido dejar el país, trasladándose familias enteras al extranjero en busca de paz y seguridad, así como de mejores condiciones de vida.

¿Cuál es la capital de América y de Europa que no registra la presencia de cientos de argentinos? ¿A cuántos miles llega la emigración argentina? ¿A cien mil? ¿A quinientos mil? ¿A un millón?

No hay explicación aceptable que haga entender este fenómeno social único. Un país rico y extenso; con una población de calidades americanas excelsas; un pueblo que desde el principio de su historia independiente ofreció lo mejor de sí, para incorporarse a la lucha por la libertad de países hermanos; un territorio bien ubicado para el desarrollo de las potencialidades infinitas del ser humano, que fue creado a imagen y semejanza de Dios.

¿Cómo es posible que tantos argentinos vivan en el extranjero?

Propondré sobre este tema una resolución dirigida a reclamar del gobierno argentino que enuncie claramente que garantiza

condiciones de seguridad a quienes se vieron obligados a abandonar el país, porque han disentido civilmente con políticas autoritarias, o con arbitrarios criterios oficiales de lo que es bueno o es malo para la Nación de los argentinos.

#### IV

Quiero referirme al derecho de asilo.

El asilo como lugar privilegiado de refugio para los perseguidos, es una institución de fines humanitarios y conocida desde la antigüedad.

En América Latina ha sido consagrada por la sanción de varias convenciones internacionales sobre asilo diplomático, político y territorial, con el objetivo de mitigar las consecuencias de la lucha política, cuyas prácticas no reparan, frecuentemente, en el respeto a la vida y a la libertad de los hombres políticos.

Es lamentable que esta institución se vea degradada en la actualidad.

El accionar concertado de organismos de seguridad de distintos países, que eluden los canales que el Derecho Internacional prescribe para obtener la extradición, recurriendo al secuestro liso y llano, afecta el asilo territorial.

Tampoco se respeta el asilo diplomático. He vivido personalmente una dramática experiencia, que se prolongó durante casi cuatro años y que concluyó sólo cuando las autoridades militares se convencieron de que el cáncer que aqueja mi salud, estaba próximo a terminar con mi vida.

Sólo entonces me concedieron el salvoconducto de salida para dirigirme a México, país que amo profundamente y de cuyo presidente, el licenciado López Portillo, he recibido y recibo la consideración que su país tradicionalmente da, con gran generosidad, a quienes buscan refugio en su seno.

México, país abierto a quienes padecen persecución, tiene mi reconocimiento y mi homenaje más emocionado.

Es censurable la falta de hidalguía de los gobiernos que no reconocen el beneficio del asilo. Aquellos perseguidos políticos que logran acogerse al amparo del asilo, juegan su suerte con fortuna, y la nobleza debiera obligar a sus perseguidores, si se tienen por caballeros, a respetar las reglas del asilo.

El gobierno militar argentino se niega a reconocer el asilo diplomático. Lo afirmo no sólo como político, sino también como

padre. Mi propio hijo, sin acusación alguna, espera desde hace cuatro años que se le otorgue un salvoconducto.

La Junta Militar está obligada, por la Convención sobre Asilo Diplomático de Caracas de 1954. Pese a ello, no permite la salida de los asilados en la embajada de México.

Este tipo de situación ha creado, en los medios diplomáticos de América Latina, una notoria indisposición a otorgar asilo, ante la eventualidad cierta de que se niegue el salvoconducto de salida, y se creen luego situaciones generadoras de todo tipo de problemas, por la permanencia indefinida de los asilados en las residencias diplomáticas.

Me permito entonces, en razón de lo dicho, someter a consideración de este Congreso el estudio de un pronunciamiento que renueve la vigencia de la institución del asilo.

Nada más. Muchas gracias.





## **Fotografías**



1.- 29 de mayo de 1969. «Nené» Medina de Peña marchando con los brazos abiertos junto al trabajador que encabeza la columna de manifestantes, mientras se sostiene en sus manos la banadera argentina. Ese día Córdoba se rebela contra la dictadura de Onganía. Ha nacido el Cordobazo. CDA - Archivo Fílmico - UNC. Canal 10.

1a.- Noviembre de 1972. Juan Domingo Perón, María Estela Martínez de Perón despiden en la puerta de su casa de Gaspar Campos a Héctor J. Cámpora en la época que éste era su delegado personal.

2.- 25 de mayo de 1973. Héctor J. Cámpora asumiendo la presidencia de la Nación en el Salón Blanco de la Casa Rosada. Un joven Esteban Righi levanta la mano haciendo la «V» de la victoria, y cientos de manos responden con el mismo gesto, como un símbolo de la esperanza que embargaba a todos los presentes frente al advenimiento de un tiempo de liberación.

3.- 9 de mayo de 1975. Telegrama de Carlos Heredia anunciando el nacimiento de Pablo Yofre, mientras los Yofre se encontraban en la clandestinidad.

4.- Los primos hermanos reunidos en la casa de campo de Villa Warcalde para festejar el cumpleaños de la abuela Dalmira Pizarro de Yofre.

4.- Diciembre de 1976 en los jardines de Xochimilco. De izquierda a derecha: Rafael Roncagliolo, F. F. Yofre, Susana F. de Yofre, Pablo Yofre y Santiago Roncagliolo.

5.- Enero de 1979. El presidente de México José López Portillo recibe en su residencia de Los Pinos a una delegación de exiliados políticos argentinos.

6.- Nochebuena de 1979 en el departamento de Julio Villar en el Distrito Federal. De izquierda a derecha: Rodolfo Gil, F. F. Yofre, Héctor J. Cámpora y Julio Villar.

7.- Junio de 1980. Héctor J. Cámpora y F. F. Yofre en un *bungalow* en Cuernavaca, en la época en que el ex presidente parecía haber recuperado la salud.

8.- Junio de 1980. De izquierda a derecha: Susana F. de Yofre, Héctor J. Cámpora, F. F. Yofre y Raquel Leal de Villar, en Cuer-

navaca.

9.- Octubre de 1980. Héctor J. Cámpora y F. F. Yofre en la casa de Cuernavaca donde cuarenta y cinco días más tarde ha de morir el ex presidente. CDA - Archivo Fílmico - UNC. Canal 10.

10.- Ídem.

11.- Tarjetas de visita de Rodolfo «Rody» Vittar y Guillermo Patricio Kelly.

12.- 20 de diciembre de 1980. El féretro del ex presidente Héctor J. Cámpora, cubierto con una bandera argentina, ingresa al Mausoleo del Ángel, donde será sepultado. En primer plano y a la izquierda Héctor Cámpora (h), y a la derecha Carlos Cámpora y, detrás de éste, F.F. Yofre. Al centro y atrás Susana Ferrucci de Yofre (izq) y María Georgina Cecilia Acevedo Pérez de Cámpora, «Nené».

## **ANEXO II**



(Endnotes)

- 1 **Mario Cámpora.** Sobrino del ex presidente Héctor J. Cámpora, de quien fue uno de los principales asesores, nació en Mendoza en 1930. Embajador de carrera, estudió en la Universidad Nacional de Rosario, y egresó con el título de Doctor en Diplomacia. Entre 1954 y 1975, desempeñó funciones diplomáticas en Ginebra, Washington, La Haya y Nueva Delhi, y en las Direcciones de Organismos Internacionales y de Política y en la Consejería Legal de la Cancillería. Durante la dictadura fue excluido de la carrera diplomática, aunque en 1984 fue reincorporado a la Cancillería por el gobierno de Raúl Alfonsín, y designado al frente de la Misión Especial Argentina para Desarme ante las Naciones Unidas en Ginebra (1985-1989). Presidió la Conferencia de Desarme de las Naciones Unidas en 1985. Fue Secretario de Estado de la Cancillería (1989), y viceministro de Relaciones Exteriores de la República (1989-1990). En mayo de 1990, Carlos Menem lo designó como primer embajador argentino ante el Reino Unido (1990-1994) después de la guerra de Malvinas, y luego fue embajador ante Bélgica y Luxemburgo (1995-1999). Se desempeña en el Consejo Superior de Embajadores de la Cancillería. En 1998 recibió un Diploma al Mérito de los Premios Konex por su trayectoria como diplomático.
- 2 **Nicolás Antonio Casullo** (1944 - 2008) Filósofo y escritor. Profesor titular, director de posgrado e investigador en las Universidades de Buenos Aires y de Quilmes. En 1971 trabajó como periodista en la revista *Nuevo Hombre* y en el diario *La Opinión*, y en 1995 fundó la revista *Pensamiento de los confines*. Durante los gobiernos de H.J. Cámpora y de J.D. Perón fue funcionario en el Departamento de Comunicaciones Sociales del Ministerio de Cultura y Educación de la Argentina. En 1974, amenazado por la Triple A se exilió en Cuba, Venezuela y México, donde fue profesor en la UNAM, y, al mismo tiempo, consultor de la Universidad de París. En 2004 ganó el premio Konex de Ensayo Filo-



sófico. También integró el consejo asesor de la Biblioteca Nacional y fue una de las principales figuras del Espacio Carta Abierta. En su obra se destacan los ensayos «*El debate modernidad-posmodernidad*» (1989); «*Viena del 900, la remoción de lo moderno*» (1990); «*Itinerarios de la modernidad*» (1994); «*París 68, las escrituras, el recuerdo y el olvido*» (1998), donde plasma su experiencia personal en el Mayo francés; «*Sobre la marcha: política y cultura en la Argentina*» (2004); «*Pensar entre épocas*» (2004); «*Las cuestiones*» (2007) y «*Peronismo. Militancia y crítica (1973-2008)*» (2008); y las novelas «*Para hacer el amor en los parques*» (1969), prohibida por el gobierno de Onganía; «*El frutero de los ojos radiantes*» (1984); «*La cátedra*» (2000) y «*Orificio*» (2011). Fue uno de los más importantes pensadores argentinos de las últimas décadas. En 2013, su colega y amigo Ricardo Forster presentó su libro «*Nicolás Casullo, semblanza de un intelectual comprometido*».

- 3 **Jorge Luis Bernetti.** Licenciado en Ciencias Políticas y Administración Pública por la Universidad Nacional Autónoma de México y periodista. Profesor titular de Diseño de la Información Periodística, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y profesor titular de Historia del Periodismo y las Comunicaciones en la Argentina, en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Es autor de «*El peronismo de la victoria*» (Legasa, 1983); «*Peronismo, cultura política y educación (1945-1955)*», en colaboración con Adriana Puiggrós (Galerna, 1993); «*México: el exilio que hemos vivido. Historia del exilio argentino en México (1976-1983)*», con Mempo Giardinelli (UNQ, 2003); «*Latinoamérica: del New Deal a la Revolución Cubana*» (De La Campana, 2003).
- 4 **Miguel Ángel Bustos.** Apodado el Negro, Salvador o Julián, nació en Córdoba en 1946. Era Licenciado en Ciencias Políticas y poeta. Fundador de la Agrupación de Estudios Sociales (AES), en la Universidad Católica de Córdoba en 1967 y del Peronismo de Base cordobés en 1968. Formó parte del «Comando Eva Perón» de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP). Ya integrado en Montoneros, tras las divisiones que tuvieron lugar en el seno de las FAP, actuó primero en Quilmes y luego fue miembro de la Conducción

de la Regional Córdoba, y encargado de Montoneros en La Rioja. Detenido por la dictadura militar, recobró la libertad con la amnistía presidencial del 25 de mayo de 1973. Cayó en combate, en Corrientes, el 8 de octubre de 1975 a la edad de 29 años, cuando iba a «limpiar» la casa de un compañero detenido.

- 5 **Claudio Ehrenfeld.** Nacido en Entre Ríos, era descendiente de los «gauchos judíos» que se instalaron en la zona. Mientras estudiaba Ciencias Económicas, militó en la Agrupación de Estudios Sociales (AES) de la Universidad Católica de Córdoba, siendo uno de sus fundadores. Fue un referente del centro de estudiantes de su Facultad y presidente de la Asociación de Estudiantes de la ucc. Fue detenido durante el Cordobazo. Posteriormente se incorporó a Montoneros y, por diferencias con su conducción, se encuadró en la Columna Sabino Navarro, que cuestionaba el autoritarismo interno y la participación del peronismo en el Gran Acuerdo Nacional. Fue secuestrado-desaparecido en La Plata el 29 de octubre de 1976.
- 6 **Molinas, Alberto José.** Era médico y había nacido en Santa Fe. Estudió en la Universidad Católica de Córdoba, donde fue uno de los fundadores del AES (Agrupación de Estudios Sociales). Miembro de la Conducción Nacional de Montoneros, participó en la toma de La Calera (1970). Murió a los 37 años, en el combate de Villa Luro, el 29 de septiembre del '76, junto a María Victoria Walsh, Ismael Salame, José Beltrán y Eduardo Coronel, cuando es rodeada la casa en la que estaban reunidos. Tras resistir durante varias horas, se pegó un tiro para no caer vivo en manos de los militares. Sus cuatro hermanos también fueron muertos o desaparecidos por la dictadura militar.
- 7 **Cecilio Manuel Salguero.** Nacido en Río Negro, estudió Ciencias Políticas y Sociales en la ucc. Militante del AES, participó en el Cordobazo y el Viborazo y en el grupo de apoyo al comando que Montonero que tomó La Calera. Entre 1971 y 1973 estuvo detenido y fue liberado por la amnistía de H.J.Cámpora. Nuevamente detenido en 1977, pasó por el D<sub>2</sub>, y los centros exterminio del Campo de la Ribera y La Perla, antes de ser trasladado a la Penitenciaría

de San Martín y a otras cárceles del país. Una vez liberado se convirtió en militante del Movimiento de Defensa de los Derechos Humanos y ha sido testigo en la Megacausa La Perla. Es autor de varios libros, entre los que destacan «*Memoria histórica de fin de siglo*», «*La globalización fascista*» y «*El Plan Cóndor en Córdoba y la Argentina*».

- 8 **Ignacio Vélez.** Fue uno de los fundadores de Montoneros, había egresado del Liceo Militar General Paz. En agosto de 1966 participó en la huelga de hambre realizada en la parroquia universitaria de Cristo Obrero, formando parte del Movimiento Universitario Cristo Obrero (MUCO), que después tomaría el nombre de Agrupación Peronista Lealtad y Lucha. El 26 de diciembre de 1969 integró el grupo armado que asaltó la sucursal La Calera del Banco de la Provincia de Córdoba y, al año siguiente, ya bajo la denominación de Montoneros, participó en la toma de la misma localidad, resultando herido en el enfrentamiento ocurrido en una casa de barrio Los Naranjos. Detenido en la Cárcel de Encausados, fue uno de los integrantes del grupo disidente alineado en la Columna Sabino Navarro. Liberado por la amnistía de Cámpora, en 1975 se exilió en México, de donde regresó con el restablecimiento de la democracia. Durante su militancia se caracterizó por ser un sobresaliente orador, cuyos discursos, pronunciados desde las ventanas de la cárcel, concurríamos a escuchar al terminar las manifestaciones.
- 9 **Luis Prol.** Nació en Córdoba en 1945 y murió en Buenos Aires, víctima de un cáncer, en 1996. Tras obtener una Maestría en Economía Política en la Universidad de Bolonia, Italia, se graduó de abogado en la Universidad Católica de Córdoba. Militante del AES, y luego de Montoneros. Defensor de presos políticos, fue detenido el 24 de marzo de 1976, unas horas antes del golpe militar, y estuvo preso siete años en diversas cárceles del país, sobre todo en el penal de Sierra Chica, aunque el régimen negó sistemáticamente tener noticias de su paradero. Ante la certeza de que su único hijo había sido asesinado, su madre decidió suicidarse. Con el retorno de la democracia ocupó diversas Secretarías de Estado bajo el gobierno de Carlos Menem y, entre el 17 de abril y el 10 de diciembre de 1991, ejerció el

cargo de Interventor Federal en la provincia de Catamarca, al ser destituido Ramón Saadi tras la violación y asesinato de María Soledad Morales, lo que se convirtió en un escándalo que conmocionó al país y en el que estuvieron implicados los «hijos del poder» vinculados al gobierno saadista. Su intervención puso fin a un largo período de caudillismo de la familia Saadi que, desde hacía décadas, gobernaba a su arbitrio la provincia del norte.

- 10 **Luis Alberto Manrique.** Nacido en San Juan, estudió en la UCC, donde se recibió de abogado. Militante de los Grupos Independientes en 1970 y del AES desde 1971, fue uno de los impulsores de la ruptura con Montoneros y el alineamiento con las FAP y el Peronismo de Base. Exiliado en España, regresó con el restablecimiento de la democracia y se incorporó al recién fundado Partido Intransigente. En 1987 fue elegido Diputado Nacional por la provincia de San Juan, como candidato de una alianza compuesta por el PI y el Partido Justicialista provincial, y también formó parte, con el cargo de vicepresidente, del comité central del PI, que presidía Oscar Alende.
- 11 **Daniel Geisser.** Nació en Córdoba. Poeta, novelista, traductor y ensayista. En 1970 fue miembro de los Grupos Independientes de la UCC y militó en el AES desde 1971 hasta su disolución, integrando el grupo que criticó las posturas de Montoneros y se vinculó a las FAP y al Peronismo de Base y que acabaría, con otras organizaciones, fundando la OCPO. En 1972 pasó a la UNC, militando en la Facultad de Filosofía y Humanidades y cumpliendo tareas de propaganda y formación de cuadros. Detenido en agosto de 1973, salió en libertad merced a la prórroga de la amnistía dictada por el gobierno camporista. Tras producirse la crisis de las FAP y luego del 1º de mayo del '74, y por disentir con las posiciones militaristas que anteponían la lucha armada al trabajo político, hasta 1975 limitó su militancia al frente universitario. Ha publicado tres libros de poemas; «*Hipogeo n° 34*», «*Cuadros para una exposición y otros poemas del exilio*», «*Cuatro poemas para invocar a Senta*» y una novela, «*Paisaje antes de la gran tormenta*»; con los que obtuvo diversos premios; y poemas y ensayos en revistas y suplementos culturales de diarios de todo el país y del exterior.

- 12 **Ricardo Biazzi.** Córdoba, nacido en San Francisco, es abogado y obtuvo su Especialización en Gestión y Administración Universitaria en las Universidades de Santiago (Chile) y de Quebec (Canadá). Concluyó luego la Maestría en Administración Universitaria en la Universidad del Salvador, donde también obtuvo el título de Doctor en Ciencia Política. Entre 1971 y '73 militó en el AES y una vez recibido, y ante el agravamiento de la situación política en Córdoba, se trasladó a Misiones, donde desde 1974 ejerció la titularidad de diversas cátedras entre ellas Derecho Constitucional en distintas carreras de grado y posgrado de las Facultades de Ciencias Económicas y de Humanidades y Ciencias Sociales de la misma Universidad. Al retornar la democracia fue abogado de las Ligas Agrarias y magistrado provincial, contribuyendo al encarcelamiento de los implicados en el terrorismo de Estado, por lo que sufrió un atentado que le destruyó media casa. Entre 1990 y '94 fue Rector de la Universidad Nacional de Misiones, ministro de Educación de la Nación bajo el interinato de Ramón Puerta y secretario de Educación Pública de la Nación durante el gobierno de Eduardo Duhalde. También, y en 1994, fue Convencional Constituyente por la provincia de Misiones para la reforma constitucional que se realizó ese año.
- 13 **Fabián Ramallo.** Nacido en Misiones, estudió abogacía en la UNC hasta su pase a la UCC. Integrado a los Grupos Independientes, ingresó al AES en 1971. Antes del golpe de Estado volvió a Misiones donde se dedicó al ejercicio de su profesión, llegando a ser Secretario de un juzgado en los tribunales provinciales.
- 14 **Rodolfo José Puiggrós** (Buenos Aires, 1906). Periodista, historiador y político. Fue redactor del diario *Crítica*, y fundador de la revista *Argumentos*, y de los periódicos *Brújula* y *El norte*. Miembro del Partido Comunista, fue expulsado en 1946, cuando se vinculó con el peronismo. Luego del golpe del '55 participó activamente en la Resistencia peronista. En 1956, publicó su obra «*Historia crítica de los partidos políticos en la Argentina*», y ese mismo año, tuvo que exiliarse en México. Durante el gobierno de Cámpora ocupó el rectorado de la Universidad de Buenos Aires. Amenazado de muerte por la Triple A, volvió a exiliarse en México con

su compañera Delia Carnelli, donde integró la conducción del Movimiento Peronista Montonero, y fundó el Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (COSPA), siendo su Secretario General hasta el momento de su muerte, ocurrida en Cuba en 1980. Su hijo Sergio, oficial de Montoneros, murió combatiendo en 1976

- 15 **María Inés Margarita Assales de Renedo.** Estudiante de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales de la ucc. Fue militante del AES y, luego de su ruptura, integró el grupo fundador de la Organización Comunista Poder Obrero. Fue secuestrada y desaparecida el 22 de agosto de 1976 en Capital Federal. En 2009 sus restos fueron identificados por el Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) y exhumados en el cementerio de Avellaneda. Al momento de su muerte tenía veinticuatro años y era madre de una niña.
- 16 **Luis Rodeiro.** Nacido en 1943. Integrante del grupo fundador de Montoneros. En 1970, fue detenido en la pizzería *La Rueda*, en William C. Morris, tras el enfrentamiento armado en el que perdieron la vida Fernando Abal Medina y Gustavo Ramus. En la cárcel, de la que salió beneficiado por la amnistía camporista, formó parte de la Columna Sabino Navarro, que criticaba el creciente militarismo de Montoneros. En 1975 se exilió en México, donde trabajó como periodista en el prestigioso diario *Excelsior*. Ha formado parte del equipo redactor de distintas publicaciones y revistas, como *Puro Pueblo*, *Informe Córdoba* y *La intemperie*, además de haber sido periodista en el diario *Córdoba*. También participó en el programa televisivo *Los ojos del búho* y en distintos programas de Radio Nacional.
- 17 **Julia Angélica Brocca de Herrero.** Licenciada en Ciencias de la Educación, la «Cuca» era bajita y de ojos claros. Fundadora de la Agrupación de Estudios Sociales (AES), y del Peronismo de Base regional Córdoba. Participó en el Cordobazo, y ya como miembro de Montoneros, formó parte del comando que tomó La Calera y en diversas acciones armadas contra la dictadura militar. Intervino en el Viburazo y, luego de vivir un tiempo en Buenos Aires, regresó a Córdoba durante el gobierno de Obregón Cano, y como

militante de la JTP desarrolló una amplia labor de alfabetización en el marco del Plan CREAM (1973-74), que dependía la Dirección Nacional de Educación al Adulto (DINEA), desempeñándose además como delegada de la UEPG en la Dirección de Complementación Educativa. Secuestrada por la dictadura militar de Videla el 28 de marzo de 1976, en su casa de barrio Residencial Vélez Sarsfield, se la vio en los centros clandestinos de Campo de la Ribera y de La Perla, de donde se sabe que fue «trasladada» luego de no más de treinta días de detención. Dejó dos hijos de uno y tres años y al momento de su desaparición tenía veintinueve años de edad.

- 18 **Rodolfo David Ortega Peña.** Nacido en septiembre de 1936, el abogado y diputado nacional por Capital Federal, Ortega Peña fue asesinado por la Triple A, el 31 de julio de 1974, alrededor de las 20:00, en pleno centro de Buenos Aires (Carlos Pellegrini y Arenales), cuando bajaba de un taxi. Tenía 36 años. Su esposa, Elena Villagra, resultó herida pero pudo sobrevivir. Fue velado en la Federación Gráfica Bonaerense, de la que había sido abogado. El cortejo que acompañó sus restos fue atacado por la policía del comisario Villar y muchos de sus participantes detenidos. Durante la dictadura de la «Revolución Argentina», fue abogado de presos políticos y activistas sindicales. Sus posiciones políticas eran muy cercanas a las del Peronismo de Base (PB) y estaba enrolado en la Tendencia Revolucionaria del Peronismo (TRP). Pese a recibir amenazas de muerte no renunció ni aceptó una custodia. También fue historiador, autor de varios libros sobre las montoneras del siglo XIX, y profesor en la Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires (UNPBA) durante la gestión de Rodolfo Puiggrós.
- 19 **Eduardo Luis Duhalde** nació en Buenos Aires en 1939. En la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA conoció a Rodolfo Ortega Peña, y en 1962 se incorporaron a la Resistencia Peronista. En 1964, se convirtieron en defensores de trabajadores despedidos y de presos políticos. En esa época se relacionaron con John William Cooke y con Juan José Hernández Arregui. En el '65 conocieron a Perón y, tras la muerte de Cooke, asumieron la difusión de su concepción del peronismo revolucionario. A partir de

1969 defendieron a presos políticos y en 1972 integraron la comitiva que acompañó el regreso de Perón al país. Desde junio de 1973 codirigieron *Militancia Peronista para la Liberación* y luego de su clausura en marzo de 1974, la revista *De Frente con las bases peronistas*, que corrió la misma suerte. En diciembre del '76 y luego de fundar la Comisión Argentina de Derechos Humanos (CADHU), se exilió en España, desde donde denunció los crímenes de la dictadura y, en 1977, escribió, con Gustavo Roca, el primer libro de denuncia del terrorismo de Estado: «*Argentina. Proceso al genocidio*». Regresó en 1984 para presentar su libro «*El Estado terrorista argentino*», y decidió quedarse en el país. A partir de ese año ejerció la docencia, creó el Instituto de Relaciones Internacionales (IRI), participó de la fundación del diario de las Madres, y del periódico de Familiares de Detenidos y Desaparecidos durante la dictadura (*Denuncia*). En mayo de 2003 asumió como Secretario de Derechos Humanos en el gobierno de Néstor Kirchner y continuó siéndolo durante el 1er y 2do mandato de Cristina Fernández hasta 2012. Desde este último cargo promovió la anulación de las leyes de punto final y de obediencia debida, y la reapertura de los juicios por delitos de lesa humanidad y creó el Archivo Nacional de la Memoria. Además, en 2006, escribió un nuevo prólogo en la reedición del informe *Nunca Más* de la CONADEP, rebatiendo la «Teoría de los dos Demonios», sostenida en el prólogo original escrito por Ernesto Sábato.

- 20 **Luis Acosta.** Contador Público, recibido en la UNC. En 1970 fue nombrado en la Caja de Jubilaciones y Pensiones de las Municipalidades de la provincia de Córdoba. En 1972 pasó a formar parte del recién creado Banco Social, donde se destacó como dirigente gremial, llegando a ser Secretario General de la Junta Interna. En 1973 se incorporó a la JTP bancaria. Era secretario de Nené Peña, que integraba el directorio del banco. Detenido en 1976, fue puesto a disposición del Poder Ejecutivo y liberado en 1979.
- 21 **Eduardo Lucio Renedo.** Nacido en Córdoba, y tras haberse inscripto en Ciencias Políticas en la UCC, se integró al AES en 1971. Fundó la Organización Comunista Poder Obrero (OCPO), que tuvo una destacada actuación en las huelgas de Villa Constitución y en las Coordinadoras de Gremios en



Lucha. Fue secuestrado en Buenos Aires el 19 de marzo de 1976 y aún continúa desaparecido. No hay testimonios de su paso por ningún centro clandestino de detención.

- 22 **Esteban Dómina.** Nació en Las Varillas, Córdoba, en 1952. Licenciado en Administración de empresas por la UNC. Militó en Integralismo y fue uno de sus referentes más notorios. Desde 1987 desempeñó diversos cargos públicos, siendo Senador Provincial por el PJ y vicepresidente de la Cámara de Senadores de la Provincia de Córdoba; ministro de Economía de Santiago del Estero; Diputado Nacional por Córdoba; presidente de la Cámara de Diputados de la Provincia de Córdoba; ministro de Producción y Finanzas de la Provincia de Córdoba; presidente del Banco de Inversión y Comercio Exterior (BICE) durante la presidencia de Néstor Kirchner y candidato a intendente de la Municipalidad de Córdoba en las elecciones de 2015, entre otros. Actualmente se desempeña como Concejal de la ciudad de Córdoba. También fue docente de la Facultad de Ciencias Económicas de la UNC y Directivo de la Federación Argentina de Consejos Profesionales de Ciencias Económicas. Como historiador ha publicado varios libros entre los que destacan: «*De Puño y Letra*» (1998); «*Historia Mínima de Córdoba*» (2003); «*La misteriosa desaparición de Martita Stutz*» (2005); «*Morir en Grande I*» (2006) y II (2009); «*El General Cautivo*» (2012); «*Los Pujadas. De la épica guerrillera al horror*» (2013) y «*Las promesas del general*» (2014).
- 23 **Hugo Miguel Vaca Narvaja** (1917-marzo de 1976). Ex ministro del Interior de Arturo Frondizi, dos veces presidente del Banco de Córdoba y ex ministro de Hacienda y de Gobierno del gobernador Arturo Zanichelli, fue profesor de Derecho de Familia en la Universidad Nacional de Córdoba y profesor del colegio Montserrat; fundador de la Unión Cívica Radical Intransigente y candidato a gobernador de Córdoba por el Movimiento de Integración y Desarrollo en 1963. Estaba casado con mi tía Susana Yofre con quien tuvo doce hijos. Fue secuestrado de su casa de Villa Warcalde el 10 de marzo de 1976.
- 24 La noche del 14 de agosto de 1975, un comando dirigido por Vergez, secuestró de su domicilio a varios integrantes

de la familia Pujadas y, tras fusilarlos, arrojaron los cuerpos a un pozo y los volaron con explosivos. Los muertos fueron el matrimonio integrado por José María Pujadas y Josefa Badell, sus hijos José María y María José, militantes de la Juventud Peronista, y la esposa de José María, quien sobrevivió a la masacre, pero falleció meses después como consecuencia de las heridas recibidas.

- 25 **Nilda Celia Garré.** Nació en Buenos Aires en 1945 y egresó como abogada de la Universidad del Salvador a los 22 años. Su padre, Raúl E. Garré, fue diputado provincial del Partido Justicialista hasta el derrocamiento de Perón. Militante peronista, e identificada con la Tendencia Revolucionaria, fue electa diputada nacional por el FREJULI, cargo que conservó hasta el golpe de Estado de 1976. Durante la dictadura militó como abogada de presos políticos trabajando junto al CELS (Centro de Estudios Legales y Sociales). En 1993, se incorporó al FREPASO, siendo elegida diputada nacional por la Ciudad de Buenos Aires y en 1997, diputada nacional por Capital Federal. Reelegida en 1999, renunció en 2000 para asumir la Secretaría de Asuntos Políticos del Ministerio del Interior. Fue viceministra del Interior hasta marzo de 2001, cuando renunció en repudio las medidas económicas de Ricardo López Murphy. En diciembre del 2001 inició un nuevo mandato como diputada de la Nación, que se extendió hasta el 2005. En junio de 2005, Néstor Kirchner la designó embajadora en Venezuela y en diciembre de ese mismo año asumió como titular del Ministerio de Defensa de la Nación, cargo que detentó hasta diciembre de 2010 cuando fue nombrada ministra de Seguridad. En 2013 fue designada embajadora argentina ante la OEA, y el 10 de diciembre de 2015 asumió como diputada nacional por la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
- 26 **Juan Manuel Abal Medina.** Abogado y periodista, nació en Buenos Aires en 1945. Hermano mayor de Fernando Abal Medina, fundador y jefe de Montoneros, que dirigió el comando que secuestró y dio muerte al general Aramburu por considerarlo responsable, entre otros hechos, de la desaparición del cuerpo de Eva Perón y de los fusilamientos de los militares que, encabezados por el general Valle, se sublevaron en 1956. Juan Manuel cumplió una

destacada actuación política en el Operativo Retorno impulsado por Cámpora en 1972, y en junio de ese año fue designado por el general Perón como Secretario General del Partido Justicialista. En marzo del '74, sufrió el primero de dos atentados contra su vida, llevados a cabo por la Triple A, y en abril de 1976 se asiló en la embajada mexicana. La Junta Militar de Videla lo incluyó en la lista de treinta y tres ciudadanos que fueron privados de sus derechos políticos y de la posibilidad de administrar sus bienes. Después de seis años, durante la guerra de Malvinas, la dictadura le extendió el salvoconducto para salir del país, como una forma de distender las relaciones con México, donde se radicó y estableció un estudio de abogados. En 2007 fue invitado por Néstor Kirchner para unirse al gabinete de Cristina Fernández, aunque declinó el ofrecimiento por razones de salud. Su hijo Juan Manuel fue Jefe de Gabinete entre 2011 y 2013 y actualmente es senador Nacional por el Frente para la Victoria.

- 27 **Humberto Orlando Annone.** Licenciado en Ciencias Políticas y en Diplomacia y profesor universitario en la Escuela de Ciencias de la Comunicación de la UNC y en el Instituto Integral Modelo. Militó en la Agrupación de Estudios Sociales (AES) de la Universidad Católica de Córdoba –de la cual fue uno de sus fundadores– y la Juventud Peronista (JP). Tuvo participación en la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), como así también en la Juventud Universitaria Peronista (JUP) cuando esta última se formó. Fue secuestrado-desaparecido el 8 de enero de 1976 a la edad de 33 años por el Comando Libertadores de América «Cáceres Moñé». Antes de su asesinato, fue visto con vida en el Centro Clandestino de Detención que funcionaba en el Campo de la Ribera.
- 28 **Julio Villar.** (1930-2015). Era ingeniero y militaba en el peronismo revolucionario. Siendo decano de la regional Buenos Aires de la Universidad Tecnológica Nacional, en 1974 debió exiliarse en México, donde permaneció hasta 1985, ante las amenazas de muerte de la Triple A. En México tuvo activa militancia política, integrando en equipo de asesores del ex presidente Cámpora. En 1990 fue elegido rector organizador de la Universidad Nacional de Quilmes,

cargo que desempeñó hasta el año 2000. Fue miembro del Consejo Universitario Nacional (CUN) y desde 2008 y hasta su normalización integró la Comisión Organizadora de la Universidad Nacional de Río Negro.

- 29 **Juan Carlos Portantiero**, Sociólogo. En 1975 se exilió en México. Fue uno de los principales impulsores, junto a Francisco Aricó, Oscar del Barco, Héctor Schmucler y otros intelectuales argentinos, de la publicación «*Pasado y Presente*» dedicada a la renovación teórica y cultural del marxismo y que, en su segunda época se acercó ideológicamente a la izquierda peronista. Exiliado en México, en 1979 fundó la revista «*Controversia*». En 1990 fue elegido decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA renovando el cargo en 1994 hasta 1998. También integró el grupo «Esmeralda» que asesoró al presidente Ricardo Alfonsín. Había nacido en Buenos Aires en 1934 y murió en la misma ciudad el 9 de marzo de 2007.
- 30 **Esteban Righi** nació en Resistencia (Chaco), en 1938. Es egresado del Liceo Militar, doctor en Derecho Penal y Criminología. Durante el gobierno de Héctor J. Cámpora, y con sólo 34 años, ocupó brevemente el Ministerio del Interior (25 de mayo de 1973 – 13 de julio de 1973). Su discurso ante los comisarios de la Policía Federal trascendió a su época y constituye una de las grandes intervenciones políticas que forman parte de nuestra historia, y será recordado por las generaciones futuras por su defensa irrestricta de los Derechos Humanos y el respeto a los justos reclamos del pueblo argentino. Tras su renuncia y amenazado de muerte por la Triple A, se exilió en México donde fue profesor titular por concurso en la UNAM y en la Universidad Autónoma Metropolitana, y desarrolló una amplia actividad política, llegando a ser jefe del equipo de asesores del ex presidente Cámpora. La Junta Militar lo privó de sus derechos políticos o gremiales, prohibiéndole administrar y disponer de sus bienes y ejercer su profesión. A su regreso, en 1984, ganó por concurso la cátedra de Derecho Penal en la Universidad de Buenos Aires. En 2005, el presidente Néstor Kirchner lo nombró procurador general de la Nación, cargo que desempeñó hasta el 9 de abril de 2012. Es autor de trece libros sobre temas jurídicos.

- 31 **Héctor Cámpora (hijo)**. El 25 de mayo de 1973 fue designado Secretario General de la presidencia por el presidente Cámpora, cargo que desempeñó durante la breve primavera camporista. En marzo de 1976, junto al ex presidente, logró escapar de San Andrés de Giles, evitando el cerco de las fuerzas represivas que lo buscaban para asesinarlo y se asiló en la embajada de México, donde permaneció en calidad de rehén hasta diciembre de 1980, cuando se le otorgó el salvoconducto permitiéndole viajar a México para asistir al sepelio de su padre. La Junta Militar lo incluyó en una lista de treinta y tres ciudadanos que fueron privados de sus derechos políticos e inhabilitados para administrar y disponer de sus bienes y ejercer su profesión. En 1984 regresó al país, donde continuó con su militancia en el Partido Justicialista.
- 32 **Enrique Mario Asbert**, abogado de Amnistía Internacional, defensor de presos políticos y militante de la izquierda peronista. Fue detenido el 7 de agosto de 1975 y llevado a la Central de Informaciones de la policía provincial (D<sub>2</sub>), donde fue salvajemente torturado. Estuvo detenido en la UP<sub>1</sub>, desde agosto del '75 hasta septiembre del '76. Luego fue sucesivamente trasladado a los penales de Sierra Chica, Caseros, La Plata y Rawson, para finalmente ser liberado en septiembre de 1982. Fue Delegado en Córdoba de la Secretaría Nacional de Derechos Humanos y diputado provincial por el Frente para la Victoria.
- 33 **Guillermo Greco**. Psicólogo, y dirigente sindical de Gas del Estado. Integró junto a Enrique Juárez la conducción de la JTP capital, y como tal formó parte del secretariado ejecutivo de la JTP nacional, junto a Quique Juárez, Juan Carlos D'Angelo, por la regional de Rosario y conmigo, que estaba a cargo de la regional Córdoba. En julio del '76, y después de infructuosas negociaciones iniciadas en marzo de ese año, él y su familia entraron con nosotros al consulado mexicano en Buenos Aires, y en octubre obtuvo el salvoconducto para viajar al país azteca. En México se desempeñó como docente en la UNAM y formó parte de «Los Reflexivos». Regresó a la Argentina en 1984.
- 34 **Rodolfo Gil**. Graduado como abogado en la Universidad

de Buenos Aires, en 1974 debió exiliarse en México por su actuación como militante de la Juventud Peronista Regionales. En el país azteca realizó estudios de Relaciones Internacionales en la Universidad Autónoma de México (UNAM), y desarrolló una intensa actividad política, integrando el equipo de asesores del ex presidente Cámpora. Docente en la Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional Autónoma de México. Publicó numerosos artículos y ensayos. Especializado en política exterior argentina y política internacional. Miembro del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales. El 28 de febrero de 2002 fue designado embajador ante la Organización de Estados Americanos (OEA), cargo que ocupó hasta mediados de 2010.

- 35 **Martín Tomás Gras.** Abogado, nacido en Tucumán. Comenzó a militar en las FAR y luego pasó a Montoneros. Integrante de la columna Sur, fue secuestrado por el grupo de tareas 3.3.2 de la ESMA el 14 de enero de 1977, en el barrio de la Chacarita, junto a Fernando Ferrera, siendo uno de los oficiales montoneros de más alta graduación alojados en ese centro clandestino. Permaneció cautivo hasta mediados de 1979, cuando fue liberado en Bolivia, donde vivió hasta trasladarse a España. De regreso al país, fue miembro del CONFER, en INAES y el INAP. Posteriormente se desempeñó como subsecretario de Derechos Humanos de la Nación, asesor del Ministerio de Defensa y también fue Secretario del Plan General de Derechos Humanos de la Nación.
- 36 **Jaime Roldós Aguilera** Trigésimo tercer presidente constitucional de la República del Ecuador desde agosto de 1979 hasta su muerte el 24 de mayo de 1981. Lideró el proceso de retorno al sistema democrático luego de casi una década de dictaduras civiles y militares. Bajo su mandato, Ecuador propuso ante el Pacto Andino, una doctrina de respeto a los derechos humanos que se plasmó en la Carta de Conducta de Riobamba firmada el 11 de septiembre de 1980. Según la versión oficial murió en un accidente de aviación. La familia y sectores de la izquierda sostienen que fue un atentado ejecutado por Estados Unidos, Israel o Argentina.

- 37 **Carlos Cámpora.** Durante la presidencia de su padre se desempeñó como su secretario particular. No fue alcanzado por las medidas represivas de la dictadura cívico militar, por lo que pudo actuar eficazmente como enlace entre la militancia exiliar y la resistencia peronista. Tuvo gran influencia en las gestiones destinadas a lograr el salvoconducto que permitió al ex presidente abandonar la embajada mexicana y viajar al país azteca. Falleció en Buenos Aires a temprana edad, víctima de un cáncer, en 1985.
- 38 **Adriana Victoria Puiggrós.** Nació en Buenos Aires en 1941. Es doctora en Pedagogía y Licenciada en Ciencias de la Educación. Entre 1973 y 1974 fue decana de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Amenazada de muerte por la Triple A, debió exiliarse en México en 1974. Como política milita en el Frente Grande. Entre 2007 y hasta 2015 fue diputada nacional. En 1994 fue Convencional Constituyente. Durante el periodo 2005-2007 fue directora general de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires. A su vez en 2001 ejerció el cargo de Secretaria de Estado para la Ciencia, la Tecnología y la Innovación Productiva. Es hija del intelectual y político Rodolfo Puiggrós, y está casada con el periodista Jorge Bernetti. Exiliada en México durante la dictadura militar, tuvo una destacada actuación en la militancia peronista exiliar, formando parte del grupo denominado «Los Reflexivos».
- 39 **Sendero Luminoso.** El nombre de la organización nace de la frase de José Carlos Mariátegui: «*el marxismo-leninismo es el sendero luminoso del futuro*». Si bien en sus comienzos estuvo limitado a los círculos académicos de las universidades peruanas, a fines de los '70 se transformó en un grupo guerrillero centrado en el departamento de Ayacucho. En mayo de 1980, declaró la guerra al gobierno peruano quemando papeletas electorales en un pueblo cercano a Ayacucho con el propósito de irrumpir contra las primeras elecciones democráticas del país desde 1964. Esa verdadera guerra interna duraría cerca de veinte años y acabaría cobrándose la vida de más de setenta mil peruanos. Actualmente, la organización subsiste ligada al narcotráfico y aún lanza esporádicos ataques contra las Fuerzas Armadas.

- 40 **Alicia Eguren** (1924-1977) fue poeta, ensayista, periodista, docente de Literatura y, por sobre todo, militante revolucionaria. De destacada actuación en el peronismo, a comienzos de los '60 colaboró en la organización de las primeras guerrillas peronistas. Tras la muerte de Cooke, en 1968, publicó sus obras y fue fundadora de la Tendencia Revolucionaria Peronista, identificándose con las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP). Colaboró, entre otras, en las revistas «*Sexto Continente*», «*Nuevo Hombre*», el periódico «*Con todo*» y el diario «*El Mundo*». El 26 de enero de 1977 y mientras esperaba a un compañero que le traería un pasaporte para salir del país, fue secuestrada por un Grupo de Tareas de la ESMA.





«—¡Usted firma mi sentencia de muerte...!».

Desde este trepidante primer párrafo, el libro se apodera de la atención del lector y lo atrapa firmemente hasta el final.

Lo primero que podemos destacar es que no es un texto tomado de entrevistas, relatos de terceros o minuciosas investigaciones. Simplemente cuenta las experiencias vividas por el autor. Así, fluyen sus recuerdos cargados de anécdotas, encuentros con personas clave para la historia reciente de nuestro país. Desde su infancia en Paraná atravesada por los acontecimientos del '55; su adolescencia en Bahía Blanca cruzada por Azules y Colorados en el '62; sus inicios universitarios en Córdoba bajo los primeros tiempos del período de Onganía en el '67; el servicio militar en el Batallón de Comunicaciones 141 en la ciudad de Córdoba en el '69 durante el Cordobazo; la militancia estudiantil en los '70 y '71, con Viborazo incluido; la militancia sindical con el «Luche y Vuelve»; el triunfo electoral y la «juventud maravillosa» del '73; la masacre de Ezeiza; la renuncia de Cámpora y el asesinato de Rucci; el Navarrazo y el comienzo de la escalada represiva; el 1° de mayo y la retirada de la Plaza de Mayo; el pase a la clandestinidad de Montoneros; la clandestinidad en el refugio familiar de '75; la novelesca obtención del asilo político y su permanencia en la embajada mexicana en el '76; concluyendo con el exilio en México del '76 al '84.

Este libro tiene sumo interés para distintos tipos de lectores: el gran público interesado en el período, el historiador que recibe detalles íntimos e inéditos de hechos relevantes, los nuevos militantes que pueden rescatar vivencias únicas de los '70 y, finalmente, la generación protagonista de los eventos descritos. Como dice el autor, «este libro representa una mirada política sobre nuestra Argentina de aquellos años y pretende contribuir a facilitar la interpretación de una época compleja».

